Yo, Claudio es la novela más conocida de Robert Graves. La historia narra la vida de Claudio, cuarto emperador romano, desde su nacimiento hasta que se convierte en emperador.

El relato novela la vida de la familia real de los Césares y expone cómo se fueron sucediendo los emperadores. Se centra en los asesinatos y en cómo el aparentemente más inofensivo, el tartamudo y el que no contaba para nadie se convirtió en uno de los mejores gobernantes que ha tenido la antigua Roma. En *Yo, Claudio* se pueden apreciar claramente muchas de las costumbres de la época y de su cultura, como los dioses, las conquistas de Roma en Bretaña, Germania y Siria, y muchos personajes importantes de la antigüedad, como Herodes y Jesucristo.

Las obras de Tácito, Plutarco y Suetonio sirvieron de base a Robert Graves para escribir una de las novelas históricas más famosas y apreciadas de todos los tiempos. Presentado como una autobiografía del propio Tiberio Claudio, esta obra recrea los tiempos de la dinastía Julio-Claudia y el imperio romano desde el asesinato de Julio César (44 a.C.) hasta el de Calígula (41 a.C.), en lo que se convierte en un implacable retrato de la grandeza, la crueldad y la depravación de los mandatarios de la Roma imperial.

Sin embargo, más allá de los acontecimientos, Graves propone una muy sólida reflexión acerca del conflicto entre la libertad republicana (encarnada por Augusto y el joven Claudio) y el orden y la estabilidad imperiales (defendido por Livia) que no ha perdido ni un ápice de su vigencia.

Basada en el díptico de las novelas de Graves (*Yo, Claudio* y *Claudio el dios y su esposa Mesalina*), la BBC produjo en 1976 una justamente célebre y modélica serie televisiva, protagonizada por actores procedentes del teatro shakespeareano (Derek Jacobi, John Hurt, etc.) y dirigida por Herbert Wise. Obtuvo un premio Emmy y 3 Bafta y una encuesta de “La Vanguardia”, a finales del siglo XX, la calificó como la mejor serie televisiva del siglo.



Robert Graves

Yo, Claudio

Claudio, emperador de Roma 1

ePub r2.3

Titivillus 09.06.2019

Título original: I, Claudius

Robert Graves, 1934

Traducción: Floreal Mazía

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido



EL IMPERIO ROMANO A LA MUERTE DE AUGUSTO (año 14)
GERMANIA
12 a. -9 d. C.
GERMANIA INF.
Augusta Treverorum
BÉLGICA
LUGDUNENSE
GALIA
16 a. de C.
AQUITANIA
Augusta Vindelicorum
RETIA
15 a. de C.
NÓRICA
16 a. de C.
PANONIA
10 d. de C.
ILIRIA
9 d. de C.
DALMACIA
Sirmia
MESIA
29 a. de C.
NARBONENSE
22 a. de C.
Masilia
TARRACONENSE
19 a. de C.
Cesaraugusta
LUSITANIA
Emérita Aug.
BÉTICA
CÓRCEGA
CERDEÑA
Ravena
Roma
ITALIA
Miseno
SICILIA
MACEDONIA
Atenas
ACAYA
27 a. de C.
REINO DEL BÓSFORO
14 d. de C.
MAR NEGRO
Bizancio
BITINIA Y PONTO
GALACIA
CAPADOCIA
20 a. de C.
ARMENIA
20 a. de C.
Artajata
PARTIA
Pérgamo
ASIA
25 a. de C.
Antioquía
SIRIA
CHIPRE
27 a. de C.
Jerusalén
JUDEA
6 d. de C.
Alejandría
EGIPTO
30 a. de C.
Cirene
CIRENE
MAR MEDITERRÁNEO
Cesarea
MAURITANIA
26 a. de C.
Cartago
NUMIDIA
ÁFRICA
Provincias senatoriales
Provincias imperiales
Estados clientes
Campamentos de las legiones
Colonias fuera de Italia

… Una historia que fue sometida a toda clase de tergiversaciones, no sólo por parte de quienes entonces vivían, sino también en tiempos posteriores; porque es lo cierto que toda transición de prominente importancia está envuelta en la duda y la oscuridad unos tienen por hechos ciertos los rumores más precarios, otros convierten los hechos en falsedades. Y unos y otros son exagerados por la posteridad.

TÁCITO

Por la versión latina de los versos sibilinos mencionados en el primer capítulo quedo en deuda con Mr. A. K. Smith. Se publican aquí por primera vez:

Punica centenos durabit poena per annos:

Res Romana viro parebit caesariato:

Calvus caesarie dominus dominabitur orbi:

Omnibus ille viris mulier mas ille puellis:

Rex equitabit equo bifidis equus unguibus ibit:

Filius imbelli fictus mactaverit ictu.

Imperium hinc alter ficto patre caesariato

Caesariae crinitus habet, qui marmore Romae

Mutabit lateres. Non visis vinciet Urbem

Compedibus. Fictae secreto coniugis astu,

Occidet ut fictus bona filius occupet heres.

Tertius hinc sumet ficto patre caesariato

Calvus caesarie regnum cui sanguine limus

Commixtus. Victrix penes ilium et victa vicissim

Roma erit. Ille instar gladii pulvinar habebit,

Filius et fictus regni potietur iniqui.

Quartus habet solium ficto patre caesariato

Calvus caesarie invenis, cui Roma ministrae est.

Feta veneficiis Urbs impia serviet uni.

Quo puer ibat equo vectus calcatus eodem

Se iuvenem ferro cecidisse fatetur equino

Caesariatus ad hoc quintus numerabitur hirtus

Caesarie, toti genti contemptus avitae.

Imbecillus iners, aestivas addere Romae

Aptus aquas populo frumenta hiemalia praebet.

Ille tamen fictae secreto coniugis astu

Occidet ut fictus bona filius occupet heres.

Sextus habet regnum ficto patre caesariato.

llamas pavor citharoedus eunt tria monstra per urbem.

Sanguine dextra rubet materno. Septimus heres

Nemo erit, at sexti busto cruor ibit ab imo.

R. G.

Galmpton, Brixham

Nota del autor

La «pieza de oro» que se emplea aquí como unidad monetaria regular es el aureus latino, una moneda que vale cien *sesterti* o veinticinco *denarii* de plata («piezas de plata»). Se la puede comparar, aproximadamente, con una libra esterlina o cinco dólares norteamericanos de preguerra. La «milla» es la milla romana, unos treinta pasos más corta que la inglesa. Las fechas marginales se han dado con fines de conveniencia, de acuerdo con los cómputos cristianos: los cómputos griegos usados por Claudio contaban los años a partir de la Primera Olimpiada, que se realizó en 776 a. de C. También por motivos de conveniencia se han usado los nombres geográficos más familiares: por ejemplo, «Francia», y no «Galia Transalpina», porque Francia abarca más o menos la misma región territorial, y habría sido incoherente llamar a ciudades como Nimes, Boulogne y Lyon por sus nombres modernos —los clásicos no serían popularmente reconocibles — ubicándolas en la Galia Transalpina o, como la llamaban los griegos, en *Galatia* . (Los términos geográficos griegos se prestan a confusión: Germania era «el país de los celtas»). De manera similar, se han utilizado las formas más familiares de los nombres propios: «Livio» por Titus Livius, «Cimbelino» por Cunobelinus, «Marco Antonio» por Marcus Antonius.

En ocasiones resultó difícil encontrar versiones adecuadas para términos militares, legales y otros vocabularios técnicos. Para dar un solo ejemplo, la palabra «azagaya». El aviador T. E. Shaw (y aprovecho esta oportunidad para agradecerle su cuidadosa lectura de estas pruebas) pone en tela de juicio mi utilización de «azagaya» como equivalente de la *framea* o *pfreim* germana. Sugiere «jabalina». Pero no he adoptado la sugerencia, si bien adopté, con reconocimiento, algunas otras que me hizo, porque necesitaba «jabalina» como equivalente de *pilum* , el proyectil arrojadizo normal del disciplinado infante romano, y porque «azagaya» tiene un sonido más salvaje. «Azagaya» tiene una vigencia de trescientos años en el idioma inglés y adquirió nuevo vigor en el siglo XIX gracias a las guerras zulúes. La *framea* de largo ástil y punta de hierro fue utilizada, según Tácito, como arma arrojadiza y como arma de empuñar para el ataque. Lo mismo sucedió con la azagaya de los guerreros ama-zulúes, con quienes los germanos de la época de Claudio tenían mucho en común en el plano cultural. Si hay que reconciliar las afirmaciones de Tácito, primero en cuanto a la naturaleza manipulable de la *framea* en la lucha cuerpo a cuerpo, y luego en cuanto a su naturaleza poco manipulable en la lucha entre árboles, es probable que los germanos hayan hecho lo que hicieron los zulúes: quebrar el extremo del largo ástil de la *framea* cuando comenzaba el combate cuerpo a cuerpo. Pero pocas veces se llegó a esa

situación, porque los germanos preferían las tácticas de guerrillas cuando luchaban con el infante romano, mucho mejor armado que ellos.

En sus *Doce Césares* , Suetonio se refiere a las historias de Claudio, considerándolas escritas con «ineptitud», y no con «falta de elegancia». Empero, si algunos pasajes de esta obra están escritos, no sólo con cierta ineptitud, sino, además, con poca elegancia —las frases penosamente construidas y las digresiones torpemente ubicadas—, ello no está en desacuerdo con el estilo literario de Claudio, tal como aparece en su discurso latino sobre las franquicias de Aedua, algunos fragmentos del cual sobreviven. En verdad, el discurso está sembrado de inelegancias de ese tipo, pero es probable que se trate de una transcripción del acta taquigráfica oficial de las palabras exactas pronunciadas por Claudio ante el Senado, el discurso de un hombre fatigado que improvisaba conscientemente su oratoria tomando como base un papel con unas cuantas notas generales. *Yo, Claudio* , es una obra compuesta en el estilo familiar de la conversación, lo mismo que el griego, en verdad, es un lenguaje mucho más conversacional que el latín. La carta griega de Claudio a los alejandrinos, descubierta en fecha reciente, y que sin embargo podría ser en parte la obra de un secretario imperial, se lee con mucha mayor facilidad que el discurso sobre Aedua.

Por la ayuda recibida en cuanto a la corrección clásica tengo que agradecer a Miss Eirlys Roberts, y por las críticas respecto de la congruencia con la redacción inglesa, a Miss Laura Riding.

R.G.

I



AÑO 41d. de C.

Yo, Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico Esto-y lo-otro-y-lo-de-más-allá (porque no pienso molestarlos todavía con todos mis títulos), que otrora, no hace mucho, fui conocido de mis parientes, amigos y colaboradores como «Claudio el Idiota», o «Ese Claudio», o «Claudio el Tartamudo» o «Cla-Cla-Claudio», o, cuando mucho, como «El pobre tío Claudio», voy a escribir ahora esta extraña historia de mi vida. Comenzaré con mi niñez más temprana y seguiré año tras año, hasta llegar al fatídico momento del cambio en que, hace unos ocho años, a la edad de cincuenta y uno, me encontré de pronto en lo que podría denominar «la jaula dorada» de la cual jamás he podido escapar desde entonces.

Este no es en modo alguno mi primer libro; en rigor, la literatura, y en especial la redacción de obras de historia —que de joven estudié aquí en

Roma con los mejores maestros contemporáneos—, fue, hasta que sobrevino el cambio, mi única profesión e interés durante más de treinta y cinco años. Por lo tanto, mis lectores no han de sorprenderse ante mi consumado estilo: en verdad es el propio Claudio el que escribe este libro, y no un secretario cualquiera, ni tampoco alguno de los cronistas oficiales a quienes los hombres públicos acostumbran a comunicar sus recuerdos, en la esperanza de que una escritura elegante anule la parvedad del tema y la adulación endulce los vicios. En esta obra, lo juro por todos los dioses, soy mi propio secretario y mi propio analista oficial. Escribo por mi propia mano, ¿y qué favor puedo esperar ganar de mí mismo con zalamerías? Permítaseme agregar que ésta no es la primera historia de mi vida que he escrito. En una ocasión escribí otra, en ocho volúmenes, como contribución a los archivos de la ciudad. Fue una cosa bastante anodina, que tuve en muy poco aprecio, y sólo la escribí en respuesta a peticiones públicas. Para ser sincero, durante su composición estuve muy ocupado con otros asuntos —eso fue hace dos años— y la mayor parte de los cuatro primeros volúmenes la dicté a un secretario griego, con la orden de no alterar nada mientras escribía (salvo donde fuese necesario para el equilibrio de las frases, o para eliminar repeticiones o contradicciones). Pero admito que casi toda la segunda mitad de la obra, y por lo menos algunos capítulos de la primera, fueron compuestos por ese mismo individuo, Polibio (a quien yo mismo bauticé, cuando era un joven esclavo, con el nombre del famoso historiador), con materiales que yo le suministré. Y copió con tanta exactitud mi estilo, que en verdad, cuando terminó, nadie habría podido adivinar qué parte había sido escrita por mí y cuál por él.

Era un libro monótono, lo repito. No me encontraba en condiciones de criticar al emperador Augusto, que era mi tío abuelo materno, ni a su tercera y última esposa, Livia Augusta, que era mi abuela, porque ambos habían sido oficialmente deificados y yo estaba vinculado a sus cultos en mi calidad de sacerdote. Y aunque habría podido criticar con acritud a los dos indignos sucesores imperiales de Augusto, no lo hice por respeto a la decencia. Habría sido injusto exculpar a Livia, y al propio Augusto en la medida en que se sometió a la voluntad de esa mujer notable y —quiero decirlo de una vez— abominable, y decir a la vez la verdad sobre los otros dos, cuyos recuerdos no estaban igualmente protegidos por el respeto religioso.

Permití que fuese un libro aburrido, y registré en él sólo hechos tan poco discutibles como, por ejemplo, que Fulano se casó con Zutana, la hija de Mengano, quien tenía a su favor tal y cual cantidad de honores públicos, sin mencionar, sin embargo, los motivos políticos del matrimonio, ni el regateo oculto entre las familias. O si no, escribía que Fulano había muerto de pronto, después de comer un plato de higos africanos, pero no hablaba para nada del veneno, ni de aquellos para quienes la muerte resultaba ventajosa, a menos que los hechos estuviesen respaldados por un veredicto de los tribunales en lo criminal. No decía mentira alguna, pero tampoco decía la verdad en el sentido en que pienso decirla aquí. Hoy, cuando consulté ese libro en la biblioteca de Apolo, en la colina Palatina, para refrescar mi memoria en cuanto a ciertos problemas de fechas, me sentí interesado al tropezar con algunos pasajes de los

capítulos públicos que habría podido jurar que fueron escritos o dictados por mí, tan peculiarmente propio parecía el estilo, aunque no recordaba haberlos escrito ni dictado. Si eran obra de Polibio, constituían un trabajo maravillosamente perfecto de imitación (admito que tenía mis otras historias para estudiar), pero si en realidad eran míos, entonces mi memoria es peor aún de lo que afirman mis enemigos. Después de leer lo que acabo de escribir, veo que estoy incitando sospechas, en lugar de desarmarlas, en primer lugar en cuanto a mi paternidad absoluta de lo que sigue, luego en cuanto a mi integridad como historiador y finalmente en relación con mi memoria para los hechos. Pero dejaré las cosas como están; escribo como siento, y a medida que la historia se desarrolle, el lector estará mejor dispuesto a creer que no oculto nada: ése por lo menos es mi mérito.

Esta es una historia confidencial. ¿Pero quiénes, se preguntaran, son mis confidentes? Mi respuesta es: la dirijo a la posteridad. No me refiero a mis biznietos ni a mis tataranietos. Me refiero a una posteridad remotísima. Y sin embargo tengo la esperanza de que ustedes, mis eventuales lectores de la centésima generación futura, o de más lejos aún en el tiempo, sientan que hablo con ustedes en forma directa, como si fuese un contemporáneo, como a menudo Heródoto y Tucídides, muertos tiempos ha, parecen hablarme a mí. ¿Y por qué especifico una posteridad tan remota? Lo explicaré.

Hace poco menos de dieciocho años fui a Cumas, en Campania, y visité a la sibila en su risco del monte Gauro. Siempre hay una sibila en Cumas, porque cuando una muere la reemplaza su novicia-servidora. Pero no todas son igualmente famosas. A algunas de ellas Apolo jamás les concede el favor de una profecía en los largos años de su servicio. Otras profetizan, por supuesto, pero parecen inspiradas más bien por Baco que por Apolo, por las tonterías de borracho que salen de su boca, cosa que ha desacreditado al oráculo. Antes de la sucesión de Deófoba, a quien Augusto consultaba a menudo, y de Amaltea, que todavía vive y es famosísima, hubo una serie de mediocres sibilas durante casi trescientos años. La caverna está detrás de un bello templete griego consagrado a Apolo y Artemisa (Cumas había sido una colonia griega eólica). Sobre el pórtico hay un antiguo friso dorado que se cree obra de Dédalo, lo que es un absurdo, porque no tiene más de quinientos años de antigüedad, si los tiene, en tanto que Dédalo vivió por lo menos hace mil cien años. Representa la historia de Teseo y el minotauro al que mató en el Laberinto de Creta. Antes de que se me permitiera visitar a la sibila tuve que sacrificar allí un buey y una oveja a Apolo y Artemisa, respectivamente. Era diciembre y hacía un tiempo frío. La caverna era un lugar aterrador, excavado en la roca viva; el acceso, empinado, tortuoso, oscuro como la pez y lleno de murciélagos. Fui disfrazado, pero la sibila me reconoció. Sin duda me traicionó mi tartamudez. De niño tartamudeaba mucho, y si bien siguiendo el consejo de especialistas en elocución aprendí gradualmente a dominarme cuando pronunciaba discursos en algunas ocasiones públicas, en otros momentos, en privado, sigo teniendo tendencia —si bien menos que antes—, de vez en

cuando, a uno que otro tartajeo nervioso. Que es lo que me sucedió en Cumas.

Entré en la caverna interior después de subir a gatas y penosamente por las escaleras, y vi a la sibila, más semejante a un mono que a una mujer, sentada en una silla, en una jaula que pendía del techo. Sus vestiduras eran rojas y sus ojos inmóviles brillaban, rojos, en el rayo de luz roja que caía de alguna parte, sobre su cabeza. Su boca desdentada sonreía. Había en mi derredor un olor a muerte. Pero conseguí pronunciar de cualquier manera el saludo que había preparado. No me contestó. Sólo más tarde me enteré de que ése era el cuerpo momificado de Deófoba, la sibila anterior, que había muerto recientemente a la edad de ciento diez años. Sus párpados estaban sostenidos por bolitas de vidrio plateadas por detrás para hacerlas brillar. La sibila reinante vivía siempre con su predecesora. Bueno, debo de haber estado unos minutos frente a Deófoba, estremecido y haciendo muecas propiciatorias… me pareció toda una vida. Al cabo apareció la sibila viviente, que se llamaba Amaltea y que era una mujer joven. El rayo de luz roja se extinguió y con él desapareció Deófoba —alguien, probablemente la novicia, había cubierto la ventanilla de cristal rojo— y un nuevo rayo de luz, esta vez blanco, descendió e iluminó a Amaltea, sentada en un trono de marfil, en las sombras de la parte posterior. Tenía un hermoso rostro de demente, de alta frente, y estaba sentada tan inmóvil como Deófoba. Pero tenía los ojos cerrados. Me temblaron las rodillas y rompí a tartamudear sin poder contenerme.

—Oh Sib… Sib… Sib… Sib… Sib… —comencé a decir.

Ella abrió los ojos, frunció el ceño y me remedó:

—Oh Clau… Clau… Clau…

Eso me avergonzó y logré recordar lo que había ido a preguntar. Dije entonces, con un gran esfuerzo:

—Oh Sibila; he venido a interrogarte en cuanto al destino de Roma y el mío.

El rostro de la mujer cambió de manera gradual, el poder profético se apoderó de ella, se retorció y jadeó, y en todas las galerías hubo un ruido como de carreras, portazos, alas que me rozaron el rostro, la luz se apagó. La sibila musitó un verso griego con la voz del dios:

La que gime bajo la púnica maldición

y se ahoga bajo el peso de su oro,

antes de sanar, aún más enfermar.

Su boca viva engendrará moscones

y gusanos en sus ojos bullirán.

Hombre alguno sabrá el día de su muerte.

Luego agitó los brazos sobre la cabeza y continuó:

Diez años y cincuenta y tres días,

y Clau-Clau-Claudio recibirá

un regalo que todos codician menos él.

Mas cuando haya enmudecido y ya no esté

—mil novecientos años, más o menos—,

Clau-Clau-Claudio hablará con claridad.

El dios rio entonces por su boca, con un sonido encantador y sin embargo terrible, ¡jo, jo, jo! Hice una reverencia, me volví deprisa y salí tambaleándome; caí de cabeza por el primer tramo de rotos escalones, me herí la frente y las rodillas y así, penosamente, salí, perseguido por la tremenda carcajada.

Ahora hablo como adivino experto, como historiador profesional y como sacerdote que ha tenido oportunidades de estudiar los libros sibilinos, tal como fueron normalizados por Augusto, y sé que puedo interpretar los versos con cierta confianza. Es indudable que por «maldición púnica» la sibila se refería a la destrucción de Cartago por nosotros, los romanos. Hace tiempo que debido a ello nos encontramos bajo la maldición divina. Juramos amistad y protección a Cartago en nombre de nuestros principales dioses, Apolo incluido, y luego, celosos de su rápida recuperación de los desastres de la segunda guerra púnica, la empujamos a librar la tercera, la destruimos por completo, diezmamos a sus habitantes y cubrimos sus campos de sal. «El peso de su oro» es el principal instrumento de esa maldición: un ansia de dinero que ha asfixiado a Roma desde que destruyó a su principal rival comercial y se convirtió en la dueña de todas las riquezas del Mediterráneo. Con las riquezas vino la pereza, la codicia, la crueldad, la deshonestidad, la cobardía, el afeminamiento y todos los otros vicios no romanos. A su debido tiempo se sabrá cuál es el regalo que todos deseaban menos yo, y que me fue entregado exactamente diez años y cincuenta y tres días más tarde. Los versos referentes a la claridad con que hablaría Claudio me intrigaron durante años, pero a la postre creo que he llegado a entenderlos. Pienso que son un mandato de escribir esta obra. Cuando la haya terminado la trataré con un líquido conservador, la encerraré en un cofrecillo de plomo y la enterraré profundamente en alguna parte, para que la posteridad la encuentre y la lea. Si mi interpretación es correcta, será hallada dentro de unos mil novecientos años. Y luego, cuando todos los otros autores de la actualidad cuyas obras los

sobrevivan parezcan arrastrarse y tartajear, puesto que sólo han escrito para el día de hoy, y ello con reservas, mi historia hablará con claridad y audacia. Quizá, pensándolo bien, no me tomaré el trabajo de encerrarla en un cofre. La dejaré en cualquier lado. Porque mi experiencia como historiador me dice que más documentos sobreviven por casualidad que por intención. Apolo ha hecho su profecía, de modo que dejaré que Apolo cuide del manuscrito. Como ven, he preferido escribir en griego, porque el griego, pienso, seguirá siendo siempre el principal idioma literario del mundo, y si Roma decae como ha indicado la sibila, ¿no decaerá también su idioma? Además, el griego es el lenguaje de Apolo.

Tendré sumo cuidado con las fechas (que como se advierte voy poniendo al margen) y los nombres propios. Al compilar mis historias de Etruria y Cartago tuve que dedicar más horas enfurecidas de lo que quiero recordar, para desentrañar en qué año había sucedido tal o cual acontecimiento y si un hombre llamado Fulano de Tal era en realidad Fulano de Tal, o si era un hijo, un nieto o un biznieto de éste, o si no tenía parentesco alguno con él. Quiero evitar a mis sucesores este tipo de irritación. Así, por ejemplo, de los distintos personajes de esta historia que llevan el nombre de Druso —mi padre, yo mismo, un hijo mío, mi primo, mi sobrino—, cada uno de ellos será distinguido con claridad cuando se lo mencione. Y, otro ejemplo, cuando hable de mi tutor, Marco Porcio Catón, dejaré establecido que no se trata de Marco Porcio Catón, el Censor, instigador de la tercera guerra púnica; ni de su hijo del mismo nombre, el conocidísimo jurista; ni de su nieto, el cónsul del mismo nombre; ni de su biznieto del mismo nombre, el enemigo de Julio César; ni de su tataranieto del mismo nombre, que murió en la batalla de Filipos, sino de un hijo de ese tataranieto, absolutamente anónimo y también del mismo nombre, que nunca ocupó un cargo público ni lo mereció. Augusto lo nombró mi tutor y después fue maestro de varios otros jóvenes nobles romanos e hijos de reyes extranjeros, porque si bien su nombre le daba derecho a un puesto de la más elevada dignidad, su naturaleza severa, estúpida y pedante no lo cualificaba para nada mejor que el oficio de maestro de escuela.

AÑO 10 a. de C.

Para fijar la fecha a que corresponden estos acontecimientos, creo que lo mejor que puedo hacer es decir que mi nacimiento ocurrió en el año 744 después de la fundación de Roma por Rómulo y en el año 767 después de la primera olimpiada, y que el emperador Augusto, cuyo nombre es difícil que perezca ni siquiera después de mil novecientos años de historia, gobernaba para entonces desde hacía veinte años. Antes de cerrar este capítulo de introducción quiero agregar algo más acerca de la sibila y sus profecías. Ya he dicho que en Cumas, cuando muere una sibila la sucede otra, pero que algunas son más famosas que las demás. Hubo una muy famosa, Demófila, a quien Eneas consultó antes de su descenso al infierno. Y más tarde hubo otra, Hierófila, quien visitó al rey Tarquino y le ofreció una colección de profecías a un precio superior al que él quería pagar. Cuando se negó a abonar el precio,

según dice la historia, ella quemó una parte y le ofreció lo que quedaba por el mismo dinero, pero él continuó negándose. Luego la sibila quemó otra parte y le ofreció lo que restaba, siempre al mismo precio, que él, por curiosidad, pagó al fin. Los oráculos de Hierófila eran de dos tipos: profecías de advertencia o de esperanza para el futuro, y órdenes para que se hicieran los adecuados sacrificios propiciatorios cuando se presentaban tales y cuales augurios. A estas dos clases se agregaron, con el correr del tiempo, todos los oráculos notables y confirmados que se ofrecían a personas privadas. Por lo tanto, cada vez que Roma parecía amenazada por extraños presagios de desastre, el Senado ordenaba una consulta de los libros por los sacerdotes encargados de ellos, y siempre se encontraba un remedio. En dos ocasiones los libros fueron parcialmente destruidos por el fuego y las profecías perdidas restauradas por los recuerdos combinados de los sacerdotes que los cuidaban. Parece que en muchos casos esos recuerdos resultaron muy defectuosos; es por eso que Augusto puso manos a la obra para redactar un canon autorizado de las profecías y rechazó interpolaciones o restauraciones evidentemente carentes de inspiración. También reunió y destruyó todas las colecciones privadas de oráculos sibilinos no autorizados, así como otros libros de predicciones públicas que pudo encontrar, en número de más de dos mil. Encerró los libros sibilinos revisados en un armario, bajo el pedestal de la estatua de Apolo, en el templo que construyó para el dios cerca de su palacio de la colina Palatina. Un libro de la biblioteca histórica privada de Augusto cayó en mis manos algún tiempo después de su muerte. Se denominaba Curiosidades sibilinas y estaba compuesto por las profecías que se habían incorporado al canon original y que luego fueron rechazadas por los sacerdotes de Apolo. Los versos estaban copiados con la hermosa letra del propio Augusto, con los errores característicos de ortografía que, cometidos en su origen por ignorancia, fueron respetados por él como una cuestión de orgullo personal. Es evidente que la mayoría de esos versos no habían sido pronunciados jamás por la sibila, ya sea en éxtasis o fuera de él, sino que fueron compuestos por personas irresponsables que querían glorificarse a sí mismas o a sus casas, o maldecir las casas rivales, afirmando la paternidad divina de sus imaginarias predicciones contra ellas. He advertido que la familia Claudia se mostró particularmente activa en tales falsificaciones. Y sin embargo encontré una o dos profecías cuyo lenguaje demostraba que eran respetablemente arcaicas, cuya inspiración parecía divina y cuyo sentido sencillo y alarmante había decidido sin duda a Augusto —su palabra era ley entre los sacerdotes de Apolo— a no admitirlas en su canon. Ya no tengo el librito en mi poder. Pero puedo recordar casi palabra por palabra la más memorable de una de esas profecías en apariencia auténticas, que estaba registrada en el griego original y (como la mayoría de las piezas del canon) en tosca traducción latina en verso. Hela aquí:

A cien años de la púnica maldición

Roma será esclava de un hombre velludo,

un hombre velludo de muy poco pelo.
Todos los hombres serán mujeres, y cada mujer un hombre.
El corcel que monte tendrá dedos por cascos.
Morirá a manos de su hijo, que no es hijo,
y no en el campo de batalla.

El otro velludo que esclavice al Estado
será hijo, no hijo, del último velludo.
Tendrá de cabellos abundante pelambre.
Dará mármol a Roma en lugar de la arcilla
y la ceñirá con cadenas invisibles.
Morirá a manos de su esposa, que no es esposa,
para bien de su hijo que no es su hijo.

El tercer velludo que esclavice al Estado
será hijo no hijo de este último velludo.
Será barro mezclado con sangre,
Un hombre velludo de muy poco pelo.
Dará a Roma victorias y derrotas
y morirá para bien de su hijo no hijo…
un cojín será su espada.

El cuarto velludo que esclavice al Estado
será hijo no hijo de este último velludo,
un hombre velludo de muy poco pelo.

Dará a Roma venenos y blasfemias

y morirá de una coz de su viejo caballo

que lo paseó de niño.

El quinto velludo que esclavice al Estado,

que esclavice al Estado contra su voluntad,

será el idiota a quien todos desprecian.

Tendrá de cabellos abundante pelambre,

dará a Roma agua y pan de invierno

y morirá a manos de su esposa que no es esposa,

para bien de su hijo que no es su hijo.

El sexto velludo que esclavice al Estado

será hijo y no hijo de este último velludo.

Dará a Roma violines y miedo y fuego.

Sus manos estarán tintas en sangre paterna.

No habrá un séptimo velludo que lo suceda

y de su tumba brotará la sangre.

A Augusto tiene que haberle resultado evidente que el primero de los velludos, es decir, los Césares (porque César quiere decir cabellera), fue su tío abuelo Julio, que lo adoptó. Julio era calvo y adquirió renombre por sus orgías con uno y otro sexo. Y su corcel de guerra, como se sabe públicamente, era un monstruo que tenía dedos en lugar de cascos. Julio escapó con vida de muchas duras batallas, pero finalmente fue asesinado en el Senado por Bruto. Y Bruto, aunque se le había endosado otra paternidad, era, según se creía, hijo natural de Julio. «¡También tú, hijo!», dijo Julio, cuando Bruto se precipitó sobre él daga en mano. Ya he hablado de la guerra púnica. Augusto debe de haber reconocido en sí mismo al segundo de los Césares. En verdad él mismo, al final de su vida, se jactó, mientras contemplaba los templos y los edificios públicos

que había reedificado espléndidamente, y pensando también en la obra de toda su vida, de fortalecer y glorificar al imperio, que había encontrado a Roma de barro y la dejaba de mármol. Pero en cuanto a la forma de su muerte, debe de haberle parecido que la profecía era ininteligible o increíble; y sin embargo cierto escrúpulo le impidió destruirla. La historia demostrará con claridad quiénes fueron el cuarto y el quinto velludos; y yo en verdad sería un idiota si, admitiendo la inflexible exactitud del oráculo en todos los detalles, hasta el momento, no reconociese al sexto velludo o no me regocijase, en bien de Roma, de que no haya un séptimo velludo para sucederlo.



II



No puedo recordar a mi padre, que murió cuando yo era muy niño, pero de joven jamás deseché una oportunidad de reunir informaciones del tipo más detallado posible sobre su vida y carácter, de todas las personas que estuvieran a mi alcance —senador, soldado, esclavo— y que lo hubieran conocido. Empecé a escribir su biografía como mi tarea de aprendiz en historia, y si bien muy pronto mi abuela Livia terminó con eso, continué reuniendo material con la esperanza de poder terminar algún día la obra. La terminé, en realidad, pero tampoco ahora tiene mucho sentido ponerla en circulación. Está imbuida de sentimientos tan republicanos, que en cuanto Agripinila —mi actual esposa— se enterase de su publicación, haría secuestrar hasta el último ejemplar y mis infortunados copistas-escribas tendrían mucha suerte si escapaban con los brazos incólumes y los pulgares e índices sin retorcer, cosa que sería una muestra típica de los sentimientos de Agripinila. ¡Cómo me odia esa mujer!

El ejemplo de mi padre me ha guiado a través de la vida con más energía que el de ninguna otra persona, con la excepción de mi hermano Germánico. Y todos convienen en que Germánico fue la verdadera imagen de mi padre en facciones, cuerpo (a pesar de sus delgadas piernas), valentía, intelecto y nobleza, de modo que me resulta fácil combinarlos en mis pensamientos para formar un personaje único. Si pudiese comenzar este relato con una narración de mi infancia, sin ir más allá de mis padres, por cierto que lo haría, porque las genealogías y las historias de familia son tediosas. Pero no podré dejar de escribir con cierta extensión acerca de mi abuela Livia (la única de mis cuatro abuelos que vivía cuando yo nací), porque, por desgracia, es el principal personaje de la primera parte de mi historia, y si no hago un relato claro de su vida en esa época sus acciones posteriores no resultarán inteligibles. He mencionado que se casó con el emperador Augusto; ése fue su segundo matrimonio, después de divorciarse de mi abuelo. Tras la muerte de mi padre se convirtió en la jefa virtual de nuestra familia, puesto en el que suplantó a mi madre Antonia, a mi tío Tiberio —el jefe legal— y al propio Augusto, a cuya poderosa protección nos había confiado mi padre en su testamento.

Livia pertenecía a la familia Claudia, una de las más antiguas de Roma, lo mismo que mi abuelo. Hay una balada popular, que todavía canta la gente de edad, cuyo estribillo dice que el árbol claudio da dos clases de frutos, la ciruela dulce y la agria, pero que las ácidas superan en número a las otras. Entre las ciruelas ácidas el baladista incluye a Appio Claudio el Orgulloso, que lanzó a toda Roma a un tumulto cuando trató de esclavizar y seducir a una muchacha nacida libre y llamada Virginia, y a Claudio Druso, que en la época republicana trató de ser rey de toda Italia, y a Claudio el Hermoso, que cuando las gallinas sagradas no quisieron comer las arrojó al mar, mientras gritaba «Pues entonces que beban», a raíz de lo cual perdió una importante batalla naval. Y entre las ciruelas dulces el baladista menciona a Appio el Ciego, que disuadió a Roma de una peligrosa alianza con el rey Pirro, y a Claudio Tronco de Árbol, que expulsó a los cartagineses de Sicilia, y a Claudio Nerón (que en el dialecto sabino quiere decir El Fuerte), que derrotó a Asdrúbal cuando salió de España para unir sus fuerzas a las de su hermano, el gran Aníbal. Estos tres fueron hombres virtuosos, además de audaces y sabios. Y el baladista dice que entre las mujeres de la familia Claudia también hay algunas dulces y otras ácidas, pero que, asimismo, las ácidas superan en número a las dulces.

Mi abuelo fue uno de los mejores Claudios. Como creía que Julio César era el único hombre lo bastante poderoso para dar a Roma seguridad y paz en aquellos tiempos difíciles, se incorporó al partido cesáreo y luchó con valentía por Julio en la guerra egipcia. Cuando sospechó que Julio trataba de implantar una tiranía personal, mi abuelo no quiso estimular a sabiendas sus ambiciones en Roma, si bien no quiso tampoco arriesgarse a una ruptura franca. Por lo tanto pidió y obtuvo el puesto de pontífice y en tal carácter fue enviado a Francia, a fundar colonias de soldados veteranos. A su regreso, después del asesinato de Julio, se granjeó la enemistad del joven Augusto, el hijo adoptivo de Julio, que

entonces era conocido con el nombre de Octaviano, y de su aliado, el gran Marco Antonio, al tener la osadía de proponer honores a los tiranicidas. Tuvo que huir de Roma. En los disturbios que siguieron se incorporó, ora a este partido, ora a aquél, según que el derecho pareciera asistir a uno o a otro.

AÑO 41 a. de C.

En un momento dado estuvo con el joven Pompeyo, en otro luchó con el hermano de Marco Antonio contra Augusto, en Perusia, Etruria. Pero convencido finalmente de que Augusto, si bien por lealtad estaba obligado a vengar el asesinato de Julio, su padre adoptivo —deber que ejecutó en forma implacable—, no era un tirano en el fondo y más bien buscaba la restauración de las antiguas libertades del pueblo, se pasó a su bando y se estableció en Roma con mi abuela Livia y mi tío Tiberio, que entonces sólo tenía dos años de edad. No participó ya en las guerras civiles, y se conformó con sus deberes de pontífice.

Mi abuela Livia era una de las peores entre los Claudios. Es muy posible que haya sido una reencarnación de aquella Claudia, hermana de Claudio el Hermoso, que fue juzgada por alta traición, porque en una ocasión, cuando su carroza fue detenida por la muchedumbre en la calle, gritó: «¡si viviera mi hermano! Él sabía cómo dispersar muchedumbres. Usaba el látigo». Cuando uno de los Protectores del Pueblo (en latín «tribunos» se acercó y le ordenó, colérico, que se callara, recordándole que su hermano, por su impiedad, había perdido una flota romana, ella le replicó: «Buen motivo para desear que estuviera vivo. Podría perder otra flota, y luego otra más, y de esa manera, Dios mediante, disminuir un poco a esta maldita plebe. —Y agregó—: Veo que eres un Protector del Pueblo, y tu persona es inviolable, pero no olvides que los Claudios hemos hecho azotar a algunos protectores antes de ahora, y al diablo con tu inviolabilidad».

Exactamente así hablaba mi abuela Livia, en esa época, acerca del pueblo romano. «¡Chusma y esclavos! La república fue siempre un fraude. Lo que Roma necesita es otro rey».

Por lo menos así hablaba con mi abuelo, afirmando que Marco Antonio y Augusto (debería decir Octaviano) y Lépido (un noble adinerado pero poco enérgico), que ahora gobernaban el mundo romano, terminarían por reñir con el tiempo, y que si sabía manejar bien las cosas podía usar su dignidad de pontífice, y la reputación de integridad que le concedían todas las facciones, como un medio para llegar a ser rey él mismo. Mi abuelo replicaba con severidad que si volvía a hablar de esa manera se divorciaría de ella, porque según el antiguo estilo del casamiento romano, el esposo podía separarse de la mujer sin explicaciones públicas, devolviéndole la dote que había aportado pero quedándose con los hijos. Entonces mi abuela guardaba silencio y fingía someterse, pero todo amor que pudiese existir entre ellos había muerto desde ese momento. Sin que mi abuelo lo supiera, se dedicó a partir de entonces a despertar la pasión de Augusto.

No le fue muy difícil, porque Augusto era joven e impresionable, y porque, además, ella había hecho un cuidadoso estudio de sus gustos. Por lo demás, era, según el veredicto popular, una de las tres mujeres más hermosas de su tiempo. Eligió a Augusto como mejor instrumento para sus ambiciones que Antonio —Lépido no contaba—, como un hombre que no se detendría ante nada para lograr sus objetivos y propósitos, cosa que había demostrado dos años antes, cuando dos mil caballeros y trescientos senadores pertenecientes a la facción contraria fueron muertos de manera sumaria por instigación especial de Augusto. Cuando estuvo segura de Augusto, lo instó a deshacerse de Escribonia —una mujer mayor que él, con la cual se había casado por motivos políticos—, para lo cual le dijo que estaba enterada del adulterio de Escribonia con un amigo íntimo de mi abuelo. Augusto se mostró dispuesto a creerlo sin exigir pruebas detalladas. Se divorció de Escribonia, aunque ésta era completamente inocente, el mismo día en que dio a luz a su hija Julia, a la que se llevó de la cámara del parto antes de que Escribonia hubiese visto siquiera a la criatura, y se la entregó a la esposa de uno de sus libertos para que la criara. Mi abuela —que entonces sólo tenía diecisiete años de edad, nueve menos que Augusto— se presentó entonces ante mi abuelo y le dijo:

AÑO 38 a. de C.

—Ahora debes divorciarte de mí. Hace cinco meses que estoy embarazada, y tú no eres el padre de mi hijo. He jurado que no tendría otro hijo con un cobarde, y pienso cumplir con el juramento.

Mi abuelo, haya sentido lo que sintiere cuando escuchó esta confesión, sólo respondió:

—Llama al adúltero aquí y discutiremos las cosas juntos, en privado.

En realidad el hijo era de él, pero él no llegó a saberlo nunca, y cuando mi abuela le dijo que era de otro, lo creyó.

Mi abuelo se asombró al enterarse de que su pretendido amigo Augusto era el que lo había traicionado, pero llegó a la conclusión de que había sido tentado por Livia y que no pudo resistirse a la belleza de ésta. Y quizá Augusto estaba resentido por él por la poco afortunada moción que una vez presentó en el Senado para recompensar a los asesinos de Julio César. Sea lo que fuere, no le hizo reproche alguno a Augusto. Sólo dijo: «Si amas a esta mujer y quieres casarte con ella honorablemente, llévatela, pero que se observen todas las reglas de la decencia».

Augusto juró que se casaría con ella inmediatamente y que nunca la arrojaría de su lado mientras le fuese fiel. Se comprometió con los más espantosos juramentos. Entonces mi abuelo se divorció de ella. Se dice que consideró ese enamoramiento suyo como un castigo divino contra él, porque en una ocasión, en Sicilia, a instigación de Livia, había armado a unos esclavos para luchar contra ciudadanos romanos. Además ella era una Claudia, miembro de su propia familia, de modo

que por esos dos motivos no estaba dispuesto a deshonrarla en público. Por cierto que no fue por temor a Augusto que asistió a las bodas, unas semanas más tarde, en las que la entregó como lo haría un padre con su hija, para cantar luego, junto con todos, el himno nupcial. Cuando considero que la había amado mucho y que por generosidad se arriesgó a que se le tuviera por cobarde y alcahuete, me siento henchido de admiración por su conducta.

Pero Livia se mostró desagradecida, se encolerizó y se avergonzó cuando él tomó las cosas con tanta serenidad, cuando la entregó con tanta facilidad, como si ella fuese una cosa de poca valía. Y cuando nació su hijo, mi padre, tres meses después, estaba profundamente disgustada con Octavia, la hermana de Augusto y esposa de Marco Antonio que eran mis otros dos abuelos, debido a un epigrama griego en el que se decía que eran afortunados los padres que tenían gatos y perros a los tres meses. No sé si Octavia fue en verdad la autora del verso, pero si lo fue, Livia se lo hizo pagar con creces. No es probable que haya sido la autora, porque ella misma se casó con Marco Antonio mientras estaba embarazada de otro esposo que había muerto y, según las palabras del proverbio, el tullido no se burla del tullido. Pero el de Octavia había sido un casamiento político, legalizado por un decreto especial del Senado. No era fruto de la pasión de una de las partes y la ambición personal de la otra. Si alguien se pregunta cómo el Colegio de Pontífices consintió en aceptar la validez del casamiento de Augusto con Livia, la respuesta es que mi abuelo y Augusto eran pontífices, y que el Sumo Pontífice era Lépido, que hacía exactamente lo que le ordenaba Augusto.

AÑO 33 a. de C.

En cuanto mi padre fue destetado, Augusto lo envió a la casa de mi abuelo, donde fue criado junto con mi tío Tiberio, que era cuatro años mayor que él. En cuanto los niños llegaron a la edad de la comprensión, mi abuelo se encargó personalmente de su educación, en lugar de confiarla a un preceptor, como era ya la costumbre general. Jamás dejó de imbuirles el odio a la tiranía y la devoción a los antiguos ideales de justicia, libertad y virtud. Mi abuela Livia se quejó durante mucho tiempo de que sus dos hijos no estuviesen a su cargo —aunque en verdad la visitaban todos los días en el palacio de Augusto, que estaba muy cerca de su residencia en la colina Palatina—, y cuando descubrió en qué forma se les educaba se disgustó muchísimo. Mi abuelo murió de pronto mientras cenaba con unos amigos, y se sospechó que había sido envenenado, pero el asunto fue acallado porque Augusto y Livia se contaban entre los invitados. En su testamento los chicos fueron dejados a la custodia de Augusto. Mi tío Tiberio, de sólo nueve años de edad, pronunció la oración en el funeral de mi abuelo.

AÑO 31 a. de C.

Augusto amaba intensamente a su hermana Octavia y se dolió mucho cuando, poco después del matrimonio de aquélla, se enteró de que

Antonio, después de partir hacia el Oriente para guerrear en Partia, se había detenido en el camino para renovar sus intimidades con Cleopatra, la reina de Egipto. Y se dolió mucho más ante la carta insultante que Octavia recibió de Antonio cuando fue a ayudarlo, al año siguiente, con hombres y dinero para su campaña. La carta, que le llegó cuando estaba a mitad de camino en su viaje, le ordenaba fríamente que regresara y se ocupara de los asuntos de la casa, pero aceptaba los hombres y el dinero. Livia se sintió secretamente encantada con el incidente, ya que hacía tiempo que se dedicaba con asiduidad a provocar incomprensiones y celos entre Augusto y Antonio, en tanto que Octavia se dedicaba con la misma asiduidad a borrar las diferencias. Cuando Octavia regresó a Roma, Livia le pidió a Augusto que la invitase a dejar la casa de Antonio e ir a vivir con ellos. La primera se negó a hacerlo, en parte porque no confiaba en Livia y en parte porque no quería aparecer como causante de la guerra inminente. Al cabo Antonio, incitado por Cleopatra, envió a Octavia una petición de divorcio y declaró la guerra a Augusto. Fue la última de las guerras civiles, un duelo a muerte entre los dos únicos hombres que quedaban en pie —si se me permite usar la metáfora— después de un combate a espada, de todos contra todos, en el anfiteatro universal. Lépido aún seguía con vida, por cierto, pero era un prisionero en todo sentido, además de ser un individuo inofensivo; se había visto obligado a caer a los pies de Augusto y rogar para que se le perdonase la vida. También el joven Pompeyo, la única otra persona de importancia, cuya flota había dominado durante mucho tiempo el Mediterráneo, fue derrotado por Augusto, y capturado y ejecutado por Antonio. El duelo entre Augusto y Antonio fue breve. Antonio resultó totalmente derrotado en la batalla naval de Accio, en Grecia. Huyó a Alejandría, donde se suicidó, lo mismo que Cleopatra. Augusto se atribuyó las conquistas orientales de Antonio —tal como era la intención de Livia— y se convirtió en el único gobernante del mundo romano. Octavia se mantuvo fiel a los intereses de los hijos de Antonio —no sólo a los de su hijo de una esposa anterior, sino también a los de los tres hijos que había tenido con Cleopatra, una niña y dos varones—, y los crio con sus dos hijas, una de las cuales, Antonia la menor, fue mi madre. Esta nobleza de espíritu provocó general admiración en Roma.

Augusto gobernaba el mundo, pero Livia gobernaba a Augusto. Y aquí tengo que explicar la notable influencia que tenía sobre él. Siempre fue motivo de asombro que el matrimonio no produjese hijos, ya que mi abuela no había demostrado ser infructífera y se afirmaba que Augusto era padre por lo menos de cuatro hijos naturales, aparte de su hija Julia, de quien no hay motivos para dudar de que no fuese su propia hija. Además se sabía que estaba apasionadamente enamorado de mi abuela. La verdad no será aceptada con facilidad. La verdad es que el matrimonio jamás se consumó. Aunque capaz con otras mujeres, Augusto era tan impotente como un niño cuando trataba de mantener relaciones con mi abuela. La única explicación razonable es la de que, en el fondo, Augusto era un hombre piadoso, aunque la crueldad y aun la mala fe le habían sido impuestas por los peligros provocados por el asesinato de su tío abuelo Julio César. Sabía que su matrimonio era

impío; parece que este conocimiento le afectó los nervios e impuso un freno interior a su carne.

Mi abuela, que había querido a Augusto como instrumento de su ambición, antes que como amante, se alegró más de lo que se entristeció por su impotencia. Descubrió que podía utilizarla como arma para someter su voluntad a la de ella. Solía hacerle continuos reproches por haberla seducido y apartado de mi abuelo, a quien afirmaba haber amado, y decía que Augusto lo había logrado asegurándole su profunda pasión por ella y amenazando a mi abuelo en secreto de que, si no la entregaba, sería juzgado como enemigo público. (Esto último era falso de cabo a rabo.) ¡Y mira —decía— cómo me has engañado! ¡Ese amante apasionado resulta no ser siquiera un hombre; cualquier pobre carbonero o esclavo era más hombre que él! Ni siquiera Julia era su hija verdadera, y él lo sabía. Para lo único que servía, decía, era para acariciar y manosear y besar y hacer caídas de ojos, como un eunuco cantor. Inútil que Augusto protestara que con otras mujeres era un Hércules. O bien ella se negaba a creerlo o bien lo acusaba de derrochar en otras mujeres lo que le negaba a ella. Pero para que no trascendiese el escándalo de la situación, en una ocasión fingió estar embarazada por él y luego fingió haber tenido un mal parto. La vergüenza y la pasión insatisfecha unieron a Augusto cada vez más a su esposa, con más intensidad que si los deseos de ambos hubiesen sido satisfechos todas las noches o que si ella le hubiese dado una docena de hermosos hijos. Y ella cuidaba con escrupulosidad su salud y comodidad, y le era fiel, ya que no tenía los apetitos naturales, como no fuesen los del poder. Y él se mostraba tan agradecido por ello, que le permitía guiarlo y gobernarlo en todos sus actos públicos y privados. He oído a viejos funcionarios del palacio declarar confidencialmente que, después de casarse con mi abuela, Augusto jamás volvió a mirar a otra mujer. Sin embargo, circulaban por Roma todo tipo de historias en cuanto a sus relaciones con esposas e hijas de notables; y después de su muerte, para explicar cómo había logrado un dominio tan completo sobre sus afectos, Livia solía decir que eso no sólo se debía a que ella le había sido fiel, sino también a que jamás se entrometía en sus pasajeros asuntos amorosos. Yo estoy seguro de que ella misma difundió todos esos escándalos a fin de tener algo que reprocharle.

Si se me discute mi autoridad en cuanto a los detalles de esta curiosa historia, puedo demostrarla. La primera parte, la relacionada con el divorcio, la conocí de labios de la propia Livia, en el año en que murió. El resto, lo concerniente a la impotencia de Augusto, lo supe por una mujer llamada Briseis, criada de mi madre que antes había servido a mi abuela, y como entonces sólo tenía siete años de edad pudo escuchar conversaciones que se creía era demasiado pequeña para entender. Creo que mi relato es veraz, y continuaré creyéndolo así hasta que lo pueda sustituir por otro que se adapte igualmente bien a los hechos. A mi modo de ver, el verso de la sibila sobre la «esposa que no es esposa» confirma el asunto. No, no puedo cerrar el asunto aquí. Al escribir este pasaje, con la idea, supongo, de proteger el buen nombre de Augusto, me he reservado algo que, en fin de cuentas, ahora revelaré. Porque, como dice el proverbio, «la verdad ayuda al relato a avanzar». Se trata

de lo siguiente. Mi abuela Livia consolidó ingeniosamente su influencia sobre Augusto poniendo en sus manos, en secreto y por su propia voluntad, hermosas jóvenes con las cuales podía acostarse cada vez que ella advertía que la pasión lo volvía inquieto. Ella se ocupó de eso, sin decir una palabra antes o después, absteniéndose de los celos que, como esposa, él estaba convencido de que Livia debía experimentar. Pero todo se hizo con suma decencia y sigilo, y las jóvenes (que ella misma elegía en el mercado sirio de esclavas; él prefería las sirias) eran introducidas en el dormitorio de Augusto, de noche, con un golpe y el tintineo de una cadena como señal, y se las volvía a buscar por la mañana temprano, con un golpe de tintineo similar. Y las muchachas guardaban silencio en su presencia, como si fuesen súcubos surgidos de algún sueño… Todo eso lo hizo ella, y siguió siéndole fiel a pesar de su impotencia para con ella, y Augusto debe de haberlo considerado una prueba perfecta del sincero amor de su esposa. Podrá objetarse que Augusto, en su posición, habría podido tener las mujeres más hermosas del mundo, libres o esclavas, solteras o casadas, para alimentar su apetito sin la ayuda de Livia como alcahueta. Eso es cierto, pero también es cierto que después de su casamiento con Livia él no volvió a probar carne, como él mismo dijo en cierta ocasión, si bien quizás en otro contexto, que ella no hubiese aprobado como digna de ser comida.

Por lo tanto, Livia no tenía motivo alguno para sentir celos de las mujeres, con la excepción de su cuñada, mi otra abuela, Octavia, cuya belleza provocaba tanta admiración como su virtud. Livia obtenía un placer malicioso en simpatizar con ella por la infidelidad de Antonio. Había llegado hasta el punto de sugerir que la culpa, en gran parte, la tenía la propia Octavia por vestirse con tanta modestia y comportarse con tanto decoro. Señaló que Marco Antonio era un hombre de fuertes pasiones, y que para retenerlo con éxito una mujer debía atemperar la castidad de una matrona romana con las artes y extravagancias de una cortesana oriental. Octavia debía imitar a Cleopatra en ciertos aspectos, porque la egipcia, si bien era inferior a Octavia en belleza y ocho o nueve años mayor que ella, sabía muy bien cómo alimentar el apetito sensual de Antonio.

—Hombres como Antonio, hombres de verdad, prefieren lo extraño a lo saludable —terminó Livia, sentenciosa—. Encuentran que el queso verde y con gusanos es más sabroso que el requesón recién prensado.

—Guárdate tus gusanos para ti —le replicó Octavia con furia.

Livia vestía lujosamente y usaba los más costosos perfumes asiáticos, pero no permitía la menor extravagancia en su casa, a la que se jactaba de dirigir según el antiguo estilo romano. Sus normas era sencillas: comida simple pero abundante, culto familiar normal, nada de baños calientes después de las comidas, trabajo constante para todos y nada de derroches. «Todos» no eran sólo los esclavos y los libertos, sino todos los miembros de la familia. De la desdichada niña Julia se esperaba que diese un ejemplo de industriosidad. Hacía una vida extenuante. Todos los días tenía algún trabajo que hacer: lana que

cardar e hilar, y tela que tejer, y bordados que realizar, y se la hacía levantar de su dura cama al alba, y aun antes del alba, en los meses de invierno, a fin de poder cumplir con sus obligaciones. Y como su madrastra creía en la necesidad de dar a las muchachas una educación liberal, se le impuso, entre otras tareas, la de aprender de memoria la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero.

Julia tenía que llevar también un diario detallado, para fiscalización de Livia, de los trabajos que hacía, los libros que leía, las conversaciones que mantenía y demás, cosa que constituía una pesada carga para ella. No se le permitía amistad alguna con los hombres, aunque su belleza era muy celebrada. Un joven de añeja familia y moral irreprochable, hijo de un cónsul, tuvo la audacia de presentarse ante ella, un día, en Baias, con no sé qué cortés pretexto, cuando Julia daba la media hora de paseo que se le concedía junto al mar, acompañada sólo por su dueña. Livia, que estaba celosa de la hermosura de Julia y del afecto de Augusto por ella, hizo que se le enviara al joven una carta enérgica en la que se le decía que debía perder toda esperanza de llegar a ocupar un cargo público durante la administración del padre de la joven cuyo buen nombre había tratado de mancillar por medio de esa insoportable familiaridad. Julia fue castigada con la prohibición de dar su paseo fuera de los terrenos de la casa de campo. Por esa época Julia se quedó completamente calva. No sé si Livia tuvo algo que ver con eso; no parece improbable que así fuera, aunque en la familia César existía cierta calvicie característica. Sea como fuere, Augusto encontró a un fabricante egipcio de pelucas, que le confeccionó una de las más espléndidas pelucas que se hayan visto jamás, y los encantos de ella aumentaron, en lugar de disminuir a causa de su desgracia, su propio cabello no era muy atrayente. Se dice que la peluca no fue hecha en la forma acostumbrada, sobre una base de red de pelo, sino que era el cuero cabelludo entero de la hija de un caudillo germano, encogido hasta tener las dimensiones exactas de la cabeza de Julia, al que se mantenía vivo y flexible frotándolo de vez en cuando con un ungüento especial. Pero debo decir que yo no creo en esto.

Todos sabían que Livia tenía a Augusto en un puño y que, si bien no estaba realmente atemorizado por ella, por lo menos se cuidaba de ofenderla. Un día, en su condición de Censor, disertaba ante algunos hombres de dinero, censurándolos por permitir que sus esposas se adornasen con joyas.

—Es indecoroso —dijo— que una mujer se vista con excesivo lujo. El deber del esposo es impedirlo. —Arrastrado por su propia elocuencia, agregó, por desdicha—: A veces he tenido ocasión de amonestar a mi esposa por eso mismo.

Los culpables lanzaron una exclamación alborozada.

—Oh, Augusto —dijeron—, dinos con qué palabras amonestas a Livia. Nos servirán de modelo.

Augusto se mostró turbado y alarmado.

—Me habéis entendido mal —replicó—. No digo que haya tenido ocasión de reprochar a Livia hasta ahora por un defecto así. Como sabéis de sobra, ella es un modelo de modestia matronal. Pero no vacilaría en censurarla si llegase a olvidar su dignidad vistiendo, como hacen algunas de vuestras esposas, como una bailarina alejandrina que por capricho del destino se hubiera convertido en una reina madre armenia.

Esa misma noche Livia trató de ridiculizar a Augusto, y apareció ante la mesa de la cena con los vestidos más fantásticamente lujosos que logró encontrar, so pretexto de que eran los vestidos ceremoniales de Cleopatra. Pero él se escurrió con destreza de una situación embarazosa, elogiándola por su oportuna e ingeniosa parodia del defecto que él había condenado.

Livia se había vuelto más prudente desde la época en que aconsejó a mi abuelo que se colocara una diadema en la cabeza y se proclamara rey. El título de «rey» continuaba siendo execrado en Roma por culpa de la impopular dinastía de los Tarquinos a la cual, según la leyenda, el primer Bruto (lo llamo así para distinguirlo del segundo Bruto, que asesinó a Julio) puso fin expulsando de la ciudad a la familia real y convirtiéndose en uno de los dos primeros cónsules de la república romana. Livia entendía ya que el título de rey podía ser dejado a un lado mientras Augusto pudiese ejercer los poderes concretos de un monarca. Él siguió su consejo y fue concentrando en sí, en forma gradual, todas las más importantes dignidades republicanas. Fue cónsul en Roma, y cuando entregó el puesto a un amigo de confianza, ocupó en cambio el «Mando Supremo», que si bien nominalmente se encontraba a la misma altura del consulado, en la práctica era superior a esa y otras magistraturas. Tenía además el dominio absoluto de las provincias, y poderes para nombrar a los gobernadores generales de provincia, junto con el mando de todos los ejércitos y el derecho de reclutar tropas y de firmar la paz o hacer la guerra. En Roma se le concedió por votación el puesto vitalicio de Protector del Pueblo, que lo protegía contra toda disminución de su autoridad, le concedía el poder de vetar las decisiones de otros funcionarios y le aseguraba la inviolabilidad de su persona. El título de «emperador», que otrora sólo significaba «mariscal de campo» pero que en fecha reciente había llegado a significar monarca supremo, lo compartió con otros exitosos generales. También ocupaba el puesto de Censor que le proporcionaba autoridad sobre los dos principales órdenes sociales: el de los senadores y el de los caballeros. Con el pretexto de defectos morales, podía descalificar a cualquier miembro de uno u otro de esos órdenes, y quitarle sus privilegios y dignidades, una gran desgracia para la víctima. Debía dar informes periódicos, pero nadie tuvo nunca la audacia de exigir una rendición de cuentas, si bien se sabía que había constantes transacciones del Tesoro Público a la Lista Civil.

De tal modo, dominaba los ejércitos, las leyes —porque su influencia sobre el Senado era tal que los senadores votaban cualquier cosa que él

les sugería—, la conducta social y la inviolabilidad de las personas. Incluso tenía el derecho de condenar en forma sumaria a cualquier ciudadano romano, desde el más humilde campesino a un senador, y de condenarlo a muerte o a destierro perpetuo. La última dignidad que asumió fue la de Sumo Pontífice, que le concedió el dominio de todo el sistema religioso. El Senado estaba ansioso por concederle cualquier título que él quisiera aceptar, menos el de rey; no querían dárselo por miedo al pueblo. Su verdadero deseo era el de que se lo llamara Rómulo, pero Livia lo disuadió. Su argumento era que Rómulo había sido rey y que por lo tanto su nombre era peligroso; además era una de las deidades tutelares de Roma y adoptar su nombre podría parecer blasfemo. Pero su verdadero sentimiento era el de que no se trataba de un título lo bastante grande. Rómulo había sido un simple bandido-caudillo y no figuraba en la primera fila de los dioses. Por consiguiente, por consejo de Livia, él hizo saber al Senado que el título de Augusto le resultaría placentero. Y el Senado se lo concedió. «Augusto» tenía connotaciones semidivinas y el título común de rey no era nada en comparación.

¡Cuántos simples reyes rindieron tributo a Augusto! ¡Cuántos fueron llevados a Roma, encadenados, para la celebración de los triunfos! ¿Acaso el gran rey de la remota India, al enterarse de la fama de Augusto, no había enviado embajadores a Roma para pedir la protección de su amistad, con regalos propiciatorios de sedas y especias, rubíes, esmeraldas y sardónices, y tigres, que entonces se veían por primera vez en Europa, y el Hermes indio, el famoso niño sin brazos, que podía hacer las cosas más extraordinarias con los pies? ¿Acaso Augusto no había puesto fin al linaje de los reyes de Egipto, que se remontaba a cinco mil años antes de la fundación de Roma? Y en esa fatídica interrupción de la historia, ¿qué monstruosos presagios no se habían presenciado? ¿Acaso no hubo relámpagos de armaduras desde las nubes y una lluvia de sangre? ¿No apareció en la calle principal de Alejandría una serpiente de gigantescas dimensiones, que lanzó un silbido increíblemente fuerte? ¿No aparecieron los fantasmas de los faraones? ¿No fruncieron el ceño sus estatuas? ¿No lanzó Apis, el toro sagrado de Menfis, un mugido de lamentación para romper enseguida a llorar? Así razonaba mi abuela consigo misma.

La mayoría de las mujeres tienen tendencia a poner un límite modesto a sus ambiciones; algunas, muy pocas, se fijan un límite audaz. Pero Livia era la única que no ponía límite alguno a las suyas y, sin embargo, se mantenía perfectamente serena y fría en medio de lo que, en otra mujer, habría sido juzgado como una locura ilimitada. Hasta yo mismo, con excelentes oportunidades para observarla, sólo llegué a adivinar poco a poco, y en términos generales, cuáles eran sus intenciones. Pero aun así, cuando se conocieron las revelaciones finales, constituyeron una sorprendente conmoción. Quizá será mejor que registre sus distintas acciones en ilación histórica, sin analizar los motivos ocultos.

Por consejo suyo, Augusto logró que el Senado nombrase otras dos divinidades, a saber, la diosa Roma, que representaba el alma femenina

del imperio romano, y el semidiós Julio, el héroe de la guerra que era Julio César en apoteosis. (En Oriente se habían ofrecido honores divinos a Julio, mientras éste aún vivía; el hecho de que no los hubiese rechazado fue uno de los motivos para su asesinato). Augusto conocía el valor de un vínculo religioso para unir a las provincias con la ciudad, un vínculo mucho más sólido que el que se basaba sólo en el miedo o la gratitud. A veces ocurría que después de una prolongada residencia en Egipto o en Asia Menor, incluso los romanos de nacimiento se volcaban hacia el culto de los dioses que encontraban allí y se olvidaban de los suyos, convirtiéndose de ese modo en extranjeros en todos los sentidos, salvo en el nombre. Por otra parte, Roma había importado tantas religiones de las ciudades conquistadas, y había proporcionado tantos templos en la ciudad a deidades extranjeras tales como Isis y Cibeles —y no sólo para la conveniencia de los visitantes—, que resultaba razonable que ahora, en justa retribución, colocase sus propios dioses en esas ciudades. Roma y Julio, pues, debían ser adorados por los provincianos que eran ciudadanos romanos y que querían recordar su legado nacional.

El paso siguiente que dio Livia fue el de disponer que delegaciones de provincianos que no tenían la suerte de poseer la ciudadanía visitasen Roma y suplicasen que se les concediera un dios romano a quien adorar con lealtad y sin arrogancia. Por consejo de Livia, Augusto dijo al Senado, medio en broma, que esa pobre gente —aunque resultaba evidente que no se le podía permitir adorar a deidades superiores como Roma y Julio— no podía carecer de algún dios, por humilde que fuese. Al escuchar esto, Mecenas, uno de los ministros de Augusto con quien éste ya había discutido la posibilidad de adoptar el nombre de Rómulo, dijo: «Démosles un dios que los vigile bien. Démosles el propio Augusto».

Augusto se mostró un tanto turbado, pero admitió que la sugerencia de Mecenas era sensata. Entre los orientales existía una costumbre establecida que podía resultar ventajosa para los romanos: la de conceder honores divinos a sus gobernantes. Pero como era claramente imposible que las ciudades orientales adorasen a todo el cuerpo senatorial, porque ello significaría colocar seiscientas estatuas en cada uno de los altares, una solución a la dificultad, sin duda, era la de que adorasen al principal funcionario ejecutivo del Senado, que daba la casualidad que era él mismo. De manera que el Senado, sintiéndose adulado al saber que cada uno de sus miembros tenía una seiscientava parte de divinidad, votó con gusto la moción de Mecenas e inmediatamente se erigieron en Asia Menor altares a Augusto. El culto se difundió, al principio sólo en las provincias fronterizas, que nominalmente se encontraban bajo la fiscalización del Senado, pero no en la ciudad misma.

Augusto aprobó los métodos educativos de Livia para con Julia y sus disposiciones y economías domésticas. Tenía gustos sencillos. Su paladar era tan insensible, que no percibía la diferencia entre el aceite de oliva virgen y las últimas calidades cuando la pasta de oliva ha pasado por tercera vez por las prensas. Llevaba vestiduras de telas

caseras. Se decía con justicia que, si bien Livia era una furia, si no hubiera sido por su incansable actividad Augusto jamás habría logrado emprender la inmensa tarea que se fijó, de restablecer la paz y la seguridad de Roma, después de los prolongados desastres de las guerras civiles… en las cuales él mismo, por supuesto, desempeñó papel tan destructor. Los trabajos de Augusto le ocupaban catorce horas diarias, pero se decía que los de Livia llevaban veinticuatro horas. No sólo dirigía su enorme casa en la forma eficiente que he descrito, sino que además soportaba una parte igual a la de él en cuanto a la carga pública. Llenaría muchos volúmenes una descripción completa de todas las reformas legales, sociales, administrativas, religiosas y militares que llevaron a cabo entre los dos, de los templos que reedificaron, de las colonias que establecieron, sin embargo, existían muchos romanos destacados de la anterior generación que no podían olvidar que esta reconstrucción en apariencia admirable del Estado sólo había sido posible gracias a la derrota militar, a los asesinatos secretos o a las ejecuciones públicas de casi todas las personas que desafiaron el poder de esa enérgica pareja. Si un singular y arbitrario poder no hubiese estado encubierto por las formas de la antigua libertad, jamás habrían podido conservarse durante mucho tiempo. Aun así, estallaron no menos de cuatro conspiraciones contra la vida de Augusto, encabezadas por Brutos en potencia.



III



El nombre «Livia» está vinculado con la palabra latina que significa malignidad. Mi abuela fue una consumada actriz, y la pureza exterior de su conducta, la agudeza de su ingenio y la gracia de sus modales engañó a casi todo el mundo. Pero nadie la quería de veras; la malignidad impone respeto, no cariño. Poseía la facultad de que la gente comúnmente desenvuelta se sintiese consciente de sí en su presencia, consciente de sus defectos morales e intelectuales. Debo disculparme por continuar escribiendo sobre Livia, pero es inevitable. Como todas las honradas historias romanas, ésta está escrita «desde el huevo a la manzana». Prefiero el minucioso método romano, que no omite nada, al de Homero y los griegos en general, que gusta de saltar al centro de los acontecimientos y luego retroceder o avanzar según sea su inclinación del momento. Sí, con frecuencia se me ocurrió la idea de reescribir la historia de Troya en prosa latina, para beneficio de nuestros ciudadanos más pobres que no saben leer en griego. Habría empezado por el huevo del cual fue empollada Elena y continuado, capítulo a capítulo, hasta las manzanas comidas como postres en la gran fiesta en celebración de la

vuelta al hogar de Ulises y de la victoria de su esposa sobre sus cortejantes. Allí donde Homero es oscuro o guarda silencio respecto de algún punto, yo me basaría en poetas posteriores, o en Dares, anterior al bardo, cuyo relato, si bien henchido de vaguedades poéticas, me parece más seguro que el de Homero porque él participó en forma activa en la guerra, primero con los troyanos y luego con los griegos.

En una ocasión vi una extraña pintura en el interior de un viejo arcón de cedro que provenía, según creo, de algún lugar de Siria septentrional. La inscripción, en griego, decía: «El veneno es la reina», y el rostro del Veneno, aunque ejecutado más de cien años antes del nacimiento de Livia, era inconfundiblemente el rostro de ésta. Y en este contexto debo hablar de Marcelo, el hijo de Octavia con un esposo anterior. Augusto, que amaba a Marcelo, lo adoptó como hijo y le concedió deberes administrativos muy prematuros para su edad. Luego lo casó con Julia. La opinión común en Roma era la de que tenía la intención de convertirlo en su heredero. Livia no se opuso a la adopción, y en verdad pareció recibirla con auténtica satisfacción, ya que así le era más fácil conquistar el afecto y la confianza de Marcelo. Su cariño hacia él parecía fuera de toda duda. Fue por su consejo que Augusto lo promovió con tanta rapidez en rango. Y Marcelo, enterado de ello, se mostró debidamente agradecido a Livia.

El motivo que Livia tenía para favorecer a Marcelo era, según algunos observadores, el de dar celos a Agripa. Agripa era el hombre más importante de Roma después de Augusto; era hombre de baja extracción, pero el más antiguo amigo de Augusto y su más exitoso general y almirante. Hasta entonces Livia había hecho todo lo posible para mantener la amistad de Agripa con Augusto. Era ambicioso, pero sólo en cierto grado. Nunca habría tenido el atrevimiento de disputarle a Augusto la soberanía, porque lo admiraba muchísimo y no quería mayor gloria que la de ser su ministro más digno de confianza. Lo que es más, tenía excesiva conciencia de su origen humilde, y Livia, con su representación del papel de gran dama patricia, conseguía dominarlo siempre. Pero su importancia para Livia y Augusto no residía en sus servicios, su lealtad y su popularidad entre el común y el Senado, sino en lo siguiente: por una idea originada en la propia Livia, se le suponía vigilante de la conducta política de Augusto en nombre de la nación. En el famoso debate fingido que se realizó en el Senado, después de la caída de Antonio, entre Augusto y sus dos amigos Agripa y Mecenas, el papel de Agripa fue el de aconsejarlo contra la asunción del poder soberano, sólo para permitir que sus objeciones fuesen anuladas por los argumentos de Mecenas y las entusiastas exigencias de los senadores. Agripa declaró entonces que serviría a Augusto con fidelidad mientras su soberanía fuese saludable y no se convirtiese en una tiranía arbitraria. En adelante se confió popularmente en él como un baluarte contra posibles conatos de tiranía. Y lo que Agripa dejaba pasar, la nación también lo dejaba pasar. Ahora esos mismos agudos observadores pensaban que Livia estaba empeñada en un juego peligrosísimo, el de hacer que Agripa sintiera celos de Marcelo, y los acontecimientos eran seguidos con gran interés. Quizá la devoción de Livia a Marcelo era una farsa y su verdadera intención era que Agripa

se sintiese impulsado a eliminarlo. Se rumoreaba que un miembro abnegado de la familia de Agripa se había ofrecido a buscar pendencia con Marcelo para matarlo, pero que Agripa —si bien no se sentía menos celoso de lo que Livia quería— era demasiado honorable para aceptar tan baja sugerencia.

Se suponía en general que Augusto había nombrado a Marcelo su principal heredero, y que Marcelo no sólo heredaría su inmensa fortuna, sino también la monarquía (¿pues qué otro nombre puedo darle?). Por lo tanto, Agripa hizo saber que si bien era fiel a Augusto y jamás había lamentado su decisión de respaldar su autoridad, había una cosa que no permitiría, como ciudadano patriota que era: la de que la monarquía se hiciese hereditaria. Pero Marcelo era ahora casi tan popular como Agripa, y muchos jóvenes de rango y familia, para quienes la alternativa «¿monarquía o república?» era ya una disyuntiva académica, trataban de congraciarse con él, con la esperanza de obtener así importantes honores cuando sucediera a Augusto. Esta disposición general a aceptar la continuación de la monarquía parecía complacer a Livia, pero ésta anunció que, en el lamentable caso de muerte o incapacidad de Augusto, la dirección inmediata de los asuntos del Estado debía ser confiada —hasta el momento en que pudieran tomarse disposiciones por medio de decretos del Senado— a manos más experimentadas que las de Marcelo. Sin embargo, éste era a tal punto favorito de Augusto, que, si bien los anuncios privados de Livia terminaban por lo general como edictos públicos, nadie le prestó mucha atención en esa ocasión, y cada vez más personas continuaron cortejando a Marcelo.

AÑO 23 a. de C.

Los observadores más penetrantes se preguntaron cómo encararía Livia esa nueva situación; pero la suerte parecía acompañarla. Augusto pescó un leve resfriado que tomó un giro inesperado, con fiebre y vómitos. Livia le preparó la comida con sus propias manos durante esa enfermedad, pero su estómago estaba tan delicado que no podía asimilar nada. Se debilitaba cada vez más y sentía que estaba al borde de la muerte. A menudo se le había pedido que nombrase a su sucesor, pero hasta entonces no lo había hecho por temor a las consecuencias políticas, y además porque el pensamiento de su muerte le resultaba muy desagradable. Ahora sentía que su deber era nombrar a alguien, y le pidió a Livia que le aconsejase en ese sentido. Dijo que la enfermedad le había quitado todo poder de raciocinio; elegiría a cualquier sucesor razonable que ella sugiriese. De modo que Livia tomó la decisión y él la aceptó. Luego llamó junto al lecho al otro cónsul, a los magistrados de la ciudad y a ciertos senadores y caballeros representativos. Él estaba muy débil para decir nada, pero entregó al cónsul un registro de las fuerzas militares y navales y una declaración de las rentas públicas, y luego llamó a Agripa y le entregó su anillo de sello, que equivalía a decir que Agripa sería su sucesor, aunque con la estrecha colaboración de los cónsules. Eso resultó una sorpresa. Todos esperaban que el elegido fuese Marcelo.

Y desde ese momento Augusto comenzó a recobrarse misteriosamente; la fiebre menguó y su estómago aceptaba ya los alimentos. Pero el mérito de su curación no recayó sobre Livia, que continuó cuidándolo personalmente, sino sobre cierto médico llamado Musa, que tenía una inofensiva manía relacionada con las lociones y las pociones frías. Augusto quedó tan agradecido a Musa por sus supuestos servicios, que le regaló su propio peso en piezas de oro, regalo que el Senado duplicó. Además, si bien era un liberto, Musa fue promovido al rango de caballero, cosa que le daba el derecho a usar un anillo de oro, y se convirtió en candidato a un puesto público. Luego se publicó un decreto más extravagante aún, por el Senado, que concedía la exención del pago de impuestos a toda la profesión médica.

Marcelo se mostró claramente mortificado al no ser declarado heredero de Augusto. Era muy joven, sólo tenía veinte años. Los anteriores favores de Augusto le habían dado un exagerado sentido de su talento y de su importancia política. Trató de encarar la cuestión mostrándose claramente grosero con Agripa en un banquete. Agripa se mantuvo sereno con dificultad, pero el hecho de que el incidente no tuviese secuela alguna estimuló a los partidarios de Marcelo en la creencia de que Agripa le tenía miedo. Incluso se dijeron los unos a los otros que si Augusto no cambiaba de opinión en el término de uno o dos años, Marcelo usurparía el poder imperial. Se volvieron tan alborotadores y jactanciosos, y Marcelo hacía tan poco para contenerlos, que se producían frecuentes choques entre ellos y los partidarios de Agripa. Este se sintió irritadísimo por la insolencia del joven cachorro, como lo llamaba, y nada menos que con él, que había ocupado la mayoría de los principales puestos del Estado y librado tantas campañas exitosas. Pero su irritación estaba mezclada de alarma. La impresión creada por estos incidentes era la de que Marcelo y él reñían indecentemente para establecer quién usaría el anillo de sello de Augusto después de que éste muriera.

Estaba dispuesto a hacer casi cualquier sacrificio para evitar que se creyese que representaba semejante papel. Marcelo era el ofensor y Agripa quería echar sobre él todo el peso de la culpa. Decidió retirarse de Roma. Fue a ver a Augusto y pidió que se le nombrase gobernador de Siria. Cuando Augusto le preguntó el motivo de tan inesperada petición, explicó que le parecía que en ese puesto podría cerrar un tratado valioso con el rey de Partia. Podía convencer al rey de que devolviese las águilas regimentales y los prisioneros capturados a Roma treinta años antes, en intercambio por el hijo del rey, a quien Augusto tenía cautivo en Roma. No dijo nada acerca de la pendencia con Marcelo. Augusto, que a su vez se había sentido grandemente perturbado por ella, desgarrado entre su antigua amistad con Agripa y su indulgente cariño paternal hacia Marcelo, no pensó en la generosidad de la conducta de Agripa, porque ello habría sido una confesión de su propia debilidad, y por lo tanto no se refirió tampoco a la cuestión. Concedió al pronto la petición de Agripa, habló de la importancia de conseguir la devolución de las Águilas y de los cautivos, si quedaba vivo alguno de ellos después de tanto tiempo, y preguntó cuándo partiría. Agripa se sintió ofendido,

porque interpretó mal los modales de Augusto en ese momento. Le pareció que quería librarse de él, que de veras creía que estaba riñendo con Marcelo por la sucesión. Le agradeció la concesión de su petición, hizo frías protestas en cuanto a su amistad y lealtad y dijo que estaba dispuesto a partir al día siguiente.

No fue a Siria. No llegó más allá de la isla de Lesbos, y envió a su teniente a administrar la provincia en su nombre. Sabía que su estancia en Lesbos sería entendida como una suerte de exilio impuesto a causa de Marcelo. No visitó la provincia, porque si lo hubiese hecho habría proporcionado a los partidarios de Marcelo un argumento en su contra. Habrían dicho que iba al este para reunir un ejército y marchar sobre Roma. Pero estaba seguro de que Augusto necesitaría de sus servicios antes de que transcurriese mucho tiempo, y tenía la plena convicción de que Marcelo conspiraba para usurpar la monarquía. Lesbos estaba convenientemente próxima a Roma. No se olvidó de su misión: entabló negociaciones, a través de intermediarios, con el rey de Partia, pero no esperaba terminarlas enseguida. Se necesitaba mucho tiempo y paciencia para cerrar un trato con un monarca oriental.

Marcelo fue elegido para una magistratura de la ciudad, lo que constituía su primer nombramiento oficial, y aprovechó la ocasión para un magnífico despliegue de juegos públicos. No sólo cubrió los teatros con toldos, para protegerlos del sol y de la lluvia, y los adornó con espléndidas tapicerías, sino que además puso una gigantesca marquesina multicolor en todo el Mercado. El efecto resultaba encantador, en especial desde la parte interior, cuando el sol se filtraba hacia adentro. Para los toldos utilizó una fabulosa cantidad de tela roja, amarilla y verde que cuando terminaron los juegos fue cortada y distribuida a los ciudadanos, a fin de que se hicieran con ella vestidos y ropa de cama. Se importaron de África enormes cantidades de animales salvajes, para los combates en el anfiteatro, entre ellos muchos leones, y hubo una lucha entre cincuenta cautivos alemanes y un número igual de guerreros negros de Marruecos. El propio Augusto contribuyó pródigamente a los gastos, y lo mismo hizo Octavia, como madre de Marcelo. Cuando Octavia apareció en la procesión ceremonial, fue saludada con tan resonante aplauso, que Livia no pudo contener las lágrimas de cólera y celos. Dos días más tarde Marcelo cayó enfermo. Sus síntomas eran precisamente los mismos que los de Augusto en su reciente dolencia, de modo que, como es natural, se volvió a llamar a Musa. Este se había vuelto excesivamente rico y famoso, cobraba mil piezas de oro por una sola visita profesional, y eso a modo de favor. En todos los casos en que la enfermedad no se había aposentado demasiado profundamente en sus pacientes, su solo nombre bastaba para procurar una curación inmediata. Se asignaba el mérito de las curas a las lociones y pociones frías, cuyas recetas secretas se negaba a comunicar a nadie. La confianza de Augusto en los poderes de Musa era tan grande, que asignó poca importancia a la enfermedad de Marcelo, y los juegos continuaron. Pero a despecho de la incansable atención de Livia y de las más heladas lociones y pociones que pudo recetar Musa, Marcelo murió. La congoja de Octavia y Augusto fue ilimitada, y la muerte fue llorada como una calamidad pública. Pero había muchas

personas de raciocinio que no lamentaban la desaparición de Marcelo. Era indudable que habría estallado una guerra civil entre él y Agripa, si Augusto hubiese muerto y Marcelo hubiese tratado de ocupar su lugar. Ahora Agripa era el único sucesor posible. Pero había que contar con Livia, que para el caso de la muerte de Augusto tenía la intención (ah, Claudio, Claudio, dijiste que no mencionarías los motivos de Livia, sino que te limitarías a registrar sus actos) de continuar gobernando el imperio a través de mi tío Tiberio, con el apoyo de mi padre. Se las arreglaría para que fuesen adoptados como los herederos de Augusto.

La muerte de Marcelo dejó a Julia en libertad de casarse con Tiberio, y todo habría salido bien para los planes de Livia, si no se hubiese producido en Roma un peligroso estallido de inquietud política, con grandes clamores de la plebe por el restablecimiento de la república. Cuando Livia trató de hablar al pueblo desde la escalinata del palacio, le arrojaron huevos podridos y desperdicios. Augusto se encontraba ausente en una gira por las provincias orientales, en compañía de Mecenas, y acababa de llegar a Atenas cuando llegaron a sus oídos las noticias. Livia le escribía lacónica y apresuradamente que la situación en la ciudad no podía ser peor y que era preciso conseguir la ayuda de Agripa a cualquier precio. Augusto llamó en el acto a Agripa a Lesbos y le rogó, en nombre de la amistad mutua, que volviese con él a Roma para restablecer la confianza pública. Pero hacía mucho tiempo que Agripa vivía con su resentimiento, como para sentirse agradecido hacia Augusto. Se mantuvo encerrado en su dignidad. En tres años Augusto sólo le había escrito tres cartas, y éstas en un duro tono oficial, a pesar de que después de la muerte de Marcelo habría debido llamarlo sin tardanza. ¿Por qué había de ayudar ahora a Augusto? En rigor era Livia la responsable de su extrañamiento; había calculado mal la situación política y se había deshecho demasiado pronto de Agripa. Incluso llegó a insinuar a Augusto que Agripa, si bien ausente en Lesbos, sabía mucho más que la mayoría en cuanto a la misteriosa y fatal enfermedad de Marcelo. Alguien, afirmó, le había dicho que Agripa no mostró sorpresa alguna cuando se enteró de la muerte del joven, y sí una considerable complacencia. Agripa le dijo a Augusto que había estado ausente durante tanto tiempo de Roma, que ya no se encontraba en contacto con la política de la ciudad y no se sentía capaz de hacer lo que se le pedía. Augusto, temiendo que si Agripa iba a la ciudad con su humor actual podría sentirse más inclinado a presentarse como defensor de las libertades públicas que como respaldo del gobierno imperial, lo despidió con palabras de graciosa pena y llamó apresuradamente a Mecenas para pedirle consejo. Mecenas solicitó permiso para hablar con Agripa en nombre de Augusto, y se comprometió a averiguar en qué condiciones haría lo que se le pedía. Augusto le rogó a Mecenas que lo hiciera «tan rápido como se come un espárrago hervido» (una expresión favorita suya). De modo que Mecenas se llevó a Agripa aparte y le dijo:

—Y bien, viejo amigo, ¿qué es lo que quieres? Me doy cuenta de que piensas que has sido tratado mal, pero te aseguro que Augusto tenía derecho a pensar que tú lo habías ofendido. ¿No te das cuenta de lo mal que te portaste al no ser franco con él? Fue un insulto para su justicia y para su amistad contigo. Si le hubieras explicado que la facción de

Marcelo te colocaba en una situación muy incómoda y que el propio Marcelo te había insultado —te juro que Augusto sólo lo supo hace un par de días—, él habría hecho todo lo posible por solucionar las cosas. Mi opinión sincera es que te has portado como un chiquillo enfurruñado, y él te ha tratado como un padre que no quiere dejarse impresionar por ese tipo de conducta. ¿Dices que te escribió cartas muy frías? ¿Y las tuyas, entonces, fueron escritas en un lenguaje afectuoso, acaso? ¿Y qué tipo de despedida le hiciste? Quiero mediar ahora entre los dos, porque si esta separación continúa, será la ruina de todos nosotros. Los dos os queréis muchísimo, como es justo que se quieran los dos más grandes romanos vivientes. Augusto me ha dicho que está dispuesto —en cuanto le demuestres tu antigua franqueza— a renovar la antigua amistad en los mismos términos que antes, o en otros aún más íntimos.

—¿Eso dijo?

—En otras tantas palabras. ¿Puedo decirle cuán afligido estás de haberle ofendido, y puedo explicarle que fue por un malentendido que saliste de Roma, creyendo que él estaba enterado de la insolencia de Marcelo para contigo en el banquete? ¿Y que ahora estás ansioso, por tu parte, de corregir los anteriores defectos de tu amistad y que confías en que él haga lo propio para encontraros ambos a mitad de camino?

—Mecenas —respondió Agripa—, eres una buena persona y un verdadero amigo. Dile a Augusto que estoy a sus órdenes como siempre.

—Se lo diré con el mayor placer —dijo Mecenas—. Y agregaré, como opinión propia, que no sería conveniente enviarte ahora a la ciudad para restablecer el orden sin algún signo destacado de confianza personal.

Luego Mecenas fue a ver a Augusto y le dijo:

—Lo he tranquilizado como es debido. Hará todo lo que quieras. Pero necesita creer que tú lo quieres de veras, como un niño celoso del amor de su padre por otro niño. Creo que lo único que realmente lo satisfaría sería que le permitieses casarse con Julia.

Augusto tuvo que pensar con rapidez. Recordó que Agripa y su esposa, que era la hermana de Marcelo, estaban enemistados desde la riña con éste, y que Agripa estaba supuestamente enamorado de Julia. Deseó que Livia estuviese presente para aconsejarlo, pero era imposible eludir una decisión instantánea: si ofendía a Agripa ahora, jamás recobraría su apoyo. Livia había escrito «a cualquier precio», de modo que estaba en libertad para tomar las decisiones que quisiera. Volvió a llamar a Agripa, y Mecenas preparó una digna escena de reconciliación. Augusto dijo que si Agripa consentía en casarse con su hija, sería para él una prueba de que la amistad que valoraba por encima de todas las cosas del mundo se hallaba establecida sobre bases seguras. Agripa derramó lágrimas de alegría y pidió perdón por sus defectos. Trataría de ser digno de la amante generosidad de Augusto.

AÑO 21 a. de C.

Regresó a Roma con éste, e inmediatamente se divorció de su esposa y se casó con Julia. El matrimonio fue tan popular, y su celebración tan magníficamente opulenta, que las perturbaciones políticas menguaron en el acto. Agripa conquistó además grandes méritos para Augusto llevando a buen término las negociaciones para la devolución de los estandartes de las Águilas, que fueron formalmente entregados a Tiberio, como representante personal de Augusto. Las Águilas eran objetos sagrados, más sagrados, en verdad, para los corazones romanos, que cualesquiera estatuas de mármol de los dioses. También volvieron unos cuantos cautivos, pero después de treinta y dos años de ausencia ya no valía la pena que regresaran. La mayor parte prefirió permanecer en Partia, donde se habían establecido y casado con mujeres nativas.

AÑO 12 a. de C.

Mi abuela Livia estuvo muy lejos de sentirse encantada por el acuerdo hecho con Agripa; el único aspecto placentero del mismo era el deshonor inferido a Octavia por el divorcio de su hija. Pero ocultó sus sentimientos. Pasaron nueve años antes de que pudiese prescindir de los servicios de Agripa. Al cabo, de pronto, éste murió en su casa de campo. Augusto se encontraba en viaje a Grecia en ese momento, de modo que no se hizo investigación alguna de la causa del deceso. Agripa dejó una gran cantidad de hijos, tres varones y dos niñas, como herederos políticos de Augusto. A Livia le resultaría difícil rechazar sus pretensiones en favor de sus propios hijos. Pero Tiberio se casó con Julia, que había facilitado las cosas a Livia enamorándose de él y rogando a Augusto que utilizase su influencia sobre Tiberio en beneficio de ella. Augusto consintió sólo porque Julia amenazó con suicidarse si se negaba a ayudarla. Tiberio no quería casarse con Julia, pero no se atrevió a negarse, y se vio obligado a divorciarse de su esposa, Vipsania, hija de un matrimonio anterior de Agripa, a quien amaba con pasión. En una ocasión posterior, cuando la encontró en la calle, la siguió con la mirada en forma tan desesperadamente ansiosa, que Augusto, cuando se enteró de ello, dio órdenes de que, en bien de la decencia, eso no debía volver a suceder. Los funcionarios de ambas casas deberían mantener guardias especiales para evitar un encuentro. Vipsania se casó, no mucho después, con un ambicioso joven noble llamado Galo. Y antes de que me olvide tengo que mencionar el casamiento de mi padre con mi madre, Antonia, la hija menor de Marco Antonio y Octavia. Se efectuó en el año de la enfermedad de Augusto y de la muerte de Marcelo.

Mi tío Tiberio era uno de los Claudios malos. Era taciturno, reservado y cruel, pero hubo tres personas cuya influencia puso un freno a esos elementos de su naturaleza. Primero, mi padre, uno de los mejores Claudios, jovial, sincero y generoso; luego, Augusto, un hombre sumamente honrado, alegre y bondadoso, que no quería a Tiberio pero lo trataba con generosidad para no herir a mi madre; y finalmente

Vipsania. La influencia de mi padre quedó eliminada, o aminorada, cuando ambos estuvieron en edad de hacer su servicio militar y fueron enviados en campaña a distintas partes del imperio. Luego vino la separación de Vipsania, seguida de cierta frialdad de Augusto, que se sintió ofendido por el mal encubierto desagrado de mi tío hacia Julia. Desaparecidas estas tres influencias, se fue haciendo cada vez más malo.

Creo que en este momento debería describir su aspecto personal. Era de elevada estatura, cabellos negros, piel blanca, corpulento; tenía un par de magníficos hombros, y manos tan fuertes, que podía partir con ellas una nuez o perforar una dura manzana verde con el pulgar o el índice. Si no hubiese sido tan lento en sus movimientos, habría podido ser campeón de pugilismo. En una ocasión mató a un camarada en un encuentro amistoso —a puño limpio, no con los habituales guantes de metal—, con un golpe en la sien que le fracturó el cráneo. Caminaba con el cuello levemente inclinado hacia adelante y la mirada clavada en el suelo. Su rostro habría sido hermoso si no hubiese estado desfigurado por tantos granos y si no hubiera estado perpetuamente ceñudo. Sus estatuas lo representan como un hombre de suma belleza porque omiten esos defectos. Hablaba poco, y eso con lentitud, de modo que en una conversación con él siempre surgía la tentación de terminar sus frases y contestarlas, todo en uno. Pero cuando quería era un impresionante orador público. Se volvió calvo muy joven. Sólo le quedó un poco de cabello en la nuca, que se dejó largo, según la moda de la antigua nobleza. Jamás estuvo enfermo.

Tiberio, a pesar de lo impopular que era en la sociedad romana, fue sin embargo un general de mucho éxito. Revivió varias antiguas severidades disciplinarias, pero como no escatimaba sus propios esfuerzos durante las campañas, como pocas veces dormía en una tienda, y no comía ni bebía nada mejor que sus soldados, y siempre conducía el ataque en el combate, preferían servir a sus órdenes y no a las de algún general bonachón y de fácil trato en cuya jefatura no tuviesen la misma confianza. Tiberio nunca ofreció a sus hombres una sonrisa ni una palabra de elogio, y a menudo los hacía marchar y trabajar en exceso. «Que me odien —dijo una vez—, siempre que me obedezcan».

Mantenía a los coroneles y oficiales del regimiento en un orden tan estricto como a los soldados, de modo que no había quejas en cuanto a parcialidades. El servicio bajo Tiberio era provechoso. Por lo general se las arreglaba para capturar y saquear los campamentos y ciudades del enemigo. Libró con éxito guerras en Armenia, Partia, Alemania, España, Dalmacia, los Alpes y Francia.

Como digo, mi padre era uno de los mejores Claudios. Era tan fuerte como su hermano, mucho mejor parecido, más rápido de habla y de movimientos y en modo alguno con menos éxitos como general. Trataba a todos los soldados como ciudadanos romanos, y por lo tanto como sus iguales, salvo en rango y en educación. Odiaba tener que castigarlos en público; dio órdenes para que, en lo posible, todas las violaciones de la

disciplina fuesen tratadas por los camaradas del propio trasgresor, a quienes suponía celosos del buen nombre de su sección o compañía. Hizo saber que si descubrían que algún delito estaba fuera de sus poderes de corrección —porque no les permitía matar a un culpable ni incapacitarlo para sus deberes militares cotidianos—, debían entregarlo al coronel del regimiento. Pero en la medida de lo posible quería que sus hombres fuesen sus propios jueces. Los capitanes podían azotar, con el permiso de sus coroneles de regimiento, pero sólo en los casos en que el delito, como por ejemplo la cobardía durante el combate o el robo a un camarada, mostrase una bajeza de carácter que hiciese adecuada la flagelación. Pero ordenó que un hombre, una vez azotado, no debía volver a servir como combatiente; debía ser degradado al cuerpo de transportes o al personal de escribientes. Todo soldado que considerase que había sido sentenciado injustamente por sus camaradas o su capitán podía apelar ante él, pero le parecía improbable que tales sentencias tuviesen que ser revisadas. Este sistema funcionaba de maravilla, porque mi padre era tan buen soldado, que inspiraba a las tropas virtudes de las que otros comandantes no las creían capaces. Pero es fácil entender cuán peligroso era que tropas tratadas de ese modo fuesen mandadas luego por un general común. Una vez concedido el don de la independencia, no se puede arrebatar luego con ligereza. Siempre surgían disturbios cuando tropas que habían servido bajo mi padre tenían que servir después a las órdenes de mi tío. También sucedía lo contrario: soldados que habían servido bajo mi tío reaccionaban con desdén y suspicacia ante el sistema disciplinario de mi padre. Su costumbre era la de protegerse mutuamente en sus delitos y enorgullecerse de su astucia para eludir el castigo. Y como con el sistema de mi tío un hombre podía ser azotado, por ejemplo, por dirigirse a un oficial sin que se le hubiese hablado primero, o por hablar con excesiva franqueza, o por comportarse con alguna independencia, para un soldado resultaba un honor, más bien que una deshonra, poder mostrar las marcas del látigo en la espalda.

Las más grandes victorias de mi padre las logró en los Alpes, en Francia, en los Países Bajos, pero especialmente en Alemania, donde creo que su nombre nunca será olvidado. Siempre estaba en lo más denso del combate. Su ambición era realizar una hazaña que sólo se había llevado a cabo dos veces en la historia de Roma, a saber: como general, matar al general contrario con sus propias manos y despojarlo de sus armas. En muchas ocasiones estuvo a punto de lograrlo, pero su presa siempre consiguió escapar. O bien se alejaba galopando del campo, o se rendía en lugar de luchar, o algún soldado recibía el golpe en su lugar. Veteranos que me han narrado historias de mi padre me dijeron a menudo, con una risita de admiración:

«Oh, señor, nos alegraba el corazón ver a tu padre sobre su caballo negro, jugando al escondite en la batalla con uno de los caudillos germanos. A veces se veía obligado a derribar nueve o diez hombres de la guardia personal del otro, y hombres rudos, además, antes de llegar al estandarte, y para entonces el pájaro ya había volado».

La más orgullosa jactancia de los hombres que habían servido a las órdenes de mi padre era la de que fue el primer general romano que recorrió toda la longitud del Rin, de Suiza hasta el mar del Norte.



IV



Mi padre jamás olvidó las enseñanzas de mi abuelo en cuanto a la libertad. De niño riñó con Marcelo, que tenía cinco años más que él y a quien Augusto había concedido el título de «Jefe de los Cadetes». Le dijo a Marcelo que el título le había sido otorgado sólo en mérito a una ocasión especial (un combate fingido, denominado «griegos y troyanos», que se libraba en el Campo de Marte entre dos fuerzas de cadetes montados, hijos de caballeros y senadores), y que no implicaba ninguno de los poderes judiciales generales que Marcelo había asumido desde entonces; y que, en cuanto a él, ciudadano romano libre, no se sometería a semejante tiranía. Recordó a Marcelo que el bando opuesto en la ficción de combate había sido encabezado por Tiberio, y que éste había conquistado los honores del encuentro. Desafió a Marcelo a un duelo. Augusto se sintió muy divertido cuando se enteró, y durante mucho tiempo no se refirió a mi padre sin llamarlo, en broma, «el romano libre».

Ahora, cada vez que estaba en Roma mi padre se enardecía ante el creciente espíritu de sumisión a Augusto que encontraba en todas partes, y anhelaba volver a estar sobre las armas. Durante una ausencia de Augusto y Tiberio en Francia, mientras actuaba en el puesto de uno de los principales magistrados de la ciudad, se sintió disgustado ante el auge de la búsqueda de puestos y de la politiquería. Le dijo en privado a un amigo, de quien lo supe años después, que en una sola compañía de sus soldados podía encontrarse más del antiguo espíritu romano de libertad que en todo el orden senatorial. Poco antes de su muerte escribió a Tiberio una amarga carta en ese sentido, desde un campamento del interior de Germania. Dijo que desearía que Augusto siguiera el ejemplo glorioso del dictador Sila, que, cuando era el amo único de Roma, después de las primeras guerras civiles, subyugados o pacificados todos sus enemigos, sólo se detuvo después de solucionar a su placer unos pocos asuntos de Estado, para dejar luego las insignias de su mando y convertirse otra vez en un ciudadano común. Si Augusto no hacía lo mismo muy pronto —y siempre había insinuado que ésa era su intención final—, sería demasiado tarde. Las filas de la antigua nobleza estaban lamentablemente diezmadas: las proscripciones y las guerras civiles se habían llevado consigo a los más audaces y mejores, y los sobrevivientes, perdidos en el seno de la nueva nobleza —¡nobleza, vaya!—, tendían cada vez más a comportarse como esclavos de la familia de Augusto y Livia. Pronto Roma habría olvidado el significado de la libertad y caería a la postre bajo una tiranía tan bárbara y arbitraria como las del Oriente. No era para alentar semejante calamidad por lo que había librado tantas y tan fatigosas campañas bajo el mando supremo de Augusto. Ni su cariño, ni su profunda admiración personal por Augusto, que había sido para él un segundo padre, podían impedirle expresar esos sentimientos. Solicitaba la opinión de Tiberio: ¿no podrían, los dos juntos, persuadir, incluso obligar a Augusto a retirarse? «si él consiente, le tendré mil veces más amor y admiración que antes. Pero lamento tener que decir que ese orgullo secreto e ilegítimo que nuestra madre Livia ha obtenido siempre de su ejercicio del poder supremo a través de Augusto será el más grande obstáculo que encontraremos en este asunto».

Por desgracia, la carta fue entregada a Tiberio mientras se encontraba en presencia de Augusto y Livia.

—¡Un despacho de tu noble hermano! —gritó el correo imperial, entregándosela. Tiberio, que no sospechaba que la carta contuviera nada que no pudiera ser comunicado a Augusto y Livia, pidió permiso para abrirla y leerla en el acto.

—Por cierto, Tiberio, pero con la condición de que nos la leas en voz alta —dijo Augusto haciendo salir a los criados de la habitación—. Vamos, no perdamos tiempo. ¿Cuáles son sus últimas victorias? Estoy impaciente por saberlo. Sus cartas están siempre bien escritas y son interesantes, mucho más que las tuyas, mi querido amigo, si me perdonas que haga la comparación.

Tiberio leyó las primeras palabras y enrojeció. Trató de saltarse la parte peligrosa, pero descubrió que la carta casi no contenía nada que no fuese peligroso, salvo el final, en que mi padre se quejaba de los vértigos que le producía una herida en la cabeza y hablaba de su dificultosa marcha hacia el Elba. Curiosos presagios se habían presentado últimamente, escribía. Un extraordinario despliegue de estrellas fugaces, noche tras noche; sonidos como lamentos de mujeres, que salían del bosque, y dos divinos jóvenes sobre caballos blancos, con vestimenta griega, no germana, habían atravesado de pronto el campamento, al alba. Finalmente una mujer germana de estatura normal había aparecido ante la puerta de su tienda y hablado en griego, diciéndole que no continuara avanzando porque el destino estaba en su contra. De modo que Tiberio leyó una palabra aquí y otra allá, tartamudeó, dijo que la escritura era ilegible, reinició la lectura, volvió a tartamudear y finalmente se disculpó.

—¿Qué pasa? —preguntó Augusto—. Sin duda puedes descifrar mucho más que eso.

Tiberio intentó no perder la compostura.

—Para ser sincero, señor, puedo, pero la carta no merece ser leída. Es evidente que mi hermano no estaba bien en el momento en que la escribió.

Augusto se mostró alarmado.

—¡Espero que no estará gravemente enfermo!

Pero mi abuela Livia, como si su ansiedad de madre triunfase por una vez sobre sus buenos modales —aunque, por supuesto, había adivinado en el acto que la carta contenía algo que Tiberio temía leer porque se relacionaba con Augusto o con ella misma—, se la arrebató de entre las manos. La leyó de cabo a rabo, frunció torvamente el ceño y se la entregó a Augusto mientras decía:

—Es un asunto que sólo te concierne a ti. No es cosa mía castigar a un hijo, sino tuya, como su guardián y jefe del Estado.

Augusto se sintió alarmado, porque no sabía qué era lo que podía haber ocurrido. Leyó la carta, pero le pareció que merecía desaprobación como algo que había ofendido a mi abuela y no como algo escrito contra él. En verdad, aparte de la fea palabra «obligar», aprobaba en secreto los sentimientos expresados en la carta, aunque el insulto contra mi abuela recayese sobre él también, puesto que ella lo había persuadido y obligado a contrariar su discernimiento. El Senado se estaba volviendo, por cierto, vergonzosamente obsequioso en su conducta hacia él, sus familiares y el personal a su cargo. Le desagradaba la situación tanto como a mi padre, y era cierto que mucho antes de la derrota y la muerte de Antonio había prometido públicamente retirarse cuando no quedase en el terreno ningún enemigo

público que se le opusiera. Y desde entonces, en varias ocasiones, se había referido en sus discursos al dichoso día en que su tarea quedase concluida. Estaba cansado ahora de los perpetuos asuntos de Estado y de los perpetuos honores. Anhelaba el descanso y el anonimato. Pero mi abuela jamás le habría permitido abandonar la brega; siempre decía que su labor no estaba cumplida ni siquiera a medias, y que si se retiraba ahora no podía esperarse otra cosa que el desorden civil. Sí, admitía que él trabajaba ahora mucho más, pero ella trabajaba aún más que él, y sin una recompensa pública directa. Y no tenía que ser ingenuo: una vez que abandonase su puesto y se convirtiese en un ciudadano común, podía ser objeto de un proceso y sin duda se le condenaría al destierro o a algo peor aún. ¿Y los secretos resentimientos que tenían contra él los parientes de los hombres a quienes había hecho ejecutar o deshonrado? Como ciudadano común tendría que abandonar su guardia de corps, lo mismo que sus ejércitos. Tenía que aceptar otros diez años en el puesto, y al cabo de este tiempo quizá las cosas habrían cambiado ya para mejor. De modo que él siempre cedía y continuaba gobernando. Aceptaba en cuotas sus privilegios monárquicos. Se le concedían para cinco o diez años por vez, generalmente para diez.

Mi abuela clavó la mirada en Augusto, cuando éste terminó de leer la desdichada carta.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estoy de acuerdo con Tiberio —respondió él con benignidad—. El joven debe de estar enfermo. Este es el producto de una perturbación por exceso de fatiga. Fíjate en el párrafo final, en el que menciona los resultados de su herida en la cabeza y esas visiones que tiene. Bueno, eso lo demuestra. Necesita un descanso. La natural generosidad de su alma ha sido pervertida por las ansiedades de la campaña. Esos bosques germanos no son lugar para un hombre mentalmente perturbado, ¿no es cierto, Tiberio? El aullido de los lobos le crispa a uno los nervios, creo. Los lamentos de las mujeres de que habla deben de haber sido sin duda los aullidos de los lobos. ¿Qué te parece si lo llamamos ahora que ha dado a esos germanos un escarmiento que no olvidarán jamás? Me haría mucho bien volver a verlo aquí, en Roma. Sí, tenemos que llamarlo. Tú te alegrarás, queridísima Livia, de tener a tu hijo de vuelta, ¿no es cierto?

Mi abuela no le contestó directamente. Dijo, todavía ceñuda:

—¿Y tú, Tiberio?

Mi tío se mostró más político que Augusto. Conocía mejor la naturaleza de su madre. Respondió:

—Mi hermano parece enfermo, por cierto, pero ni siquiera la enfermedad puede justificar una conducta tan poco filial y una locura tan enorme. Convengo en que hay que llamarlo para recordarle la

atrocidad de haber albergado tan bajos pensamientos acerca de su abnegadísima e infatigable madre, y de la enormidad de confiar dichos pensamientos al papel y enviarlos por correo a través de un país hostil. Además, el argumento del caso de Sila es infantil. En cuanto Sila dejó el poder las guerras civiles volvieron a comenzar y su nueva constitución fue anulada.

De modo que Tiberio salió con bien del asunto, pero gran parte de su severidad contra mi padre era auténtica, porque lo había colocado en una posición incómoda.

Livia se ahogaba de cólera contra Augusto por permitir que los insultos contra ella pudieran pasar con tanta facilidad, y además en presencia de su hijo. Su ira contra mi padre era igualmente violenta. Sabía que cuando este regresara era muy probable que pusiera en práctica su plan para obligar a Augusto a retirarse. También veía que ahora no podría gobernar por intermedio de Tiberio —incluso aunque lograse asegurarle la sucesión—, mientras mi padre, un hombre de enorme popularidad en Roma, y con todos los regimientos del oeste a sus espaldas, esperase el momento de imponer la restauración de las libertades públicas. Y para ella el poder supremo había llegado a ser más importante que la vida o el honor. Sin embargo era capaz de disimular sus sentimientos. Fingió aceptar el punto de vista de Augusto de que mi padre estaba simplemente enfermo, y le dijo a Tiberio que le parecía que su censura era demasiado severa. Convino, sin embargo, en que mi padre debía ser llamado en el acto. Incluso agradeció a Augusto su generosa disculpa de la falta de su pobre hijo, y dijo que le enviaría su propio médico, con un paquete de heléboro de Anticira, Tesalia, que era un famoso remedio para casos de trastornos mentales.

El médico partió al día siguiente en compañía del correo, que llevaba la carta de Augusto. La carta contenía amistosas felicitaciones por las victorias, y expresiones de pesar por su herida en la cabeza. Le permitía regresar a Roma, pero en un lenguaje que significaba que debía regresar, lo quisiera o no.

Mi padre contestó varios días después, agradecido por la generosidad de Augusto. Dijo que volvería en cuanto se lo permitiese su salud, pero que la carta le había llegado al día siguiente de sufrir un leve accidente: su caballo se había caído en pleno galope, aplastándole la pierna y machacándosela contra una piedra. Agradecía a su madre su solicitud, por el envío del heléboro y del médico, con cuyos servicios se había beneficiado enseguida. Pero temía que incluso la reconocida habilidad del emisario no había podido impedir que la herida siguiese su curso de empeoramiento. Finalmente decía que habría preferido permanecer en su puesto, pero que los deseos de Augusto eran órdenes, y repetía que en cuanto estuviese bien regresaría a la ciudad. En esos momentos acampaba cerca del Saal de Turingia.

AÑO 9 a. de C.

Al enterarse de esta noticia, Tiberio, que se encontraba con Augusto y Livia en Pavia, pidió en el acto permiso para correr al lado del lecho de enfermo de su hermano. Augusto se lo otorgó, y él montó en su jaca y galopó rumbo al norte, con una pequeña escolta, dirigiéndose hacia el paso más rápido a través de los Alpes. Tenía ante sí un viaje de ochocientos kilómetros, pero podía contar con frecuentes relevos de caballos en las postas, y cuando estaba demasiado cansado de la silla podía requisar una calesa y dormir unas cuantas horas sin demorar el avance. El tiempo lo favorecía. Cruzó los Alpes y descendió hacia Suiza, y luego siguió por la carretera principal del Rin, sin haberse detenido una sola vez para una comida caliente, hasta que llegó a un lugar llamado Manheim. Allí cruzó el río y se dirigió hacia el nordeste por fragosos caminos, a través de territorio hostil. Estaba solo cuando llegó a su destino en la tarde del tercer día, ya que su primera escolta había quedado atrás hacía tiempo y la nueva escolta que formó en Manheim tampoco pudo seguir su ritmo. Se afirma que el segundo día y la segunda noche recorrió más de trescientos kilómetros entre uno y otro mediodía. Llegó a tiempo para saludar a mi padre, pero no para salvarle la vida, porque entonces tenía la pierna gangrenada hasta la rodilla. Mi padre, aunque estaba al borde de la muerte, tuvo la suficiente presencia de ánimo para ordenar que el campamento presentase a mi tío Tiberio los honores que le correspondían como comandante del ejército. Los hermanos se abrazaron y mi padre susurró:

—¿Leyó ella mi carta?

—¡Antes que yo! —gimió mi tío Tiberio.

No se dijo nada más, salvo por parte de mi padre, que suspiró:

—Roma tiene una madre severa; Lucio y Cayo tienen una peligrosa madrastra.

Esas fueron sus últimas palabras, y muy pronto mi tío Tiberio le cerró los ojos.

Este relato lo conocí por Jenofonte, un griego de la isla de Cos, que en ese entonces era muy joven. Era el cirujano del estado mayor de mi padre y se había sentido muy disgustado por el hecho de que el médico de mi abuela le quitase el paciente de entre las manos. Cayo y Lucio, tengo que explicar, eran los nietos de Augusto, hijos de Julia y Agripa. Los había adoptado como hijos propios cuando todavía eran muy pequeños. Había un tercer hijo, Póstumo, así llamado porque había nacido póstumamente. Augusto no lo adoptó, sino que dejó que llevase el nombre de Agripa.

El campamento en que murió mi padre fue llamado «El maldito», y su cadáver fue transportado en procesión militar hasta el cuartel de invierno del ejército, en Maguncia, junto al Rin; mi tío Tiberio hizo todo el trayecto como familiar más próximo. El ejército quería enterrar el

cuerpo allí, pero él se lo llevó consigo para hacerle un funeral en Roma, donde fue quemado en una monstruosa pira, en el Campo de Marte. El propio Augusto pronunció la oración fúnebre, en el curso de la cual dijo: «Ruego a los dioses que hagan de mis hijos Cayo y Lucio hombres tan nobles y virtuosos como este Druso, y que me concedan una muerte tan honorable como la de él».

Livia no sabía con seguridad hasta qué punto podía confiar en Tiberio. A su regreso con el cadáver de mi padre, su simpatía para con ella pareció forzada e insincera, y cuando Augusto deseó para sí una muerte tan honorable como la de mi padre, Livia vio que una breve semisonrisa cruzaba por el rostro de mi tío Tiberio, que según parece sospechaba desde hacía tiempo que mi abuelo no había muerto de muerte natural, decidió en adelante no contrariar la voluntad de su madre en nada. Como comía con tanta frecuencia en su mesa, se sentía completamente a su merced. Se esforzó por conquistar su favor. Livia entendió lo que pasaba por su mente, y no se sintió insatisfecha. Era el único que sospechaba de sus actividades de envenenadora, y era indudable que se guardaría sus sospechas para sí. Había superado el escándalo de su casamiento con Augusto, y ahora se la citaba en la ciudad como un ejemplo de virtud en su forma más estricta y desagradable. El Senado votó que se erigiesen cuatro estatuas suyas en varios lugares públicos, a modo de consolación por su pérdida. También la incluyeron, por medio de una ficción legal, entre las «Madres de Tres Hijos». Las madres de tres o más hijos gozaban de privilegios especiales, en especial como legatarias; las solteronas y las mujeres estériles no podían beneficiarse de legado alguno, y lo que ellas perdían lo ganaban sus hermanas más fructíferas.

Claudio, viejo aburrido, he aquí que estás a punto de terminar el cuarto rollo de tu autobiografía, y ni siquiera has llegado a tu lugar de nacimiento. Regístralo de una vez, o nunca llegaras a la parte central de tu historia. Escribe: «Mi nacimiento ocurrió en Lyon, en Francia, el primero de agosto, un año antes de la muerte de mi padre». Muy bien. Mis padres tuvieron seis hijos antes de nacer yo, pero como mi madre siempre acompañaba a mi padre en sus campañas, sus hijos tenían que ser muy robustos para sobrevivir. Sólo vivían mi hermano Germánico, cinco años mayor que yo, y mi hermana Livila, un año mayor que yo. Ambos heredaron la magnífica constitución de mi padre. Yo no. Casi morí en tres ocasiones, antes de llegar a mi segundo año de edad, y si la muerte de mi padre no hubiese llevado a mi familia a Roma, es muy poco probable que esta historia hubiera podido ser escrita.



V



En Roma vivíamos en una enorme casa que había pertenecido a mi abuelo, y que éste había legado en su testamento a mi abuela. Estaba ubicada en el monte Palatino, cerca del palacio de Augusto y del templo de Apolo construido por Augusto, donde estaba la biblioteca. El monte Palatino dominaba la plaza del Mercado. Bajo la parte más empinada del risco se hallaba el templo de los Dioses Gemelos. Cástor y Pólux. (Era el viejo templo, construido con madera y barro, que dieciséis años después Tiberio reemplazó, a su propia costa, con una magnífica estructura de mármol, el interior pintado y dorado y amueblado con tanta suntuosidad como la alcoba de una mujer de la nobleza adinerada. Mi abuela Livia lo empujó a hacerlo para complacer a Augusto, si se me permite decirlo Tiberio no tenía espíritu religioso, y además era muy tacaño). El aire era más saludable en la colina que abajo, en el hoyo junto al río. La mayoría de las casas de arriba pertenecían a senadores. Yo fui un chico muy enfermo —un campo de batalla de enfermedades, decían los médicos—, y quizá sobreviví porque las enfermedades no pudieron ponerse de acuerdo acerca de cuál de ellas tendría el honor de

rematarme. Para empezar, nací prematuramente, a los siete meses de gestación, y luego la leche de mi nodriza no me sentó bien, de modo que me estalló un terrible salpullido en toda la piel, y después tuve malaria, y sarampión, que me dejó levemente sordo de un oído, y erisipela, y colitis, y finalmente parálisis infantil, que me acortó de tal modo la pierna izquierda, que me vi condenado a una permanente cojera. Debido a una u otra de todas estas enfermedades, he sido toda mi vida tan débil de los muslos, que nunca me ha resultado posible caminar o correr una larga distancia. He tenido que hacer la mayor parte de mis viajes en una silla de mano. Después está ese atroz dolor que me atenaza a veces la boca del estómago, después de comer. Es tan intenso, que en dos o tres ocasiones, si no hubieran intervenido algunos amigos, me habría hundido un cuchillo de trinchar (del que me apoderaba, enloquecido) en el lugar del tormento. He oído decir que este dolor, al que llaman «pasión cardiaca», es peor que cualquier otro que conozca el hombre, salvo la estangurria. Bueno, supongo que debo estar agradecido por no haber tenido nunca la estangurria.

Se supondrá que mi madre Antonia, una hermosa y noble mujer, educada en la más estricta virtud por su madre Octavia y única pasión de la vida de mi padre, me habría prodigado los más amantes cuidados, a mí que era su hijo menor, y que aun habría hecho de mí su favorito a causa de mis desdichas. Pero no fue así. Hizo todo lo que podía esperarse de ella en materia de deberes, pero nada más. No me amaba. No, sentía una gran aversión hacia mí, no sólo por mis enfermedades, sino también porque había tenido un embarazo muy difícil conmigo, y luego un parto muy doloroso, del cual apenas escapó con vida y que la dejó más o menos inválida durante años. Mi nacimiento prematuro se debió a una conmoción que recibió en la fiesta ofrecida en honor a Augusto, cuando éste visitó a mi padre en Lyon para inaugurar el «Altar de Roma y Augusto». Mi padre era gobernador de las tres provincias de Francia, y Lyon era su sede. Un enloquecido esclavo siciliano que hacía de servidor en la fiesta sacó de pronto una daga y la blandió en el aire, ante la nuca de mi padre. Sólo mi madre presenció el suceso. Su mirada se cruzó con la del esclavo, y tuvo la presencia de ánimo de sonreírle y de menear la cabeza en señal de desaprobación, haciéndole seña de que volviese a guardar la daga. Mientras el hombre vacilaba, otros dos camareros siguieron su mirada y acudieron a tiempo para dominarlo y desarmarlo. Luego mi madre se desmayó, y de inmediato comenzaron sus dolores. Puede que sea por eso que yo siempre tuve mórbidos temores de asesinato, porque dicen que las conmociones prenatales pueden ser heredadas. Pero es claro que no existen motivos para mencionar influencia prenatal alguna. ¿Cuántos miembros de la familia imperial han muerto de muerte natural?

Como yo era un niño afectuoso, la actitud de mi madre me causó muchas congojas. Me enteré por mi hermana Livila, una muchacha hermosa, pero cruel, vana y ambiciosa —en una palabra, una Claudia típica de la variedad maligna—, que mi madre me llamó «fenómeno», y que decía que habrían debido consultar los libros sibilinos cuando yo nací. Además la naturaleza me había comenzado, pero no terminado; me dejó a un lado, disgustada, sin duda por considerarme un inicio

frustrado. También decía que los antiguos eran más nobles y sabios que nosotros: abandonaban a todos los niños débiles en una colina desnuda, en bien de la raza. Puede que éstos hayan sido adornos introducidos por Livila a observaciones menos severas —porque los niños sietemesinos son objetos horripilantes—, pero sé que en una ocasión, cuando mi madre se encolerizó al enterarse de que cierto senador había presentado una moción estúpida ante la asamblea, estalló: ¡Habría que eliminar a ese hombre! Es tan imbécil como un asno. ¿Qué digo? Los asnos son seres sensatos en comparación, es tan estúpido como, ¡cielos, es tan estúpido como mi hijo Claudio!

Germánico era su favorito, y era el favorito de todo el mundo, pero lejos de envidiarlo por el cariño y la admiración que despertaba dondequiera que iba, yo me regocijaba por él. Germánico me tenía compasión, e hizo todo lo posible para que mi vida fuese más dichosa, y me recomendó ante mis mayores como un niño bondadoso que compensaría un tratamiento generoso y lleno de cuidados. La severidad sólo conseguía asustarme, decía, y me enfermaba más de lo necesario. Y tenía razón. El tic nervioso de mis manos, las sacudidas nerviosas de mi cabeza, mi tartamudeo, mis digestiones difíciles, mis constantes baboseos, se debían principalmente a los terrores a que se me sometía en nombre de la disciplina. Cuando Germánico me defendía, mi madre solía reír con indulgencia y decir: «¡Noble corazón, busca un mejor objeto para tus desbordamientos!».

Pero el modo de hablar de mi abuela Livia era: «No seas tonto, Germánico. Si reacciona favorablemente a la disciplina, lo trataremos con la bondad que se merece. Estás colocando el carro delante del caballo».

Mi abuela me hablaba muy pocas veces, y cuando lo hacía era con desprecio y sin mirarme, por lo general para decir: «Sal de esta habitación, niño, que quiero entrar». Si tenía ocasión de reñirme, jamás lo hacía de palabra, sino que me enviaba una nota fría y lacónica. Por ejemplo: «Ha llegado al conocimiento de la dama Livia que el niño Claudio ha estado perdiendo su tiempo en la biblioteca Apolo. Hasta que pueda extraer provecho de los textos elementales que le proporcionan sus preceptores, es absurdo que se ocupe de la obras serias de los anaqueles de la biblioteca. Además, su entrometimiento molesta a los verdaderos estudiantes. Esta práctica debe terminar».

En cuanto a Augusto, si bien nunca me trató con crueldad calculada, le molestaba que estuviese en la misma habitación que él, lo mismo que a mi abuela. Tenía un extraordinario cariño por los niños pequeños (hasta el fin de su vida siguió siendo un niño grande), pero sólo del tipo que llamaba «hermosas criaturas viriles», como por ejemplo mi hermano Germánico y sus nietos Cayo y Lucio, que eran todos muy bien parecidos. Había en Roma algunos hijos de reyes o caudillos confederados, mantenidos como rehenes para el buen comportamiento de sus padres —de Francia, Germania, Partia, África del Norte, Siria—, a los que se educaba con sus nietos y con los hijos de los principales

senadores en el Colegio de Niños. Y él concurría a menudo al colegio, a jugar con ellos a las canicas, al marro o a la taba. Sus favoritos eran los chiquillos morenos, los moros, partos y sirios, y todos los que podían parlotear con él, en su habla infantil, como si fuese otro chico más. Sólo en una ocasión trató de dominar la repugnancia que sentía hacia mí y me dejó intervenir en el juego de las canicas con sus favoritos; pero resultó un esfuerzo tan poco natural, que me puso más nervioso que de costumbre, y tartamudeé y me estremecí como un loco. Jamás volvió a intentarlo. Odiaba a los enanos, tullidos y deformes; decía que traían mala suerte y que debían ser mantenidos fuera de la vista. Sin embargo nunca pude encontrar en mi corazón fuerzas para odiar a Augusto como llegué a odiar a mi abuela, porque el disgusto que me mostraba carecía de malicia, y porque hacía todo lo posible para dominarlo. Y en verdad debo de haber sido un desdichado espantajo, una deshonra para un padre tan vigoroso y magnífico y para una madre tan majestuosa. Augusto era un hombre bien parecido, si bien de estatura un tanto reducida, de rizados cabellos rubios que sólo encanecieron muy avanzada su vida, de ojos brillantes, cara alegre y un carácter gracioso y altivo.

Recuerdo que en una ocasión escuché un epigrama elegíaco que compuso sobre mí, en griego, para Atenodoro, un filósofo estoico de Tarso, Cilicia, cuyos sencillos y serios consejos buscaba a menudo. Yo tendría entonces unos siete años de edad, y lo escuché junto al estanque de las carpas, en el jardín de la casa de mi madre. No recuerdo el epigrama con exactitud, pero su sentido era el siguiente: «Antonia es anticuada; no quiere comprar un monito tití a un mercader oriental que los cobra caros. ¿Y por qué? Porque ella misma los cría». Atenodoro pensó un instante, y replicó con severidad en el mismo metro: «Lejos de comprar un monito tití a los mercaderes orientales, ni siquiera mima y alimenta con confites al pobre hijo de su noble esposo». Augusto se mostró un tanto avergonzado. Debo explicar que ni él ni Atenodoro, a quien siempre me habían presentado como medio tonto, suponían que yo podía entender lo que decían. Atenodoro me atrajo hacia sí y dijo bromeando, en latín:

—¿Y qué opina el joven Tiberio Claudio acerca de esto?

Yo estaba protegido de Augusto por el enorme cuerpo de Atenodoro, y, quién sabe por qué, me olvidé de mis tartamudeos.

—Mi madre Antonia no me mima, pero me ha permitido aprender el griego de alguien que lo aprendió directamente de Apolo —dije.

Sólo quería significar con eso que entendía lo que decían. La persona que me había enseñado el griego era una mujer que había sido sacerdotisa de Apolo en una de las islas griegas, pero luego fue capturada por los piratas y vendida a un dueño de prostíbulos de Tiro. Consiguió escapar, pero no se le permitió volver a ser sacerdotisa porque había sido prostituta. Mi madre Antonia, reconociendo sus dotes, la incorporó a la familia como preceptora. Esta mujer solía

decirme que había aprendido el griego directamente de Apolo, y yo no hacía más que repetirlo. Pero como Apolo era el dios del saber y la poesía, mi observación resultó mucho más ingeniosa de lo que yo pensaba. Augusto se sobresaltó, y Atenodoro dijo:

—Muy bien hablado, pequeño Claudio. Los tities no entienden una palabra de griego, ¿no es cierto?

—No —respondí—, y tienen larga cola, y roban manzanas de la mesa.

Pero cuando Augusto comenzó a interrogarme con ansiedad, arrebatándome de entre los brazos de Atenodoro, me sentí tímido y tartamudeé peor que nunca. Pero desde entonces Atenodoro fue mi amigo.

Hay una historia sobre Atenodoro y Augusto que habla de los méritos de ambos. Atenodoro le dijo a Augusto un día que no tomaba las suficientes precauciones en cuanto a la admisión de visitantes en su presencia; algún día alguien le clavaría una daga en las entrañas. Augusto le replicó que estaba diciendo tonterías. Al día siguiente se le dijo a mi abuelo que su hermana, Octavia, estaba fuera y deseaba saludarlo en el aniversario de la muerte del padre de ambos. Dio orden de que la hiciesen entrar de inmediato. Cuando esto sucedió ella era una inválida incurable —fue en el año en que murió— y se la transportaba siempre en una litera cubierta. Cuando hicieron entrar la litera, las cortinas se separaron y saltó Atenodoro con una espada, que apuntó hacia el corazón de Augusto. Este, lejos de encolerizarse, agradeció a Atenodoro y confesó que había hecho mal en tratar su advertencia con tanta negligencia.

Es preciso que no olvide registrar un extraordinario acontecimiento de mi niñez. Un verano, cuando sólo tenía ocho años de edad, mi madre, mi hermano Germánico, mi hermana Livila y yo visitábamos a mi tía Julia en una hermosa casa de campo cercana al mar, en Anzio. Eran las seis de la tarde y estábamos fuera, a la fresca brisa del viñedo. Julia no estaba con nosotros, y el grupo estaba compuesto por el hijo de Tiberio —ese Tiberio Druso que luego fue llamado «Cástor»—, y Póstumo y Agripina, los hijos de Julia. De pronto oímos un gran chillido sobre nuestras cabezas. Levantamos la vista y vimos un grupo de águilas en vuelo. Algunas plumas bajaban flotando. Tratamos de atraparlas. Germánico y Cástor agarraron una cada uno antes de que cayesen o se les enredasen en el cuello. Cástor consiguió una pequeña pluma de un ala, pero Germánico una espléndida, de la cola. Ambas estaban tintas en sangre. Gotas de sangre cayeron sobre el rostro de Póstumo, y en los vestidos de Livila y Agripina. Y luego algo oscuro cayó del aire. No sé por qué lo hice, pero extendí un pliegue de mi túnica y lo atrapé. Era un minúsculo cachorro de lobo, herido y aterrorizado. Las águilas se precipitaron a recuperarlo, pero yo lo había ocultado, y cuando les gritamos y les arrojamos palos, se elevaron, frustradas, y se alejaron chillando. Yo me sentí turbado. No quería el cachorro. Livila quiso

quitármelo, pero mi madre, que en ese momento tenía una expresión grave, hizo que me lo devolviera.

—Ha caído en manos de Claudio —dijo—. Él tiene que conservarlo.

Preguntó a un anciano noble, miembro del Colegio de Augures, que estaba con nosotros:

—Dime qué presagio es éste.

—¿Cómo puedo decirlo? —respondió el anciano—. Puede tener un gran significado, o ninguno.

—No temas. Dinos lo que te parece.

—Primero haz que se vayan los niños —replicó él.

No sé si le dio la interpretación que, cuando hayan leído mi historia, se impondrá a ustedes como la única posible. Sólo sé que mientras los chicos nos manteníamos alejados —mi querido Germánico había encontrado para mí otra pluma de la cola, en una mata de espino blanco, y me la colocaba orgullosamente en el cabello—, Livila se acercó, curiosa, por detrás de unos rosales. Interrumpió, riendo ruidosamente:

—¡Pobre Roma, con él como protector! ¡Ojalá yo esté muerta antes de que eso suceda!

El augur se volvió hacia ella y la señaló con el dedo.

—Chiquilla insolente —dijo—, ¡no cabe duda de que Dios te concederá tu deseo en una forma que no te agradará!

—Serás encerrada en una habitación, sin nada que comer, niña —dijo mi madre—. Y fueron palabras ominosas, ahora que las recuerdo. Livila quedó castigada para el resto de sus vacaciones. Se vengó de mí con una serie de recursos ingeniosamente rencorosos. Pero no pudo decirnos qué había dicho el augur, porque había sido atada por un juramento a Vesta y a nuestros dioses lares, según el cual no podía referir el augurio, ni directa ni indirectamente, en vida de ninguno de los presentes. A todos se nos obligó a hacer ese juramento. Como ahora soy, desde hace muchos años, el único que ha quedado con vida del grupo —mi madre y el augur, si bien mucho mayores, han sobrevivido a todos los demás—, no estoy ya obligado a guardar silencio. Después de aquel suceso, durante algún tiempo, muchas veces sorprendí a mi madre mirándome con curiosidad, casi con respeto, pero no me trató mejor que antes.

No me permitió asistir al Colegio de Niños porque la debilidad de mis piernas no me permitía participar en los ejercicios gimnásticos que constituían una parte principalísima de la educación, y porque mi

sordera y mi tartamudeo eran obstáculos. De modo que muy pocas veces estaba en compañía de chicos de mi propia edad y clase. Se llamaba a los hijos de los esclavos de la casa para que jugasen conmigo. Dos de ellos, Calón y Palas, ambos griegos, fueron más tarde mis secretarios, y a ellos les confié asuntos de la máxima importancia. Calón llegó a ser el padre de otros dos secretarios míos, Narciso y Polibio. También pasaba gran parte de mi tiempo con las mujeres de mi madre, escuchándolas conversar mientras cardaban o tejían. Muchas de ellas, como mi gobernanta, eran mujeres de educación liberal, y confieso que hallaba más placer con ellas que con casi todos los hombres en cuya compañía me he visto colocado desde entonces. Eran de espíritu amplio, agudas, modestas y bondadosas.

Ya he mencionado a mi preceptor, Marco Porcio Catón, que, por lo menos en su propia estimación, era una encarnación viva de las antiguas virtudes romanas que sus antecesores habían demostrado uno detrás del otro. Siempre se jactaba de sus antepasados, como lo hace la gente estúpida que tiene conciencia de que ella misma no ha hecho nada digno de jactancia. Alardeaba en especial de Catón el Censor, que, de todos los personajes de la historia de Roma, es para mí quizás el más odioso, ya que defendió con persistencia la causa de las «antiguas virtudes» y las hizo sinónimas, en la mente popular, de grosería, pedantería y dureza. Se me hizo leer como libro de texto las obras en que Catón el Censor se glorificaba a sí mismo, y el relato que en una de ellas hacía de su campaña en España, donde destruyó más ciudades que días pasó en aquel país, me disgustó con su inhumanidad, más de lo que me impresionó con su habilidad militar o patriotismo. El poeta Virgilio ha dicho que la misión de los romanos es la de gobernar: «Perdonar a los vencidos y con la guerra humillar a los altivos». Catón humilló a los altivos, por cierto, pero menos con la guerra que con una hábil manipulación de los celos intertribales en España. Incluso empleó asesinos para eliminar a enemigos temibles. En cuanto a perdonar a los vencidos, pasó a espada a multitudes de hombres desarmados, cuando ya habían rendido incondicionalmente sus ciudades, y orgullosamente afirmaba que muchos cientos de españoles se suicidaron, con todas sus familias, antes que probar el sabor de la venganza romana. ¿Es de extrañar que las tribus volvieran a levantarse en cuanto pudieron reunir algunas armas, y que desde entonces hayan sido una constante espina clavada en nuestro costado? Lo único que Catón quería era el saqueo y un triunfo. No se concedía un triunfo a menos que se pudieran contar tantos y cuantos cadáveres —creo que entonces eran cinco mil—, y él quería asegurarse de que nadie se lo discutiera, como él mismo había discutido celosamente a algunos rivales, por haber pretendido un triunfo con una cosecha inadecuada de muertes.

De paso: los triunfos han sido una maldición para Roma. ¿Cuántas guerras innecesarias se libraron porque los generales aspiraban a la gloria de cabalgar coronados por las calles de Roma, con cautivos encadenados detrás de ellos y los despojos de guerra amontonados en carros? Augusto se dio cuenta de ello. Por consejo de Agripa, decretó que en adelante no se concedería a general alguno un triunfo público, a menos que fuese miembro de la familia imperial. Este decreto publicado

en el año en que nací, daba la impresión de que Augusto estaba celoso de sus generales, porque para entonces había terminado sus campañas activas, y ningún miembro de su familia tenía la edad suficiente para conquistar triunfos. Pero en realidad sólo significaba que no quería que los límites de su imperio siguieran ampliándose, y que suponía que sus generales no provocarían a las tribus de fronteras a cometer actos de guerra, si no tenían la esperanza de que se les concediera un triunfo por sus victorias sobre ellas. No obstante, permitió que se concedieran «ornamentos triunfales» —una túnica bordada, una estatua, una capillita, etcétera— a los que conquistaran un triunfo de otra manera. Ese sería incentivo suficiente para que cualquier buen soldado librase una guerra necesaria. Además los triunfos son muy malos para la disciplina militar. Los soldados se emborrachan y enloquecen, y por lo general terminan el día destrozando las tiendas y prendiendo fuego a las tiendas de venta de aceite, e insultando a las mujeres, y comportándose como si la ciudad conquistada por ellos fuese Roma, y no cualquier miserable campamento de chozas de troncos en Germania o una aldea hundida entre las arenas de Marruecos. Después de un triunfo celebrado por un sobrino mío, de quien les hablaré muy pronto, cuatrocientos soldados y casi cuatro mil ciudadanos perdieron la vida de una u otra manera; se saquearon cinco grandes bloques de viviendas en el barrio de prostitutas de la ciudad, que luego fueron incendiados, y se destrozaron trescientas tiendas, además de muchos otros daños.

Pero yo estaba en el tema de Catón el Censor. Su manual de agricultura y de economía doméstica fue convertido en mi libro de primeras letras, y cada vez que tropezaba en la lectura de una palabra recibía golpes, siempre dos: uno en mi oreja izquierda, por mi estupidez, y otro en la derecha, por insultar al noble Catón. Recuerdo un pasaje del libro que resumía muy bien el carácter de aquel individuo de alma mezquina: «Un dueño de casa debe vender sus bueyes viejos, y todo su ganado de cuernos que sea de contextura delicada; y todas sus ovejas que no sean resistentes, y su lana y sus cueros mismos; debe vender sus carros antiguos y sus viejos instrumentos de labranza; debe vender los esclavos que tengan una edad avanzada y que estén enfermos, y todo lo gastado o inútil». Por mi parte, cuando vivía como un caballero de provincias en mi pequeña finca de Capua decidí dedicar a mis animales agotados a tareas más ligeras, y luego dejarlos pastar hasta que la vejez les resultase una carga demasiado pesada, y entonces los hacía matar de un golpe en la cabeza. Nunca me rebajé a venderlos por una nada a cualquier campesino que los hiciese trabajar cruelmente hasta su último aliento. En cuanto a mis esclavos siempre los traté con generosidad, estuviesen sanos o enfermos, en su juventud o en su vejez, y esperaba en compensación el más elevado grado de devoción. Pocas veces me desilusionaron, aunque cuando abusaron de mi generosidad no tuve piedad para con ellos. No me cabe duda de que los esclavos del viejo Catón enfermaban continuamente, con la esperanza de ser vendidos a un amo más humano, y también me parece probable que a la postre haya obtenido de ellos menos trabajo y servicios honrados que yo de los míos. Es una tontería tratar a los esclavos como ganado. Son más inteligentes que los animales de trabajo, y además son capaces de hacer más daño en una semana a las propiedades de uno por descuidos

intencionados y estupidez, que todo el precio que se ha pagado por ellos. Catón se jactaba de no gastar nunca más que unas pocas monedas en un esclavo. Todo individuo bizco y de aspecto maligno que pareciese tener buenos músculos y dientes le servía para sus fines. No sé cómo se las arreglaba para encontrar compradores para esas bellezas, cuando había terminado con ellos. Por lo que sé del carácter de su descendiente, que supuestamente se le parecía en el físico —cabello color arena, ojos verdes, voz áspera, corpulento— y en el carácter, supongo que amedrentó a sus pobres vecinos, obligándolos a aceptar todos los hombres que desechaba al precio de esclavos nuevos.

Mi querido amigo Póstumo, que era menos de dos años mayor que yo —el mejor amigo, aparte de Germánico, que jamás he tenido—, me dijo que había leído en un libro contemporáneo que el viejo Catón era un verdadero ladrón, aparte de ser un tacaño. Era culpable de ciertas prácticas ilegales en el transporte marítimo, pero había evitado la deshonra pública convirtiendo a uno de sus ex esclavos en el dueño nominal de los barcos. Como Censor encargado de la moral pública, hizo algunas cosas muy raras; supuestamente las cometió en nombre de la decencia pública, pero en realidad, según parece, para satisfacer sus rencores personales. Con pruebas presentadas por él mismo, expulsó a un hombre de la orden de senadores porque «carecía de gravedad romana»: ¡había besado a su esposa, a la luz del día, en presencia de su hija! Cuando otro senador, amigo del hombre expulsado, puso en tela de juicio la justicia de su decisión y le preguntó si él y su esposa no se abrazaban nunca, salvo en el acto marital, Catón replicó con acaloramiento:

—¡Nunca!

—¿Cómo nunca?

—Bueno, para ser sincero, hace un par de años mi esposa me abrazó durante una tormenta que la asustó, pero por fortuna no había nadie cerca, y te aseguro que pasará mucho tiempo antes de que vuelva a hacerlo.

—Oh —exclamó el senador, fingiendo haberlo entendido mal, porque Catón quería decir, supongo, que le había hecho a su esposa una terrible admonición por su falta de gravedad—, cuánto lo lamento. Algunas mujeres no son muy afectuosas con los esposos feos, por dignos y virtuosos que éstos sean. Pero no importa, quizá Júpiter tenga la bondad de volver a enviarnos pronto algunos truenos.

Catón no perdonó al senador, que era un pariente lejano. Un año después revisaba la lista de senadores, como era su deber de Censor, y preguntaba a cada hombre, por turno, si estaba casado. Existía una ley, que desde entonces ha caído en el olvido, que exigía que todos los senadores estuviesen honorablemente casados. Le llegó a su pariente el turno de ser examinado, y Catón le dirigió la fórmula habitual, que instaba al senador a contestar «con confianza y honestidad».

—¡Si tienes una esposa, contéstame, con confianza y honestidad! —entonó Catón con voz ronca.

El hombre se sintió un tanto turbado, porque después de bromear en cuanto al afecto de la mujer de Catón, había descubierto que su propia esposa le había perdido el afecto a él, hasta tal punto, que ahora se veía obligado a divorciarse de ella. Por consiguiente, para demostrar buena voluntad y volver honradamente la broma contra sí mismo, respondió:

—Sí, en verdad, tengo una esposa, pero ya no goza de mi confianza, y tampoco daría mucho por su honestidad. —Catón lo expulsó en el acto de la orden por irreverencia.

¿Y quién atrajo la maldición púnica sobre Roma? El mismo viejo Catón, que, cada vez que en el Senado se le preguntaba su opinión sobre cualquier asunto, terminaba su discurso diciendo: «Esta es mi opinión. Y otra opinión mía es la de que Cartago debe ser destruida. Es una amenaza para Roma».

Machacando incesantemente sobre la amenaza que representaba Cartago, produjo tal nerviosismo popular, que, como he dicho, los romanos llegaron a violar sus más sagrados compromisos y arrasaron Cartago.

He escrito sobre el viejo Catón más de lo que pensaba hacer, pero viene muy al caso. En mis pensamientos él está unido a la ruina de Roma, de la cual fue tan responsable como los hombres cuya «poco varonil opulencia —dijo— había enervado al Estado», y a los recuerdos de mi desdichada infancia bajo ese mulero que era el hijo de su tataranieto. Ya soy un anciano y mi preceptor murió hace cincuenta años, pero mi corazón todavía se llena de indignación y odio cuando pienso en él.

Germánico me protegía contra mis mayores de una forma suave, persuasiva, pero Póstumo me defendía como un león. Parecía no atemorizarse ante nadie. Incluso se atrevía a hablarle con claridad a mi propia abuela Livia. Augusto hizo de Póstumo su favorito, de modo que por un tiempo Livia fingió sentirse divertida ante lo que denominaba su impulsividad juvenil. Póstumo le tuvo confianza al principio, ya que era incapaz de dobleza alguna. Un día, cuando yo tenía doce años y él catorce, pasó por casualidad por la habitación en la que Catón me daba mis lecciones. Oyó el ruido de golpes y mis gritos pidiendo piedad, e irrumpió en el cuarto.

—¡Deja de golpearlo ahora mismo! —gritó.

Catón lo miró con desdeñosa sorpresa y me propinó otro golpe que me derribó de mi taburete.

—Los que no pueden castigar al asno golpean la silla —dijo Póstumo. Era un proverbio conocido en Roma.

—¡Deslenguado!, ¿qué quieres decir? —rugió Catón.

—Quiero decir —dijo Póstumo— que te vengas en Claudio por lo que consideras una conspiración general para no dejarte progresar. En realidad eres demasiado bueno para la tarea de ser su preceptor, ¿eh?

Póstumo era inteligente; había adivinado que eso enfurecería a Catón y lo haría perder los estribos. Y Catón se tragó el anzuelo: lanzó una andanada de anticuadas maldiciones y afirmó que en la época de sus antepasados, cuya memoria insultaba ese demonio tartamudo, no lo habría pasado muy bien un chico que se mostrase irreverente con sus mayores, porque en aquellos días se administraba disciplina con mano dura. En tanto que en esta época degenerada, los dirigentes de Roma concedían pleno permiso a cualquier ignorante patán (esto era por Póstumo) o a cualquier mocoso decrépito y débil de mollera.

Póstumo lo interrumpió con una sonrisa de advertencia.

—De modo que yo tenía razón. El degenerado Augusto insulta al gran Censor al emplearte en su degenerada familia. Supongo que ya le habrás dicho a la señora Livia lo que sientes en ese sentido.

Catón se habría mordido la lengua, lleno de miedo y cólera. Si Livia se enteraba de lo que había dicho, ése sería su fin. Hasta entonces había expresado la más profunda gratitud por el honor de que se le confiara la educación de su nieto, y no hablemos ya de la devolución de las fincas de la familia, confiscadas después de la batalla de Filipos, en la que su padre había muerto luchando contra Augusto. Catón era lo bastante prudente o lo bastante cobarde para entender una insinuación, y después de eso mis tormentos cotidianos disminuyeron considerablemente. Tres o cuatro meses después, con gran alegría por mi parte, dejó de ser mi preceptor, ya que se le nombró director del Colegio de Niños. Póstumo cayó allí bajo su tutela.

Póstumo era terriblemente fuerte. Cuando aún no tenía catorce años, podía doblar una barra de hierro gruesa como mi pulgar sobre sus rodillas, y lo he visto caminar por el campo de juegos con dos chicos sobre los hombros, uno en la espalda y otro de pie sobre cada una de sus manos. No era estudioso, pero su intelecto era muy superior al de Catón, por decir lo mínimo, y en sus últimos dos años en el colegio los chicos lo eligieron su jefe. En todos los juegos del colegio era «El rey» —es extraño cómo ha sobrevivido la palabra «rey» entre los estudiantes— y mantenía una severa disciplina entre sus condiscípulos. Catón tenía que mostrarse muy cortés con Póstumo, si quería que los otros chicos hicieran lo que se les ordenaba, porque todos cumplían sin chistar las órdenes de Póstumo.

Livia pidió a Catón que le entregase informes semestrales sobre sus alumnos. Le hizo saber que si los consideraba de interés para Augusto, se los transmitiría. Con esto Catón entendió que sus informes debían ser anodinos, a menos que ella le insinuase que elogiara o censurara a

algún chico en especial. Muchos casamientos se concertaban mientras los chicos estudiaban aún en el colegio, y un informe podía resultarle útil a Livia como argumento a favor o en contra de una de esas uniones. Los matrimonios de la nobleza de Roma tenían que ser aprobados por Augusto, en su calidad de Sumo Pontífice, y en su mayor parte eran ordenados por Livia. Un día ésta visitó por casualidad los claustros del colegio y vio a Póstumo en un sitial, emitiendo decretos como rey del colegio. Catón advirtió que ella fruncía el entrecejo. Se sintió estimulado a escribir en el informe siguiente: «Con grandes vacilaciones por mi parte, pero en interés de la virtud y la justicia, me veo obligado a informar que el niño Agripa Póstumo tiene tendencia a exhibir un carácter salvaje, dominador e intratable». Después de esto Livia se comportó tan graciosamente con él, que su informe siguiente fue más enérgico aun. Livia no mostró los informes a Augusto, sino que los mantuvo en reserva, y Póstumo no tuvo conocimiento de ellos.

Bajo el reinado de Póstumo pasé los dos años más dichosos de mi juventud, y bien podría decir de mi vida. Ordenó a los chicos que se me admitiese libremente en todos los juegos, aunque no era miembro del colegio, y dijo que toda descortesía o injuria hacia mí la consideraría como una descortesía o injuria hacia él mismo. De modo que participé en todos los deportes que me permitía mi salud, y sólo cuando Augusto o Livia visitaban el colegio me deslizaba yo a un segundo plano. En lugar de Catón tenía ahora a mi buen viejo Atenodoro como preceptor. Con él aprendí en seis meses más de lo que había aprendido con Catón en seis años. Atenodoro no me castigaba nunca, y empleaba conmigo la máxima paciencia. Solía estimularme diciéndome que mi cojera debía ser un acicate de mi inteligencia. Vulcano, el dios de todos los hábiles artesanos, también era cojo. En cuanto a mi tartamudeo, Demóstenes, el máximo orador de todos los tiempos, había nacido tartamudo, pero corrigió sus tartajeos por medio de paciencia y concentración. Había utilizado el mismo método que él me enseñaba ahora. Porque Atenodoro me hacía recitar con la boca llena de guijarros. Para tratar de vencer la obstrucción de los guijarros, me olvidaba del tartamudeo, y entonces las piedrecillas fueron eliminadas una a una, hasta que no quedó ninguna. Para mi sorpresa, advertí que podía hablar tan bien como cualquiera. Pero sólo cuando declamaba. En la conversación común continuaba tartamudeando. Convirtió en un agradable secreto entre los dos el hecho de que pudiese declamar tan bien.

«Algún día, cercopiteco, sorprenderemos a Augusto —solía decir—. Pero espera un poco más».

Cuando me llamaba cercopiteco (tití), era por afecto, y no en tono de burla, y yo me enorgullecía del apodo. Cuando estudiaba mal, me avergonzaba diciendo: «Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, recuerda quién eres y lo que estás haciendo».

Con Póstumo, Atenodoro y Germánico como mis amigos, comencé a conquistar gradualmente confianza en mí mismo.

AÑO 2 d. de C.

El primer día de su preceptoría Atenodoro me dijo que se proponía enseñarme, no los hechos, que yo podía averiguar en cualquier parte, sino la adecuada presentación de los hechos. Y lo hizo. Un día, por ejemplo, me preguntó bondadosamente por qué estaba tan excitado; me resultaba imposible concentrarme en mi tarea. Le dije que acababa de ver un gran número de reclutas desfilando por el Campo de Marte, para ser revistados por Augusto antes de ser enviados a Germania, donde había vuelto a estallar la guerra.

«Bien —dijo Atenodoro, siempre con la misma voz bondadosa—, como eso te ocupa a tal punto la mente que no puedes apreciar las bellezas de Hesíodo, éste tendrá que esperar hasta mañana. A fin de cuentas, ha esperado setecientos años, o más, de modo que no se enojará por un día más. Y entre tanto, ¿qué te parece si te sientas y tomas tus tabletas y me escribes una carta, una breve reseña de todo lo que has visto en el Campo de Marte? Como si yo hubiera estado ausente de Roma y tú me enviaras una carta a través del mar, digamos a mi casa de Tarso. Eso mantendrá ocupadas tus inquietas manos y será una buena práctica».

Garrapateé alegremente en la cera, y luego leímos la carta juntos, para corregir las faltas de ortografía y composición. Me vi obligado a admitir que había dicho unas veces poco y otras demasiado, y que por lo tanto ordené los hechos equivocadamente. El pasaje que describía las lamentaciones de las madres y novias de los jóvenes soldados, y cómo la multitud se precipitó hacia el puente para un último saludo a la columna en marcha habría debido ir al final, y no al comienzo. Y no habría debido mencionar que la caballería tenía caballos; eso se daba por supuesto. Y en dos ocasiones mencionaba el incidente del traspié del corcel de Augusto; una vez era suficiente, si el caballo había tropezado una sola vez. Y lo que me había dicho Póstumo, cuando regresábamos a casa, sobre las prácticas religiosas de los judíos, era interesante, pero no tenía nada que ver allí, porque los reclutas eran italianos, no judíos. Además, en Tarso él tendría probablemente más oportunidades de estudiar las costumbres judías que Póstumo en Roma. Por otra parte, no había mencionado varias cosas que a él le habría interesado conocer: cuántos reclutas había en el desfile, cuán avanzado estaba su adiestramiento militar, a qué guarnición se les enviaba, si parecían alegres o tristes de que se les enviara a combatir, qué les había dicho Augusto en su discurso.

Tres días después Atenodoro me hizo escribir una descripción de una pendencia entre un marinero y un vendedor de ropa, que ese día habíamos presenciado juntos, mientras paseábamos por el mercado de harapos, y lo hice un poco mejor. Primero aplicó esta disciplina a mis escritos, luego a mis declamaciones, y finalmente a mis conversaciones generales con él. Me dedicaba interminables esfuerzos, y gradualmente me volví menos disperso en mis pensamientos, porque nunca permitía

que pasara sin comentario una frase descuidada, ajena a la cuestión o inexacta.

Trató de interesarme en la filosofía especulativa, pero cuando vio que no tenía inclinaciones en ese sentido no me obligó a superar los límites habituales de la educación. Fue él quien primero me interesó por la historia. Tenía ejemplares de los primeros veinte volúmenes de la historia de Roma por Livio, que me dio a leer como ejemplo de redacción lúcida y agradable. Los relatos de Livio me encantaron, y Atenodoro me prometió que en cuanto hubiese dominado mi tartamudeo, me presentaría al propio Livio, que era amigo suyo. Cumplió con su palabra. Seis meses más tarde me llevó a la biblioteca de Apolo y me presentó a un hombre barbudo y encorvado, de unos sesenta años de edad, tez amarillenta, mirada alegre y forma precisa de hablar, quien me saludó con cordialidad como al hijo del padre a quien tanto había admirado. En esa época Livio no estaba siquiera en la mitad de su historia, que cuando fuese completada tendría ciento cincuenta volúmenes y abarcaría desde los más remotos tiempos legendarios hasta la muerte de mi padre, ocurrida doce años antes. En esa fecha comenzó a publicar su obra, a razón de cinco volúmenes por año, y ahora había llegado al momento en que nacía Julio César. Livio me felicitó por tener a Atenodoro como preceptor. Este dijo que yo le compensaba con creces los esfuerzos que me dedicaba; y luego yo le hablé a Livio del placer que había encontrado en la lectura de sus libros, desde que Atenodoro me los recomendó como modelo de redacción. Todos se sintieron satisfechos, en especial Livio.

—¡Cómo! ¿Tú también quieres ser historiador, joven? —me preguntó.

—Me gustaría ser digno de ese honorable nombre —contesté si bien nunca había considerado el asunto con seriedad. Entonces él me sugirió que escribiese una biografía de mi padre, y se ofreció a ayudarme haciéndome conocer las fuentes históricas más dignas de confianza. Yo me sentí muy halagado, y decidí comenzar el libro al día siguiente. Pero Livio dijo que escribir era la última tarea del historiador: primero tenía que reunir sus materiales y aguzar su pluma. Atenodoro me prestaría su pequeño cortaplumas, bromeó.

Atenodoro era un anciano majestuoso, de negros ojos bondadosos, nariz aguileña y la más maravillosa barba que jamás haya crecido en una barbilla humana. Le llegaba ondulando hasta la cintura, y era tan blanca como el ala de un cisne. No digo esto como ociosa comparación poética, porque no pertenezco al tipo de historiador que escribe en estilo seudo épico. Quiero decir que era literalmente blanca como el ala de un cisne. En el lago artificial de los jardines de Salustio había algunos cisnes domésticos, y Atenodoro y yo los alimentábamos a veces con pan que les arrojábamos desde un bote, y recuerdo haber advertido que su barba y las alas de ellos eran exactamente del mismo color. Atenodoro solía acariciársela lenta y rítmicamente mientras hablaba, y en una ocasión me dijo que eso era lo que se la hacía crecer tan lujuriosa. Me dijo que de sus dedos fluían invisibles simientes de fuego,

que eran alimento para los cabellos. Era una típica broma estoica a expensas de la filosofía especulativa epicúrea.

La mención de la barba de Atenodoro me recuerda a Sulpicio, que cuando yo tenía trece años de edad fue nombrado por mi abuela Livia mi preceptor especial de historia. Sulpicio tenía, si mal no recuerdo, la barbita más lamentable que nunca haya visto: era blanca, pero con la blancura de la nieve de las calles de Roma después del deshielo, de un blanco gris feo sucio, manchado de amarillo, y muy rala. Solía enredársela entre los dedos cuando estaba preocupado, e incluso se llevaba el extremo a la boca y lo mascaba. Creo que Livia lo eligió porque lo consideraba el hombre más aburrido de Roma y porque abrigaba la esperanza de que, al convertirlo en mi preceptor, me desalentaría en mis ambiciones históricas, porque muy pronto se enteró de ellas. Livia tenía razón: Sulpicio poseía un gran talento para hacer que las cosas más interesantes pareciesen absolutamente huecas y muertas. Pero ni siquiera la sequedad de Sulpicio consiguió apartarme de mi labor, y por otra parte tenía el mérito de poseer una memoria excepcionalmente exacta para los hechos. Si yo alguna vez necesitaba alguna información poco común, como por ejemplo las leyes de sucesión de los caudillos de alguna de las tribus alpinas contra las cuales había luchado mi padre, o el significado y etimología de su grito de guerra, Sulpicio sabía qué autoridad había tratado esos puntos, en qué libro, y en qué estante de qué sala de qué biblioteca podía encontrarlo. No tenía sentido crítico y escribía pésimamente, los hechos se asfixiaban los unos a los otros, como flores en un cantero que no ha sido escardado. Pero resultó ser un inestimable ayudante cuando aprendí más tarde a utilizarlo como tal, en lugar de emplearlo como preceptor. Y trabajó para mí hasta su muerte, a la edad de ochenta y siete años, casi treinta después, y su memoria permaneció intacta hasta el final, y su barba tan descolorida y rala como siempre.



VI



AÑO 6 a. de C.

Ahora debo retroceder unos años para hablar de mi tío Tiberio, cuya suerte no es en modo alguno ajena a esta historia. Se encontraba en una posición desdichada, obligado contra su voluntad a mantenerse continuamente ante la vista del público, ora como general en alguna campaña de frontera, ora como cónsul en Roma, ora como comisionado especial en provincias, cuando lo único que anhelaba era un prolongado descanso e intimidad. Los honores públicos significaban muy poco para él, aunque sólo fuese porque le eran concedidos, como se quejó una vez a mi padre, por ser el mandatario principal de Augusto y Livia, y no por actuar en derecho propio y bajo su propia responsabilidad. Más aún, con la dignidad de la familia imperial que mantener, y con Livia espiándolo continuamente, tenía que tener sumo cuidado con su moral personal. Tenía pocos amigos, ya que era, como creo haber dicho, de temperamento suspicaz, celoso, reservado y melancólico, y estaba

rodeado de algunos aduladores, a quienes trataba con el cínico desprecio que se merecían. Y, por último, las cosas habían ido de mal en peor entre él y Julia, desde su casamiento con ella cinco años antes. Les había nacido un hijo que murió después; y más tarde Tiberio se negó a volver a dormir con ella, y eso por tres motivos. El primero era que Julia había llegado ya a la media edad y perdido su silueta esbelta (Tiberio prefería las mujeres poco maduras, y cuanto más muchachiles, mejor, y Vipsania había sido una mujercita menuda). El segundo, que Julia le presentaba apasionadas exigencias, que él no estaba dispuesto a satisfacer, y que solía ponerse histérica cuando él la rechazaba. El tercero, que descubrió, después de rechazarla, que ella se vengaba buscando galanes que le diesen lo que él le negaba.

Por desgracia no pudo encontrar pruebas de la infidelidad de Julia, aparte de las presentadas por los esclavos, porque ella manejaba sus asuntos con sumo cuidado, y las pruebas de los esclavos no eran suficientes para ser presentadas a Augusto como motivo para el divorcio de su única y muy querida hija. Pero en lugar de hablarle de eso a Livia, como le tenía tanta desconfianza como odio, prefirió sufrir en silencio. Se le ocurrió que si podía alejarse de Roma y de Julia, habría posibilidades de que ésta se descuidara y que Augusto se enterase a la postre, por sí mismo, de su conducta. Su única posibilidad de huida residía en el estallido de otra guerra en alguna de las fronteras, de una guerra lo bastante importante para que él fuese enviado al frente de los ejércitos. Pero no aparecía señal alguna de guerra por ninguna parte, y además estaba cansado de combatir. Había reemplazado a mi padre en el mando de los ejércitos alemanes (Julia insistió en acompañarlo al Rin) y ahora hacía apenas unos meses que estaba de vuelta en Roma. Pero Augusto lo hizo trabajar como un esclavo desde su regreso: le encargó la difícil y desagradable tarea de investigar la administración de los hospicios y las condiciones de trabajo, en general, en los barrios más pobres de Roma. Un día, en un momento de descuido, estalló ante Livia: «Oh madre, quedar libre, aunque sólo sea por unos meses, de esta vida intolerable».

Ella le atemorizó, porque no le dio respuesta alguna y salió altaneramente de la habitación, pero ese mismo día, más tarde le hizo llamar y le sorprendió diciéndole que había decidido concederle su deseo y obtener de Augusto una licencia temporal para él. Tomaba esa decisión, en parte porque quería imponerle una deuda de gratitud hacia ella, y en parte porque ahora estaba enterada de los asuntos amorosos de Julia y tenía la misma idea que Tiberio en cuanto a darle cuerda para que se ahorcara con ella. Pero el motivo principal era el de que los hermanos mayores de Póstumo, Cayo y Lucio, estaban creciendo, y las relaciones entre ellos y su padrastro Tiberio se habían vuelto tensas.

Cayo, que en el fondo no era un mal sujeto (tampoco lo era Lucio), había llegado, en cierta medida, a ocupar en el afecto de Augusto el lugar que otrora ocupó Marcelo. Pero Augusto los malcriaba tan desvergonzadamente, a pesar de las advertencias de Livia, que lo extraño es que no hubieran resultado mucho peores de lo que

resultaron. Tenían tendencia a comportarse con insolencia ante sus mayores, en especial ante los hombres con quienes les parecía que Augusto quería secretamente que se portaran así, y a vivir en medio de la mayor extravagancia. Cuando Livia vio que era inútil tratar de poner freno al nepotismo de Augusto, cambió de política y lo estimuló a hacer de ellos mayores favoritos que nunca. Al hacerlo, y al informarlos de que lo hacía, aspiraba a conquistar su confianza. También calculaba que si aumentaba un poco la importancia que los jóvenes creían tener, perderían el dominio de sí mismos y tratarían de apoderarse de la monarquía. Su sistema de espionaje era excelente, y se enteraría de cualquier conspiración con tiempo suficiente para detenerlos. Instó a Augusto a que hiciese elegir a Cayo cónsul, con cuatro años de anticipación, cuando sólo tenía quince de edad, aunque la menor edad en que un hombre podía llegar a ser legalmente cónsul había sido fijada por Sila en cuarenta y tres años, y aunque antes de eso tenía que ocupar tres distintos puestos oficiales de importancia ascendente. Más tarde se ofreció el mismo honor a Lucio. Livia sugirió también que Augusto los presentase en el Senado como «Jefes de los Cadetes». El título no se les concedía como en el caso de Marcelo, sólo para una ocasión específica, sino que los colocaba en posición de autoridad sobre sus pares en edad y rango. Ahora resultaba perfectamente claro que Augusto veía en Cayo a su sucesor, de modo que no es de extrañar que la misma clase de jóvenes nobles que se habían jactado de los poderes ilimitados del joven Marcelo, en contra de la reputación ministerial y militar del veterano Agripa, hicieran ahora lo mismo con Cayo, el hijo de Agripa, en contra de la veterana reputación de Tiberio, a quien hicieron objeto de muchos desaires. Livia tenía la intención de que Tiberio siguiese el ejemplo de Agripa. Si se retiraba ahora, con tantas victorias y honores públicos en su hoja; si se iba a alguna isla griega cercana y dejaba el campo político a Cayo y Lucio, ello crearía una buena impresión y le conquistaría mucha más simpatía popular que si se quedaba para disputarla. (El paralelo histórico sería más exacto aún si Cayo y Lucio morían durante el retiro de Tiberio y si Augusto sentía la necesidad de volver a requerir sus servicios). De modo que Livia prometió conseguir que Augusto le concediese una licencia indefinida para ausentarse de Roma, y el permiso para renunciar a todos sus puestos, pero que le haría dar el rango honorario de Protector del Pueblo, que lo protegería de ser asesinado por Cayo, si a éste se le ocurriese eliminarlo.

Le resultó muy difícil cumplir con su promesa, porque Tiberio era el ministro más útil y el general de más éxito de Augusto, y durante mucho tiempo el anciano se negó a tomar la petición en serio. Pero Tiberio pretextó mala salud y afirmó que su ausencia libraría a Cayo y Lucio de muchos problemas. Admitió que no se entendía muy bien con ellos. Aun así, Augusto no quiso escucharlo. Cayo y Lucio eran muy jóvenes, totalmente inexpertos todavía en problemas de guerra o del Estado, y no le serían de utilidad si estallaban disturbios graves en la ciudad, en las provincias o en la frontera. Advertía, quizá por primera vez, que Tiberio era su único apoyo para semejante emergencia. Pero le irritaba que se le obligase a advertirlo. Rechazó la petición de Tiberio y dijo que no quería escuchar más argumentos Como no había más remedio, Tiberio fue a ver a Julia y le dijo con estudiada brutalidad que su matrimonio se

había convertido en una farsa tal, que ya no podía tolerar seguir viviendo un día más con ella en la misma casa. Sugirió que fuese a ver a Augusto y se quejara ante él de que había sido maltratada por el canalla de su esposo, y le dijera que no se sentiría feliz hasta no divorciarse de él. Augusto, dijo, lo más probable era que por razones de familia —peor para él—, no consintiera en el divorcio, pero quizá lo desterrara de Roma. Estaba dispuesto a ir al exilio antes que continuar viviendo con ella.

Julia decidió olvidar que alguna vez había amado a Tiberio. Había sufrido mucho con él. No sólo la trataba con el máximo desdén cuando estaban solos, sino que ahora había empezado a experimentar cautelosamente las prácticas ridículamente sucias que más tarde hicieron su nombre tan detestable para todas las personas decentes, y ella llegó a enterarse de eso. De modo que le tomó la palabra y se quejó a Augusto en términos mucho más enérgicos de lo que Tiberio (que era lo bastante vanidoso para creer que ella continuaba amándolo a pesar de todo) habría podido prever. Augusto tenía siempre grandes dificultades en ocultar su antipatía hacia Tiberio en su calidad de yerno —cosa que, por supuesto, había estimulado a la facción de Cayo—, y al recibir la queja empezó a pasearse enfurecido por su estudio, insultando a Tiberio con todos los epítetos que se le ocurrieron. Sin embargo, le recordó a Julia que la única culpable era ella por su desilusión con un esposo acerca de cuyo carácter él nunca había dejado de hacerle advertencias. Y a pesar de lo mucho que la quería y de lo apenado que estaba por ella, no podía disolver el matrimonio. Era imposible que su hija y su hijastro se separasen después de una unión a la que se había asignado tanta importancia política, y estaba seguro de que Livia vería el asunto a la misma luz que él. De manera que Julia le rogó que por lo menos enviase a Tiberio a alguna parte, por uno o dos años, porque por el momento no podía soportar su presencia a menos de cien kilómetros de distancia. Augusto aceptó eventualmente esta solución, y pocos días después Tiberio se encontraba en viaje a la isla de Rodas, que desde hacía mucho tiempo había elegido como lugar ideal de retiro. Pero Augusto, si bien le concedió el título de Protector a instancias de Livia, dejó establecido con claridad que si no volvía a verle la cara no lo lamentaría.

Nadie, aparte de los participantes en este curioso drama supo por qué se iba Tiberio de Roma, y Livia utilizó la reticencia de Augusto a discutir el asunto en público y la convirtió en ventaja para Tiberio. Dijo a sus amigos, «confidencialmente», que Tiberio había decidido retirarse en protesta contra la escandalosa conducta del partido de Cayo y Lucio. También dijo que Augusto había simpatizado grandemente con él y que al principio se negó a aceptar su renuncia, prometiéndole en cambio silenciar a los ofensores. Tiberio insistió en que no quería provocar más enconos entre él y los hijos de su esposa, y demostró lo inmutable de su propósito dejando de comer durante cuatro días. Livia mantuvo la farsa acompañándolo hasta su barco en Ostia, el puerto de Roma, y rogándole, en nombre de Augusto y en el propio, que reconsiderase su decisión. Incluso dispuso que todos los miembros más inmediatos de su familia —Cástor, el hijo menor de Tiberio, y mi madre, Germánico, Livila

y yo mismo— la acompañásemos para acentuar el dramatismo de la ocasión sumando nuestros ruegos a los de ella. Julia no apareció, y su ausencia concordó muy bien con la impresión que Livia trataba de crear: que se había puesto de parte de sus hijos, en contra de su esposo. Fue una escena ridícula pero bien montada. Mi madre la representó bien, y los tres niños, que habían sido cuidadosamente instruidos, recitaron sus papeles como si los sintiesen. Yo me sentí desconcertado y guardé silencio hasta que Livia me propinó un pellizco, y entonces estallé en lágrimas, y por consiguiente lo hice mejor que todos los demás. Tenía cuatro años de edad cuando sucedió eso, pero había cumplido doce antes de que Augusto se viese obligado, a desgana, a llamar a mi tío de vuelta a Roma, ya que la situación política había cambiado mucho para entonces.

Ahora bien, Julia merece mucha más simpatía de la que popularmente ha conquistado. Era, según creo, una mujer naturalmente honrada, de buen corazón, aunque amante de los placeres excitantes, y fue la única de mis parientas que tuvo una palabra bondadosa para mí. También creo que no había motivos para las acusaciones que se hicieron en su contra muchos años después, de infidelidad a Agripa mientras estuvo casada con él. La verdad es que todos sus hijos se le parecían muchísimo. Lo cierto es lo que voy a relatar. Durante su viudez, como he narrado, se enamoró de Tiberio y convenció a Augusto de que la dejara casarse con él. Tiberio, encolerizado por tener que divorciarse de su esposa por su causa, la trató con suma frialdad. Entonces Julia tuvo la imprudencia de abordar a Livia, en quien confiaba a pesar de los temores que le inspiraba, y le pidió consejo. Livia le dio un bebedizo, que debía tomar, y le dijo que en el término de un año la tornaría irresistible para su esposo, pero que debía tomarlo una vez al mes, durante la luna llena, y ofrecer ciertas oraciones a Venus, sin contárselo a nadie, porque de lo contrario la droga perdería sus virtudes y le causaría grandes daños. Lo que Livia, en su crueldad, le entregó, era un destilado de los cuerpos triturados de ciertas pequeñas moscas verdes, procedentes de España, que estimuló de tal modo su apetito sexual, que se convirtió en algo muy similar a una demente. (Más tarde explicaré cómo me enteré de esto). Es cierto que durante un tiempo encendió el apetito de Tiberio con la lujuria y el abandono a que la empujaba la droga, en contra de su natural modestia. Pero pronto lo fatigó y se negó a tener nuevas relaciones maritales con ella. Debido a la acción de la droga —que supongo se convirtió en una costumbre para ella—, se vio obligada a satisfacer sus ansias sexuales por medio de relaciones adúlteras con todos aquellos cortesanos jóvenes en quienes podía confiar que se comportarían con discreción. Quiero decir que lo hizo en Roma; en Germania y en Francia sedujo a soldados de la guardia de Tiberio e incluso a esclavos germanos, amenazándolos, si vacilaban, con acusarlos de permitirse familiaridades con ella y hacerlos azotar hasta la muerte. Como todavía seguía siendo una mujer bien parecida, parece que los hombres no vacilaban mucho.

Después del destierro de Tiberio, Julia se volvió descuidada, y muy pronto toda Roma supo de sus infidelidades. Livia jamás le dijo una palabra a Augusto, segura de que a su debido tiempo se enteraría de

todo por alguna otra persona. Pero el ciego amor de Augusto por Julia era cosa conocida, y nadie se atrevía a decirle nada. Al cabo de un tiempo se supuso que era imposible que ignorase el asunto, y que su condonación de la conducta de Julia era un nuevo motivo para guardar silencio. Las orgías nocturnas de Julia en la plaza del Mercado y en la propia Plataforma de las Oraciones se habían convertido en un gran escándalo público, y sin embargo pasaron cuatro años antes de que ni siquiera un rumor llegase a oídos de Augusto. Luego se enteró de todo nada menos que de labios de sus hijos, Cayo y Lucio, quienes comparecieron juntos a su presencia y le preguntaron, furiosos, hasta cuándo pensaba permitir que sus nietos y él mismo fueran deshonrados. Dijeron que entendían que su preocupación por el buen nombre de la familia lo había hecho muy paciente con su madre, pero que sin duda tenía que existir algún límite para esa paciencia. ¿Tenían ellos que esperar hasta que su madre les presentase un montón de hermanos bastardos, hijos de muchos padres, antes de que se tomase nota oficialmente de sus travesuras? Augusto escuchó con horror y sorpresa, y durante mucho tiempo no pudo hacer otra cosa que mirarlos y mover los labios. Cuando recuperó el habla, fue para llamar a Livia con voz ahogada. Cayo y Lucio repitieron la historia en su presencia, y Livia fingió sollozar; dijo que su más grande pena de los tres últimos años había sido la de que Augusto cerrase sus oídos a la verdad. En varias ocasiones, dijo, había reunido fuerzas para hablarle, pero resultaba claro que él no quería escuchar una palabra de lo que le decía. «Tenía la seguridad de que estabas enterado de todo lo que sucedía, y de que el asunto era demasiado penoso para que lo discutieras, ni siquiera conmigo».

Augusto, sollozando con la cabeza entre las manos, murmuró que no había escuchado ni el menor susurro, ni abrigado la menor sospecha de que su hija no fuese la mujer más casta de Roma. ¿Y por qué creyó entonces que su hijo Tiberio había partido al exilio?, inquirió Livia. ¿Por el gusto de exiliarse? No, sino porque ya no podía contener los excesos de su esposa y porque le apenaba ver que Augusto la perdonaba, porque así lo creyó. Y como no quería enemistarse con Cayo y Lucio, hijos de Julia, pidiéndole a Augusto permiso para divorciarse de ésta, no le quedó más camino que retirarse honradamente de la escena.

El chismorreo sobre Tiberio no tuvo efecto alguno en Augusto, quien se echó sobre la cabeza un pliegue del manto y se encaminó a tientas por el corredor que conducía a su dormitorio, donde se encerró y no fue visto por nadie, ni siquiera por Livia, durante cuatro días, en el curso de los cuales no comió, ni bebió, ni durmió, y, lo que era mayor prueba de la violencia de su congoja —si es que hacía falta alguna—, no se afeitó. Finalmente tiró de la cuerda que pasaba a través del agujero de la pared, y que hacía tintinear una campanita de plata en la alcoba de Livia. Esta acudió corriendo, con una expresión de amorosa preocupación, y Augusto, que todavía no confiaba en la seguridad de su voz, escribió en su tableta de cera esta única frase, en griego: «Que la destierren de por vida, pero no me digan dónde». Entregó a Livia su anillo de sello, para que pudiese escribir cartas al Senado bajo su autoridad, recomendando el destierro. (El sello, por cierto, era la gran

esmeralda tallada con la cabeza, coronada por el casco, de Alejandro Magno, de cuya tumba había sido robada junto con una espada, un peto y otros adminículos personales del héroe. Livia insistía en que lo usara, a pesar de sus escrúpulos —se daba cuenta de lo presuntuoso del caso —, hasta que una noche Augusto tuvo un sueño en el cual Alejandro, ceñudo y colérico, le cortó con la espada el dedo en el cual llevaba el anillo. Entonces hizo que el famoso joyero Dioscórides le hiciese un sello propio con un rubí de la India, que todos sus sucesores han usado como símbolo de la soberanía).

Livia redactó la recomendación de destierro en términos muy enérgicos. La compuso en el estilo literario de Augusto, que era fácil de imitar porque sacrificaba la elegancia a la claridad, por ejemplo, por una determinada repetición de una misma palabra, cuando se presentaba a menudo en un pasaje, en lugar de buscar un sinónimo o perífrasis (que es la práctica literaria común). Y tenía tendencia a rodear sus verbos de un exceso de preposiciones. Ella no le mostró la carta, sino que la envió directamente al Senado, que de inmediato votó un decreto de destierro perpetuo. Livia había hecho una lista tan detallada de los delitos de Julia, y asignado a Augusto tan serenas expresiones de disgusto para con los mismos, que en adelante le resultó a éste imposible cambiar de opinión y pedir al Senado que anulase la decisión. Por su parte trabajó bien, e incluyó, para que se los mencionase como cómplices en el adulterio de Julia, a tres o cuatro hombres que le interesaba arruinar. Entre ellos se encontraba un tío mío, Iulo, un hijo de Antonio a quien Augusto había mostrado gran favor para complacer a Octavia, eligiéndolo para el cargo de cónsul. Al nombrarlo en su carta al Senado, Livia subrayó con vigor la ingratitud que había mostrado con su benefactor, e insinuó que él y Julia conspiraban para apoderarse del mando supremo. Iulo se suicidó. Creo que la acusación de conspiración era infundada, pero como único hijo sobreviviente de Antonio con su esposa Fulvia —Augusto había hecho matar a Antilo, el mayor, inmediatamente después del suicidio de su padre, y los otros dos, Ptolomeo y Alejandro, los hijos que tuvo con Cleopatra, murieron jóvenes— y como ex cónsul y esposo de la hermana de Marcelo, de la cual Agripa se había divorciado, parecía peligroso. El descontento popular para con Augusto se expresaba a menudo en el deseo de que hubiera sido Antonio quien ganara la batalla de Accio. Los otros hombres a quienes Livia acusó de adulterio fueron desterrados.

Una semana más tarde Augusto preguntó a Livia si «cierto decreto» había sido debidamente promulgado, porque nunca volvió a mencionar a Julia por su nombre, y muy pocas veces siquiera por medio de una expresión indirecta, si bien era evidente que ocupaba gran parte de sus pensamientos. Livia le dijo que «cierta persona» había sido sentenciada a confinamiento perpetuo en una isla, y que ya había partido rumbo a ella. Augusto pareció aún más entristecido al enterarse de que Julia no había hecho la única cosa honorable que le quedaba por hacer: suicidarse. Livia mencionó que Febe, la dama de compañía y principal confidente de Julia, se había ahorcado en cuanto se publicó el decreto de destierro.

«Ojalá yo hubiese sido el padre de Febe», dijo Augusto.

Dos semanas más demoró todavía su aparición en público. Recuerdo muy bien ese mes espantoso. Por orden de Livia todos los chicos tuvimos que usar luto, y no se nos permitió jugar ni hacer ruidos, y ni siquiera sonreír. Cuando volvimos a ver a Augusto, parecía diez años más viejo, y pasaron varios meses antes de que tuviese ánimo suficiente como para visitar el campo de juegos del colegio o para reanudar sus ejercicios matinales cotidianos, que consistían en una vivaz caminata por los terrenos del palacio, con una carrera al final, en una pista de obstáculos.

Tiberio recibió de inmediato noticias de Julia enviadas por Livia. Acicateado por ella, escribió dos o tres cartas a Augusto rogándole que perdonase a Julia y diciéndole que por mal que se hubiese comportado como esposa, quería que se quedase con todas las propiedades que en una u otra ocasión él le había regalado. Augusto no respondió. Creía firmemente que la frialdad y crueldad primitivas de Tiberio para con Julia, y los ejemplos de inmoralidad que le había dado, motivaron su degeneración moral. Lejos de sacarlo de su destierro, se negó a renovar su protectorado cuando caducó, al final del año siguiente.

Hay una balada de marcha de soldados, denominada *Las tres penas del señor Augusto* , compuesta en el tosco estilo tragicómico de campamento, que durante muchos años cantaron los regimientos acampados en Germania. El tema dice que Augusto se apenó primero por Marcelo, luego por Julia y finalmente por las Águilas perdidas por Varo. Profundamente por la muerte de Marcelo, más aún por la deshonra de Julia, pero mucho más por las Águilas, porque con cada Águila había desaparecido todo un regimiento de los hombres más valientes de Roma. La balada lamenta, en buen número de versos, el desdichado sino de los regimientos Decimoséptimo, Decimoctavo y Decimonoveno, que, cuando yo tenía diecinueve años de edad, cayeron en una emboscada y fueron diezmados por los germanos en un remoto bosque cenagoso; y dice cómo después de que le llegaron las noticias de este desastre sin precedentes, el señor Augusto se dio de golpes con la cabeza contra la pared:

El señor Augusto gemía

cada vez que se golpeaba:

«¡Varo, Varo, general Varo,

devuélveme mis tres Águilas!».

El señor Augusto rasgó sus vestiduras

y sus sábanas en medio de lamentos.

«¡Varo, Varo, general Varo,

devuélveme mis regimientos!».

Los versos anteriores dicen que en adelante no volvió a formar regimientos con los números de los tres destruidos, sino que mantuvo esa brecha en la Lista de Ejércitos. Se le hace jurar que la vida de Marcelo y la honra de Julia no fueron nada para él en comparación con la vida y el honor de sus soldados, y que su espíritu «no tendrá más reposo que una pulga en un horno» hasta que las tres Águilas hayan sido recuperadas y depositadas a salvo en el Capitolio. Pero aunque desde entonces los germanos fueron vapuleados una y otra vez en los combates, nadie pudo descubrir dónde estaban «empollando» las tres Águilas; los muy cobardes las tenían celosamente ocultas. Así minimizaron las tropas la pena de Augusto por Julia, pero mi opinión es la de que por cada hora que lloró por las Águilas, debe de haber llorado todo un mes por ella.

No quiso saber adónde la habían enviado porque ello habría significado que sus pensamientos se dirigirían de continuo hacia ese lugar y que no podría contenerse de tomar un barco e ir a visitarla de forma que a Livia le resultó muy fácil tratar a Julia con gran espíritu de venganza. No se le permitió beber vino, ni tener cosméticos, ropas o tipo alguno de lujo, y su guardia estaba compuesta de eunucos y ancianos. No se le permitía recibir visitas, e incluso se la puso a trabajar todos los días en una rueca, como en sus días de colegiala. La isla se encontraba frente a la costa de Campania. Era muy pequeña, y Livia aumentó adrede sus sufrimientos manteniendo allí los mismos guardias, año tras año, sin relevarlos. Como es natural, éstos culpaban a Julia por su propio destierro en ese lugar apartado e insalubre. La única persona que sale bien de esta fea historia es la madre de Julia, Escribonia, de quien se recordará que Augusto se divorció a fin de poder casarse con Livia. Era ya muy anciana, había vivido en estricto retiro durante muchos años, y se presentó audazmente ante Augusto y le solicitó permiso para compartir el destierro de su hija. Le dijo, en presencia de Livia, que su hija le había sido arrebatada en cuanto nació, pero que ella siempre la había adorado desde lejos y que ahora que todo el mundo se volvía contra su tesoro, deseaba demostrar cómo era el amor de una verdadera madre. Y en su opinión la pobre niña no era culpable; las cosas se le habían puesto muy difíciles. Livia rio despectivamente, pero debió sentirse muy incómoda. Augusto, dominando su emoción, firmó la concesión de la petición.

Cinco días después, en el cumpleaños de Julia, Augusto le preguntó a Livia de pronto:

—¿Qué dimensiones tiene la isla?

—¿Qué isla? —inquirió Livia a su vez.

—La isla, donde vive una infortunada mujer.

—Oh, unos minutos a pie de extremo a extremo, supongo —respondió Livia con fingida negligencia.

—¡Unos minutos! ¿Estás bromeando? —Había pensado que su hija estaba exiliada en alguna isla grande, como Chipre o Lesbos o Corfú. Al cabo de un rato preguntó—: ¿Cómo se llama?

—¡Pandataria!

—¿Qué? Dios mío, ¿ese lugar desolado? ¡Oh, crueldad! ¡Cinco años en Pandataria!

Livia le miró con severidad y dijo:

—¿Quieres traerla de vuelta a Roma?

Augusto se dirigió entonces a un mapa de Italia, grabado en una delgada lámina de oro incrustada con pequeñas joyas para señalar las ciudades, que pendía de la pared de la habitación en que se encontraban. No le fue posible hablar, pero señaló a Reggio, una agradable ciudad griega del estrecho de Messina.

Por lo tanto Julia fue enviada a Reggio, donde le concedieron algunas libertades, y hasta se le permitió recibir visitas… pero los visitantes primero tenían que pedir permiso personalmente a Livia. Tenían que explicar para qué deseaban ver a Julia y llenar un pasaporte para ser firmado por Livia, proporcionando el color de sus cabellos y haciendo una lista de las señales o cicatrices distintivas, a fin de que sólo ellos pudieran usarlo. Pocos aceptaban someterse a estos preliminares. Agripina, la hija de Julia, solicitó permiso para ir, pero Livia se lo negó por consideración, dijo, a la moral de Agripina. Julia era mantenida aún bajo estricta disciplina y nadie vivía con ella; su madre había muerto de fiebre en la isla.

En una o dos ocasiones, cuando Augusto caminaba por las calles de Roma, se escuchaban algunos gritos de los ciudadanos:

«¡Trae a tu hija de vuelta! ¡Ya ha sufrido bastante! ¡Tráela de vuelta!».

Esto resultaba muy doloroso para Augusto. Un día hizo que su guardia de policía separase de la muchedumbre a dos de los hombres que más gritaban, y les dijo con gravedad que Júpiter los castigaría sin duda por su locura, para lo cual permitiría que fuesen engañados y deshonrados por sus propias esposas e hijas. Estas demostraciones no eran tanto expresión de piedad por Julia como de hostilidad hacia Livia, a quien todos culpaban con justicia por la severidad del exilio de Julia, y por jugar de tal modo con el orgullo de Augusto, que éste no podía permitirse el perdón.

En cuanto a Tiberio, en su isla cómodamente amplia, la estancia durante uno o dos años le vino bien. El clima era excelente, la comida buena, y tenía tiempo de sobra para reanudar sus estudios literarios. Su estilo de prosa griega no era malo, y escribió varios poemas griegos elegíacos, elegantemente tontos, en imitación de poetas tales como Euforio y Partenio. En alguna parte tengo un libro con ellos. Pasaba gran parte de su tiempo en amistosas disputas con los profesores de la universidad. El estudio de la mitología clásica le divertía, y elaboró una enorme tabla genealógica, en forma circular, con los tallos irradiando de nuestro más lejano antecesor, Caos, el padre del Padre Tiempo, y extendiéndose hacia un confuso perímetro densamente poblado de ninfas, reyes y héroes. Solía complacerse en desconcertar a los expertos en mitología, mientras iba construyendo la tabla, con preguntas como: «¿Cuál era el nombre de la abuela materna de Héctor?» y «¿Tuvo la Quimera algún descendiente masculino?», para desafiarlos luego a citar los versos pertinentes de los antiguos poetas, en respaldo de sus respuestas. De paso, gracias al recuerdo de esta tabla, que ahora se encuentra en mi poder, mi sobrino Calígula hizo, muchos años después, su famoso chiste contra Augusto: «Ah, sí, era mi tío abuelo. Tenía exactamente la misma relación conmigo que el Can Cerbero con Apolo».

En rigor, ahora que pienso en el asunto, Calígula se equivocó, ¿no es cierto? El tío abuelo de Apolo fue sin duda el monstruo Tifeo, que según ciertas autoridades fue el padre, y según otras el abuelo de Cerbero. Pero el árbol genealógico de los dioses está tan embrollado por alianzas incestuosas —hijo con madre, hermano con hermana—, que es probable que Calígula hubiese podido demostrar su afirmación.

Como Protector del Pueblo, Tiberio era tenido en gran respeto por los habitantes de Rodas, y los funcionarios provinciales que zarpaban a ocupar sus puestos en Oriente, o que regresaban de allí, se apartaban de su ruta con el propósito de presentarle sus respetos. Pero él insistía en que era un simple ciudadano y rechazaba todos los honores públicos que se le ofrecían Por lo general prescindía de su escolta oficial. Sólo en una ocasión ejerció los poderes judiciales que su protectorado traía aparejados. Arrestó y condenó sumariamente a un mes de cárcel a un joven griego que, en un debate gramatical en que él actuaba de presidente, trató de discutir su autoridad. Se mantenía en buen estado físico cabalgando y participando en los deportes que se practicaban en el gimnasio, y estaba en estrecho contacto con los sucesos de Roma; todos los meses recibía cartas de Livia. Aparte de su casa en la capital de la isla, poseía una pequeña casa de campo a cierta distancia de ella, construida sobre un elevado promontorio que dominaba el mar. Había un sendero secreto que llevaba a la cima del risco, por el cual un liberto de confianza, un hombre de gran fuerza física, solía conducir a los dudosos personajes —prostitutas, curanderos, adivinos y magos— con los que acostumbraba a pasar la noche. Se dice que con frecuencia, si de alguna manera habían enojado a Tiberio, perdían pie en el trayecto de regreso y caían al mar.

Ya he mencionado que Augusto se negó a renovar el protectorado de Tiberio cuando expiraron los cinco años. Puede imaginarse que esto lo colocó en una situación muy embarazosa en Rodas, donde personalmente era muy impopular. Los habitantes de la isla, viéndolo privado de su escolta, de sus poderes magisteriales y de la inviolabilidad de su persona, comenzaron a tratarlo primero con familiaridad y luego con grosería. Por ejemplo, un famoso profesor griego de filosofía a quien había pedido permiso para concurrir a sus clases, le dijo que no tenía vacantes pero que podía volver al cabo de siete días, para ver si se había producido alguna. Luego llegaron noticias de Livia, en el sentido de que Cayo había sido enviado al este, como gobernador del Asia Menor. Pero si bien no estaba muy lejos, en Quíos, Cayo no fue a hacerle a Tiberio la visita esperada. Tiberio se enteró por un amigo de que Cayo creía en los falsos informes que circulaban en Roma, en el sentido de que él y Livia tramaban una rebelión militar, y de que un miembro del séquito de Cayo se había ofrecido incluso, en un banquete público en el cual todos estaban un tanto bebidos, a ir a Rodas y traer de vuelta la cabeza de «El exiliado». Cayo le respondió que no tenía miedo de «El exiliado»; que mantuviese su cabeza inútil sobre sus inútiles hombros. Tiberio se tragó su orgullo y partió en el acto a Quíos, para hacer las paces con su hijastro, a quien trató con una humildad que fue objeto de muchos comentarios. ¡Tiberio, el más distinguido romano viviente después de Augusto, rindiendo homenaje a un jovencito que aún no había cumplido los veinte y que era el hijo de su propia esposa deshonrada! Cayo lo recibió con frialdad, pero se sintió muy halagado. Tiberio le rogó que no tuviese temores, porque los rumores que habían llegado hasta él eran tan infundados como maliciosos. Dijo que no tenía intención alguna de reanudar la carrera política que había interrumpido por consideración a Cayo y a su hermano Lucio. Lo único que ahora quería era que se le permitiese pasar el resto de su vida en paz y en la intimidad que había aprendido a valorar por encima de todos los honores públicos.

Cayo, halagado ante la posibilidad de mostrarse magnánimo, se comprometió a enviar una carta a Roma en la que pedía a Augusto permiso para el regreso de Tiberio, y que endosaría con su propia recomendación personal. En la carta, Tiberio decía que había abandonado Roma sólo para no molestar a los jóvenes príncipes, sus hijastros, pero que ahora que estaban crecidos y firmemente establecidos, ya no existían obstáculos para que viviese tranquilo en Roma. Agregaba que se sentía muy cansado de Rodas y que ansiaba volver a ver a sus amigos y parientes. Cayo envió la carta con el prometido endoso. Augusto contestó —a Cayo, no a Tiberio— que Tiberio se había ido, a pesar de los ruegos de sus amigos y parientes, cuando el Estado tenía más necesidad de él. No podía ahora fijar sus condiciones para el regreso. El contenido de esta carta se difundió y la ansiedad de Tiberio fue en aumento. Se enteró de que el pueblo de Nimes, en Francia, había derribado las estatuas erigidas allí en recuerdo de sus victorias, y que también a Lucio se le habían suministrado falsas informaciones contra él, y que las creía. Se alejó de la ciudad y se fue a vivir en una casita situada en una parte remota de la

isla, y sólo de vez en cuando visitaba su casa de campo del promontorio. Ya no cuidaba su estado físico, se afeitaba muy rara vez y andaba todo el día en bata y pantuflas. Finalmente escribió una carta privada a Livia, en la que le explicaba su peligrosa situación. Si ella le conseguía permiso para regresar, se comprometía a dejarse guiar únicamente por sus consejos, en todo lo que fuere, mientras ambos estuviesen con vida. Se dirigía a ella, no porque fuese su amada madre sino porque era el verdadero timonel, hasta ahora no reconocido, de la Nave del Estado.

AÑO 2 d. de C.

Eso era precisamente lo que Livia quería. Hasta entonces se había abstenido, a propósito, de convencer a Augusto de que llamase a Tiberio a su lado. Quería que se cansase tanto de la inacción y del desprecio público como antes se había cansado de la acción y de los honores públicos. Le envió un breve mensaje diciéndole que su carta estaba a salvo y que el trato era aceptado. Unos meses después Lucio murió misteriosamente en Marsella, en viaje a España, y mientras Augusto estaba todavía aturdido por el golpe, Livia comenzó a trabajar sobre sus sentimientos diciéndole lo mucho que había echado de menos el apoyo de su hijo Tiberio durante esos años, si bien no se aventuró a pedir su regreso. Por cierto que él había obrado mal, pero también era indudable que había aprendido su lección, y sus cartas privadas respiraban la máxima devoción y lealtad hacia Augusto. Cayo, que había endosado la petición para su regreso, necesitaba un colega de confianza, insistió ella, ahora que su hermano había muerto.

Una noche un adivino llamado Trásilo, árabe de nacimiento, fue a ver a Tiberio a su casa del promontorio. Había estado otras dos o tres veces, antes, y hecho una cantidad de predicciones alentadoras, ninguna de las cuales se cumplió. Tiberio, escéptico, le dijo a su liberto que si Trásilo no lo satisfacía por entero esa vez, tenía que perder pie en el camino de descenso del risco. Cuando llegó Trásilo, lo primero que dijo Tiberio fue:

—¿Cuál es el aspecto de mis estrellas hoy?

Trásilo se sentó y efectuó complicadísimos cálculos astrológicos con un trozo de carbón, en la superficie de una mesa de piedra. Finalmente dijo:

—Se encuentran en conjunción extraordinariamente favorable. La dura crisis de tu vida está terminando ya. En adelante sólo gozarás de buena fortuna.

—Excelente —replicó Tiberio con sequedad—, ¿y ahora qué me dices de las tuyas?

Trásilo efectuó otros cálculos, y luego levantó la vista terror verdadero o fingido.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Un espantoso peligro me amenaza de el aire y el agua!

—¿Hay alguna posibilidad de eludirlo? —inquirió Tiberio.

—¡No puedo decirlo! Si puedo sobrevivir a las doce horas próximas, mi fortuna será, en su medida, tan buena como la tuya. Pero casi todos los planetas malévolos están en conjunción contra mí, y el peligro parece casi inevitable. Sólo Venus puede salvarme.

—¿Qué dijiste hace un rato acerca de ella? Lo olvidé.

—Que avanza hacia Escorpión, que es tu signo, con lo que presagia un cambio maravillosamente dichoso en tu suerte. Permíteme aventurar otra deducción de este importantísimo movimiento. Pronto serás incorporado a la casa Julia, que, casi no tengo que recordártelo, desciende en línea recta de Venus, la madre de Eneas. Tiberio, mi humilde destino está curiosamente ligado al tuyo, tan ilustre. Si recibes buenas noticias antes del alba, es señal de que yo tengo por delante tantos años de buena suerte como tú.

Estaban sentados en el pórtico, y de pronto un reyezuelo, o un pajarillo similar, salto a la rodilla de Trásilo e inclinando la cabeza a un costado comenzó a gorjear. Trásilo dijo al ave:

—Gracias, hermana. Has llegado a tiempo. —Luego se volvió hacia Tiberio—: ¡Los cielos sean alabados! Ese barco trae buenas nuevas para ti, y yo estoy salvado. El peligro ha sido alejado.

Tiberio se puso de pie de un salto y abrazó a Trásilo, confesándole cuáles habían sido sus intenciones. Y en efecto, el barco traía despachos imperiales de Augusto, informando a Tiberio de la muerte de Lucio y diciéndole que, dadas las circunstancias, se le permitía graciosamente regresar a Roma, si bien, por el momento, como ciudadano común.

En cuanto a Cayo, Augusto se mostraba ansioso de que no se le asignara tarea para la cual no fuese competente, y de que el Oriente permaneciera tranquilo durante su gobierno. Por desgracia el rey de Armenia se rebeló y el rey de Partia amenazó con unir sus fuerzas a las de él, cosa que colocó a Augusto en un aprieto. Si bien Cayo se había mostrado como un eficiente gobernador en tiempos de paz, Augusto no lo creía capaz de dirigir una guerra tan importante como ésa, y él mismo era demasiado viejo para dirigir una campaña, además de lo cual tenía demasiados asuntos que atender en Roma. En consecuencia no podía mandar a nadie que se hiciese cargo de los regimientos orientales, como no fuera Cayo, que ejercía el cargo de cónsul y al que jamás se le habría debido permitir que ocupase el puesto si era incapaz para un alto mando militar. No había más remedio que dejar actuar a Cayo, y esperar que las cosas saliesen lo mejor posible.

AÑO 4 d. de C.

Al principio Cayo tuvo suerte. El peligro de los armenios fue eliminado por una invasión de sus fronteras orientales por una tribu nómada de bárbaros. El rey de Armenia murió mientras los perseguía. El rey de Partia, al enterarse de ello y también del gran ejército que reunía Cayo, pactó con éste, para gran alivio de Augusto. Pero el nuevo candidato de Augusto al trono de Armenia, un medo, no era aceptable para los nobles armenios, y cuando Cayo dispersó sus fuerzas extraordinarias por no considerarlas ya necesarias, aquellos declararon, a fin de cuentas, la guerra. Cayo volvió a reunir su ejército y marchó hacia Armenia, donde unos meses después fue traicioneramente herido por uno de los generales enemigos que lo había invitado a parlamentar. No era una herida grave. Le dio muy poca importancia y terminó la campaña con éxito. Pero, quién sabe cómo, le dieron un tratamiento médico erróneo, y su salud, que sin causas aparentes venía fallándole desde hacía dos años, quedó gravemente afectada. Perdió todo poder de concentración mental. Al cabo escribió a Augusto pidiéndole permiso para retirarse a la vida privada. Augusto se sintió apenado, pero se lo concedió. Cayo murió en su viaje de regreso. De tal modo que de los hijos de Julia, sólo quedaba ahora Póstumo, de quince años de edad, y Augusto se había reconciliado hasta tal punto con Tiberio que, como había pronosticado Trásilo, lo incorporó a la casa Julia adoptándolo, con Póstumo, como hijo y heredero.

El Oriente estuvo tranquilo durante un tiempo, pero cuando la guerra que había vuelto a estallar en Germania —ya la he mencionado en relación con mi composición escolar redactada para Atenodoro— tomó un giro grave, Augusto nombró a Tiberio general en jefe del ejército y mostró su renovada confianza en él concediéndole un protectorado de diez años. La campaña fue severa, y Tiberio la dirigió con su antigua energía y habilidad. Pero Livia insistió en que hiciese frecuentes visitas a Roma, a fin de no perder contacto con los acontecimientos políticos que se desarrollaban allí. Tiberio cumplía su parte del trato con ella y le permitía que lo dirigiese en todo.



VII



AÑO 1 a. de C.

He retrocedido unos años en el tiempo para hablar de mi tío Tiberio, pero al seguir esa historia hasta el momento de su adopción por Augusto, me he adelantado al relato de la mía propia. Trataré de dedicar los capítulos que siguen a la estricta narración de los sucesos que se desarrollaron entre mis nueve y mis dieciséis años de edad. La mayor parte es un registro de los compromisos y los casamientos de los jóvenes nobles. Primero Germánico llegó a su mayoría de edad; el 30 de septiembre fue su decimocuarto cumpleaños, pero las celebraciones de la mayoría de edad se realizaban siempre en marzo. Como lo exigía la costumbre, salió de nuestra casa del monte Palatino, de mañana temprano, cubierto de guirnaldas y con sus vestiduras infantiles de borde purpúreo, que usaría por última vez. Multitudes de chicos corrían ante él, cantando y arrojando flores; una escolta de sus amigos nobles lo acompañaba y una inmensa muchedumbre de ciudadanos lo seguía,

escalonada según sus grados. La procesión descendió con lentitud la cuesta del monte y atravesó la plaza del Mercado, donde Germánico fue saludado estruendosamente. Devolvió el saludo con un breve discurso. Al cabo la procesión subió por la ladera del monte Capitolio. En el Capitolio lo esperaban Augusto y Livia para recibirlo, y sacrificó un buey blanco en el templo de Júpiter capitolino, el dios del Trueno, y se puso por primera vez su viril túnica blanca. Con gran desilusión por mi parte, no se me permitió acompañarlo.

La caminata habría sido demasiado pesada para mí, y habría creado una mala impresión que se me transportase en una litera. Lo único que presencié de las ceremonias fue su ofrenda —cuando regresó— de su vestimenta y adornos infantiles a los dioses lares, y la distribución de pasteles y monedas a la muchedumbre en la escalinata de su casa.

Un año más tarde se casó. Augusto hizo todo lo posible, en el plazo legislativo, para estimular el matrimonio entre los hombres de su familia. El imperio era muy grande y necesitaba más funcionarlos y oficiales superiores del ejército de lo que la nobleza y la clase acomodada estaban en condiciones de proporcionar, a pesar del constante reclutamiento de la plebe para incorporarla a sus filas. Cuando se producían quejas de hombres de su familia en cuanto a la vulgaridad de esos recién llegados, Augusto solía contestar con sequedad que elegía a los menos vulgares que podía encontrar. El remedio estaba en sus manos, decía: todos los hombres y mujeres de rango debían casarse jóvenes y formar una familia tan numerosa como les fuese posible. La continua disminución del número de nacimientos y casamientos de las clases gobernantes se convirtió en una obsesión para Augusto.

En una ocasión en que la Noble Orden de los Caballeros, en la cual se elegían los senadores, se quejó de la severidad de sus leyes contra los solteros, Augusto citó a toda la orden en la plaza del Mercado para ofrecerle una disertación. Cuando los tuvo reunidos allí los dividió en dos grupos: los casados y los solteros. Los solteros constituían un grupo mucho mayor que los casados, y dirigió discursos separados a los dos grupos. Se dejó arrastrar a un intenso apasionamiento con los solteros, los llamó animales y granujas, y, por una extraña figura, asesinos de su propia posteridad. Para entonces Augusto era un anciano, y tenía toda la irritabilidad y las manías de un anciano que ha estado toda su vida al frente de la nación. Les preguntó si tenían alguna alucinación de ser vírgenes vestales. Por lo menos las vírgenes vestales dormían solas, que era mucho más de lo que hacían ellos. Por favor, ¿no querrían explicar por qué en lugar de compartir sus lechos con mujeres honradas de su propia clase y engendrar con ellas hijos sanos, dilapidaban toda su energía viril en las sucias esclavas y en las desagradables prostitutas asiático-griegas? Y si debía creer en lo que se le decía, el compañero de sus juegos nocturnos era con más frecuencia una de esas criaturas de repugnante profesión cuyo nombre no quería pronunciar, no fuese que la admisión de su existencia en la ciudad se entendiera como una aceptación. Si él pudiera hacer lo que quisiera, todos los hombres que

eludían sus deberes sociales y al mismo tiempo hacían una vida de desenfreno sexual serían sometidos a las mismas espantosas penalidades que una vestal que olvidaba sus juramentos: se los enterraría vivos.

En cuanto a nosotros, los hombres casados —porque yo figuraba entre ellos para entonces—, nos ofreció un espléndido elogio, abriendo los brazos como para abrazarnos.

«Sois muy pocos, en comparación con la enorme población de la ciudad. Sois mucho menos numerosos que estos otros conciudadanos que no aceptan cumplir con ninguno de sus deberes sociales naturales. Pero por este motivo os alabo mucho más, y os estoy doblemente agradecido por haberos mostrado obedientes a mis deseos y por haber hecho lo posible para dar brazos al Estado. Al principio no éramos más que un puñado, pero cuando comenzamos a casarnos y engendramos hijos llegamos a competir con los Estados vecinos, no sólo en la virilidad de nuestros ciudadanos, sino también en las dimensiones de nuestra población. Esto tenemos que recordarlo siempre. Debemos consolar a la parte moral de nuestra naturaleza con una interminable sucesión de generaciones, como los portadores de antorchas en una carrera, a fin de que, los unos por medio de los otros, podamos inmortalizar el aspecto de nuestra naturaleza aunque no lleguemos a la dicha divina. Principalmente por este motivo el primero y gran dios que nos creó dividió a la raza humana en dos. A una mitad la hizo masculina y a la otra femenina, e implantó en estas mitades el deseo de la una por la otra, e hizo sus relaciones fructíferas, de modo que, por medio de la continua procreación, pudiese, en cierto sentido, hacerse inmortal incluso la mortalidad. En verdad, la tradición dice que algunos de los mismos dioses son masculinos y otros femeninos, y que todos están relacionados entre sí por vínculos sexuales y de parentesco. De forma que ya veis que aun entre los que en realidad no tienen necesidad de ese medio, el matrimonio y la procreación de hijos han sido aprobados como una noble costumbre».

Yo sentí deseos de reír, no sólo porque se me alababa por lo que me había sido impuesto contra mi voluntad —pronto les hablaré de Urgulanila, con quien estaba casado entonces—, sino porque todo aquello era una farsa mayúscula. ¿De qué servía que Augusto nos hablara de esa manera, cuando sabía perfectamente que no eran los hombres los que eludían sus deberes como afirmaba, sino las mujeres? Si hubiese convocado a las mujeres, es muy posible que hubiese logrado algo hablándoles de la manera adecuada.

Recuerdo que en una ocasión escuché a dos de las libertas de mi madre hablar del matrimonio moderno desde el punto de vista de una mujer de familia. ¿Qué ganaban con él?, se preguntaron. La moral era tan disipada, que nadie se tomaba ya en serio el matrimonio. Es cierto que unos pocos hombres chapados a la antigua lo respetaban lo bastante como para tener prejuicios en contra de la acción de engendrar hijos en ellas por amigos o servidores de la casa, y que unas cuantas mujeres

chapadas a la antigua respetaban los sentimientos de sus esposos lo suficiente como para cuidarse de quedar embarazadas sólo por ellos. Pero por regla general, en la actualidad toda mujer bien parecida podía acostarse con cualquier hombre que le diese la gana. Si se casaba y luego se cansaba de su esposo, como sucedía habitualmente, y quería divertirse con algún otro, podía tener que vérselas con el orgullo o los celos del marido. Y, en general, tampoco se veía en mejor situación financiera después de casarse. Su dote pasaba a manos de su esposo, o de su suegro como amo de la casa, si éste todavía vivía. Y un esposo o un suegro eran por lo común personas más difíciles de manejar que un padre o un hermano mayor, cuyos puntos flacos la mujer conocía desde hacía tiempo. El casamiento sólo representaba irritantes responsabilidades caseras. Y en cuanto a los hijos ¿quién los quería? Se entrometían en la salud y las diversiones de una mujer durante varios meses, antes del nacimiento, y aunque tuviera una nodriza para ellos después, necesitaba tiempo para recuperarse del desdichado asunto del parto, y con frecuencia sucedía que su silueta quedaba estropeada después de tener dos. Ahí estaba como ejemplo Julia; cómo había cambiado por el solo hecho de satisfacer obedientemente el deseo de tener descendientes manifestado por Augusto. Y del esposo de una dama, si ésta lo quería, no podía esperarse que se mantuviese alejado de otras mujeres durante el período de embarazo, y de cualquier modo prestaba muy poca atención al niño cuando éste nacía. Y después, como si todo esto fuese poco, en la actualidad las nodrizas eran escandalosamente descuidadas, y los niños morían. Suerte que los médicos griegos eran tan listos, si la cosa no había ido muy lejos: sabían librar a cualquier mujer de cualquier hijo no deseado, en dos o tres días, y nadie quedaba en peor situación ni se enteraba de nada. Es claro que algunas mujeres, incluso las muy modernas, tenían un anticuado anhelo de hijos, pero siempre les quedaba el recurso de comprar un hijo, por adopción, a algún hombre de cuna decente que estuviese muy apremiado por sus acreedores.

Augusto dio a la Noble Orden de los Caballeros permiso para casarse con mujeres del común, incluso con libertas, pero esto no mejoró mucho las cosas. Los caballeros, cuando se casaban, lo hacían para obtener una rica dote, y no por los hijos o el amor, y una liberta no era buen partido. Y además los caballeros, en especial los recientemente incorporados a la orden, se oponían con energía a casarse con alguien inferior a ellos. En las familias de la antigua nobleza la cosa era aún más difícil. No sólo había menos mujeres para elegir dentro del grado correcto de afinidad, sino que la ceremonia de matrimonio era más estricta. La esposa quedaba más absolutamente en poder del jefe de la casa dentro de la cual ingresaba por casamiento. Todas las mujeres sensatas se lo pensaban dos veces antes de firmar ese contrato, para el cual no había más escapatoria que el divorcio, y después del divorcio resultaba difícil recuperar las propiedades que se habían aportado como dote. Pero en otras familias que no fuesen las de la antigua nobleza, una mujer podía casarse legalmente con un hombre y al mismo tiempo permanecer independiente, con dominio sobre su propiedad, si estipulaba que debía dormir tres noches al año fuera de la casa de su esposo. Porque esta condición interrumpía su derecho sobre ella como

objeto de su propiedad permanente. Por motivos evidentes, a las mujeres les agradaba este tipo de matrimonio, y los motivos eran precisamente aquellos por los cuales éste desagradaba a los esposos. La práctica se inició entre las familias más bajas de la ciudad, pero fue ascendiendo, y pronto se convirtió en la regla en todas ellas, excepción hecha de las familias de la antigua nobleza. En estas últimas había una razón religiosa en contra de la costumbre. En dichas familias se elegían los sacerdotes del Estado, y por ley religiosa un sacerdote debía ser un hombre casado —y casado en la forma estricta— e hijo de un matrimonio también estricto. A medida que pasaba el tiempo se hacía cada vez más difícil encontrar candidatos adecuados para el sacerdocio. Finalmente se produjeron vacantes en el colegio de sacerdotes que no pudieron ser cubiertas, y hubo que tomar alguna medida en ese sentido, de modo que los abogados encontraron una solución. Se permitió a las mujeres de rango que, al contraer matrimonio de forma estricta, estipulasen que la completa sumisión de ellas mismas y de sus propiedades «se refería a los asuntos sagrados», y que en todo otro sentido gozaban de los beneficios del matrimonio libre.

Pero eso vino más tarde. Entretanto lo mejor que podía hacer Augusto, aparte del castigo legal a los solteros y a los casados sin hijos, era presionar a los jefes de familia para que casasen a sus hijos menores (con órdenes de multiplicarse) cuando eran todavía demasiado jóvenes para darse cuenta de a qué se comprometían o para hacer otra cosa que obedecer sin rechistar. Por lo tanto, para dar un buen ejemplo, todos nosotros, los jóvenes miembros de la familia de Augusto y Livia, fuimos prometidos y casados a la edad más temprana posible. Podrá parecer extraño, pero Augusto era bisabuelo a la edad de cincuenta y cuatro años, y tatarabuelo antes de morir, a la edad de setenta y seis, en tanto que Julia, también a raíz de su segundo matrimonio, tenía una nieta casadera antes de haber pasado ella misma de la edad de fecundidad. De este modo, las generaciones se superponían las unas a las otras, y el árbol genealógico de la familia imperial se convirtió en rival, en materia de complejidad, del árbol genealógico del Olimpo. Y esto no sólo debido a las frecuentes adopciones y al casamiento de miembros en grado más estrecho de afinidad de lo que la costumbre religiosa en realidad permitía —porque para ese entonces la familia imperial comenzaba a colocarse por encima de la ley—, sino porque en cuanto un hombre moría su viuda tenía que volver a casarse, y siempre dentro del mismo estrecho círculo de parentesco. Ahora haré lo posible por aclarar la cuestión, sin prolongarla demasiado.

He mencionado a los hijos de Julia, los principales herederos de Augusto desde que la propia Julia fue desterrada y excluida de su testamento, a saber: sus tres hijos, Cayo, Lucio y Póstumo y sus dos hijas, Julila y Agripina. Los miembros jóvenes de la familia de Livia eran el hijo de Tiberio, Cástor, y sus tres primos carnales, es decir, mi hermano Germánico, mi hermana Livila y yo. Pero no debo olvidar a la nieta de Julia, porque en ausencia de todo posible esposo de la familia de Livia, Julila se había casado con un adinerado senador llamado Emilio (su primo carnal de un matrimonio anterior de Escribonia) y le había dado una hija llamada Emilia. El matrimonio de Julila fue desdichado, porque

a Livia le molestaba que una nieta de Augusto se casase con alguien que no fuese un nieto de ella. Pero como pronto se verá, esto no le molestó durante mucho tiempo, y entretanto Germánico se casó con Agripina, una muchacha seria y hermosa a quien, en rigor a la verdad, quería desde hacía mucho tiempo. Cayo se casó con mi hermana Livila, pero murió poco después sin dejar hijos. Lucio, que se había prometido a Emilia pero que todavía no estaba casado con ella, había muerto.

A la muerte de Lucio surgió el problema de un matrimonio adecuado para Emilia. Augusto tenía la astuta idea de que Livia abrigaba la intención de que el esposo de Emilia fuese nada menos que yo mismo, pero sus sentimientos hacia la niña eran muy tiernos y no podía soportar la idea de casarla con una criatura enfermiza como yo. Decidió oponerse a la unión. Esta vez —se prometió— Livia no se saldría con la suya. Poco después de la muerte de Lucio sucedió que Augusto estaba cenando con Medulino, uno de sus más antiguos generales, que afirmaba descender del dictador Camilo. Medulino le dijo, sonriendo, cuando las copas de vino habían sido llenadas ya varias veces, que tenía una nieta con la cual estaba muy encariñado. De pronto había mostrado un sorprendente progreso en sus estudios literarios, y él tenía entendido que por ese avance estaba en deuda con un joven familiar de su honorabilísimo anfitrión.

Augusto se sintió intrigado.

—¿Quién puede ser? No he sabido nada de eso. ¿Qué sucede? ¿Se trata de un asunto amoroso secreto, con una salsa literaria?

—Sí, algo por el estilo —contestó Medulino sonriendo—. He hablado con el joven, y a pesar de todas sus desgracias físicas no puedo dejar de apreciarlo. Tiene una naturaleza sincera y noble, y como joven estudioso me impresiona considerablemente.

Augusto preguntó con incredulidad:

—¿Cómo, te refieres al joven Tiberio Claudio?

—Sí, a él —respondió Medulino.

El rostro de Augusto se iluminó con repentina decisión, y preguntó, con más prisa de la que era decente:

—Escucha, Medulino, viejo amigo, ¿te opondrías a que él fuese el esposo de tu nieta? Si estás de acuerdo en la unión, me alegraré de disponer los detalles necesarios. El joven Germánico es ahora nominalmente el jefe de la familia, pero en asuntos como éste acepta los consejos de sus mayores. Bueno, por cierto que no todas las jóvenes pueden superar su repugnancia física hacia un pobre tullido sordo y tartamudo, y Livia y yo hemos tenido naturales escrúpulos en cuanto a casarlo con cualquiera. Pero si tu nieta, por su propia voluntad…

—La niña me ha hablado bien de ese matrimonio —respondió Medulino —, y ha sopesado las cosas con cuidado. Me dice que el joven Tiberio Claudio es modesto, veraz y bondadoso; y que esa cojera que tiene no le permitirá ir a las guerras y ser muerto en ellas…

—O correr detrás de otras mujeres —rio Augusto.

—Y que su sordera es de un solo lado, y en cuanto a su salud general.

—Supongo que la pilluela habrá visto que no está tullido de esa parte del cuerpo hacia la cual las esposas honradas muestran la mayor solicitud. Sí, ¿por qué no habría de ser capaz de engendrar con ella hijos perfectamente saludables? Mi viejo garañón Bucéfalo, cojo y asmático, ha engendrado más ganadores de carreras de cuadrigas que cualquier otro caballo de Roma. Pero bromas aparte, Medulino, la tuya es una casa honorable, y la familia de mi esposa se sentirá orgullosa de verse vinculada con ella por casamiento. ¿Dices en serio que apruebas la unión?

Medulino contestó que la joven podía hacer una elección mucho peor, aparte del indudable honor, para la familia, de verse relacionada en matrimonio con el Padre de la Nación.

Y bien, Medulina, la nieta, fue mi primer amor. Y juro que nunca se vio una niña más hermosa en todo el mundo. La conocí una tarde de verano, en los jardines de Salustio, adonde me llevaba Sulpicio en ausencia de Atenodoro, que estaba enfermo. La hija de Sulpicio estaba casada con el tío de Medulina, Furio Camilo, distinguido soldado que seis años más tarde fue cónsul. Cuando la vi por primera vez fue para mí una conmoción, no sólo por su belleza, sino por su repentina aparición, porque se acercó a mí del lado que soy sordo, mientras yo leía un libro, y cuando levanté la vista la vi a mi lado, riéndose de mi susto. Era esbelta, de abundantes cabellos negros, piel blanca y ojos intensamente azules, y todos sus movimientos eran rápidos y parecidos a los de un pájaro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con voz amistosa.

—Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico.

—¡Caramba!, ¿nada más? Yo me llamo Medulina Camila. ¿Qué edad tienes?

—Trece —dije, dominando muy bien mis tartamudeos.

—Yo sólo tengo doce, pero apuesto a que puedo ganarte una carrera hasta aquel cedro y vuelta.

—¿Entonces eres campeona de velocidad?

—Puedo vencer a cualquier chica de Roma, y a mis hermanos también.

—Bueno, pues me temo que a mí me ganas por abandono. Yo no puedo correr, soy cojo.

—Oh, pobrecito. ¿Y cómo llegaste hasta aquí? ¿Saltando?

—No, Camila, en una litera, como un anciano perezoso.

—¿Por qué me llamas por mi segundo nombre?

—Porque es el más adecuado.

—¿Cómo es eso?

—Porque entre los etruscos «Camila» es la joven sacerdotisa cazadora consagrada a Diana. Con un nombre como Camila es inevitable ser campeona en todas las carreras de velocidad.

—Es bonito. No lo sabía. Haré que todos mis amigos me llamen Camila.

—Y tú llámame Claudio ¿quieres? Ese es mi nombre adecuado. Quiere decir tullido. Mi madre por lo general me llama Tiberio, y eso no está bien, porque el Tíber corre muy rápido.

Ella rio.

—Muy bien, Claudio, dime qué haces todo el día, si no puedes correr con los otros chicos.

—Leo casi todo el día, y escribo. Este año ya he leído varias docenas de libros, y apenas estamos en junio. Este es griego.

—Yo todavía no sé leer en griego. Sólo conozco el alfabeto. Mi abuelo está enojado conmigo —no tengo padre, ¿sabes?—, dice que soy una haragana. El griego lo entiendo cuando lo oigo hablar: siempre hablamos en griego durante las comidas, y cuando vienen visitas. ¿De qué trata el libro?

—Es una parte de la historia de Tucídides. Este pasaje se refiere a un político, un curtidor de nombre Cleón, que comenzó a criticar a los generales que bloqueaban a los espartanos en una isla. Dijo que no hacían todo lo que podían y que si él fuera general, en sólo veinte días traería consigo a todas las fuerzas espartanas como cautivos. Los atenienses estaban tan aburridos de oírlo hablar, que lo nombraron jefe del ejército.

—Graciosa idea. ¿Y qué sucedió?

—Cumplió con su promesa. Eligió a un buen oficial de estado mayor y le dijo que luchase como le diese la gana, siempre que ganase la batalla, y el hombre conocía su oficio. De modo que en el plazo de veinte días Cleón llevó a Atenas ciento veinte espartanos del más alto rango.

—He oído decir a mi tío Furio —dijo Camila— que el jefe más listo es el que elige a los colaboradores más inteligentes para que piensen por él. —Y luego agregó—: Tú debes de ser muy inteligente, Claudio.

—Se supone que soy un tonto de remate, y cuanto más leo más tonto me creen.

—Yo creo que eres muy sensato. Dices cosas muy bonitas.

—Pero tartamudeo. Mi lengua también es una Claudia.

—Quizá por nerviosismo. No conoces a muchas chicas, ¿no es cierto?

—No —respondí—, y tú eres la primera que conozco que no se ha reído de mí. ¿No podríamos vernos de vez en cuando, Camila? Tú no puedes enseñarme a correr, pero yo puedo enseñarte a leer en griego. ¿Te gustaría?

—Oh, me encantaría. ¿Pero me enseñarás con libros interesantes?

—Con cualquier libro que quieras. ¿Te gusta la historia?

—Creo que más me gusta la poesía. En la historia hay tantos nombres y fechas que recordar. Mi hermana mayor se vuelve loca por la poesía de amor de Partenio. ¿Has leído algo de él?

—Un poco, pero no me gusta. Es tan artificial. Me gustan los libros reales.

—También a mí. ¿Pero no hay alguna poesía amorosa griega que no sea artificial?

—La de Teócrito. Me gusta mucho. Haz que tu tía te traiga aquí mañana a la misma hora, y yo traeré un libro de Teócrito y empezaremos en seguida.

—¿Me prometes que no es aburrido?

—Qué va, es muy bueno.

Después de eso solíamos encontrarnos en el jardín casi todos los días; nos sentábamos juntos a la sombra, leíamos a Teócrito y conversábamos. Hice prometer a Sulpicio que no le hablaría a nadie de eso, por temor a que Livia se enterara y me impidiera seguir yendo. Un día Camila me dijo que era el chico más bondadoso que jamás había

conocido, y que me quería más que a todos los amigos de su hermano. Y entonces yo le dije cuánto la quería a ella, y se sintió encantada y nos besamos tímidamente. Me preguntó si había alguna posibilidad de que nos casáramos. Dijo que su abuelo haría cualquier cosa por ella, y que un día lo llevaría a los jardines para presentármelo. ¿Pero mi padre aprobaría el casamiento? Cuando le dije que no tenía padre y que todo esto estaba en manos de Augusto y Livia, se mostró muy deprimida. Hasta entonces no habíamos hablado mucho de nuestras familias. Ella no había oído hablar muy bien de Livia, pero yo le dije que era posible que ésta aceptase, porque me odiaba tanto que no le importaba mucho lo que yo hiciera, siempre que no la deshonrase.

Medulino era un anciano recto y digno, y tenía algunas aficiones de historiador, cosa que facilitó la conversación entre nosotros. Había sido oficial superior de mi padre en su primera campaña, y conocía multitud de anécdotas acerca de él, muchas de las cuales anoté, agradecido, para mi biografía. Un día comenzamos a hablar sobre Camilo, el antepasado de Camila, y cuando me preguntó qué acción de Camilo admiraba yo más, respondí: «Cuando el traicionero maestro de escuela de Falero atrajo a los niños que se encontraban bajo su custodia a las murallas de Roma, diciendo que los falerianos aceptarían cualquier condición para recuperarlos, Camilo rechazó el ofrecimiento. Lo hizo desnudar, le ató las manos a la espalda y entregó a los chicos varas y látigos para que castigaran al traidor. ¿No fue eso magnífico?».

Al leer esta historia me había imaginado que el maestro de escuela era Catón, que los chicos éramos Póstumo y yo, y por lo tanto mi entusiasmo por Camilo estaba teñido de ciertas impurezas. Pero Medulino se mostró encantado.

Cuando se pidió a Germánico su aprobación para nuestro matrimonio, la concedió con gusto, porque yo le había hablado de mi amor por Camila; mi tío Tiberio no presentó objeción alguna y mi abuela Livia ocultó su ira, como de costumbre, y felicitó a Augusto por haber sido tan rápido en tomarle la palabra a Medulino. Seguro que éste estaba borracho, dijo, cuando aprobó la unión, aunque en verdad la dote era pequeña y el honor de la alianza muy grande para un hombre de su familia. La casa de Camilo no había producido hombres de capacidad o reputación sobresaliente durante muchas generaciones.

AÑO 3 d. de C.

Germánico me dijo que todo había sido arreglado, y que la ceremonia de esponsales se llevaría a cabo el próximo día fasto. Los romanos somos muy supersticiosos en cuanto a los días. A nadie se le ocurriría, por ejemplo, librar una batalla o casarse o comprar una casa el 16 de julio, el día del desastre de Alia en tiempos de Camilo. Apenas pude creer en mi buena suerte. Yo temía que me obligaran a casarme con Emilia, una chiquilla afectada y de pésimo temperamento, que imitaba a mi hermana Livila en lo referente a burlarse de mí cada vez que venía a visitarnos, cosa que hacía con frecuencia. Livia insistió en que la

ceremonia de los esponsales tenía que hacerse tan en privado como fuese posible, porque no se podía tener la seguridad de que yo no hiciese el tonto si había una multitud presente. Yo también lo prefería así; odiaba las ceremonias. Sólo concurrirían los testigos necesarios, y no habría fiesta, sino sólo el habitual sacrificio ritual de un carnero, cuyas entrañas se examinarían para ver si los auspicios eran favorables. Y por supuesto que lo serían. Augusto, oficiando de sacerdote, cuidaría que así fuese, en homenaje a Livia. Luego se firmaría un contrato para una segunda ceremonia, que se realizaría en cuanto yo llegase a mi mayoría de edad, con estipulaciones en cuanto a la dote. Camila y yo nos daríamos la mano y nos besaríamos, y yo le entregaría un anillo de oro, y ella volvería a la casa de su abuelo con discreción, como había venido, sin séquito ni acompañantes que entonasen canciones.

Incluso ahora me duele escribir acerca de ese día. Yo estaba muy nervioso, con mi guirnalda en la cabeza y mi túnica limpia, esperando, junto con Germánico, ante el altar de la familia, a que llegase Camila. Pero tardaba. Tardaba demasiado. Los testigos comenzaron a impacientarse y a criticar los malos modales del viejo Medulino, que los hacía esperar en una ocasión ceremonial como ésa. Al cabo el portero anunció al tío de Camila, Furio, y éste entró, palidísimo y llevando ropas de luto. Después de un breve discurso de salutación y de pedir disculpas a Augusto y a los demás invitados por su demora y por su aspecto de mal agüero, dijo:

—Ha ocurrido una gran calamidad. Mi sobrina ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó Augusto—. ¿Qué broma es ésta? Hace apenas media hora recibimos un mensaje de que ya estaba en camino hacia aquí.

—Murió envenenada. Un gentío se apiñó ante la puerta, como suele suceder, cuando se enteraron de que la hija de la casa estaba a punto de partir hacia su ceremonia de esponsales. Cuando mi sobrina salió, las mujeres se apiñaron, admiradas, a su alrededor. Ella lanzó un gritito, como si alguien le hubiese pisado el pie, pero nadie le dio importancia, y mi sobrina subió a la litera. No habíamos recorrido siquiera el largo de la calle cuando mi esposa, Sulpicia, que estaba con ella, la vio palidecer y le preguntó si estaba asustada. «Oh, tía —respondió Camila—, ésa mujer me clavó una aguja en el brazo, y me siento débil». Esas fueron sus últimas palabras, mis amigos. Murió unos minutos después. Yo vine corriendo aquí en cuanto me cambié de ropa. Tendrán que perdonarme.

Yo estallé en lágrimas y sollozos histéricos. Mi madre, furiosa por mi deshonrosa conducta, dijo a uno de los libertos que me sacara de la habitación y me llevase a la mía, donde permanecí días enteros, en medio de una fiebre nerviosa, incapaz de comer o dormir. A no ser por los consuelos que me prodigó mi querido Póstumo, creo que habría perdido el juicio. No se encontró a la asesina y nadie supo explicar qué motivos podía haber tenido para su acción. Pocos días más tarde Livia le dijo a Augusto que, de acuerdo con informes que parecían dignos de

confianza, una de las mujeres del grupo era una muchacha griega que se consideraba, sin duda infundadamente, perjudicada por el tío de la joven, y que quizás había decidido vengarse de esa monstruosa manera.

Cuando volví a estar bien, o, mejor dicho, no más enfermo que de costumbre, Livia se quejó a Augusto de que la muerte de la joven Medulina Camila había sido una desdicha. A pesar de los justificados sentimientos de Augusto contra semejante unión, temía que la joven Emilia tendría que ser prometida ahora, a fin de cuentas, a su imposible nieto. Todos, decía, se sorprendían de que no se la hubiese unido antes con él. De modo que, como de costumbre, Livia se salió con la suya. Me comprometí con Emilia unas semanas más tarde y pasé por la ceremonia sin deshonor, porque la pena por la muerte de Camila me había vuelto indiferente. Pero cuando llegó, los ojos de Emilia estaban rojos de lágrimas, y no de pena sino de cólera.

En cuanto a Póstumo, pobre amigo, estaba enamorado de mi hermana Livila, a quien veía con frecuencia porque ella había ido a vivir al palacio cuando se casó con el hermano de él, Cayo, y todavía seguía viviendo allí. Se suponía en general que Póstumo se casaría con ella para renovar el vínculo familiar interrumpido por la muerte de su hermano. Livila se sentía halagada por su apasionada devoción. Coqueteaba constantemente con él, pero no lo quería. Había elegido a Cástor, un individuo cruel, disoluto y hermoso que parecía hecho para ella. Yo conocía el entendimiento que existía entre Cástor y Livila, que descubrí por casualidad y que me hacía muy desdichado por Póstumo, tanto más cuanto que éste no tenía sospecha alguna en cuanto al carácter de mi hermana y yo no me atrevía a revelárselo. Cada vez que Livila, yo y él estábamos juntos, ella solía mostrarme un fingido afecto, que conmovía a Póstumo tanto como me encolerizaba a mí.

AÑO 4 d. de C.

Sabía que en cuanto él se hubiese ido, ella reanudaría sus rencorosas burlas. Livia se enteró de la intriga de Livila y Cástor y los vigiló con cuidado. Una noche fue recompensada por un mensaje de un criado de confianza, que le informaba que Cástor acababa de trepar a la ventana de Livila. Puso una guardia armada en el balcón y luego golpeó la puerta de Livila y la llamó por su nombre. Al cabo de un rato Livila abrió, fingiendo haber estado profundamente dormida, pero Livia entró y encontró a Cástor oculto detrás de las cortinas. Les habló con suma claridad y les hizo entender que no informaría del asunto a Augusto —quien sin duda los desterraría si se enteraba del suceso—, pero con ciertas condiciones. Y si estas condiciones se observaban estrictamente, ella incluso arreglaría las cosas de modo que pudieran casarse. No mucho después de mis esponsales con Emilia, Livia dispuso las cosas de tal modo con Augusto, que Póstumo se comprometió, con gran pena por su parte, con una muchacha llamada Domicia, prima carnal mía por parte de mi madre, y Cástor se casó con Livila. Ese fue el año en que Tiberio y Póstumo fueron adoptados como hijos de Augusto.

Livia consideraba a Julila y a su esposo Emilio como posibles obstáculos a sus designios. Tuvo la suerte de conseguir pruebas de que Emilio y Cornelio, un nieto de Pompeyo el Grande, conspiraban para expulsar a Augusto del poder y dividir sus funciones entre ellos y ciertos ex cónsules, entre los que incluían a Tiberio, si bien a éste no lo habían sondeado aún para conocer su opinión. La conjura no cobró mucho impulso porque el primer ex cónsul a quien Emilio y Cornelio abordaron se negó a tener nada que ver con ella. Augusto no los castigó con la pena de muerte o el destierro. El hecho de que pudieran encontrar tan poco respaldo para su conspiración era una buena prueba de su fuerza, y perdonándolos demostraba ser más fuerte aún. Simplemente los llamó a su presencia y los sermoneó por su locura e ingratitud. Cornelio cayó a sus pies y le agradeció con palabras abyectas su clemencia, y Augusto le rogó que no siguiera haciendo el tonto. No era un tirano, dijo, contra el cual hubiera que conspirar o al que hubiese que adorar para mostrar la clemencia de un tirano. No era más que un funcionario del Estado de la república romana que gozaba temporalmente de amplios poderes para el mantenimiento del orden. Era evidente que Emilio lo había engañado con falsas afirmaciones. La mejor cura para esa tontería era la de que Cornelio fuese nombrado cónsul al año siguiente para satisfacer así sus ambiciones de alcanzar iguales honores que él, porque en Roma no existía un rango superior al de cónsul. (En teoría esto era cierto). Emilio era orgulloso y continuó de pie, y Augusto le dijo que como pariente que era suyo por matrimonio habría debido mostrar más decencia, y como ex cónsul habría debido exhibir más sensatez. Y a renglón seguido lo despojó de todos sus honores.

Un aspecto divertido de este caso fue que Livia se quedó con todos los méritos de la clemencia de Augusto, ya que afirmó que le había rogado, con la ternura de una mujer, por la vida de los dos conspiradores, con quienes, dijo, Augusto había decidido dar un ejemplo. Consiguió su consentimiento para la publicación de un librito que había escrito, intitulado *Un debate con la almohada acerca de la verdad y la bondad* , lleno de toques de intimidad. En él Augusto aparece nervioso y preocupado; no puede dormir. Livia le ruega dulcemente que le diga cuál es el problema que le pesa sobre los hombros, y analizan ambos la cuestión del tratamiento adecuado de Emilio y Cornelio.

Augusto explica que no quiere ejecutarlos, aunque teme que tendrá que hacerlo, porque si los perdona se creerá que les tiene miedo y entonces otros se sentirán tentados a conspirar contra él.

—Encontrarse siempre bajo la necesidad de vengarse y de castigar es una posición dolorosísima para un hombre honorable, mi querida esposa.

Livia responde:

—Tienes mucha razón y yo quiero darte un consejo, es decir si quieres aceptarlo, y no me censures por atreverme, aunque soy mujer, a

sugerirte lo que ningún otro, ni tus amigos más íntimos, osarían sugerirte.

—Dímelo, sea lo que fuere —responde Augusto.

—Te lo diré sin vacilaciones —declara Livia—, porque me corresponde una parte de tu buena o tu mala suerte, y porque mientras tú estés a salvo yo también tendré mi parte del reinado, en tanto que si te sucede algo, que Dios no lo quiera, ése será también mi fin… —Le aconseja que perdone—. Las palabras suaves alejan la ira, así como las palabras bruscas excitan la cólera incluso en un espíritu amable. El perdón hará que se ablande el corazón más arrogante, del mismo modo que el castigo endurecerá aun al más humilde. No quiero decir con esto que debamos perdonar a todos los criminales sin distinción, porque existe también la maldad incurable y persistente, que no entiende rasgo alguno de bondad. Un hombre que delinque de ese modo tiene que ser eliminado en el acto como un cáncer del cuerpo político. Pero en el caso de los demás, cuyos errores, cometidos voluntariamente o no, se deben a la juventud o a la ignorancia o al error, creo que sólo debemos censurarlos, o castigarlos de la forma más leve posible. Hagamos el experimento, entonces, comenzando con estos hombres.

Augusto aplaude su sabiduría y se confiesa convencido. Pero adviértase la seguridad que se ofrece al mundo, de que a la muerte de Augusto terminaría también el reinado de Livia, y adviértase también la frase «maldad incurable y persistente». ¡Mi abuela Livia era astuta!

Luego le dijo a Augusto que el matrimonio entre Emilia y yo debía ser cancelado como señal de desagrado imperial para con sus padres, y Augusto se alegró de aceptar esto, porque Emilia se le había quejado amargamente de su obligación de casarse conmigo. Livia tenía muy poco que temer ahora de Julila, a quien Augusto suponía cómplice en los planes de su esposo, pero también tomaría medidas contra ella antes de terminar. Entretanto tenía una deuda de honor que pagar a su amiga Urgulania, una mujer a quien no he mencionado aún pero que es uno de los personajes más desagradables de mi historia.



VIII



Urgulania era la única confidente de Livia y estaba unida a ella por los más fuertes vínculos de interés y gratitud. Había perdido a su esposo, partidario de Pompeyo el Joven, en las guerras civiles, y fue albergada con su hijo pequeño por Livia —que entonces estaba aún casada con mi abuelo—, quien la protegió de la brutalidad de los soldados de Augusto. Al casarse con éste, Livia insistió en que devolviese a Urgulania las fincas confiscadas del esposo, y la invitó a vivir con ellos como miembro de la familia. Gracias a la influencia de Livia —porque en nombre de Augusto podía obligar a Lépido, el Sumo Pontífice, a hacer los nombramientos que se le ocurriesen—, fue ubicada en una posición de autoridad espiritual sobre todas las nobles casadas de Roma. Tengo que explicarme. Todos los años, a principios de diciembre, esas mujeres tenían que asistir a un importante sacrificio a la Buena Diosa, presidido por las vírgenes vestales, de la adecuada conducción del cual dependían la riqueza y seguridad de Roma en los doce meses siguientes. A ningún hombre se le permitía profanar esos misterios, so pena de muerte. Livia, que se había granjeado la amistad de las vestales reconstruyendo su

convento, amueblándolo con lujoso estilo y concediéndoles, por medio de Augusto, muchos privilegios del Senado, sugirió a la vestal principal que la castidad de algunas de las mujeres que concurrían a esos sacrificios no estaba más allá de toda sospecha. Dijo que los problemas por los que había pasado Roma durante las guerras civiles habrían podido deberse muy bien a la ira de la Buena Diosa ante la impureza de las que concurrían a sus misterios. Sugirió, además, que si a todas las mujeres que confesaban un apartamiento de la moral estricta se les hacía el solemne juramento de que su confesión no llegaría a oídos de hombre alguno, y de que por lo tanto no les acarrearía la deshonra pública, habría mayores posibilidades de que la Buena Diosa sólo fuese servida por mujeres castas, con lo que su furia se apaciguaría.

La vestal principal, una mujer religiosa, aprobó la idea, pero quiso saber en qué autoridad se basaba Livia para proponer esa innovación. Livia le dijo que había visto a la diosa en un sueño, la noche anterior, y que ésta le había dicho que, ya que las vestales mismas no tenían experiencia en materia de sexo, era preciso nombrar Madre Confesora a una viuda de buena familia, precisamente con tal fin. La vestal principal preguntó si los pecados confesados serían castigados. Livia le respondió que no habría podido expresar una opinión en este sentido si por fortuna la diosa no se hubiese pronunciado al respecto en el mismo sueño: que la Madre Confesora debía tener poderes para prescribir penitencias expiatorias, y que dichas penitencias debían ser un asunto de sagrada confianza entre la trasgresora y la Madre Confesora. La vestal principal, dijo, sería informada simplemente de que tal y cual mujer era indigna de participar en los misterios de ese año; o que tal y cual había cumplido ya con su penitencia. Esto convenía a la vestal principal, pero no se atrevió a sugerir un nombre por miedo de que Livia lo rechazara. Livia dijo entonces que era evidente que el Sumo Pontífice era quien debía efectuar el nombramiento, y que si la vestal principal se lo permitía, ella le explicaría las cosas y le rogaría que nombrase a una persona adecuada, después de llevar a cabo las ceremonias necesarias para asegurar una elección favorable a la diosa. De tal modo fue nombrada Urgulania, y por supuesto que Livia no informó a Lépido o a Augusto de los poderes que implicaba el nombramiento. Lo mencionó con negligencia, como un puesto de ayudante asesora de la vestal principal en asuntos de moral, «ya que la vestal principal, pobrecita, es tan ajena a este mundo».

El sacrificio se celebraba por costumbre en la casa de un cónsul, pero ahora se hacía siempre en el palacio de Augusto, porque éste estaba por encima de todos los demás cónsules. Esto le resultaba conveniente a Urgulania, quien hacía que las mujeres la visitasen en su habitación del palacio (decorada para inspirar temor y veracidad), las obligaba a decir la verdad, imponiéndoles los juramentos más atroces y, cuando habían confesado, las despedía mientras consideraba la penitencia oportuna. Livia, que se encontraba en la habitación, oculta detrás de una cortina, le sugería entonces una. Las dos se divertían mucho con este juego, del cual Livia obtenía abundante información y ayuda útiles para sus planes.

Como Madre Confesora al servicio de la Buena Diosa, Urgulania se consideraba por encima de la ley, más tarde diré cómo en una ocasión, cuando fue citada por un senador, a quien debía una gran suma de dinero, para comparecer ante el magistrado del Tribunal de Deudores, se negó a obedecer la citación; y cómo, para evitar el escándalo, Livia tuvo que pagar la deuda. En otra oportunidad fue citada como testigo en una investigación senatorial. Como no tenía intención de que se la interrogase, se excusó de concurrir, y un magistrado tuvo que ir a tomar su declaración por escrito. Era una anciana espantosa, de barbilla hendida y cabellos ennegrecidos con hollín de lámpara (el gris se veía con claridad en las raíces), y vivió hasta muy avanzada edad. Su hijo Silvano había sido recientemente cónsul, y fue uno de los que Emilio abordó en el momento de su trama. Silvano fue directamente a ver a Urgulania y le contó las intenciones de Emilio. Ella le transmitió la noticia a Livia, y ésta les prometió recompensarlos por la valiosa información casando conmigo a Urgulanila, la hija de Silvano, y vinculándolos de esa manera a la familia imperial. Urgulania gozaba de la confianza de Livia y estaba segurísima de que mi tío Tiberio —y no Póstumo, aunque era el heredero más próximo de Augusto— sería el próximo emperador. De modo que ese casamiento era aún más honorable de lo que parecía.

Yo no había visto nunca a Urgulanila. Nadie la conocía. Sabíamos que vivía con una tía en Herculano, una ciudad situada en las laderas del Vesubio, donde Urgulania poseía propiedades, pero nunca iba a Roma, ni siquiera de visita. Llegamos a la conclusión de que debía de ser una joven de salud delicada. Pero cuando Livia me escribió una de sus breves y crueles notas, en el sentido de que en un consejo de familia acababa de decidirse que debía casarme con la hija de Silvano Plaucio, y que ésa era una unión más adecuada para mí —teniendo en cuenta mis enfermedades— que las dos anteriormente proyectadas, sospeché que ocurría algo más grave con esa Urgulanila que una simple mala salud. ¿Un paladar hendido, quizá, o una marca de nacimiento en mitad de la cara? De cualquier modo, tenía que ser algo que la hacía absolutamente impresentable. Quizás era una tullida, como yo. Eso no me molestaría. Quizás era una buena chica incomprendida. Era posible que tuviéramos mucho en común. No sería como casarse con Camila, pero por lo menos podía ser mejor que casarse con Emilia.

Se eligió el día de nuestros esponsales. Le pregunté a Germánico acerca de Urgulanila, pero él se encontraba tan a oscuras como yo, y pareció un tanto avergonzado por haber consentido en la realización del casamiento sin efectuar previas y cuidadosas averiguaciones. Se sentía muy dichoso con Agripina, y quería que yo también fuese feliz. Bueno, llegó el día, un día fasto, y otra vez estaba yo con mi guirnalda en la cabeza y mi túnica limpia aguardando, ante el altar a que llegase la novia.

«A la tercera va la vencida —dijo Germánico—. Estoy seguro de que es una belleza, de veras, una muchacha bondadosa y sensata como tú necesitas».

¿Pero lo era? Bien, en mi vida me han hecho muchas bromas crueles, pero creo que ésa fue la más cruel y la peor de todas. Urgulanila era, bueno, en una palabra, hacía honor a su nombre, que es la forma latina de Herculanila. Y por cierto que era una joven Hércules femenina. Aunque sólo tenía quince años de edad, medía más de un metro ochenta de altura, y continuaba creciendo; era de proporciones amplias y fuertes, y poseía los pies y manos más grandes que haya visto en toda mi vida en ser humano alguno, excepción hecha del gigantesco rehén parto que muchos años más tarde figuró en cierta procesión triunfal. Sus facciones eran regulares pero pesadas, y tenía un ceño casi perpetuo. Era cargada de espaldas. Hablaba con tanta lentitud como mi tío Tiberio (a quien, de paso, se parecía mucho; incluso se murmuraba que en realidad era su hija). No poseía educación, ingenio, dotes personales o cualidad alguna digna de elogio. Y es extraño, pero el primer pensamiento que se me ocurrió cuando la vi fue: «Esta mujer es capaz de un asesinato por violencia» y «Desde el principio tendré que tener mucho cuidado de ocultar mi repugnancia hacia ella y de no proporcionarle motivos para albergar resentimientos contra mí. Porque si llega a odiarme, mi vida correrá peligro». Soy un actor bastante bueno, y aunque la solemnidad de la ceremonia fue violentada por sonrisitas, chistes susurrados y risas ahogadas de los presentes, Urgulanila no tuvo motivos para censurarme por esa indecorosidad. Cuanto todo terminó, los dos fuimos llamados a presencia de Livia y Urgulania. Cuando se cerró la puerta y nos encontramos frente a ellas —yo nervioso e inquieto, Urgulanila maciza e inexpresiva, cerrando y abriendo sus enormes puños—, desapareció la solemnidad de esas malignas abuelas, y estallaron en irreprimibles carcajadas. Nunca las había oído reír de esa manera, y el efecto resultó aterrador. No eran carcajadas decentes y saludables, sino unos infernales sollozos y chillidos, como los de dos prostitutas viejas y borrachas que presenciaran una tortura o una crucifixión.

—¡Oh, qué bellezas! —sollozó Livia al cabo, enjugándose los ojos—. ¡Qué no daría por verlos en la cama, en la noche de bodas! ¡Sería la escena más graciosa desde la Inundación de Deucalión!

—¿Y qué sucedió particularmente gracioso en aquella famosa ocasión, querida mía? —preguntó Urgulania.

—¿Cómo, no lo sabes? Dios destruyó a todo el mundo con una inundación, salvo a Deucalión y su familia, y a unos pocos animales que se refugiaron en las cimas de las montañas. ¿No has leído la Inundación de Aristófanes? Es mi obra favorita. La escena transcurre en el monte Parnaso. Se han reunido varios animales, por desgracia sólo uno de cada especie, y cada uno de ellos se considera el único sobreviviente de su especie. Por lo tanto, a fin de repoblar la tierra, tienen que unirse

entre sí a pesar de los escrúpulos morales y de las evidentes dificultades. Y Deucalión casa al camello con la elefanta.

—¡El camello y la elefanta! ¡Esa sí que es buena! —cloqueó Urgulania—. Mira el largo cuello y el cuerpo huesudo y la larga cara tonta de Tiberio Claudio. ¡Y los pies enormes y las grandes orejas y los ojillos de cerdo de mi Urgulanila! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Y qué tuvieron como descendientes? ¿Jirafas? ¡Ja, ja, ja, ja!

—La obra no llega hasta ese punto. Iris sale a escena para el discurso del mensajero e informa que hay otro refugio de animales en el monte Atlas. Iris interrumpe las bodas a tiempo.

—¿Y el camello se muestra desilusionado?

—Oh, mucho.

—¿Y la elefanta?

—La elefanta no hace más que aparecer ceñuda.

—¿Y se besan al separarse?

—Aristófanes no lo dice. Pero sin duda lo hicieron. Vamos, animales. ¡Besaos!

Yo sonreí tontamente, Urgulanila frunció el ceño.

—Besaos, os digo —insistió Livia con una voz que significaba que teníamos que obedecer.

De modo que nos besamos, y las dos ancianas reiniciaron sus carcajadas histéricas. Cuando estuvimos otra vez fuera de la habitación, le susurré a Urgulanila:

—Lo siento. No ha sido culpa mía.

Pero no me contestó, y frunció el entrecejo más profundamente que antes.

Pasaría un año antes de que nos casáramos, porque la familia había decidido que yo no llegaría a la mayoría de edad hasta que cumpliese los quince años y medio, y en ese lapso podían pasar muchas cosas. ¡Si sólo llegara Iris!

Pero no llegó. Póstumo también tenía sus problemas. Ya había llegado a su mayoría de edad, y ahora faltaban unos pocos meses para que Domicia estuviese en edad de casarse. Mi pobre Póstumo todavía estaba enamorado de Livila, aunque ésta era casada. Pero antes de continuar

con la historia de Póstumo tengo que hablar de mi encuentro con el «Último romano».



IX



Se llamaba Polión, y mencionaré las circunstancias exactas de nuestro encuentro, que ocurrió una semana después de mi compromiso con Urgulanila. Me encontraba leyendo en la biblioteca de Apolo cuando llegaron Livio y un anciano pequeño y vivaz, con la túnica de senador. Livio decía:

—Me parece, entonces, que debemos abandonar toda esperanza de encontrarlos, a menos que… ¡Vaya, ahí está Sulpicio! Él tiene que saberlo, si es que alguien lo sabe. Buenos días, Sulpicio. Quiero que nos hagas un favor, a Asinio Polión y a mí. Necesitamos consultar un libro, un comentario de un griego llamado Polemocles sobre las Tácticas militares de Polibio. Recuerdo haberlo visto aquí en una ocasión, pero el catálogo no lo menciona, y los bibliotecarios son perfectamente inútiles.

Sulpicio se mordisqueó la barba un instante y luego respondió:

—El nombre no es ése. El autor se llamaba Polemócrates, y no era griego, a pesar de su nombre, sino judío. Recuerdo haberlo visto hace quince años en ese anaquel de arriba, el cuarto a contar desde la ventana, en el fondo, y el marbete del título decía nada más que «Disertación sobre táctica». Deja que yo lo traiga. No creo que lo hayan tocado desde entonces.

Entonces Livio me vio.

—Hola, amigo mío, ¿cómo te va? ¿Conoces al famoso Asinio Polión?

Los saludé, y Polión dijo:

—¿Qué lees, muchacho? Basura, supongo, por la forma avergonzada en que lo ocultas. Los jóvenes de ahora no leen más que basura. —Se volvió hacia Livio—: Te apuesto diez piezas de oro a que es algún desdichado Arte de amar o alguna tontería pastoral de la Arcadia, o algo así.

—Acepto la apuesta —respondió Livio—. El joven Claudio no es de ésos. ¿Y bien, Claudio, cuál de los dos gana?

—Me alegra decirte, señor, que pierdes tú —le dije, tartamudeando, a Polión.

Este me miró, colérico y ceñudo.

—¿Cómo dices? Te alegras de que pierda, ¿eh? ¿Esa es la forma correcta de hablarle a un anciano como yo, y, por añadidura, a un senador?

—Lo dije con todo respeto —repliqué—. Me alegro de que hayas perdido. No me gusta oír llamar basura a este libro. Es tu propia historia de las guerras civiles y, si se me permite la osadía de elogiarlo, un libro muy bueno en verdad.

El rostro de Polión cambió. Ahogó una risita, se mostró resplandeciente y extrajo las monedas de su bolso, para entregárselas a Livio. Este, con quien parecía en términos de amistosa animosidad —si se entiende lo que quiero decir—, las rechazó con insistencia entre seria y burlona.

—Mi querido Polión, no podría aceptar el dinero. Tenías mucha razón. Estos jóvenes de hoy leen las cosas más espantosas. Ni una palabra más, por favor. Admito que he perdido la apuesta. Aquí tienes mis diez piezas de oro, y me alegro de pagarlas.

Polión recurrió a mí.

—Y bien, no sé quién eres, pero pareces un joven juicioso. ¿Has leído la obra de nuestro amigo Livio? Dime: ¿no es por lo menos un trabajo más malo que el mío?

Sonreí.

—Bueno, por lo menos es más fácil de leer.

—Más fácil, ¿eh? ¿Qué quiere decir eso?

—Hace que la gente de la antigua Roma hable y se comporte como si viviera ahora.

Polión se mostró encantado.

—Confiesa, Livio, que te ha encontrado el punto débil. Adjudicas a los romanos de hace siete siglos motivos, costumbres y lenguaje imposiblemente modernos. Sí, por cierto, que es legible, pero no es historia.

Antes de que siga transcribiendo esta conversación, debo decir unas palabras acerca de Polión, quizás el hombre más dotado de su época sin exceptuar ni siquiera a Augusto. Tenía entonces casi ochenta años de edad, pero estaba en plena posesión de sus poderes mentales y en apariencia gozaba de mejor salud que muchos sesentones. Había cruzado el Rubicón con Julio César y combatido con él contra Pompeyo, y servido a las órdenes de mi abuelo Antonio, antes de su pendencia con Augusto, y fue cónsul y gobernador de la Galia trasalpina y de Lombardía, y conquistado un triunfo por una victoria en los Balcanes, y fue amigo personal de Cicerón hasta que se disgustó con él, y protector de los poetas Virgilio y Horacio. Además de todo eso era un distinguido orador y escritor de tragedias. Pero era mejor historiador que dramaturgo u orador, porque poseía un amor hacia la verdad literal, rayano en la pedantería, que no podía adaptar a las convenciones de esas otras formas literarias. Con el botín de la campaña de los Balcanes fundó una biblioteca pública, la primera de Roma. Ahora había otras dos: aquella en la cual nos encontrábamos y otra bautizada con el nombre de mi abuela Octavia. Pero la de Polión estaba mejor organizada, a los fines de su utilización para la lectura, que las otras dos.

Sulpicio había encontrado el libro, y después de agradecérselo los dos hombres reanudaron su discusión.

—Lo malo de Polión —dijo Livio— es que cuando escribe historia se cree obligado a suprimir sus sentimientos más delicados y poéticos, y a hacer que sus personajes se comporten con una vulgaridad concienzuda, y cuando los hace hablar les niega la menor capacidad oratoria.

—Sí —replicó Polión—, la poesía es poesía, la oratoria oratoria, y la historia historia, y no es posible mezclarlas.

—¿No se puede? Pues yo puedo —dijo Livio—. ¿Quieres decir que no debo escribir una historia con tema épico porque ésa es una prerrogativa de la poesía, ni poner en boca de mis generales dignos discursos, en vísperas de las batallas, porque componer tales discursos es prerrogativa de la oratoria?

—Eso es precisamente lo que quiero decir. La historia es un registro veraz de lo que ha sucedido, de cómo vivió y murió la gente, de lo que hizo y dijo. Un tema épico no hace más que deformar los hechos. En cuanto a los discursos de tus generales, son admirables como oratoria, pero condenables por antihistóricos. No sólo no existe la más mínima prueba de su existencia, sino que además son inadecuados. He escuchado más discursos en vísperas de combate que la mayoría de los hombres, y aunque los generales que los pronunciaban, en especial César y Antonio, eran magníficos oradores, eran también soldados demasiado buenos para tratar de endilgar a las tropas un discurso de púlpito. Hablaban con ellos en tono de conversación familiar; no pronunciaban discursos. ¿Qué clase de discurso hizo César antes de la batalla de Farsalia? ¿Nos pidió que recordásemos a nuestras esposas e hijos, y a los sagrados templos de Roma, y las glorias de nuestras campañas anteriores? ¡Por Dios que no! Se subió al tocón de un pino, con un gigantesco rábano en una mano y un trozo de duro pan de soldado en la otra, y bromeó con nosotros entre bocado y bocado. Y no con bromas delicadas, sino con chistes groseros, dichos con expresión seria. De lo casta que era la vida de Pompeyo en comparación con la suya, tan disipada. Las cosas que hizo con ese rábano habrían hecho reír a un buey. Recuerdo una anécdota sobre la forma en que Pompeyo conquistó su sobrenombre de El Grande —¡oh, ese rábano!— y otra peor aún sobre la forma en que él mismo había perdido su cabello en el mercado de Alejandría. Las contaría ahora mismo, a no ser por este chico y porque sin duda tú no las entenderías, ya que no te educaste en el campamento de César. Ni una palabra sobre la inminente batalla, salvo, al final: «¡Pobre viejo Pompeyo! ¡Tendrá que enfrentarse a Julio César y sus hombres! ¡Qué mala suerte!».

—En tu historia no pusiste nada de esto —dijo Livio.

—En las ediciones públicas, no —respondió Polión—. No soy un tonto. Pero si quieres que te preste el *Suplemento* privado que acabo de escribir, lo encontrarás allí. Pero quizá no quieras molestarte. Te contaré el resto. César era un magnífico comediante, ¿sabes?, y nos ofreció el discurso de agonía de Pompeyo, antes de caer sobre su espada (otra vez el rábano, con el extremo mordido). Censuró a los dioses inmortales, en nombre de Pompeyo, por permitir siempre que el vicio triunfara sobre la virtud. «¿Y no es eso cierto, aunque lo diga Pompeyo? ¡Negadlo si podéis, malditos perros fornicadores!». Y les arrojó el rábano comido a medias. ¡El bramido que se escuchó! Nunca hubo soldados como los de César. ¿Recuerdas la canción que entonaban

en su triunfo de Francia? «A casa traemos al puñetero calvo; romanos, encerrad a vuestras esposas».

—Polión, mi querido amigo —dijo Livio—, no estábamos hablando de la moral de César, sino de la forma correcta de escribir la historia.

—Sí, es cierto —repuso Polión—. Nuestro inteligente y joven amigo criticaba tu método, so capa de alabar el hecho de que eres más legible que yo. Joven, ¿tienes otra acusación que presentar contra el noble Livio?

—Por favor —respondí—, no me avergüences. Admiro inmensamente la obra de Livio.

—¡La verdad, por favor! ¿Le has descubierto alguna inexactitud histórica? Pareces ser un individuo que lee mucho.

—Prefiero no aventurarme.

—Vamos, habla. Tiene que haber algo.

De modo que dije:

—Confieso que hay algo que me intriga. La historia de Lars Pórsena. Según Livio, Pórsena no logró tomar Roma, ya que primero se lo impidió la heroica conducta de Horacio en el puente y luego la asombrosa osadía de Scévola. Livio relata que Scévola, capturado después de intentar asesinar a Pórsena, metió la mano en las llamas del altar y afirmó que trescientos romanos como él se habían juramentado para matarle. Y entonces Lars Pórsena aceptó la paz. Pero yo he visto la tumba-laberinto de Pórsena en Clusio, y en ella hay un friso en el que aparecen los romanos saliendo por las puertas de la ciudad, conducidos bajo un yugo. Hay un sacerdote etrusco que con un par de tijeras recorta las barbas de los Padres. E incluso Dionisio de Halicarnaso, que estaba favorablemente dispuesto hacia nosotros, afirma que el Senado votó a Pórsena un trono de marfil, un cetro, una corona de oro y una túnica triunfal, cosa que sólo puede significar que se le rindieron honores soberanos. De modo que es posible que Lars Pórsena haya tomado Roma, a pesar de Horacio y de Scévola. Y Aruns, el sacerdote de Capua (se le supone el último hombre que puede leer inscripciones etruscas), me dijo el verano pasado que, de acuerdo con los documentos etruscos, quien expulsó a los Tarquino de Roma no fue Bruto, sino Pórsena, y que Bruto y Colatino, los dos primeros cónsules de Roma, sólo eran administradores de la ciudad, designados para cobrar sus impuestos.

Livio se encolerizó.

—Me sorprendes, Claudio. ¿No tienes reverencia alguna hacia la tradición romana, que crees las mentiras que cuentan nuestros enemigos para disminuir nuestras grandezas?

—Sólo pregunté —dije con humildad— qué había sucedido en realidad.

—Vamos, Livio —dijo Polión—. Contéstale al joven estudiante. ¿Qué sucedió en realidad?

—Otra vez —respondió Livio—. Atengámonos a lo anterior, que era una discusión general en cuanto a la forma correcta de escribir la historia. Claudio, amigo mío, tú tienes ambiciones en ese sentido. ¿A cuál de nosotros dos elegirás como modelo?

—Le estáis creando dificultades al chico, con vuestros celos —intervino Sulpicio—. ¿Qué esperáis que conteste?

—La verdad no nos ofenderá —respondió Polión.

Miré a uno y a otro. Al cabo dije:

—Creo que elegiría a Polión. Como estoy seguro de que jamás podré alcanzar la inspirada elegancia literaria de Livio, haré lo mejor para imitar la exactitud y diligencia de Polión.

Livio gruñó y estaba a punto de alejarse, pero Polión lo retuvo. Conteniendo su alborozo como mejor pudo, dijo:

—Vamos, Livio, no me negarás un pequeño discípulo, ¿eh?, cuando los tienes en regimiento por todo el mundo. Joven, ¿oíste hablar del anciano de Cádiz? No, no es un cuento verde. En realidad es una historia triste. Vino a pie a Roma, ¿y para ver qué? No los templos o los teatros o las estatuas o las muchedumbres o las tiendas o el Senado. Sino a un hombre. ¿Qué hombre? ¿El hombre cuya cabeza figura en las monedas? No, no. A uno más grande que él. Vino a ver a nuestro amigo Livio, cuyas obras, según parece, conoce de memoria. Lo vio y lo saludó y volvió de inmediato a Cádiz, donde murió poco después, la desilusión y la larga caminata habían sido demasiado para él.

—Por lo menos mis lectores son auténticos lectores —replicó Livio—. Chico, ¿sabes cómo logró Polión su reputación? Bueno, es rico, y tiene una casa enorme y hermosa y un cocinero sorprendentemente bueno. Invita a una buena cantidad de personas del mundo literario, les ofrece una cena perfecta y después toma como por casualidad el último volumen de su historia. Y dice con humildad: «Amigos, hay algunos pasajes acerca de los cuales no estoy muy seguro. He trabajado mucho en ellos, pero todavía necesitan un pulido final; cuento con vosotros para dárselo. Con permiso…». Y empieza a leer. Nadie lo escucha con mucha atención. Todos están ahítos. «Ese cocinero es un genio —piensan—. El mújol con salsa picante, y esos gordos tordos rellenos y el

jabalí con trufas… ¿Cuándo fue la última vez que comí tan bien? Creo que fue en la última lectura de Polión. Ah, aquí viene otra vez el esclavo con el vino. Ese excelente vino de Chipre. Polión tiene razón: es mejor que cualquier otro vino griego que haya en el mercado». Entretanto la voz de Polión —y es una voz que da gusto escuchar, como la de un sacerdote en un sacrificio nocturno, en verano— continúa resonando sin cesar, y de vez en cuando pregunta con humildad: «¿Os parece que esto está bien?». Y todos dicen, volviendo a pensar en los tordos, o quizás en los pastelillos: «Admirable. Admirable, Polión». De vez en cuando se interrumpe y pregunta: «¿Cuál es la palabra exacta que debo usar aquí? ¿Tengo que decir que el regreso de los enviados "convenció" o "excitó" a esa tribu a rebelarse? ¿O debo decir que el relato que hicieron de la situación "influyó" sobre la tribu en su decisión de rebelarse? En rigor creo que ellos hicieron una narración imparcial de lo que habían visto». Y entonces se eleva un murmullo desde los divanes: «¡Influyó, Polión! ¡Pon "influyó"!». «Gracias, amigos —contesta él—. Muy amables. Esclavo, ¡mi cortaplumas y mi pluma! Modificaré la frase en el acto, si me lo permitís». Y luego publica el libro y envía un ejemplar gratuito a cada uno de los invitados. Y éstos dicen a sus amigos, mientras conversan en los baños públicos: «Admirable libro, éste. ¿Lo has leído? Polión es el más grande historiador de nuestra época, y no le molesta pedir consejo, acerca de ciertos puntos de estilo, a hombres de buen gusto. ¡Pero si esta palabra "influyó" se la sugerí yo mismo!».

—Es cierto —dijo Polión—. Mi cocinero es demasiado bueno. La próxima vez, te pediré prestado el tuyo, y unas doce botellas de tu presunto vino de Falerno, y entonces obtendré críticas realmente veraces.

Sulpicio hizo un gesto de súplica.

—Señores, señores, esto se está volviendo muy personal.

Livio ya se iba. Pero Polión sonrió a la espalda en retirada y dijo en voz alta, para que lo escuchase:

—Livio es un individuo honrado, pero tiene un defecto. Es una enfermedad llamada paduanidad.

Esto hizo detenerse a Livio, quien se volvió.

—¿Qué tiene Padua de malo? No quiero oír una palabra de censura contra ese lugar.

—Allí nació él, ¿sabes? —me explicó Polión—. En algún lugar de las provincias del norte. Hay por allá unas famosas fuentes termales, de extraordinarias propiedades. Siempre resulta fácil reconocer a un paduano. Como se bañan en las aguas de la fuente o las beben —y me han dicho que hacen las dos cosas a la vez—, los paduanos son capaces de creer cualquier cosa, y la creen con tanta energía, que hacen que los demás también las crean. Por eso la ciudad tiene una tan maravillosa reputación comercial. Las mantas y alfombras que fabrican allá no son

mejores que las de cualquier otra parte, y en verdad son inferiores, porque las ovejas locales son amarillas y de vellón tosco, pero para los paduanos son suaves y blancas como las plumas de ganso. Y han convencido al resto del mundo de que así es.

—¡Ovejas amarillas! —exclamé yo, para seguirle el juego—. Eso es una rareza. ¿Cómo consiguen ese color?

—Pues bebiendo el agua de la fuente. Las aguas tienen azufre. Todos los paduanos son amarillos. Mira a Livio.

Livio se acercó lentamente a nosotros.

—Una broma es una broma, Polión, y puedo aceptarla. Pero también hay un asunto serio en discusión, y es la manera correcta en que se debe escribir la historia. Puede que yo haya cometido errores ¿Qué historiador está libre de ellos? Por lo menos no he dicho mentiras deliberadas; no puedes acusarme de eso. Incorporo a mi historia cualquier episodio legendario que tenga relación con mi tema de la antigua grandeza de Roma. Es posible que no sea verdadero en el detalle del hecho, pero es cierto en espíritu. Si tropiezo con dos versiones del mismo episodio, elijo la más próxima a mi tema, y no me encontrarás hurgando en los cementerios etruscos en busca de una tercera versión que contradiga a las otras. ¿De qué serviría?

—Serviría a la causa de la verdad —respondió Polión con amabilidad—. ¿No es eso importante?

—¿Y si al servir a la causa de la verdad admitimos que nuestros reverenciados antepasados han sido cobardes, mentirosos y traidores? ¿Qué sucede entonces?

—Dejaré que este joven conteste la pregunta. Él ha entrado apenas en la vida. ¡Vamos, chico, contesta!

Yo dije, al azar:

—Livio comienza su historia lamentando las perversidades modernas y prometiendo seguir los rastros de la gradual declinación de las antiguas virtudes a medida que las conquistas enriquecían a Roma. Dice que gozará más con la redacción de los primeros capítulos, porque al hacerlo podrá cerrar los ojos a la maldad de los tiempos modernos. Pero al cerrar los ojos ante la corrupción moderna, ¿no los ha cerrado también, a veces, ante la antigua?

—¿Y bien? —preguntó Livio, entrecerrando los párpados.

—Y bien —murmuré—. Quizás no exista tanta diferencia entre la maldad de ellos y la nuestra. Puede que sea una cuestión de escala y oportunidad.

—¿Entonces, joven, el paduano no te ha hecho ver sus vellones sulfurosos como níveamente blancos? —preguntó Polión. Yo me sentí incómodo.

—He extraído más placer de la lectura de Livio, que con la de cualquier otro autor —repetí.

—Oh, sí —sonrió Polión—, eso es lo que dijo el viejo de Cádiz. Pero ahora, como el viejo de Cádiz, te sientes un poco desilusionado, ¿eh? ¿Lars Pórsena y Bruto y Scévola se te han quedado atravesados en la garganta?

—No es desilusión. Ahora veo, aunque antes no había considerado el asunto, que hay dos formas diferentes de escribir la historia: una consiste en llevar a los hombres a la virtud y la otra obligarles a ver la verdad. La primera es la de Livio y la otra la tuya. Y quizá no sean irreconciliables.

—¡Vaya, eres un orador! —exclamó Polión, encantado.

Sulpicio, que se encontraba de pie, apoyado en una sola pierna, cogida la otra con una mano, como era su costumbre cuando estaba excitado o irritado, se retorcía la barba. De pronto dijo, para resumir:

—Sí, Livio nunca carece de lectores. A la gente le gusta que la «lleven a la virtud» de la mano de un escritor encantador, en especial cuando se le dice al mismo tiempo que la civilización moderna ha hecho que esa virtud sea imposible de alcanzar. Pero los simples expositores de la verdad son «enterradores que exhuman el cadáver de la historia» (para citar el epigrama del pobre Cátulo contra el noble Polión), los que no hacen más que registrar lo que en realidad ocurrió, esos hombres sólo pueden contar con un público mientras tengan un buen cocinero y una bodega llena de vino de Chipre.

Esto enfureció de veras a Livio.

—Polión —dijo—, esta conversación es ociosa. El joven Claudio siempre ha sido considerado un tonto por su familia y sus amigos, pero yo no estuve de acuerdo con el veredicto general. Hasta hoy. Puedes quedarte con tu discípulo. Y Sulpicio puede perfeccionar su vulgaridad; no hay en Roma un mejor maestro para eso. —Y antes de irse nos lanzó el último dardo:— *Et apud Apollinem istum Pollionis Pollinctorem diutissime polleat* . —Lo que significa, aunque el retruécano se pierde en griego: «¡Y que florezca largamente en el altar de ese enterrador Apolo (que es) Polión!». Y se alejó bufando. Polión le gritó alegremente:

—*Quod certe pollicitur Pollio. Pollucibiliter jollebit puer* («Polión te lo promete; el chico florecerá poderosamente»).

Cuando quedamos a solas —Sulpicio se había ido a buscar un libro—, Polión comenzó a interrogarme.

—¿Quién eres, chico? Te llamas Claudio, ¿verdad? Es evidente que provienes de una buena familia, pero no te conozco.

—Soy Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico.

—¡Dios mío! Entonces Livio tiene razón. Se afirma que eres un tonto.

—Sí. Mi familia está avergonzada de mí porque tartamudeo, y porque soy cojo y habitualmente estoy enfermo, de modo que se me ve muy poco en sociedad.

—¿Pero tonto? Eres uno de los jóvenes más inteligentes que he conocido desde hace años.

—Eres muy amable.

—En modo alguno. Por Dios, eso de Lars Pórsena fue un buen golpe contra el viejo Livio. Livio no tiene conciencia, ésa es la verdad. Una vez le pregunté si siempre tenía la misma dificultad para encontrar las tabletas de bronce que necesitaba entre el revoltijo de la Oficina de Documentos Públicos. Y me contestó: «Oh, ninguna dificultad». ¡Y resultó que jamás había estado allí para confirmar un solo hecho! Dime, ¿por qué leías mi historia?

—Leía tu relato del sitio de Perusia. Mi abuelo —el primer esposo de Livia, ¿sabes?— estuvo allí. Me interesa ese período, y estoy reuniendo materiales para una biografía de mi padre. Mi preceptor Atenodoro me dijo que consultara tu libro; dijo que era una obra honrada. Mi preceptor anterior, Marco Porcio Catón, me había dicho una vez que era un montón de embustes, de modo que eso me predispuso a creer más en Atenodoro.

—Sí, a Catón no podía gustarle el libro. Los Catones lucharon del lado equivocado. Yo ayudé a expulsar a su abuelo en Sicilia. Pero creo que eres el primer historiador joven que he conocido. La historia es un juego de viejos. ¿Cuándo piensas ganar batallas como las de tu padre y tu abuelo?

—Quizás cuando sea viejo.

Él rio.

—No veo por qué un historiador que se ha dedicado toda su vida al estudio de las tácticas militares no podría ser invencible como comandante, si tiene buenas tropas y valentía.

—Y buenos oficiales de estado mayor, por cierto, aunque él no haya manejado una espada o un escudo en su vida.

Tuve la audacia de preguntarle a Polión por qué se le llamaba a menudo «El último romano». Se mostró encantado con la pregunta y contestó:

—El nombre me lo dio Augusto. Fue cuando me invitó a unirme a él en la guerra contra tu abuelo Antonio. Le pregunté por qué clase de hombre me tomaba; Antonio había sido uno de mis mejores amigos. «Asinio Polión —me contestó—, creo que eres el último romano. El título se malgasta cuando se aplica a ese asesino de Casio». «Y si soy el último romano —respondí—, ¿quién tiene la culpa? ¿Y quién tendrá la culpa cuando hayas destruido a Antonio, a quien nadie sino yo se atreverá a replicar en tu presencia?». «Yo no, Asinio —dijo él, disculpándose—, es Antonio quien ha declarado la guerra, no yo. Y en cuanto Antonio haya sido derrotado, por supuesto, restableceré el gobierno republicano». «Si la señora Livia no interpone su veto», dije.

El anciano me tomó de los hombros.

—De paso, te diré una cosa, Claudio. Soy un hombre muy viejo, y si bien parezco bastante vivaz, he llegado ya al fin. Dentro de tres días estaré muerto, y lo sé. Antes de morir aparece en uno una extraña lucidez. Uno habla proféticamente. ¡Pues escúchame! ¿Quieres vivir una larga vida de trabajo, con honores al final de la misma?

—Sí.

—Entonces exagera tu cojera, tartamudea deliberadamente, finge frecuentes enfermedades, deja que tu juicio parezca errático, bambolea la cabeza y retuércete las manos en todas las ocasiones públicas y semipúblicas. Si pudieras entender tanto como yo entiendo, sabrías que ésa es tu única esperanza de seguridad y de gloria eventual.

—La historia de Livio sobre Bruto —dije yo—, me refiero al primer Bruto, podrá ser antihistórica, pero es pertinente. Bruto también fingió ser idiota, para estar en mejores condiciones de restaurar la libertad.

—¿Qué es eso? ¿La libertad popular? ¿Tú crees en eso? Me parecía que la frase había muerto entre los miembros de la joven generación.

—Mi padre y mi abuelo creyeron en ella.

—Sí —interrumpió Polión con brusquedad—, y por eso murieron.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que por eso fueron envenenados.

—¡Envenenados! ¿Por quién?

—¡Hmmm! No tan fuerte, hijo. No, no mencionaré nombre alguno. Pero te daré un indicio seguro de que no estoy repitiendo afirmaciones escandalosas e infundadas. ¿Dices que estás escribiendo una biografía de tu padre?

—Sí.

—Bien, ya verás que no se te permitirá ir más allá de cierto punto de ella. Y la persona que te lo impida.

Sulpicio volvió en este momento, arrastrando los pies, y no se dijo ninguna otra cosa de interés, salvo cuando me despedí de Polión y éste me llevó a un costado y masculló:

—¡Pequeño Claudio, adiós! Pero no seas un tonto en lo referente a las libertades populares. Todavía no podemos tenerlas. Las cosas tienen que empeorar antes de poder ser mejores. —Y luego elevó la voz—: Una cosa más. Si cuando muero llegas a algún punto importante de mis historias en que encuentres algún error, te doy permiso —estipularé que tienes autoridad para ello— de incluir las correcciones en un suplemento. Manténlas al día. Cuando los libros pasan de moda sólo sirven para envolver pescado.

Dije que consideraría eso como un deber honorable.

Tres días después Polión murió. Me dejó en su testamento una colección de historias latinas antiguas, pero no me las entregaron. Mi tío Tiberio dijo que se trataba de un error, que le estaban destinadas a él, ya que nuestros nombres eran similares. Su estipulación en cuanto a que me otorgaba autoridad para introducir correcciones fue tratada por todos como una broma. Pero yo cumplí con mi promesa a Polión, unos veinte años después. Descubrí que había escrito con demasiada severidad en cuanto al carácter de Cicerón —un individuo vano, vacilante y timorato —, y si bien no estaba en desacuerdo con ese veredicto, me pareció que no había sido necesariamente, también, un traidor como afirmaba Polión. Este se basaba en cierta correspondencia atribuida a Cicerón y que yo logré demostrar que era una falsificación de Clodio Pulquer. Cicerón se había ganado la enemistad de Clodio declarando contra él cuando se le acusó de presenciar el sacrificio a la Buena Diosa disfrazado de músico. Ese Clodio era otro de los malos Claudios.



X



AÑO 6 d. de C.

Cuando llegué a mi mayoría de edad, Tiberio había recibido hacía poco la orden de Augusto de adoptar a Germánico como hijo, aunque ya tenía a Cástor como heredero, con lo que le hizo pasar por encima de la familia Claudia, incorporándolo a la familia Julia. Me encontré entonces al frente de la rama más antigua de los Claudios, y en indiscutible posesión del dinero y las propiedades heredadas de mi padre. Me convertí en el guardián de mi madre —porque no había vuelto a casarse —, cosa que ella consideró una humillación. Y aunque yo era el sacerdote de la familia y todos los documentos tenían que serme entregados para la firma, se me trató con más severidad que antes. Mi ceremonia de mayoría de edad contrastó curiosamente con la de Germánico. Me puse mi túnica varonil a medianoche y, sin acompañantes ni procesión, fui llevado al Capitolio en una litera, donde realicé el sacrificio para ser llevado enseguida de vuelta a la cama.

Germánico y Póstumo me habrían acompañado, pero a fin de llamar lo menos posible la atención, Livia había dispuesto un banquete esa noche en palacio, al que no podían dejar de concurrir.

Cuando me casé con Urgulanila ocurrió lo mismo: muy pocas personas tuvieron conocimiento de mi matrimonio hasta el día después de haber sido solemnizado. No hubo nada irregular en cuanto a la ceremonia. Los zapatos color azafrán de Urgulanila y su velo color fuego, la consulta de los auspicios, la ingestión de la torta sagrada, los dos taburetes cubiertos de piel de oveja, la libación que yo escancié, el ungimiento por ella de las jambas de las puertas, las tres monedas, mi ofrenda a ella del fuego y el agua, todo estuvo en orden, salvo que se omitió la procesión de antorchas y que toda la ceremonia se llevó a cabo con cierta superficialidad, deprisa y de mala gana. A fin de no tropezar en el umbral de la casa de su esposo la primera vez que entra en ella, la esposa romana es levantada en brazos. Los dos Claudios que llevaron a cabo el acto eran hombres de edad avanzada y no se encontraban en condiciones de izar el peso de Urgulanila. Uno de ellos resbaló en el mármol y Urgulanila cayó con un fuerte golpe, haciendo caer a sus dos portadores en revuelto montón. No hay peor augurio que ése para una boda. Y sin embargo, seria falso decir que resultó ser un matrimonio desdichado. No existía suficiente tensión entre nosotros para justificar el término de desdichado. Al principio nos acostamos juntos, porque parecía que se esperaba eso de nosotros, y en ocasiones tuvimos relaciones sexuales —mi primera experiencia con el sexo—, porque también eso parecía formar parte del matrimonio, y no por deseo o por afecto. Siempre me mostré con ella tan cortés y considerado como me era posible, y ella me recompensó con la indiferencia, que era lo mejor que podía esperar de una mujer de su carácter. Quedó embarazada tres meses después de la boda y me dio un hijo llamado Drusilo, por quien me resultó imposible experimentar sentimiento paternal alguno. Se parecía a mi hermana Livila por lo rencoroso y a Plaucio, el hermano de Urgulanila, en el resto de su carácter. Pronto hablaré sobre Plaucio, que fue mi modelo y ejemplo moral designado por Augusto.

Augusto y Livia tenían la metódica costumbre de no llegar nunca a una decisión respecto de ningún asunto de importancia relacionado con la familia o el Estado sin registrar por escrito la decisión o las deliberaciones que los habían llevado a tomarla, por lo general en forma de cartas intercambiadas entre ambos. De entre la masa de correspondencia que dejaron a su muerte he trascrito varias de dichas cartas, que demuestran la actitud de Augusto en esa época para conmigo. Mi primer extracto está fechado tres años antes de mi boda.

Mi querida Livia:

Quiero darte a conocer una cosa extraña que me sucedió hoy. Apenas sé qué conclusión extraer de ella. Me paseaba con Atenodoro, y en un momento dado le dije: «Temo que el trabajo de preceptor de Tiberio Claudio debe de ser sumamente pesado. Me parece que cada día que pasa tiene un aspecto más desdichado, y que es más nervioso e

incapaz». «No juzgues al chico con demasiada severidad —me respondió Atenodoro—. Siente muy agudamente la desilusión de la familia para con él, y los desaires con que tropieza en todas partes. Pero está muy lejos de ser un incapaz, y, créelo o no, encuentro gran placer en su compañía. Nunca lo oíste declamar, ¿no es cierto?». «¡Declamar!», exclamé riendo. «Sí, declamar» —repitió Atenodoro—. Y ahora permíteme que te haga una sugerencia. Déjale un tema de declamación, vuelve dentro de media hora y escucha cómo lo declama, pero ocúltate detrás de un cortinaje, o no oirás nada digno de ser escuchado. Elegí como tema «Las conquistas romanas en Germania» y media hora después, mientras escuchaba detrás de la cortina, tuve la sorpresa más grande de mi vida. Conocía los hechos al dedillo, sus principales subtemas estaban bien elegidos y sus detalles destacados en adecuada proporción y relación con ellos, más aún, dominaba su voz y no tartamudeaba. ¡Que Dios me fulmine si no fue realmente agradable e instructivo escucharlo! No sé cómo es posible que un individuo cuya conversación diaria es tan desesperantemente tonta pueda hacer un discurso, y con tan poco tiempo para prepararlo, y, además, en estilo tan perfectamente racional y aun erudito. Me escurrí, pidiéndole a Atenodoro que no mencionase que yo había estado allí, ni lo sorprendido que me sentía, pero me veo obligado a contarte el asunto, e incluso sugerir que en adelante podríamos permitirle, de vez en cuando, que cenase con nosotros, cuando hay pocos invitados, en el entendimiento de que debe mantener la boca cerrada y los oídos abiertos. Si a fin de cuentas, como me siento inclinado a pensar, hay alguna esperanza de que eventualmente se convierta en un miembro responsable de la familia, tendría que acostumbrarse, en forma gradual, a alternar con sus iguales en la vida social. Es claro que existe una gran división de opiniones en cuanto a sus capacidades mentales. Su tío Tiberio, su madre Antonia y su hermana Livila lo consideran un idiota unánimemente. Por otra parte, Atenodoro, Sulpicio, Póstumo y Germánico juran que es tan sensato, cuando quiere, como cualquier hombre, pero que el nerviosismo le quita el equilibrio con facilidad. En cuanto a mí, repito que todavía no puedo adoptar una decisión en este sentido.

A lo que Livia contestó:

Mi querido Augusto:

La sorpresa que recibiste detrás de ese cortinaje no fue mayor que la que experimentamos en una ocasión, cuando el embajador de la India sacó la tela de seda que cubría la jaula dorada que nos enviaba su amo el rey y vimos por primera vez un loro, con sus plumas color esmeralda y su collar color rubí, y le oímos decir: «¡Ave, César, Padre de la Patria!». No fue tanto por lo notable de la frase, porque cualquier chiquillo puede decir lo mismo, pero nos asombró que un pájaro hablase. Y nadie sino un tonto alabaría a un loro por su ingenio demostrado al pronunciar las palabras adecuadas, porque el ave no conocía el significado de ninguna de ellas. El mérito le corresponde al hombre que adiestró al pájaro, con increíble paciencia, para repetir la

frase, porque, como sabes, en otras ocasiones se lo adiestra para que diga otras cosas, y en las conversaciones generales dice las tonterías más enormes y tenemos que mantener la jaula cubierta para obligarlo a callar. Lo mismo sucede con Claudio, si bien es muy poco elogioso para el loro, un ave innegablemente hermosa, comparar a mi nieto con él. Lo que has escuchado es sin duda alguna un discurso que se había aprendido de memoria. A fin de cuentas «Las conquistas romanas en Germania» es un tema evidente, y es muy posible que Atenodoro le haya hecho aprender media docena o más de modelos de declamación del mismo tipo. Fíjate que no quiero decir que no me sienta encantada de que sea tan dócil para la instrucción, me agrada sobremanera. Quiere decir, por ejemplo, que podremos enseñarle todos los detalles de la ceremonia de su matrimonio. Pero tu sugerencia acerca de que cene con nosotros es ridícula. Me niego a comer en la misma habitación que ese individuo: me daría una indigestión.

En cuanto al testimonio en favor de su robustez mental, analízalo. De niño, Germánico juró ante su padre moribundo que protegería y amaría a su hermano menor: ya conoces la nobleza de alma de Germánico, y sabes que antes de traicionar ese sagrado juramento preferiría presentar cualquier argumento en favor de la inteligencia de su hermano, en la esperanza de que algún día esa inteligencia mejore. Resulta igualmente claro por qué Atenodoro y Sulpicio fingen considerarlo mejorable: se les paga muy bien para que lo mejoren, y sus puestos les proporcionan una excusa para rondar por palacio y para darse aires de consejeros privados. En cuanto a Póstumo, hace unos meses que vengo quejándome, ¿no es cierto?, de que no puedo entenderlo. Considero que la muerte ha sido perversa al llevarse a sus dos valiosos hermanos y dejarnos sólo a él. Se complace en provocar discusiones con sus mayores cuando tal discusión no es necesaria, cuando los hechos son claros, nada más que para exasperarnos y demostrarnos su propia importancia como tu único nieto sobreviviente. Su defensa de la inteligencia de Claudio es una prueba que viene al caso. El otro día se mostró realmente insolente conmigo cuando le dije que Sulpicio perdía su tiempo enseñando al joven. En rigor llegó a decir que, en su opinión, Claudio tenía más penetración que la mayoría de sus parientes inmediatos, ¡entre los cuales, sin duda, me incluía a mí! Pero Póstumo es otro problema. Por el momento la cuestión se refiere a Claudio, y repito que no puedo aceptar que cene en mi compañía, por razones físicas, que espero sabrás apreciar.

LIVIA

Augusto volvió a escribirle a Livia un año después, cuando ésta se había ido al campo por unos días:

…En cuanto al joven Claudio, aprovecharé tu ausencia para invitarle a cenar todas las noches. Admito que su presencia aún me turba, pero no creo que sea bueno para él cenar siempre a solas con Sulpicio y Atenodoro. Las conversaciones que mantiene con ellos son demasiado librescas y, a pesar de que son excelentes personas, no son los

compañeros ideales para un joven de su edad y posición. Deseo sinceramente que elija a algún joven de rango cuya conducta, vestimenta y porte puedan servirle de modelo. Pero su timidez y discreción lo impiden. Adora a nuestro querido Germánico como a un héroe, pero siente con tanta claridad sus propios defectos, que no se atrevería a imitarlo, lo mismo que yo no podría andar de un lado a otro cubierto con una piel de león, con una porra en la mano, y afirmar que soy Hércules. La pobre criatura es desdichada, porque en asuntos de importancia (cuando no está distraído) muestra con claridad la nobleza de su corazón.

Una tercera carta, escrita poco después de mi boda, cuando acababa de ser nombrado sacerdote de Marte, presenta también cierto interés:

Mi querida Livia:

Como me aconsejaste, discutí con nuestro Tiberio lo que debemos hacer con el joven Claudio cuando se celebren esos Juegos en honor de Marte. Ahora que ha llegado a la mayoría de edad y que ha sido designado para ocupar el puesto vacante en el Colegio de Sacerdotes de Marte, no podremos continuar demorando una decisión en cuanto a su futuro. Estamos de acuerdo en eso, ¿no es cierto? Si es lo bastante sano de cuerpo y mente como para ser eventualmente reconocido como un miembro honorable de la familia —y yo creo que lo es, porque de lo contrario no habría adoptado a Tiberio y Germánico, dejándole a él como jefe de la rama principal de la familia Claudia—, entonces es evidente que hay que ocuparse de él y proporcionarle las mismas oportunidades de progreso que a Germánico. Admito que es posible que todavía esté equivocado, sus recientes progresos no han sido notables. Pero si decidimos que, a fin de cuentas, todas las deformaciones de su cuerpo están unidas a una deformidad permanente de su espíritu, no debemos ofrecer a la gente maliciosa una posibilidad de burlarse de él y de nosotros. Repito que tenemos que decidir con rapidez, de una vez por todas, en cuanto a su futuro, aunque sólo sea porque sería una continua fuente de turbaciones e inquietudes si tuviésemos que decidir, en cada ocasión que se presentase, si lo consideramos o no capaz de encarar los deberes de Estado para los cuales le habilita su nacimiento.

Bien, el problema inmediato es qué hacemos con él en estos Juegos. Yo no me opondría a que se le encargase del comedor de los sacerdotes, pero en el estricto entendimiento de que debe dejar todo en manos de su cuñado, el joven Plaucio Silvano y que no haga más que lo que se le diga. De ese modo puede aprender muchas cosas y no hay motivos para que se deshonre, si aprende su lección bien. Es claro que está fuera de cuestión que se siente en el palco del Presidente, porque todos los concurrentes al teatro mirarán constantemente en esa dirección y comentarán todas las modalidades extrañas de su conducta.

Otro problema es el de lo que tenemos que hacer con él en el Festival Latino. Germánico ira al monte Albino, con los cónsules, para tomar parte en los sacrificios, y entiendo que Claudio desea acompañarlo. Pero

en este caso, una vez más, no estoy seguro de que se pueda confiar en que no haga el tonto. Germánico estará ocupado con sus obligaciones, y no podrá vigilarle todo el tiempo. Y si va, la gente querrá saber qué hace allí; preguntarán por qué no lo hemos designado Guardián de la Ciudad de Roma hasta la terminación del festival, en ausencia de los magistrados, honor que, según recordarás, hemos concedido por turno a Cayo, Lucio, Germánico, el joven Tiberio y Póstumo, en cuanto llegaron a su mayoría de edad, como iniciación en la vida oficial. La mejor forma de solucionar la dificultad es la de decir que está enfermo, porque, por supuesto, no se le puede dar el puesto de Guardián de la Ciudad.

No me opongo a que le muestres esta carta a Antonia; asegúrale que pronto decidiremos respecto a su hijo en uno u otro sentido. Es para ella una posición absurda, la de encontrarse legalmente bajo su tutoría.

AUGUSTO

Aparte de que fue mi primera obligación pública, no hay nada notable que registrar en cuanto a mi administración del comedor de los sacerdotes. Plaucio, un hombrecito vano, elegante y engreído, se ocupó de todo, y no se molestó siquiera en explicarme el sistema de compra de las provisiones ni las reglas de precedencia sacerdotal; incluso se negó a contestar a mis preguntas en esos sentidos. Lo único que hizo fue instruirme respecto de ciertos gestos y frases formales que tenía que utilizar para recibir a los sacerdotes en varias etapas de la comida, y me prohibió que pronunciase otra palabra fuera de ésas. Eso me resultó muy incómodo, porque con frecuencia habría podido participar con provecho en la conversación, y mi silencio y mi docilidad ante Plaucio provocaron una mala impresión. Los Juegos no los presencié.

Se habrán advertido las despectivas observaciones de Livia acerca de Póstumo. Desde entonces, tales observaciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes en sus cartas, y si bien Augusto al principio trató de defender a su nieto, gradualmente fue admitiendo su desilusión. Creo que Livia debe de haberle dicho a Augusto mucho más de lo que aparece en la correspondencia, para que Póstumo haya perdido sus favores con tanta facilidad; pero es cierto que aparecen ciertas cosas definidas. En primer lugar, Livia dice que Tiberio se ha quejado de una insolente referencia de Póstumo a la Universidad de Rodas. Luego afirma que Catón se ha quejado de la mala influencia de Póstumo sobre los jóvenes estudiantes, al desafiar su disciplina. Luego presenta los informes confidenciales de Catón, diciendo que los había retenido durante tanto tiempo en la esperanza de que se produjera algún cambio. Después aparecieron preocupadas referencias a su hosquedad y a su carácter tétrico; era la época de la desilusión de Póstumo con Livila y de su pena por la muerte de su hermano Cayo. Luego hay una recomendación, cuando llega a su mayoría de edad, de que el total de la herencia de su padre Agripa no le sea entregado durante unos años, porque «¡podría ofrecerle oportunidades para mayores libertinajes que aquellos a los que ahora se dedica!». Cuando se enrola entre los jóvenes en edad

militar, se le da un puesto entre los hombres de la Guardia, como simple teniente de estado mayor, y no se le concede ninguno de los honores extraordinarios que se otorgaron a Cayo y Lucio. El propio Augusto opina que ésa es la mayor medida que se puede tomar, porque Póstumo es ambicioso. No debía surgir el mismo tipo de situación incómoda que cuando los jóvenes nobles respaldaron a Marcelo contra Agripa, o a Cayo contra Tiberio. Pronto leemos que Póstumo ha tomado esto con desagrado y le dice a Augusto que no quiere los honores por sí mismos, sino porque el hecho de que no le hayan sido concedidos es mal interpretado por sus amigos, que creen que es mal visto en palacio.

Luego siguen notas más serias. Póstumo ha perdido los estribos con Plaucio —pero más tarde ninguno de los dos quiere decirle a Livia cuál ha sido el motivo de la pendencia—, y lo ha arrojado a un estanque en presencia de varios hombres de rango y sus lacayos. Luego es reprendido por Augusto y no muestra contrición alguna; insiste en que Plaucio se merecía el baño por hablarme en forma insultante. Al mismo tiempo se queja a Augusto de que su herencia le es retenida injustamente. Pronto es censurado por Livia por su cambio de modales y sus groserías para con ella. «¿Qué es lo que te ha envenenado?», le pregunta ella. «Quizá tú me has puesto algo en la sopa», responde él, sonriente. Cuando ella le exige una explicación de esa extraordinaria broma, él contesta, sonriendo con más vulgaridad aún: «Poner cosas en la sopa es una antigua treta de las madrastras». Poco después de eso Augusto recibe una queja del general de Póstumo en el sentido de que no alterna con los otros oficiales jóvenes, sino que pasa todo su tiempo libre en el mar, pescando: Ello le ha granjeado el sobrenombre de «Neptuno».

Mis deberes de sacerdote de Marte no eran tan arduos, y Plaucio, que era sacerdote del mismo colegio, había sido encargado de vigilarme cada vez que había una ceremonia. Comenzaba a odiar a Plaucio. La insultante frase por la cual Póstumo lo había arrojado a la fuente era una de tantas. Me llamó lémur y dijo que sólo la lealtad hacia Augusto y Livia le había impedido escupirme a la cara cada vez que le hacía preguntas tontas y superfluas.



XI



AÑO 5 d. de C.

El año anterior al de mi mayoría de edad y mi casamiento fue un mal año para Roma. Hubo una serie de terremotos en el sur de Italia, que destruyeron varias ciudades. En primavera cayeron pocas lluvias y las cosechas tenían un aspecto desastroso en todo el país. Luego, poco antes de la siega cayeron lluvias torrenciales que destruyeron y arruinaron el poco trigo que había granado. Las lluvias fueron tan violentas, que el Tíber se llevó el puente e hizo que la parte baja de la ciudad resultase navegable, durante siete días, para los botes. Parecía inminente una hambruna, y Augusto envió comisionados a Egipto y otras partes para comprar enormes cantidades de grano. Los graneros públicos habían quedado vacíos debido a la mala cosecha del año anterior, aunque no fue tan mala como la de ese año. Los comisionados lograron comprar cierta cantidad de cereales, pero a un precio muy elevado y no lo suficiente. Ese invierno hubo grandes penurias, tanto

más cuanto que Roma estaba repleta: su población se había duplicado en los últimos veinte años, y Ostia, el puerto de la ciudad, era inseguro en invierno, de modo que los convoyes que transportaban los granos de Oriente pasaban varias semanas sin poder descargar. Augusto hizo lo que pudo para mitigar el hambre. Desterró temporalmente a todos los que no eran dueños de casa a distritos de campo situados a no menos de ciento cincuenta kilómetros de la ciudad; nombró una junta de racionamiento compuesta de ex cónsules, y prohibió los banquetes públicos, incluso en su cumpleaños. Gran parte de los cereales los importó a su propia costa y los distribuyó gratuitamente a los necesitados. Como de costumbre, el hambre trajo motines, y los motines trajeron incendios. Calles enteras de tiendas fueron incendiadas de noche por saqueadores casi muertos de hambre de los barrios obreros. Augusto organizó una brigada de guardianes nocturnos, en siete divisiones, para impedir esas cosas; estas brigadas resultaron tan útiles que posteriormente no se las disolvió. Pero los amotinados habían causado enormes daños. Por esa época se implantó un nuevo impuesto para conseguir dinero para las guerras germanas, y entre el hambre, los incendios y los impuestos, los hombres del común comenzaron a mostrarse inquietos y a hablar abiertamente de revolución. De noche aparecían amenazadores manifiestos en las puertas de los edificios públicos. El Senado ofreció una recompensa por toda información que condujese al arresto de los dirigentes de los amotinados, y muchos hombres se presentaron a reclamarla, delatando a sus vecinos. Pero esto no hizo otra cosa que aumentar la confusión. En apariencia no existía una verdadera conspiración; sólo se trataba de esperanzadas conversaciones acerca de conspiraciones. Por fin comenzó a llegar el trigo de Egipto, donde la cosecha es mucho más temprana que la nuestra, y la tensión disminuyó.

Entre las personas a quienes se obligó a salir de Roma durante el hambre estaban los gladiadores. No eran numerosos, pero Augusto pensó que si se producían perturbaciones civiles, lo más probable era que participasen peligrosamente en las mismas, porque eran un grupo de desesperados, algunos de ellos hombres de rango que habían sido vendidos como esclavos, por deudas, a compradores que habían aceptado dejarles ganar el precio de su libertad si combatían a espada. Si un joven caballero incurría en deudas, sin culpa alguna de su parte o por inconsciencia juvenil, sus parientes lejanos lo salvaban de la esclavitud o intervenía el propio Augusto. De modo que esos caballeros espadachines eran hombres a quienes nadie consideraba dignos de ser salvados de su destino y que, habiéndose convertido en los dirigentes naturales de la Agrupación de Gladiadores, eran de los que podían encabezar una rebelión armada.

Cuando las cosas mejoraron se les ordenó que regresaran y se decidió, para diversión general, organizar una gran lucha pública a espada y una cacería de fieras salvajes en nombre de Germánico y mío y en memoria de nuestro padre. Livia quería recordarle a Roma sus grandes hazañas, con vistas a llamar la atención hacia Germánico, quien se le parecía mucho y que pronto, según se esperaba, sería enviado a Germania a ayudar a su tío Tiberio, otro famoso soldado, a hacer

nuevas conquistas. Mi madre y Livia contribuyeron a los gastos del espectáculo, pero la carga principal del mismo recayó sobre Germánico y yo. Sin embargo, se consideraba que Germánico, en su situación, necesitaba más dinero que yo, de modo que mi madre me explicó que era justo que yo pusiese el doble de lo que ponía él. Me alegré de hacer todo lo posible por Germánico. Pero cuando todo terminó y descubrí lo que había gastado, me sentí abrumado. El espectáculo había sido planeado sin tener en cuenta su costo, y además de los gastos habituales de la lucha a espada y de la cacería de animales salvajes, arrojamos lluvias de dinero al populacho.

En la procesión al anfiteatro, Germánico y yo viajamos, por especial decreto del Senado, en el antiguo carro de guerra de nuestro padre. Acabábamos de ofrecer un sacrificio en su memoria, en la gran tumba que Augusto había construido para sí mismo, para cuando muriese, y donde había enterrado las cenizas de nuestro padre junto con las de Marcelo. Bajamos por la vía Apia y pasamos por debajo del arco conmemorativo de nuestro padre, coronado por su colosal figura ecuestre, adornada con laureles en honor de la ocasión. Soplaba un viento del noroeste y los médicos no quisieron permitirme que fuese sin una capa, de manera que, con una sola excepción, yo era la única persona presente en el combate —en el cual me senté junto a Germánico, como copresidente— que llevaba una. La otra excepción era Augusto, que estaba sentado al otro lado de Germánico. Sentía intensamente los extremos de calor y de frío, y en invierno usaba no menos de cuatro camisetas, junto con una túnica muy gruesa y una larga capa. Algunos de los presentes vieron un augurio en la similitud entre mi vestimenta y la de Augusto, y además hicieron observar que yo había nacido el primer día del mes que llevaba su nombre, y además en Lyon, el mismo día en que él dedicó allí un altar en su nombre. O por lo menos eso fue lo que muchos años después dijeron que habían dicho. Livia también estaba en el palco, honor especial que se le concedía como madre de mi padre. Normalmente tenía que sentarse con las vírgenes vestales. La regla establecía que los hombres y las mujeres debían sentarse aparte.

Fue la primera lucha a espada que se me permitió presenciar, y el encontrarme en el palco del presidente me resultaba tanto más embarazoso. Germánico hizo todo el trabajo, si bien fingía consultarme cuando había que tomar alguna decisión, y lo llevó a cabo con gran seguridad y dignidad. Yo tuve la suerte de que el combate fuese el mejor de los que se habían exhibido en el anfiteatro. Pero como era el primero que presenciaba, no pude apreciar su excelencia, ya que no tenía el antecedente de espectáculos anteriores para utilizarlo con fines de comparación. Pero la verdad es que desde entonces no he visto ninguno mejor, y creo que he presenciado un millar de los más importantes. Livia quería que Germánico conquistase popularidad como hijo de su padre, y no había escatimado gastos al contratar a los mejores profesionales de Roma. Por lo general los espadachines profesionales tenían sumo cuidado en no herirse, y gastaban la mayor parte de su energía en fintas, paradas y golpes que parecían homéricos, pero que en realidad resultaban inofensivos, como los garrotazos que los esclavos se

propinan con porras de cartón en las comedias vulgares. Sólo de vez en cuando, cuando se encolerizaban o cuando tenían una antigua deuda que saldar entre sí, se hacía el espectáculo digno de ser presenciado. Esa vez Livia reunió a los jefes de la Asociación de Gladiadores y les dijo que quería que la exhibición valiese la pena. Si los asaltos no eran reales, ella disolvería la asociación, el verano pasado había habido demasiados combates arreglados. De modo que los combatientes fueron prevenidos por los dirigentes de la asociación que debían luchar en serio, porque de lo contrario serían expulsados.

En los seis primeros combates un hombre resultó muerto, uno tan gravemente herido que murió ese mismo día, y a un tercero le cortaron el escudo cerca del hombro, lo que provocó grandes risotadas. En cada uno de los tres combates siguientes uno de los hombres desarmó al otro, pero no antes de haber luchado tan bien que, cuando se recurrió a Germánico y a mí, pudimos confirmar la aprobación del público levantando el pulgar, en señal de que podía perdonarse la vida al derrotado. Uno de los vencedores había sido un adinerado caballero uno o dos años antes. En todos los combates la regla era que los antagonistas no debían luchar con las mismas armas. Se enfrentaban espada contra lanza, o espada contra hacha de combate, o lanza contra maza. El séptimo combate fue entre un hombre armado con una espada reglamentaria del ejército y otro armado con un tridente y una red. El de la espada, o «perseguidor», era un soldado de la guardia que había sido recientemente condenado a muerte por emborracharse y golpear a su capitán. Su sentencia fue conmutada por una lucha contra el hombre de la red y el tridente, un profesional de Tesalia, muy bien pagado, que había matado a más de veinte oponentes en los cinco años anteriores, o por lo menos eso me dijo Germánico.

Mis simpatías estaban de parte del soldado, que entró en la arena muy pálido y tembloroso; había estado varios días en la cárcel y la intensa luz le molestaba. Pero toda su compañía, que parecía simpatizar mucho con él porque el capitán era un bravucón y un animal, le gritó al unísono que reuniera sus fuerzas y defendiera el honor de la compañía. Se irguió y gritó: «¡Haré todo lo posible, muchachos!». Resultó que su sobrenombre de campamento era «Escarcho», y eso fue suficiente para que la mayor parte del público se pusiera de su parte, aunque los guardias eran muy poco populares en la ciudad. Si un escarcho conseguía matar a un pescador, eso constituiría una buena broma. Tener el anfiteatro de parte de uno equivale a tener la mitad de la batalla ganada, para un hombre que lucha por su vida. El tesalio, un individuo delgado, de largos brazos y piernas, entró jactanciosamente detrás de él, ataviado sólo con una túnica de cuero y un duro y redondo gorro de cuero. Estaba de buen humor, intercambiaba chistes con los bancos de las primeras filas, porque su oponente era un aficionado y Livia le pagaba mil piezas de oro por la tarde y quinientas más si mataba a su hombre después de un buen combate. Llegaron juntos frente al palco y saludaron primero a Augusto y Livia, y luego a Germánico y a mí, como presidentes, con la fórmula habitual: «Saludos, señores. ¡Os saludamos a la sombra de la muerte!». Nosotros

devolvimos los saludos con un gesto formal, pero Germánico le dijo a Augusto:

—Vaya, señor, ese soldado es uno de los veteranos de mi padre. Conquistó una medalla en Germania por ser el primer hombre que traspuso una empalizada enemiga.

Augusto se mostró interesado.

—Bueno —dijo—, ésta será una buena lucha, entonces. Pero en ese caso el hombre de la red debe de tener diez años menos de edad, y los años son importantes en este juego.

Luego Germánico hizo una seña para que sonasen las trompetas, y comenzó la lucha.

Escarcho se mantuvo firme, mientras el tesalio bailaba a su alrededor. No era tan tonto como para derrochar energías corriendo tras su oponente o para quedarse paralizado en una inmovilidad absoluta. El tesalio trató de hacerle perder los estribos burlándose de él, pero Escarcho no se dejó atrapar en el juego. Sólo en una ocasión, cuando el tesalio se acercó demasiado, mostró disposición de tomar la ofensiva, y la velocidad de su embestida arrancó rugidos de placer de los bancos. Pero el tesalio se alejaba a tiempo. La lucha se hizo de pronto más vivaz; el tesalio lanzaba su largo tridente a fondo, hacia arriba o hacia abajo, y Escarcho paraba con facilidad los golpes, pero con un ojo puesto en la red, que tenía pequeños pesos de plomo y que el tesalio manejaba con la izquierda.

—¡Magnífico trabajo! —oí que Livia le decía a Augusto—. ¿Has visto? El mejor reciario de Roma. Ha estado jugando con el soldado. Habría podido envolverlo y clavarlo, si hubiese querido. Pero está prolongando la lucha.

—Sí —respondió Augusto—. Me temo que el soldado está derrotado. No habría debido beber.

Apenas acababa Augusto de hablar cuando Escarcho desvió el tridente y saltó hacia adelante, desgarrando la túnica de cuero del tesalio entre el brazo y el cuerpo. El hombre de Tesalia se apartó con la velocidad de un relámpago, y al correr lanzó la red a la cara de Escarcho. Por mala suerte uno de los pesos golpeó a éste en un ojo, cegándolo momentáneamente. Detuvo su carrera y el tesalio, advirtiendo la posibilidad, se volvió y de un golpe le hizo caer la espada de la mano. Escarcho se precipitó a recuperarla, pero el tesalio llegó primero, corrió con ella a la barrera y se la arrojó a un rico espectador sentado en la primera fila de los asientos destinados a los caballeros. Luego regresó a la agradable tarea de aguijonear y despachar a un adversario desarmado. La red silbó en torno a la cabeza de Escarcho, y el tridente golpeaba aquí y allá, pero Escarcho se mantenía impávido, y en una ocasión trató de apoderarse del tridente y casi lo consiguió. El tesalio lo

había empujado hacia el palco, para que el final del encuentro resultase más espectacular.

—¡Basta ya! —dijo Livia con voz normal—. Ya ha jugado bastante. Que termine de una vez.

El tesalio no necesitaba que lo estimulasen. Simultáneamente lanzó la red a la cabeza de Escarcho y el tridente contra el vientre de éste. ¡Y qué rugido se escuchó entonces! Escarcho se había apoderado de la red con la derecha y, echando el cuerpo hacia atrás, propinó un fortísimo puntapié a la empuñadura del tridente, a unos centímetros de la mano de su enemigo. El arma voló por sobre la cabeza del tesalio, giró en el aire y se clavó, vibrante, en la barrera de madera. El tesalio se quedó asombrado un instante, y luego abandonó la red en manos de Escarcho y corrió a recuperar el tridente. Escarcho se arrojó hacia adelante, de costado, y lo golpeó en las costillas, mientras corría, con el realce aguzado del centro de su escudo. El reciario cayó, jadeando, en cuatro patas. Escarcho se incorporó con rapidez y dejó caer el escudo, con un golpe seco, en la nuca de su contrincante.

—¡El golpe del conejo! —exclamó Augusto—. Jamás lo había visto emplear en la liza. ¿Y tú, mi querida Livia? ¿Eh? Y apuesto a que lo mató.

El tesalio estaba muerto. Supongo que Livia se sentía muy disgustada, pero sólo dijo:

—Y se lo tiene merecido. Eso sucede cuando se menosprecia al oponente. Me ha desilusionado, ese reciario. Pero me he ahorrado quinientas piezas de oro, de manera que supongo que no puedo quejarme.

Para coronar las diversiones de la tarde hubo un combate entre dos rehenes germanos que pertenecían a clanes rivales y que se habían desafiado voluntariamente a un duelo a muerte. No fue un combate elegante, sino un salvaje ataque con larga espada y alabarda. Ambos llevaban un pequeño escudo, profusamente adornado, atado al antebrazo izquierdo. Era una forma poco común de combatir, porque el soldado germano común realiza toda su tarea con la azagaya de largo ástil y estrecha cabeza. La alabarda de punta ancha y la larga espada son símbolos de alto rango. Uno de los combatientes, un hombrón rubio, de uno ochenta de estatura, aniquiló rápidamente al otro, tajeándolo terriblemente antes de asestarle el aplastante golpe final a un costado del cuello. La muchedumbre lo vitoreó estruendosamente, y los gritos se le subieron al vencedor a la cabeza, porque hizo un discurso en una mezcla de alemán y latín de campamento, en el que decía que en su país era un guerrero de renombre y había matado a seis romanos en combate, incluso a un oficial, antes de ser entregado como rehén por su tío, el jefe de la tribu, celoso de él. Desafiaba a cualquier romano de rango a medirse con él, espada contra espada, para convertirse en su séptima víctima de la suerte.

El primero que saltó a la arena fue un joven oficial de estado mayor de una familia antigua pero empobrecida, llamado Casio Querea. Llegó corriendo al palco solicitando permiso para aceptar el desafío. Su padre, dijo, había sido muerto en Germania a las órdenes del glorioso general en cuyo nombre se realizaba la fiesta. ¿Se le permitiría sacrificar piadosamente a ese jactancioso individuo al espíritu de su padre? Casio era un muy buen espadachín. Yo lo contemplaba a menudo en el Campo de Marte. Germánico consultó con Augusto y luego conmigo; cuando Augusto otorgó su consentimiento y yo mascullé el mío, se le dijo a Casio que se armara. Fue a los vestuarios y tomó prestados de Escarcho la espada, el escudo y los protectores corporales, para ayudar a su buena suerte y a modo de cumplido a Escarcho.

Pronto comenzó una lucha mucho más grande que ninguna de las ofrecidas por los profesionales; el germano blandía su enorme espada y Casio paraba los golpes en su escudo y trataba de introducirse bajo la guardia de su rival, pero éste era tan ágil como fuerte, y en dos ocasiones logró poner a Casio de rodillas. Los espectadores guardaban un silencio perfecto, como si se encontrasen presenciando una ceremonia religiosa, y no se oía más que el choque del acero contra el acero y el tintinear de los escudos.

«El germano es demasiado fuerte para él —dijo Augusto—, me temo. No habríamos debido permitir este encuentro. Si Casio muere, ello creará una mala impresión en la frontera, cuando las noticias lleguen allí».

Entonces Casio resbaló en un charco de agua y cayó de espaldas. El germano se inclinó sobre él, con una sonrisa triunfal, y entonces, y entonces sentí un rugido en los oídos, se hizo la oscuridad ante mis ojos y me desvanecí. La emoción de ver matar a hombres por primera vez en mi vida, y luego el combate entre Escarcho y el tesaliano, en el que me puse tan intensamente de parte del primero, y ahora este encuentro, en que me parecía que era yo mismo quien luchaba desesperadamente por mi vida con el germano, todo eso fue demasiado para mí. De modo que no presencié la maravillosa recuperación de Casio, en el momento en que el germano levantaba su desagradable espada para partirte el cráneo, el rápido golpe hacia arriba, con el realce del escudo, en la ingle del germano, el movimiento con el que Casio rodó hacia un costado y la veloz estocada decisiva bajo la axila. Sí, Casio mató a su hombre. No olviden a este Casio, porque en dos o tres ocasiones desempeña un papel de importancia en esta historia. En cuanto a mí, nadie advirtió que me había desmayado durante un rato, y cuando se dieron cuenta ya estaba volviendo en mí. Me acomodaron en mi lugar hasta que el espectáculo terminó. Sacarme de allí habría representado una deshonra para todos.

Al día siguiente continuaron los Juegos, pero yo no asistí. Se anunció que estaba enfermo. Me perdí uno de los espectáculos más impresionantes jamás presenciados en el anfiteatro: el encuentro entre un elefante de la India —son mucho más grandes que los de raza

africana— y un rinoceronte. Los expertos apostaron a favor del rinoceronte, porque si bien es un animal mucho menor, su piel es mucho más gruesa que la del elefante y se suponía que lo liquidaría rápidamente con su largo cuerno agudo. Decían que en África los elefantes habían aprendido a eludir los lugares que frecuentaban los rinocerontes, que mantienen un dominio indiscutido sobre todo el territorio. Pero ese elefante de la India —según me describió Póstumo después de la lucha— no mostró ansiedad o temor alguno cuando el rinoceronte se precipitó a la liza; en cada una de las embestidas le hizo frente con los colmillos y trotó tras él, con torpe velocidad, cuando su antagonista se retiraba desconcertado. Pero como descubrió que le era imposible penetrar en la gruesa coraza del cuello del animal, la fantástica criatura recurrió a la astucia. Recogió con la trompa una tosca escoba hecha de una mata de espino que uno de los limpiadores había dejado en la arena y la metió en la cara de su enemigo cuando le atacó de nuevo. Consiguió cegarlo primero de un ojo y luego del otro. El rinoceronte, loco de ira y dolor, se precipitó de un lado a otro en persecución del elefante, y al cabo se lanzó con todas sus fuerzas contra la barrera de madera, atravesándola, destrozándose el cuerno y aturdiéndose contra la barrera de mármol que había tras ella. Luego apareció el elefante con la boca abierta, como si riera y, ampliando primero la brecha de la barrera de madera, comenzó a pisotear la cabeza de su enemigo caído, que trituró por completo. Luego meneó la cabeza, como al compás de alguna música, y se alejó tranquilamente. Su cuidador indio llegó corriendo con un enorme tazón lleno de golosinas, que el elefante se echó en la boca mientras la multitud estallaba en aplausos. Después el animal ayudó a su conductor a subírsele al cuello, ofreciéndole la trompa como escala, y trotó hacia donde se encontraba Augusto. Allí trompeteó su saludo real —que se les enseña a emitir sólo ante los monarcas— y se arrodilló para rendir su homenaje. Pero, como digo, yo me perdí el espectáculo.

Esa noche Livia le escribió a Augusto:

Mi querido Augusto:

La conducta tan poco viril de Claudio, ayer, al desmayarse ante la visión de dos hombres combatiendo, para no hablar de los grotescos movimientos espasmódicos de sus manos y su cabeza, que en un solemne festival en conmemoración de las victorias de su padre resultan tanto más vergonzosos e infortunados, han tenido por lo menos la utilidad de que ahora podemos decidir definitivamente, de una vez por todas, que, salvo en su calidad de sacerdote —porque los puestos vacantes en los colegios tienen que ser llenados de alguna manera y Plaucio ha logrado instruirlo bastante bien en cuanto a sus obligaciones —, Claudio es perfectamente incapaz en lo referente a presentarse en público. Debemos conformarnos con considerarlo una pérdida, salvo quizá para los fines de la procreación, porque tengo entendido que ha cumplido su deber para con Urgulanila, pero no estaré segura de ello hasta que no vea al niño, que podría muy bien ser un monstruo como él.

Antonia ha tomado hoy de su estudio lo que parece ser un archivo de materiales históricos que ha estado reuniendo para una biografía de su padre. También encontró una introducción penosamente compuesta para la obra en proyecto, que te envío adjunta. Observarás que Claudio ha elegido para alabanza de su querido padre una debilidad intelectual: su empecinada ceguera en cuanto a la marcha del tiempo, su absurda ilusión de que las formas políticas que convenían a Roma cuando Roma era un pequeño pueblo en guerra con los pequeños pueblos vecinos podían ser restablecidas después de que Roma se convirtió en el reino más grande que se ha conocido desde la época de Alejandro. Mira lo que sucedió cuando Alejandro murió y no se pudo encontrar a nadie lo bastante fuerte para reemplazarle como monarca supremo: todo el imperio cayó hecho pedazos. Pero no quiero perder mi tiempo y el tuyo en trivialidades históricas.

Atenodoro y Sulpicio, con quienes acabo de conversar, me dicen que no conocían esa introducción hasta que yo hice que la leyeran, y están de acuerdo en que es sumamente inconveniente. Juran que jamás le han puesto ideas subversivas en la cabeza, y sugieren que debe de haberlas recogido de algunos libros antiguos. Personalmente pienso que las heredó, su abuelo tenía también la misma curiosa debilidad —si lo recuerdas—, y que es muy de Claudio esto de elegir esa única debilidad como herencia y rechazar todo otro legado de salud física o moral. ¡Gracias a Dios que existen Tiberio y Germánico! No hay en ellos, por lo que yo sé, ni una pizca de tontería republicana.

Por supuesto, le ordenaré a Claudio que abandone sus trabajos biográficos, y le diré que si deshonra la memoria de su padre desmayándose en los solemnes Juegos ofrecidos en su honor, está incapacitado para escribir su biografía. Que encuentre algún otro empleo para su pluma.

LIVIA

Desde que Polión me habló del envenenamiento de mi padre y mi abuelo, me había sentido grandemente desorientado. No podía decidir si el anciano había estado diciéndome unas tonterías seniles, o bromeando, o si en verdad sabía algo. ¿Quién sino el propio Augusto tenía bastante interés en la monarquía como para envenenar a un noble nada más que porque éste creía en el gobierno republicano? Y sin embargo no podía creer que Augusto fuese el asesino; el veneno era una forma baja de matar, un método de esclavos, y Augusto jamás habría descendido a eso. Además, no era un hipócrita, y cuando hablaba de mi padre lo hacía siempre con admiración y afecto. Consulté dos o tres historias recientes, pero no me dijeron nada que no hubiese sabido de labios de Germánico, en cuanto a las circunstancias de la muerte de mi padre.

Un par de días después de los Juegos conversaba con nuestro portero, que había sido ordenanza de mi padre en todas sus campañas. Este honrado sujeto había estado bebiendo demasiado, porque el nombre de

mi padre estaba en esos días en boca de todo el mundo y sus veteranos habían recibido buena parte de su gloria reflejada.

—Dime lo que sepas sobre la muerte de mi padre —le dije con audacia —. ¿Se habló algo en el campamento acerca de que hubiese muerto de otro modo que por accidente?

—No se lo diría a nadie, señor —contestó—, sino a ti, pero puedo tenerte confianza. Eres el hijo de tu padre, y nunca conocí a un hombre que no confiara en él. Sí, señor, hubo rumores, y tenían más seriedad que la mayoría de los rumores de campamento. Tu valiente y noble padre, señor, fue envenenado, y ésa es mi segura creencia. Cierta persona, cuyo nombre no mencionaré porque lo sabrás sin que te lo diga, estaba celosa de las victorias de tu padre, y le envió una orden llamándolo a Roma. Eso no es un cuento o un rumor: es historia. La orden llegó cuando tu padre se había fracturado una pierna; no era una herida muy grave, y se estaba curando, cuando llega ese médico de Roma, al mismo tiempo que el mensaje, con su bolsita de venenos en una mano. ¿Quién envió al médico? La misma persona que mandó el mensaje. Dos y dos son cuatro, ¿verdad, señor? Los ordenanzas quisimos matar al médico, pero volvió a Roma a salvo. Bajo escolta especial.

Cuando leí la nota de mi abuela Livia en la que me ordenaba desistir de la redacción de la biografía de mi padre, mi perplejidad aumentó. ¿Acaso Polión se había referido a mi abuela como asesina de su ex esposo y de su hijo? Era inconcebible. ¿Y qué motivos habría podido tener para ello? Sin embargo, cuando pensaba en el asunto, me resultaba más fácil creer que había sido Livia y no Augusto.

Aquel verano Tiberio necesitó hombres para su guerra en Germania oriental, y se hicieron levas en Dalmacia, una provincia que últimamente se mostraba tranquila y dócil. Pero cuando se reunió el contingente resultó que el recaudador de impuestos realizaba su visita anual por esos lugares y no exigía a la provincia más de la suma fijada por Augusto, pero sí más de lo que Dalmacia podía pagar. Hubo enérgicas protestas de pobreza. El recaudador de impuestos ejerció su derecho de apoderarse de chicos bien parecidos de las aldeas que no podían pagar y de llevárselos para venderlos como esclavos. Los padres de algunos de los niños así capturados eran miembros del contingente y, por supuesto, armaron un gran alboroto. Toda la fuerza se rebeló y mató a sus capitanes romanos. Una tribu de Bosnia se levantó en solidaridad y muy pronto todas nuestras provincias de frontera, entre Macedonia y los Alpes, estuvieron en llamas. Por fortuna Tiberio pudo firmar la paz con los germanos, por petición de ellos, no de él, y marchar contra los rebeldes. Los hombres de Dalmacia no quisieron hacerle frente, sino que se dividieron en pequeñas columnas y libraron una hábil guerra de guerrillas. Tenían un armamento ligero y conocían bien el país, y cuando llegó el invierno se atrevieron incluso a penetrar en Macedonia.

Augusto, en Roma, no podía apreciar las dificultades ante las que se veía Tiberio, y sospechó que demoraba adrede las operaciones, por

algún motivo privado que no percibía bien. Decidió enviar a Germánico, con un ejército, para empujar a Tiberio a la acción.

Germánico, que ahora tenía veintitrés años, acababa de ingresar, cinco años antes de la edad acostumbrada, en su primera magistratura en la ciudad. El nombramiento militar causó sorpresa: todos esperaban que Póstumo fuese el elegido. Póstumo no tenía designación magisterial alguna, sino que estaba ocupado en el Campo de Marte, adiestrando a los reclutas para ese nuevo ejército. Ahora tenía el rango de comandante de regimiento. Era tres años menor que Germánico, pero su hermano Cayo había sido enviado a gobernar el Asia a la edad de diecinueve años y se había convertido en cónsul al año siguiente. Póstumo no era en modo alguno menos capaz que Cayo, había acuerdo en este sentido, y a fin de cuentas era el único nieto que le quedaba a Augusto.

Mis propios sentimientos, al enterarme de la noticia, que todavía no se había hecho pública, se dividieron entre la alegría por Germánico y la pena por Póstumo. Fui a ver a este último y llegué a sus habitaciones de palacio al mismo tiempo que Germánico. Póstumo nos saludó a ambos con afecto y felicitó a Germánico por su nombramiento.

—Para eso he venido, querido Póstumo —dijo Germánico—. Sabes muy bien que me siento orgulloso y alegre de que me hayan elegido, pero la reputación militar no es nada para mí si te hiero con ello. Eres un soldado tan capaz como yo, y, como heredero de Augusto es evidente que el elegido habrías debido ser tú. Con tu consentimiento, me propongo ir a verlo ahora y ofrecerme a renunciar en tu favor. Señalaré la interpretación errónea que la ciudad hará del hecho de que me haya preferido a mí y no a ti. No es tarde para modificar las cosas.

—Mi querido Germánico —contestó Póstumo—, eres muy generoso y noble, y por ese motivo hablaré con franqueza. Tienes razón al decir que la ciudad considerará esto como un desaire hacia mí. El asunto se agrava por el hecho de que tus deberes de magistrado quedan interrumpidos con el nombramiento, en tanto que yo estoy en perfecta libertad de ser enviado. Pero créeme que la desilusión que experimento es ampliamente recompensada con esta nueva prueba que me has dado de tu amistad, y te deseo todos los éxitos posibles.

—Si me perdonáis ambos —dije yo entonces— por expresar una opinión, creo que Augusto ha considerado la situación con más cuidado de lo que creéis. Por algo que oí a mi madre decir esta mañana, entiendo que sospecha que mi tío Tiberio está prolongando la guerra a propósito. Si enviase a Póstumo con nuevas fuerzas, después de aquella antigua historia de rencillas entre mi tío y los hermanos de Póstumo, mi tío podría mostrarse suspicaz y ofendido. Póstumo parecería un espía y un rival. Pero Germánico es su hijo adoptivo, y sólo será visto como un refuerzo. No creo que pueda decirse nada más, aparte de que Póstumo tendrá sin duda su oportunidad en otra parte, quizá muy pronto.

Los dos se sintieron encantados con este enfoque del asunto que reconocía los méritos de ambos, y nos separamos muy amigos.

Aquella misma noche, o más bien en las primeras horas de la mañana siguiente, me encontraba trabajando en mi habitación, en el piso superior de nuestra casa, cuando oí unos gritos distantes y muy pronto unos leves roces en el balcón. Fui hasta la puerta y vi que aparecía una cabeza por el balcón y luego un brazo. Era un hombre de vestimenta militar, que pasó la pierna por el antepecho y se izó sobre el balcón. Me quedé paralizado un instante, y el primer alocado pensamiento que me cruzó por la cabeza fue: «Es un asesino enviado por Livia». Estaba a punto de gritar pidiendo auxilio cuando el hombre dijo en voz baja:

—¡Silencio! No pasa nada. Soy Póstumo.

—¡Oh, Póstumo! Qué susto me has dado. ¿Por qué entras de ese modo, a esta hora de la noche, como un ladrón? ¿Y qué te pasa? Te sangra la cara, y tienes la capa desgarrada.

—He venido a despedirme, Claudio.

—No entiendo. ¿Acaso Augusto ha cambiado de opinión? Yo creía que el nombramiento ya había sido hecho público.

—Dame algo de beber, tengo sed. No, no voy a la guerra. Lejos de ello. Me han enviado a pescar.

—No hables enigmáticamente. Aquí tienes el vino. Bébelo rápido y dime qué sucede. ¿Adónde te vas a pescar?

—Oh, a alguna islita. Creo que todavía no la han elegido.

—¿Quieres decir? —El corazón se me detuvo y la cabeza me daba vueltas.

—Sí, me destierran; como a mi pobre madre.

—¿Pero por qué? ¿Qué delito has cometido?

—Ninguno que se pueda mencionar oficialmente ante el Senado. Supongo que la frase será «maldad incurable y persistente». ¿Te acuerdas de ese *Debate con la almohada* ?

—¡Oh, Póstumo! ¿Acaso mi abuela…?

—Escucha con atención, Claudio, porque tengo poco tiempo. Estoy arrestado, pero he conseguido derribar a dos de mi escolta y fugarme. Han llamado a la guardia de palacio y todos los caminos de fuga están bloqueados. Saben que estoy en alguno de estos edificios y registrarán todas las habitaciones. Sentí que tenía que verte, porque quiero que

sepas la verdad y no creas en las acusaciones que han fabricado contra mí. Y quiero que se lo cuentes todo a Germánico. Envíale mis cariñosos saludos y cuéntaselo todo, tal como te lo contaré yo ahora. No me importa lo que puedan pensar otros de mí, pero deseo que tú y Germánico conozcáis la verdad y penséis bien de mí.

—No olvidaré una sola palabra, Póstumo. Rápido, dímelo desde el comienzo.

—Bueno, ya sabes que últimamente no gozaba del favor de Augusto. Al principio no pude entender por qué, pero pronto se me hizo evidente que Livia estaba envenenando sus pensamientos en mi contra. Es extraordinariamente débil en lo que a ella respecta. ¡Imagínate: hace casi cincuenta años que vive con ella, y todavía cree hasta la última palabra que le dice! Pero Livia no es la única en esta conspiración. También está Livila.

—¿Livila? Oh, lo siento.

—Sí. Ya sabes cuánto la amé y cuánto he sufrido por ella. En una ocasión, hace un año, me insinuaste que ella no valía la pena de que me preocupara, y ya recordarás cuánto me enojé contigo. Durante varios días no te hablé. Ahora lamento haberme enojado, Claudio. Pero ya sabes lo que sucede cuando uno está desesperadamente enamorado. No te expliqué entonces que antes de que se casara con Cástor me dijo que Livia le había impuesto ese matrimonio, y que en realidad sólo me amaba a mí. Y yo la creí. ¿Por qué no había de creerle? Tenía la esperanza de que algún día le sucediera algo a Cástor y que entonces ella quedase en libertad de volver a casarse. Eso me ha pesado en los pensamientos desde entonces, noche y día. Esta tarde, después de verte, estaba sentado con ella y Cástor bajo el emparrado, junto al estanque de las carpas. Él comenzó a burlarse de mí. Ahora me doy cuenta de que todo aquello fue cuidadosamente ensayado. Lo primero que dijo fue: «¿De modo que prefirieron a Germánico antes que a ti?». Le dije que consideraba justo el nombramiento y que acababa de felicitar a Germánico. Y entonces dijo, con tono burlón: «De modo que la designación cuenta con tu principesca aprobación, ¿eh? De paso, ¿sigues abrigando la esperanza de suceder a tu abuelo como emperador?». Me contuve por Livila, pero dije que no creía decente discutir la sucesión mientras Augusto viviera y estuviese en plena posesión de sus facultades mentales. A continuación le pregunté con ironía si se ofrecía como candidato rival. Me respondió, con una sonrisa desagradable: «Bien, si lo hiciera creo que tendría más posibilidades de éxito que tú. Por lo general obtengo lo que quiero. Utilizo el cerebro. Conquisté a Livila usando el cerebro. Me da risa cuando pienso en lo fácil que me resultó convencer a Augusto de que tú no eras un esposo adecuado para ella. Quizá consiga de ese modo otras cosas que deseo. ¿Quién sabe?». Eso me encolerizó de veras. Le pregunté si quería decir que había estado contando mentiras sobre mí. «¿Por qué no? —replicó —. Quería a Livila y la conseguí». Me volví hacia Livila y le pregunté si estaba enterada de eso. Fingió indignarse y dijo que no sabía nada, pero

que creía a Cástor capaz de cualquier acción torcida. Derramó una o dos lágrimas y dijo que Cástor estaba corrompido hasta los huesos y que nadie sabía cuánto había sufrido con él, y que deseaba estar muerta.

—Sí, es una vieja treta suya. Puede llorar cuando se le antoja. Todos se engañan con ella. Si te hubiera contado todo lo que sé de mi hermana, quizá me habrías odiado durante un tiempo, pero te hubieras ahorrado todo esto. ¿Qué sucedió después?

—Esa noche me envió un mensaje verbal por su dama de compañía, en el sentido de que Cástor estaría ausente toda la noche, quizás en una de sus habituales francachelas, y que cuando viese una luz en su ventana, poco después de medianoche, debía ir a buscarla. Quedaría abierta la ventana inmediatamente debajo de la luz, y yo debía trepar en silencio. Quería decirme algo muy importante. Lo que sólo podía significar una cosa, y me hizo palpitar el corazón. Esperé horas enteras en el jardín, hasta que vi aparecer la luz en la ventana durante un momento. Luego encontré la ventana abierta de abajo y me introduje por ella. Allí estaba la doncella de Livila, que me guio al piso de arriba. Me mostró cómo entrar en la habitación de Livila pasando de un balcón a otro, hasta que llegué a la ventana de ella. Eso era para eludir a los guardias apostados en el corredor, cerca de la puerta de ella. Bien, encontré a Livila esperándome. Tenía puesta una bata, el cabello suelto, y estaba infernalmente hermosa. Me contó la crueldad con que se había portado Cástor con ella. Dijo que no le debía nada como esposa porque, por propia confesión suya, se había casado con ella mediante un engaño, y se portaba brutalmente con ella. Me echó los brazos al cuello y yo la levanté y la llevé a la cama. Estaba loco de deseo por ella. De pronto comenzó a gritar y a golpearme con los puños. Pensé que se había vuelto loca, y le puse la mano sobre la boca para acallarla. Forcejeó para liberarse, y derrumbó una mesita con una lámpara y una jarra de cristal. Y entonces gritó: «¡Violación, violación!» y desde fuera derribaron la puerta, entró la guardia de palacio con antorchas. ¡Adivina quién la encabezaba!

—¿Cástor?

—Livia nos llevó, tal como estábamos, a presencia de Augusto, Cástor se encontraba con él, aunque Livila me había dicho que cenaba al otro lado de la ciudad. Augusto despidió a la guardia, y Livia, que apenas había pronunciado una palabra hasta entonces inició su ataque contra mí. Le dijo que, por sugerencia suya, había ido a mis habitaciones para hacerme conocer en privado las acusaciones de Emilia y preguntarme qué explicaciones tenía que ofrecer.

—¡Emilia! ¿Qué Emilia?

—Mi sobrina.

—No sabía que ella tuviese nada contra ti.

—No tiene nada contra mí. También ella estaba en la conspiración. De modo que Livia dijo que, como no me encontró en mis habitaciones, hizo averiguaciones y se le dijo que la patrulla me había visto sentado en el jardín, bajo un peral, en la parte sur. Envió un soldado a buscarme, pero éste regresó diciendo que yo no estaba allí, pero que tenía algo sospechoso que informar: un hombre había trepado de uno de los balcones de arriba a otro ubicado directamente encima del reloj de sol. Ella sabía a quién pertenecían esas habitaciones, y se alarmó. Por suerte llegó justo a tiempo. Había oído los gritos de socorro de Livila; yo me introduje en su habitación por el balcón, y estaba a punto de violarla. Los guardias derribaron la puerta y me arrancaron «de al lado de la joven aterrorizada y semidesnuda». Me había llevado allí en el acto, y traía a Livila como testigo. Mientras Livia contaba ese cuento, la ramera de Livila sollozaba y se tapaba la cara con las manos. Tenía la bata rasgada en la parte de delante; sin duda se la había rasgado ella misma, deliberadamente. Augusto me llamó animal y sátiro, y me preguntó si me había vuelto loco. Por supuesto, yo no podía negar que había estado en el dormitorio de ella, haciéndole el amor. Le dije que había ido por invitación, y traté de explicar las cosas desde el comienzo, pero Livila rompió a gritar: «Es una mentira. ¡Miente! Yo estaba dormida, y él entró por la ventana y trató de violarme». Y Livia agregó: «¿Y supongo que tu sobrina Emilia también te invitó a que la forzaras? Pareces ser muy popular entre las jóvenes». Muy astuto de parte de Livia. Tuve que justificarme en relación con Emilia y dejar a un lado el cuento de Livila. Le dije a Augusto que la noche anterior había cenado con mi hermana Julila, y que Emilia estaba presente, pero que era la primera vez que la veía después de seis meses. Pregunté en qué ocasión se suponía que la había atacado, y Augusto respondió que yo sabía muy bien cuándo había sido: después de la cena, en ausencia de sus padres, que se habían ido por una alarma de robo, y que sólo el regreso de éstos me impidió consumar el acto. El asunto era tan ridículo que, a pesar de lo furioso que estaba, me reí. Pero esto aumentó la furia de Augusto. Estuvo a punto de levantarse de su trono de marfil y golpearme.

—No lo entiendo —dije yo—. ¿Hubo de veras una alarma de robo?

—Sí, y Emilia y yo quedamos a solas unos minutos, ¡pero nuestra conversación fue de lo más inocente y su institutriz estaba allí! Hablamos de árboles frutales y de plagas de jardín, hasta que Julila y Emilio regresaron y dijeron que había sido una falsa alarma. Puedes estar seguro de que Julila y Emilio no han sido pagados por Livia —la odian—, de modo que es indudable que todo esto es cosa de Emilia. Me puse a pensar rápidamente, para recordar qué agravio tenía contra mí, pero no logré recordar nada. De pronto se me ocurrió la explicación. Julila me había dicho, en secreto, que Emilia estaba por conseguir al fin lo que quería: iba a casarse con Appio Silano. Conoces a ese joven petimetre, ¿verdad?

—Sí, pero no entiendo.

—Es muy sencillo. Le dije a Livia: «La recompensa a Emilia por esto será el casamiento con Silano, ¿no es cierto? ¿Y qué recibirá Livila? ¿Le prometiste envenenar a su actual esposo y darle uno más guapo?». En cuanto mencioné el veneno supe que estaba condenado. De modo que, decidí decir todo lo posible mientras tuviese la oportunidad. Le pregunté a Livia cómo había llevado a cabo el envenenamiento de mi padre y mis hermanos, y si era partidaria de los venenos lentos o los rápidos. Claudio, ¿crees que ella los mató? Yo estoy seguro.

—¿Te atreviste a preguntarle eso? Es muy probable. Pienso que envenenó a mi padre y a mi abuelo también —respondí—, y no creo que ellos fuesen sus únicas víctimas. Pero no tengo pruebas.

—Tampoco yo, pero experimenté un gran placer al acusarla. Lo dije a voz en grito, de modo que la mitad del palacio debe de haberme escuchado. Livia salió corriendo de la habitación y llamó a la guardia. Vi que Livila sonreía. Traté de agarrarla por el cuello, pero Cástor se interpuso entre nosotros, y ella consiguió escapar. Luego forcejeé con Cástor, y le quebré el brazo y se rompió dos dientes delanteros en el piso de mármol. Pero no luché con los soldados. No habría sido digno. Además, estaban desarmados. Dos de ellos me cogieron, uno de cada brazo, mientras Augusto vociferaba insultos y amenazas. Dijo que debía ser desterrado de por vida a la isla más desolada de sus dominios, y que sólo su hija adúltera había podido darle un nieto tan corrompido. Le dije que era emperador de los romanos sólo de nombre, pero que en los hechos era menos libre que la esclava de un alcahuete borracho, y que algún día abriría los ojos y vería los repugnantes crímenes y engaños de su abominable esposa. Pero entretanto, dije, mi cariño y lealtad hacia él permanecerían inmutables.

La alarma sonaba ahora en la planta baja de nuestra casa.

—No quiero comprometerte, mi querido Claudio —dijo Póstumo—. No deben encontrarme bajo tu techo. Si tuviese una espada, la usaría. Es mejor morir combatiendo, que pudrirse en una isla.

—Ten paciencia, Póstumo. Entrégate ahora y tu oportunidad vendrá después. Te prometo que vendrá. Cuando Germánico se entere de la verdad no descansará hasta que estés de nuevo en libertad, ni tampoco yo. Si te haces matar, le concederás a Livia un triunfo barato.

—Tú y Germánico no podéis explicar todas las pruebas que hay en mi contra. Si lo intentáis os veréis también envueltos en problemas.

—Te digo que ya llegará la oportunidad. Livia se ha salido con la suya durante mucho tiempo, y se volverá descuidada. Pronto tendrá que cometer algún error. No sería humana si no fuese así.

—No creo que sea humana —replicó Póstumo.

—Y cuando Augusto se dé cuenta de pronto de que ha sido engañado, ¿no te parece que será tan implacable con ella como lo fue con tu madre?

—Antes ella lo envenenará.

—Germánico y yo cuidaremos de que no lo haga. Se lo advertiremos. No desesperes, Póstumo. Todo terminará bien a la larga. Te escribiré con tanta frecuencia como pueda, y te enviaré libros para leer. No le tengo miedo a Livia. Si no recibes mis cartas, sabrás que son retenidas. Busca cuidadosamente la séptima página de cada libro encuadernado que te llegue de mi parte. Si tengo algún mensaje privado para ti, te lo escribiré allí con leche. Es una treta que usan los egipcios. La escritura es invisible hasta que la calientes delante del fuego. Oh, escucha esos portazos. Debes irte ahora. Están al final del otro corredor.

Póstumo tenía lágrimas en los ojos. Me abrazó tiernamente, sin pronunciar palabra, y se dirigió con rapidez hacia el balcón. Trepó al antepecho, agitó la mano en señal de saludo y se deslizó por la vieja enredadera por la cual había subido. Lo oí correr por el jardín, y un momento más tarde se escucharon gritos de los guardias.

AÑO 7 d. de C.

No recuerdo nada de lo que sucedió el mes siguiente, o un poco más tarde. Había vuelto a enfermar, de forma que ya me daban por muerto. Para cuando comencé a recuperarme, Germánico estaba ya en la guerra, y Póstumo había sido desheredado y desterrado de por vida. La isla elegida para él era Planasia. Se encontraba a unos veinte kilómetros de Elba, en dirección a Córcega y, que se recordase, jamás había sido habitada. Pero existían en ella algunas chozas prehistóricas, de piedra, que fueron convertidas en vivienda para Póstumo y en cuarteles para la guardia. Planasia tenía una forma aproximadamente triangular, y su lado más largo medía unos ocho kilómetros. Carecía de árboles, era rocosa, y sólo la visitaban en verano los boteros de Elba, cuando llegaban a cebar sus trampas para cangrejos. Por orden de Augusto, esta práctica fue interrumpida, por temor de que Póstumo pudiese sobornar a alguien y escapar.

Tiberio era ahora el único heredero de Augusto, y Germánico y Cástor debían continuar la sucesión… la de Livia.



XII



Si limitase mi relato de los sucesos de los veinticinco años siguientes o, más, a mis propias actividades, no me costaría mucho papel, y sería una lectura muy aburrida. Pero la parte posterior de esta autobiografía, en la que figuro en forma más destacada, sólo resultará inteligible si continúo aquí con las historias personales de Livia, Tiberio, Germánico, Póstumo, Cástor, Livila y los demás, que están muy lejos de ser aburridas, lo aseguro.

Póstumo se encontraba en el exilio y Germánico en la guerra, y de mis verdaderos amigos sólo me quedaba Atenodoro. Pronto me dejó también él, y regresó a su Tarso natal. No le impedí que lo hiciera, porque partió por urgente aviso de dos de sus sobrinos, que le rogaban que fuese a ayudar a liberar a la ciudad de la tiranía de su gobernador. Escribían que este gobernador se había insinuado con tanta astucia en los favores del dios Augusto, que haría falta el testimonio de un hombre como Atenodoro, en cuya integridad el dios Augusto tenía completa confianza,

para convencer a éste de que la expulsión del individuo estaba justificada. Atenodoro consiguió librar a la ciudad de ese vampiro, pero después le resultó imposible volver a Roma, como tenía pensado. Sus sobrinos lo necesitaban para que les ayudase a reconstruir la administración de la ciudad sobre bases firmes. Augusto, a quien escribió un informe detallado de sus actos, le mostró su gratitud y confianza concediendo a Tarso, como favor especial a él, una condonación de cinco años en cuanto al pago de los tributos imperiales. Yo me carteaba regularmente con el buen anciano, y seguí haciéndolo hasta el momento de su muerte, dos años después, a los ochenta y dos. Tarso honró su memoria con un festival y sacrificio anual, en los cuales los ciudadanos se congregaban a leer su *Breve historia de Tarso* del principio al fin, comenzando a la salida del sol y terminando cuando éste se ponía.

Germánico me escribía de vez en cuando, pero sus cartas eran tan breves como afectuosas. Un general verdaderamente bueno no tiene tiempo para escribir a su familia, ya que todo su tiempo entre una y otra campaña debe dedicarlo a conocer a sus hombres y oficiales, a estudiar sus comodidades, a aumentar su eficacia militar y a reunir informaciones en cuanto a las disposiciones y planes del enemigo. Germánico era uno de los generales más concienzudos que jamás sirvieron en el ejército romano, y más querido aún que mi padre. Yo me enorgullecía cuando me escribía pidiéndome que le hiciese, tan rápida y completamente como me fuese posible, un resumen de todos los informes dignos de confianza que pudiese encontrar en las bibliotecas acerca de las costumbres domésticas de las distintas tribus balcánicas contra las cuales combatía, del poderío y situación geográfica de sus ciudades y de sus tácticas y triquiñuelas militares tradicionales, en especial en la guerra de guerrillas. Decía que en el lugar en que se encontraba no podía obtener suficiente información digna de confianza. Tiberio, en cambio, se había mostrado muy poco comunicativo. Con la ayuda de Sulpicio y de un grupito de investigadores profesionales y de copistas que trabajaban día y noche, conseguí reunir exactamente lo que él quería, y le envié una copia un mes después de que me lo solicitara. Me sentí más orgulloso que nunca cuando me escribió no mucho más tarde, pidiéndome una edición de veinte ejemplares del libro para hacerlo circular entre sus oficiales superiores, porque ya le había resultado de la mayor utilidad. Dijo que cada uno de los párrafos era claro y venía al caso, y que los apartados más útiles eran aquellos que proporcionaban pormenores sobre la hermandad militar extratribal contra la cual —antes que contra las tribus mismas— se libraba la guerra; y lo referente a los distintos árboles y arbustos sagrados —cada una de las tribus reverenciaba un tipo distinto— bajo cuya sombra protectora los hombres de las tribus solían enterrar sus depósitos de granos, dinero y armas cuando se veían obligados a abandonar de prisa sus aldeas. Prometió hablarle a Tiberio y a Augusto acerca de mis valiosos servicios.

No se hizo mención pública alguna respecto de este libro, quizá porque si el enemigo se hubiese enterado de su existencia habría modificado sus tácticas y disposiciones. Dadas las circunstancias, creían ser

constantemente traicionados por delatores. Augusto me recompensó extraoficialmente designándome para ocupar un puesto en el Colegio de Augures, pero era claro que concedía todo el mérito de la compilación a Sulpicio, aunque éste no escribió una sola palabra; no hizo otra cosa que buscarme los libros. Una de mis principales autoridades fue Polión, cuya campaña de Dalmacia fue un modelo de minuciosidad militar combinada con un brillante trabajo de información. Si bien su relato sobre las costumbres y situación locales parecía casi cincuenta años atrasado, Germánico encontró que mis extractos del libro le eran más útiles que cualquier historia más reciente de aquella campaña. Deseé que Polión viviera para enterarse de eso. Se lo dije a Livio, quien replicó, más bien malhumorado, que jamás había negado los méritos de Polión en lo relativo a redactar competentes textos militares; simplemente le negaba el título de historiador en el sentido más elevado de la palabra.

Tengo que agregar que, si hubiese tenido más tacto, estoy seguro de que Augusto me habría elogiado en su discurso al Senado, al terminar la guerra. Pero mis referencias a su propia campaña de los Balcanes fueron menos de las que habrían podido ser si él hubiese escrito un relato detallado de ella, como hizo Polión con la propia, o si los historiadores oficiales se hubieran preocupado menos de adular a su emperador y más de registrar sus éxitos y sus reveses en forma objetiva y técnica. En esos elogios pude encontrar poca o ninguna materia útil, y al leer mi libro Augusto debe de haber sentido que lo menospreciaba. Se identificaba tan estrechamente con el éxito de la guerra, que durante las dos últimas temporadas de campaña se trasladó de Roma a un pueblo de la frontera nordeste de Italia, para estar tan cerca del combate como le fuera posible. Y como comandante en jefe de los ejércitos romanos enviaba a Tiberio consejos militares no muy útiles.

Yo trabajaba entonces en un relato de la participación de mi abuelo en las guerras civiles, pero no había adelantado mucho cuando volví a ser detenido por Livia. Sólo había logrado completar dos volúmenes. Me dijo que era tan poco capaz de redactar una biografía de mi abuelo como una de mi padre, y que me había comportado con deshonestidad al empezarla a sus espaldas. Si quería encontrar un empleo útil para mi pluma, sería mejor que eligiera un tema que no diese lugar a tantos malentendidos. Me ofreció uno: la reorganización de la religión por Augusto a partir de la Pacificación. No era un tema excitante, pero no había sido tratado hasta entonces en detalle, y me manifesté dispuesto a abordarlo. Las reformas religiosas de Augusto habían sido excelentes sin excepción; había revitalizado muchas de las antiguas sociedades de sacerdotes, construido y dotado ochenta y dos nuevos templos en Roma y sus alrededores, reedificado numerosos templos antiguos que estaban en ruinas, introducido cultos extranjeros para beneficio de los provincianos que se encontraban de visita en Roma y restablecido varios interesantes festivales públicos antiguos que durante las conmociones civiles de la mitad del siglo anterior se había permitido que cayeran en el olvido. Analicé el tema muy de cerca y completé mi investigación seis años más tarde, unos días después de la muerte de Augusto. Constaba de cuarenta y un volúmenes, con un promedio de

cinco mil palabras cada uno, pero gran parte de la obra estaba compuesta de trascripciones de decretos religiosos, listas nominales de sacerdotes, catálogos de donaciones hechas a los tesoros de los templos, etcétera. El volumen más valioso era el de introducción, que se refería a los rituales primitivos de Roma. En él me encontré en dificultades, porque las reformas ritualistas de Augusto se basaban en las conclusiones de una comisión religiosa que no había realizado su trabajo en forma adecuada. Era evidente que entre los comisionados no había un experto en las cosas de la antigüedad, de forma que en las nuevas liturgias oficiales quedaron incorporados muchos groseros errores respecto de las antiguas fórmulas religiosas. Nadie que no haya hecho un estudio de los idiomas etrusco y sabino es capaz de interpretar nuestros más antiguos conjuros religiosos, y yo dediqué mucho tiempo a dominar los rudimentos de ambos. En esa época todavía existían algunos conciudadanos que sólo hablaban el sabino en sus hogares, y yo convencí a dos de ellos de que fuesen a Roma y proporcionaran a Palas, que ahora trabajaba como secretario mío, materiales para un breve diccionario sabino. Les pagué bien. A Calón, el mejor de mis secretarios, lo envié a Capua a reunir materiales para un diccionario similar del lenguaje etrusco, que solicitó a Aruns, el sacerdote que me ofreció las informaciones sobre Lars Pórsena que tanto complacieron a Polión y tanto disgustaron a Livio. Esos dos diccionarios, que luego amplié y publiqué, me sirvieron para aclarar a satisfacción muchos problemas notables de los antiguos cultos religiosos. Pero había aprendido a tener cuidado, y nada de lo que escribí echaba mancha alguna sobre la erudición o el juicio de Augusto.

No perderé tiempo en un relato sobre la guerra de los Balcanes, aparte de decir que, a despecho de la sabia dirección de la misma por mi tío Tiberio, de la competente ayuda que le prestó mi suegro Silvano y de las osadas proezas de Germánico, dicha guerra se arrastró durante tres años. Al cabo todo el país quedó reducido y prácticamente convertido en un desierto, porque esas tribus, hombres y mujeres, lucharon con extraordinaria desesperación y sólo reconocieron la derrota cuando el fuego, el hambre y la peste hubieron reducido la población a menos de la mitad. Cuando los jefes rebeldes llegaron a ver a Tiberio para discutir la paz, éste los interrogó minuciosamente. Quería saber, en primer lugar, por qué se les había metido en la cabeza la idea de la rebelión, y luego por qué ofrecieron una resistencia tan desesperada. El jefe de todos los rebeldes, un hombre llamado Bato, respondió: «Vosotros mismos tenéis la culpa. Enviáis como guardianes de vuestros rebaños, no a pastores ni a perros ovejeros, sino a lobos».

Eso no era exactamente cierto. El propio Augusto elegía a los gobernadores de sus provincias de frontera, les pagaba sueldos considerables y cuidaba de que no se guardasen parte alguna de las rentas imperiales. Los impuestos se pagaban directamente a ellos, y no eran ya recolectados por compañías carentes de principios. Los gobernadores de Augusto nunca fueron lobos, como la mayoría de los gobernadores republicanos, a quienes lo único que les interesaba de las provincias era lo que pudiesen arrancarles. Muchos de ellos eran buenos ovejeros y algunos incluso honrados pastores. Pero con

frecuencia sucedía que Augusto fijaba una tasa intencionalmente elevada, sin tener en cuenta los problemas creados por una mala cosecha, una peste del ganado o un terremoto. Y en lugar de quejarse a él, e informarle de que la contribución era demasiado alta, los gobernadores la cobraban hasta el último centavo, incluso a riesgo de provocar una rebelión. Pocos de ellos mostraban algún interés personal en el pueblo al que supuestamente gobernaban. Un gobernador se establecía en la ciudad capital romanizada, donde había hermosos edificios, teatros, templos y baños públicos y mercados, y jamás se le ocurría visitar los distritos más alejados de su provincia. La verdadera tarea de gobernar la realizaban delegados y delegados de delegados, y es indudable que existió una buena proporción de mezquina opresión por parte de los funcionarios menores. Quizás ésos eran los que Bato llamaba «lobos», aunque «pulgas» hubiera sido una mejor designación. No cabe duda de que bajo Augusto las provincias fueron infinitamente más prósperas que bajo la república, y, más aún, que las provincias interiores, que eran gobernadas por hombres designados por el Senado, no se encontraban en tan buena situación como las provincias de frontera, gobernadas por personas nombradas por Augusto. Esta comparación proporcionó uno de los pocos argumentos plausibles que jamás oí presentar contra el gobierno republicano, aunque se basaba en la hipótesis insostenible de que las normas de moralidad personal existentes entre los dirigentes de una república común tienden a ser menores que la moralidad personal de un monarca absoluto cualquiera y de los subordinados elegidos por él, y en la falacia de que el problema de cómo son gobernadas las provincias es más importante que lo que ocurra en la ciudad. Recomendar una monarquía por la prosperidad que confiere a las provincias me parece igual a recomendar que un hombre tenga libertad para tratar a sus hijos como esclavos, siempre que trate a sus esclavos con una razonable consideración.

AÑO 9 d. de C.

Por esta costosa y destructiva guerra el Senado decretó un gran triunfo para Augusto y Tiberio. Se recordará que ahora sólo el propio Augusto o los miembros de su familia podían permitirse un triunfo adecuado, en tanto que a otros generales se les concedía lo que se denominaba «ornamentos triunfales». Si bien Germánico era un César, sólo recibió esos ornamentos, y ello por razones técnicas. Augusto habría podido llevar un poco más lejos la definición, pero le estaba tan agradecido a Tiberio por su éxito en la conducción de la guerra, que no quiso irritarlo otorgando a Germánico honores iguales a los suyos. Germánico también fue ascendido un grado en el rango magisterial y se le permitió que llegase a ser cónsul varios años antes de la edad acostumbrada. Si bien Cástor no había participado en la guerra, le fue concedido el privilegio de concurrir a las sesiones del Senado antes de convertirse en miembro suyo, y también ascendió un grado en la jerarquía magisterial.

En Roma el populacho esperaba con excitación el triunfo, que iría acompañado de gran munificencia en forma de grano, dinero y toda clase de cosas buenas. Pero le esperaba una gran desilusión. Un mes

antes de la fecha fijada para el triunfo se observó un augurio terrible: en el Campo de Marte el templo del Dios de la Guerra fue herido por un rayo y casi destruido, y pocos días después llegaron de Germania noticias del más grave revés militar sufrido por las armas romanas desde Carras, y aun podría decir que desde la batalla de Alia, librada casi cuatrocientos años antes. Tres regimientos fueron aniquilados, y se perdieron de golpe todas las conquistas realizadas al este del Rin. Parecía que no había nada que pudiese impedir que los germanos cruzasen el río y asolaran las tres asentadas y prósperas provincias de Francia.

Ya he hablado del aplastante efecto que estas noticias tuvieron sobre Augusto. Lo sintió en forma tan intensa porque no sólo era oficialmente responsable por el desastre, como encargado por el pueblo y el Senado romano de la seguridad de todas las fronteras, sino porque también era moralmente responsable. El desastre se había debido a su imprudencia, al tratar de imponer a los bárbaros la civilización con demasiada rapidez. Los germanos conquistados por mi padre se habían ido adaptando en forma gradual a los hábitos romanos, aprendiendo el uso de la moneda, estableciendo mercados regulares, construyendo y amueblando casas en estilo civilizado, e incluso reuniéndose en asambleas que no terminaban, como las anteriores, en batallas armadas. Eran aliados de nombre, y si se les hubiera hecho olvidar sus antiguas costumbres bárbaras de modo gradual y confiar en la guarnición romana para que los protegiera de sus vecinos todavía incivilizados mientras ellos gozaban del lujo de la paz provincial, quizás en un par de generaciones, o menos, se habrían vuelto tan pacíficos y dóciles como los franceses de Provenza. Pero Varo, un pariente mío, a quien Augusto designó gobernador de la Alemania del otro lado del Rin, comenzó a tratarlos, no como a aliados sino como a una raza sometida. Era un hombre maligno y mostraba muy poca consideración por los sentimientos extraordinariamente fuertes que los germanos tienen en cuanto a la castidad de sus mujeres. Luego Augusto necesitó dinero para los cofres militares, que la guerra de los Balcanes había vaciado. Creó muchos nuevos impuestos, de los que no estaban exceptuados los germanos del otro lado del Rin. Varo lo asesoró en cuanto a la capacidad de pago de la provincia, y en su celo la tasó muy alta.

Había en el campamento de Varo dos caudillos germanos. Hermann y Siegmyrgth, que hablaban el latín con fluidez y que parecían estar completamente romanizados. Hermann había mandado a auxiliares germanos en la guerra anterior, y su lealtad no se ponía en duda. Había pasado algún tiempo en Roma incorporándose a la Noble Orden de los Caballeros. Los dos comían a menudo a la mesa de Varo y tenían con él la amistad más íntima. Lo instaron a suponer que sus compatriotas no eran menos leales que ellos ni estaban menos agradecidos a Roma por los beneficios de la civilización. Pero se encontraban en constante comunicación con caudillos descontentos, a quienes convencieron de que por el momento no ofreciesen resistencia armada al poder romano y de que pagasen sus impuestos con la mayor exhibición posible de complacencia. Pronto darían la señal para la rebelión en masa. Hermann, cuyo nombre significa «guerrero», y Siegmyrgth —

llamémoslo Segimero—, cuyo nombre significa «victoria alegre», eran demasiado listos para Varo. Los hombres de su estado mayor lo prevenían constantemente en el sentido de que en los últimos meses los germanos se estaban portando demasiado bien y de que pretendían desarmar sus sospechas antes de llevar a cabo un levantamiento general. Pero él se reía de la sugerencia. Afirmaba que los germanos eran una raza estúpida e incapaz de pensar semejante plan o de ejecutarlo sin revelar el secreto antes de que hubiese llegado el momento oportuno. Su docilidad era simple cobardía; cuanto más se golpea a un germano, más lo respeta éste a uno. Eran arrogantes en la prosperidad y la independencia, pero en cuanto se los derrotaba se acercaban hasta uno arrastrándose como perros y desde entonces se mostraban obedientes. Se negó incluso a prestar oídos a las advertencias que le hizo otro caudillo germano que guardaba resentimiento a Hermann y que veía con claridad en sus designios. En lugar de mantener sus fuerzas concentradas como habría debido hacer en un país sometido sólo en parte, las dividió.

Basándose en las instrucciones secretas de Hermann y Segimero, comunidades lejanas enviaron a Varo peticiones de protección militar contra los bandidos y de escoltas para los convoyes de mercancías provenientes de Francia. Luego se produjo un levantamiento armado en la extremidad oriental de la provincia. Un recaudador de impuestos y su personal fueron asesinados. Cuando Varo reunió las fuerzas de que disponía para una expedición punitiva, Hermann y Segimero lo escoltaron durante parte del trayecto y luego se disculparon de no poder continuar acompañándolo, pero prometieron reunir sus fuerzas auxiliares y acudir en su ayuda, si era necesario, en cuanto los mandase llamar. Estos auxiliares se encontraban ya armados y emboscados a pocos días de viaje por delante de Varo y en su camino los dos caudillos ordenaron entonces a las comunidades vecinas que cayesen sobre los destacamentos romanos enviados para su protección y que no dejasen con vida a un solo hombre.

Varo no recibió noticia alguna de esta matanza porque no quedó sobreviviente alguno de ella y porque, de cualquier manera, no se encontraba en comunicación con su cuartel general. El camino que seguía era una simple senda del bosque. Pero no tomó la precaución de enviar una avanzada de escaramuzadores ni de colocar guardias en los flancos, sino que permitió que toda la fuerza —en la que se contaba con una gran cantidad de no combatientes— se extendiese en desordenada columna, con tan pocas precauciones como si se encontrase a cincuenta kilómetros de Roma. La marcha era muy lenta, porque constantemente tenía que derribar árboles y tender puentes sobre ríos para que pudieran cruzar los carros de la administración. Y esto dio tiempo para que enormes cantidades de hombres de las tribus se uniesen a los de la emboscada. De pronto cambió el tiempo, una cortina de lluvia que duró veinticuatro horas o más empapó los escudos de cuero de los soldados, tornándolos demasiado pesados para la lucha, e inutilizó los arcos de los arqueros. La vereda arcillosa se volvió tan resbaladiza, que resultaba difícil mantenerse en pie, y los carros se atascaban continuamente. La distancia entre la cabeza y el extremo de la columna

se hizo cada vez mayor. De súbito ascendió una señal de humo desde una colina vecina, y los germanos atacaron por el frente, la retaguardia y ambos flancos.

Los germanos no eran contrincantes peligrosos para los romanos en lucha limpia, y Varo no había exagerado mucho su cobardía. Al principio sólo se atrevieron a atacar a los rezagados y a los conductores de carros, eludiendo la lucha cuerpo a cuerpo pero lanzando lluvias de azagayas y dardos, a cubierto, y volviendo a precipitarse al bosque si un romano blandía una espada y gritaba. Pero por medio de esas tácticas causaron muchas bajas. Grupos dirigidos por Hermann, Segimero y otros caudillos bloquearon el camino uniendo varios carros capturados, quebrándoles las ruedas y derribando árboles sobre ellos. Pusieron varios de esos obstáculos y dejaron a hombres de las tribus detrás de ellos para hostigar a los soldados cuando trataran de quitarlos. Esto demoró de tal modo a los hombres del extremo de la columna que, temiendo perder contacto con los demás, abandonaron los carros que todavía se encontraban en su poder y se precipitaron hacia adelante, en la esperanza de que los germanos se entretuviesen en saquearlos y que no volviesen al ataque durante un tiempo.

El regimiento delantero había llegado a una colina donde no había muchos árboles a causa de un reciente incendio, y allí formó sus filas, a salvo, y esperó a los otros dos. Todavía tenían sus transportes y sólo habían perdido unos cientos de hombres. Los otros dos regimientos sufrían muchas más bajas. Los soldados se separaban de sus compañías y se formaban nuevas unidades de cincuenta a doscientos hombres cada una, con vanguardia, retaguardia y guardia de flanco. Estos últimos sólo podían avanzar con suma lentitud debido a lo denso y pantanoso del bosque, y a menudo perdían contacto con sus pequeñas unidades. Las avanzadas eran diezmadas en las barricadas y las retaguardias constantemente atacadas por detrás con azagayas. Esa noche, cuando se pasó lista, Varo descubrió que casi una tercera parte de sus fuerzas habían sido aniquiladas. Al día siguiente se abrió paso hacia terreno abierto, pero se vio obligado a abandonar el resto de su transporte. Los alimentos escaseaban y al tercer día tuvo que volver a penetrar en el bosque. Las bajas del segundo día no habían sido muy graves, porque buena parte de los enemigos estaban ocupados saqueando los carros y llevándose el botín, pero cuando se pasó lista, en la noche del tercer día, sólo respondió una cuarta parte de los hombres que originariamente formaban la fuerza. Al cuarto día Varo continuaba avanzando, porque era demasiado tozudo para reconocer la derrota y abandonar su primitivo objetivo, pero el tiempo, que había mejorado un tanto, empeoró más que nunca, y los germanos, acostumbrados a las fuertes lluvias, se tornaron más audaces a medida que la resistencia de los romanos se debilitaba. Entablaron la lucha cuerpo a cuerpo.

Al mediodía Varo vio que todo estaba perdido y se suicidó antes de caer vivo en manos del enemigo. La mayor parte de los oficiales superiores que sobrevivían siguieron su ejemplo, y también muchos soldados. Sólo un oficial mantuvo la serenidad: el mismo Casio Querea que había

luchado aquel día en el anfiteatro. Mandaba la retaguardia, compuesta de montañeses de Saboya que se sentían más a sus anchas en un bosque que los demás. Y cuando un fugitivo les llevó la noticia de que Varo había muerto, que las Águilas habían sido capturadas y que apenas quedaban en pie trescientos soldados del cuerpo principal, decidió salvar todo lo que pudiese de la matanza. Hizo girar su fuerza en redondo y rompió el cerco enemigo con un ataque repentino. La enorme valentía de Casio, parte de la cual consiguió transmitir a sus hombres, amedrentó a los germanos. Dejaron en paz a su pequeño y decidido grupo de hombres y se precipitaron hacia adelante, en busca de conquistas más fáciles. Quizás una de las más hermosas hazañas militares de los tiempos modernos sea el hecho de que, de los ciento veinte hombres que Casio tenía consigo cuando decidió volver sobre sus pasos, consiguió, después de ocho días de marcha a través de territorio hostil, llevar a ochenta a salvo, bajo el estandarte de la compañía, a la fortaleza de la cual había salido veinte días antes.

Es difícil transmitir la impresión de pánico que reinaba en Roma cuando fueron confirmados los rumores del desastre. La gente comenzó a reunir sus pertenencias y a cargarlas en carros, como si los germanos estuviesen ya a las puertas de la ciudad. Y en verdad había buenos motivos para esa ansiedad. Las pérdidas sufridas en la guerra de los Balcanes habían sido tan grandes, que casi se habían utilizado todas las reservas de hombres en condiciones de combatir que había en Italia. Augusto no sabía qué hacer para reunir un ejército y enviarlo a las órdenes de Tiberio a consolidar las cabeceras de puente del Rin, que en apariencia los germanos no habían tomado aún. De los romanos incorporables al ejército sólo unos pocos se presentaron voluntariamente cuando se publicó la orden convocándolos. Marchar contra los germanos les parecía ir a una muerte segura. Augusto dictó entonces una segunda orden en el sentido de que de los que no se presentasen en el plazo de cinco días, uno de cada cinco sería despojado de sus derechos y privado de sus propiedades. Muchos se resistieron, incluso después de eso, de modo que hizo ejecutar a unos cuantos como ejemplo y llevó a filas a los demás. Algunos, en rigor, resultaron ser muy buenos soldados. También convocó a una clase de hombres de más de treinta y cinco años de edad, y reincorporó a muchos veteranos que habían cumplido sus dieciséis años de servicio. Con ellos y un regimiento compuesto de libertos, que normalmente no eran incorporables al servicio (aunque los refuerzos de Germánico en la guerra de los Balcanes habían estado compuestos en gran medida de ellos), formó una fuerza bastante imponente y envió a cada una de las compañías al norte en cuanto quedaba armada y equipada.

La mayor vergüenza y pena para mí, en esa hora de suprema necesidad de Roma, fue la de que me era imposible servir como soldado en su defensa. Fui a ver a Augusto y le pedí que me enviase a algún puesto en que mi debilidad física no fuese un estorbo. Sugerí que podía ir como oficial de informaciones de Tiberio y ocuparme de útiles tareas como la de reunir y confrontar informes sobre movimientos del enemigo, interrogar a los prisioneros, hacer mapas y dar instrucciones especiales a los espías. Si no se me nombraba para ese puesto (para el cual me

sentía capacitado porque había realizado un atento estudio de las campañas de Germania y aprendido a pensar en forma ordenada y a dirigir escribientes), me ofrecía a actuar como intendente del ejército de Tiberio. Pediría a Roma los abastecimientos militares necesarios, y los revisaría y distribuiría a su llegada a la base. Augusto pareció complacido de que yo me hubiese presentado tan espontáneamente, y dijo que hablaría con Tiberio sobre mi ofrecimiento. Pero no pasó nada. Quizá Tiberio me consideraba incapaz de ningún servicio útil. Quizá sólo le molestaba el que me hubiese presentado con esa petición, cuando su hijo Cástor no hizo lo mismo y, por el contrario, convenció a Augusto de que le enviase al sur de Italia, a reclutar y adiestrar tropas. Pero Germánico se encontraba en el mismo caso que yo, cosa que era algún consuelo para mí. Se había ofrecido a ir a Germania, pero Augusto lo necesitaba en Roma, donde era muy popular, para ayudarlo a eliminar los disturbios civiles que temía que estallasen en cuanto las tropas hubiesen salido de la ciudad.

Entretanto los germanos persiguieron a todos los fugitivos del ejército de Varo y sacrificaron a decenas de ellos a sus dioses de los bosques, quemándolos vivos en jaulas de mimbre. A los restantes los mantuvieron cautivos. (Algunos de ellos fueron rescatados más tarde por sus familiares, a un precio extravagantemente elevado, pero Augusto les prohibió que volviesen a entrar en Italia). Los germanos también gozaron de una larga sucesión de tremendas borracheras con el vino capturado, y riñeron sangrientamente por la gloria y el botín. Pasó mucho tiempo antes de que volvieran a mostrarse activos y se dieran cuenta de la poca oposición que encontrarían si marchaban hacia el Rin. Pero en cuanto el vino empezó a terminarse atacaron las fortalezas de frontera, débilmente apoyadas, y las saquearon. Una sola fortaleza presentó una resistencia decente: la que mandaba Casio. Los germanos la habrían ocupado con tanta facilidad como a las demás, porque la guarnición era reducida, pero Hermann y Segimero estaban en otra parte y los demás no entendían el arte romano del sitio con catapultas, la tortuga y la zapa. Casio tenía una gran provisión de arcos y flechas en su fortaleza, y enseñó a todos a usarlos, incluso a las mujeres y los esclavos. Rechazó con éxito varios salvajes ataques contra las puertas, y siempre tenía preparados grandes calderos de agua hirviente para dejarlos caer sobre los germanos que intentasen trepar a las murallas con escalas. Los germanos estaban tan atareados tratando de capturar esa fortaleza, donde esperaban encontrar un rico botín, que no se lanzaron contra las cabezas de puente del Rin, débilmente defendidas.

Llegaron noticias del rápido avance de Tiberio al frente de su nuevo ejército. Hermann reunió en el acto sus fuerzas, decidido a capturar los puentes antes de que Tiberio pudiera llegar a ellos. Dejó un destacamento para apoderarse de la fortaleza, de la que se sabía que estaba mal aprovisionada. Casio, que se enteró de los planes de Hermann, decidió huir antes de que fuera demasiado tarde. Una noche de tormenta se escurrió de la fortaleza con toda la guarnición y consiguió pasar por los dos primeros puestos avanzados enemigos antes de que el llanto de algunos de los niños que iban con él diese la alarma. En el tercer puesto avanzado hubo una lucha cuerpo a cuerpo, y si los

germanos no hubiesen estado tan ansiosos por llegar al pueblo para saquearlo, el grupo de Casio no habría tenido posibilidad alguna de sobrevivir. Pero consiguió escapar y media hora después dijo a sus trompeteros que tocasen «avance a marchas forzadas», para hacer creer a los germanos que llegaba una fuerza de socorro, de modo que no hubo persecución. Las tropas del puente más cercano escucharon el sonido distante de las trompetas romanas, porque el viento soplaba desde el este, y adivinando lo que sucedía enviaron un destacamento a escoltar a la guarnición hasta un lugar seguro. Dos días después Casio retuvo con éxito el puente contra un ataque en masa de los hombres de Segimero; luego llegó la vanguardia de los hombres de Tiberio, y se salvó la situación.

El fin del año fue señalado por el destierro de Julila, acusada de adulterio y promiscuidad —lo mismo que su madre Julia—, y enviada a Tremero, una pequeña isla situada frente a Apulia. El verdadero motivo de su destierro era el de que estaba a punto de dar a luz otra vez, y si resultaba ser un chico, sería un biznieto de Augusto y no tendría relación alguna con Livia. Esta no quería correr riesgos. Julila ya tenía un hijo, pero era un individuo delicado, temeroso, flojo y se podía hacer caso omiso de él. El propio Emilio proporcionó a Livia motivos para la acusación. Había reñido con Julila, y la acusó, en presencia de su hija Emilia, de tratar de endosarle el hijo de otro hombre. Nombró a Décimo, un noble de la familia de Silano, como el adúltero. Emilia, que era lo bastante lista como para darse cuenta de que su vida y su seguridad dependían de mantenerse en el favor de Livia, fue a ver a ésta y le contó lo que había oído. Livia le hizo repetir la historia en presencia de Augusto. Este citó entonces a Emilio y le preguntó si era cierto que no era el padre del hijo de Julila. A Emilio no se le ocurrió que Emilia hubiese podido traicionar a su madre y a él mismo, de modo que supuso que la intimidad que sospechaba entre Julila y Décimo era cosa de escándalo general. Por consiguiente mantuvo su acusación, aunque se basaba más bien en sus celos que en un hecho concreto. Augusto tomó al niño, en cuanto nació, y lo hizo abandonar en la ladera de la montaña. Décimo partió al exilio voluntario, y varios otros hombres acusados de haber sido amantes de Julila lo siguieron en uno u otro momento. Entre ellos se contaba el poeta Ovidio, a quien Augusto, cosa curiosa, convirtió en el principal chivo expiatorio por haber escrito (muchos años antes) *El arte de amar* . Dijo que ese poeta era el que había trastornado la mente de su nieta. Hizo que quemasen todos los ejemplares del libro que se pudieran encontrar.



XIII



Augusto tenía más de setenta años de edad. Hasta hacía muy poco nadie lo había considerado un anciano. Pero esas nuevas calamidades públicas y privadas provocaron un gran cambio en él. Su talante se volvió incierto y le resultaba cada vez más difícil recibir con su habitual afabilidad a los visitantes ocasionales o mantener su buen humor en los banquetes públicos. Incluso mostraba inclinación a irritarse con Livia. Ello no obstante, continuó su trabajo en forma tan concienzuda como nunca, e incluso aceptó otro plazo de diez años de monarquía. Tiberio y Germánico, cuando estaban en la ciudad, realizaban muchas tareas que normalmente habría realizado él mismo, y Livia trabajaba más que nunca. Durante la guerra de los Balcanes permaneció en Roma mientras Augusto estaba ausente, y armada de un sello que era el duplicado del suyo y manteniéndose en estrecho contacto con él por medio de jinetes-correo, lo dirigió todo por su cuenta. Augusto se reconciliaba cada vez más con la perspectiva de que Tiberio le sucediera. Lo juzgaba capaz de gobernar razonablemente bien, con la ayuda de Livia, y de llevar a la práctica su política, pero también se complacía en creer que todos

echarían de menos al Padre de la Patria cuando él hubiese muerto, y que hablarían de la época de Augusto como hablaban de la Edad de Oro del rey Numa. A despecho de sus señalados servicios a Roma, Tiberio era personalmente impopular y por cierto que no ganaría popularidad cuando fuese emperador. Para Augusto constituía una satisfacción el que Germánico, que era mayor que Cástor, su hermano por adopción, fuese el sucesor natural de Tiberio, y que los hijos de Germánico, Nerón y Druso, fuesen sus propios biznietos. Si bien el destino no había querido que sus nietos le sucedieran, algún día volvería a reinar, por así decirlo, en la persona de sus biznietos. Porque para entonces Augusto se había olvidado de la república, como casi todos los demás, y aceptado la opinión de que sus cuarenta años de duros y ansiosos servicios en bien de Roma le habían conquistado el derecho de designar sus sucesores imperiales, incluso hasta la tercera generación, si así le placía.

Cuando Germánico se encontraba en Dalmacia no le escribí acerca de Póstumo por miedo de que algún agente de Livia interceptase mi carta, pero se lo conté todo en cuanto regresó de la guerra. Se mostró grandemente turbado y dijo que no sabía qué creer. Debo explicar que Germánico tenía la costumbre de negarse siempre a pensar mal de persona alguna hasta que se le presentaban pruebas positivas, y, por el contrario, concedía a todos el mérito de las más elevadas motivaciones. Esta extrema simplicidad le resultaba útil por lo general. La mayoría de las personas con las cuales entraba en contacto se sentían halagadas por la alta estimación de su carácter moral, y sus tratos con él tendían a merecer esta opinión. Era evidente que si alguna vez se encontraba con un personaje absolutamente perverso, esa generosidad de corazón sería su perdición, pero por otra parte, si algún hombre tenía en sí algo de bueno, Germánico siempre parecía sacar esa bondad a la superficie. De modo que me dijo que no estaba dispuesto a creer que Livila o Emilia fuesen capaces de una bajeza tan criminal, si bien admitió que últimamente se había sentido desilusionado con Livila. También dijo que yo no había aclarado sus posibles motivos, aparte de la introducción de nuestra abuela Livia en el asunto, cosa que era claramente ridícula. ¿Quién que estuviese en sus cabales —preguntó, repentinamente indignado— podía sospechar que Livia les incitase a semejantes maldades? Sería lo mismo que sospechar que la Buena Diosa había tratado de envenenar los pozos de la ciudad. Pero cuando le pregunté, en respuesta, si de veras creía que Póstumo era culpable de dos tentativas de violación en dos noches sucesivas, las dos excesivamente imprudentes, o si lo creía capaz de mentir a Augusto y a nosotros, aun cuando hubiese sido culpable, se quedó callado. Siempre había querido a Póstumo, y confiaba en él. Insistí en la ventaja así obtenida y le hice jurar por el espíritu de nuestro padre muerto que si alguna vez descubría la más pequeña prueba de que Póstumo había sido injustamente sentenciado, le diría a Augusto todo lo que sabía acerca del caso y lo obligaría a traer a Póstumo de vuelta y a castigar a los embusteros como lo merecían.

AÑO 11 d. de C.

En Germania no sucedía nada de importancia. Tiberio retenía los puentes pero no trataba de cruzar el Rin, ya que todavía no tenía confianza en sus tropas, con las que estaba atareado tratando de darles forma de verdadero ejército. Los germanos tampoco trataron de cruzar. Augusto volvió a impacientarse con Tiberio y lo instó a vengar a Varo sin más demoras y a reconquistar las Águilas perdidas. Tiberio respondió que nada estaba más cercano a su corazón, pero que sus tropas no estaban aún en condiciones de realizar la operación. Augusto envió a Germánico, cuando éste terminó su plazo de magistratura, y Tiberio tuvo que mostrar entonces alguna actividad. No era en verdad perezoso, ni cobarde, sino sólo demasiado cauteloso. Cruzó el Rin y dominó algunas partes de la provincia perdida, pero los germanos evitaron una batalla frontal. Y Tiberio y Germánico, ambos muy cuidadosos de no caer en una emboscada, no hicieron gran cosa, aparte de quemar unos pocos campamentos enemigos cercanos al Rin y exhibir su fuerza militar. Hubo algunas escaramuzas de las cuales salieron bien; tomaron algunos centenares de prisioneros. Se quedaron en la región hasta el otoño, época en la que volvieron a cruzar el Rin. Y en la primavera siguiente se celebró en Roma el tan demorado triunfo de Dalmacia, al que se agregó otro por esa expedición germana, nada más que para restablecer la confianza. No debo dejar aquí de conceder a Tiberio el mérito de una generosa acción, acerca de la cual lo convenció Germánico: después de exhibir en su triunfo a Bato, el rebelde dálmata capturado, le dio la libertad y una buena cantidad de dinero, y lo instaló cómodamente en Ravena. Bato se lo merecía; en una ocasión había permitido caballerosamente a Tiberio escapar de un valle en el que había quedado encerrado con la mayor parte de su ejército.

Germánico era ahora cónsul y Augusto escribió una carta especial recomendándolo al Senado, y éste a Tiberio. (Al elogiar de este modo al Senado ante Tiberio, y no al revés, Augusto demostraba que entendía que Tiberio era su sucesor imperial, con autoridad sobre el Senado, y que no quería elogiarlo como hacía con Germánico). Agripina siempre acompañaba a Germánico cuando éste iba a la guerra, como mi madre había acompañado a mi padre. Lo hacía principalmente por amor a él, pero también porque no quería quedarse sola en Roma y ser citada quizás ante Augusto por una acusación amañada de adulterio. No estaba segura de cuál era su posición con respecto a Livia. Era la típica matrona romana de la antigua leyenda: fuerte, valiente, modesta, ingeniosa, piadosa, fértil y casta. Ya le había dado cuatro hijos a Germánico, y le daría cinco más.

Si bien la norma de Livia que prohibía mi presencia en su mesa continuaba en pie, y aunque mi madre no mostraba cambio de actitud alguna hacia mí, Germánico me introducía en la compañía de sus nobles amigos cada vez que se presentaba la ocasión. Por él me trataban con cierto respeto, pero se conocía la opinión de la familia respecto de mis capacidades, de forma que nadie se tomaba el trabajo de cultivar mi amistad. Por consejo de Germánico, hice saber que ofrecía una lectura de mis últimos trabajos históricos, e invité a algunos literatos. El libro que había elegido era uno en el que trabajé con suma intensidad y que

tenía que resultar muy interesante para mi público: un resumen de las fórmulas utilizadas durante las abluciones rituales por los sacerdotes etruscos, con una traducción latina en cada caso, que arrojaba luz sobre muchos de nuestros propios ritos lustrales, cuyo significado exacto había sido oscurecido por el tiempo. Germánico lo leyó previamente y se lo mostró a mi madre y a Livia, quienes lo aprobaron, y luego tuvo la generosidad de acompañarme en un ensayo de la lectura. Me felicitó por el trabajo y por la forma de transmitirlo, y creo que debe de haber hablado mucho de él, porque la habitación en que ofrecía la disertación estaba llena. Livia no se encontraba presente, y tampoco Augusto, pero mi madre asistió a ella, y también el propio Germánico y Livila.

Yo me sentía animado, y en modo alguno nervioso. Germánico me había sugerido que me fortaleciese con una copa de vino, y me pareció un buen consejo. Había una silla para Augusto, por si aparecía más tarde, y otra para Livia, ambas espléndidas; eran las sillas que siempre se reservaban para ellos cuando visitaban nuestra casa. Cuando todos llegaron y se sentaron, se cerraron las puertas y comencé mi disertación. Avanzaba magníficamente, consciente de que no leía demasiado rápido ni con demasiada lentitud, ni en voz demasiado alta o muy baja, sino correcta, y que el público, que no había esperado gran cosa de mí, se sentía interesado a su pesar, cuando de pronto sucedió algo desdichado. Se oyó un fuerte golpe en la puerta y, como nadie la abrió, otro. Luego alguien sacudió el picaporte y entró el hombre más obeso que jamás haya visto en mi vida, ataviado con una túnica de caballero y llevando en la mano un gran cojín bordado. Reconoció a Livio y lo saludó con un acento cantarino, que más tarde me enteré que era de Padua, y luego saludó en general al resto de los presentes, cosa que provocó algunas risitas. No prestó gran atención a Germánico como cónsul que era, ni a mi madre o a mí como dueños de la casa. Luego miró en torno, buscando un asiento, y vio la silla de Augusto, pero parecía demasiado estrecha para él, de manera que se apoderó de la de Livia. Puso el cojín sobre ella, se recogió la túnica sobre las rodillas y se sentó con un gruñido. Y por supuesto, la silla, que era antigua, de Egipto, parte del botín del palacio de Cleopatra y de factura muy delicada, se derrumbó con estrépito.

Todos, salvo Germánico y Livio, mi madre y los miembros más graves del público, rieron a carcajadas. Pero cuando el caballero se levantó y gruñó y maldijo y se frotó y fue escoltado fuera de la sala por un liberto, se produjo un silencio atento y yo traté de continuar. Pero estaba casi histérico de risa. Quizás era el vino que había bebido, o quizá la expresión de la cara del individuo cuando la silla cedió bajo su peso, que nadie había visto porque se encontraba en la fila de adelante y yo era la única persona que estaba frente a él. Pero de todos modos me resultó imposible concentrarme en los ritos lustrales de los etruscos. Al principio el público simpatizó con mi diversión e incluso rio conmigo, pero cuando, mientras leía trabajosamente otro pasaje —y lo leí muy mal—, vi con el rabo del ojo la silla que el caballero había quebrado inseguramente apuntalada sobre sus patas astilladas, volví a estallar en carcajadas, y el público empezó a impacientarse. Para empeorar las

cosas, cuando, después de mucho esforzarme, me había dominado, para evidente alivio de Germánico, ¡las puertas se abrieron de par en par y entraron nada menos que Augusto y Livia! Caminaron majestuosamente por entre las filas de sillas y Augusto se sentó. Livia estaba a punto de hacer lo propio cuando vio que algo andaba mal. Preguntó en voz alta y vibrante: «¿Quién se ha sentado en mi silla?».

Germánico hizo lo posible por explicárselo, pero ella decidió que se la estaba insultando. Salió. Augusto, con expresión de incomodidad, la siguió. ¿Puede alguien censurarme por haber hecho un caos del resto de mi lectura? El cruel dios Momo debe de haberse apoderado de la silla, porque cinco minutos después las patas cedieron y volvió a caerse; una pequeña cabeza de león se separó de uno de los brazos, deslizándose por el piso y cayendo bajo mi pie derecho, que estaba levemente levantado. Prorrumpí una vez más en carcajadas, jadeos e hipos.

Germánico se me acercó y me imploró que me dominase, pero lo único que pude hacer fue recoger la cabeza de león y señalar, impotente, la silla. Vi que Germánico se mostraba disgustado conmigo. Me trastornó mucho verlo irritado y me tranquilicé en el acto. Pero había perdido la confianza en mí mismo y comencé a tartamudear de tal manera, que la lectura terminó muy mal. Germánico hizo todo lo posible; presentó una moción para un voto de agradecimiento por mi interesante trabajo, lamentando que un inesperado accidente me hubiera interrumpido en la mitad y que a consecuencia de dicho accidente el Padre de la Patria y la señora Livia, su esposa, hubiesen tenido que retirarse; abrigaba la esperanza de que en el futuro, en un día más auspicioso, pudiese ofrecer otra lectura. Nunca existió un hermano tan considerado como Germánico, ni un hombre tan noble. Pero desde entonces no he vuelto a ofrecer una lectura pública de mis obras.

Germánico vino a verme un día con expresión grave. Pasó un rato largo antes de que se decidiera a hablar, pero al cabo empezó:

—Esta mañana conversaba con Emilio y surgió el tema del pobre Póstumo. Él fue el primero en introducirlo en la conversación, al preguntarme cuál había sido la acusación concreta que se presentó contra Póstumo, y añadió, con aparente ingenuidad, que le parecía que Póstumo había tratado de violar a dos mujeres de la nobleza, pero que nadie sabía quiénes eran. Lo miré con atención cuando dijo eso, pero vi que decía la verdad. De modo que me ofrecí a comunicarle lo que sabía, pero sólo si prometía guardárselo para sí. Cuando le dije que su propia hija era la que había acusado a Póstumo de tratar de forzarla, y en su propia casa, se asombró y se negó a creerlo. Se enfureció. Dijo que el aya de Emilia había estado sin duda con ellos todo el tiempo. Quiso ir a preguntarle a Emilia si la historia era cierta y, en caso afirmativo, por qué no había sido él el primero en enterarse. Pero yo lo contuve, recordándole su promesa. No confiaba en Emilia. Por el contrario, le sugerí que interrogásemos al aya pero de manera que no se alarmase. Entonces él la mandó buscar y le preguntó qué conversación habían sostenido Emilia y Póstumo durante la alarma de robo, en la última

ocasión en que cenó con ellos. Al principio la mujer pareció desconcertada, pero cuando yo le pregunté «¿No hablaron sobre frutales?», respondió: «Sí, por supuesto, sobre pestes de árboles frutales».

»Emilio quiso saber luego si se había conversado de alguna otra cosa durante su ausencia, y ella respondió que creía que recordó que Póstumo había estado explicando nuevos métodos griegos para luchar contra la peste llamada "del negro", y que ella se había interesado porque entendía algo de jardinería. No, dijo, no había salido de la habitación ni un solo instante. Entonces fui a ver a Cástor y me referí como por casualidad al tema de Póstumo. Recordarás que la finca de éste fue confiscada y vendida mientras yo me encontraba en Dalmacia, y que el dinero obtenido se entregó al tesoro militar. Bien, le pregunté qué había sido de ciertas piezas de plata mías que Póstumo me había pedido prestadas para un banquete, y él me dijo qué es lo que tenía que hacer para recuperarlas. Después hablamos del destierro. Cástor habló con entera libertad, y ahora puedo decir que estoy convencido de que él no participó en la conspiración.

—¿Admites que fue una conspiración? —pregunté con ansiedad.

—Me temo que, a fin de cuentas, ésa es la única explicación. Pero Cástor es inocente, de eso estoy convencido. Me dijo, sin que tuviese que instarlo, que por sugerencia de Livila se burló de Póstumo en el jardín, como te contó éste. Explicó que sólo lo hizo porque Póstumo había estado mirando a Livila con ojos de carnero degollado, y que como esposo de ella no le gustaba. Pero dijo que no lamentaba haberlo hecho —aunque quizá no era una broma del mejor gusto—, porque la tentativa de Póstumo de ultrajar a Livila, y sus propias heridas graves a manos de ese loco, habían hecho que cualquier arrepentimiento resultase vano.

—¿Cree que Póstumo trató de ultrajar a Livila?

—Sí, y yo no lo desengañé. No quiero que Livila sepa lo que tú y yo sospechamos. Porque en ese caso también se enteraría Livia.

—Germánico, ¿crees ahora que Livia organizó todo el asunto?

No me respondió.

—¿Hablarás con Augusto?

—Te di mi palabra. Siempre la cumplo.

—¿Cuándo le hablarás?

—Ahora.

AÑO 13 d. de C.

No sé qué sucedió durante la entrevista, y jamás lo sabré. Pero Germánico pareció mucho más feliz esa noche, durante la cena, y la forma en que después eludió mis preguntas sugería que Augusto le había creído y que le había hecho jurar que por el momento conservase el secreto. Pasó mucho tiempo antes de que me enterase de la parte de la historia que ahora puedo relatar. Augusto escribió a los corsos, que desde hacía unos años se quejaban de incursiones de piratas contra sus costas, que pronto iría en persona a investigar el asunto. Se detendría de paso para Marsella, donde tenía la intención de dedicar un templo. Poco después zarpó, pero hizo una escala de dos días en Elba. El primer día ordenó que los guardias de Póstumo en Planasia fuesen relevados en el acto y reemplazados por otros. La misma noche zarpó en secreto hacia la isla en un pequeño pesquero, acompañado sólo por Fabio Máximo, un amigo íntimo, y cierto Clemente, que antes había sido esclavo de Póstumo y que tenía un notable parecido con su antiguo amo. He sabido que Clemente era hijo natural de Agripa. Tuvieron la suerte de encontrar a Póstumo en cuanto desembarcaron. Había estado cebando anzuelos y vio las velas del barco desde lejos a la luz de la luna. Estaba solo. Augusto se acercó y le tendió la mano llorando. «¡Perdóname, hijo mío!», le dijo. Póstumo le besó la mano. Luego los dos se apartaron, mientras Fabio y Clemente vigilaban. Nadie sabe qué dijeron, pero Augusto sollozaba cuando volvieron juntos. Luego Póstumo y Clemente cambiaron de ropas y de nombres; Póstumo volvió a Elba con Augusto y Fabio, y Clemente ocupó el lugar de aquél en Planasia hasta que llegase la orden de su liberación, que Augusto le prometió que no tardaría mucho. Se le prometió a Clemente su libertad y una gran suma de dinero si representaba bien su papel. Debía fingirse enfermo durante unos días y dejarse crecer el cabello y la barba, de modo que nadie advirtiese la impostura, especialmente teniendo en cuenta que la nueva guardia no lo había visto, desde esa tarde, durante más de unos minutos.

Livia sospechaba que Augusto estaba haciendo algo a sus espaldas. Sabía que no le gustaba viajar por mar y que nunca iba en barco cuando podía hacerlo por tierra, aunque debido a ello tuviese que perder un tiempo valioso. Es cierto que no podía ir a Córcega de otro modo que por mar, pero los piratas no constituían una amenaza seria y habría podido enviar a Cástor o a cualquier otro de sus subordinados a investigar el caso. De modo que empezó a hacer investigaciones y por fin se enteró de que, cuando Augusto se detuvo en Elba ordenó que cambiaran la guardia de Póstumo, y que él y Fabio salieron esa misma noche a pescar calamares en un barquito, acompañados sólo por un esclavo.

Fabio tenía una esposa llamada Marcia que compartía todos sus secretos, y Livia, que le prestaba muy poca atención, comenzó entonces a cultivar su amistad. Marcia era una mujer sencilla y fácilmente engañable. Cuando Livia estuvo segura de contar por completo con la confianza de Marcia, se la llevó un día aparte y le dijo:

—Vamos, querida, dime, ¿se sintió Augusto muy afectado cuando volvió a encontrarse con Póstumo después de tantos años? Es mucho más tierno de corazón de lo que pretende.

Ahora bien, Fabio le había contado a Marcia la historia de su viaje a Planasia diciéndole que era un secreto que no debía revelar a nadie en el mundo, porque las consecuencias podían ser fatales para él. De manera que al principio no quiso contestar. Livia rio y dijo:

—Vaya, qué cautelosa. Eres como ese centinela de Tiberio en Dalmacia que una noche no quiso dejarlo entrar en el campamento, cuando volvía de una cabalgata, porque no pudo darle el santo y seña. «Ordenes son órdenes, general», le dijo el idiota. Mi querida Marcia, Augusto no tiene secretos para mí, ni yo para Augusto. Pero tengo que elogiarte por tu prudencia.

Entonces Marcia se disculpó y dijo:

—Fabio me contó que lloró y lloró.

—Claro, claro —respondió Livia—. Pero Marcia, quizá sea más prudente no contarle a Fabio que hemos hablado de esto. A Augusto no le agrada que la gente sepa hasta qué punto me tiene confianza. Supongo que Fabio te habrá hablado del esclavo.

Era un disparo a ciegas. El esclavo podía no tener importancia alguna, pero era una pregunta digna de ser formulada.

—Sí —contestó Marcia—. Fabio dijo que se parecía extraordinariamente a Póstumo, sólo que era un poco más bajo.

—¿No crees que los guardias advirtieron la diferencia?

—Fabio dijo que le parecía que no la advertirían. Clemente era uno de los miembros del personal de la casa de Póstumo, de manera que si tiene cuidado no se traicionará y, como sabes, la guardia ha sido cambiada.

Por lo tanto, ahora sólo le quedaba a Livia averiguar el paradero de Póstumo, a quien suponía oculto en alguna parte bajo el nombre de Clemente. Pensó que Augusto pensaba restablecerlo en su favor, y que incluso era posible que pasara por encima de Tiberio y lo designase su sucesor inmediato en la monarquía, a modo de reparación. Se confió hasta cierto punto a Tiberio, y lo previno respecto de sus sospechas. Habían vuelto a surgir disturbios en los Balcanes, y Augusto se proponía enviar a Tiberio para reprimirlos antes de que adquiriesen un cariz de gravedad. Augusto también hablaba de enviar a Cástor a Germania, y había estado manteniendo frecuentes conversaciones con Fabio, de quien Livia llegó a la conclusión de que actuaba como intermediario entre él y Póstumo. En cuanto pudiese hacerlo, no cabía duda de que

volvería a introducir a Póstumo en el Senado, anularía el decreto contra él y lo nombraría cónsul, en lugar de Tiberio. Con Póstumo restablecido en su posición, la vida de ella no estaría a salvo. Póstumo la había acusado de envenenar a su padre y sus hermanos, y Augusto no le concedería de nuevo su favor si no creyese que esas acusaciones estaban bien fundadas. Puso a sus agentes más seguros a espiar los movimientos de Fabio, con vistas a buscar un esclavo llamado Clemente, pero no pudieron descubrir nada. Decidió no perder el tiempo y eliminar a Fabio. Una noche lo emboscaron en una calle, cuando se dirigía a palacio, y le dieron doce puñaladas. Sus atacantes enmascarados escaparon. En el funeral sucedió una cosa escandalosa. Marcia se arrojó sobre el cadáver de su esposo y le pidió perdón, diciendo que sólo ella era la responsable de su muerte, por su irreflexividad y desobediencia. Pero nadie entendió qué había querido decir, y se creyó que la pena la había enloquecido.

AÑO 14 d. de C.

Livia le dijo a Tiberio que se mantuviera en constante comunicación con ella, durante su viaje a los Balcanes, y que viajase con toda la lentitud que le fuera posible, porque podía llamarlo en cualquier momento. Augusto, que lo había acompañado hasta Nápoles, navegando cerca de la costa, enfermó de repente del estómago. Livia se dispuso a cuidarlo, pero él se lo agradeció y le dijo que no era nada; podía curarse por sí mismo. Fue a su propio botiquín y tomó una enérgica purga, después de lo cual hizo un día de ayuno. Le prohibió que se preocupase de su salud; ya tenía bastantes problemas sin eso. Se negó, riendo, a comer nada que no fuese pan de la mesa común y agua de la jarra que ella misma usaba e higos verdes que él mismo tomaba del árbol con sus propias manos. Nada parecía haber cambiado en sus modales para con Livia, ni los de ella para con él, pero cada uno de los dos leía los pensamientos del otro.

A pesar de todas sus precauciones, su estómago volvió a empeorar. Tuvo que interrumpir su viaje en Nola. Desde allí Livia llamó a Tiberio. Cuando éste llegó, le informó de que Augusto se moría y que quería verlo. Ya se había despedido de ciertos ex cónsules que corrieron desde Roma ante la noticia de su enfermedad. Les preguntó, con una sonrisa, si creían que había actuado bien en la farsa, que es la pregunta que los actores de las comedias formulan al público al terminar la obra. Y sonriendo, aunque muchos de ellos tenían lágrimas en los ojos, respondieron:

—Nadie lo ha hecho mejor, Augusto.

—Entonces despedidme con un buen aplauso —les pidió.

Tiberio se acercó a su lecho, donde permaneció unas tres horas, y luego salió para anunciar, con tono acongojado, que el Padre de la Patria acababa de morir en brazos de Livia, con un cariñoso saludo final a él, al Senado y al pueblo de Roma. Agradeció a los dioses haber regresado a tiempo para cerrar los ojos de su padre y benefactor. En rigor

Augusto estaba muerto desde hacía un día, pero Livia lo ocultó y emitía boletines alentadores o desesperanzados cada pocas horas. Por extraña coincidencia, murió en la misma habitación en que había muerto su padre, setenta y cinco años antes. Recuerdo muy bien cómo me llegó la noticia. Fue el 20 de agosto. Yo dormía, muy avanzado el día, después de haber trabajado hasta tarde en mi historia. En verano me resultaba más fácil trabajar de noche y dormir de día. Me despertó la llegada de dos ancianos caballeros que se disculparon por molestarme, pero me dijeron que el asunto era urgente. Augusto había muerto y la Noble Orden de los Caballeros se había reunido de prisa, para elegirme su representante en el Senado. Debía pedir que se les honrase con el permiso para traer el cadáver de Augusto hasta la ciudad, a hombros. Yo estaba dormido todavía, y no pensé en lo que decía: «¡El veneno es la reina! ¡El veneno es la reina!», grité.

Me miraron, ansiosos e incómodos, y yo me dominé y me disculpé, diciendo que había tenido una pesadilla y que repetía palabras que había escuchado en ella. Les pedí que repitieran su mensaje, y cuando lo hicieron les agradecí el honor y me comprometí a hacer lo que me pedían. Era un honor, por supuesto, ser elegido como caballero distinguido. Todos los nacidos libres eran caballeros, siempre que no se hubieran deshonrado de ninguna manera y fuesen dueños de propiedades por encima de cierto valor. Y, con las vinculaciones de mi familia, si hubiese mostrado siquiera una capacidad media habría sido para entonces un honorable miembro del Senado, como mi contemporáneo Cástor. En rigor me eligieron por ser el único miembro de la familia imperial que todavía pertenecía al orden inferior, y para evitar los celos entre los demás caballeros. Aquélla era la primera vez que visitaba el Senado durante una sesión. Presenté la petición sin tartamudear y sin contratiempo alguno.



XIV



Si bien era evidente que las facultades de Augusto eran cada vez menores y que no le quedaban muchos años de vida, Roma no pudo acostumbrarse a la idea de su muerte. Es una comparación ociosa decir que la ciudad se sintió como un niño cuando pierde a su padre. Haya sido el padre un valiente o un cobarde, un hombre justo o injusto, generoso o tacaño, eso tiene poca importancia: ha sido el padre del niño, y ningún tío o hermano mayor puede ocupar su lugar. Porque el gobierno de Augusto había sido prolongado y un hombre tenía que haber pasado ya de la mediana edad para recordar el tiempo en que Augusto no gobernaba. Por lo tanto no era en modo alguno extraño que el Senado se reuniese para deliberar si los honores divinos que en vida le fueron concedidos por las provincias debían serle votados ahora en la ciudad misma.

Galo, el hijo de Polión —odiado por Tiberio porque se había casado con Vipsania (la primera esposa de Tiberio, según se recordará, de la cual

se vio obligado a divorciarse por Julia), porque nunca había negado en público el rumor que afirmaba que era el verdadero padre de Cástor, y porque tenía una lengua mordaz—, fue el único senador que se atrevió a poner en duda la corrección de la moción. Se puso de pie para preguntar qué divino portento había ocurrido para sugerir que Augusto sería bien recibido en las Mansiones Celestiales, nada más que por recomendación de sus amigos y admiradores mortales. Luego siguió un silencio incómodo, pero al cabo Tiberio se levantó con lentitud y dijo: «Hace cien días, se recordará, la base de la estatua de mi padre Augusto fue herida por el rayo. Quedó borrada la primera letra de su nombre, lo que dejó las palabras AESAR AUGUSTUS. ¿Qué significa la letra C? Es el símbolo de cien. ¿Qué significa AESAR? Lo diré. Quiere decir dios en idioma etrusco. Resulta claro que en el término de cien días Augusto tenía que convertirse en dios de Roma. ¿Qué portento más claro que éste hace falta?».

Si bien Tiberio recibió todo el mérito por esta interpretación, yo fui el primero en dar sentido a la palabra AESAR (el extraño vocablo había sido muy discutido), ya que era la única persona en Roma que conocía el idioma etrusco. Le hablé a mi madre de eso, y ella me llamó tonto imaginativo. Pero debe de haberse sentido lo bastante impresionada como para repetirle a Tiberio lo que había dicho, porque yo no hablé con nadie más que con ella.

Galo preguntó por qué Júpiter había de entregar sus mensajes en etrusco, y no en griego o latín. ¿Nadie podía jurar haber observado un augurio más concluyente? Estaba muy bien decretar nuevos dioses para los ignorantes provincianos asiáticos, pero el honorable Senado debía vacilar antes de ordenar a ciudadanos educados que adorasen a uno de ellos, por distinguido que fuese ese uno. Es posible que Galo hubiese logrado impedir el decreto con esa apelación al orgullo y la sensatez romanas, si no hubiese sido por un hombre llamado Atico, un magistrado superior. Se puso solemnemente de pie para decir que cuando el cadáver de Augusto había sido incinerado en el Campo de Marte vio una nube que descendía del cielo, sobre el cadáver, precisamente en la forma en que la tradición relata que ascendieron los espíritus de Rómulo y Hércules. Juraría por todos los dioses que estaba diciendo la verdad.

Este discurso fue saludado con resonantes aplausos, y Tiberio preguntó triunfalmente si Galo tenía otras observaciones que hacer. Este respondió que sí. Recordaba, dijo, otra antigua tradición en cuanto a la repentina muerte y desaparición de Rómulo, que aparecía en las obras de los historiadores más serios como alternativa de la citada por su honorable y veraz amigo Atico. A saber, que Rómulo era tan odiado por su tiranía sobre un pueblo libre, que un día, aprovechando una repentina neblina, el Senado lo asesinó, lo despedazó y se llevó los trozos ocultos bajo las túnicas.

—¿Pero y Hércules? —preguntó alguien apresuradamente.

—El propio Tiberio —respondió Galo—, en su elocuente oración en el funeral, repudió la comparación entre Augusto y Hércules. Sus palabras fueron: «En su infancia Hércules sólo se enfrentó con serpientes, y aun de hombre sólo luchó con uno o dos ciervos, y con un jabalí salvaje al que mató, y con un león. En tanto que Augusto combatió, no con animales, sino con hombres, y por su propia voluntad», etcétera, etcétera. Pero mis motivos para repudiar la comparación reside en las circunstancias de la muerte de Hércules.

Y se sentó. La referencia estaba perfectamente clara para cualquiera que quisiese pensar en el asunto. Porque la leyenda decía que Hércules había muerto por un veneno administrado por su esposa.

Pero la moción para la deificación de Augusto fue aceptada. Se le construyeron altares en Roma y en las ciudades vecinas. Se formó una orden de sacerdotes para la vigilancia de sus ritos y Livia, a la que al mismo tiempo se le habían otorgado los títulos de Julia y Augusta, fue convertida en su máxima sacerdotisa. Atico fue recompensado por Livia con un regalo de diez mil piezas de oro y nombrado uno de los nuevos sacerdotes de Augusto, excusándosele de la gruesa suma que había que pagar para la iniciación. A mí también se me nombró sacerdote, pero tuve que pagar para la iniciación más dinero que ningún otro, porque era el nieto de Livia. Nadie se atrevió a preguntar por qué la visión de la ascensión de Augusto sólo la había tenido Atico. Y lo extraño es que la noche anterior al funeral Livia había ocultado un águila en una jaula, en la parte superior de la pira, jaula que debía ser abierta en cuanto fuese encendida; alguien tenía que tirar en secreto de una cuerda, desde abajo. El águila saldría entonces volando, y sería vista como el espíritu de Augusto. Por desgracia el milagro no se produjo. La puerta de la jaula se negó a abrirse. En lugar de callarse y dejar que el ave se quemara, el funcionario encargado trepó a la pira y abrió la puerta de la jaula con sus manos. Livia tuvo que decir que el águila había sido liberada por orden suya, como un acto simbólico.

No escribiré nada más sobre el funeral de Augusto, aunque jamás se vio uno tan magnífico en Roma, porque ahora tengo que omitir de mi historia todas las cosas que no sean de primerísima importancia. Ya he llenado más de trece rollos del mejor papel —de la nueva fábrica de papel que he montado—, sin llegar a la tercera parte de mi relato. Pero no debo dejar de hablar sobre el contenido del testamento de Augusto, cuya lectura se esperó con general interés e impaciencia. Nadie estaba más ansioso que yo por saber qué contenía, y explicaré por qué.

Un mes antes de su muerte, Augusto había aparecido de pronto en la puerta de mi estudio —visitaba a mi madre, que convalecía de una larga enfermedad—, y después de despedir a sus acompañantes comenzó a hablarme sin tino, sin mirarme en forma directa, comportándose con tanta timidez como si él fuese Claudio y yo Augusto. Tomó un libro de su historia y leyó un pasaje. Luego comentó:

—¡Excelente redacción! ¿Cuándo estará terminada la obra?

—Dentro de un mes, más o menos —le contesté, y él me felicitó y me dijo que daría órdenes para que se hiciese una lectura pública, a su costa, y que invitaría a sus amigos. Yo me sorprendí, pero él continuó hablando en tono amistoso. Me preguntó si no preferiría un recitador profesional que pudiera hacer justicia a la obra, en lugar de leerla yo mismo. Dijo que la lectura pública de los trabajos de uno mismo tenía que resultar embarazosa. Incluso el viejo Polión había confesado que en tales ocasiones se sentía nervioso. Se lo agradecí con la mayor sinceridad y cordialidad, y le respondí que era evidente que un profesional lo haría mejor, si es que mi obra merecía semejante honor.

Entonces, de pronto, me tendió la mano y me preguntó:

—Claudio, ¿me guardas rencor?

¿Qué podía contestar yo? Me asomaron las lágrimas a los ojos, y murmuré que lo reverenciaba y que él jamás había hecho nada que pudiera merecer mi rencor. Dijo, con un suspiro:

—No, pero, por otra parte, he hecho muy poco para ganarme tu cariño. Espera unos meses más, Claudio, y espero poder granjearme tu cariño y tu gratitud. Germánico me ha hablado de ti. Dice que eres leal a tres cosas: a tus amigos, a Roma y a la verdad. Yo me enorgullecería de que Germánico opinase lo mismo de mí.

—El amor de Germánico hacia ti es apenas un poco menos que adoración —repliqué—. Me lo ha dicho a menudo.

Se le iluminó el rostro.

—¿Lo juras? Me hace muy feliz. Entonces, Claudio, ahora hay un fuerte vínculo entre nosotros: la buena opinión de Germánico. Y he venido a decirte lo siguiente: en todos estos años te he tratado muy mal, y lo lamento de veras, y de ahora en adelante las cosas cambiarán. —Y agregó una cita en griego—: Quien te ha herido te curará —y me abrazó. Cuando se volvía para salir dijo por encima del hombro—: Acabo de visitar a las vírgenes vestales y he hecho algunas importantes alteraciones en un documento mío que ellas tienen a su cargo. Y como tú eres en parte responsable de dichas modificaciones, he dado a tu nombre mayor prominencia que la que tenía hasta ahora. ¡Pero ni una palabra de esto!

—Puedes confiar en mí —dije.

Es indudable que sólo había querido decir una cosa: que creía en la historia de Póstumo tal como yo se la había relatado a Germánico, y que ahora volvía a incluirlo en su testamento (que se encontraba a cargo de las vestales) como su heredero. Y que yo también me beneficiaría en

recompensa por mi lealtad hacia él. Por supuesto, entonces no estaba enterado de la visita de Augusto a Planasia, pero esperaba, confiado, que Póstumo sería traído de vuelta y tratado con honores. Bueno, me lleve una desilusión. Como Augusto había rodeado de tanto secreto su nuevo testamento, de cuya redacción fueron testigos Fabio Máximo y varios ancianos sacerdotes decrépitos, fue muy fácil suprimirlo en favor del que había hecho seis años antes, en el momento de desheredar a Póstumo. La primera frase decía: «Como un hado siniestro me ha despojado de Cayo y Lucio, mis hijos, es ahora mi voluntad que el heredero sea Tiberio Claudio Nerón César, en primer término, de dos terceras partes de mis propiedades. Y de la tercera parte, en primer término también, mi amada esposa Livia, si el Senado le permite graciosamente heredar esa proporción (porque supera lo permisible por los reglamentos para el legado a una viuda), haciendo una excepción en su caso por sus servicios al Estado». En segundo término —es decir, en el caso de que los legatarios mencionados en primer lugar hubiesen fallecido o estuviesen imposibilitados de heredar por otros motivos— ubicaba a sus nietos y biznietos que eran miembros de la casa Julia y que no habían incurrido en deshonor público. Pero Póstumo había sido desheredado, de modo que sólo quedaba Germánico, como hijo adoptivo de Tiberio y esposo de Agripina, y la propia Agripina y sus hijos, y Cástor, Livila y sus hijos. En ese segundo grupo Cástor debía heredar una tercera parte, y la familia de Germánico las dos terceras partes de la herencia. En tercer término el testamento mencionaba a varios senadores y parientes lejanos, pero como un signo de buena voluntad, antes que como una posibilidad de que se beneficiaran realmente. Augusto no habría podido esperar sobrevivir a tantos herederos del primero y segundo grupos. Los del tercero estaban agrupados en tres categorías: los diez más favorecidos serían los herederos conjuntos de la mitad de las propiedades, los otros cincuenta se repartirían una tercera parte y la tercera clase constaba de otros cincuenta que heredarían el sexto restante. El último nombre de esta lista del último grupo era el de Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, o sea Clau-Clau-Claudio, o Claudio el Idiota, o, como los chiquillos de Germánico ya habían aprendido a llamarlo, «El pobre tío Claudio». En una palabra: yo. No se mencionaba a Julia, ni a Julila, salvo en una cláusula que prohibía que sus cenizas fuesen enterradas en el mausoleo al lado de las suyas, cuando murieran.

Ahora bien, aunque en los veinte años anteriores Augusto se había beneficiado con los testamentos de los viejos amigos a quienes había sobrevivido, en la suma de no menos de ciento cuarenta millones de piezas de oro, y si bien había llevado una vida sencilla, había gastado tanto en templos y en obras públicas, en dádivas y diversiones para el populacho, en guerras de frontera (cuando no quedaba dinero en el tesoro militar) y en otros gastos del Estado, que de los ciento cuarenta millones y de una gran masa de tesoros privados, acumulados de distintas fuentes, sólo quedaban unos quince millones para distribuir, y gran parte de ellos no fácilmente realizables en efectivo. Pero esto no incluía ciertas importantes sumas de dinero, no comprendidas en la propiedad y acumuladas en sacos, en las bóvedas del Capitolio, que habían sido apartadas como legados especiales a reyes confederados, a

senadores y caballeros, a sus soldados y a los ciudadanos de Roma. Todo eso sumaba otros dos millones. También se había apartado una suma para los gastos de su funeral. Todos se sorprendieron ante la pequeñez de la herencia, y comenzaron a circular todo tipo de malignos rumores hasta que se presentaron las cuentas de Augusto y resultó claro que no había habido fraude por parte de los ejecutores de la herencia. Los ciudadanos se mostraron descontentos con sus magras donaciones, y cuando se exhibió una obra memorial en honor de Augusto, a expensas del público, hubo un motín en el teatro. El Senado había sido tan tacaño en los honorarios, que uno de los actores se negó a trabajar por la suma que se le ofrecía. Del descontento en el ejército hablaré en seguida. Pero primero quiero decir algo sobre Tiberio.

Augusto lo había nombrado cónsul y heredero, pero no podía legarle la monarquía, por lo menos en tales términos. Sólo podía recomendarlo al Senado, al cual volvían ahora todos los poderes que había ejercido. El Senado no simpatizaba con Tiberio ni quería que fuese emperador, pero Germánico, a quien habría elegido si hubiera podido hacerlo, estaba ausente. Y los títulos de Tiberio no podían ser pasados por alto.

De manera que nadie se atrevió a mencionar otro nombre que el de Tiberio, y nadie objetó la moción, presentada por los cónsules, según la cual lo invitaban a hacerse cargo de la tarea de Augusto, tal como éste la había dejado. Tiberio dio una respuesta evasiva, subrayando la inmensa responsabilidad que trataban de endosarle y su propia disposición carente de ambiciones. Dijo que sólo el dios Augusto había sido capaz de soportar esa tremenda carga, y que en su opinión era mejor dividir las funciones de Augusto en tres partes, con lo cual también quedaría dividida la responsabilidad.

Senadores ansiosos por granjearse su simpatía declararon que el triunvirato, o gobierno de tres hombres, había sido probado más de una vez en el siglo anterior, y que se había evidenciado que la monarquía era el único remedio contra las guerras civiles. Luego siguió una escena lamentable. Los senadores fingieron llorar y lamentarse, y se abrazaron a las rodillas de Tiberio, implorándole que hiciera lo que le pedían. Tiberio, para cortar por lo sano, dijo que no quería eludir los problemas que se le impusieran, pero se mantuvo en su afirmación de que no estaba a la altura de la tarea. Ya no era joven: tenía cincuenta y seis años de edad y su visión no era muy buena. Todo ello lo hacía para que nadie pudiera acusarlo de precipitarse con demasiada ansiedad sobre el poder, y en especial para que Germánico y Póstumo (dondequiera que estuviesen) quedasen impresionados con la fortaleza de su posición en la ciudad. Porque tenía miedo a Germánico, cuya popularidad en el ejército era infinitamente superior a la de él. No creía que Germánico fuese capaz de tomar el poder por motivos de egoísmo, pero creía que si se llegaba a enterar del testamento escamoteado podía tratar de devolver a Póstumo su herencia y aun de convertirlo en el tercero —Tiberio, Germánico y Póstumo— del nuevo triunvirato. Agripina tenía gran cariño por Póstumo, y Germánico aceptaba sus consejos como Augusto había aceptado los de Livia. Si Germánico marchaba sobre

Roma, el Senado iría en pleno a darle la bienvenida; Tiberio lo sabía. Y en el peor de los casos, comportándose ahora con modestia podía escapar con vida y vivir en un honorable retiro.

El Senado se dio cuenta de que en realidad quería lo que tan modestamente rechazaba, y estaba a punto de renovar sus súplicas cuando Galo intervino con voz práctica:

—Muy bien, Tiberio ¿qué parte del gobierno quieres que se te confíe?

Tiberio se sintió desconcertado por esa pregunta imprevista. Guardó silencio un rato y al cabo dijo:

—El mismo hombre no puede hacer a la vez la división y la elección. Y aunque esto fuese posible, sería poco modesto que yo eligiese o rechazara una rama cualquiera de la administración cuando, como he explicado, en realidad quiero que se me excuse de toda la tarea.

Galo insistió en la ventaja que había obtenido.

—La única división posible del imperio sería: primero, Roma y toda Italia; segundo, los ejércitos, y tercero las provincias. ¿Cuál de estas partes elegirías?

Como Tiberio permaneció callado, Galo continuó:

—Bien. Sé que no hay respuesta para la pregunta. Por eso la formulé. Quería que admitieras con tu silencio que es una tontería hablar de dividir en tres partes un sistema administrativo que ha sido construido, coordinado y centralizado por un solo individuo. O volvemos a la forma republicana de gobierno, o continuamos con la monarquía. Es hacerle perder tiempo al Senado, que en apariencia se ha decidido en favor de la monarquía, seguir hablando de triunviratos. Se te ha ofrecido la monarquía. Tómala o déjala.

Otro senador, un amigo de Galo, dijo:

—Como Protector del Pueblo tienes el poder de vetar la moción de los cónsules según la cual se te ofrece la monarquía. Si en realidad no la quieres, habrías debido usar tu veto hace media hora.

De modo que Tiberio se vio obligado a pedir perdón al Senado y decir que lo repentino e inesperado del honor lo habían abrumado. Pedía permiso para meditar su respuesta un poco más.

El Senado suspendió las deliberaciones y en sucesivas sesiones Tiberio permitió que se le concediesen gradualmente, una por una, todas las funciones de Augusto. Pero jamás usó el nombre de Augusto, que le había sido legado, salvo cuando escribía cartas a reyes extranjeros. Y desalentó toda tendencia a rendirle honores divinos. Hay otra explicación de esta conducta cautelosa, a saber: que Livia se había

jactado en público de que él recibía la monarquía como un regalo de sus manos. Se había jactado no sólo para fortalecer su propia posición como viuda de Augusto, sino también para avisar a Tiberio de que si alguna vez sus delitos surgían a la luz, él sería considerado como su cómplice, ya que era la persona que más se había beneficiado con ellos. Como es natural, él no quería parecerle obligado, sino que prefería que las cosas se presentasen como si la monarquía le hubiese sido impuesta por el Senado, contra su voluntad.

El Senado se mostró profuso en la adulación de Livia y quiso ofrecerle muchos honores extraordinarios. Pero Livia, por ser mujer, no podía concurrir a los debates del Senado y se encontraba ahora legalmente bajo la tutoría de Tiberio; éste era ahora el jefe de la casa Julia. De modo que habiendo rechazado él el título de «Padre de la Patria», rechazó también, en su nombre, el de «Madre de la Patria», que se le había ofrecido, con el pretexto de que la modestia no le permitía aceptarlo. No obstante, temía sumamente a Livia y al principio dependía en absoluto de ella en lo referente al aprendizaje de los secretos interiores del sistema imperial. No se trataba sólo de conocer la rutina. Los expedientes criminales de todos los hombres de importancia de las dos órdenes y de la mayoría de las mujeres importantes, los informes del servicio secreto, de distintos tipos, la correspondencia privada de Augusto con reyes confederados y parientes, las copias de cartas comprometedoras interceptadas pero debidamente enviadas luego: todo eso se encontraba en poder de Livia, escrito en cifra, y Tiberio no podía leerlo sin su ayuda. Pero también sabía que ella dependía en gran medida de él. Existía entre ellos un convenio de reservada colaboración. Livia incluso le agradeció que rechazara el título que se le había ofrecido, diciéndole que había hecho bien. Y a su vez él prometió hacer que le votaran los títulos que se le ocurriesen, en cuanto sus posiciones parecieran seguras. Como prueba de su buena fe, puso su nombre al lado del suyo en todas las cartas de Estado. Como prueba de la suya, Livia le dio la clave del cifrado ordinario, pero no del extraordinario, cuyo secreto, afirmó, había muerto con Augusto. Los expedientes estaban escritos en el cifrado extraordinario.

Y ahora, lo concerniente a Germánico. Cuando se enteró, en Lyon, de la muerte de Augusto, de los términos de su testamento y de la sucesión de Tiberio, sintió que su deber era permanecer fiel al nuevo régimen. Era el sobrino e hijo adoptivo de Tiberio, y si bien no existía un verdadero afecto entre los dos, habían sabido trabajar juntos sin fricción, tanto en el país como durante las campañas. No sospechaba la complicidad de Tiberio en la conspiración que había llevado a Póstumo al destierro; no sabía nada del testamento escamoteado y, además, creía que Póstumo seguía en Planasia, porque Augusto no le había contado a nadie, salvo a Fabio, la visita y el cambio. Sin embargo decidió regresar a Roma en cuanto le fuese posible, a discutir francamente el caso de Póstumo con Tiberio. Explicaría que Augusto le había dicho en privado que pensaba devolver su posición a Póstumo en cuanto pudiera ofrecer al Senado las pruebas de su inocencia, y que si bien la muerte le impidió poner en práctica sus intenciones, era preciso respetarlas. Insistiría en que se llamara a Póstumo de inmediato, en que se le devolvieran sus

propiedades confiscadas y en que se le situara en un puesto honorable. Y finalmente pediría el retiro obligatorio de Livia de los asuntos del Estado, como principal responsable del injusto destierro de Póstumo. Pero antes de que pudiera hacer nada llegaron noticias, de Maguncia, de un motín del ejército en el Rin, y luego, mientras corría a sofocarlo, de la muerte de Póstumo. Este, según se informaba, había sido muerto por el capitán de la guardia, que tenía órdenes de Augusto de no permitir que su nieto lo sobreviviera. Germánico se sintió conmovido y apenado ante la ejecución de Póstumo, pero por el momento no tenía tiempo para pensar en otra cosa que en el motín. Pero puede tenerse la seguridad de que la noticia le causó a Claudio la máxima pena posible, porque el pobre Claudio no carecía por entonces de tiempo libre. Por el contrario, al pobre Claudio le resultaba en ocasiones difícil encontrar ocupación para su mente. Nadie puede escribir durante más de cinco o seis horas diarias, en especial cuando hay muy pocas esperanzas de que alguien lo lea. De modo que me entregué a la congoja. ¿Cómo podía saber que era Clemente quien había sido asesinado, y que no sólo el asesinato no había sido ordenado por Augusto, sino que también Livia y Tiberio eran inocentes?

Porque el hombre en verdad responsable de la muerte de Clemente era un anciano caballero llamado Crispo, el dueño de los Jardines de Salustio y amigo íntimo de Augusto. En Roma, en cuanto se enteró de la muerte de Augusto, no esperó para consultar a Livia y Tiberio en Nola, sino que despachó de inmediato la orden para la ejecución de Póstumo, enviándola al capitán de la guardia de Planasia, con el sello de Tiberio. Este le había confiado un duplicado del suyo, para la firma de algunos papeles de los cuales no había podido ocuparse antes de ser enviado a los Balcanes. Crispo sabía que Tiberio se enojaría, o que fingiría estar enojado, pero explicó a Livia, cuya protección solicitó, que había eliminado a Póstumo al enterarse de una conjura de algunos oficiales de la guardia, que querían enviar un barco para rescatar a Julia y a Póstumo, y llevarlos luego a los regimientos de Colonia. Allí Germánico y Agripina no dejarían de darles la bienvenida y refugio, y luego los oficiales obligarían a Germánico y a Póstumo a marchar sobre Roma. Tiberio enfureció porque su nombre hubiera sido utilizado de esa manera, pero Livia sacó el mejor partido posible de las cosas y fingió que en realidad era Póstumo el hombre a quien habían asesinado. Crispo no fue procesado y se informó al Senado, de manera extraoficial, que Póstumo había muerto por orden de su abuelo deificado, quien había previsto sabiamente que el joven de salvaje temperamento trataría de usurpar el poder supremo en cuanto le llegase la noticia de la muerte de su abuelo; y en verdad lo había hecho así. El motivo que había tenido Crispo para hacer asesinar a Póstumo no era el de conseguir el favor de Tiberio y Livia o el de impedir la guerra civil. Vengaba un insulto. Porque Crispo, que era tan ocioso como rico, se había jactado en una ocasión de que jamás postuló un puesto público, conformándose con ser un simple caballero romano. Póstumo le replicó: «¿Un simple caballero romano, Crispo? Entonces será mejor que tomes unas pocas y simples lecciones romanas de equitación».

Tiberio no se había enterado aún del motín. Escribió a Germánico una carta amistosa en la que se condolía por la pérdida de Augusto, y en la que le decía que Roma esperaba ahora de él y de su hermano adoptivo Cástor la defensa de sus fronteras, ya que él mismo era demasiado viejo para el servicio en el exterior y el Senado lo necesitaba para dirigir los asuntos en Roma. Al escribir acerca de la muerte de Póstumo, decía que deploraba la violencia de la misma, pero que no quería poner en duda la prudencia de Augusto en el asunto. No mencionaba a Crispo. Germánico sólo podía concluir que Augusto había vuelto a cambiar de idea respecto de Póstumo, basado en alguna información sobre la que él mismo no sabía nada, y durante un tiempo se conformó con dejar las cosas como estaban.



XV



El motín del Rin había estallado por simpatía con un motín en las fuerzas de los Balcanes. La desilusión de los soldados con las donaciones que les tocaban según el testamento de Augusto —apenas cuatro meses de paga, tres piezas de oro por hombre— agravó ciertos resentimientos anteriores. Y calcularon que la inseguridad de la posición de Tiberio le obligaría a aceptar cualquier exigencia razonable que le presentaran, con vistas a ganar su favor. Entre las exigencias se incluía un aumento en la paga, un servicio limitado a dieciséis años y un aflojamiento de la disciplina de campamento. La paga era insuficiente, por cierto: los soldados tenían que armarse y equiparse con ella, y los precios habían subido. Y era verdad que el agotamiento de las reservas militares había mantenido en el ejército a millares de soldados que habrían debido ser dados de baja varios años antes, y se había vuelto a llamar a veteranos que no estaban capacitados para el servicio. Además, los destacamentos formados con esclavos recientemente liberados eran tan malos para el combate, que Tiberio había considerado necesario aumentar la disciplina, eligiendo como capitanes

a verdaderos ordenancistas y dándoles órdenes de mantener a los hombres constantemente ocupados en fajina y de emplear a menudo las varas de vid —sus insignias de rango— sobre la espalda de sus soldados.

Cuando la noticia de la muerte de Augusto llegó a oídos de las fuerzas de los Balcanes, había tres regimientos juntos en un campamento de verano, y el general les dio unos días de asueto, relevándoles de desfiles y fajina. Esta experiencia de ociosidad y descanso los trastornó, y se negaron a obedecer a sus capitanes cuando se les ordenó que se reincorporaran al servicio. Formularon ciertas demandas. El general les dijo que no tenía autoridad para concederlas y les previno del peligro que representaba una actitud de rebeldía. Los soldados no hicieron demostración alguna de violencia, pero se negaron a obedecer y finalmente lo obligaron a enviar a su hijo a Roma para transmitir las exigencias a Tiberio. Después de que el hijo saliera del campamento, para su misión, el desorden aumentó. Los hombres menos disciplinados comenzaron a saquear el campamento y las aldeas vecinas, y cuando el general arrestó a los cabecillas, los demás irrumpieron en el cuarto de guardia y los pusieron en libertad, matando luego a un capitán que trató de oponérseles. Ese capitán tenía como apodo «El Viejo Dame Otra», porque después de quebrar un sarmiento de vid en la espalda de un soldado pedía otro y otro más. Cuando el hijo del general llegó a Roma, Tiberio envió a Cástor en su apoyo, a la cabeza de dos batallones de la guardia, un escuadrón de caballería de la guardia y la mayoría de los batallones imperiales, que eran germanos. Un oficial de estado mayor llamado Seyano, hijo del comandante de la guardia y uno de los pocos íntimos de Tiberio, iba con Cástor como lugarteniente, más adelante escribiré algo sobre este Seyano. Al llegar Cástor se dirigió a los soldados en forma digna e intrépida, y les leyó una carta de su padre, en la que prometía ocuparse de los invencibles regimientos con los cuales había compartido tantos peligros y tantas guerras, y que negociaría con el Senado sus exigencias en cuanto se hubiese recuperado de su pena por la muerte de Augusto. Entretanto, escribía, su hijo les concedería cuanto pudiese, el resto quedaría en manos del Senado.

Los amotinados hicieron que uno de sus capitanes actuase como portavoz y presentara las exigencias, porque ningún soldado se atrevía por miedo a ser distinguido luego como cabecilla del grupo. Cástor dijo que lo lamentaba mucho, pero que el límite de dieciséis años de servicio, el licenciamiento de los veteranos y el aumento de la paga a una pieza de plata por día eran peticiones que él no tenía autoridad para conceder. Sólo su padre y el Senado podían hacer tales concesiones.

Esto puso a los hombres de muy mal humor. Preguntaron para qué demonios había ido entonces, si no tenía poder para hacer nada en su favor. Su padre Tiberio, dijeron, también les hacía la misma jugarreta cada vez que le presentaban sus quejas: se ocultaba detrás de Augusto y el Senado. ¿Qué era el Senado, a fin de cuentas? Un hatajo de ociosos inútiles, la mayoría de los cuales se morirían de miedo si viesen alguna vez un escudo enemigo o una espada blandida coléricamente. Comenzaron a arrojar piedras a los acompañantes de Cástor y la

situación se tornó peligrosa. Pero un azar afortunado modificó el aspecto de las cosas. Hubo un eclipse de luna, esa noche, cosa que afectó al ejército —todos los soldados son supersticiosos— de forma sorprendente. Tomaron el eclipse como un signo de que el Cielo estaba enojado con ellos por el asesinato del «Viejo Dame Otra» y por su desafío a la autoridad. Entre los amotinados había algunos leales infiltrados, y uno de ellos se presentó a Cástor para sugerirle que reuniese a otros como él y los enviase a las tiendas de los soldados en grupos de dos o tres, que debían hacer que los hombres recuperasen la sensatez. Así se hizo. Por la mañana había un ambiente muy distinto en el campamento, y Cástor, si bien consintió en enviar otra vez al hijo del general con las mismas demandas a Tiberio, firmadas por él mismo, arrestó a los dos hombres que parecían haber iniciado el motín y los ejecutó públicamente. Los demás no protestaron, e incluso entregaron voluntariamente a los cinco asesinos del capitán como prueba de su fidelidad, pero siguieron negándose con firmeza a participar en los desfiles o a hacer nada que no fuesen las tareas más necesarias hasta que llegase una respuesta de Roma. Cambió el tiempo y una lluvia incesante inundó el campamento, fue imposible que los hombres se comunicaran de tienda a tienda. Eso fue entendido como una nueva advertencia del Cielo, y antes de que el mensajero tuviese tiempo de regresar, el motín había terminado y los regimientos marchaban, obedientes, a sus cuarteles de invierno, al mando de sus oficiales.

Pero el motín del Rin fue mucho más grave. La Germania romana estaba ahora limitada al este por el Rin y dividida en dos provincias, la Superior y la Inferior. La capital de la provincia Superior, que se extendía hasta Suiza, era Maguncia, y la de la Inferior, que llegaba por el norte hasta Scheldt y Sambre, era Colonia. Un ejército de cuatro regimientos ocupaba cada una de las provincias, y Germánico era su comandante en jefe. En un campamento de verano del ejército Inferior estallaron desórdenes. Las quejas eran las mismas que las del ejército de los Balcanes, pero la conducta de los amotinados fue mucho más violenta debido a la mayor proporción de libertos de la ciudad recién reclutados. Dichos libertos seguían siendo esclavos por naturaleza, y estaban acostumbrados a una vida más ociosa y lujosa que los ciudadanos nacidos libres, en su mayoría campesinos pobres, que constituían la columna vertebral del ejército. Eran soldados malísimos, y su ínfima capacidad militar no estaba mejorada por ningún espíritu de cuerpo regimental. Porque no se trataba de regimientos que hubiesen estado a las órdenes de Germánico en la reciente campaña; eran hombres de Tiberio.

El general perdió la cabeza y no logró contener la insolencia de los amotinados, que se apiñaron a su derredor con quejas y amenazas. Su nerviosismo los estimuló a caer sobre sus capitanes más odiados, unos veinte, a quienes mataron a golpes con sus propios sarmientos de vid, arrojando luego los cadáveres al Rin. A los demás los insultaron y se burlaron de ellos y los expulsaron del campamento. Casio Querea fue el único oficial superior que trató de oponerse a esa conducta monstruosa e inaudita. Fue atacado por un grupo grande, pero en lugar de huir o suplicar, se precipitó hacia ellos con la espada desenvainada, asestando

mandobles a izquierda y derecha, y se abrió paso hasta llegar a la sagrada plataforma del tribunal, donde sabía que ningún soldado se atrevería a tocarlo.

Germánico no tenía batallones de la guardia que pudiesen apoyarlo, pero se dirigió en el acto al campamento amotinado, acompañado sólo de un reducido estado mayor. Todavía no estaba enterado de la matanza. Los hombres se agruparon en torno de él, en masa, como lo habían hecho con el general, pero Germánico se negó serenamente a decirles nada hasta que formaran correctamente en compañías y batallones, bajo sus banderas, para que pudiese saber a quién se dirigía. Una vez que estuvieron en formación militar, les volvió cierto sentido de la disciplina, y si bien con el asesinato de sus oficiales habían perdido toda esperanza de que los perdonara o pudiera tenerles confianza, sintieron de pronto cariño hacia él, porque era un hombre valiente, humano y razonable. Un anciano veterano —había muchos de ellos que habían servido en Alemania veinticinco y treinta años— gritó: «¡Cómo se parece a su padre!». Y otro: «Tiene que ser muy bueno para ser tan bueno como el padre». Germánico empezó, con un tono de voz de conversación ordinaria, por pedir más atención. Habló primero de la muerte de Augusto y de la gran pena que había provocado, pero les aseguró que Augusto había dejado tras de sí una obra indestructible y un sucesor capaz de continuar con el gobierno y de dirigir los ejércitos en la forma en que él mismo habría querido dirigirlos.

—Ninguno de vosotros desconoce las gloriosas victorias de mi padre en Germania. Muchos las habéis compartido.

—Nunca hubo mejor general o mejor hombre —gritó un veterano—. ¡Vivan los Germánicos, padre e hijo!

Una muestra de la extrema sencillez de mi hermano es el hecho de que no se dio cuenta del efecto que tenían sus palabras. Cuando hablaba de su padre se refería a Tiberio (a quien a menudo se denominaba también Germánico), pero los veteranos entendieron que se refería a su verdadero padre; y por sucesor de Augusto entendía, una vez más, a Tiberio, pero los veteranos creyeron que hablaba de sí mismo. Inconsciente de estos malentendidos, continuó hablando de la armonía que predominaba en Italia y de la fidelidad de los franceses, por cuyo territorio acababa de pasar, y dijo que no podía entender ese repentino sentimiento de pesimismo que se había apoderado de ellos. ¿Qué les sucedía? ¿Qué habían hecho con sus capitanes, coroneles y generales? ¿Por qué no estaban esos oficiales con ellos? ¿Habían sido realmente expulsados del campamento, como tenía entendido?

—Algunos de nosotros todavía estamos vivos y en pie, César —dijo alguien, y Casio apareció cojeando por entre las filas y saludó a Germánico:

—¡No muchos! Me arrancaron del tribunal y me mantuvieron atado en la sala de guardia, sin comer, durante los cuatro últimos días. Un viejo soldado ha tenido la bondad de soltarme ahora.

—¡Tú, Casio! ¡Te hicieron eso a ti! ¿Al hombre que trajo a los ochenta de vuelta del bosque de Teutoburgo? ¿Al hombre que salvó el puente del Rin?

—Bueno, por lo menos me perdonaron la vida.

Germánico preguntó con horror en la voz:

—Soldados ¿es cierto eso?

—Se lo había buscado —gritó alguien, y entonces se armó un tremendo alboroto. Algunos hombres se desnudaron para mostrar las limpias cicatrices plateadas de honorables heridas en el pecho y las descoloridas marcas de azotes en la espalda. Un anciano decrépito se separó de las filas y, corriendo hacia adelante, se abrió la boca con los dedos para mostrar las encías desnudas. Luego vociferó:

—No puedo comer galletas sin dientes, general, y no puedo marchar ni combatir alimentándome con sopas. He servido a las órdenes de tu padre en su primera campaña de los Alpes, y ya para entonces tenía seis años de servicio a mis espaldas. Tengo dos nietos sirviendo en la misma compañía que yo. Dame la baja, general. ¡Te he tenido en mis rodillas cuando eras pequeño! Y mira, general, tengo una hernia y me exigen que marche treinta kilómetros con cincuenta kilos de peso a la espalda.

—¡Vuelve a las filas, Pomponio! —ordenó Germánico, quien reconoció al anciano y se escandalizó de verlo aún bajo las armas—. ¿Qué es eso? Más tarde examinaré tu caso. ¡Por amor del cielo, da un buen ejemplo a los soldados jóvenes!

Pomponio saludó y volvió a las filas. Germánico levantó la mano pidiendo silencio, pero los hombres continuaron gritando acerca de la paga y de las fajinas innecesarias que se les imponían, de modo que apenas les quedaba un momento libre, desde la mañana hasta la noche, y que la única licencia que se le otorgaba a un hombre era cuando caía muerto de vejez. Germánico no hizo intento alguno de hablar hasta que se hizo de nuevo el silencio. Entonces dijo:

—En nombre de mi padre Tiberio, os prometo justicia. Vuestro bienestar interesa a su corazón tanto como al mío, y lo que se pueda hacer por vosotros, sin peligro para el imperio, él lo hará. ¡Yo respondo de ello!

—¡Oh, al demonio con Tiberio! —bramó alguien, y el grito fue repetido por todas partes con gruñidos y abucheos. Y de pronto todos rompieron a gritar—: ¡Arriba Germánico! Tú eres el emperador para nosotros. ¡Arroja a Tiberio al Tíber! ¡Arriba Germánico! ¡Germánico emperador!

¡Al demonio con Tiberio! ¡Al demonio con esa perra de Livia! ¡Arriba Germánico! ¡Marchemos a Roma! ¡Somos tus soldados! ¡Arriba, Germánico, hijo de Germánico! ¡Germánico emperador!

Germánico se sintió anonadado.

—¿Estáis locos, hombres? —gritó—. ¿Qué creéis que soy, un traidor?

Un veterano vociferó:

—¡Nada de eso, general! Acabas de decir que continuarías con la labor de Augusto. ¡No te retractes!

Germánico se dio cuenta entonces de su error, y cuando los gritos de «Arriba Germánico» continuaron, saltó de la plataforma del tribunal y corrió hacia donde estaba atado su caballo, con la intención de montar y alejarse galopando de ese maldito campamento. Pero los hombres desenvainaron las espadas y le cortaron el paso.

Germánico, fuera de sí, gritó:

—Dejadme pasar, u os juro por Dios que me mataré.

—Para nosotros tú eres el emperador —le contestaron. Germánico sacó la espada, pero alguien lo cogió del brazo. Para cualquier hombre decente resultaba claro que Germánico hablaba en serio, pero muchos de los ex esclavos pensaron que sólo se trataba de un gesto hipócrita de modestia y virtud. Uno de ellos rio y aulló:

—Ten, toma mi espada. ¡Es más afilada!

El anciano Pomponio, que se encontraba al lado del individuo, se encolerizó y le propinó un puñetazo en la boca. Germánico fue llevado por sus amigos a la tienda del general. Este se hallaba echado en la cama, acongojado, con la cabeza cubierta por la colcha. Pasó un rato largo antes de que pudiera levantarse y presentar sus respetos a Germánico. Su vida y la de su estado mayor habían sido salvadas por sus guardias de corps, mercenarios de la frontera suiza.

Llevó a cabo una apresurada reunión. Casio le dijo a Germánico que por una conversación que había escuchado mientras se encontraba en el cuerpo de guardia, los amotinados tenían la intención de enviar una delegación a la provincia Superior, para conseguir su colaboración en una rebelión militar general. Se hablaba de dejar el Rin desprotegido y de marchar a Francia, saquear ciudades, llevarse a las mujeres y establecer un reino militar independiente en el sudoeste, protegido en su retaguardia por los Pirineos. Roma quedaría paralizada con este movimiento, y no los molestaría durante el tiempo suficiente para hacer que su reino resultase inexpugnable.

Germánico decidió ir en el acto a la provincia Superior y hacer que sus regimientos jurasen fidelidad a Tiberio. Eran las tropas que en fecha reciente habían servido a las órdenes de éste, y creía que seguirían siéndole leales si llegaba antes que la delegación de los amotinados. Tenían los mismos motivos de queja en cuanto a la paga y el servicio, él lo sabía, pero sus capitanes eran mejores, hombres elegidos por él por su paciencia y sus cualidades militares, antes que por su reputación. Pero primero había que hacer algo para tranquilizar a los regimientos sublevados. No había más que una solución. Cometió el primer y único delito de su vida: falsificó una carta supuestamente proveniente de Tiberio, y se la hizo entregar en la tienda a la mañana siguiente. El correo había salido en secreto durante la noche, con instrucciones de robar un caballo de la caballería, hacer treinta kilómetros hacia el sudoeste y luego volver galopando a toda velocidad por otra ruta.

La carta decía que Tiberio se había enterado de que los regimientos de Germania expresaban ciertas justas quejas, y que él estaba ansioso por solucionarlas. Haría que el legado de Augusto les fuese pagado enseguida y, como prueba de confianza en su lealtad, duplicaría la suma sacando la diferencia de su propio bolsillo. Negociaría con el Senado el aumento de la paga. Daría la licencia inmediata a todos los hombres con veinte años de servicio, y la licencia selectiva a los que hubiesen completado dieciséis años de servicio. Estos últimos no cumplirían deber militar alguno, salvo el de guarnición.

Germánico no era un embustero tan hábil como su tío Tiberio, su abuela Livia o su hermana Livila. El caballo del correo fue reconocido por su dueño, lo mismo que el correo, uno de los servidores de Germánico. Circuló el rumor de que la carta era un fraude. Pero los veteranos eran partidarios de tratarla como auténtica y de pedir en el acto la licencia y el legado prometidos. Así lo hicieron, y Germánico contestó que el emperador era un hombre de palabra y que las licencias podían ser concedidas ese mismo día. Pero les pidió que tuvieran paciencia en cuanto al legado, que sólo podría ser pagado cuando volviesen a los campamentos de invierno. No había suficiente dinero en el campamento, dijo, para que todos los soldados recibieran sus seis piezas de oro, pero él se ocuparía de que el general entregase todo lo que hubiera. Esto los tranquilizó, aunque las opiniones se habían vuelto en cierta medida contra Germánico, que no era el hombre por quien lo tenían. Temía a Tiberio, dijeron, y era capaz de cometer una falsificación. Enviaron patrullas a buscar a sus capitanes y se comprometieron a obedecer otra vez a sus generales. Germánico había dicho al general que lo haría procesar ante el Senado por cobardía, si no se dominaba de inmediato.

Y así, después de ocuparse de que las licencias fuesen concedidas en debida forma y de que se distribuyese todo el dinero disponible, Germánico se dirigió a la provincia Superior. Encontró a los regimientos esperando noticias de lo que sucedía en la provincia Inferior, pero aún no se habían amotinado abiertamente porque Silo, su general, era un

hombre de voluntad férrea. Germánico les leyó la misma carta falsificada y les ordenó jurar fidelidad a Tiberio, cosa que hicieron.

Hubo gran emoción en Roma cuando llegaron las noticias del motín del Rin. Tiberio, que había sido enérgicamente criticado por enviar a Cástor a dominar el motín de los Balcanes —que todavía no había sido sofocado— en lugar de ir él mismo, fue abucheado en las calles, y se le preguntó por qué las tropas sublevadas eran las que había mandado él personalmente, en tanto que las otras se mantenían fieles. (Porque el regimiento que Germánico había mandado en Dalmacia tampoco se había rebelado). Se le dijo que fuese a Germania enseguida y que hiciese su propio trabajo sucio con las tropas del Rin, en lugar de endosárselo a Germánico. Entonces informó al Senado de que iría a Germania, e inició lentos preparativos, eligió su estado mayor y organizó una pequeña flota. Pero para cuando todo estuvo preparado, la proximidad del invierno hizo peligrosa la navegación, y las noticias procedentes de Germania eran mejores. De modo que no partió. En realidad nunca había tenido intención de partir.

Entretanto yo había recibido una carta urgente de Germánico, en la que me pedía que obtuviera lo antes posible doscientas mil piezas de oro de sus bienes personales, pero con el máximo sigilo; eran necesarias para la seguridad de Roma. No decía más, pero me enviaba un poder firmado, que me permitía actuar en su nombre. Fui a ver a su administrador principal, quien me dijo que sólo podía conseguir la mitad de esa suma sin vender propiedades, y que vender propiedades provocaría murmuraciones, cosa que evidentemente Germánico quería evitar. De modo que yo mismo tuve que buscar el resto: cincuenta mil de mi caja fuerte —con lo que sólo me quedaban diez mil después de haber pagado mi iniciación en el nuevo sacerdocio— y otras cincuenta mil de la venta de algunas propiedades en la ciudad, que me había dejado mi padre —por fortuna ya tenía una oferta para ellas— y de todos los esclavos de que pude prescindir, mujeres y hombres a quienes no consideraba especialmente dedicados a mi servicio. Envié el dinero inmediatamente, dos días después de haber recibido la carta pidiéndolo. Mi madre se enfureció cuando se enteró de que las propiedades habían sido vendidas, pero yo no podía decirle para qué hacía falta el dinero, de modo que le dije que había estado jugando a los dados con apuestas demasiado elevadas, y que al tratar de recuperarme de mis fabulosas pérdidas había perdido casi el doble. Me creyó, y «jugador» fue otro palo que desde entonces empleó para golpearme. Pero el pensamiento de que no le había fallado a Germánico o a Roma fue una amplia compensación para sus pullas.

Tengo que decir que en esa época jugaba bastante, pero nunca ganaba ni perdía mucho. Jugaba para descansar de mi trabajo. Después de terminar mi historia sobre las reformas religiosas de Augusto escribí un libro breve, humorístico, sobre el juego de dados, dedicado a la divinidad de Augusto, para burlarme de mi madre. Citaba una carta que Augusto, que era muy aficionado al juego de dados, había escrito en una ocasión a mi padre, en la que le decía cuánto se había divertido con la

partida de la noche anterior, porque mi padre era el mejor perdedor que jamás había conocido. Mi padre, decía, se quejaba, riendo, contra el destino cada vez que le salía el Perro, pero si otro de los jugadores sacaba Venus parecía tan encantado como si lo hubiera sacado él mismo. «En verdad es un placer ganarte, mi querido amigo, y decir esto es el mejor elogio que puedo concederle a un hombre, porque por lo general lamento ganar, por el conocimiento que ello me proporciona de la personalidad de mis amigos supuestamente más abnegados. Todos, salvo los mejores, se duelen de perder conmigo porque yo soy el emperador y —suponen— poseo enormes riquezas, y es evidente que los dioses no deben dar más a los hombres que ya tienen mucho. Por lo tanto tengo por norma —quizá ya lo habrás advertido— cometer siempre un error de cálculo después de una vuelta de tiros. O bien pido menos de lo que he ganado, como por equivocación, o pago más de lo que debo, y muy pocos, aparte de ti, son lo bastante honrados como para corregirme». (Me habría gustado citar otro pasaje en que había una referencia a lo malo que era Tiberio como jugador, pero, por supuesto, no podía hacerlo).

En ese libro comenzaba con una investigación fingidamente seria acerca de la antigüedad de los dados, citaba a algunos autores inexistentes y describía varias formas de agitar el cubilete. Pero el tema principal era, por supuesto, el de ganar y perder, y el título de la obra era *Cómo ganar a los dados* . Augusto había escrito en una carta que cuanto más trataba de perder más parecía ganar, e incluso cuando se hacía trampas a sí mismo en los cálculos muy pocas veces se levantaba de la mesa más pobre de lo que se había sentado a ella. Cité también una afirmación contraria, atribuida por Polión a mi abuelo Antonio, en el sentido de que cuanto más trataba de ganar en el juego de dados, más parecía perder. Uniendo las dos afirmaciones, deducía que la ley fundamental del juego de dados era la de que los dioses, si no tenían algún encono con él por otro motivo, siempre dejaban que ganase el hombre al que menos le importaba ganar. Por consiguiente, la única forma de ganar a los dados era cultivar un auténtico deseo de perder. Escrito con estilo pesado, parodia de mi espantajo Catón, era, me complazco en creerlo, un libro gracioso, ya que el argumento resultaba perfectamente paradójico. Citaba el antiguo proverbio que promete a un hombre mil piezas de oro cada vez que se encuentre con un extraño montado en una mula torda, pero sólo con la condición de que no piense en la cola de la mula hasta después de haber recibido el dinero. Abrigaba la esperanza de que ese trabajo humorístico gustase a las personas que encontraban indigestas mis historias. Lamentablemente, no fue así. No se leyó como una obra humorística. Habría debido darme cuenta de que los lectores chapados a la antigua, educados con las obras de Catón, no eran precisamente los que podían gozar con una parodia del estilo de su héroe y que la joven generación, que no se había educado con Catón, no la reconocería como una parodia. Por lo tanto el libro fue considerado una producción fantásticamente aburrida y estúpida, escrita con lamentable seriedad y que demostraba, más allá de toda duda, mi tan rumoreada incapacidad mental.

Pero ésta ha sido una digresión inoportuna. Por así decirlo, he dejado a Germánico esperando ansiosamente el dinero y me he puesto a escribir un libro sobre el juego de dados. Creo que, si viviese, el viejo Atenodoro me habría criticado con severidad.



XVI



En Bonn, Germánico fue recibido por una delegación de senadores enviada por Tiberio. En realidad iban a ver si Germánico había exagerado o disminuido la gravedad del motín. También llevaban una carta personal de Tiberio, que aprobaba las promesas hechas a los hombres en su nombre, con excepción del aumento del legado, que ahora tendría que ser prometido a todo el ejército, y no sólo a los regimientos de Germania. Tiberio felicitaba a Germánico por el aparente éxito de la treta, pero deploraba la falsificación. Agregaba que dependía de la conducta de los soldados el que cumpliese con las promesas. (No quería decir con esto, como supuso Germánico, que cumpliría las promesas si los hombres volvían a la obediencia, sino todo lo contrario). Germánico contestó en el acto disculpándose por los gastos involucrados en el aumento del legado, pero explicaba que el dinero se pagaba de su propio bolsillo y que los hombres no sabrían que su benefactor no era Tiberio; y que en la carta fraguada había aclarado que sólo los regimientos de Germania se beneficiarían, ya que el pago era una recompensa por el éxito de su reciente campaña del Rin. En

cuanto a las otras promesas específicas, los veteranos con veinte años de servicios ya habían sido dados de baja y permanecerían en el ejército hasta que llegase el dinero.

Germánico no podía soportar esa pesada carga sobre sus bienes, y me escribió que durante un tiempo no le pidiese el pago de los cincuenta mil. Le respondí que no habían sido un préstamo, sino un regalo que me enorgullecía de haber podido hacer. Pero volvamos al orden de los acontecimientos. Dos de los regimientos se encontraban en sus cuarteles de invierno, en Bonn, cuando llegó la delegación. Su marcha de regreso, a las órdenes del general, había constituido un espectáculo desastroso: los sacos que contenían el dinero fueron atados a largas pértigas y llevados boca abajo, entre las banderas. Los otros dos regimientos se negaron a salir del campamento de verano hasta que se les pagara todo el legado. Los regimientos de Bonn, el Primero y el Vigésimo, sospecharon que la delegación había sido enviada para cancelar las concesiones y volvieron a rebelarse. Algunos de ellos eran partidarios de dirigirse a su nuevo reino de inmediato, y a medianoche un grupo irrumpió en las habitaciones de Germánico, donde el Águila del Vigésimo regimiento se guardaba en un altar, y, sacando a Germánico de la cama, le arrancaron la llave del altar de la delgada cadena de oro que llevaba al cuello, abrieron el altar y se apoderaron del Águila. Mientras marchaban gritando por las calles, llamando a sus camaradas a que «siguiesen al Águila», se encontraron con los senadores de la delegación, quienes habían oído el alboroto y corrían a pedir protección a Germánico. Los soldados los maldijeron y desenvainaron las espadas. Los senadores cambiaron de dirección y corrieron hacia los cuarteles del Primer Regimiento, donde se refugiaron junto al Águila. Pero sus perseguidores estaban locos de ira y de vino, y si el portador del Águila no hubiese sido un hombre valiente, y además un buen espadachín, el jefe de la delegación habría terminado con el cráneo partido, crimen imperdonable que habría puesto fuera de la ley al regimiento y que hubiese sido la señal de la guerra civil en todo el país.

Los desórdenes continuaron toda la noche, pero por fortuna sin derramamiento de sangre, salvo como resultado de pendencias de borrachos entre compañías rivales de soldados. Cuando llegó el alba, Germánico dijo al corneta que tocase a reunión y subió a la plataforma del tribunal, poniendo al jefe de la delegación senatorial a su lado. Los hombres estaban nerviosos, de humor culpable e irritado, pero la valentía de Germánico los fascinó. Este se irguió, ordenó que se hiciera silencio y luego lanzó un enorme bostezo. Se cubrió la boca con la mano y se disculpó, diciendo que no había podido dormir bien por el ruido que aquella noche hicieron los ratones en su dormitorio. A los hombres les gustó el chiste y rieron.

«Por suerte ha llegado la mañana. Jamás pasé una noche tan mala. En un momento dado soñé que el Águila del Vigésimo había volado. ¡Qué alegría volver a verla en la formación! Hubo espíritus destructivos aleteando sobre el campamento, enviados sin duda por algún dios al que hemos ofendido. Todos vosotros sentisteis la locura, y sólo un milagro os

impidió cometer un crimen sin paralelo en la historia de Roma; ¡el asesinato de un embajador de nuestra ciudad, que se había refugiado de vuestras espadas al amparo de las deidades del regimiento!».

Luego explicó que la delegación había ido nada más que para confirmar las promesas de Tiberio en nombre del Senado y para informarse de si eran fielmente ejecutadas por él mismo.

«Bien, ¿y qué pasa entonces? ¿Dónde está el resto del legado?», gritó alguno, y el grito fue repetido. «¡Queremos nuestro dinero!».

Pero por fortuna los carros con el dinero fueron divisados en ese momento; llegaban al campamento acompañados por una tropa auxiliar de caballería. Germánico aprovechó la situación para enviar a los senadores, deprisa, de vuelta a Roma, bajo la escolta de los mismos auxiliares. Luego vigiló la distribución del dinero, resultándole difícil impedir que algunos de los hombres se apoderasen de los fondos destinados a otros regimientos.

El desorden aumentó esa tarde. Tanto oro en manos de los soldados significaba bebida y juego. Germánico decidió que no estaba bien que Agripina, que se encontraba con él, siguiese en el campamento. Ella estaba embarazada otra vez y aunque sus hijos, mis sobrinos Nerón y Druso, se hallaban aquí, en Roma, con mi madre y conmigo, tenía al pequeño Cayo consigo. El hermoso niño se había convertido en la mascota del ejército y alguien le había confeccionado un traje de soldado en miniatura, con peto, espada, escudo y casco. Todos lo malcriaban. Cuando la madre le ponía la ropa y las sandalias comunes, rompía a llorar y pedía su espada y sus botitas para ir a visitar las tiendas. De modo que le pusieron de sobrenombre Calígula, o sea Botitas.

Germánico insistió en que Agripina se fuese, aunque ella juró que no tenía miedo a nada y que prefería morir con él allí a recibir, en un lugar seguro, noticias de su asesinato por los amotinados. Pero él le preguntó si le parecía que Livia sería una buena madre para sus hijos huérfanos, y esto la decidió a hacer lo que le pedía. La acompañaron varias esposas de oficiales, con sus hijos, todas llorando y llevando ropas de luto. Atravesaron lentamente, a pie, el campamento, sin sus habituales servidores, como fugitivos de una ciudad condenada. Un solo carro tosco, tirado por una mula, era todo su transporte. Casio Querea las acompañaba como único guía y protector. Calígula cabalgaba sobre la espalda de Casio como sobre un corcel, gritando y haciendo en el aire, con su espada, las estocadas y paradas reglamentarias, como le habían enseñado los hombres de caballería. Salieron del campamento de mañana, muy temprano, y muy pocos los vieron partir, porque no había guardia en los portones y nadie se tomaba ahora la molestia de tocar diana, ya que la mayoría de los hombres dormían como cerdos hasta las diez u once de la mañana. Unos pocos soldados de edad que madrugaban estaban fuera del campamento, recogiendo leña para el fuego, y preguntaron adónde se iban las señoras.

—¡A Tréveris! —gritó Casio—. El comandante en jefe pone a su esposa e hijo bajo la protección de los incivilizados pero leales aliados franceses de Tréveris, antes de correr el riesgo de que los asesinen los hombres del famoso Primer Regimiento. Diles eso a tus camaradas.

Los ancianos soldados corrieron al campamento y uno de ellos, el viejo Pomponio, se apoderó de una trompeta y dio la alarma. Los hombres salieron de sus tiendas, semidormidos, espada en mano.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido?

—Lo han sacado de aquí. Nuestra suerte ha terminado, y no volveremos a verlo.

—¿Quién? ¿A quién han sacado?

—A nuestro chico. A Botitas. Su padre dice que no puede confiar en el Primer Regimiento, de modo que lo envía a los malditos aliados franceses. Dios sabe qué le sucederá allí. Su madre también se ha ido. Está embarazada de siete meses y viaja a pie, como una esclava, pobre mujer. ¡Muchachos! ¡La esposa de Germánico e hija del viejo Agripa, a quien llamábamos El Amigo de los Soldados! Y nuestro Botitas.

Los soldados son en verdad una raza extraordinaria de hombres, duros como el cuero de los escudos, supersticiosos como los egipcios y sentimentales como las abuelas sabinas. Diez minutos después había unos dos mil hombres sitiando la tienda de Germánico, en un ebrio éxtasis de pena y arrepentimiento, implorándole que hiciese volver a su esposa con el querido chiquillo.

Germánico salió con el rostro pálido y colérico, y les dijo que no volvieran a molestarle. Se habían deshonrado a sí mismos, le habían deshonrado a él y al nombre de Roma, y no podría volver a tenerles confianza mientras viviera. No le habían hecho ningún favor cuando le arrancaron la espada en el momento en que estaba por clavársela en el pecho.

—¡Dinos qué debemos hacer, general! Haremos lo que nos ordenes. Juramos que no volveremos a amotinarnos. Perdónanos. Te seguiremos hasta el fin del mundo. Pero devuélvenos a nuestro compañerito de juegos.

—Mis condiciones son las siguientes —dijo Germánico—. Deberéis jurar fidelidad a mi padre Tiberio, y separar de entre vosotros a los hombres culpables de la muerte de los capitanes, del insulto a la delegación y del robo del Águila. Si lo hacéis, tendréis mi perdón, hasta tal punto, que os devolveré al compañero de juegos. Pero mi esposa no debe volver a acostarse en este campamento hasta que haya sido purificado de su culpa. Su momento de dar a luz está cerca ahora y no quiero que una influencia maligna nuble la vida del niño. Pero puedo enviarla a Colonia, y no a Tréveris, si no queréis que se diga que la confié a la protección de

los bárbaros. Mi perdón total sólo os será concedido cuando hayáis borrado el recuerdo de vuestros sangrientos crímenes con una victoria más sangrienta sobre los enemigos de la patria, los germanos.

Juraron cumplir con sus condiciones. De modo que envió a un mensajero para que alcanzara a Agripina y Casio. Debía explicar las cosas y llevar a Calígula de vuelta. Los hombres corrieron a las tiendas y llamaron a todos los camaradas leales a que se les unieran y arrestaran a los cabecillas del motín. Unos cien hombres fueron apresados y llevados al tribunal, en torno al cual los restos de los dos regimientos formaron el cuadro, con las espadas desenvainadas. Un coronel hizo que cada uno de los prisioneros subiese por turno a un tosco patíbulo que había sido instalado al lado del tribunal, y si los hombres de su compañía lo consideraban culpable, lo arrojaban al suelo y era decapitado por ellos. Germánico no dijo una palabra durante las dos horas que duró este juicio informal; permaneció sentado, con los brazos cruzados y el rostro impasible. Todos los prisioneros, salvo unos pocos, fueron declarados culpables.

Cuando cayó la última cabeza y los cadáveres fueron sacados del campamento, para ser quemados, Germánico llamó a todos los capitanes, por turno, al tribunal y les pidió que le diesen detalles sobre su servicio. Si tenían una buena hoja y no habían sido designados por favoritismo, Germánico recurría a los veteranos de la compañía para conocer la opinión que tenían del capitán. Si les daban buenos informes y el coronel no tenía nada contra él, el hombre era confirmado en su rango. Pero si sus antecedentes eran malos, o si había quejas de los hombres de su compañía, se le degradaba y Germánico pedía a la compañía que eligiese al mejor de entre ellos para reemplazarlo. Les agradeció su colaboración y les pidió que hiciesen el juramento de lealtad a Tiberio. Los soldados lo hicieron con solemnidad y un momento más tarde lanzaron enérgicos vítores. Vieron que el mensajero de Germánico volvía al galope, y sentado delante de él, gritando con su voz chillona, venía Calígula, agitando su espada de juguete.

Germánico abrazó al niño y dijo que tenía que agregar una cosa más. Mil quinientos veteranos habían sido dados de baja de los dos regimientos, de acuerdo con las instrucciones de Tiberio. Pero si alguno de ellos, dijo, quería su perdón total, que sus camaradas conquistarían muy pronto cruzando el Rin y vengando la derrota de Varo, podían ganarlo. Permitiría que los hombres más activos se reengancharan en sus antiguas compañías, en tanto que los que sólo estaban en condiciones de llevar a cabo el servicio de guarnición podían alistarse en una fuerza especial para prestar servicio en el Tirol, donde últimamente se había informado de peligrosas incursiones de germanos. ¿Se podrá creer? Todos los hombres se adelantaron y más de la mitad se ofrecieron voluntariamente para el servicio activo al otro lado del Rin. Entre los voluntarios activos estaba Pomponio, quien protestó que era tan competente como cualquier otro hombre del ejército, a pesar de sus encías desnudas y de su hernia. Germánico lo nombró su ordenanza y puso a los nietos en la guardia de corps. De manera que todo volvió a

ir bien en Bonn, y los soldados le dijeron a Calígula que él había sofocado el motín sin ayuda de nadie, y que algún día sería un gran emperador y conquistaría magníficas victorias, cosa que resultaba muy mala para él, porque, como ya he dicho, el niño estaba muy mal criado.

Pero todavía quedaban dos regimientos, acantonados en un lugar llamado Xanten, a los que había que devolver la sensatez. Continuaron comportándose con rebeldía, incluso después de que se les pagó el legado, y su general no podía hacer nada con ellos. Cuando llegaron noticias del cambio operado en los regimientos de Bonn, los principales amotinados se sintieron seriamente alarmados por su propia seguridad y empujaron a sus camaradas a nuevos actos de violencia y depredación. Germánico hizo saber al general que bajaría por el Rin en el acto, al frente de una fuerza poderosa, y que si los hombres leales que quedaban a sus órdenes no seguían rápidamente el ejemplo de los regimientos de Bonn y ejecutaban a los alborotadores, pasaría a todos por la espada, sin discriminaciones. El general leyó la carta en privado a los portaestandartes, a los oficiales subalternos y a unos pocos soldados dignos de confianza, y les dijo que tenían poco tiempo para actuar, porque Germánico podía llegar en cualquier momento. Prometieron hacer lo que pudieran y, haciendo participar a otros hombres leales del secreto, que estaba celosamente guardado, se precipitaron a las tiendas a medianoche y comenzaron a diezmar a los sublevados. Estos se defendieron lo mejor que pudieron y mataron a algunos leales, pero muy pronto fueron aplastados. Esa noche quinientos hombres quedaron muertos o heridos. Los demás, dejando sólo centinelas en el campamento, salieron al encuentro de Germánico, para rogarle que los condujese al otro lado del Rin, contra el enemigo.

Si bien la campaña tocaba a su fin, aún se mantenía el buen tiempo, y Germánico prometió hacer lo que le pedían. Tendió un puente de pontones sobre el río y marchó al frente de doce mil infantes romanos, veintiséis batallones de aliados y ocho escuadrones de caballería. Por sus agentes en territorio enemigo estaba enterado de la existencia de una gran concentración en las aldeas de Munster, donde se celebraba un festival anual de otoño en honor del Hércules germano. Las noticias de los motines habían llegado a oídos de los germanos —los amotinados estaban en realidad en tratos con Hermann y habían intercambiado regalos con él— y sólo esperaban que los regimientos se alejaran rumbo a su nuevo reino del suroeste para cruzar el Rin y marchar en dirección a Italia. Germánico siguió una ruta del bosque que se usaba muy rara vez y sorprendió a los germanos mientras estaban bebiendo cerveza. (La cerveza es una bebida fermentada hecha de granos humedecidos, y en sus fiestas la beben en cantidades extraordinarias). Dividió sus fuerzas en cuatro columnas y asoló el país sobre un frente de ochenta kilómetros, quemando aldeas y matando a sus habitantes sin respetar edad o sexo. A su regreso encontró destacamentos de varias tribus vecinas apostados para disputarle el paso a través del bosque, pero avanzó en orden de escaramuza, y se encontraba presionando al enemigo cuando hubo una repentina alarma en el Vigésimo Regimiento, que actuaba en la retaguardia, y Germánico descubrió que una enorme fuerza de germanos al mando de Hermann había caído sobre él. Por

fortuna el bosque en ese punto no era tan denso y dejaba lugar para maniobrar. Germánico cabalgó hacia la posición de más peligro y gritó: «¡Romped la línea enemiga, Vigésimo, y todo será olvidado y perdonado!».

Los del Vigésimo combatieron como locos y rechazaron a los germanos con una gran matanza; luego los persiguieron hasta terreno abierto, más allá del bosque. Germánico vio a Hermann y lo desafió al combate, pero sus hombres huían y aceptar el desafío habría significado la muerte para él. Se alejó al galope. Germánico era tan poco afortunado como su padre en su persecución de caudillos enemigos, pero conquistaba sus victorias con el mismo estilo, y el nombre de «Germánico» que había heredado podía llevarlo ahora por derecho propio. Llevó al jubiloso ejército de vuelta a sus campamentos del otro lado del Rin.

Tiberio nunca entendió a Germánico, ni éste a aquél. Como ya he dicho, Tiberio era uno de los malos Claudios. Sin embargo, en ocasiones resultaba fácil tentarlo a acciones virtuosas, y en una época noble habría podido pasar por un carácter noble. Pero la época no era noble y su corazón había sido endurecido, y se convendrá en que la principal culpable de ese endurecimiento era Livia. Por otra parte, Germánico estaba totalmente inclinado hacia la virtud y, a pesar de lo perverso de la época en que había nacido, no habría podido comportarse de manera distinta a como se comportaba. Así que cuando rechazó la monarquía que le ofrecían los regimientos germanos, y cuando los hizo jurar fidelidad a Tiberio éste no pudo entender por qué lo había hecho. Decidió que era más sutil que él mismo —y que estaba empeñado en un juego profundísimo—. La explicación más sencilla, la de que Germánico colocaba el honor por encima de todas las demás consideraciones y que estaba comprometido con Tiberio por la lealtad militar y por haber sido adoptado como hijo suyo, no llegó siquiera a ocurrírsele. Pero como Germánico no sospechaba de la complicidad de Tiberio en los designios de Livia, y como Tiberio nunca le hizo un agravio o una ofensa, sino que, por el contrario, lo elogió grandemente por la forma en que dominó el motín y decretó un triunfo por su campaña de Munster, lo creía tan honorablemente intencionado como él mismo, sólo que un poco tonto por no haberse dado cuenta aún de los designios de Livia. Decidió conversar francamente con Tiberio en cuanto volviese para recibir el triunfo. Pero la muerte de Varo no estaba vengada aún; pasaron tres años antes de que Germánico regresara. El tono de las cartas intercambiadas entre Germánico y Tiberio durante ese período fue fijado por el primero, que escribía con respetuoso afecto. Tiberio contestaba en el mismo tono amistoso, porque creía que así derrotaba a Germánico en su propio juego astuto. Se comprometió a pagarle la suma del doble legado y amplió el pago a los regimientos de los Balcanes. Por motivos políticos entregó a los regimientos de los Balcanes las otras tres piezas de oro por hombre —hubo amenazas de otros motines—, pero se excusó durante unos meses por no pagar a Germánico el dinero adelantado, alegando dificultades económicas. Como es natural, Germánico no insistió, y como es natural, Tiberio nunca se lo devolvió. Germánico me volvió a escribir para preguntarme

si yo podía esperar por el pago hasta que Tiberio le pagase a él, y yo le respondí que en realidad, como le había dicho antes, el dinero era un regalo.

Poco después del acceso al trono de Tiberio, le escribí para decirle que había estado estudiando leyes y administración —y así era— durante un tiempo, en la esperanza de que se me concediera por fin la oportunidad de servir a mi país en un puesto de responsabilidad. Me replicó diciéndome que por cierto era una anomalía que un hombre que era el hermano de Germánico y su propio sobrino tuviese que ser un simple caballero, y que como ahora me habían nombrado sacerdote de Augusto debía permitírseme usar la vestimenta de senador. En rigor, si me comprometía a no hacer el tonto, solicitaría permiso para que yo adoptase la túnica de brocado que ahora llevaban los cónsules y ex cónsules. Le escribí en el acto para decirle que prefería las funciones sin la túnica a la túnica sin las funciones, pero su única respuesta consistió en enviarme un regalo de cuarenta piezas de oro «para comprar juguetes el próximo día de Inocentes». El Senado me concedió la túnica de brocado y, como símbolo de honor para Germánico, que ahora se encontraba metido en una nueva campaña exitosa en Germania, se propuso decretarme un escaño en el parlamento, entre los ex cónsules. Pero Tiberio interpuso su veto, y les dijo que, en su opinión, yo era incapaz de pronunciar un discurso que no resultase una prueba para la paciencia de los colegas.

Al mismo tiempo se propuso otro decreto, que también vetó. Las circunstancias fueron las siguientes: Agripina había dado a luz, en Colonia, una niña llamada Agripinila. Debo decir que esta Agripinila resultó ser una de las peores Claudias. En rigor puedo afirmar que da señales de superar a todos sus antepasados en materia de arrogancia y vicios. Agripina estuvo enferma durante unos meses, después del parto, y no pudo ocuparse adecuadamente de Calígula, de manera que éste fue enviado a Roma, en una visita, en cuanto Germánico inició su campaña de primavera. El niño se convirtió en una especie de héroe nacional. Cada vez que salía a pasear con sus hermanos era vitoreado, seguido por las miradas de todos y alabado. Todavía no tenía tres años de edad, pero era maravillosamente precoz; era un caso dificilísimo: sólo se mostraba agradable cuando le adulaban y sólo era dócil cuando se le trataba con firmeza. Había ido a vivir con su bisabuela Livia, pero ésta no tenía tiempo para cuidarlo como correspondía, y como siempre cometía travesuras y reñía con sus hermanos mayores, se vino a vivir con mi madre y conmigo. Mi madre jamás lo lisonjeaba, pero tampoco lo trataba con la suficiente firmeza, hasta que un día él la escupió en un acceso de cólera, y entonces ella le propinó una buena zurra.

«Espantosa vieja germana» —le dijo él—. «¡Te quemaré tu casa germana!»

Usaba «germano» como el peor insulto que conocía. Y esa tarde se introdujo sigilosamente en un cuarto de trastos viejos, que estaba al lado de la buhardilla de los esclavos, repleto de viejos muebles y cosas

de desecho, y pegó fuego a un montón de jergones de paja. El fuego corrió muy pronto por todo el piso de arriba, y como era una casa vieja, con carcoma en las vigas y agujeros en el piso, fue imposible apagarlo, ni siquiera formando una cadena para sacar agua en cubos del estanque de las carpas. Yo conseguí salvar todos mis papeles y valores, y algunos de los muebles, y no se perdió vida alguna, aparte de las de dos viejos esclavos que guardaban cama, enfermos, pero de la casa no quedó nada, salvo las paredes y los sótanos. Calígula no fue castigado, porque el incendio lo había asustado muchísimo. Estuvo a punto de quedar atrapado en él cuando se ocultó, sintiéndose culpable, bajo su cama, hasta que el humo lo hizo salir gritando.

Bien, el Senado quiso decretar que mi casa fuese reconstruida a expensas del Estado, con el argumento de que había sido la morada de tantos distinguidos miembros de mi familia, pero Tiberio no lo permitió. Dijo que el estallido del incendio se había debido a mi negligencia, y que el daño habría podido muy bien limitarse a las buhardillas si hubiese actuado en forma responsable. Y antes de que el Senado tuviese que pagar, se comprometía a reconstruir y amueblar la casa con su propio dinero. Grandes aplausos de los senadores. Eso fue muy injusto y deshonesto, en especial porque no tenía intención alguna de cumplir con su compromiso. Me vi obligado a vender las últimas propiedades de importancia que me quedaban en Roma, una manzana de casas situada cerca del Mercado de Ganado y un gran terreno lindero, para poder reconstruir la casa con mi peculio. Jamás le dije a Germánico que Calígula había sido el incendiario, porque se habría sentido obligado a resarcirme él mismo del daño. Y supongo que en cierto modo fue un accidente, porque no se podía hacer responsable a un niño tan pequeño.

Cuando los hombres de Germánico volvieron a lanzarse contra los germanos, tenían un nuevo agregado para la balada de las Tres Penas de Augusto, del cual recuerdo dos o tres estrofas, y algunos versos sueltos, casi todos ellos ridículos:

Seis piezas de oro por barba nos dejó

para comprarnos tocino y alubias,

para comprarnos queso y galleta

en las cantinas germanas.

El dios Augusto pasea por el cielo,

el espíritu de Marcelo nada en la Estigia,

Julia ha muerto y está con él…

Así terminan los líos de Julia.

Pero nuestras Águilas siguen vagando,

y por vergüenza y por pena

a la tumba del dios Augusto

una por una las llevaremos.

Después había otra que comenzaba: «Hermann el germano perdió a su novia y su barrilito de cerveza», pero no puedo recordar cómo terminaba, y la estrofa no es importante, si no es porque me recuerda que debo hablar de la «novia» de Hermann. Era la hija de un caudillo llamado, en germano, Siegstoss, o algo por el estilo. Pero su nombre romano era Segestes. Había estado en Roma, como Hermann, y figuraba entre los caballeros, pero a diferencia de Hermann se sentía moralmente comprometido por el juramento de amistad que había hecho a Augusto. Ese Segestes fue quien previno a Varo acerca de las intenciones de Hermann y Segimero, y quien sugirió que los arrestase en el banquete al que los había invitado antes de partir en su desdichada expedición. Segestes tenía una hija favorita, que Hermann raptó y con la cual se casó, y Segestes nunca le perdonó esa injuria. Pero no podía ponerse abiertamente de parte de los romanos contra Hermann, que era un héroe nacional. Lo único que había podido hacer hasta entonces era mantener una correspondencia secreta con Germánico, proporcionándole información sobre movimientos militares y asegurándole constantemente que no flaqueaba en su lealtad hacia Roma y que sólo esperaba una oportunidad para demostrarlo. Pero ahora le escribió a Germánico diciéndole que estaba sitiado en su aldea por Hermann, quien había jurado no darle cuartel, y que no podía resistir mucho tiempo más. Germánico emprendió una marcha forzada, derrotó a la fuerza sitiadora, que no era numerosa —el propio Hermann estaba ausente, herido—, y rescató a Segestes, descubriendo entonces que lo esperaba un valioso premio: la esposa de Hermann, que visitaba a su padre cuando estalló la lucha y que se encontraba en avanzado estado de embarazo. Germánico trató a Segestes y a sus familiares con suma bondad y les regaló una propiedad en el lado occidental del Rin. Hermann, furioso por la captura de su esposa, temía que la clemencia de Germánico indujese a otros jefes germanos a hacerle ofrecimientos de paz. Constituyó una nueva y fuerte confederación de tribus, incluyendo a algunas que hasta entonces habían sido amigas de Roma. Germánico se mostró impertérrito. Cuantos más germanos tuviese abiertamente contra él, más satisfecho se sentiría. Nunca les había tenido confianza como aliados.

Y antes de que terminase el verano los había derrotado en una serie de batallas, obligado a Segimero a rendirse y reconquistado la primera de las tres Águilas perdidas, la del Decimonoveno regimiento. También visitó el escenario de la derrota de Varo y dio decente sepultura a los huesos de sus camaradas de armas, dejando caer con sus propias manos el primer terrón en la tumba. El general que se había comportado en forma tan cobarde en el motín combatió valientemente a

la cabeza de sus tropas, y en una ocasión convirtió en victoria lo que parecía una derrota sin remedio. Noticias prematuras de que esa batalla se había perdido y de que los germanos vencedores marchaban hacia el Rin provocaron tanta consternación en el puente más cercano, que el capitán de la guardia dio a sus hombres la orden de retirarse al otro lado para luego destrozarlo, cosa que habría equivalido a abandonar a su suerte a todos los demás. Pero Agripina estaba allí y dio una contraorden. Dijo a los soldados que ella era ahora capitana de la guardia y que seguiría siéndolo hasta que su esposo volviera para relevarla del mando. Cuando, por fin, llegaron las tropas victoriosas, se encontraba en su puesto para recibirlas. Su popularidad era ahora casi igual a la de su esposo. Había organizado un hospital para los heridos que Germánico enviaba después de cada batalla, y les proporcionó el mejor cuidado médico posible. Por lo general los soldados heridos permanecían con sus unidades hasta que morían o se curaban. Agripina pagó los gastos del hospital de su propio bolsillo.

Ya he mencionado la muerte de Julia. Cuando Tiberio se convirtió en emperador, los alimentos diarios de Julia en Reggio fueron reducidos a ciento veinte gramos de pan y treinta gramos de queso. Ya estaba al borde del agotamiento por lo insalubre de su vivienda, y esa dieta de hambre se la llevó muy pronto. Pero no había aún noticias de Póstumo, y hasta que estuviese segura de su muerte Livia no podría sentirse tranquila.



XVII



Tiberio continuó gobernando con moderación, y consultaba con el Senado antes de adoptar cualquier medida de la menor importancia política. Pero el Senado había venido votando desde hacía tanto tiempo según se le pedía, que carecía ya del poder de tomar decisiones independientes, y Tiberio nunca establecía con claridad cómo quería que votasen, incluso cuando tenía sumo interés en que votaran en uno u otro sentido. Deseaba evitar toda apariencia de tiranía y al mismo tiempo mantener su posición de dominio al frente de los asuntos de Estado. El Senado pronto descubrió que si hablaba con estudiada elegancia en favor de una moción, significaba que quería que se votase en contra de ella, y que si hablaba con estudiada elegancia en contra de la moción, era porque deseaba que la aprobasen; y que en las pocas ocasiones en que hablaba con laconismo y sin retórica, quería que se le tomase al pie de la letra. Galo y un viejo parlanchín llamado Haterio solían complacerse en hacer discursos de cálido asentimiento a lo que decía Tiberio, ampliaban los argumentos de éste hasta un punto rayano en el absurdo y luego votaban como él quería que votasen, con lo que

demostraban que entendían sus tretas a la perfección. Ese Haterio, en un debate sobre el acceso al trono de Tiberio, había exclamando: «Oh Tiberio, ¿cuánto tiempo permitirás que la desdichada Roma permanezca sin cabeza?».

Esto ofendió a Tiberio, porque sabía que Haterio adivinaba sus intenciones. Al día siguiente éste continuó la broma cayendo a los pies de Tiberio y suplicándole que lo perdonase por no haber sido lo bastante ardoroso en su ruego de la víspera. Tiberio retrocedió, disgustado, pero Haterio se agarró a sus rodillas y Tiberio cayó, golpeándose la nuca en el piso de mármol. La guardia de corps germana de Tiberio no entendió lo que sucedía y se precipitó sobre el atacante de su amo, para matarlo; Tiberio los detuvo a tiempo.

Haterio era un maestro de la parodia. Tenía una voz poderosa, un rostro cómico y una gran inventiva. Cada vez que en sus discursos Tiberio introducía una frase penosamente traída por los pelos o arcaica, Haterio la recogía y la convertía en la clave de su réplica. (Augusto siempre había dicho que las ruedas de la elocuencia de Haterio necesitaban una cadena de arrastre incluso cuando avanzaba cuesta arriba). Tiberio, de imaginación lenta, no era rival para él. El talento de Galo consistía en fingir un celo que no sentía. Tiberio tuvo sumo cuidado en no presentarse como candidato a honores divinos y se negó a permitir que se hablara de él como si poseyese atributos sobrehumanos. Ni siquiera aceptaba que las provincias le construyesen templos. Por consiguiente Galo gustaba de referirse a Tiberio, como por accidente, llamándolo «Su Sagrada Majestad». Cuando Haterio, que estaba siempre dispuesto a continuar la broma, se levantaba para censurarlo por esa forma incorrecta de hablar, se disculpaba profusamente y afirmaba que nada estaba más lejos de sus pensamientos que hacer nada en desobediencia a Su Sagrada, ah, vaya, era tan fácil caer en esa forma errónea de hablar mil disculpas otra vez, quería decir, contrario a los deseos de su honorable amigo y cosenador, Tiberio Nerón César Augusto.

«Augusto no, tonto —intervenía Haterio en un susurro atronador—. Ha rechazado ese título decenas de veces. Sólo lo usa cuando escribe cartas a otros monarcas».

Tenían una artimaña que disgustaba a Tiberio más que ninguna otra. Si hacía una escena de modestia cuando el Senado le agradecía algún servicio a la nación —por ejemplo, completar los templos que Augusto había dejado inconclusos—, elogiaban su honradez por no aceptar el mérito por la labor de su madre, y felicitaban a Livia por tener un hijo tan obediente. Cuando vieron que no había nada que enfureciese tanto a Tiberio como los elogios dedicados a Livia, los acentuaron. Haterio llegó a sugerir que así como los griegos eran llamados por los nombres de sus padres, así Tiberio debería ser llamado por el de su madre, y que era injusto que se lo llamara de otro modo que Tiberio Livíades, o quizá Livígena sería la forma latina más correcta. Galo encontró otro punto débil en Tiberio: el odio que experimentaba ante cualquier mención de

su estancia en Rodas. Lo más audaz que hizo fue elogiar un día a Tiberio por su clemencia —era el mismo día en que llegó a Roma la noticia de la muerte de Julia— y contar la historia del profesor de retórica de Rodas que rechazó la modesta solicitud de Tiberio de concurrir a sus clases, con el pretexto de que no había vacantes por el momento, pero que podía volver siete días después. Y Galo agregó: «¿Y qué creéis que Su Sagrada, perdón, quiero decir, qué creéis que mi honorable amigo y cosenador Tiberio Nerón César hizo en su reciente acceso a la monarquía, cuando el mismo impertinente individuo llegó a presentar sus respetos a la nueva divinidad? ¿Cortó la insolente cabeza y la entregó a la guardia germana para que jugara con ella a la pelota? En modo alguno. Con un ingenio sólo igualado por su clemencia le dijo que por el momento no tenía vacantes en su cuerpo de aduladores, y que debía volver dentro de siete años».

Creo que eso era una invención, pero el Senado no tenía motivos para no creerlo, y lo aplaudió con tanto calor, que Tiberio tuvo que dejarla pasar.

A la postre logró silenciar un día a Haterio diciendo con suma lentitud: «Me perdonarás, Haterio, que te hable con más franqueza de la habitual en un senador, pero debo decir que pienso que eres un pesado espantoso, y que no tienes ni un poquito de ingenio. —Luego se volvió hacia los senadores en general—: Me perdonaréis, señores, pero siempre he dicho, y volveré a decirlo, que puesto que habéis tenido la bondad de confiarme poderes absolutos, no debo avergonzarme de utilizarlos por el bien común. Si los empleo ahora para silenciar a unos bufones que os insultan a vosotros y a mí también con sus tontas actitudes, confío en que me granjearé con ello la aprobación del Senado».

Sin Haterio, Galo tuvo que hacer su juego a solas.

Si bien Tiberio odiaba a su madre más que nunca, siguió dejando que lo gobernara. Todas las designaciones que hacía, de cónsules o gobernantes de provincias, eran en realidad suyas; y eran las designaciones más sensatas, ya que los hombres resultaban elegidos por sus méritos, y no por influencias familiares o porque la habían adulado o porque les debía algún favor personal. Porque tengo que dejar aclarado, si no lo he hecho ya, que por delictuosos que fuesen los métodos que empleó Livia para conquistar la dirección de los asuntos para sí, primero a través de Augusto y luego por la mediación de Tiberio, era una gobernante excepcionalmente capaz y justa, y el sistema que había construido sólo comenzó a funcionar mal cuando dejó de dirigirlo.

He hablado ya de Seyano, el hijo del comandante de la guardia. Reemplazó a su padre en el mando, y era uno de los únicos tres hombres ante quienes en cierta manera Tiberio abría su corazón. Trásilo era el segundo. El tercero era un senador llamado Nerva. Trásilo jamás discutía de asuntos de Estado con Tiberio, y nunca le pidió un puesto

oficial. Y cuando éste le entregaba grandes sumas de dinero, las aceptaba con sencillez, como si el dinero fuese algo de poca importancia para él. Tenía un gran observatorio en una habitación del palacio rematada por una cúpula, con ventanas de vidrio tan claro y transparente, que casi no se las veía. Tiberio solía pasar gran parte de su tiempo allí con Trásilo, quien le enseñaba los rudimentos de la astrología y muchas otras artes mágicas, incluso la interpretación de los sueños al estilo caldeo. A Seyano y a Nerva, Tiberio parece haberlos elegido por sus caracteres totalmente opuestos. Nerva jamás se enemistó con nadie y nunca hizo un amigo. Su único defecto, si se le puede llamar así, era que guardaba silencio en presencia de las perversidades, cuando nada se remediaba con hablar. Era de carácter apacible, generoso, valiente, absolutamente sincero, y nunca se supo que se rebajase a poner en práctica el menor fraude, aunque supiese que haciéndolo podía obtener algo bueno. Si hubiese estado en la posición de Germánico, por ejemplo, no habría falsificado la carta, aunque dependieran de ello su propia seguridad y la del imperio. Tiberio nombró a Nerva inspector general de los acueductos de la ciudad, y lo mantuvo constantemente a su lado, supongo que a fin de contar con un rasero de virtud, lo mismo que Seyano servía de rasero de malignidad. De joven, Seyano había sido amigo de Cayo, en cuyo personal sirvió en Oriente, y fue lo bastante inteligente como para prever que Tiberio volvería a reconquistar el favor imperial. Contribuyó a ello asegurando a Cayo que Tiberio hablaba con sinceridad cuando afirmaba no tener ambición alguna de gobernar, e instándolo a escribir la carta de recomendación a Augusto. En esa época le hizo saber a Tiberio lo que había hecho y éste le escribió una carta, que todavía se encontraba en su poder, en la que le prometía que nunca olvidaría sus servicios. Seyano era un embustero, pero un general tan capaz en materia de mentiras, que sabía agruparlas en alerta y disciplinada formación —ésta es una frase de Galo, no mía— y llevarlas al triunfo en cualquier escaramuza con las sospechas o en cualquier encuentro con la verdad. Tiberio le envidiaba su talento, lo mismo que envidiaba a Nerva su honestidad, porque si bien había progresado en dirección al mal, aún se sentía obstaculizado por inexplicables impulsos que lo empujaban hacia el bien.

Seyano fue el primero que empezó a envenenarle los pensamientos en contra de Germánico, diciéndole que un hombre que podía falsificar una carta de su padre en una circunstancia cualquiera, no era digno de confianza. Y que Germánico en realidad trataba de conseguir la monarquía, pero que actuaba con cautela: primero conquistaba el afecto de los hombres por medio de sobornos y luego se aseguraba su capacidad de combate y su propia jefatura llevándolos a esa innecesaria campaña a través del Rin. En cuanto a Agripina, dijo Seyano, era una mujer peligrosamente ambiciosa. Mira cómo se comporta: ¡se nombra capitana del puente y recibe a los regimientos cuando regresan, como si fuese dios sabe quién! Que el puente estaba en peligro de ser destruido era probablemente un invento suyo. Seyano también dijo que sabía por un liberto que en una ocasión había sido esclavo de la casa de Germánico, que Agripina creía que Livia y Tiberio eran responsables de la muerte de sus tres hermanos y del destierro de su hermana, y que

había jurado vengarse. Seyano también comenzó a descubrir todo tipo de conspiraciones contra Tiberio, y lo mantenía en constante temor de un asesinato, a la vez que le aseguraba que no debía tener la menor ansiedad mientras él vigilase. Instó a Tiberio a contrariar a Livia en pequeñeces, para demostrarle que sobrestimaba la fuerza de su posición. Fue él quien unos años después organizó a los guardias convirtiéndolos en un cuerpo disciplinado. Hasta entonces los tres batallones acantonados en Roma se habían alojado por secciones en varias partes de la ciudad, en tabernas y lugares por el estilo, y resultaba difícil reunirlos de prisa. Eran descuidados en el vestir y en sus movimientos. Sugirió a Tiberio que si construía un solo campamento permanente, fuera de la ciudad, ello les proporcionaría un fuerte sentido de unidad, les impediría ser influidos por los rumores y las oleadas de sentimiento político que recorrían continuamente la ciudad, y los uniría de modo más estrecho a su persona como emperador. Tiberio perfeccionó el consejo llamando a los seis batallones restantes de sus acantonamientos en otras partes de Italia y haciendo el nuevo campamento lo bastante grande para albergarlos a todos: nueve mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Aparte de los cuatro batallones de la ciudad, uno de los cuales envió ahora a Lyon, y de varias colonias de veteranos dados de baja, eran los únicos soldados de Italia. La guardia germana no contaba, porque sus miembros eran técnicamente esclavos. Pero eran hombres escogidos y más fanáticamente leales a su emperador que ningún romano de nacimiento. No había uno solo que quisiera volver a su frío, rudo y bárbaro país, si bien estaban siempre entonando melancólicas canciones que lo nombraban. Allí lo pasaban bien.

En cuanto a los expedientes criminales a los cuales Tiberio, por temor a las conspiraciones contra su vida, estaba ansioso por tener acceso, Livia continuaba fingiendo que la clave del cifrado se había perdido. Tiberio, por sugerencia de Seyano, le dijo que, como ya no le servían a nadie, los quemaría. Ella le contestó que podía hacerlo si le parecía, pero que sin duda sería mejor guardarlos, por si la clave aparecía. Hasta era posible que de pronto se acordara de la clave.

«Muy bien, madre —respondió él—. Yo me encargaré de ellos hasta que te acuerdes. Y mientras tanto me pasaré las noches tratando de descifrarlos».

Se los llevó a su habitación y los guardó, en un armario, bajo llave. Hizo lo posible para encontrar la clave de la cifra, pero no lo lograba. El cifrado ordinario consistía simplemente en escribir la E latina por el alfa griega, la F latina por la beta griega, la G por gamma, la H por delta, etcétera. La clave del otro cifrado era casi imposible de descubrir. La daban las cien primeras líneas del primer libro de la *Ilíada* , que tenía que ser leída junto con la redacción de la cifra: cada letra de lo que se escribía estaba representada por la cantidad de letras del alfabeto que mediaban entre ella y la letra correspondiente de Homero. Así, la primera letra de la primera palabra de la primera línea del primer libro de la *Ilíada* es una *mi* . Supongamos que la primera letra de

la primera palabra de una anotación en el expediente es *ypsilon* . En el alfabeto griego hay siete letras entre *mi* e *ypsilon* : 7 será el equivalente de *ypsilon* . En este plan el alfabeto era considerado como un círculo, y a *omega* , la última letra, seguía *alfa* , la primera, de modo que la distancia entre *ypsilon* y *alfa* era 4, en tanto que la distancia entre *alfa* e *ypsilon* era 18. Era invención de Augusto, y debe de haber llevado mucho tiempo escribirlo y descifrarlo, pero supongo que con la práctica llegaron a conocer la distancia entre dos letras cualesquiera del alfabeto sin tener que contar, lo que ahorraba muchísimo tiempo. ¿Y cómo me enteré yo de eso? Porque muchos años después, cuando los expedientes cayeron en mi poder, descubrí el cifrado. Encontré por casualidad un rollo del primer libro de Homero, escrito en piel de carnero, archivado entre los otros rollos. Resultaba claro que sólo se habían estudiado las primeras cien líneas, porque la piel de carnero estaba sucia y manchada al comienzo y bastante limpia al final. Cuando miré con más atención y vi los minúsculos números —6, 23, 12— débilmente garrapateados debajo de las letras de la primera línea, no me fue difícil vincularlas con la cifra. Me sorprendió que Tiberio hubiese pasado por alto esa clave.

Hablando del alfabeto, en esa época me interesaba en un sencillo plan para hacer del latín un idioma perfectamente fonético. Me parecía que faltaban tres letras. Eran la U consonante, para distinguirla de la U vocálica; una letra correspondiente a la *ypsilon* griega (que es una vocal entre la I y la U latinas) para utilizarla en las palabras griegas que se han latinizado, y una letra para denotar la doble consonante que ahora escribimos BS en latín pero que pronunciamos como la *psi* griega. Era importante, escribí, que los provincianos aprendiesen a pronunciar el latín con corrección. Si las letras no se correspondían con el sonido ¿cómo podían evitar errores de pronunciación? De manera que sugerí para la U consonante la F invertida (que se usa con tal fin en el etrusco). Así, por ejemplo LAℲINIA en lugar de LAUINIA, y una H quebrada para representar la *ypsilon* griega: BIⱵBLIOTHECA en lugar de BIBLIOTHECA; y una C invertida en lugar de BS: AↃQUE, y no ABSQUE. La última letra no era tan importante, pero las otras dos me parecían esenciales. Sugerí la H quebrada y la F invertida porque presentarían menos problemas para los hombres que utilizan buriles para metal o arcilla; no se verían obligados a hacer nuevos punzones. Publiqué el libro y una o dos personas dijeron que mis sugerencias eran sensatas; pero por supuesto no tuvo resultado alguno. Mi madre me dijo que había tres cosas imposibles en el mundo: que las tiendas llegasen a extenderse a través de la bahía, de Baias a Puteoli; que yo conquistase la isla de Bretaña, y que alguna de esas nuevas letras absurdas apareciese alguna vez en las inscripciones públicas de Roma. Siempre he recordado esta frase suya, porque tuvo sus efectos.

Por aquella época mi madre estaba muy disgustada conmigo porque la reconstrucción de nuestra casa llevaba mucho tiempo, y porque los nuevos muebles que compré no eran iguales a los antiguos, y porque sus rentas habían disminuido grandemente por su participación en esos gastos; yo no habría podido encontrar el dinero por mi propia cuenta. Vivimos dos años en habitaciones de palacio (no muy buenas) y

descargaba constantemente su irritación sobre mí, de tal modo que al fin no pude soportarla y me mudé fuera de Roma, a mi casa de campo cercana a Capua, y sólo visitaba la ciudad cuando mis funciones sacerdotales lo requerían, cosa que no sucedía muy a menudo. Se querrá saber algo sobre Urgulanila. Nunca iba a Capua. En Roma teníamos muy pocas relaciones. Casi no me saludaba cuando nos encontrábamos, y no me prestaba atención alguna salvo, por las apariencias, cuando había invitados. Y siempre dormíamos separados. Parecía tener cierto cariño a nuestro hijo, Drusilo, pero hacía muy poco por él en sentido práctico. Su educación estaba en manos de mi madre, que dirigía la casa y nunca pedía ayuda a Urgulanila. Mi madre trataba a Drusilo como si fuese su propio hijo, y en cierto modo consiguió olvidar quiénes eran sus padres. Yo nunca aprendí a querer a Drusilo; era un chico hosco, estólido, insolente, y mi madre me regañaba a menudo en su presencia, de forma que aprendió a no tenerme respeto.

No sé cómo pasaba sus días Urgulanila. Pero jamás parecía aburrida; comía enormes cantidades de comida y, por lo que sé, no tenía amantes secretos. Esa extraña criatura tenía sin embargo una pasión: Numantina, la esposa de mi cuñado Silvano, una criaturita rubia, parecida a un elfo, que en una ocasión dijo o hizo algo (no sé qué) que penetró a través de la gruesa piel y el musculoso cuerpo y tocó lo que en Urgulanila cumplía funciones de corazón. Esta tenía en su alcoba un retrato en tamaño natural de Numantina. Creo que solía sentarse a contemplarlo horas enteras, cuando no tenía oportunidad de contemplarla en persona. Cuando me trasladé a Capua, Urgulanila se quedó en Roma con mi madre y Drusilo.

El único inconveniente de Capua como hogar para mí era la ausencia de una buena biblioteca. Pero comencé un libro para el cual no me hacía falta biblioteca alguna: una historia de Etruria. Para entonces había hecho algunos progresos en el etrusco, y Aruns, con quien pasaba unas horas todos los días, me resultaba útil en lo referente a proporcionarme acceso a los archivos de su templo semiderruido. Me dijo que había nacido el día en que apareció el cometa que anunció el comienzo del décimo y último ciclo de la raza etrusca. Un ciclo es un período computado por la vida más prolongada; es decir, el ciclo no se cierra hasta la muerte de todos los que estuvieron vivos en el festival que celebraba el final del ciclo anterior. Los etruscos lo calculaban en ciento diez años. Ese era el último ciclo, y terminaría con la total desaparición del etrusco como idioma hablado. La profecía estaba casi cumplida, porque él no tenía sucesores en su puesto de sacerdote, y la gente de la región hablaba ahora latín incluso en sus casas, de forma que se sintió contento de ayudarme a escribir mi historia, dijo, como mausoleo de las tradiciones de una raza que otrora fue grande. La empecé en el segundo año del reinado de Tiberio, y la terminé veintiún años después. La considero mi mejor obra; por cierto que es la que me llevó más trabajo. Por lo que sé, no existe ningún otro libro sobre el tema de los etruscos, y en verdad fue una raza muy interesante. De modo que pienso que todos los historiadores del futuro me estarán agradecidos.

Tenía a Calón y a Palas conmigo, y hacía una vida tranquila y ordenada. Me interesaba la granja anexa a mi casa de campo, y recibía ocasionales visitas de mis amigos de Roma, que iban a pasar sus vacaciones conmigo. Había una mujer que vivía permanentemente en la casa; se llamaba Acte. Era una prostituta profesional y una mujer muy honrada. Nunca tuve un problema con ella en los quince años que vivió conmigo. Nuestras relaciones eran puramente comerciales. Había elegido deliberadamente la prostitución como profesión; yo le pagaba bien. No tenía un pelo de tonta. En cierto modo nos apreciábamos mutuamente. Al cabo me dijo que quería retirarse con lo que había ganado. Se casaría con un hombre honesto, de preferencia un antiguo soldado, se establecería en una de las colonias y tendría hijos antes de que fuese demasiado tarde. Siempre había querido tener hijos. La besé, me despedí de ella y le di como dote una buena cantidad de dinero, para facilitarle las cosas. Pero no se fue hasta después de encontrar una sucesora de la que pudiese estar segura de que me trataría como debía. Encontró a Calpurnia, que se parecía tanto a ella, que a menudo pensé que era su hija. En una ocasión Acte mencionó que tenía una hija que había dado a criar porque no se podía ser prostituta y madre al mismo tiempo. Bueno, Acte se casó con un ex soldado de la guardia que la trataba muy bien y que le dio cinco hijos. La menciono sólo porque mis lectores se preguntarán qué tipo de vida sexual hacía yo, separado de Urgulanila. No creo que sea natural que un hombre normal viva mucho tiempo sin una mujer, y como Urgulanila era imposible como esposa, pienso que no se me puede censurar por vivir con Acte. Esta y yo teníamos un convenio, en el sentido de que, mientras estuviésemos juntos, ninguno de los dos tendría relación alguna con otras personas. No era por sentimiento, sino como precaución médica: ahora había en Roma muchas enfermedades venéreas, otro fatal legado, de paso, de las guerras púnicas.

Aquí quiero dejar bien sentado que nunca, en momento alguno de mi vida, he practicado la homosexualidad. No uso los argumentos de Augusto contra ella, en cuanto a que impide que los hombres tengan hijos para servir al Estado, pero siempre me ha parecido lamentable y desagradable ver a un hombre crecido, quizás un magistrado, un hombre de familia, baboseando lujuriosamente por un chiquillo rechoncho de cara pintada y pendientes; o a un anciano senador haciendo de reina Venus ante algún alto y joven Adonis de la caballería de la guardia, que tolera al viejo tonto sólo porque tiene dinero.

Cuando tenía que ir a Roma me quedaba tan poco tiempo como me era posible. Sentía algo incómodo en el ambiente mismo del Palatino, que puede muy bien haber sido la creciente tensión entre Tiberio y Livia. Aquél había comenzado a construir para sí un gigantesco palacio en el noroeste del monte, y se había mudado a las habitaciones inferiores, antes de que estuvieran terminadas las de arriba, dejándola a ella como única poseedora del palacio de Augusto. Livia, como para demostrar que el nuevo edificio de Tiberio, si bien era tres veces más grande, jamás tendría el prestigio del antiguo, puso una magnífica estatua de oro, de Augusto, en su salón y decidió, como Suma Sacerdotisa de su

culto, invitar a todos los senadores y a sus esposas al banquete de dedicatoria. Pero Tiberio señaló que primero tenía que pedirle al Senado que sometiese a voto el asunto: era una función del Estado, y no un agasajo privado. Dirigió de tal modo el debate, que el banquete se realizó en dos partes a la vez: los senadores en el salón, con él como anfitrión, y las esposas en una gran habitación que comunicaba con aquél, con Livia como anfitriona. Esta se tragó el insulto no tratándolo como tal, sino sólo como una disposición sensata, más de acuerdo con lo que habría deseado el propio Augusto. Pero dio orden a los cocineros de palacio de que a las mujeres había que servirles primero los mejores trozos de carne, los mejores dulces y vinos. También se apropió de los platos y vasos más costosos para su fiesta. Lo venció en esa ocasión, y las mujeres se rieron mucho a expensas de Tiberio y de sus esposos.

Otra cosa incómoda en mis visitas a Roma era que jamás podía dejar de encontrarme con Seyano. Me disgustaba tener nada que ver con él, aunque siempre se mostraba minuciosamente cortés conmigo y nunca me hacía una ofensa directa. Me asombraba que un hombre con su cara y sus modales y no muy bien nacido, que ni era un famoso soldado ni especialmente rico, hubiese hecho tan rápida carrera en la ciudad. Ahora, después de Tiberio, era el hombre más importante, y gozaba de suma popularidad entre los guardias. El suyo era un rostro completamente indigno de confianza —astuto, cruel y de facciones irregulares—, y lo único que lo mantenía reunido era cierta audacia y decisión animales. Lo que me resultaba más extraño, se decía que algunas mujeres de buena familia rivalizaban por su amor. Él y Cástor se entendían mal, cosa natural, porque corrían rumores de que Livila y Seyano tenían cierto tipo de entendimiento. Pero Tiberio parecía tener absoluta confianza en él.

He mencionado a Briseis, la anciana liberta de mi madre. Cuando le dije que me iba de Roma para establecerme en Capua, me dijo que me echaría mucho de menos, pero que mi actitud era prudente.

—La otra noche tuve un sueño extraño, amo Claudio, si me perdonas. Eras un chiquillo cojo. Unos ladrones entraron en tu casa, asesinaron a tu padre, a muchos parientes y amigos. Pero el chico se escurrió por la ventana de la despensa y se dirigió cojeando hacia el bosque vecino. Trepó a un árbol y esperó. Los ladrones salieron de la casa y se sentaron bajo el árbol en el cual él se ocultaba, para repartirse el botín. Pronto comenzaron a reñir sobre quién se quedaría con qué cosas, y uno de los ladrones fue asesinado, y luego dos más, y después los que quedaban se pusieron a beber vino y fingieron ser grandes amigos. Pero el vino había sido envenenado por uno de los ladrones asesinados, de manera que todos murieron en medio de grandes tormentos. El niño cojo bajó del árbol, recogió las cosas de valor y encontró entre ellas una gran cantidad de oro y joyas robadas a otras familias. Pero se lo llevó todo a casa consigo y se volvió riquísimo.

Sonreí.

—Un sueño extraño, de veras, Briseis. Pero siguió siendo tan cojo como siempre, y todas las riquezas del mundo no podían devolver la vida a su padre y a su familia, ¿verdad?

—No, querido, pero quizás él se casó y tuvo una familia propia. De manera que tienes que elegir un buen árbol, amo Claudio, y no bajar de él hasta que haya muerto el último de los ladrones. Eso es lo que dijo mi sueño.

—No bajaré ni siquiera entonces, si puedo evitarlo, Briseis. No quiero quedarme con bienes robados.

—Siempre puedes devolverlos, amo Claudio.

Aquello resultaba notable, a la luz de lo que sucedió después. No tengo mucha fe en los sueños. Atenodoro soñó en una ocasión que había un tesoro en la cueva de un tejón, en un bosque cercano a Roma. Encontró el lugar exacto, que nunca había visitado hasta entonces, y allí, en un talud, había un agujero que llevaba a la cueva. Buscó un par de campesinos que le ayudaron a cavar, hasta que llegaron a la madriguera; en la que encontraron una vieja bolsa podrida que contenía seis mohosas monedas de cobre y una moneda falsa, que no alcanzaron para pagar a los campesinos por su trabajo. Y uno de mis arrendatarios, un tendero, soñó una vez que unas cuantas águilas volaban sobre su cabeza y que una de ellas se le posaba en el hombro. Lo consideró una señal de que un día sería emperador, pero lo único que sucedió fue que un piquete de soldados de la guardia lo visitó a la mañana siguiente (tenían águilas en sus escudos) y el cabo lo arrestó por no sé qué delito que lo colocaba bajo jurisdicción militar.



XVIII



AÑO 16 d. de C.

Una tarde de verano, en Capua, me encontraba sentado en un banco de piedra, detrás de las caballerizas de mi casa, meditando acerca de un problema de historia etrusca y jugando ociosamente a los dados, la mano derecha contra la izquierda, arrojándolos sobre la tosca mesa de tablas que tenía delante. Se acercó un hombre harapiento y me preguntó si era Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico. Lo habían enviado desde Roma, dijo.

—Tengo un mensaje para ti, señor. No sé si valdrá la pena entregarlo, pero soy un viejo soldado que anda vagando —uno de los veteranos de tu padre, señor—, y ya sabes cómo son las cosas: me alegro de tener una excusa para tomar un camino en lugar de otro.

—¿Quién te dio el mensaje?

—Un individuo que conocí en los bosques, cerca del cabo Cosa. Un sujeto curioso. Estaba vestido como un esclavo, pero hablaba como un César. Un hombrón corpulento, que parecía medio muerto de hambre.

—¿Qué nombre te dio?

—Ninguno. Dijo que tú sabrías quién era cuando escuchases el mensaje, y que te sorprenderías de tener noticias suyas. Me hizo repetir el mensaje dos veces, para estar seguro de que lo había entendido bien. Tengo que decir que continúa pescando, pero que un hombre no puede vivir eternamente con una dieta de pescado, y que tenías que decírselo a su cuñado, y que si alguna vez le enviaron leche no le llegó, y que quería leer un librito de siete páginas por lo menos. Y que no debes hacer nada hasta que vuelvas a tener noticias suyas. ¿Tiene eso algún sentido para ti, señor, o el individuo estaba chiflado?

Cuando dijo eso no pude dar crédito a mis oídos. ¡Póstumo! Pero Póstumo estaba muerto.

—¿Tiene una quijada grande, ojos azules e inclina la cabeza a un lado cuando te hace una pregunta?

—Así es, señor.

Le serví bebida con una mano tan temblorosa que derramé casi tanto como lo que eché en el vaso. Luego, indicándole que debía esperarme allí, entré en la casa. Encontré dos buenas túnicas sencillas, alguna ropa interior, sandalias, y un par de navajas y jabón. Luego tomé el primer libro de hojas cosidas que encontré —resultó ser un copia de algunos discursos recientes de Tiberio en el Senado— y en la séptima página escribí con leche: «¡Qué alegría! Le escribiré a G. enseguida. Ten cuidado. Pide lo que necesites. ¿Dónde puedo verte? Mi cariño para ti. Te envío veinte piezas de oro, todo lo que tengo por el momento, pero los regalos rápidos son regalos dobles, al menos eso dicen».

Esperé a que la página se secara y luego entregué al hombre el libro y las ropas en un paquete, y un saquito. Le dije:

—Toma estas treinta piezas de oro. Diez son para ti. Veinte son para el hombre del bosque. Tráeme un mensaje suyo y tendrás diez más. Pero mantén la boca cerrada y vuelve pronto.

—Está bien, señor —respondió—. No fracasaré. ¿Pero qué me impedirá irme con este paquete y con todo el dinero?

—Si fueras un hombre deshonesto —le repliqué—, no habrías hecho la pregunta. De modo que bebamos otra vez y vete.

Para abreviar, se fue con el paquete y el dinero, y unos días después me trajo una respuesta verbal de Póstumo, agradeciendo el dinero y la

ropa, y diciéndome que no debía buscarle, pero que la madre del Cocodrilo sabía dónde estaba y que su nombre era ahora Panthero, y que le enviase lo antes posible la respuesta de su cuñado. Le pagué al soldado las diez piezas que le había prometido, y diez más por su lealtad. Entendí a quién se refería Póstumo cuando hablaba de la madre del Cocodrilo. El Cocodrilo era un viejo liberto de Agripa, a quien llamábamos de ese modo por su torpeza de movimientos y su avidez, y porque tenía enormes mandíbulas. Su madre vivía en Perusia, donde poseía una taberna. Yo conocía bien el lugar. Envié en el acto una carta a Germánico contándole la noticia; la envié por Palas a Roma, diciéndole que la enviase con el correo siguiente a Germania. En la carta sólo decía que Póstumo vivía y estaba oculto —no informaba dónde— y le rogaba a Germánico que acusara recibo de la carta en seguida. Luego esperé y esperé una respuesta, pero no llegó ninguna. Envié un mensaje a la madre del Cocodrilo, por mensajero, diciéndole que todavía no había llegado noticia alguna del cuñado de Panthero.

No volví a tener noticia de Póstumo. No quería comprometerme más, y ahora que tenía dinero y podía ir de un lado a otro sin temor de que lo arrestaran por sospechar que era un esclavo fugitivo, no dependía ya de mi ayuda. En la taberna alguien lo reconoció y tuvo que irse. Muy pronto el rumor de que estaba con vida corrió por toda Italia. Todos hablaban de eso en Roma. Una docena de personas, incluyendo a tres senadores, vinieron a la ciudad para preguntarme en privado si era cierto. Les dije que no lo había visto pero que conocía a alguien que sí lo vio, y que no cabía duda de que se trataba de Póstumo. A mi vez les pregunté qué pensaban hacer si él volvía a Roma y conquistaba el apoyo del populacho. Pero lo directo de mi pregunta les turbó y ofendió, y no obtuve respuesta alguna.

Se dijo que Póstumo había visitado varios pueblos de provincia, en las vecindades de Roma, pero en apariencia adoptaba la precaución de no entrar en ellos antes de la noche y siempre se iba disfrazado, antes del alba. Nunca se le había visto en público; se alojaba en alguna posada y se iba dejando tras sí un mensaje de agradecimiento por la bondad que se le había demostrado; firmado con su verdadero nombre. Al cabo, un día llegó a Ostia en un barquito costero. El puerto supo de su llegada con unas horas de anticipación, y recibió una tremenda ovación en el muelle, cuando desembarcó. Prefirió desembarcar en Ostia porque era el amarradero de verano de la flota, de la cual su padre Agripa había sido almirante. Su navío enarbolaba un gallardete verde, que Augusto había dado a Agripa el derecho de usar cuando se encontrase en el mar (y sus hijos también lo usaban), en memoria de su victoria naval de Accio. La memoria de Agripa era honrada en Ostia casi por encima de la de Augusto.

La vida de Póstumo corría grave peligro, ya que aún se encontraba bajo sentencia de destierro y por lo tanto quedaba proscrito por su reaparición pública en Italia. Hizo un breve discurso de agradecimiento a la muchedumbre por la bienvenida. Dijo que si la Fortuna le era propicia y reconquistaba la estima del Senado y el pueblo romanos, que

había perdido a causa de ciertas mordaces acusaciones presentadas contra él por sus enemigos —acusaciones que su abuelo, el dios Augusto, había advertido demasiado tarde que no eran ciertas—, recompensaría la lealtad de los hombres y mujeres de Ostia en forma nada mezquina. Una compañía de guardias estaba también allí con orden de arrestarlo, porque Livia y Tiberio también se habían enterado de la noticia. Pero los hombres no habrían podido hacer nada contra esa multitud de marineros. El capitán, prudentemente, no hizo tentativa alguna de cumplir con su misión; ordenó a los hombres que se pusieran ropas de marineros y que no perdiesen de vista a Póstumo. Pero para cuando se cambiaron, éste había desaparecido y no pudieron encontrar su rastro.

Al día siguiente Roma estaba llena de marineros que recorrían las calles principales. Cada vez que encontraban a un senador, un caballero o un funcionario público, le pedían la contraseña. La contraseña era «Neptuno», y si todavía no la conocía se la daban y lo obligaban a repetirla tres veces, a menos que quisiera recibir una paliza. Nadie quería una tunda, y los sentimientos populares estaban ahora tan resueltamente a favor de Póstumo, y en contra de Tiberio y Livia, que si Germánico hubiese pronunciado una sola palabra favorable, la ciudad entera, incluidos los guardias y los batallones de la ciudad, se habría puesto de su parte en el acto. Pero sin el apoyo de Germánico cualquier levantamiento en favor de Póstumo habría significado la guerra civil. Y nadie tenía mucha confianza en las posibilidades de Póstumo en una lucha contra Germánico.

En esa crisis el mismo Crispo que había encolerizado a Tiberio, dos años antes, al hacer matar a Clemente en la isla (luego fue perdonado), se presentó y se ofreció a corregir su error liquidando esta vez con seguridad a Póstumo. Tiberio le dio carta blanca. Descubrió, quién sabe cómo, dónde se encontraba el cuartel general de Póstumo y fue a verlo con una gran suma de dinero que, según dijo, era para pagar a sus marineros, que ya habían perdido dos días de trabajo con su labor de piquetes. Se comprometió a hacer que los germanos de la guardia de corps se pasaran al bando de Póstumo en cuanto éste diese la señal. Ya les había dado, dijo, enormes cantidades de dinero a modo de soborno. Póstumo le creyó. Convinieron una reunión dos horas después de la medianoche en cierta esquina en la que los marineros de Póstumo también estarían presentes. Marcharían sobre el palacio de Tiberio. Crispo ordenaría que los guardias de corps dejasen entrar a Póstumo. Tiberio, Cástor y Livia serían arrestados, y Crispo dijo que Seyano, si bien no participaba en forma activa en la conspiración, se había comprometido a conseguir el apoyo de los guardias en cuanto se hubiese asestado con éxito el primer golpe, con la condición de que se le permitiera seguir siendo comandante.

Los marineros acudieron con puntualidad a la cita, pero Póstumo no llegó. A esa hora no había ciudadanos en las calles, de modo que cuando una fuerza combinada de germanos de la guardia de corps y de hombres elegidos por Seyano cayeron de pronto sobre los marineros —

que en su mayoría estaban borrachos y no mantenían una formación regular—, la contraseña «Neptuno» perdió su fuerza. Muchos de ellos fueron muertos en el mismo lugar, muchos otros cuando rompieron a correr, y los demás no disminuyeron su velocidad, según se dice, hasta llegar a Ostia. Crispo y dos soldados habían emboscado a Póstumo en una estrecha calleja ubicada entre su cuartel y el lugar de la cita, lo aturdieron a golpes con una bolsa de arena, lo amordazaron y amarraron, lo pusieron en una litera cubierta y se lo llevaron a palacio. Al día siguiente Tiberio hizo una declaración ante el Senado. Cierto esclavo de Póstumo Agripa, dijo, llamado Clemente, había provocado una innecesaria alarma en la ciudad haciéndose pasar por su ex amo muerto. El audaz sujeto había huido de la casa del caballero de provincias que lo compró cuando fue vendida la finca de Póstumo, y se había ocultado en la costa de Toscana hasta que la barba le creció lo bastante para ocultarle la barbilla huidiza, el principal punto de desemejanza entre él y Póstumo. Algunos alborotadores marineros de Ostia habían fingido creer en él, pero sólo como una excusa para marchar sobre Roma y crear perturbaciones. Se habían reunido en los suburbios esa misma mañana, poco antes del alba, bajo su dirección, con el objeto de marchar al centro de la ciudad y saquear tiendas y casas. Cuando se vieron frente a una fuerza de serenos, se dispersaron y abandonaron a su jefe, que acababa de ser ejecutado, de manera que el Senado no tenía que preocuparse ya por el asunto.

Más tarde me enteré de que Tiberio fingió no reconocer a Póstumo cuando lo llevaron a su presencia en palacio, y que le preguntó, con tono burlón:

—¿Cómo llegaste a convertirte en uno de los Césares?

A lo cual Póstumo contestó:

—De la misma manera y el mismo día que tú. ¿Te has olvidado?

Tiberio ordenó a su esclavo que golpease a Póstumo en la boca por su insolencia, y luego lo pusieron en el potro y le dijeron que revelase quiénes eran los demás conspiradores. Pero Póstumo sólo habló de las escandalosas anécdotas de la vida privada de Tiberio, tan desagradables y detalladas, que Tiberio perdió los estribos y lo golpeó repetidas veces en la cara con sus grandes puños huesudos. Los soldados terminaron la sangrienta faena decapitándolo y haciéndolo pedazos en el sótano del palacio.

¿Qué pena más grande puede haber que la de llorar a un amigo querido, darlo por muerto —y ello después de un largo e inmerecido exilio—, y luego, al cabo de la breve alegría y asombro de enterarse de que se ha burlado de sus verdugos, tener que llorarlo por segunda vez en esta ocasión sin esperanzas de error y sin poder verlo siquiera en el intervalo, traicioneramente capturado y vergonzosamente torturado y muerto? Mi único consuelo era el que cuando Germánico se enterase de lo sucedido —y yo le escribiría enseguida para contarle todo lo que

sabía—, dejaría sus campañas en Germania y volvería a Roma a la cabeza de todos los regimientos que pudiese retirar del Rin, para vengar en Livia y Tiberio la muerte de Póstumo. Le escribí, pero no me contestó. Volví a escribirle, pero no obtuve respuesta. Pero por fin me llegó una larga carta afectuosa en la que había una asombrosa referencia al éxito obtenido por Clemente en su personificación de Póstumo. ¿Cómo se las había arreglado? Gracias a esta frase resultaba evidente que no había recibido ninguna de mis cartas de importancia. La única que le llegó fue la enviada por el mismo correo que la segunda. En ella le daba simplemente detalles sobre un asunto de negocios en que me había pedido que interviniese. Ahora me agradecía la información, que, según me decía, era exactamente la que necesitaba. Me di cuenta, con un repentino sentimiento de temor, de que Livia o Tiberio tenían que haber interceptado las demás.

Mi digestión ha sido siempre mala, y el temor de encontrar veneno en cada plato no la mejoraba mucho. Me volvieron los tartamudeos y tuve ataques de afasia, repentinos vacíos mentales que me ponían en ridículo. Si me aparecía en mitad de una frase la terminaba como me era posible. El resultado más desdichado de esta debilidad fue que hice un embrollo de mis deberes de sacerdote de Augusto, que hasta entonces había cumplido sin dar a nadie motivos de queja. En Roma hay una antigua costumbre según la cual, si uno comete un error en el ritual de un sacrificio o de cualquier otro servicio religioso, hay que comenzarlo de nuevo. Ahora sucedía con frecuencia que cuando estaba oficiando me perdía en medio de una oración y continuaba repitiendo las mismas frases dos o tres veces, antes de darme cuenta de lo que hacía; o tomaba el cuchillo de pedernal para cortarle el cuello a la víctima antes de salpicarle la cabeza con la harina y la sal rituales. Y entonces, por supuesto, había que volver a empezar. Resultaba tedioso hacer tres o cuatro tentativas en un servicio antes de concluirlo a la perfección, y la congregación se agitaba y se mostraba inquieta en estos. Al fin le escribí a Tiberio, que era el Sumo Pontífice, y le pedí que me relevase de todos mis deberes religiosos por un año, por motivos de mala salud. Me concedió la petición sin comentarios.



XIX



AÑO 16 d. de C.

El tercer año de guerra de Germánico contra los germanos fue aún de más éxito que los dos primeros. Había elaborado un nuevo plan de campaña, por el cual tomaría a los germanos por sorpresa y ahorraría a sus hombres una cantidad de peligrosas y fatigosas marchas. Consistía en construir en Roma una flota de casi mil transportes, embarcar en ellos a la mayor parte de sus fuerzas, bajar por el río y, por un canal que en una ocasión había practicado mi padre, atravesar los lagos holandeses y llegar, por el mar, hasta la desembocadura del Ems. Allí anclaría sus transportes en la orilla cercana, aparte de unos pocos que le servirían para construir un puente de pontones. Luego atacaría a las tribus a través del Weser, un río vadeable en algunos puntos que corre paralelo al Ems hasta unos ochenta kilómetros más allá. El plan salió muy bien en todos sus detalles.

Cuando la vanguardia llegó a Weser, encontró a Hermann y a algunos caudillos aliados esperando en la otra orilla. Hermann gritó preguntando si Germánico era el que mandaba las fuerzas. Cuando le contestaron que sí, preguntó si podían llevarle un mensaje. El mensaje era: «Corteses saludos de Hermann a Germánico; ¿se le permitiría conversar con su hermano?». Era un hermano de Hermann llamado, en germano, algo así como Goldkopf, o por lo menos un nombre tan bárbaro que era imposible trascribirlo en el alfabeto latino, como se había convertido Hermann en «Arminio», o Siegmyrgth en «Segimero», de modo que se tradujo como Flavio, que quiere decir cabeza dorada. Flavio había estado durante años en el ejército romano, y como se encontraba en Lyon en el momento del desastre de Varo, hizo allí una declaración de su permanente lealtad a Roma y repudió todos los vínculos familiares que lo unían con su traidor hermano Hermann. En la campaña de Tiberio y Germánico, el año siguiente, combatió con valentía y perdió un ojo.

Germánico preguntó a Flavio si quería hablar con su hermano. Flavio respondió que no tenía mayores deseos, pero que quizá fuese un ofrecimiento de rendición. De modo que los dos hermanos comenzaron a gritarse el uno al otro desde ambas orillas del río. Hermann empezó hablando en germano, pero Flavio le dijo que si no hablaba en latín la conversación había terminado. Hermann no quería hablar en latín, que los otros jefes no entendían, por temor de que lo creyesen un traidor, y Flavio no quería que los romanos pensaran que él era un traidor, ya que no entendían el germano. Por otra parte, Hermann deseaba impresionar a los romanos y Flavio a los germanos. Hermann trató de atenerse al germano y Flavio al latín, pero a medida que se iban acalorando cayeron en tan espantosa mezcla de ambos idiomas que, como me escribió Germánico, parecía una comedia. Cito el relato del diálogo hecho por Germánico.

Hermann : Hola, hermano. ¿Qué te ha pasado en la cara? Esa cicatriz es una fea deformidad. ¿Has perdido un ojo?

Flavio : Sí, hermano. ¿No has encontrado uno por casualidad? Lo perdí el día que huiste al galope, con el escudo cubierto de barro, para que Germánico no te reconociera.

Hermann : Te equivocas, hermano. No era yo. Debes de haber estado bebiendo otra vez. Siempre fuiste así antes de una batalla: un tanto nervioso, a menos que te hubieras bebido por lo menos cuatro litros de cerveza; y luego, cuando sonaban los cuernos de guerra, había que atarte a la silla.

Flavio : Eso es una mentira, por supuesto, pero me recuerda qué espantosa bebida bárbara es tu cerveza germana. Ahora no la bebo nunca, salvo cuando llega una gran partida al campamento, desde una de tus aldeas capturadas. Los soldados sólo la beben cuando no tienen

más remedio. Dicen que es mejor que el agua de pantano corrompida por los cadáveres germanos.

Hermann : Sí, a mí me gusta el vino romano. Me quedan unos cientos de jarras de cuando capturé a Varo. Este verano conseguiré otra buena provisión, si Germánico no tiene un poco de cuidado. De paso, ¿qué recompensa recibiste por la pérdida del ojo?

Flavio (con gran dignidad) : El agradecimiento personal del comandante en jefe y tres condecoraciones, incluso la Corona y la Cadena.

Hermann ¡Jo, jo! ¡La Cadena! ¿La llevas en torno a los tobillos, esclavo romano?

Flavio : Prefiero ser esclavo de los romanos que traicionarlos. De paso, tu querida Trusnelda está bien, lo mismo que tu hijo. ¿Cuándo vendrás a Roma, para hacerles una visita?

Hermann : Cuando termine esta campaña, hermano. ¡Jo, jo!

Flavio : ¿Quieres decir cuando camines detrás del carro de guerra de Germánico, en el festival del triunfo, y la muchedumbre te arroje huevos podridos? ¡Cómo me reiré!

Hermann : Será mejor que te rías ahora, porque si dentro de tres días te queda todavía garganta para reír, no me llamo Hermann. Pero basta. Tengo un mensaje para ti de tu madre.

Flavio (repentinamente serio y con un profundo suspiro) : ¡Ah, mi querida, queridísima madre! ¿Qué mensaje me envía mi madre? ¿Tengo todavía su sagrada bendición, hermano?

Hermann : Hermano, has herido a nuestra noble y prolífica madre hasta el alma. Dice que convertirá su bendición en una maldición si sigues siendo un traidor a tu familia, a tu tribu y a tu raza, y si no vuelves enseguida a nosotros y actúas a mi lado como general.

Flavio (en germano, estallando en lágrimas de cólera) : Oh, no ha dicho eso, Hermann. No puede haberlo dicho. Es una mentira que inventaste para hacerme desdichado. ¡Confiesa que es una mentira, Hermann!

Hermann : Te da dos días para que te decidas.

Flavio (a su caballerizo) : ¡Eh, tú, cara de cerdo, dame mi caballo y mis armas! Voy a cruzar el río para luchar contra mi hermano. ¡Hermann, porquería, voy a luchar contra ti!

Hermann : ¡Ven, entonces, esclavo bizco, comedor de habichuelas!

Flavio saltó sobre su caballo y estaba a punto de cruzar el río cuando un coronel romano lo agarró de la pierna y lo derribó de la silla. Conocía

la lengua germánica y sabía de la absurda veneración de los germanos hacia sus esposas y madres. ¿Y si Flavio tenía realmente la intención de desertar? De modo que le dijo que no se preocupase por Hermann ni creyese en sus embustes. Pero Flavio no pudo resistir a la tentación de decir la última palabra. Se enjugó los ojos y gritó:

—La semana pasada vi a tu suegro. Tiene una hermosa casita cerca de Lyon. Me dijo que Trusnelda fue a vivir con él porque no podía soportar la deshonra de estar casada con un hombre que había violado su solemne juramento de aliado de Roma y traicionado a un amigo en cuya mesa había comido. Dijo que la única forma en que puedes reconquistar su estima consiste en no usar las armas contra tus amigos jurados, las armas que te entregó el día de tu boda. Todavía no te ha sido infiel, pero eso no durará mucho, si no recobras la sensatez.

Entonces le llegó a Hermann el turno de llorar y gritar y acusar a Flavio de que estaba mintiendo. Germánico ordenó a un capitán que vigilara a Flavio con cuidado durante la batalla siguiente y que lo pasara por las armas a la menor señal de traición.

Germánico escribía muy pocas veces, pero cuando lo hacía me enviaba largas cartas y ponía en ellas, según decía, todas las cosas interesantes y divertidas que no parecían adecuadas para incluirlas en sus despachos oficiales a Tiberio. Yo vivía esperando sus cartas. Nunca me sentía ansioso por la seguridad de Germánico cuando combatía contra los germanos. Tenía con ellos el mismo tipo de confianza que un apicultor experimentado tiene con las abejas: puede acercarse con tranquilidad a una colmena y sacar la miel, y las abejas jamás lo pican como lo harían contigo o conmigo si tratásemos de hacer lo mismo. Dos días después de vadear el Weser libró una batalla decisiva contra Hermann. Siempre me han interesado los discursos pronunciados antes de una batalla: no hay nada que arroje tanta luz sobre el carácter de un general. Germánico nunca arengaba a sus hombres como un orador ni bromeaba obscenamente con ellos como Julio César. Se mostraba siempre muy serio, muy preciso y muy práctico. Su discurso en esa ocasión versó acerca de lo que realmente pensaba de los germanos. Dijo que no eran soldados. Tenían cierta bravuconería y peleaban bien cuando estaban todos juntos, como lucha el ganado salvaje, y poseían cierta astucia animal, por lo cual resultaba imprudente descuidar las precauciones comunes en la lucha con ellos. Pero se cansaban muy pronto, después de la primera furiosa embestida, y no tenían disciplina en ningún verdadero sentido militar, y sí sólo un espíritu de rivalidad mutua. Sus jefes nunca podían contar con ellos: o hacían demasiado, o demasiado poco.

«Los germanos —dijo— son la nación más insolente y jactanciosa del mundo cuando las cosas les van bien, pero en cuanto caen derrotados se muestran cobardes y abyectos. No perdáis nunca de vista a un germano, pero jamás le temáis cuando lo tengáis frente a frente. Y eso es todo lo que hay que decir al respecto, aparte de lo siguiente: la mayor parte de la lucha de mañana se hará entre esos bosques, donde el enemigo estará tan apiñado, que no le quedará lugar para maniobrar. Lanzaos sobre él

sin prestar atención a sus azagayas, y buscad el cuerpo a cuerpo enseguida. Golpeadlos en la cara; eso es lo que más odian».

Hermann había elegido con cuidado su campo de batalla: una llanura que se iba estrechando hacia el fondo, situada entre el Weser y una serie de colinas boscosas. Combatirían en el extremo más estrecho de la llanura, con un gran bosque de robles y abedules a la espalda, el río a su derecha y las colinas a su izquierda. Los germanos estaban divididos en tres destacamentos. El primero, formado por jóvenes portadores de azagayas de las tribus locales, avanzaría por la llanura contra los regimientos romanos de vanguardia, que probablemente serían los auxiliares franceses, y los haría retroceder. Entonces, cuando llegaran los refuerzos romanos, tenían que abandonar la lucha y fingir que huían presa del pánico. Los romanos avanzarían hacia el bosque y en ese punto el segundo destacamento, compuesto por los hombres de la tribu del propio Hermann, cargaría sobre ellos desde una emboscada de la colina y los atacaría por el flanco. Esto provocaría gran confusión y entonces regresaría el primer destacamento, apoyado de cerca por el tercero —los experimentados hombres de edad de las tribus locales— y empujarían a los romanos hacia el río. Para ese momento la caballería germana ya habría dado la vuelta a la colina y atacado a los romanos por la retaguardia.

Habría sido un buen plan si las tropas de Hermann hubiesen sido disciplinadas. Pero salió ridículamente mal. El orden de combate de Germánico era el siguiente: primero, dos regimientos de infantería pesada francesa en la orilla del río, y dos de los auxiliares germanos en el flanco de la montaña. Luego los arqueros de a pie, después cuatro regimientos regulares, en seguida Germánico con dos batallones de la guardia y la caballería regular, otros cuatro regimientos regulares más, los arqueros franceses montados y finalmente la infantería ligera francesa. Cuando los auxiliares germanos avanzaban a lo largo de las estribaciones de la montaña, Hermann, que contemplaba los movimientos desde la copa de un pino, llamó excitado a su sobrino, que se encontraba al pie del árbol, esperando órdenes:

—¡Ahí va el traidor de mi hermano! No tiene que salir con vida de este combate.

El estúpido sobrino se lanzó hacia adelante:

—¡Hermann ordena que ataquemos en el acto!

Se precipitó hacia la llanura con la mitad de la tribu. Hermann consiguió contener al resto con dificultades. Germánico envió en el acto a la caballería regular a cargar sobre aquellos imbéciles por el flanco, antes de que pudiesen llegar a los hombres de Flavio, y a los arqueros franceses montados para cortarles la retirada.

Entretanto el destacamento germano de escaramuza había avanzado desde el bosque, pero la carga de la caballería romana hizo que los

hombres mandados por el sobrino de Hermann corriesen hacia ellos, envolviéndolos en el pánico y haciéndolos huir también. El tercer destacamento germano, el cuerpo principal, salió entonces del bosque, esperando que los escaramuzadores se detuvieran y volviesen sobre sus pasos, como se había convenido. Pero el único pensamiento de los escaramuzadores era el de huir de la caballería; atravesaron a la carrera el cuerpo principal. En ese momento se produjo un augurio sumamente halagüeño para los romanos: ocho águilas, ahuyentadas en la colina por el ataque, volaban sobre la llanura, chillando estrepitosamente. De pronto volaron todas juntas hacia el bosque. Germánico gritó:

—¡Sigamos a las Águilas! ¡Sigamos a las Águilas romanas!

Todo el ejército recogió el grito:

—¡Sigamos a las Águilas!

Entretanto Hermann había atacado con el resto de sus hombres y tomado por sorpresa a los arqueros de a pie, matando a algunos. Pero el regimiento de retaguardia de la infantería pesada francesa giró para acudir en ayuda de los arqueros. La fuerza de Hermann, compuesta de unos quince mil hombres, habría podido salvar la batalla si hubiese aplastado a la infantería francesa e introducido así una poderosa cuña entre la vanguardia romana y el grueso de las fuerzas. Pero el sol les daba en la cara, reflejado por las armas, los petos y los escudos de la infantería regular que avanzaba, y los germanos perdieron el valor. La mayoría corrió hacia la colina. Hermann reunió a mil o dos mil, pero no eran suficientes, y para entonces dos escuadrones de caballería regular cargaban sobre los fugitivos y les cortaban la retirada hacia la colina. No se sabe cómo consiguió huir, pero en general se cree que espoleó su caballo hacia el bosque y alcanzó a los auxiliares germanos que avanzaban para atacarlo. Y gritó: ¡Paso, animales! ¡Soy Hermann!.

Nadie se atrevió a matarlo porque era el hermano de Flavio, y éste, por el honor de la familia, se sentiría obligado a vengar su muerte.

Ya no era una batalla, sino una matanza. El cuerpo principal de los germanos fue flanqueado y empujado hacia el río, que muchos lograron atravesar a nado, pero no todos. Germánico llevó su segunda línea de infantería regular hacia el bosque y derrotó a los escaramuzadores que esperaban allí en la esperanza de que la batalla se volviese de pronto en su favor. (Los arqueros se divirtieron derribando a los germanos que habían trepado a los árboles y que se ocultaban en el follaje de la copa). Toda resistencia había terminado. Desde las nueve de la mañana hasta las siete de la noche, cuando empezó a oscurecer, continuó la matanza. Quince kilómetros más allá del campo de batalla, los bosques y llanuras estaban sembrados de cadáveres germanos. Entre los cautivos se encontraba la madre de Hermann y Flavio. Pidió que le perdonasen la vida, diciendo que siempre había tratado de convencer a Hermann de

que abandonara su inútil resistencia a los conquistadores romanos. De modo que ahora quedaba asegurada la lealtad de Flavio.

Un mes más tarde se libró otra batalla, en un espeso bosque de las orillas del Elba. Hermann había elegido una emboscada y tomado disposiciones que hubiesen podido resultar de suma eficacia si Germánico no se hubiera enterado de ellas unas horas antes, por boca de unos desertores. En lugar de empujar a los romanos al río, los germanos fueron rechazados hacia el bosque, en el cual estaban apretujados de tal modo, que no pudieron emplear sus habituales tácticas de guerrillas. Retrocedieron hacia unas ciénagas que rodeaban el bosque, donde millares de ellos se hundieron lentamente, gritando de furia y desesperación. Hermann, que había sido herido por una flecha en la batalla anterior, no estuvo muy en primer plano en esa ocasión. Pero continuó la lucha en el bosque con tanto empecinamiento como le fue posible y, al encontrarse por casualidad con su hermano Flavio, lo atravesó con una azagaya. Escapó a través de la ciénaga, saltando de arbusto en arbusto con extraordinaria agilidad y buena suerte.

Germánico apiló un gigantesco trofeo de armas germanas y colocó sobre él la siguiente inscripción: «Las fuerzas de Tiberio César que han dominado a las tribus de entre el Rin y el Elba consagran estos recordatorios de su victoria a Júpiter, a Marte y a Augusto». Sin mención alguna de él mismo. Todas sus bajas en estos dos combates no fueron superiores a los dos mil quinientos hombres muertos o gravemente heridos. Los germanos deben de haber perdido por lo menos veinticinco mil.

Germánico consideró que había hecho bastante por ese año y envió a algunos de sus hombres de vuelta al Rin, por tierra, e hizo embarcar a los demás en transportes. Pero entonces sobrevino una desgracia: una repentina tormenta del sudoeste sorprendió a la flota poco después de haber levado anclas y la dispersó en todas direcciones. Muchos navíos zozobraron y sólo el barco de Germánico consiguió llegar a la boca del Weser, donde se acusó de ser un segundo Varo por haber perdido todo un ejército romano. Sus amigos le impidieron, con grandes dificultades, que saltara al mar para unirse a los muertos. Pero unos días después el viento cambió hacia el norte y uno a uno regresaron todos los barcos, casi todos sin remos y algunos con capas haciendo el papel de velas; los menos averiados se turnaron para remolcar a los que apenas podían mantenerse a flote.

Germánico puso de inmediato manos a la obra para reparar los barcos dañados y envió a todos los navíos que pudo a que registrasen las desoladas islas vecinas en busca de sobrevivientes. Encontraron a muchos, pero medio muertos de hambre, viviendo sólo de mariscos y de los cadáveres de los caballos arrojados por el mar a la playa. Habían sido respetuosamente tratados por los habitantes, que en los últimos tiempos fueron obligados a jurar fidelidad a Roma. Unos veinte barcos regresaron repletos desde Bretaña, que había estado pagando un tributo nominal desde su conquista, setenta años antes, por Julio César;

eran enviados por los reyezuelos de Kent y Sussex. Al cabo se encontró a no más de la cuarta parte de los hombres perdidos, y casi doscientos de ellos fueron hallados, años después, en Bretaña central. Se les rescató de las minas de plomo, donde realizaban trabajos forzados.

Cuando los germanos de tierra adentro se enteraron de este desastre, pensaron que sus dioses los habían vengado. Derribaron la pila de trofeos e incluso comenzaron a hablar de una marcha sobre el Rin. Pero Germánico volvió a atacar de repente; envió una expedición de sesenta batallones de infantería y cien escuadrones de caballería contra las tribus del Weser superior, en tanto que él mismo marchaba con otros ochenta batallones de infantería y cien escuadrones de caballería contra las tribus situadas entre el Rin inferior y el Ems. Ambas expediciones tuvieron un éxito completo y, lo que era mejor que la muerte de tantos miles de germanos, se encontró el Águila del Decimoctavo regimiento en un templo subterráneo de un bosque. Ahora sólo quedaba sin redimir el Águila del Decimoséptimo, y Germánico prometió a sus hombres que al año siguiente, si todavía se encontraban bajo su mando, también la rescatarían. Entretanto los llevó de vuelta a los cuarteles de invierno.

Luego Tiberio le escribió instándole a que volviese para el triunfo que se le había decretado, porque no cabía duda de que ya había hecho bastante. Germánico le contestó que no se sentiría contento hasta que no hubiese quebrado por completo el poderío de los germanos, para lo cual no se necesitaban ahora muchas batallas, y recuperado la tercera Águila. Tiberio volvió a escribirle diciéndole que Roma no podía permitirse el lujo de tan elevadas bajas, ni siquiera al precio de tan espléndidas victorias. No criticaba la habilidad de Germánico como general, porque sus batallas habían sido muy económicas en hombres, pero entre las bajas de los combates y el desastre naval, había perdido el equivalente de dos regimientos. Le recordaba que él mismo había sido enviado nueve veces a Germania por Augusto, de modo que no hablaba sin experiencia. En su opinión no debía arriesgarse la vida de un solo romano, incluso ni para matar a diez germanos. Germania era como una hidra: cuantas más cabezas se cortaban, más crecían. La mejor manera de manejar a los germanos consistía en azuzar sus celos intertribales y fomentar las guerras entre los caudillos vecinos; había que instarlos a matarse entre sí sin ayuda del exterior. Germánico contestó pidiendo un año más para completar su labor de conquista. Pero Tiberio le dijo que lo necesitaba en Roma como cónsul, y le tocó el punto más sensible diciéndole que debía recordar a su hermano Cástor. Germania era ahora el único país en que se libraba una guerra de importancia, y si insistía en terminarla él mismo, Cástor no tendría oportunidad de lograr un triunfo o el título de mariscal de campo. Germánico no insistió; dijo que los deseos de Tiberio eran órdenes para él, y que regresaría en cuanto se le relevase.

AÑO 17 d. de C.

Volvió a principios de la primavera y celebró su triunfo. Toda la población de Roma acudió a recibirlo a treinta kilómetros de la ciudad.

Cerca del templo de Saturno se dedicó un gran arco para conmemorar la recuperación de las Águilas. La procesión triunfal pasó por debajo. Había carros cargados con el botín de los templos germanos y con escudos y armas enemigos; otros transportaban cuadros vivos que representaban batallas o dioses germanos del río y la montaña dominados por soldados romanos. Trusnelda y su hijo iban en un carro, con cadenas al cuello, seguidos por un enorme cortejo de prisioneros germanos encadenados. Germánico venía, coronado, en su carroza, con Agripina sentada a su lado y sus cinco hijos —Nerón, Druso, Calígula, Agripinila y Drusila— sentados atrás. Conquistó más aplausos de los que logró ningún otro general victorioso desde el triunfo de Augusto en Accio.

Pero yo no estaba presente. ¡Me encontraba nada menos que en Cartago! Un mes antes del regreso de Germánico me llegó una nota de Livia ordenándome que me preparase para un viaje al África. Se necesitaba un representante de la familia imperial para dedicar un nuevo templo de Augusto en Cartago, y yo era el único que estaba libre para hacerlo. Se me proporcionarían suficientes instrucciones en cuanto a la forma en que debía comportarme y realizar la ceremonia, y se esperaba de mí que no volviese a hacer el tonto una vez más, aunque sólo fuese por la presencia de africanos. Enseguida adiviné por qué me mandaban. No había motivo alguno para que fuese nadie, porque el templo no quedaría terminado hasta dentro de tres meses. Me quitaban de en medio. Mientras Germánico estuviese en la ciudad no se me permitiría volver, y se abrirían todas las cartas que enviase a casa. De forma que nunca tuve una oportunidad de contarle a Germánico lo que venía guardándome desde hacía tanto tiempo. Por otra parte, Germánico sostuvo una conversación con Tiberio. Le dijo que sabía que el destierro de Póstumo se debía a una cruel conspiración de Livia; tenía pruebas positivas de ello. Era evidente que había que eliminarla de los asuntos públicos. Sus acciones no podían ser justificadas por ninguna mala conducta posterior de Póstumo. Era natural que tratase de escapar de un confinamiento inmerecido. Tiberio declaró que se sentía escandalizado por las revelaciones de Germánico, pero dijo que no podía crear un escándalo público deshonrando de repente a su madre. La acusaría en privado del delito y le iría quitando poco a poco sus poderes.

Lo que hizo en realidad fue ir a ver a Livia y decirle exactamente lo que Germánico le había dicho a él, agregando que Germánico era un tonto crédulo, pero que parecía hablar en serio, y que era tan popular en Roma y en el ejército, que quizá fuese aconsejable que Livia lo convenciera de que no era culpable de lo que él la acusaba, a menos que considerase eso indigno de ella. Añadió que enviaría a Germánico lejos tan pronto como le fuese posible, quizás al Oriente, y que volvería a presentar en el Senado la moción de que se la llamara Madre de la Patria, título que se tenía merecido. Había elegido el procedimiento correcto con ella. Livia se sintió encantada de que todavía le tuviese el miedo suficiente para decirle todo eso, y lo llamó «un buen hijo». Juró que no había fraguado falsas acusaciones contra Póstumo: probablemente esa historia había sido inventada por Agripina, a quien

Germánico seguía como un ciego y que trataba de convencerlo de que usurpara la monarquía. El plan de Agripina, dijo, consistía sin duda en provocar una ruptura entre Tiberio y su amante madre. Tiberio, abrazándola, dijo que si bien de vez en cuando podían surgir entre ellos pequeños desacuerdos, nada podría romper los vínculos que los unían. Livia suspiró; se estaba convirtiendo en una anciana —tenía más de setenta años— y su trabajo empezaba a pesarle. ¿Quizás él pudiera aliviarla de la parte más tediosa y consultarla sólo en problemas importantes de nombramientos y decretos? Ni siquiera se ofendería si él interrumpía su costumbre de poner el nombre de ella sobre el propio en todos los documentos oficiales. No quería que se dijese que se encontraba bajo su tutela. Pero, dijo, cuanto antes convenciera al Senado de que le concediese el título, más complacida se sentiría. Y entonces hubo una escena de reconciliación, pero ninguno de los dos confiaba en el otro.

Tiberio nombró a Germánico colega suyo en el consulado y le dijo que había convencido a Livia de que se retirase de los asuntos públicos, aunque por motivos formales fingiría seguir consultándola. Esto pareció satisfacer a Germánico. Pero Tiberio no se sentía en modo alguno cómodo. Agripina casi no le hablaba, y sabiendo que Germánico y ella eran prácticamente una sola persona, no podía creer en la continua lealtad de ambos. Además, en Roma estaban ocurriendo cosas que un hombre del carácter de Germánico tenía que detestar. En primer lugar, los delatores. Como Livia no le permitía el acceso a los expedientes criminales ni le dejaba compartir el dominio de su eficientísimo sistema de espionaje —tenía un agente a sueldo en casi todas las casas o instituciones importantes—, había tenido que adoptar otro método. Dictó un decreto según el cual a todo aquel que fuese descubierto conspirando contra el Estado o blasfemando contra el dios Augusto se le confiscarían las propiedades y se distribuirían entre sus fieles acusadores. Las conspiraciones contra el Senado eran menos fáciles de demostrar que las blasfemias contra Augusto. El primer caso de blasfemia contra Augusto fue el de un charlatán, un joven tendero que por casualidad se encontraba un día al lado de Tiberio, en la plaza del Mercado, en el momento en que pasaba un funeral. Se precipitó hacia adelante y susurró algo en el oído del cadáver. Tiberio sintió curiosidad por saber qué le había dicho. El hombre explicó que le había pedido al muerto que le dijese a Augusto, cuando lo encontrase abajo, que sus legados al pueblo de Roma no habían sido pagados aún. Tiberio hizo arrestar y ejecutar al hombre por hablar de Augusto como si fuese un simple espíritu, y no un dios inmortal, y dijo que lo enviaba a él también abajo para que se convenciera de su error. De paso: uno o dos meses después pagó todos los legados. En un caso así, Tiberio tenía cierta justificación, pero más tarde los insultos más inofensivos contra Augusto fueron suficientes para que un hombre fuese juzgado y perdiera la vida.

AÑO 16 d. de C.

Surgió una clase de delatores profesionales, con los que se podía contar para presentar una acusación contra cualquier hombre que hubiese incurrido en el desagrado de Tiberio. De tal modo ya no eran necesarios los expedientes basados en antecedentes de verdadera delincuencia. Seyano era el intermediario de Tiberio con esos granujas. En el año anterior al regreso de Germánico, Tiberio puso a los delatores a trabajar en el caso de un joven llamado Libo, biznieto de Pompeyo y primo de Agripina a través de la abuela de ambos, Escribonia. Seyano había advertido a Tiberio de que Libo era peligroso y que andaba diciendo cosas irrespetuosas acerca de él. Pero en esa etapa Tiberio tenía sumo cuidado de no hacer que las faltas de respeto hacia él fuesen consideradas delitos punibles, de modo que tuvo que inventar otras acusaciones. Ahora bien, para ocultar su vinculación con Trásilo, Tiberio había expulsado de Roma a todos los astrólogos, magos, adivinos e intérpretes de sueños, y prohibido que nadie consultase con los que se habían quedado en secreto. Unos pocos se quedaron en Roma con la connivencia de Tiberio, a condición de que sólo ofrecieran sus servicios con un agente imperial oculto en la habitación. Libo fue convencido por un senador que se había convertido en delator profesional de que visitara a uno de esos adivinos, para que le predijese la suerte. Sus preguntas fueron anotadas por el agente escondido. En sí mismas no eran pérfidas, sino sólo tontas: quería saber cuántas riquezas llegaría a tener y si alguna vez sería el principal hombre de Roma, etcétera. Pero en su juicio se presentó un documento falsificado que supuestamente había sido descubierto por esclavos en su dormitorio. Se trataba de una lista, en apariencia escrita de su puño y letra, con los nombres de todos los miembros de la familia imperial y de los principales senadores, con curiosos caracteres egipcios y caldeos al lado de cada nombre, en el margen. El castigo por consultar a un mago era el destierro, pero el castigo por practicar la magia uno mismo era la muerte. Libo negó ser el autor del documento, y las declaraciones de los esclavos no fueron suficientes, ni siquiera bajo tortura, para condenarlo. Las declaraciones de los esclavos sólo eran aceptadas en los casos de acusación de incesto. No había declaraciones de libertos, porque no se pudo convencer al liberto de Libo de que declarase en contra suya, y no se podía torturar a un liberto para arrancarle una confesión. Pero, por consejo de Seyano, Tiberio dictó un nuevo reglamento que decía que cuando un hombre fuese acusado de un delito capital, sus esclavos podían ser comprados a un precio justo por el Administrador Público, con lo que quedarían en condiciones de prestar declaración bajo tortura. Libo, que no había podido conseguir un abogado lo bastante valiente como para defenderlo, vio que estaba atrapado y pidió que se postergase el juicio hasta el día siguiente. Cuando se le concedió la petición, volvió a su casa y se suicidó. Pero la acusación contra él fue juzgada en el Senado con la misma formalidad que si hubiese estado con vida, y se le declaró culpable de todas las acusaciones. Tiberio dijo que era una desgracia que el tonto jovenzuelo se hubiese suicidado, porque de lo contrario habría intercedido para que se le perdonara la vida. La herencia de Libo fue distribuida entre sus acusadores, entre los cuales había cuatro senadores. Una farsa tan deshonrosa jamás habría podido ser llevada a cabo cuando Augusto era emperador, pero bajo Tiberio se

la puso en práctica, una y otra vez, con algunas variantes. Sólo un hombre hizo una protesta en público; se trataba de cierto Calpurnio Pisón, que se puso de pie en el Senado para decir que le repugnaba tanto el ambiente de intriga política de la ciudad, la corrupción de la justicia y el desdichado espectáculo de sus colegas, los senadores, comportándose como delatores a sueldo, que se iba de Roma para siempre y se retiraba a alguna aldea de algún lugar remoto de Italia. Dicho esto, se fue. El discurso impresionó mucho en el Senado. Tiberio envió a alguien a que trajese de vuelta a Calpurnio, y cuando ocupó una vez más su banca, le dijo que si existían errores judiciales cualquier senador estaba en libertad de llamarle la atención al respecto en la hora de interpelaciones. Además dijo que en la capital del mayor imperio que el mundo nunca había conocido era inevitable cierta medida de intriga política. ¿Sugería Calpurnio que los senadores no habrían presentado sus acusaciones si no hubiesen tenido esperanzas de ser recompensados? Dijo que admiraba la franqueza e independencia de Calpurnio, y que le envidiaba su talento. ¿Pero no sería mejor utilizar esas nobles cualidades para mejorar la moral social y política de Roma, en lugar de enterrarlas en algún ruin villorrio de los Apeninos, entre pastores y bandidos? Por consiguiente Calpurnio tuvo que quedarse. Pero poco después demostró su franqueza e independencia citando a la anciana Urgulania para que compareciera ante el tribunal por falta de pago de una gran suma de dinero que le debía por algunos grabados y estatuas. La hermana de Calpurnio había muerto, y él le vendió algunas de sus pertenencias. Cuando Urgulania leyó la citación, que le ordenaba que se presentase de inmediato en el tribunal de Deudores, dijo a sus servidores que la llevasen en la litera directamente al palacio de Livia. Calpurnio la siguió y en el vestíbulo le salió al encuentro Livia, quien le dijo que se retirase. Calpurnio se disculpó, cortés pero firmemente, diciendo que Urgulania debía obedecer sin tardanza a la citación, a menos que estuviese demasiado enferma como para no concurrir, cosa que sin duda no era así. Ni siquiera las vírgenes vestales estaban exceptuadas de concurrir al tribunal cuando se las citaba. Livia dijo que su conducta era insultante para con ella y para con su hijo, el emperador, quien sabría cómo vengarla. Se mandó llamar a Tiberio, quien trató de solucionar las cosas; dijo a Calpurnio que Urgulania sin duda pensaba ir en cuanto se hubiese recuperado un poco de la sacudida emocional provocada por la citación, y a Livia le aseguró que era indudable que se trataría de un error, que Calpurnio no había querido mostrarse irrespetuoso, y que él mismo concurriría al juicio y cuidaría de que Urgulania contase con un abogado capaz y que el juicio fuese equitativo. Salió de palacio, caminando al lado de Calpurnio en dirección al tribunal, y conversando con él de cualquier cosa. Los amigos de Calpurnio trataron de convencerlo de que anulase la acusación, pero él les contestó que era un hombre chapado a la antigua: le gustaba que le pagaran el dinero que se le adeudaba. El juicio no se celebró. Livia envió tras ellos a un mensajero montado, con la suma de la deuda, en oro, en los morrales. Alcanzó a Calpurnio y Tiberio antes de que llegasen a las puertas del tribunal.

Pero estoy escribiendo acerca de los delatores y del efecto desmoralizador que tenían sobre la vida de Roma, y acerca de la

corrupción judicial. Estaba a punto de decir que mientras Germánico se encontraba en Roma no hubo en los tribunales un solo juicio de blasfemia contra Augusto o de conspiración contra el Estado y se previno a los delatores que debían quedarse tranquilos. Tiberio exhibió su mejor conducta, y sus discursos en el Senado fueron modelos de franqueza. Seyano se retiró a segundo plano, Trásilo fue sacado de Roma y llevado a la aldea de Tiberio en la isla de Capri, y Tiberio parecía no tener más amigo íntimo que el honrado Nerva, cuyo consejo solicitaba continuamente.

Nunca pude simpatizar con Cástor. Era un individuo de boca sucia, sanguinario y disoluto, de temperamento violento. Su carácter se veía con claridad en las luchas a espada, en las que sentía más placer en la sangre que manaba de una herida que con cualquier acto de habilidad o valentía de los combatientes. Pero debo decir que se portó muy bien con Germánico y que a su lado pareció sufrir cierto cambio de carácter. Las facciones existentes en la ciudad trataron de colocarlos en la desdichada posición de rivales en relación con la sucesión de la monarquía, pero ellos en ninguna ocasión dieron alas a ese punto de vista. Cástor trataba a Germánico con la misma consideración fraternal que le mostraba Germánico. No era exactamente un cobarde, pero era más un político que un soldado. Cuando lo enviaron al Danubio en respuesta a una petición de ayuda de las tribus de Germania oriental que luchaban en una sangrienta guerra defensiva contra la confederación occidental de Hermann, consiguió, por medio de una astuta intriga, atraer a la guerra a las tribus de Bohemia y también a las de Baviera. Ponía en práctica la política de Tiberio, de alentar a los germanos a exterminarse entre sí. Maroboduo («El que camina por el fondo del lago»), el sacerdote rey de los germanos del este, huyó a buscar protección al campamento de Cástor. Se concedió a Maroboduo un refugio seguro en Italia, y como los germanos del este habían hecho un juramento de perpetua fidelidad, siguió siendo, durante dieciocho años, un rehén que garantizaba su buena conducta. Esos germanos del este eran una raza más feroz y poderosa que los del oeste, y Germánico tuvo suerte al no verse obligado a guerrear también contra ellos. Pero Hermann se había convertido en un héroe nacional al derrotar a Varo, y Maroboduo se sentía celoso de su éxito. Para que Hermann no se convirtiese en el Gran Rey de todas las naciones germanas, como era su ambición, Maroboduo se negó a proporcionarle ayuda alguna contra Germánico, ni siquiera mediante la creación de un segundo frente en otra frontera.

A menudo he pensado en Hermann. Era un hombre notable, a su manera, y si bien resulta difícil olvidar su traición a Varo, éste había hecho lo suficiente como para provocar la rebelión, y Hermann y sus hombres luchaban realmente por su libertad. Sentían un auténtico desprecio por los romanos. No podían entender en qué sentido difería la esclavitud de la severísima disciplina impuesta en el ejército romano por Varo, Tiberio y casi todos los demás generales, salvo mi padre y mi hermano. Les escandalizaban los azotes disciplinarios, y consideraban ruin el sistema de pagar a los soldados a tanto por día, en lugar de atraerlos con promesas de gloria y botín. Los germanos siempre han

sido muy castos en su moral, y los oficiales romanos practicaban abiertamente vicios que en Germania, si alguna vez surgían a la luz —cosa que ocurría muy raras veces—, eran castigados ahogando a los dos culpables en el barro. En cuanto a la cobardía de los germanos, todos los pueblos bárbaros son cobardes. Si los germanos alguna vez se civilizan, habrá llegado entonces el momento de juzgar si son cobardes o no. Pero parecen ser un pueblo excepcionalmente nervioso, y no sé si existe alguna posibilidad inmediata de que se civilicen. Germánico creía que tal posibilidad no existía. El que su política de exterminio estuviese justificada o no (y por cierto que no era la política romana habitual para con las tribus de frontera) depende de la respuesta a la primera pregunta. Es claro que las Águilas capturadas tenían que ser reconquistadas, y Hermann no había mostrado piedad alguna, después de la derrota de Varo, cuando asoló la provincia. Y Germánico, que era el hombre más bondadoso y humano que pueda imaginarse, sentía tanto desagrado por la matanza general, que debe haber tenido buenos motivos para ordenarla.

Hermann no murió en combate. Cuando Maroboduo se vio obligado a huir del país, Hermann creyó que tenía el camino libre para ser rey de todas las tribus de Germania. Pero se equivocaba. Ni siquiera pudo llegar a ser monarca de su propia tribu, que era una tribu libre, en la que el Jefe no tenía poderes de mando, sino sólo de dirigente y asesor, y se veía obligado a convencer a sus hombres de lo que quería que hiciesen. Un día, un año o dos más tarde, trató de dictar órdenes como un rey. Su familia, que hasta entonces le había mostrado gran cariño, se escandalizó a tal punto, que, sin discutir la cosa entre sí, se precipitó sobre él con sus armas y lo despedazó. Tenía treinta y siete años cuando murió, habiendo nacido un año antes que mi hermano Germánico, su mayor enemigo.



XX



AÑO 18 d. de C.

Yo estuve casi un año en Cartago. (Fue el año en que murió Livio en Padua, donde siempre estuvo su corazón). La antigua Cartago había sido arrasada, y ésa era una ciudad nueva, construida por Augusto en el sudeste de la península y destinada a convertirse en la primera ciudad de África. Era la primera vez que salía de Italia desde mi infancia. El clima me resultó muy duro, los nativos africanos muy salvajes, enfermos y extenuados por el trabajo; los residentes romanos eran aburridos, pendencieros, mercenarios y atrasados; los enjambres de extraños insectos que se arrastraban y volaban eran horribles. Lo que más extrañé fue la ausencia de una campiña de bosques silvestres. En Trípoli no hay nada que se interponga entre los terrenos regularmente cultivados —huertos de higueras y olivares o trigales— y el desnudo, pétreo y espinoso desierto. Me hospedé en la casa del gobernador, que era ese Furio Camilo, el tío de mi querida Camila, de quien ya he

hablado. Se portó muy bondadosamente conmigo. Casi lo primero que me dijo fue cuán útil le había resultado mi *Sumario balcánico* en la campaña, y que habrían debido recompensarme públicamente por haberlo compilado tan bien. Hizo todo lo posible para que mi ceremonia de dedicación resultase un éxito y para exigir a los provincianos el respeto debido a mi rango. Me mostraba con asiduidad los lugares más destacados de la región. La ciudad tenía un comercio floreciente con Roma; exportaba no sólo vastas cantidades de cereales y aceite, sino también esclavos, tinte de púrpura, esponjas, oro, marfil, ébano y fieras salvajes para los Juegos. Pero yo tenía muy pocas ocupaciones allí, y Furio sugirió que sería bueno que mientras me encontraba allí reuniera materiales para una historia completa de Cartago. En las bibliotecas de Roma no se podía encontrar un libro por el estilo. Los archivos de la ciudad antigua habían caído recientemente en sus manos, descubiertos por nativos que excavaban en las ruinas, en busca de tesoros ocultos, y si yo quería consultarlos, eran míos. Le dije que no tenía conocimiento alguno del idioma fenicio. Pero él se comprometió, si la cosa me interesaba, a hacer que uno de sus libertos tradujese los manuscritos más importantes al griego.

La idea de redactar esa historia me encantó. Me parecía que jamás se les había hecho justicia histórica a los cartagineses. Me pasé mi tiempo libre haciendo un estudio de las ruinas de la ciudad antigua, con la ayuda de una investigación contemporánea, y familiarizándome con la geografía del país en general. También aprendí los rudimentos del idioma lo suficiente para poder leer inscripciones sencillas y entender las nuevas palabras fenicias empleadas por autores que habían escrito acerca de las guerras púnicas desde el punto de vista romano. Cuando volví a Italia comencé a escribir el libro al mismo tiempo que mi historia etrusca. Me gusta realizar dos tareas a la vez: cuando me canso de una me dedico a la otra. Pero quizá soy un escritor demasiado cuidadoso. No me satisface simplemente copiar las afirmaciones de antiguas autoridades cuando hay posibilidades de verificarlas consultando otras fuentes de información acerca del mismo tema, en especial los relatos de escritores pertenecientes a partidos políticos rivales. De modo que estas dos historias, cada una de las cuales habría podido ser escrita en uno o dos años si hubiese sido menos concienzudo, me mantuvieron atareado durante unos veinticinco años. Por cada palabra que escribí debo de haber leído muchos centenares. Y a la postre me convertí en un buen erudito, tanto del etrusco como del fenicio, y logré un conocimiento práctico de varios otros idiomas y dialectos, como el numídico, el egipcio, el osco y el falisco. Primero terminé la *Historia de Cartago* .

Poco después de mi dedicación del templo, que se llevó a cabo sin tropiezos, Furio tuvo que salir de pronto a combatir contra Tacfarinas con las únicas fuerzas disponibles en la provincia: un solo regimiento regular, el Tercero, junto con unos pocos batallones de auxiliares y dos escuadrones de caballería. Tacfarinas era un jefe númida, desertor de las filas de los auxiliares romanos, y un bandido de notable éxito. Hacía poco había formado una especie de ejército basado en el modelo romano, en el interior de su país, aliándose luego con los moros para

una invasión de la provincia desde el oeste. Los dos ejércitos juntos superaban en número a las fuerzas de Furio, por lo menos en una proporción de cinco a uno. Se encontraron en campo abierto, a unos ochenta kilómetros de la ciudad, y Furio tuvo que decidir si debía atacar a los dos regimientos semidisciplinados de Tacfarinas, que formaban en el centro de las indisciplinadas tropas moras. Envió a la caballería y a los auxiliares, en la mayoría arqueros, para mantener a los moros ocupados, y con su regimiento regular marchó directamente contra los númidas de Tacfarinas. Yo contemplaba la batalla desde una colina, a unos quinientos pasos de distancia —había llegado hasta allí en una mula—, y creo que nunca, ni antes ni después, me sentí tan orgulloso de ser un romano. El Tercero se mantuvo en perfecta formación; habría podido tratarse de un desfile ceremonial en el Campo de Marte. Avanzaron en tres líneas, a cincuenta pasos de distancia la una de la otra. Cada línea estaba compuesta de ciento cincuenta filas, de a ocho hombres en fondo. Los númidas se detuvieron en actitud defensiva. El Tercero no se detuvo, sino que continuó avanzando sin una sola pausa. Sólo cuando se encontraron a diez pasos de distancia lanzó la primera fila sus jabalinas en brillante lluvia. Luego desenvainaron las espadas y cargaron, escudo contra escudo. Arrollaron a la primera línea del enemigo, compuesta de lanceros, y cayeron sobre la segunda. A esta nueva línea la quebraron con una nueva carga de jabalinas; cada soldado llevaba un par. Luego la línea romana de apoyo pasó a través de ellos, para darles una posibilidad de reorganizarse. Pronto observé otra lluvia de jabalinas, arrojadas en forma simultánea, sobre la tercera línea de los númidas. Los moros de los flancos, hostigados por las flechas de los auxiliares, vieron que los romanos se introducían profundamente en el centro. Rompieron a aullar como si la batalla estuviese perdida, y se dispersaron en todas direcciones. Tacfarinas tuvo que librar una costosa acción de retaguardia para regresar a su campamento. El único recuerdo desagradable que tengo de esta victoria fue el banquete con que se la celebró, en el transcurso del cual el hijo de Furio, que se llamaba Escriboniano, hizo referencias satíricas al apoyo moral que yo había ofrecido a las tropas. Lo hizo principalmente para llamar la atención sobre su propia valentía, que según le parecía no había sido elogiada lo suficiente. Más tarde Furio lo obligó a pedirme perdón. El Senado votó a Furio ornamentos triunfales; era el primer miembro de su familia que conquistaba alguna distinción militar, desde que su antepasado Camilo salvara a Roma cuatrocientos años antes.

Cuando se me llamó finalmente a Roma, Germánico ya se había ido al este, donde el Senado le votó el mando supremo de todas las provincias. Con él fueron Agripina y Calígula, que para entonces tenía ocho años de edad. Los hijos mayores se quedaron en Roma con mi madre. Aunque Germánico se sintió desilusionado por tener que dejar inconclusa la guerra germana, decidió aprovechar las circunstancias y mejorar su educación visitando lugares famosos en la historia o en la literatura. Visitó la bahía de Accio, y vio allí la capilla erigida por Augusto en memoria de Apolo, y el campamento de Antonio.

Como nieto que era de Antonio, el lugar ofrecía para él una melancólica fascinación. Explicaba el plan de la batalla al joven Calígula cuando éste

lo interrumpió con una tonta carcajada: «Sí, padre, mi abuelo Agripa y mi bisabuelo Augusto le dieron una buena tunda a tu abuelo Antonio. No sé cómo no te avergüenza contarme la historia».

Esa era sólo una de las muchas ocasiones recientes en que Calígula le había hablado a Germánico con insolencia, y éste decidió entonces que era inútil tratarlo de forma amistosa y bondadosa, que el único trato que se podía tener con Calígula era el de una estricta disciplina y severos castigos.

Visitó la Tebas beocia, para ver el lugar de nacimiento de Píndaro, y la isla de Lesbos, para conocer la tumba de Safo. Allí nació otra de mis sobrinas, que recibió el infortunado nombre de Julia. Pero nosotros siempre la llamamos Lesbia. Luego visitó Bizancio, Troya y las famosas ciudades griegas del Asia Menor. Desde Mileto me escribió una larga carta, en términos de tan deleitado interés, que resultaba claro que ya no lamentaba mucho haber tenido que salir de Germania.

Entretanto los asuntos de Roma habían vuelto a la situación en que se encontraban antes del consulado de Germánico, y Seyano revivió los antiguos temores de Tiberio contra Germánico. Le informó de una observación que éste había hecho en una cena privada en la que se encontraba presente uno de sus agentes, en el sentido de que era probable que los regimientos orientales necesitaran el mismo tipo de tratamiento que había dado a los del Rin. La frase había sido pronunciada, en efecto, pero sólo significaba que esas tropas eran probablemente maltratadas por los oficiales inferiores del mismo modo que lo habían sido las otras, y que revisaría todos los nombramientos a la primera oportunidad. Seyano hizo entender a Tiberio que la frase quería decir que el motivo de que Germánico hubiese demorado durante tanto tiempo su usurpación del poder, era que no podía contar con el afecto de los regimientos orientales, afecto que ahora conquistaría dejando que los hombres eligieran a sus propios capitanes, haciéndoles regalos y relajando la severidad de su disciplina… tal como había hecho en el Rin.

Tiberio se alarmó y le pareció prudente consultar con Livia; contaba con que ella trabajase con él. Livia supo enseguida lo que había que hacer. Designó a un hombre llamado Gneo Pisón gobernador de la provincia de Siria —designación que le daba el senado, bajo las órdenes de Germánico, de la mayor parte de los regimientos orientales—, y le dijo en privado que podía contar con su apoyo si Germánico trataba de entrometerse en alguna de sus disposiciones políticas o militares. Fue una elección inteligente. Gneo Pisón, tío de aquel Lucio Pisón que había ofendido a Livia, era un anciano altanero que veinticinco años antes se había granjeado el acérrimo odio de los españoles, por su crueldad y avaricia, cuando Augusto lo envió a España como gobernador. Estaba profundamente endeudado, y la insinuación de que en Siria podía hacer lo que quisiera, siempre que provocara a Germánico, le pareció una invitación a hacer una fortuna para reemplazar la que había amasado en España y derrochado desde hacía mucho tiempo. Odiaba a

Germánico por su seriedad y bondad, y solía llamarlo «vieja supersticiosa»; estaba, además, muy celoso de él.

Cuando visitó Atenas, Germánico mostró su respeto por las antiguas glorias de la ciudad presentándose ante las puertas de la ciudad con un solo acompañante como escolta. También pronunció un largo y sincero discurso en elogio de los poetas, soldados y filósofos atenienses en un festival que se organizó en su honor. Ahora bien, Pisón pasó por Atenas en su viaje a Siria, y como no formaba parte de su provincia y no se esforzó por ser cortés con ellos como lo había hecho Germánico, los atenienses tampoco se esforzaron por ser corteses con él. Un hombre llamado Teófilo, hermano de uno de los acreedores de Pisón, acababa de ser condenado por falsificación, por el voto de la Asamblea de la ciudad. Pisón solicitó, como favor personal, que lo perdonaran, pero su petición fue rechazada, cosa que lo enfureció muchísimo. Si Teófilo hubiese sido perdonado, el hermano habría cancelado la deuda. Pronunció un violento discurso en el cual dijo que los atenienses modernos no tenían derecho alguno a identificarse con los grandes atenienses de la época de Pericles, Demóstenes, Esquilo y Platón. Los antiguos atenienses habían sido exterminados por repetidas guerras y matanzas, y estos de ahora eran sólo mestizos degenerados y descendientes de esclavos. Dijo que cualquier romano que los adulase como si fuesen los legítimos herederos de los antiguos héroes, rebajaba la dignidad del hombre romano. Y que él no podía olvidar que en la última guerra civil se habían declarado en contra del gran Augusto y apoyado al cobarde y traidor Antonio.

Pisón partió luego de Atenas y zarpó rumbo a Rodas, en viaje a Siria. Germánico también se encontraba en Rodas, visitando la universidad, y le llegaron noticias del discurso —claramente dirigido contra él— antes de que se avistaran los barcos de Pisón. Surgió una repentina borrasca y se vio que las naves de Pisón se encontraban en dificultades. Dos de los barcos menores se hundieron ante la mirada de Germánico, y el tercero, que era el de Pisón, había quedado desmantelado y era empujado hacia las rocas del promontorio norte. ¿Quién que no fuera Germánico habría tratado de salvar a Pisón? Pero Germánico envió un par de galeras bien tripuladas, que, remando con desesperación, consiguieron llegar al barco antes de que chocara contra la costa y remolcarlo a puerto. ¿Y quién sino un hombre tan depravado como Pisón habría dejado de recompensar a su salvador con su gratitud y devoción durante el resto de su vida? Pero Pisón llegó a quejarse de que Germánico había demorado el rescate hasta el último momento, en la esperanza de que fuese demasiado tarde. Y sin detenerse un solo día en Rodas, volvió a partir cuando el mar estaba todavía embravecido, a fin de llegar a Siria antes que Germánico.

En cuanto llegó a Antioquía comenzó a reorganizar el regimiento en el sentido contrario al que Germánico tenía pensado. En lugar de eliminar a los capitanes ociosos y bravucones, rebajó de rango a todos los oficiales que tenían buenos antecedentes y puso en su lugar a granujas favoritos suyos, en el entendimiento de que tenían que pagarle sin

chistar una comisión de la mitad de lo que consiguieran con sus nombramientos. De modo que empezó un mal año para los sirios. Los tenderos de las ciudades y los agricultores del campo tenían que pagar a los capitanes locales una suma secreta como «protección». Si se negaban a pagar, por la noche se producían incursiones de enmascarados que quemaban las casas y asesinaban a sus familiares. Al principio se presentaron muchas quejas ante Pisón por este terrorismo, protestaron las cofradías de las ciudades, las asociaciones de campesinos y demás. Pisón siempre prometía una inmediata investigación, pero nunca la practicaba. Y por lo general los que se quejaban eran muertos a palos cuando regresaban a sus hogares. Se envió una delegación a Roma para preguntar en privado a Seyano si Tiberio sabía lo que estaba ocurriendo, y en caso afirmativo, si lo permitía. Seyano dijo a los provincianos que Tiberio no sabía nada oficialmente y que aunque sin duda prometería una investigación, Pisón les había prometido lo mismo, ¿verdad? Quizá lo mejor que podían hacer era pagar el dinero de protección que se les pidiera, con tan poca alharaca como fuese posible. Entretanto las normas de disciplina de los regimientos sirios habían caído tanto, que en comparación el ejército de bandidos de Tacfarinas habría parecido un modelo de eficiencia y de devoción al deber.

También fueron enviadas delegaciones a entrevistarse con Germánico en Rodas, que se sintió disgustado y sorprendido ante las revelaciones. En sus recientes viajes por el Asia Menor se había impuesto la obligación de investigar personalmente todas las quejas de desgobierno y de eliminar a todos los magistrados que habían actuado en forma ilegal u opresiva. Escribió a Tiberio hablándole de los informes que le habían llegado sobre la conducta de Pisón y diciéndole que partía hacia Siria en el acto. Pedía permiso para destituir a Pisón de su puesto y para poner a un hombre mejor en su lugar, incluso aunque sólo estuviesen justificadas unas quejas. Tiberio respondió que también había tenido noticias de algunas lamentaciones, pero parecían ser infundadas y maliciosas. Tenía confianza en Pisón, a quien consideraba un gobernador capaz y justo. Germánico no sospechaba de la deshonestidad de Tiberio y se confirmó en la opinión que ya tenía de él como hombre ingenuo y fácil de engañar. Lamentó haber escrito pidiendo permiso para lo que habría debido hacer bajo su propia responsabilidad. Se enteró entonces de otra grave acusación contra Pisón, a saber: que conspiraba con Vonones, el rey depuesto de Armenia, refugiado en Siria, para restablecerlo en el trono. Vonones era inmensamente rico, ya que había huido a Siria con todo el tesoro público de Armenia, de modo que Pisón abrigaba la esperanza de hacer un buen negocio. Germánico viajó de inmediato a Armenia, convocó a una conferencia de nobles y, con sus propias manos pero en nombre de Tiberio, puso la diadema en la cabeza del hombre que había elegido como rey. Luego ordenó a Pisón que visitase Armenia a la cabeza de dos regimientos para presentar sus respetos al nuevo monarca. O si se lo impedían asuntos más importantes debía enviar a su hijo. Pisón no envió a su hijo ni fue él mismo. Germánico, después de visitar otras provincias adyacentes y reinos aliados, y de arreglar allí varios asuntos a su

satisfacción, fue a Siria y se encontró con Pisón en los cuarteles de invierno del Décimo Regimiento.

Hubo varios oficiales presentes como testigos de esa entrevista, porque Germánico no quería que Tiberio fuese mal informado en cuanto a lo que se dijese. Comenzó, con la voz más suave que le fue posible, pidiendo a Pisón que explicara por qué había desobedecido sus órdenes. Dijo que si no había explicación alguna, salvo la misma animosidad personal y descortesía que le había mostrado en su discurso de Atenas, en sus desagradecidas afirmaciones de Rodas y en varias otras ocasiones desde entonces, tendría que enviar un enérgico informe al emperador. Continuó quejándose de que, para ser tropas que vivían en condiciones de paz, en un acantonamiento saludable y popular, encontraba al Décimo Regimiento en un estado escandalosamente indisciplinado y sucio.

—Sí —respondió Pisón sonriendo—, son sucios, ¿verdad? ¿Qué habría pensado el pueblo de Armenia si yo los hubiese enviado como representantes del poder y la majestad de Roma?

«El poder y la majestad de Roma» era una frase favorita de mi hermano.

Germánico, conteniéndose con dificultad, replicó que el deterioro de las tropas parecía datar sólo de la llegada de Pisón a la provincia, y que escribiría a Tiberio en ese sentido.

Pisón presentó un irónico ruego de perdón, unido a una insultante observación acerca de los elevados ideales de la juventud, que a menudo tienen que ceder, en este durísimo mundo, a normas menos exaltadas pero más prácticas.

Germánico lo interrumpió echando chispas por los ojos.

—A menudo, Pisón, pero no siempre. Mañana, por ejemplo, presidiré contigo el tribunal de apelaciones y veremos si los elevados ideales de la juventud son vencidos por algún obstáculo, y si la justicia a los provincianos puede serles negada por un sexagenario libertino, incompetente, avaro y sanguinario.

Con esto terminó la entrevista. Pisón escribió en el acto a Tiberio y Livia, contándoles lo sucedido. Repitió la última frase de Germánico, de tal manera, que Tiberio creyese que el «sexagenario libertino, incompetente, avaro y sanguinario» era él mismo. Tiberio respondió que tenía la máxima confianza en Pisón, y que si cierta persona influyente continuaba actuando y hablando en esa forma desleal, cualquier medida, por audaz que fuese, que tomase un subordinado para terminar con su deslealtad resultaría sin duda agradable para el Senado y el pueblo de Roma. Entretanto Germánico presidió el tribunal y escuchó apelaciones de los provincianos contra sentencias injustas de los tribunales. Al principio Pisón hizo todo lo posible para turbarlo por

medio de obstruccionismos legales, pero cuando Germánico mantuvo su paciencia y continuó la audiencia de los casos sin tregua alguna para comidas y siestas, abandonó la treta y se excusó de acompañarlo, pretextando su mala salud.

Plancina, la esposa de Pisón, abrigaba celos contra Agripina porque, como esposa de Germánico, tenía precedencia sobre ella en todas las funciones oficiales. Imaginó varios mezquinos insultos para irritarla, principalmente descortesías de subordinados que podían ser explicadas como debidas a accidentes o ignorancia. Cuando Agripina se vengó desairándola en público, Plancina fue más allá. Una mañana, en ausencia de Pisón y Germánico, se presentó en el desfile con la caballería y obligó a ésta a efectuar una serie de movimientos burlescos delante del cuartel de Germánico. La hizo girar en torno a un trigal, atacó una fila de tiendas vacías, que quedaron hechas jirones; hizo tocar todas las llamadas posibles, desde «¡Apagar las luces!» hasta la alarma contra incendios, y dispuso que se efectuaran choques entre los escuadrones. Finalmente hizo galopar a toda la fuerza en un círculo cada vez más pequeño, y luego, cuando el centro tenía apenas unos pasos de diámetro, dio la orden de «media vuelta», como para invertir el movimiento. Muchos caballos cayeron, derribando a sus jinetes. En toda la historia de las maniobras de caballería no se conoció jamás semejante embrollo. Los hombres más alborotadores lo aumentaron clavando sus dagas en los caballos de los vecinos, para hacerlos corcovear. Varios soldados fueron gravemente pisoteados, o terminaron con las piernas quebradas porque sus caballos habían caído sobre ellos. Uno de los hombres fue recogido muerto. Agripina envió a un joven oficial de estado mayor a pedir a Plancina que terminara con ese espectáculo que ponía en ridículo al ejército y a ella misma. Plancina envió la respuesta en una parodia de las valientes palabras de Agripina en el puente del Rin: «Hasta que vuelva mi esposo, yo estoy al frente de la caballería. La preparo para la inminente invasión de los partos». En rigor, habían llegado al campamento algunos embajadores partos, que presenciaban la exhibición con asombro y desprecio.

Vonones, antes de ser rey de Armenia, había sido rey de Partia, de la cual también fue rápidamente expulsado. Su sucesor enviaba esos embajadores a Germánico para proponerle que la alianza entre Roma y Partia fuese renovada y para decirle que, en honor de Germánico, iría hasta el río Éufrates (frontera entre Siria y Partia) para saludarlo. Entretanto pedía que no se permitiese a Vonones permanecer en Siria, donde le resultaba fácil mantener correspondencia con ciertos traidores nobles partos. Germánico contestó que, como representante de su padre, el emperador, se sentiría encantado de encontrarse con el rey y renovar la alianza, y que desterraría a Vonones a alguna otra provincia. Este fue enviado a Cilicia, y con ello se desvaneció la esperanza de Pisón de hacer una fortuna. Plancina se encolerizó tanto como su esposo; Vonones le regalaba casi todos los días hermosas joyas.

AÑO 19 d. de C.

A principios del año siguiente le llegaron a Germánico noticias de una gran escasez de víveres en Egipto. La última cosecha no había sido buena, pero había todavía bastantes cereales acumulados dos años antes en los graneros. Los grandes comerciantes cerealeros mantenían el precio elevado colocando sólo pequeñas cantidades en el mercado. Germánico partió en el acto hacia Alejandría y obligó a los comerciantes a vender a un precio razonable todo el trigo que hacía falta. Se alegró de tener una excusa para visitar Egipto, que le interesaba aún más que Grecia. Alejandría era entonces, como lo es ahora, el verdadero centro cultural del mundo, y mi hermano mostró su respeto por las tradiciones de la ciudad entrando en ella con un sencillo traje griego, descalzo y sin guardia personal. Saliendo de Alejandría, navegó por el Nilo, visitó las pirámides y la Esfinge, y las gigantescas ruinas de la Tebas egipcia, la antigua capital, y la gran estatua de piedra de Memnon, cuyo pecho es hueco y que poco después de la salida del sol comienza a cantar, porque se calienta el aire dentro y se eleva en una corriente por la garganta, en forma de tubería. Llegó hasta las ruinas de Elefantina y llevó un cuidadoso diario de sus viajes. En Menfis visitó los lugares de placer del gran dios Apis, encarnado en un toro. Pero Apis no le ofreció ninguna señal alentadora, se alejó de él en el momento en que se enfrentaron y se introdujo en el «pesebre malevolente». Agripina lo acompañaba, pero Calígula había sido dejado en Antioquia, en manos de su preceptor, como castigo por su continua desobediencia.

Germánico no podía hacer ahora nada que no incitase las sospechas de Tiberio. Pero ir a Egipto fue el peor error que pudo haber cometido. Explicaré por qué. Augusto, habiéndose dado cuenta a comienzos de su reinado de que Roma dependía ahora principalmente de Egipto para su abastecimiento de cereales, y que si Egipto caía en manos de un aventurero podía ser defendido con éxito por un pequeñísimo ejército, había sentado el precepto de que ningún caballero o senador romano podría en adelante visitar la provincia sin su expreso permiso. En general se entendía que la misma regla regía bajo Tiberio. Pero Germánico, alarmado por informes sobre la escasez de cereales en Egipto, no perdió tiempo en esperar a obtener el permiso para ir allí. Tiberio estaba seguro ahora de que Germánico se hallaba a punto de asestar el golpe que había demorado durante tanto tiempo. Era indudable que había ido a Egipto para poner a la guarnición de su parte. El paseo por el Nilo no era más que una excusa para visitar las guarniciones de frontera. Había sido un gran error enviarlo a Oriente. Presentó una queja en el Senado contra una violación tan flagrante de los mandatos de Augusto.

Cuando Germánico regresó a Siria, sintiéndose muy herido por las reprimendas de Tiberio, descubrió que todas sus órdenes a los regimientos y a las ciudades habían sido pasadas por alto o reemplazadas por otras contrarias de Pisón. Volvió a dictarlas y entonces, por primera vez, hizo conocer públicamente su desagrado por medio de una proclama de que todas las órdenes emitidas por Pisón durante su permanencia en Egipto quedaban canceladas y que, hasta

nuevo aviso, ninguna orden dictada por Pisón sería considerada válida en la provincia, a menos que estuviese refrendada por él. Apenas había firmado esta proclama cuando cayó enfermo. Tenía tan revuelto el estómago, que no podía retener los alimentos. Sospechó que su comida estaba siendo envenenada y tomó todas las precauciones posibles contra ello. Agripina le preparaba todas las comidas por sí misma, y ningún miembro del personal de la casa tenía oportunidad alguna de manipular los alimentos antes o después de que ella los hubiese cocinado. Pero pasó algún tiempo antes de que se recuperase lo suficiente para abandonar la cama y sentarse en una silla. El hambre tornaba anormalmente agudo su sentido del olfato, y dijo que en la casa había un hedor a muerte. Nadie más lo percibía, y Agripina creyó al principio que era una fantasía de enfermo. Pero él insistió. Decía que el hedor se hacía cada día más insoportable. Al cabo la propia Agripina llegó a percibirlo. Parecía estar en todas las habitaciones. Quemó incienso para purificar el aire, pero el olor persistía. La casa se alarmó y comenzó a susurrarse que todo eso era obra de brujería.

Germánico había sido siempre muy supersticioso, como todos los miembros de mi familia, aparte de mí. Yo soy sólo un poco supersticioso. Germánico no solamente creía en la suerte o en la desgracia de ciertos días o presagios, sino que además había tejido toda una red de supersticiones. El número diecisiete y el canto de los gallos a medianoche eran las dos cosas que más lo deprimían. Consideraba un signo sumamente infortunado el que, habiendo podido rescatar las Águilas del Decimoctavo y Decimonoveno regimientos, hubiese sido llamado a Roma antes de poder rescatar la del Decimoséptimo. Y le aterrorizaba la magia negra del tipo que emplean los brujos de Tesalia, y siempre dormía con un talismán bajo la almohada, a prueba de hechicerías. Era una figura de jaspe verde, de la diosa Hécate (la única que tiene poder sobre brujas y fantasmas), representada con una antorcha en una mano y las llaves del Mundo Inferior en la otra.

Sospechando que Plancina practicaba brujerías contra él —porque tenía reputación de ser una hechicera—, hizo una ofrenda propiciatoria, a Hécate, de nueve cachorros negros de perro, práctica conveniente cuando se es víctima de una influencia maléfica. Al día siguiente un esclavo le informó, aterrorizado, de que cuando lavaba el piso del vestíbulo había visto una baldosa floja y al levantarla encontró debajo lo que parecía ser el cadáver desnudo y corrompido de un niño, con el vientre pintado de rojo y cuernos atados a la frente. Se hizo un registro inmediato en todas las habitaciones y se efectuaron hallazgos similarmente horrendos bajo las baldosas o en nichos cavados detrás de las paredes. Entre ellos estaba el cadáver de un gato con alas rudimentarias saliéndole del lomo, y la cabeza de un negro con una mano de niño asomándole de la boca. Con cada una de esas reliquias había una tableta de plomo en la que figuraba el nombre de Germánico. La casa fue ritualmente purificada y Germánico comenzó a sentirse más alegre, si bien el estómago continuaba molestándole.

Poco después de esto empezaron a aparecer otras cosas en la casa. Plumas de gallo empapadas en sangre fueron encontradas entre los almohadones, y signos nefastos aparecían garrapateados en las paredes, con carbón, a veces muy abajo, como si los hubiese escrito un enano, y a veces muy arriba, como escritos por un gigante: un hombre ahorcado, la palabra Roma patas arriba, una comadreja. Y aunque sólo Agripina estaba enterada de su superstición privada en relación con el número diecisiete, este número aparecía constantemente. Luego apareció el nombre Germánico, escrito al revés y abreviado todos los días en una letra más. A Plancina le habría sido posible ocultar maleficios en su casa durante su ausencia en Egipto, pero para ese continuado acoso no había explicación alguna. No se sospechaba de los sirvientes, porque las palabras y los signos eran escritos en habitaciones a las cuales no tenían acceso, y en una habitación cerrada con llave, con una ventana demasiado estrecha como para que un hombre pasara por ella, hallaron cubiertas las paredes desde el piso hasta el techo. El único consuelo de Germánico era la valentía con que se comportaban Agripina y el pequeño Calígula. Agripina hizo lo posible para tomar todos esos sucesos a la ligera, y Calígula dijo que él se sentía seguro porque un biznieto del dios Augusto no podía ser perjudicado por brujas, y que si alguna vez se encontraba con una la atravesaría de parte a parte con su espada. Pero Germánico tuvo que volver a guardar cama. En la medianoche siguiente al día en que sólo quedaban tres letras de su nombre, Germánico fue despertado por el canto de un gallo. Débil como estaba, saltó de la cama, tomó la espada y corrió a la habitación vecina, donde dormían Calígula y la pequeña Lesbia. Allí vio un gallo enorme, con un anillo de oro en torno al cuello, cantando como para despertar a los muertos. Trató de decapitarlo, pero salió volando por la ventana. Germánico cayó desmayado. Agripina consiguió llevarlo de vuelta a la cama, pero cuando recobró la conciencia le dijo que estaba condenado.

«Mientras tengas a tu Hécate contigo, no», le replicó ella.

Germánico buscó el talismán bajo la almohada y le volvieron las fuerzas.

Cuando llegó la mañana escribió una carta a Pisón, en la antigua forma romana, declarando la guerra entre ambos. Le ordenaba que abandonara la provincia, y lo desafiaba a hacer lo peor que pudiera. Pero Pisón ya había partido y se encontraba en Quíos, esperando noticias de la muerte de Germánico, dispuesto a volver para gobernar la provincia en cuanto tales noticias le llegaran. Mi pobre hermano se sentía más débil a cada hora que pasaba. Al día siguiente, mientras Agripina se encontraba fuera de la habitación y él se encontraba insensible, sintió un movimiento debajo de la almohada. Se volvió de costado y buscó, aterrorizado, el amuleto. Había desaparecido, y en la habitación no se veía a nadie.

Al día siguiente reunió a sus amigos y les dijo que se moría y que Pisón y Plancina eran sus asesinos. Les encomendó que dijesen a Tiberio y a

Cástor lo que se le había hecho, y les imploró que vengasen su cruel muerte.

«Y comunicad al pueblo de Roma —dijo— que le confío la custodia de mi querida esposa y mis seis hijos, y que no debe creer a Pisón y Plancina, si ellos pretenden haber tenido instrucciones de matarme. O, si lo cree, no por eso tiene que perdonarlos».

Murió el nueve de octubre, el día en que una sola letra G apareció en la pared de su habitación, frente a su cama, y al decimoséptimo día de su enfermedad. Su cuerpo enflaquecido fue expuesto en la plaza del Mercado de Antioquia, de modo que todos pudiesen ver la mancha roja de su vientre y el color azul de sus uñas. Sus esclavos fueron torturados. También sus libertos fueron interrogados por turno, cada uno durante veinticuatro horas, y siempre por interrogadores que se renovaban, y al cabo quedaban tan quebrantados de espíritu, que si hubieran sabido algo es indudable que lo habrían revelado, sólo para que los dejaran en paz. Pero lo único que pudo descubrirse, tanto de los libertos como de los esclavos, fue que una notable bruja, cierta Martina, había sido vista muchas veces en compañía de Plancina, cuando sólo estaba en la casa Calígula. Y que una tarde, antes del regreso de Germánico, la casa había quedado sin vigilancia, aparte de la de un solo portero viejo y sordo, ya que todo el resto de la servidumbre se había ido a un combate a espada presentado por Pisón en el anfiteatro local. Verdaderamente no se podían ofrecer explicaciones naturales del asunto del gallo, ni de la escritura en las paredes, ni de la desaparición del talismán.

Hubo una reunión de comandantes de regimientos y de todos los otros romanos de rango en la provincia, para designar un gobernador temporal. Se eligió al comandante del Sexto regimiento. De inmediato arrestó a Martina y la envió a Roma bajo escolta. Si Pisón se presentaba al juicio, ella sería uno de los testigos de mayor importancia.

Cuando se enteró de que Germánico había muerto, Pisón, muy lejos de ocultar su alegría, ofreció sacrificios de agradecimiento en los templos. Plancina, que recientemente había perdido una hermana, se quitó el luto y volvió a ponerse sus ropas más alegres. Pisón le escribió a Tiberio diciéndole que acababa de ser depuesto del cargo que le había sido conferido personalmente por él, debido a su audaz oposición a los traicioneros designios de Germánico contra el Estado. Ahora volvía a Siria para retomar su puesto. También se refería al «lujo e insolencia» de Germánico. Trató de volver a Siria, e incluso reunió algunas tropas que lo apoyaban, pero el nuevo gobernador sitió el castillo de Cilicia que él había convertido en su baluarte, le obligó a rendirse y le envió a Roma a responder por las acusaciones que sin duda se presentarían contra él allí.

Entretanto Agripina había zarpado hacia Italia con los dos niños y las cenizas de su esposo en una urna. En Roma las noticias de su muerte produjeron tal pena, que se hubiera creído que todas las casas de la ciudad habían perdido a su miembro más querido. Aunque no hubo un

decreto del Senado ni una orden de los magistrados, se dedicaron tres días al duelo público: las tiendas cerraron, los tribunales quedaron desiertos, no se realizó negocio de ninguna clase; todos estaban de luto. Oí a un hombre decir en la calle que era como si el sol se hubiera puesto y como si jamás fuera a salir otra vez. Sobre mi propia pena es mejor no escribir.



XXI



AÑO 20 d. de C.

Livia y Tiberio se encerraron en sus palacios, y fingieron estar tan profundamente apenados que no podían aparecer en público. Agripina habría debido llegar por tierra, porque ya había empezado el invierno y terminado la temporada de navegación. Pero zarpó a pesar de las tormentas, y unos días más tarde llegó a Corfu, desde donde sólo hay un día de viaje, con buena brisa, hasta Brindisi. Allí descansó un poco, enviando entretanto mensajeros para decir que llegaba a ponerse bajo la protección del pueblo de Italia. Cástor, que se encontraba ahora de vuelta en Roma, sus otros cuatro hijos y yo abandonamos Roma para salirle al encuentro. Tiberio envió de inmediato dos batallones de la guardia al puerto, con órdenes de que los magistrados de los distritos a través de los cuales debían pasar las cenizas presentasen a su hijo muerto el último homenaje. Cuando Agripina desembarcó, saludada con un respetuoso silencio por una enorme multitud, la urna fue colocada en

un catafalco y llevada a Roma a hombros de los oficiales de la guardia. Las banderas del batallón no ostentaban condecoraciones, como señal de calamidad pública, y las fasces y hachas eran llevadas boca abajo. Cuando la procesión, de muchos millares de personas, pasó por Calabria, Apulia y Campania, todos salían a su encuentro, los campesinos vestidos de negro, los caballeros con túnicas de color púrpura, con lágrimas y lamentaciones, y quemaban ofrendas de perfumes por el espíritu del héroe muerto.

Nos encontramos con la procesión en Terracina, a unos noventa kilómetros al sudeste de Roma, donde Agripina, que había llegado caminando desde Brindisi, sin hablar con nadie en el trayecto, con los ojos secos y el rostro pétreo, dejó que su pena volviera a estallar al ver a sus cuatro hijos, que ahora ya no tenían padre. Le gritó a Cástor: «¡Por el amor que tuviste a mi querido esposo, júrame que defenderás las vidas de sus hijos con la tuya, y que vengarás su muerte! ¡Es la última misión que te encomienda!».

Cástor, sollozando quizá por primera vez desde su infancia, juró que aceptaba la misión.

Si se me pregunta por qué Livila no fue con nosotros, la respuesta es que acababa de dar a luz mellizos, de los cuales, de paso, el padre parece haber sido Seyano. Si se me pregunta por qué no fue mi madre, la respuesta es que Tiberio y Livia no le permitieron siquiera ir al funeral. Si una congoja abrumadora les impedía asistir a ellos, como abuela y padre adoptivo que eran del muerto, resultaba imposible que ella, su madre, asistiera. E hicieron bien en no aparecer. Si lo hubiesen hecho, incluso fingiendo dolor, habrían sido atacados sin duda por el populacho. Y creo que los guardias no hubieran movido un dedo para protegerlos. Tiberio había olvidado efectuar hasta los preparativos acostumbrados para los funerales de personas menos distinguidas: las máscaras de familia de los Claudios y los Julios no aparecieron, ni tampoco la habitual efigie del muerto mismo. No se pronunció un discurso funerario en el Estrado de las Oraciones; no se entonaron himnos funerarios. La excusa de Tiberio fue la de que el funeral ya se había celebrado en Siria y que los dioses se ofenderían si se repetían los ritos. Pero nunca hubo en Roma una pena tan unánime y sincera como esa noche. El Campo de Marte estaba iluminado de antorchas, y la multitud que rodeaba la tumba de Augusto, en la cual la urna fue colocada reverentemente por Cástor, era tan densa, que muchas personas murieron aplastadas. En todas partes la gente decía que Roma estaba perdida, que no quedaban esperanzas; porque Germánico había sido el último baluarte contra la opresión, y Germánico había sido suciamente asesinado. Y en todas partes Agripina era elogiada y recibía condolencias, y por todas partes se ofrecían oraciones por la seguridad de sus hijos.

Unos días después Tiberio publicó una proclama en la que decía que si bien muchos romanos ilustres habían muerto por el bienestar común, ninguno fue tan vehemente y universalmente lamentado como su

querido hijo. Pero ahora era preciso que la gente se serenara y volviese a sus ocupaciones cotidianas. Los príncipes eran mortales, pero la nación era eterna. A pesar de ello, el Festival de los Inocentes, a finales de diciembre, transcurrió sin ninguna de las bromas y alegrías habituales, y el luto sólo terminó para el Festival de la Gran Madre, en abril, y se reanudaron las actividades públicas normales. Las sospechas de Tiberio se concentraban ahora en Agripina. Esta lo visitó en palacio a la mañana siguiente del funeral y le dijo intrépidamente que lo haría responsable de la muerte de su esposo hasta que hubiese demostrado su inocencia y vengado a Germánico con la ejecución de Pisón y Plancina. Tiberio cortó la entrevista citándole los versos griegos: «Y si tú no eres reina, querida, / ¿crees que has sido agraviada?».

Pisón no volvió a Roma durante un tiempo. Envió a su hijo a interceder por él ante Tiberio, en tanto que él mismo visitaba a Cástor, que ahora estaba de vuelta con las legiones en el Danubio. Esperaba que Cástor se mostrara agradecido por la eliminación de un pretendiente rival a la monarquía y dispuesto a creer en la historia de la traición de Germánico. Cástor se negó a recibirlo y dijo públicamente al mensajero de Pisón que si los rumores que circulaban eran ciertos, tendría que ejecutar sobre Pisón la venganza que había jurado cumplir por la muerte de su querido hermano, y que era prudente que Pisón se mantuviera alejado hasta haber restablecido su inocencia con claridad. Tiberio recibió al hijo de Pisón sin excesiva bondad ni disfavor, como para demostrar que no se inclinaría en un sentido ni en otro hasta que se hubiese hecho una investigación pública de la muerte de Germánico.

Por fin Pisón se presentó en Roma con Plancina. Bajaron por el Tíber y desembarcaron con algunos cortesanos frente a la tumba de Augusto, donde casi provocaron un motín al pavonearse de un lado a otro, con amplias sonrisas, por entre el gentío hostil que muy pronto se reunió, y al trepar a un carruaje adornado, tirado por un par de jacas francesas, que los esperaba en la vía Flaminia. Pisón tenía una casa que daba sobre la plaza del Mercado, y también estaba adornada. Invitó a todos sus amigos y parientes a un banquete en celebración de su regreso, y provocó un gran alboroto, nada más que para demostrar al pueblo de Roma que no le temía y que contaba con el apoyo de Tiberio y Livia. Tiberio había planeado que Pisón fuese procesado, en un tribunal común, por cierto senador en quien podía confiar que lo haría con torpeza, contradiciéndose y omitiendo presentar pruebas adecuadas en apoyo de sus acusaciones, de modo que el juicio terminara con una absolución. Pero los amigos de Germánico, en particular tres senadores que habían integrado su estado mayor en Siria y regresado con Agripina, se opusieron a su elección. A la postre Tiberio se vio obligado a juzgar el caso él mismo, y además en el Senado, donde los amigos de Germánico contarían con todo el apoyo que necesitaran. El Senado había votado algunos honores excepcionales en memoria de Germánico —cenotafios, arcos recordatorios, ritos semidivinos— que Tiberio no se atrevió a vetar.

Cástor volvió una vez más del Danubio y, si bien le fue decretada una ovación (o triunfo menor) por la forma en que dirigió el asunto de Maroboduo, entró en la ciudad a pie, como un ciudadano cualquiera, y no a caballo, con la corona en la cabeza. Luego de visitar a su padre fue a ver a Agripina y le juró que podía contar con él para que se hiciera justicia.

Pisón pidió a cuatro senadores que lo defendieran. Tres de ellos se excusaron por enfermedad o incapacidad; el cuarto, Galo, dijo que nunca había defendido a nadie de una acusación de asesinato, de la cual parecía culpable, a menos que existiese por lo menos una posibilidad de complacer a la familia imperial. Calpurnio Pisón, aunque no había concurrido al banquete ofrecido por su tío, se ofreció a defenderlo por el honor de la familia, y otros tres se unieron después a él porque estaban seguros de que Tiberio absolvería a Pisón, fuesen cuales fueran las pruebas que se presentasen, y que después serían recompensados por su participación en el proceso. Pisón se sintió satisfecho de ser juzgado por el propio Tiberio, porque Seyano le prometió que las cosas irían bien, que Tiberio fingiría suma severidad pero que a la postre postergaría el tribunal a la espera de nuevas pruebas. Martina, la principal testigo, ya había sido eliminada —estrangulada por los agentes de Seyano— y los acusadores tenían ahora muy poco en que basarse.

Sólo se concedieron dos días a la parte actora, y el hombre que originariamente había recibido la orden de manipular el juicio en beneficio de Pisón se presentó e hizo lo posible para derrochar el tiempo presentando contra él añejas acusaciones de desgobierno y corrupción en España, durante el reinado de Augusto. Tiberio lo dejó continuar unas horas con ese discurso ajeno a la cuestión, hasta que el Senado, removiendo los pies, tosiendo y golpeando unas con otras las tabletas de escribir, le previno que había que escuchar a los testigos principales o habría alboroto. Los cuatro amigos de Germánico tenían muy bien preparado su caso y se pusieron de pie cada uno en sucesión y declararon en relación con la corrupción, por Pisón, de la disciplina militar en Siria, con su desobediencia a las órdenes, su insultante conducta para con Germánico y para con ellos mismos, sus intrigas con Vonones, su opresión de los habitantes de las provincias. Lo acusaron de asesinar a Germánico mediante veneno y brujería, de ofrecer sacrificios en acción de gracias por su muerte y, finalmente, de haber llevado a cabo un ataque armado contra la provincia, con fuerzas privadas ilegalmente reunidas.

Pisón no negó las acusaciones de corrupción de la disciplina militar, de insultar y desobedecer a Germánico o de oprimir al pueblo de la provincia; dijo, simplemente, que eran exageradas. Pero rechazó con indignación la acusación relativa al veneno y la hechicería. Los acusadores no habían mencionado los sobrenaturales sucesos de Antioquía por miedo a provocar risas escépticas, ni podían acusar a Pisón de abordar a los sirvientes y esclavos de la casa de Germánico, porque ya se había demostrado que ellos no tuvieron nada que ver con el asesinato. Por lo tanto Pisón fue acusado de envenenar la comida de

Germánico mientras estaba sentado junto a él, en un banquete, en la propia casa del envenenado. Pisón ridiculizó la acusación. ¿Cómo era posible que hubiese hecho algo así, cuando toda la mesa, sin mencionar a los servidores, observaba todos sus movimientos? ¿Quizá por artes de magia?

Tenía en la mano un puñado de cartas que, por el tamaño y color y la forma en que estaban atadas, todos sabían que eran de Tiberio. Los amigos de Germánico hicieron moción de que se leyeran las instrucciones que Pisón había recibido desde Roma. Este se negó a leer las cartas, basándose en que estaban selladas con el sello de la Esfinge (originariamente el de Augusto), cosa que las convertía en «secretas y confidenciales». Leerlas constituiría una traición, Tiberio rechazó la moción, diciendo que la lectura de las cartas sería una pérdida de tiempo, ya que no contenían nada de importancia. El Senado no podía insistir. Pisón entregó las cartas a Tiberio, como señal de que confiaba en que le salvaría la vida.

Entonces se escucharon coléricos gritos de la muchedumbre reunida fuera, que se mantenía informada de lo que sucedía en el juicio, y un hombre de poderosa voz ronca gritó por una ventana: «¡Podrá escapar de vuestras manos, señores, pero no escapará de las nuestras!».

Llegó un mensajero a decirle a Tiberio que algunas estatuas de Pisón habían sido derribadas por el gentío y eran arrastradas por la Escalinata de los Lamentos, para destrozarlas. La Escalinata de los Lamentos era un tramo de escalones, situado al pie del monte Capitolino, donde se acostumbraba exponer los cadáveres de los criminales antes de arrastrarlos, con un gancho clavado en la garganta, hasta el Tíber, al que se arrojaban. Tiberio ordenó que las estatuas fueran rescatadas y vueltas a colocar en sus pedestales. Pero se quejó de que no podían continuar juzgando un caso en tales condiciones, y levantó la sesión hasta la tarde. Pisón salió escoltado.

Plancina, que hasta entonces se había jactado de que compartiría la suerte de su esposo, fuese ésta cual fuere, y que moriría con él si ello resultara necesario, comenzó a alarmarse. Decidió presentar una defensa por separado, y contaba con Livia, con la cual mantenía relaciones íntimas, para que la salvara. Pisón no sabía nada de esta traición. Cuando se reanudó el juicio, Tiberio no mostró señal alguna de simpatía, si bien dijo a los acusadores que habrían debido presentar pruebas más concluyentes del envenenamiento, y previno a Pisón de que su tentativa de ataque armado para reconquistar la provincia no podría ser perdonada jamás. Esa noche, en su casa, Pisón se encerró en su habitación, y a la mañana siguiente lo encontraron muerto a puñaladas, con la espada al lado. En rigor no había sido un suicidio.

Porque Pisón había conservado la carta más incriminadora, una que le escribió Livia en nombre de Tiberio y de ella misma, y que no llevaba el sello de la Esfinge (que Tiberio se reservaba para su propio uso). Le dijo a Plancina que con esa carta tratase de obtener la salvación de ambos.

Plancina fue a ver a Livia. Esta le dijo que esperase mientras consultaba con Tiberio. Livia y Tiberio tuvieron entonces su primera riña franca. Este estaba furioso con aquélla por haber escrito la carta, y Livia dijo que la culpa la tenía él, por no permitirle usar el sello de la Esfinge, y se quejó de que últimamente se comportaba con suma insolencia con ella. ¿Quién era el emperador, preguntó Tiberio, él o ella? Livia respondió que si él era el emperador, se lo debía a ella, y que era una tontería que se mostrase grosero, porque así como había encontrado los medios para elevarlo, también podía encontrarlos para hundirlo. Sacó de su bolso una carta y comenzó a leerla. Era una antigua carta que le escribió Augusto durante la ausencia de Tiberio en Roma, y en ella acusaba a éste de traición, crueldad y bestialidad, y decía que si no hubiese sido su hijo no habría vivido un día más.

—Esta es una copia —dijo—. Pero tengo el original bien guardado. Es sólo una de tantas cartas del mismo tenor. No querrás que se las entregue al Senado, ¿eh?

Tiberio se dominó y se disculpó por su temperamento. Dijo que era evidente que podían arruinarse el uno al otro, y que por lo tanto resultaba absurdo que riñeran. ¿Pero cómo podía perdonar la vida de Pisón después de haber dicho que, si se confirmaba la acusación de haber reunido fuerzas privadas y de tratar de reconquistar con ellas la provincia de Siria, ello representaría la pena de muerte, más allá de toda esperanza de perdón?

—Pero Plancina no reunió ningún ejército, ¿verdad?

—No veo qué tiene que ver eso. No puedo hacer que Pisón me devuelva la carta con sólo prometerle la vida a Plancina.

—Si prometes salvar a Plancina, yo conseguiré la carta de Pisón; déjalo de mi cuenta. Si Pisón muere, la opinión pública quedará satisfecha. Y si tienes miedo de perdonar a Plancina bajo tu propia responsabilidad, puedes decir que fui yo quien te pidió su vida. Eso es justo, porque admito que la carta que yo le escribí es la que ha provocado todos estos problemas.

De manera que Livia fue a ver a Plancina y le dijo que Tiberio se había negado a escuchar razones, y que prefería sacrificar a su madre al odio público antes de arriesgar su propio pellejo defendiendo a sus amigos. Lo único que pudo obtener de él, dijo, fue una desganada promesa de perdón para ella si entregaba la carta. Entonces Plancina fue a ver a Pisón con una carta escrita en nombre de Tiberio, falsificada por Livia, y le dijo que lo había arreglado todo a la perfección, y que tenía la promesa de una absolución. Cuando Pisón le entregó la carta, lo apuñaló en la garganta con una daga. Cuando él cayó, Plancina humedeció en sangre la punta de su espada, le colocó la mano en torno a la empuñadura y salió. Llevó a Livia la carta y la promesa falsificada, tal como había prometido.

Al día siguiente, en el Senado, Tiberio leyó una declaración que, según dijo, había hecho Pisón antes de suicidarse, declaración en la que afirmaba su total inocencia de los delitos de que se le acusaba, en la que hacía protestas de su lealtad hacia Livia y él e imploraba la protección de ambos para sus hijos, que no habían participado en los acontecimientos convertidos en pretexto para el juicio. Entonces comenzó el proceso de Plancina. Se demostró que se la había visto en compañía de Martina, y se afirmó bajo juramento la reputación de ésta como envenenadora; se reveló además que cuando preparaban el cadáver de Martina para enterrarlo le encontraron un frasquito de veneno enredado en el cabello. El anciano Pomponio, el ordenanza de Germánico, declaró en relación con las pavorosas reliquias pútridas introducidas en la casa y con la visita de Plancina a la misma, con Martina, en ausencia de Germánico. Y cuando Tiberio le interrogó, ofreció detalladas pruebas de las inscripciones en las paredes y los otros sucesos. Nadie se adelantó a defender a Plancina. Esta hizo protestas de inocencia, con lágrimas en los ojos y juramentos, y dijo que no sabía nada de la reputación de Martina como envenenadora, y que las únicas relaciones que tuvo con ella fueron para comprarle perfumes. Afirmó que la mujer que la había acompañado a la casa no era Martina, sino la esposa de uno de los coroneles. Y que sin duda era una cosa inocente ir a visitar a alguien y encontrar en casa solamente a un chiquillo. En cuanto a sus insultos contra Agripina, los lamentaba de veras y pedía humildemente el perdón de Agripina. Pero había obedecido las órdenes de su esposo, como era obligatorio para una esposa, y además aquél le había dicho que Agripina conspiraba con Germánico contra el Senado, de manera que hizo mucho más gustosamente lo que se esperaba de ella.

Tiberio presentó un resumen. Dijo que parecían existir ciertas dudas en cuanto a la culpabilidad de Plancina. Su vinculación con Martina parecía estar demostrada, lo mismo que la reputación de ésta como envenenadora. Pero era dudoso que se tratara de una vinculación culpable. La acusación ni siquiera había presentado ante el tribunal el frasquito encontrado en los cabellos de Martina, ni tenía prueba alguna en el sentido de que el contenido del mismo fuese veneno. Muy bien habría podido ser una poción somnífera o un afrodisíaco. Su madre Livia tenía una elevada opinión del carácter de Plancina, y deseaba que el Senado le concediese el beneficio de la duda, si las pruebas de su culpabilidad no resultaban concluyentes, porque el espíritu de su amado nieto se le había aparecido en un sueño para rogarle que no permitiese que los inocentes sufriesen por los crímenes de un esposo o un padre.

Por consiguiente, Plancina fue absuelta, y de los dos hijos de Pisón a uno se le permitió heredar las propiedades de su padre, el otro, que había participado en los combates de Cilicia, fue simplemente desterrado por unos años. Un senador propuso que se agradeciera en público a los familiares del héroe muerto —a Tiberio, a Livia, a mi madre Antonia, a Agripina y a Cástor— el haber vengado su muerte. La moción estaba a punto de ser votada cuando un amigo mío, un ex cónsul que había sido gobernador de África antes de Furio, se puso de pie para presentar una

enmienda. La moción, dijo, no era correcta. Se había omitido un importante nombre: el de Claudio, el hermano del héroe muerto, que había hecho más que nadie para preparar la argumentación de los acusadores y para proteger a los testigos contra toda molestia. Tiberio se encogió de hombros y dijo que le sorprendía enterarse de que se me hubiese pedido ayuda alguna, y que quizá, si no me la hubiesen solicitado, la acusación contra Pisón habría sido presentada con mayor claridad. Era muy cierto que yo había presidido la junta de los amigos de mi hermano y decidido qué pruebas debía presentar cada uno de los testigos. Y en rigor les aconsejé que no acusaran a Pisón de haber administrado el veneno en el banquete con sus propias manos, pero no me hicieron caso. Y mantuve a Pomponio y a sus nietos y a tres de los libertos de mi hermano ocultos, a salvo en una granja cercana a mi casa de campo de Capua, hasta el día del juicio. También traté de ocultar a Martina en la casa de un mercader que conocía en Brindisi, pero Seyano la encontró. Bien, Tiberio permitió que mi nombre fuese incluido en el voto de agradecimiento, pero eso significaba muy poco para mí, en comparación con el agradecimiento que me ofreció Agripina. Me dijo que ahora entendía qué había querido decir Germánico cuando le afirmó, poco antes de su muerte, que el más fiel amigo que había tenido era su pobre hermano Claudio.

Los sentimientos contra Livia eran tan enérgicos, que Tiberio presentó otra vez una excusa ante el Senado, en su nombre, pidiéndole que no le votase el título que él mismo tantas veces le había prometido. Todos estaban ansiosos de saber qué significaba que una abuela concediese una graciosa entrevista a la asesina de su nieto y la salvara de la venganza del Senado. La respuesta sólo podía ser que la abuela había instigado el asesinato y se sentía tan avergonzada, que la esposa y los hijos de la víctima no podrían sobrevivir a ésta mucho tiempo.



XXII



Germánico había muerto, pero Tiberio no se sentía mucho más seguro que antes. Seyano fue a verlo con cuentos sobre lo que tal o cual hombre prominente había cuchicheado contra él durante el proceso a Pisón. En lugar de decir, como en una ocasión había dicho de sus soldados, «que me teman, siempre que me obedezcan» le respondió a Seyano: «Que me odien, siempre que me teman».

Hizo ejecutar a tres caballeros y dos senadores que habían hablado con claridad en sus recientes críticas contra él, con la absurda acusación de que habían expresado placer al enterarse de la muerte de Germánico. Los delatores se distribuyeron las propiedades de los ejecutados.

Para entonces el hijo mayor de Germánico, Nerón[1] , llegó a su mayoría de edad, y si bien daba muy pocas muestras de ser un soldado tan capaz o un administrador tan bueno como su padre, había heredado buena parte de su belleza y dulzura de carácter, y la ciudad tenía

cifradas muchas esperanzas en él. Hubo gran regocijo popular cuando se casó con la hija de Cástor y Livila, a la que al principio llamamos Helena por su sorprendente belleza (su verdadero nombre era Julia), pero después Heluo, que significa Glotona, porque la arruinó comiendo en exceso. Nerón era el favorito de Agripina. La familia, de cepa Claudia, estaba dividida en la parte buena y la mala. O, con las palabras de la balada, en «ciruelas dulces y ciruelas agrias». Las últimas superaban en número a las primeras. De los nueve hijos que Agripina le dio a Germánico, tres murieron pequeños —dos niñas y un muchacho, y por lo que yo los conocí, el jovencito y la niña mayor eran los mejores de los nueve. El chico, que murió al cumplir ocho años, había sido tan querido por Augusto, que el anciano tenía en su habitación un cuadro de él, vestido como Cupido, y solía besarlo todas las mañanas, en cuanto se levantaba de la cama. Pero de los hijos sobrevivientes sólo Nerón tenía buen carácter. Druso era taciturno y nervioso, y con tendencia al mal. Drusila se le parecía. Calígula, Agripinila y la menor, a quien habíamos llamado Lesbia, eran absolutamente malos, como parecía haberlo sido la menor de los que murieron. Pero la ciudad juzgaba a toda la familia por Nerón, porque hasta entonces era el único con bastante edad para ejercer una fuerte impresión sobre el público. Calígula sólo tenía nueve años de edad.

Agripina me visitó, muy acongojada, un día que me encontraba en Roma, para pedirme consejo. Me dijo que allí donde iba se sentía seguida y espiada, y que eso la ponía enferma. ¿Conocía yo a alguien, aparte de Seyano, que tuviese alguna influencia sobre Tiberio? Estaba segura de que éste había decidido matarla o desterrarla, si encontraba el menor pretexto para ello. Le respondí que sólo conocía a dos personas que pudieran influir para bien sobre Tiberio. Una era Coccio Nerva, y la otra era Vipsania. Tiberio nunca había podido arrancarse del corazón su amor por Vipsania. Cuando a ésta le nació una nieta, que a la edad de quince años se parecía a Vipsania cuando fue esposa de Tiberio, éste no pudo soportar el pensamiento de que se casara con ella alguien que no fuese él, y sólo le impidió el hacerlo que fuera la sobrina de Cástor, con lo que el matrimonio habría sido técnicamente incestuoso. Entonces la nombró vestal principal, para reemplazar a la anciana Occia, que acababa de morir. Yo le dije a Agripina que si trababa amistad con Coccio y Vipsania (que como madre de Cástor haría todo lo posible para ayudarla), se encontraría a salvo, lo mismo que sus hijos. Siguió mi consejo. Vipsania y Galo —que le tenían mucha lástima— le abrieron las puertas de su casa y de sus tres fincas y se ocuparon minuciosamente de los chicos. Galo, por ejemplo, eligió nuevos preceptores para ellos, porque Agripina sospechaba que los antiguos eran agentes de Seyano. Nerva no resultó tan útil. Era un jurista y la máxima autoridad viviente en materia de leyes contractuales, sobre las cuales había escrito varios libros. Pero en todo lo demás era tan distraído, que casi parecía tonto. Se mostró bondadoso con ella, como lo era con todo el mundo, pero no se dio cuenta de lo que Agripina necesitaba de él.

Por desgracia Vipsania murió poco después, y el efecto sobre Tiberio fue evidente enseguida. Ya no hizo intentos serios para ocultar su

depravación sexual, los rumores acerca de la cual nadie quería tomar en serio. Porque algunas de sus perversidades eran tan ridículas y horribles, que nadie podía conciliarlas con la dignidad de un emperador de Roma, sucesor electo de Augusto. Ni mujer ni joven alguno estaba ahora a salvo en su presencia, aunque se tratara de las esposas e hijos de senadores. Y si apreciaban en algo sus vidas o la de sus esposos y padres, hacían voluntariamente lo que él esperaba de ellos. Pero una mujer, la esposa de un cónsul, se suicidó luego en presencia de sus amigos, a quienes dijo que se había visto obligada a salvar a su hija de la lujuria de Tiberio consintiendo en prostituirse a él, cosa que resultaba vergonzosa. Pero después el Viejo Macho Cabrío aprovechó su sumisión imponiéndole actos de bajeza tan abominable, que prefería morir antes que vivir con su recuerdo.

Por esa época circulaba una canción popular que comenzaba con estas palabras: «¿Por qué, oh, por qué, hizo el Viejo Macho Cabrío?». Me avergonzaría repetir el resto de la canción, pero era tan ingeniosa como obscena, y se suponía que había sido escrita por la propia Livia. Esta era autora de numerosas sátiras similares contra Tiberio, que hacía circular anónimamente por intermedio de Urgulania. Sabía que tarde o temprano llegarían a sus oídos y que era muy sensible a las sátiras; le parecía que mientras sintiese su posición insegura debido a esas letrillas, no se atrevería a romper con ella. Se esforzó por mostrarse agradable a Agripina, e incluso le dijo confidencialmente que Tiberio era el que había dado a Pisón órdenes de provocar a Germánico. Agripina no confió en ella, pero resultaba claro que Livia y Tiberio estaban enemistados, y me dijo que le parecía que si tenía que elegir entre la protección de uno o del otro, prefería la de Livia. Yo me mostré inclinado a convenir con ella. Había observado que ningún favorito de Livia había sido hasta entonces víctima de los delatores de Tiberio. Pero tenía presentimientos de lo que podía ocurrir cuando Livia muriese.

Lo que había empezado a impresionarme como especialmente ominoso, si bien no podía explicar del todo mis sentimientos, era el fuerte lazo de unión que existía entre Livia y Calígula. Este en general sólo tenía dos formas de comportarse: o insolente o servil. Era insolente con Agripina, con mi madre, conmigo, con sus hermanos y con Cástor. Con Seyano, Tiberio y Livila se portaba servilmente. Pero con Livia su actitud era muy otra, difícil de expresar. Parecía casi su amante. No se trataba de la habitual relación de ternura que une a los niños con las abuelas o las bisabuelas indulgentes, si bien es cierto que en una ocasión se tomó grandes trabajos con la copia de unos versos defectuosos cuando ella cumplió setenta y cinco años, y que ella siempre le hacía regalos. Quiero decir que daba la impresión de que existía algún secreto desagradable entre ellos, pero no sugiero que se tratara de una relación indecente. Agripina también lo sentía así, según me dijo, pero no pudo descubrir nada definido al respecto.

Un día empecé a entender por qué Seyano había sido tan cortés conmigo. Sugirió el compromiso de su hija con mi hijo Drusilo. Mis sentimientos personales en cuanto a la boda eran que la joven, que

parecía buena, haría un mal negocio casándose con Drusilo, que cada vez que lo veía me parecía más poltrón. Pero no podía decirlo. Menos aún podía decir que odiaba incluso el pensamiento de quedar siquiera remotamente relacionado, por matrimonio, con un sujeto como Seyano. Este advirtió mi vacilación en contestarle y quiso saber si consideraba que la unión rebajaría la dignidad de mi familia. Tartamudeé y respondí que no, por cierto que no; su rama de la familia Elia era sumamente honorable. Porque aunque Seyano era el hijo de un simple caballero de provincias, había sido adoptado muy joven por un rico senador de la familia Elia, que además había sido cónsul y que le dejó todo su dinero. Había cierto escándalo en torno a la adopción, pero seguía en pie el hecho de que Seyano era un Elio. Me instó minuciosamente a que le explicara mis vacilaciones, y dijo que si tenía algún sentimiento en contra del matrimonio, lamentaba haberlo mencionado, pero que, por supuesto, lo había hecho por sugerencia de Tiberio. De forma que le dije que si Tiberio era el que proponía la unión, me alegraría conceder mi consentimiento; mi principal reticencia se debía a que una niña de cuatro años era demasiado pequeña para ser prometida a un chico de trece, que cumpliría veintiuno antes de poder consumar legalmente el matrimonio y que para entonces habría contraído otros compromisos. Seyano sonrió y dijo que confiaba en que yo mantendría al chico lejos de toda complicación.

AÑO 23 d. de C.

Hubo gran alarma en la ciudad cuando se supo que Seyano se relacionaría con la familia imperial, pero todos se apresuraron a felicitarlo, y también a mí. Unos días después Drusilo murió. Lo encontraron detrás de un arbusto, en el jardín de una casa de Pompeya a la que unos amigos de Urgulanila lo habían invitado a ir desde Herculano. Tenía una pequeña pera atravesada en la garganta. En la investigación se afirmó que se lo había visto arrojando la fruta al aire y tratando de atraparla con la boca. Parecía indudable que su muerte se había debido a un accidente. Pero nadie lo creyó. Estaba claro que como Livia no había sido consultada acerca del casamiento de uno de sus biznietos, se las arregló para que el chico fuese estrangulado, y luego le metió la pera en la garganta. Como se acostumbraba en tales casos, el peral fue acusado de asesinato y sentenciado a ser desarraigado y quebrado.

Tiberio pidió al Senado que emitiese un decreto nombrando a Cástor Protector del Pueblo, lo que equivalía a convertirlo en heredero de la monarquía. Tal petición causó un alivio general. Se consideró como un signo de que Tiberio tenía conciencia de las ambiciones de Seyano y la intención de ponerles freno. Cuando se promulgó el decreto, alguien propuso que se imprimiese en las paredes del Senado, con letras de oro. Nadie se dio cuenta de que Cástor había sido honrado de tal manera por sugerencia de Seyano. Le insinuó a Tiberio que Cástor, Agripina, Livia y Galo conspiraban juntos, y propuso el decreto como la mejor forma de ver quiénes más pertenecían al grupo. Un amigo suyo fue quien presentó la proposición en cuanto a la inscripción en letras de oro, y los nombres

de los senadores que apoyaron la extravagante moción fueron cuidadosamente anotados. Cástor era ahora más popular que nunca entre los mejores ciudadanos. Había abandonado sus costumbres de bebedor, y si bien todavía tenía una desmesurada afición por los derramamientos de sangre en las luchas a espada, continuaba vistiéndose con extravagancia y apostaba enormes sumas en las carreras de cuadrigas, era un magistrado concienzudo y un amigo leal. Yo tenía muy pocas relaciones con él, pero cuando se encontraba conmigo me trataba con mucha mayor consideración que antes de la muerte de Germánico.

El enconado odio que existía entre él y Seyano amenazaba siempre con convertirse en una pendencia, pero Seyano procuraba no provocar a Cástor hasta que la riña pudiese ser aprovechada. El momento había llegado. Seyano fue a palacio a felicitar a Cástor por su protectorado y lo encontró en su estudio con Livila. No había esclavos ni libertos presentes, de modo que Seyano podía decir lo que se le ocurriese. Para entonces Livila estaba tan enamorada de él, que podía contar con ella para traicionar a Cástor como otrora había traicionado a Póstumo —quién sabe cómo, él se había enterado de la historia—, e incluso hubo entre ellos conversaciones en las que lamentaban no ser emperador y emperatriz, para hacer lo que les viniese en gana.

—Bien, Cástor —dijo Seyano—, ¡te lo he conseguido! ¡Felicidades!

Cástor frunció el entrecejo. Sólo era «Cástor» para unos pocos íntimos. Había conquistado el nombre, según creo haber explicado, por su semejanza con un conocidísimo espadachín, pero le quedó porque un día perdió los estribos en una discusión con un caballero. Este último le dijo a quemarropa, en un banquete, que estaba borracho e incapacitado, y Cástor, gritando: «Borracho e incapacitado, ¿eh? Ya te mostraré si estoy borracho e incapacitado», bajó tambaleándose de su diván y propinó al caballero un golpe tan terrible en el vientre, que le hizo vomitar toda la comida. Ahora le dijo a Seyano:

—No permito que cualquiera me nombre por un apodo, salvo un amigo o un igual, y tú no eres ninguna de las dos cosas. Para ti soy Tiberio Druso César. Y no sé qué es lo que pretendes haberme «conseguido». Y no quiero que me felicites por ello, sea lo que fuere. De modo que vete.

—Si me lo preguntas a mí —intervino Livila—, considero una cobardía por tu parte hablarle a Seyano de este modo, y no digamos nada de tu ingratitud al echarlo como a un perro cuando viene a felicitarte por tu protectorado. Sabes que tu padre jamás te lo habría concedido, a no ser por la recomendación de Seyano.

—Estás diciendo tonterías, Livila —replicó Cástor—. Este sucio espía tiene tanto que ver con mi nombramiento como mi eunuco Ligdo. Simplemente finge ser importante. Y dime, Seyano, ¿qué opinas de esto de la cobardía?

—Tu esposa tiene mucha razón —respondió Seyano—. Eres un cobarde. No te habrías atrevido a hablarme así antes de que te hiciera nombrar Protector, haciendo sacrosanta tu persona. Sabes perfectamente bien que te habría dado una paliza.

—Y te la hubieras merecido —dijo Livila.

Cástor miró a uno y a otro y dijo con lentitud:

—De modo que hay algo entre vosotros dos, ¿eh?

Livila sonrió despectivamente.

—¿Y si lo hay? ¿Quién es más hombre de los dos?

—¡Muy bien jovencita —gritó Cástor—, ya lo veremos! Olvida por un momento que soy Protector del Pueblo, Seyano, y levanta los puños.

Seyano se cruzó de brazos.

—¡Levántalos, te digo, cobarde!

Seyano no respondió, de modo que Cástor le propinó una bofetada en plena cara.

—¡Y ahora vete!

Seyano salió con una irónica reverencia, y Livila lo siguió.

Este golpe selló el destino de Cástor. El relato que Tiberio oyó de labios de Seyano, quien fue a verlo con la marca de la bofetada de Cástor todavía roja en su mejilla, decía que Castor estaba borracho cuando Seyano lo felicitó por su protectorado, y que lo golpeó en la cara a la vez que decía:

—Sí, es bueno sentir que ahora puedo hacer esto sin temor a que me devuelvan el golpe. Y puedes decirle a mi padre que haré lo mismo con todos sus sucios espías.

Livila lo confirmó al día siguiente, cuando fue a quejarse de que Cástor la había golpeado. Afirmó que la golpeó porque ella le había dicho cuánto le disgustaba que le pegase a un hombre que no podía defenderse y que insultara a su padre. Tiberio les creyó. No le dijo nada a Cástor, pero instaló una estatua de Seyano en el teatro de Pompeyo, extraordinario honor para alguien que todavía estaba vivo. Esto quería decir que Cástor había perdido el favor de Tiberio, a pesar de su protectorado (porque Seyano y Livila habían hecho circular su versión de la riña), y que Seyano era ahora la persona cuyo favor se había de buscar. Por consiguiente se hicieron muchas copias de la estatua, que sus partidarios colocaron en un lugar de honor de sus vestíbulos, a la

derecha de la estatua de Tiberio; pero muy pocas veces se veían estatuas de Cástor. El rostro de éste mostraba ahora con tanta claridad su resentimiento, cada vez que se encontraba con su padre, que la tarea de Seyano quedó facilitada. Le dijo a Tiberio que Cástor estaba sondeando a varios senadores para saber si estaban dispuestos a apoyarlo en caso de que usurpara la monarquía, y que algunos de ellos ya le habían prometido su ayuda. Por lo tanto los que le parecieron más peligrosos a Tiberio fueron arrestados bajo la familiar acusación de blasfemia contra Augusto. Un hombre fue condenado a muerte por entrar en un excusado con una moneda de oro de Augusto en la mano. Otro fue acusado de incluir una estatua de Augusto en una lista de muebles para la venta en una casa de campo. Habría sido condenado a muerte si el cónsul que juzgaba el caso no le hubiese pedido a Tiberio que votase el primero. Tiberio se avergonzó de votar por la pena de muerte, de modo que el hombre fue absuelto, pero se le condenó poco después sobre la base de otra acusación.

Cástor se alarmó y pidió a Livia ayuda contra Seyano. Livia le dijo que no temiese, porque pronto haría que Tiberio recobrara la sensatez. Pero no tenía confianza en Cástor como aliado. Fue a ver a Tiberio y le informó de que Cástor había acusado a Seyano de seducir a Livila, de abusar de su puesto de confianza extorsionando a hombres de dinero en nombre de Tiberio y de aspirar a la monarquía; que había dicho que si Tiberio no despedía pronto al bribón, tomaría el asunto en sus manos; y que le había pedido a ella su colaboración. Al presentar de tal manera el caso ante Tiberio, abrigaba la esperanza de que comenzara a desconfiar de Seyano tanto como ya desconfiaba de Cástor, con lo que tendría que volver a su antigua costumbre de depender de ella. Por lo menos durante un tiempo tuvo éxito. Pero de pronto un accidente convenció a Tiberio de que Seyano le era tan leal como pretendía serlo y como todas sus acciones hasta ese momento se lo habían demostrado. Un día merendaban con tres o cuatro amigos en una cueva natural, junto a la costa, cuando se escuchó un súbito rugido y parte del techo se derrumbó, matando a varios de los presentes y sepultando a otros; la entrada quedó bloqueada. Seyano se acurrucó sobre Tiberio, con la espalda arqueada —los dos habían quedado indemnes— para protegerlo de nuevos desprendimientos. Una hora más tarde, cuando los soldados los sacaron, lo encontraron aún en la misma posición. De paso, también Trásilo aumentó su reputación en esa ocasión. Le había dicho a Tiberio que ese día habría una hora de oscuridad al mediodía. Tiberio contaba con la seguridad, dada por Trásilo, de que sobreviviría a Seyano en muchos años, y de que Seyano no era peligroso para él. Creo que éste tramó todo eso con Trásilo, pero no tengo pruebas. Trásilo no era del todo incorruptible, pero cuando hacía profecías para complacer el gusto de sus clientes, parecían cumplirse igual que las auténticas. Tiberio sobrevivió a Seyano, en efecto, por muchos años.

Tiberio dio a conocer públicamente una nueva señal del descrédito en que había caído Cástor, al censurarlo en el Senado por una carta que había escrito. Cástor se había excusado de concurrir al sacrificio cuando el Senado se abrió después del descanso de verano, explicando que otros asuntos públicos le impedían volver a la ciudad con tiempo.

Tiberio dijo despectivamente que cualquiera creería que el joven estaba dirigiendo una campaña en Germania o en visita diplomática a Armenia, cuando los «asuntos públicos» que lo retenían eran los baños y los paseos en barco de que gozaba en Terracina. Dijo que él mismo, en la última etapa de su vida, podía ser excusado por una ausencia ocasional de la ciudad; podía afirmar que sus energías habían quedado agotadas por prolongados servicios públicos con su espada y su pluma. ¿Pero qué otra cosa, si no la insolencia, podía detener a su hijo? Esto era sumamente injusto. A Cástor se le había encomendado que hiciese un informe sobre las defensas costeras, durante el verano, y no había podido reunir todas las pruebas a su término. En lugar de perder tiempo con un viaje a Roma y volver luego otra vez a Terracina, se había quedado a terminar la tarea.

Cuando Cástor regresó, cayó inmediatamente enfermo. Los síntomas eran los de una rápida consunción. Perdió color y peso, y comenzó a escupir sangre. Le escribió a su padre y le pidió que fuese a visitarlo a su habitación —vivía en el otro extremo de palacio— porque creía que estaba a punto de morir, y que lo perdonase si en alguna forma lo había ofendido. Seyano aconsejó a Tiberio que no hiciese la visita: la enfermedad podía ser real, pero por otra parte podía ser muy bien una treta para asesinarlo. De modo que Tiberio no lo visitó, y unos días después Cástor murió.

AÑO 23 d. de C.

No hubo mucho dolor por su muerte. La violencia de su temperamento y su reputación de crueldad habían hecho que la ciudad sintiese aprensión en cuanto a lo que podía suceder si reemplazaba a su padre. Muy pocos creían en su reciente reforma, la mayoría pensaba que se trataba de una artimaña para reconquistar el afecto popular, y que habría sido tan malo como su padre en cuanto se encontrara en el puesto de éste. Y ahora los tres hijos de Germánico habían crecido —también Druso era ya mayor de edad—, y eran sin duda alguna los herederos de Tiberio. Pero el Senado, por respeto a éste, celebró el duelo por Cástor tan ruidosamente como pudo y votó en su memoria los mismos honores que había votado a Germánico. Tiberio no fingió pena alguna en esta ocasión, sino que pronunció, con voz firme y resonante, el panegírico que había preparado para Cástor. Cuando vio que las lágrimas corrían por el rostro de varios senadores, dijo en una voz audible a Seyano, que estaba a su lado: «¡Puaf! ¡Este lugar apesta a cebollas!».

Después Galo se puso de pie para elogiar a Tiberio por haber dominado tan bien su pena. Recordó que incluso el dios Augusto, durante su presencia entre ellos en forma mortal, había cedido hasta tal punto a sus sentimientos ante la muerte de Marcelo, su hijo adoptivo (ni siquiera su verdadero hijo), que cuando agradecía al Senado por su simpatía tuvo que interrumpirse, ahogado por la emoción. En tanto que el discurso que acababan de escuchar era una obra maestra de contención. (Puedo mencionar aquí que cuando, cuatro o cinco meses después, llegaron delegados de Troya para dar el pésame a Tiberio por

la muerte de su único hijo, Tiberio les agradeció: «Y yo os lo doy, señores, por la muerte de Héctor»).

Luego mandó buscar a Nerón y Druso, y cuando llegaron al Senado los tomó de la mano y los presentó:

—Señores, hace tres años encomendé estos niños sin padre a su tío, mi querido hijo a quien hoy lloramos tan amargamente, deseando que los adoptase, aunque ya tenía hijos propios, y que los criara como los dignos herederos de la tradición de la familia. —«¡Muy bien!» de Galo, y aplauso general—. Pero ahora que nos ha sido arrebatado por un destino cruel —gemidos y lamentaciones—, os pido lo mismo a vosotros. En presencia de los dioses, ante el rostro de nuestro amado país, os ruego que recibáis bajo vuestra protección, que aceptéis bajo vuestra guía a estos nobles biznietos de Augusto, descendientes de antepasados cuyos nombres resuenan en la historia romana. Cuidad de cumplir honorablemente vuestro deber y el mío con ellos. Nietos, estos senadores son desde ahora como padres para vosotros, y su alcurnia es tal, que el mal o el bien que caiga sobre vosotros será el mal o el bien para el Estado. —¡Fuertes aplausos, lágrimas, bendiciones, gritos de lealtad!

Pero en lugar de terminar allí, echó a perder todo el efecto terminando con una nota familiar, con sus antiguas frases manidas en cuanto a su pronto retiro y el restablecimiento de la república, momento en que «los cónsules o algún otro» recibirían «la carga del gobierno», quitándola de «sus cansados hombros». Si no pensaba que Nerón o Druso fuesen sus sucesores imperiales, ¿qué quería decir cuando identificaba tan estrechamente su suerte con la del Estado?

El funeral de Cástor fue menos impresionante que el de Germánico, ya que fue señalado por muy pocas expresiones auténticas de pena, pero por otra parte fue mucho más espléndido. En la procesión se llevaron todas las máscaras de la familia de los Césares y los Claudios, empezando por la de Eneas, el fundador de la familia Julia, y la de Rómulo, el fundador de Roma, y terminando con las de Cayo, Lucio y Germánico. La máscara de Julio César aparecía porque, como Rómulo, era sólo un semidiós, pero la de Augusto no aparecía, porque era una deidad importante.

Seyano y Livila tenían que pensar ahora cómo alcanzar su ambición de llegar a emperador y emperatriz. Nerón, Druso y Calígula se interponían en su camino, y tendrían que ser eliminados. Tres parecían ser demasiados para eliminarlos sin problemas, pero, como señaló Livila, la abuela de los niños había conseguido librarse, en apariencia, de Cayo, Lucio y Póstumo cuando quiso colocar a Tiberio en el poder. Y era indudable que Seyano se encontraba en una posición mucho mejor que Livia para llevar a cabo sus planes.

Para demostrar a Livila que tenía realmente la intención de casarse con ella, como le había prometido, Seyano se divorció de su esposa Apicata,

con quien tenía tres hijos. La acusó de adulterio y dijo que estaba a punto de ser madre de un hijo que no era suyo. No nombró públicamente al amante de Apicata, pero en privado le dijo a Tiberio que sospechaba de Nerón. Este, afirmó, estaba adquiriendo una gran reputación por sus enredos con las esposas de hombres prominentes y parecía pensar que, como presunto heredero de la monarquía podía comportarse como le diera la gana. Entretanto Livila hizo lo posible por separar a Agripina de la protección de Livia, y para ello previno a Agripina de que Livia sólo la utilizaba como instrumento en su conflicto con Tiberio —cosa que era verdad— y previno a Livia, por medio de una de sus damas de compañía, de que Agripina la usaba a ella como arma en su conflicto con Tiberio, cosa que también era cierta. Hizo que cada una de las dos creyese que la otra había jurado matarla en cuanto terminase su utilidad.

Los doce pontífices empezaron a incluir a Nerón y Druso en las acostumbradas oraciones que ofrecían por la salud y la prosperidad del emperador, y los demás sacerdotes siguieron su ejemplo. En su condición de Sumo Pontífice, Tiberio les envió una carta de queja, diciéndoles que no establecían diferencia alguna entre los chicos y él, un hombre que había ocupado honorablemente la mayoría de los más altos puestos del Estado veinte años antes de que ellos nacieran, y después todos los demás; que no era decente. Los llamó a su presencia y les preguntó si Agripina los había adulado para que hiciesen ese agregado a las oraciones, o si los asustó, obligándolos a ello con amenazas. Por supuesto los pontífices negaron que Agripina hubiese hecho ninguna de las dos cosas, pero él no se sintió convencido. Cuatro de los doce, incluso Galo, estaban en cierto modo vinculados a ella por matrimonio, y otros cinco se encontraban en relaciones amistosas con ella y con sus hijos. Los censuró con severidad. En su discurso siguiente previno al Senado que no debía conceder nuevas distinciones prematuras que pudiesen estimular la imaginación volátil de unos jovencitos y los llevasen a abrigar aspiraciones presuntuosas.

Agripina encontró un inesperado aliado en Calpurnio Pisón. Le dijo que había defendido a su tío Gneo Pisón nada más que por consideración a la honra de la familia, y que no tenía que considerarlo como su enemigo. Haría todo lo posible para protegerla a ella y a sus hijos. Pero Calpurnio no vivió mucho tiempo después de eso. En el Senado se le acusó de «palabras traicioneras pronunciadas en privado», de guardar veneno en su casa y de ir al Senado armado con una daga. Estos dos últimos artículos eran tan absurdos, que se dejaron de lado, pero se fijó un día para su proceso, basado en la acusación de «palabras traicioneras». Se suicidó antes de que terminara el juicio.

Tiberio creyó en la afirmación de Seyano de que existía un partido secreto, llamado el partido Verde Puerro, que ahora estaba formando Agripina, cuyo signo era un extravagante fervor por el bando Verde Puerro en las carreras de cuadrigas que se celebraban en el circo. En estas carreras había cuatro colores: escarlata, blanco, azul marino y verde puerro. La facción Verde Puerro era la favorita en esa época, y la

Escarlata la más impopular. De modo que ahora, cuando Tiberio iba a presenciar las carreras, en los días de festividad pública, como tenía que hacerlo debido a su puesto oficial —aunque hasta entonces no se había sentido interesado por ellas y desalentaba las ociosas conversaciones relacionadas con las carreras, en palacio o en los banquetes a que se le invitaba—, y empezaba, por primera vez, a advertir qué tipo de apoyo recibían los distintos colores, se sintió grandemente turbado al escuchar tantos vítores al Verde Puerro. Seyano también le había dicho que el Escarlata era el símbolo secreto que utilizaban los Verde Puerro cuando querían referirse a sus partidarios, y Tiberio vio que cada vez que ganaba una cuadriga escarlata, cosa que sucedía muy pocas veces, recibía grandes abucheos y siseos. Seyano era listo; sabía que Germánico siempre había apostado por los Verde Puerro, y que Agripina, Nerón y Druso, por motivos sentimentales, continuaban teniendo a ese color como favorito.

Había un noble llamado Silio que durante muchos años fue comandante del cuerpo del Rin. Creo que lo he mencionado como general de los cuatro regimientos de la Provincia Superior de Germania que no participaron en el gran motín. Había sido el oficial más capaz de mi hermano, y se le concedieron ornamentos triunfales por sus éxitos contra Hermann. En fecha reciente, a la cabeza de las fuerzas conjuntas de las provincias Superior e Inferior, había aplastado una peligrosa rebelión de las tribus francesas de las cercanías de mi lugar natal, Lyon. No era un hombre modesto, pero tampoco era especialmente jactancioso, y si en verdad dijo en público, como se afirmaba, que a no ser por el tacto con que dirigió a los cuatro regimientos durante el motín éstos se habrían unido a los otros amotinados, y que en consecuencia, a no ser por él, Tiberio no habría tenido imperio alguno sobre el cual gobernar; pues bien, no estaba muy lejos de la verdad. Pero, como es natural, a Tiberio no le agradó, aunque sólo fuese porque los regimientos amotinados eran, como ya expliqué, aquellos con los cuales él había tenido más relaciones. Sosia, la esposa de Silio, era la mejor amiga de Agripina. Y sucedió que en los grandes Juegos Romanos, que se celebraban a principios de septiembre, Silio apostó enormes sumas por el Verde Puerro. Seyano le gritó:

—Te acepto cualquier cantidad. Yo apuesto a los Escarlata.

Silio le respondió, también a gritos:

—Estás apostando al color perdedor, amigo. El conductor de los Escarlatas no tiene la menor idea de cómo hay que sostener las riendas. Trata de hacerlo todo con el látigo. Te apuesto mil a que gana el Verde Puerro. Y el joven Nerón dice que él agrega quinientas; es un entusiasta partidario de los Verde Puerro.

Seyano miró significativamente a Tiberio, que había escuchado todo el diálogo y que se asombró ante la osadía de Silio. Consideró un buen signo el que el conductor de la cuadriga de los Verde Puerro cayera en

un recodo, en la penúltima vuelta, y que el Escarlata ganara con facilidad.

Diez días más tarde Silio fue acusado ante el Senado. La acusación era de alta traición. Se le acusó de haber tolerado la rebelión francesa en sus primeras etapas y de haber aceptado una tercera parte del botín como pago por su no intervención; de hacer de su victoria una excusa para continuar saqueando a las provincias leales y de imponer luego excesivos impuestos de emergencia a la provincia para sufragar los gastos de la campaña. Sosia fue acusada de complicidad en los mismos delitos. Silio era impopular en palacio desde la rebelión francesa. Tiberio había sido objeto de muchas críticas por no ir él mismo a combatir contra los rebeldes, y por haber mostrado más interés en los cargos de traición que en la campaña misma. En el Senado se había excusado con el pretexto de su edad —y Cástor estaba ocupado en asuntos de importancia—, y explicó que se mantenía continuamente en contacto con los cuarteles de Silio, y que le proporcionaba valiosos consejos. Tiberio se mostró muy sensible en relación con la rebelión francesa. Cuando los franceses fueron derrotados, quedó en ridículo con la moción de un senador parlanchín, un imitador de los recursos de Galo, en el sentido de que había que concederle un triunfo porque era el verdadero responsable de la victoria. Se sintió tan disgustado con eso, que recurrió al argumento de que en realidad la victoria no era digna de mención, y nadie se atrevió a votarle a Silio los ornamentos triunfales que se merecía. Silio se sintió desilusionado, y lo que dijo en cuanto al motín del Rin lo dijo por resentimiento ante la ingratitud de Tiberio.

Silio desdeñó responder a las acusaciones de traición. No era culpable de entendimiento alguno con los rebeldes, y si los soldados a sus órdenes habían omitido distinguir, en algunos casos, entre la propiedad de los rebeldes y la de los leales, eso era de esperar. Muchos fingidos leales financiaban la rebelión en secreto. En cuanto a los impuestos, el hecho era que Tiberio le había prometido una partida especial del erario para cubrir los gastos de la campaña y para indemnizar a los ciudadanos romanos por su pérdida de casas, cosechas y ganado. Anticipándose al pago de esa partida, Silio había cobrado un impuesto a ciertas tribus del norte, prometiéndoles devolver el dinero cuando le fuese pagado por Tiberio, cosa que nunca sucedió. Después de la rebelión Silio tenía veinte mil piezas de oro menos que antes de ella, porque reunió una tropa de voluntarios de caballería que armó y pagó de su bolsillo. Su principal acusador, que era uno de los cónsules del año, insistió con gran malicia en las acusaciones de extorsión. Era amigo de Seyano y también hijo del gobernador militar de la Provincia Inferior que había querido tener el mando supremo de las fuerzas romanas contra los franceses y que se vio obligado a dejarlo en manos de Silio. Este no pudo siquiera presentar pruebas de la partida que le había prometido Tiberio, porque la carta que contenía tal promesa estaba sellada con la Esfinge. Y, sea como fuere, las acusaciones de extorsión eran ajenas a la cuestión, porque el juicio era por traición, no por extorsión.

Finalmente estalló: «Señores, podría decir mucho en mi defensa, pero no diré nada porque este proceso no se conduce de forma constitucional, y porque el veredicto ha sido decidido hace mucho. Entiendo que mi verdadero delito consiste en haber dicho que, si yo no los hubiera dirigido, los regimientos de la Alta Germania se habrían amotinado. Ahora pondré fuera de toda duda mi culpabilidad en este asunto. Diré que, a no ser por la forma en que Tiberio las dirigió antes, las tropas de la Baja Germania no se hubieran amotinado. Señores, soy la víctima de un avaro, celoso, sanguinario, tiránico…».

El resto de su discurso quedó ahogado en un rugido de horrorizada protesta de los senadores. Silio saludó a Tiberio y salió con la cabeza erguida. Cuando llegó a su casa abrazó a Sosia y a sus hijos, envió un afectuoso mensaje de despedida a Agripina, Nerón, Galo y sus demás amigos, y, dirigiéndose a su dormitorio, se clavó la espada en la garganta.

Se sostuvo que su culpabilidad quedaba demostrada con sus insultos contra Tiberio. Se confiscaron sus propiedades, con la promesa de que los provincianos recibirían el dinero del injusto impuesto y de que a sus acusadores se les daría la cuarta parte de lo que quedase de la venta de la herencia, tal como lo exigía la ley, y de que el dinero que se le había dejado en el testamento de Augusto, en recompensa por su lealtad, volvería al Tesoro, por haberle sido pagado equivocadamente. Los provincianos no se atrevieron a insistir en que les devolviesen lo que habían pagado por el impuesto, de modo que Tiberio se quedó con las tres cuartas partes de la herencia, porque ya no existía una verdadera distinción entre el Tesoro Militar, el Erario Público y la Lista Civil. Esta fue la primera vez que se benefició directamente con la confiscación de propiedades o que permitió que un insulto contra él fuese entendido como una prueba de traición.

Sosia tenía propiedades particulares y, para salvar su vida e impedir que sus hijos quedasen en la miseria, Galo presentó la moción de que se la desterrase y de que la mitad de sus efectos pasara a manos de sus acusadores, quedando la mitad restante para los hijos. Pero un primo político de Agripina, aliado de Galo, propuso que a los acusadores sólo se les pagara una cuarta parte, que era el mínimo legal, y afirmó que Galo era más leal al emperador que justiciero para con Sosia, porque al menos se sabía que ésta había reprochado a su esposo, cuando éste yacía moribundo, sus traicioneras y desagradecidas declaraciones. De modo que Sosia sólo fue desterrada: se fue a vivir a Marsella. Y como en cuanto supo que sería juzgado en una acusación de vida o muerte Silio entregó en secreto, a Galo y a algunos otros amigos, la mayor parte de su dinero en efectivo, a fin de que lo tuviesen en custodia para sus hijos, la familia salió bastante bien librada del asunto. Su hijo mayor sobrevivió y me causó muchos trastornos.

Desde entonces, Tiberio, que hasta ese momento había hecho que sus acusaciones de traición se basaran en supuestas blasfemias contra Augusto, puso en vigor, cada vez con más frecuencia, el edicto

promulgado en el primer año de su monarquía, según el cual era traición atacar de alguna manera su honor y reputación. Acusó a un senador, a quien sospechaba partidario de Agripina, de haber recitado un epigrama injurioso dirigido contra él. El hecho era que una mañana la esposa del senador vio un papel pegado en la parte superior de la puerta de su casa. Pidió a su esposo que le leyera lo que decía, porque era más alto que ella. El hombre leyó lentamente: «Ahora no es bebedor de vino / como lo era antes. / Se alegra con una bebida más fuerte: / la sangre de los asesinados».

La mujer preguntó con inocencia qué quería decir la cuarteta, y él contestó: «No es conveniente explicarlo en público, querida».

Un delator profesional rondaba por la puerta, en la esperanza de que cuando el senador leyese el epigrama, que era obra de Livia, dijera algo digno de informar. Fue directamente a ver a Seyano. El propio Tiberio interrogó al senador, preguntándole qué había querido decir con «no es conveniente» y a quién se refería el epigrama, en su opinión. El senador vaciló y no quiso dar una respuesta directa. Tiberio dijo entonces que en su juventud había visto muchos libelos, todos acusándolo de ser un borrachín, y que en años recientes los médicos le habían ordenado que se abstuviese del vino, por su tendencia a la gota, y que últimamente se habían publicado varios libelos acusándolo de espíritu sanguinario. Preguntó al acusado si no tenía conocimiento de esos hechos, y si pensaba que el epigrama podía referirse a otro que no fuese su emperador. El desdichado convino en que conocía los libelos sobre la ebriedad de Tiberio, pero que sabía que no tenían relación alguna con la verdad y que no los había vinculado con el que apareció pegado en su puerta. Se le preguntó entonces por qué no había denunciado en el Senado los libelos anteriores, como era su deber. Respondió que cuando los conoció no era todavía un delito pronunciar o repetir un epigrama, por procaz que fuese, escrito contra alguien, por virtuoso que fuera este alguien. Y que tampoco era traición pronunciar o repetir procacidades dirigidas incluso contra Augusto, siempre que no se las pusiera por escrito. Tiberio le preguntó a qué época se refería, porque en la última etapa de su vida Augusto había emitido un edicto dirigido también contra las procacidades habladas. El senador replicó:

—Eso fue durante tu tercer año en Rodas.

Tiberio exclamó:

—Señores, ¿cómo se puede permitir que este individuo me insulte de esa manera?

De modo que el Senado lo condenó a ser arrojado desde la roca Tarpeya, castigo comúnmente reservado a los peores traidores, a los generales que se entregaban por dinero al enemigo y a otros por el estilo.

Otro hombre, un caballero, fue ejecutado por escribir una tragedia sobre el rey Agamenón en la que la reina, que lo asesina en el baño, exclama mientras blande el hacha: «Sabe, sangriento tirano, que no es delito vengar mis agravios de esa manera».

Tiberio dijo que la intención era que el personaje de Agamenón fuese identificado con él, y que los versos citados eran una incitación a que le asesinaran. De modo que la tragedia, de la cual todos se habían reído porque era muy coja y estaba muy mal redactada, conquistó cierto tipo de dignidad cuando todos los ejemplares de la misma fueron reunidos y quemados, ejecutándose luego a su autor.

AÑO 25 d. de C.

Este juicio fue seguido dos años después —pero lo pongo aquí porque la historia de Agamenón me lo recuerda— por el de Cremucio Cordo, un anciano que había chocado un tiempo antes con Seyano por una nadería. Un día lluvioso, al entrar en el Senado, Seyano colgó la capa en el perchero que siempre había sido de Cremucio, y éste, cuando entró, sin saber que era la capa de Seyano, la colocó en otro perchero para poder colgar la suya. La capa de Seyano cayó del nuevo perchero y alguien la pisoteó con las sandalias embarradas. Seyano se vengó de varias maneras distintas y maliciosas, y Cremucio llegó a odiar de tal modo la cara del individuo y el sonido de su nombre, que cuando se enteró de que la estatua de Seyano había sido instalada en el Teatro de Pompeyo, exclamó: «Con eso ha quedado arruinado el teatro».

Entonces se le nombró ante Tiberio como uno de los principales seguidores de Agripina. Pero como era un anciano venerable y bondadoso, que no tenía ningún enemigo en el mundo aparte de Seyano y que jamás pronunciaba una palabra más de las necesarias, resultaba difícil respaldar alguna acusación contra él con pruebas que incluso un Senado amedrentado pudiese aceptar decentemente. A la larga se le acusó de haber escrito frases en elogio de Bruto y Casio, los asesinos de Julio César. Las pruebas que se presentaron fueron una obra histórica que había escrito treinta años antes y que el propio Augusto, el hijo adoptivo de Julio, había incluido en su biblioteca privada y de vez en cuando consultaba.

Cremucio presentó una animada defensa contra la absurda acusación; dijo que Bruto y Casio habían muerto hacia tanto tiempo, y se les había elogiado con tanta frecuencia por su acción, por historiadores posteriores, que no podía creer que el proceso no fuera una broma, como la que se le había hecho recientemente a un joven viajero en la ciudad de Larisa. El joven en cuestión fue acusado en público de haber asesinado a tres hombres, aunque no eran más que tres odres de vino colgados a la puerta de una tienda, que él acuchilló en la oscuridad, confundiéndolos con ladrones. Pero el juicio de Larisa se llevó a cabo durante el festival anual de la Risa, cosa que daba algún sentido al asunto, y el joven era un bebedor, muy amigo de sacar la espada, y quizá se merecía una lección. Pero él, Cremucio Cordo, era demasiado

viejo y sobrio para que se le obligase a hacer el tonto de esa manera, y ése no era el festival de la Risa sino, por el contrario, el cuadricentésimo septuagésimo sexto aniversario de la solemne promulgación de las Leyes de las Doce Tablas, el glorioso monumento al talento legislativo y a la rectitud moral de nuestros antepasados. Volvió a su casa y se dejó morir de hambre. Se reunieron todos los ejemplares de su libro y fueron quemados, salvo dos o tres que su hija ocultó en alguna parte y volvió a publicar muchos años más tarde, cuando Tiberio había muerto. No era un libro muy bien escrito; obtuvo más fama de la que en realidad merecía.

Durante todo ese tiempo había estado diciéndome: «Claudio, eres un pobre individuo y no resultas muy útil en este mundo, y, entre una y otra cosa, has tenido una vida bastante desdichada, pero por lo menos tu vida no corre peligro». Por lo tanto, cuando perdió la suya el viejo Cremucio, a quien conocía muy bien —a menudo nos encontrábamos y conversábamos en la biblioteca—, fue un gran golpe para mí. Me sentí como un hombre que viviese en la ladera de un volcán cuando de pronto éste lanza una lluvia de cenizas y piedras ardientes, a modo de advertencia. En mis tiempos había escrito cosas mucho más calificables de pérfidas que Cremucio. Mi historia de las reformas religiosas de Augusto contenía varias frases que fácilmente podían ser convertidas en tema de una acusación. Y aunque mi fortuna era pequeña, de modo que un acusador no ganaría nada con delatarme para quedarse con su cuarta parte, me daba cuenta de que todas las recientes víctimas de los juicios por traición habían sido amigos de Agripina, a quien yo continuaba visitando cada vez que iba a Roma. No sabía con seguridad hasta qué punto el hecho de ser cuñado de Seyano podría representar una protección suficiente para mí.

Sí, últimamente me había convertido en el cuñado de Seyano, y ahora diré cómo sucedió.



XXIII



Un día Seyano me dijo que tenía que volver a casarme, ya que en apariencia no me entendía muy bien con mi esposa. Le dije que Urgulanila había sido elegida por mi abuela Livia, y que no podía divorciarme de ella sin su permiso.

—Oh, no, por supuesto que no —me contestó—. Eso lo entiendo, pero debes de ser muy desdichado sin esposa.

—Gracias —le repliqué—, me las arreglo bien.

Fingió considerar mi respuesta como un chiste; se rio y me llamó «hombre prudente», pero después agregó que si por casualidad me resultaba posible divorciarme de mi esposa, tenía que consultarlo con él. Tenía para mí la mujer adecuada: bien nacida, joven, inteligente. Se lo agradecí, pero me sentí molesto. Antes de salir me dijo:

—Mi amigo Claudio, quiero darte un consejo. Apuesta mañana a los Escarlata en todas las carreras, aunque pierdas un poco de dinero al comienzo. A la larga no saldrás perdiendo. Y no apuestes a los Verde Puerro: en estos días es un color infortunado. Y no le digas a nadie que yo te lo he aconsejado.

Me sentí muy aliviado por el hecho de que Seyano me considerase digno de cultivar mi relación, pero no entendí lo que me había dicho. Sin embargo, en la carrera de cuadrigas del día siguiente —era el festival de Augusto— Tiberio me vio ocupar mi asiento en el circo y, como se encontraba de humor afable, me mandó a buscar y me preguntó:

—¿Qué haces últimamente, sobrino?

Balbuceé que escribía una historia de los antiguos etruscos.

—¿De veras? —respondió—. Eso habla bien de tu discernimiento. No queda con vida ningún etrusco antiguo que pueda protestar y ningún etrusco moderno a quien eso le importe, de modo que puedes escribir como te plazca. ¿Qué más haces?

—E-e-e-escribo una historia de los antiguos c-c-c-c-cartagineses.

—¡Espléndido! ¿Y qué más? No tardes tanto con el tartamudeo. Soy un hombre ocupado.

—En este m-m-m-momento estoy…

—¿Iniciando una historia del P-P-P-País de los T-T-T-Tontos?

—N-n-no, señor, a-a-a-a-apostando a los Escarlata.

Me lanzó una mirada astuta y me dijo:

—Veo, sobrino, que no eres del todo bobo. ¿Y por qué apuestas a los Escarlata?

Me vi en dificultades, porque no podía decir que Seyano me lo había aconsejado. Por lo tanto contesté:

—Soñé que los Verde Puerro habían sido d-d-descalificados por usar el látigo contra sus c-competidores, y que el Escarlata e-e-e-entraba primero, y el Azul m-m-marino y el B-B-Blanco ni figuraban.

Me entregó una bolsa con dinero y me musitó al oído:

—No le digas a nadie que te lo doy para que apuestes, pero pon este dinero a los Escarlata, a ver qué sucede.

Resultó ser el día de los Escarlata, y apostando con el joven Nerón en todas las carreras gané cerca de 2000 piezas de oro. Esa noche me pareció prudente visitar a Tiberio en palacio y decirle:

—Aquí está la bolsa de la suerte, señor, con una familia de pequeñas bolsas que engendró a lo largo del día.

—¿Todo mío? —exclamó—. Bueno, sí que tengo suerte. El Escarlata es el color, ¿eh?

Eso era muy de mi tío Tiberio. No había establecido con claridad quién se quedaría con las ganancias, y yo supuse que el dinero me correspondía. Pero si hubiese perdido todo el dinero me habría dicho algo que me hubiera hecho sentirme en deuda con él por esa suma. Al menos habría podido darme una comisión.

La siguiente vez que visité Roma encontré a mi madre en tal estado de perturbación, que al principio no me atreví a pronunciar una palabra en su presencia, por temor a que se encolerizara y me diera unos pescozones. Entendí que su problema estaba vinculado con Calígula, que entonces tenía doce años, y con Drusila, que ya tenía trece; ambos vivían con ella. Drusila estaba encerrada en su habitación, sin comer, y Calígula se encontraba en libertad, pero con aspecto de estar aterrado. Esa noche me visitó y me dijo:

—Tío Claudio, pídele a tu madre que no se lo diga al emperador. No hacíamos nada malo, te lo juro. Era un juego. No puedes creer eso de nosotros. Dime que no puedes.

Cuando me explicó qué era lo que quería que no le dijese al emperador, y cuando juró por el honor de su padre que él y Drusila eran completamente inocentes, me sentí obligado a hacer lo que pudiese por los chicos. Fui a ver a mi madre y le dije:

—Calígula jura que estás equivocada. Jura por el honor de su padre, y si tienes alguna duda en cuanto a su culpabilidad, deberías respetar ese juramento. Por mi parte, no puedo creer que un chico de doce años...

—Calígula es un monstruo, y Drusila también, y tú eres un idiota, y yo creo en mis ojos más que en sus juramentos o en tu tontería. Mañana a primera hora iré a hablar con Tiberio.

—Pero madre, si se lo dices al emperador no serán ellos los únicos que sufran. ¡Hablemos con franqueza por una vez, y al demonio con los delatores! Puede que yo sea un tonto, pero sabes tan bien como yo que Tiberio sospecha que Agripina envenenó a Cástor para que sus hijos mayores se convirtieran en herederos de la monarquía, y que vive aterrorizado por el repentino ascenso de su popularidad. Si tú, su abuela, acusas a esos niños de incesto, ¿crees que él no encontrará la

forma de complicar en la acusación a los miembros mayores de la familia?

—Te digo que eres un tonto. No puedo soportar la forma en que mueves la cabeza y el modo en que te baja y te sube la nuez de Adán.

Pero me di cuenta de que la había impresionado, y decidí que si me mantenía fuera de su vista durante el resto de mi estancia en Roma, a fin de que mi presencia no le recordase mi consejo, era probable que Tiberio no se enterase del asunto por su boca. Reuní unas cuantas cosas y me fui a casa de mi cuñado Plaucio, a pedirle que me alojara. (Ahora Plaucio estaba bastante adelantado en su carrera, y dentro de cuatro años sería cónsul). Ya hacía rato que había terminado la cena cuando yo llegué, y él estaba leyendo unos documentos legales en su estudio. Su esposa se había acostado, me dijo. Le pregunté:

—¿Cómo está? Parecía un tanto preocupada la última vez que la vi.

Rio.

—Pero pedazo de idiota, ¿no estás enterado? Me divorcié de Numantina hace un mes, o más. ¡Cuando hablé de mi esposa me refería a la nueva, Apronia, hija del hombre que le dio a Tacfarinas una tunda recientemente!

Me disculpé y dije que, según parecía, tenía que ofrecer además mis felicitaciones.

—¿Pero por qué te divorciaste de Numantina? Creí que te llevabas muy bien con ella.

—En efecto. Pero, para decirte la verdad, últimamente me he visto en un aprieto con las deudas. Hace unos años tuve mala suerte como magistrado subalterno. Ya sabes cuánto se espera que gaste uno de su bolsillo en los Juegos. Bien, para empezar, gasté más de lo que podía permitirme, y además tuve muy mala suerte, si te acuerdas. En dos ocasiones se cometió un error de procedimiento a mitad de los Juegos, y tuve que comenzarlo todo al día siguiente. La primera vez fue por mi culpa: utilicé una forma de oración que había sido alterada por un reglamento dos años antes. Después un trompetero que tocaba una larga llamada no aspiró bastante profundamente: se interrumpió y eso bastó para liquidar el asunto por segunda vez. De modo que tuve que pagar a los conductores de cuadrigas y a los espadachines tres veces. Desde entonces no he podido liquidar las deudas. Al cabo me vi obligado a hacer algo, porque mis acreedores se estaban poniendo molestos. La dote de Numantina se había terminado mucho tiempo antes, pero conseguí arreglar las cosas con su tío. Él la ha aceptado sin la devolución de la dote, a condición de que le permita adoptar a nuestro hijo menor. Quiere un heredero y se ha encariñado con el chico. Y Apronia es muy rica, de manera que ahora estoy bien. Claro que a Numantina no le gustó abandonarme. Tuve que decirle que lo hacía

porque había recibido una insinuación de Cierto Amigo de Cierto Personaje en el sentido de que si no me casaba con Apronia, sería acusado de blasfemia contra Augusto. El otro día uno de mis esclavos tropezó y dejó caer un tazón de alabastro, lleno de vino, en mitad del vestíbulo. Yo llevaba una fusta de montar, y cuando oí el ruido corrí hacia el individuo y casi se la incrusté en el cuerpo. Estaba ciego de furia. El esclavo me dijo: «¡Cuidado, amo, mira dónde estamos!». El animal tenía un pie en el sagrado cuadrado de mármol blanco que rodea la estatua de Augusto. Dejé caer la fusta de inmediato, pero media docena de libertos deben de haberme visto. Estoy seguro de que no me delatarán, pero Numantina estaba tan preocupada por el incidente, que lo usé para reconciliarla con la idea del divorcio. De paso, esto es absolutamente confidencial. Confío en que no se lo transmitirás a Urgulanila. No tengo inconveniente en decirte que se siente muy molesta por el asunto de Numantina.

—Ahora no la veo nunca.

—Bueno, si la ves, ¿no le dirás lo que te he contado? Jura que no se lo dirás.

—Lo juro por el dios Augusto.

—Eso me basta. ¿Te acuerdas del dormitorio que usaste la última vez que estuviste aquí?

—Sí, gracias. Si estás ocupado, me iré a acostar ahora mismo. He tenido hoy un largo viaje, además de problemas en mi casa. Mi madre prácticamente me ha expulsado.

De modo que nos deseamos las buenas noches y me fui arriba. Un liberto me dio una lámpara, lanzándome una mirada extraña, y yo entré en el dormitorio que se encontraba en el corredor, casi enfrente del de Plaucio, y después de encerrarme empecé a desnudarme. La cama estaba detrás de un cortinaje. Me quité la ropa y me lavé las manos y los pies en el pequeño lavabo del otro extremo de la habitación. De pronto oí unos pasos a mi espalda y la lámpara se apagó. Me dije: «Estás listo, Claudio. He aquí alguien con una daga». Pero en voz alta dije, con tanta serenidad como me fue posible:

—Por favor, enciende la lámpara, seas quien fueres, a ver si podemos conversar con tranquilidad. Y si decides matarme, podrás ver mejor con la lámpara encendida que sin ella.

—Quédate donde estás —contestó una voz profunda.

Hubo unos ruidos de pasos y un gruñido, y el sonido de alguien que se vestía, y después el del pedernal y el acero que chocaban, y al cabo la lámpara volvió a quedar encendida. Era Urgulanila. Yo no la había visto desde el funeral de Drusilo, y no se había puesto más hermosa con los cinco años transcurridos. Estaba más robusta que nunca, colosalmente

robusta, y con el rostro abotargado. En ese Hércules femenino había bastantes energías como para dominar a mil Claudios. Yo tengo bastante fuerza en los brazos, pero ella no tenía más que echárseme encima para aplastarme.

Se me acercó y me dijo con lentitud:

—¿Qué haces en mi dormitorio?

Me expliqué lo mejor que pude, y dije que se trataba de una broma pesada de Plaucio, que me había enviado a una alcoba sin decirme que ella estaba allí. Sentía un gran respeto por ella, le dije, y me disculpaba sinceramente por mi intrusión. Me iría en el acto a dormir en un diván de los Baños.

—¡No, mi querido, aquí te quedas! No es muy frecuente que pueda gozar del placer de la compañía de mi esposo. Por favor, entiende que una vez que estás aquí no puedes escaparte. Voy a leer un libro hasta que me venga el sueño. Hace noches que no puedo dormir bien.

—¡Lo siento mucho si te he despertado!

—Métete en la cama.

—Lamento mucho lo del divorcio de Numantina. No sabía nada de eso hasta que un liberto me lo dijo, hace un momento.

—Métete en la cama y deja de hablar.

—Buenas noches, Urgulanila. Te juro que estoy muy…

—Cállate.

Se acercó y corrió el cortinaje.

Aunque estaba muerto de cansancio y apenas podía mantener los ojos abiertos, hice lo posible por mantenerme despierto. Estaba convencido de que Urgulanila esperaría a que me durmiese, y luego me estrangularía. Entretanto leía, en voz alta y lentamente, de un libro aburridísimo, una historia de amor griega, del tipo más estúpido, haciendo crujir las páginas y deletreando cada sílaba en un ronco susurro: «*Oh, erudito, —dijo ella— has probado ahora la miel y la hiel. ¡Ten cui·da·do de que la dul·zura de tu pla·cer no se con·vierta ma·ña·na en la a·mar·gu·ra del arrepen·ti·miento! —¡Bah!, re·pliqué, que·ri·da mía, estoy dis·puesto, si me das otro be·so como el úl·ti·mo, a que me asen a fue·go len-to como un po·llo o un pa·to* ».

Rio y luego dijo en voz alta:

—Duérmete, esposo; quiero oírte roncar.

—Entonces no deberías leer cosas tan excitantes —protesté.

Al cabo de un rato oí que Plaucio se acostaba. «Oh cielos —pensé—. Dentro de unos minutos se quedará dormido, y con dos puertas entre nosotros no escuchará mis gritos cuando Urgulanila me estrangule».

Ésta dejó de leer y no tuve ya sus cuchicheos ni los crujidos del papel para ayudarme a luchar contra mi somnolencia. Sentí que me quedaba dormido. Supe que estaba dormido y que tenía que despertarme. Luché frenéticamente por despertar. Al cabo lo logré. Hubo un golpe sordo y un susurro de papeles. El libro había caído al suelo. La lámpara estaba apagada; en la habitación había una fuerte corriente de aire. La puerta debía de estar abierta. Escuché con atención durante unos tres minutos. Era indudable que Urgulanila no se encontraba en la habitación.

Mientras trataba de decidir qué debía hacer, escuché el aullido más espantoso, y me pareció que resonaba muy cerca. Una mujer gritaba:

—¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡La culpa la tiene Numantina! ¡Oh! ¡Oh!

Luego se oyó el golpe de la caída de un objeto metálico pesado, vidrios que se quebraban, otro grito, un golpe distante, pasos apresurados por el corredor. Alguien estaba de nuevo en mi habitación. La puerta se cerró con suavidad. Reconocí la respiración jadeante de Urgulanila. Oí que se quitaba las ropas y las dejaba en una silla, y pronto estuvo acostada junto a mí. Fingí estar dormido. Ella me buscó la garganta en la oscuridad. Dije, como despierto a medias:

—No me hagas eso, querida; me da cosquillas. Y mañana tengo que ir a Roma, a comprar unos cosméticos para ti. —Luego, con voz de estar más despierto:

—Ah, Urgulanila. ¿Eres tú? ¿Qué es todo ese ruido? ¿Qué hora es? ¿Hace mucho que duermo?

—No sé —respondió ella—. Debo de haber estado durmiendo tres horas. Falta muy poco para el alba. Parece que ha sucedido algo espantoso. Vamos a ver.

Nos levantamos y nos vestimos deprisa y abrimos la puerta. Plaucio, desnudo salvo por una colcha envuelta apresuradamente en torno al cuerpo, estaba en el centro de un excitado grupo provisto de antorchas. Parecía frenético y decía constantemente:

—Yo no lo hice. Estaba dormido. Sentí que me la arrancaban de entre los brazos y la llevaban por el aire, pidiendo auxilio. Luego un golpe de algo que cae y otro ruido, y pasó por la ventana. Estaba oscurísimo. Ella gritó: «¡Perdóname! ¡La culpa la tiene Numantina!».

—Díselo a los jueces —dijo el hermano de Apronia acercándose a grandes zancadas—, a ver si ellos te creen. La has matado. Tiene el cráneo hundido.

—Yo no fui —dijo Plaucio—. ¿Cómo habría podido hacerlo? Estaba dormido. Fue obra de brujería. Numantina es una bruja.

Al alba el padre de Apronia lo llevó ante el emperador. Tiberio lo interrogó con severidad. Dijo que mientras dormía ella se había arrancado de entre sus brazos y saltado a través de la habitación, chillando, para lanzarse por la ventana al patio de abajo. Tiberio hizo que Plaucio lo acompañara a la escena del asesinato. Lo primero que vio en el dormitorio fue su propio regalo de bodas a Plaucio, un hermoso candelabro egipcio, de bronce y oro, tomado de la tumba de una reina, que ahora se encontraba en el suelo, roto. Levantó la vista y vio que había sido arrancado del cielo raso. Dijo:

—Ella se aferró a eso y lo quebró. Alguien la llevaba a hombros hacia la ventana. ¡Y mira qué alto está el agujero en la ventana! La tiraron, no saltó.

—Fue brujería —dijo Plaucio—. Un poder invisible la transportó por el aire. Gritó y acusó a mi ex esposa Numantina.

Tiberio se burló. Los amigos de Plaucio se dieron cuenta de que sería condenado por asesinato y ejecutado, y que le confiscarían sus propiedades. Entonces su abuela Urgulania le envió una daga, diciéndole que pensara en sus herederos, a quienes se les permitiría quedarse con la propiedad si él se anticipaba al veredicto suicidándose de inmediato. Él era un cobarde y no se atrevió a clavarse la daga. Finalmente se metió en un baño caliente y le dijo a un cirujano que le abriese las venas; se desangró lentamente y sin dolor. Su muerte me apenó mucho. No acusé enseguida a Urgulanila del asesinato ya que me habrían preguntado por qué, cuando escuché los primeros gritos, no corrí a auxiliar a Apronia. Decidí esperar hasta después del juicio y presentarme sólo si parecían existir probabilidades de que Plaucio fuese condenado. No supe lo de la daga hasta que fue demasiado tarde. Me consolé con el pensamiento de que había tratado a Numantina con suma crueldad, y que, además de eso, fue un mal amigo para mí. Para vindicar el recuerdo de Plaucio, un hermano presentó contra Numantina la acusación de que había enloquecido a Plaucio con artes de brujería. Pero intervino Tiberio y afirmó estar convencido de que en el momento del crimen Plaucio se encontraba en plena posesión de sus facultades. Numantina fue absuelta.

Urgulanila y yo no volvimos a intercambiar palabra. Pero un mes más tarde Seyano me hizo una visita por sorpresa, una vez que pasaba por Capua. Se encontraba en compañía de Tiberio, rumbo a Capri, una isla cercana a Nápoles, donde Tiberio poseía doce casas de campo y a donde iba con frecuencia para divertirse. Seyano me dijo:

—Ahora podrás divorciarte de Urgulanila. Dentro de cinco meses tendrá un hijo, según me han informado mis agentes. Tienes que agradecerme eso. Conozco la obsesión de Urgulanila respecto de Numantina. Yo conocí por casualidad a un joven esclavo, un griego, que podría ser el hermano gemelo de Numantina. Se lo regalé a Urgulanila y ella se enamoró de él en el acto. Se llama Boter.

¿Y qué otra cosa podía hacer yo, aparte de agradecérselo?

—¿Y quién será mi nueva esposa?

—¿Recuerdas nuestra conversación? Bueno, la mujer que tengo para ti es mi hermana adoptiva. Elia. Tú la conoces, por supuesto.

La conocía, pero oculté mi desilusión y sólo pregunté si una persona tan joven, hermosa e inteligente se conformaría con casarse con un tonto viejo, cojo, enfermo y tartamudo como yo.

—Oh —respondió con brutalidad—, no le importará. Se casará con el sobrino de Tiberio y el tío de Nerón, y eso es lo que quiere. No te imagines que está enamorada de ti. Quizá se avenga a tener un hijo contigo, por el linaje, pero en cuanto a sentimientos…

—En rigor, aparte del honor de convertirme en tu cuñado, tanto daría que no me divorciara de Urgulanila, ya que eso no mejorará en nada mi vida, ¿verdad?

—Oh, ya te las arreglarás —rio él—. Aquí no haces una vida muy solitaria, según veo por el aspecto de la habitación. Seguro que por aquí anda una hermosa mujer. Guantes, un espejito de mano, un bastidor de bordar, esa caja de dulces, flores cuidadosamente dispuestas. Es probable que tenga sus propios amigos, aunque no quiero meterme en sus asuntos.

—Está bien —dije—, lo haré.

—No pareces estar muy agradecido.

—No se trata de ingratitud. Te has tomado grandes molestias por mí, y no sé cómo agradecértelo. Sólo me sentía un poco nervioso. Por lo que sé de Elia, tiene tendencia a criticarlo todo, ¿entiendes lo que quiero decirte?

Estalló en carcajadas.

—Tiene una lengua afilada como un cuchillo. Pero sin duda ya estarás acostumbrado a que te regañen. Tu madre te debe de haber acostumbrado, ¿no es así?

—Todavía tengo la piel un poco sensible —respondí—, en algunas partes.

—Bueno, no puedo quedarme más tiempo, mi querido Claudio. Tiberio se estará preguntando dónde me he metido. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, y te quedo muy agradecido.

—Oh, de paso, fue Urgulanila, ¿no es cierto?, quien mató a la pobre Apronia. Yo esperaba una tragedia, y no me sorprendió. Urgulanila había recibido una carta de Numantina, pidiéndole que la vengase. Tienes que saber que no fue Numantina quien escribió la carta.

—No sé nada. En ese momento dormía.

—¿Cómo Plaucio?

—Más profundamente aún que él.

—¡Eres un tipo sensato! Bien, adiós, Claudio.

—Adiós, Elio Seyano. —Se alejó.

Me divorcié de Urgulanila, después de escribirle a mi madre pidiéndole permiso. Livia escribió que el niño debía ser abandonado en cuanto naciera; ése era su deseo y el de Urgulanila.

Envié a un liberto digno de confianza a ver a Urgulanila en Herculano, para informarle de las órdenes que se me habían dado, advirtiéndole que si quería que el niño viviera tenía que cambiarlo, en cuanto naciera, por uno muerto. Yo necesitaba presentar algún niño, siempre que no hubiese muerto hacía mucho tiempo. De modo que el niño fue salvado de ese modo, y más tarde Urgulanila lo recuperó de manos de sus padres adoptivos, de los que había obtenido el niño muerto. No sé qué fue de Boter, pero su hijo, que era una niña, creció y se convirtió en la imagen viviente de Numantina, según me dicen. Urgulanila murió hace muchos años. Cuando murió tuvieron que derribar una pared para sacar de la casa su enorme cadáver; y era un cuerpo macizo; no había nada hinchado en él. En su testamento me rindió un curioso tributo: «No me importa lo que diga la gente, pero Claudio no es un tonto». Me dejó una colección de joyas griegas, unos bordados persas y su retrato de Numantina.



XXIV



AÑO 25 d. de C.

Ahora Tiberio y Livia no se reunían nunca. Esta lo había ofendido al dedicar una estatua a Augusto en nombre de ambos, poniendo primero el suyo propio. Él se vengó haciendo lo único que ella ni siquiera podía fingir que perdonaba. Cuando fueron a verlo embajadores de España para pedirle que les permitiese erigir un templo consagrado a él y a su madre, se negó en nombre de los dos. Le dijo al Senado que en un momento de debilidad había permitido la dedicación en Asia de un templo al Senado y a su jefe (es decir, él mismo) como símbolo del gobierno paternal de Roma. El nombre de su madre también aparecía en la inscripción dedicatoria, como Suma Sacerdotisa del culto de Augusto. Pero aceptar su deificación y la de su madre habría sido llevar las cosas demasiado lejos.

«Por mi parte, señores, el hecho de que sea un hombre mortal, de que esté atado por ligaduras de naturaleza humana y de que cumpla a satisfacción nuestras principales funciones —si las cumplo—, me es suficiente; lo prometo solemnemente. Así quiero que me recuerde la posteridad. Si la posteridad cree que he sido digno de mis antepasados, cuidadoso de vuestros intereses, impávido ante los peligros y, en defensa de los intereses comunes, valiente ante los enemigos personales, ello será bastante para recordarme. La cariñosa gratitud del Senado y el pueblo de Roma, y de todos nuestros aliados, es el templo más hermoso que se me pueda erigir, un templo, no de mármol, sino más duradero que el mármol, un templo del corazón. Cuando los seres santificados a quienes han sido levantados caen en el descrédito, los templos de mármol son despreciados como simples sepulcros. Por lo tanto pido al Cielo que me conceda, hasta el fin de mis días, un espíritu sereno y el poder de un claro discernimiento en todos los deberes, humanos o sagrados. Y por lo tanto imploro también a todos nuestros conciudadanos y aliados que cuando la disolución haga presa de este mi cuerpo mortal, celebren mi vida y mis actos (si los consideran dignos de ello) con un agradecimiento y alabanza interiores, y no con pompas externas y construcción de templos y sacrificios anuales. El verdadero amor que Roma sintió por mi padre Augusto cuando éste vivía entre nosotros como un hombre queda oscurecido por el respeto que su divinidad inspira en las personas de mentalidad religiosa y por el empleo indiscriminado de su nombre como juramento en la plaza del Mercado. Y ya que estamos en el tema, señores, propongo que en adelante sea un delito criminal utilizar el sagrado nombre de Augusto fuera de las ocasiones más solemnes, y que pongamos esa ley en vigor con suma energía». Ninguna mención de los sentimientos de Livia al respecto. Y el día anterior se había negado a nombrar a uno de sus candidatos a un puesto de juez, si no le permitía acompañar el nombramiento con la siguiente calificación: «Esta persona ha sido elegida por mi madre, Livia Augusta, a cuyas peticiones interesadas me he visto obligado a ceder, a pesar de que mis conocimientos de su carácter y capacidad me indicaban lo contrario».

Poco después de esto Livia invitó a todas las damas de la nobleza de Roma a un día de diversiones. Había juglares y acróbatas, y recitados de poetas y maravillosos pasteles y dulces y licores. Para terminar Livia ofreció una lectura de las cartas de Augusto. Tenía ahora ochenta y tres años de edad y su voz era débil y silbaba un poco en las eses, pero durante una hora y media mantuvo hechizadas a sus oyentes. Las primeras cartas que leyó contenían proclamas sobre cuestiones de política, todas las cuales parecían especialmente escritas como advertencias contra el actual estado de cosas de Roma. Había algunas observaciones muy al caso relacionadas con juicios por traición, incluso el siguiente párrafo:

Si bien me he visto obligado a protegerme legalmente contra todo tipo de libelos, me esforzaré al máximo, querida Livia, por no montar un espectáculo tan desagradable como un juicio por traición contra cualquier tonto historiador, caricaturista o compositor de epigramas

que quiera convertirme en blanco de su ingenio o su elocuencia. Mi padre Julio César perdonó al poeta Cátulo los más sucios pasquines que se puede imaginar. Escribió a Cátulo que si trataba de demostrar que no era un adulón servil como la mayoría de sus colegas, ya lo había demostrado a fondo, y que ahora podía dedicarse a otros temas más poéticos que las anormalidades sexuales de un estadista de mediana edad. ¿Querría cenar con él al día siguiente y llevar consigo a cualquier amigo que se le ocurriera? Cátulo aceptó y desde entonces fueron amigos. Usar la majestad de la ley para vengar algún pequeño acto de resentimiento personal es hacer una confesión pública de cobardía, debilidad y espíritu innoble.

Había un párrafo notable acerca de los delatores:

Salvo cuando estoy convencido de que un delator no espera beneficiarse directa o indirectamente con sus acusaciones, sino que las presenta por un sentido de verdadero patriotismo y decencia pública, no sólo las considero sin importancia como prueba, sino que pongo una marca de oprobio al lado del nombre del delator y nunca más vuelvo a emplearlo en puesto alguno de confianza...

Y para terminar leyó una serie de cartas sumamente esclarecedoras. Tenía decenas de miles de cartas de Augusto, escritas a lo largo de cincuenta y dos años, que había encuadernado en forma de libro, con un índice. De entre esos millares de cartas eligió las más condenatorias que pudo encontrar. La serie comenzaba con una queja contra la desagradable conducta de Tiberio de niño, su impopularidad entre sus condiscípulos luego, su avaricia y altanería de joven, etcétera; daban señales de creciente irritación y aparecía en ellas, con frecuencia, la frase: «y si no fuera porque es tu hijo, queridísima Livia, diría.». Luego venían quejas contra su brutal severidad para con las tropas a sus órdenes (casi un acicate para el motín) y contra su demora en atacar al enemigo, con desfavorables comparaciones entre sus métodos y los de mi padre. Después una colérica negativa a considerarlo su yerno y una detallada lista de sus defectos morales. Después había más cartas relativas a la dolorosa historia de Julia, escritas en su mayor parte en términos de odio y repugnancia casi demenciales hacia Tiberio. Leyó una importante carta escrita en ocasión del regreso de Tiberio de Rodas:

Queridísima Livia:

Aprovecho el cuadragésimo segundo aniversario de nuestro casamiento para agradecerte con todo el corazón los extraordinarios servicios que has prestado al Estado desde que unimos nuestras fuerzas. Si a mí se me llama Padre de la Patria, me parece absurdo que no te llamen a ti Madre de la Patria. Juro que has hecho el doble que yo en nuestra gran obra de reconstrucción pública. ¿Por qué me pides que espere unos años más antes de solicitarle al Senado que te vote ese honor? La única manera en que puedo demostrar mi absoluta confianza en tu desinteresada lealtad y profundísimo juicio es la de ceder por fin a tus

repetidos ruegos de que llame a Tiberio, un hombre por cuyo carácter confieso que continúo sintiendo la mayor repugnancia, y ruego al Cielo que al ceder ahora no esté infligiendo un daño irreparable a la nación.

La última carta elegida por Livia era una escrita un año antes de la muerte de Augusto:

He tenido una repentina sensación de la más profunda pena y desesperación, mi queridísima esposa, cuando analizaba ayer la política del Estado con Tiberio; pensé que el pueblo de Roma estaba destinado a ser contemplado por esos furiosos ojos saltones y golpeado por ese puño huesudo y mascado por esas mandíbulas espantosamente lentas y pisoteado por sus enormes pies. Pero no contaba contigo ni con nuestro querido Germánico. Si no creyese que, cuando yo muera, él será orientado por ti en todos los asuntos de Estado y por el ejemplo de Germánico en una semblanza por lo menos de vida decente, juro que ahora mismo lo desheredaría y pediría al Senado que le anulase todos los títulos de honor. Ese hombre es un animal, y necesita guardianes.

Cuando terminó de leer se puso de pie y dijo: «Quizá, señoras, será mejor que no digáis nada a vuestros respectivos esposos en cuanto a estas singulares cartas. En rigor no me di cuenta, cuando empecé a leer, de lo singulares que eran. No os pido esto por mí, sino por el imperio».

Tiberio se enteró de todo por Seyano, en el momento en que estaba a punto de ocupar su puesto en el Senado, y se sintió abrumado de vergüenza, ira y alarma. Daba la casualidad de que esa tarde tenía que escuchar una acusación de traición presentada contra Léntulo, uno de los pontífices, que había incurrido en sus sospechas en el asunto de la oración por Nerón y Druso, y también porque votó por la atenuación de la sentencia contra Sosia. Cuando Léntulo, un anciano sencillo, igualmente distinguido por su nacimiento, sus victorias en África durante el reinado de Augusto y su sincera bondad —su apodo era «El Cordero Manso»—, se enteró de que se le acusaba de conspirar contra el Estado, estalló en carcajadas. Tiberio, frenético, perdió todo dominio de sí mismo y dijo, casi llorando, en el Senado:

—Si también Léntulo me odia, soy indigno de seguir viviendo.

—Anímate, Majestad —contestó Galo—. Perdón, había olvidado que te disgusta el título. Tendría que decir: ¡Anímate, Tiberio César! Léntulo no se reía de ti, se reía contigo. Se regocijaba contigo de que por primera vez se presentase ante el Senado una acusación de traición absolutamente infundada.

La acusación contra Léntulo fue anulada. Pero Tiberio ya había sido la causa de la muerte del padre de Léntulo. Era inmensamente rico, y se había sentido tan asustado por las sospechas de Tiberio, que se suicidó, y como prueba de su lealtad le dejó toda su fortuna. Después de eso Tiberio no pudo creer que Léntulo, que había quedado arruinado, no abrigase resentimiento alguno hacia él.

Tiberio no volvió a aparecer por el Senado durante dos meses. No podía mirar a los senadores a la cara sin pensar que sus esposas habían escuchado la lectura de las cartas de Augusto. Seyano le sugirió que sería bueno para su salud que saliera de Roma por un tiempo y se alojara a unos kilómetros de distancia, en una de sus casas de campo, donde escaparía del cotidiano apiñamiento de los visitantes de palacio y del ruido y ajetreo de la ciudad. Siguió el consejo. Las medidas que tomó contra su madre consistieron en jubilarla, omitir su nombre en todos los documentos públicos, anular los acostumbrados honores que se le rendían por su cumpleaños y dejar claramente establecido que toda vinculación de su nombre con el de él o toda alabanza de ella en el Senado serían consideradas como poco menos que una traición. No se atrevió a tomarse una venganza más activa. Sabía que ella aún tenía en su poder la carta que le había escrito desde Rodas prometiéndole obedecerla toda la vida, y que era muy capaz de leerla, aunque pudiese incriminarla como asesina de Cayo y Lucio.

Pero la maravillosa anciana no estaba derrotada aún, como se verá. Un día recibí una nota suya: «Livia Augusta espera que su querido nieto Tiberio Claudio la visite y cene con ella en ocasión de su cumpleaños. Abriga la esperanza de que goce de buena salud». No pude entenderlo. ¡Yo su querido nieto! ¡Tiernas averiguaciones sobre mi salud! No supe si reír o temer. En mi vida se me había permitido visitarla por su cumpleaños. Nunca había cenado con ella. Durante diez años no le había hablado, salvo durante las ceremonias del festival de Augusto. ¿Qué motivos podía tener ahora? Bueno, lo sabría dentro de tres días, y entretanto tenía que comprarle un regalo realmente magnífico. Al cabo le compré algo que tenía la seguridad de que apreciaría: un vaso de bronce, para vino, de graciosas formas, con asas que figuraban cabezas de serpientes y un complicado diseño de taracea de oro y plata. En mi opinión era de una artesanía mucho más delicada que cualquiera de los vasos corintios por los cuales los coleccionistas pagan hoy día precios tan absurdos. ¡Era de la China! En el centro del diseño estaba incrustada una medalla de oro de Augusto, que quién sabe cómo había llegado hasta ese maravilloso y distante país. El vaso me costó quinientas piezas de oro, aunque no tenía más que ochenta centímetros de alto.

Pero antes de que hable de mi visita y de mi larga entrevista con ella, debo aclarar un punto acerca del cual les he inducido a error. De mis relatos de los juicios por traición y de similares atrocidades se deducirá probablemente que bajo Tiberio el imperio estaba muy mal gobernado en todas sus secciones. En modo alguno. Si bien no emprendió ninguna nueva obra pública digna de mención, y se conformó apenas con completar las iniciadas por Augusto, mantuvo al ejército y la flota en un alto nivel de eficiencia y a la altura de las necesidades, pagó a sus funcionarios con regularidad y les hizo enviar informes detallados cuatro veces por año, estimuló el comercio, aseguró a Italia un abastecimiento regular de cereales, mantuvo en funcionamiento los caminos y acueductos, limitó la extravagancia pública y privada de distintos modos, estabilizó los precios de los alimentos, reprimió la

piratería y el bandidaje, y acumuló una considerable reserva de fondos públicos para el caso de alguna emergencia nacional. Mantuvo a sus gobernadores provinciales en el puesto durante muchos años seguidos —cuando eran competentes— a fin de no trastornar las cosas, si bien los vigiló atentamente. Un gobernador, para demostrar su eficiencia y lealtad, envió a Tiberio más tributos de los fijados. Tiberio lo censuró: «Quiero que mis ovejas sean esquiladas, no afeitadas». Como resultado hubo muy pocas guerras de frontera después de que el problema germano fuera solucionado con la llegada de Maroboduo a Roma y la muerte de Hermann. Tacfarinas era el principal enemigo. Durante mucho tiempo se le conoció con el apodo de «Donante de laureles» porque tres generales —mi amigo Furio, Apronio, el padre de Apronia, y Bleso, el tío materno de Seyano— lo derrotaron por turno y recibieron ornamentos triunfales. Bleso, que dispersó el ejército de Tacfarinas y capturó a su hermano, recibió el extraordinario honor de ser nombrado mariscal de campo, honor que por lo general se reservaba para los miembros de la familia imperial. Tiberio dijo al Senado que se alegraba de honrar de esa manera a Bleso debido a su parentesco con su fiel amigo Seyano. Y cuando tres años después un cuarto general, Dolabela, puso fin a la guerra africana, que había vuelto a estallar con fuerzas redobladas, al derrotar y matar a Tacfarinas, sólo se le concedieron ornamentos triunfales, «no sea que los laureles de Bleso, tío de mi fiel amigo Seyano, pierdan su brillo».

AÑO 26 d. de C.

Pero estaba hablando de las buenas acciones de Tiberio, no de sus debilidades, y en verdad, desde el punto de vista del imperio en su conjunto, fue, durante sus doce últimos años, un gobernante sabio y justo. Eso nadie puede negarlo. La putrefacción en el corazón de la manzana —si se me perdona la metáfora— no aparecía en la piel ni desmejoraba el sabor de la pulpa. De cinco millones de ciudadanos romanos, apenas unos doscientos o trescientos sufrieron a causa de los celosos temores de Tiberio. Y no sé cuántas veintenas de millones más de esclavos, provincianos y aliados, súbditos sólo de nombre, se beneficiaron con el sistema imperial, tal como había sido perfeccionado por Augusto y Livia, y continuado en su tradición por Tiberio. Pero yo vivía en el corazón de la manzana, por decirlo así, y se me perdonará si escribo más acerca de la putrefacción central que acerca de la parte exterior, todavía intacta y fragante.

Una vez que te abandonas a una metáfora, Claudio, cosa que sucede muy rara vez, la llevas demasiado lejos. Sin duda recordarás las instrucciones de Atenodoro contra esas cosas. Bueno, llama gusano a Seyano y termina con eso. ¡Y vuelve a tu estilo habitualmente sencillo!

Seyano decidió utilizar la sensación de vergüenza de Tiberio como medio para mantenerlo alejado de la ciudad mucho tiempo más de dos meses. Instó a uno de sus oficiales de la guardia a acusar a un célebre gracioso llamado Montano de injuriar la personalidad de Tiberio. Si bien hasta entonces se había impedido a los acusadores que informasen

sobre todo lo que no fuese los insultos más generales contra Tiberio —altanería, crueldad, espíritu dominante—, ese soldado se presentó y acusó a Montano de libelos del tipo más especial y sustancial. Seyano cuidó de que los libelos fuesen tan veraces como repugnantes, aunque Montano, que no poseía el conocimiento de Seyano acerca de lo que sucedía en palacio, no había dicho nada de eso. El testigo, que era el mejor instructor de la guardia, repitió las supuestas obscenidades de Montano a voz en cuello, sin omitir las frases ni palabras más obscenas, y negándose a permitir que lo hiciesen callar las escandalizadas protestas de los senadores.

«He jurado decir toda la verdad —rugió—, y por el honor de Tiberio César no omitiré un solo artículo de la repugnante conversación del acusado, escuchada por mí en la fecha mencionada y en las circunstancias antedichas. El acusado declaró luego que nuestro gracioso emperador se está volviendo impotente debido a las presuntas orgías y a la ya mencionada utilización excesiva de medicinas afrodisíacas, y que a fin de aumentar su decreciente potencia sexual realiza cada tres días exhibiciones privadas, en una habitación subterránea de palacio, especialmente decorada para tal fin. El acusado declaró que los ejecutantes de tales exhibiciones —espintrianos, se los llama— entran brincando de a tres, completamente desnudos…»

Siguió en ese estilo durante media hora, y Tiberio no se atrevió a interrumpirlo —o quizá deseaba saber cuánto conocía— hasta que el testigo dijo una cosa de más (no interesa cuál). Tiberio, perdiendo los estribos, se puso de pie de un salto, con el rostro escarlata, y declaró que inmediatamente levantaría esos monstruosos cargos o establecería una investigación judicial. Seyano trató de calmarlo, pero Tiberio permaneció de pie, mirando furiosamente en torno, hasta que Galo se levantó y le recordó que el acusado era Montano, y no él; que su moral personal estaba más allá de toda sospecha, y que si la noticia de semejante investigación llegaba a las provincias de frontera y a los Estados aliados, se la entendería mal.

Poco después Tiberio fue advertido por Trásilo —no sé si esto se convino con Seyano— de que pronto saldría de la ciudad y de que volver a entrar significaría su muerte. Tiberio le dijo a Seyano que se trasladaría a Capri y dejaría que él se ocupase de los asuntos de Roma. Concurrió a otro juicio por traición, el de mi prima Claudia Pulcra, la viuda de Varo, que, ahora que Sosia había sido desterrada, era la amiga más íntima de Agripina. Fue acusada de adulterio, de prostituir a sus hijas y de hechicería contra Tiberio. Creo que era totalmente inocente de esas acusaciones. En cuanto Agripina se enteró, corrió a palacio y por casualidad encontró a Tiberio efectuando un sacrificio a Augusto. Casi antes de que terminara la ceremonia se acercó a él.

—Tiberio —le dijo—, ésta es una conducta ilógica. Sacrificas flamencos y pavos reales a Augusto, y persigues a sus nietos.

—No te entiendo —replicó él con lentitud—. ¿A qué nietos de Augusto perseguí que él mismo no hubiera perseguido?

—No hablo de Póstumo y Julila. Me refiero a mí. Desterraste a Sosia porque era mi amiga. Obligaste a Silio a matarse porque era mi amigo. Y a Calpurnio porque era mi amigo. Y ahora mi querida Pulcra también está condenada, aunque su único delito es su tonto cariño por mí. La gente comienza a esquivarme, dice que traigo mala suerte.

Tiberio la tomó de los hombros y dijo una vez más: «Y si tú no eres reina, querida, / ¿crees que has sido agraviada?».

Pulcra fue condenada y ejecutada. El fiscal de la Corona era un hombre llamado Afer, a quien se eligió por su elocuencia. Unos días después Agripina lo vio a la salida del teatro. Parecía avergonzado y trató de no mirarla. Ella se le acercó y le dijo:

—No hay motivos para que te ocultes de mí, Afer. —Luego citó a Homero, pero con alteraciones para que concordase con los hechos: la tranquilizadora respuesta de Aquiles a los turbados heraldos que le llevaron un humillante mensaje de Agamenón: «Os obligó. Aunque os pagó bien, / no fue cosa vuestra, sino de Agamenón».

De esto fue informado Tiberio (aunque no por Afer). La palabra «Agamenón» le causó nueva alarma.

Agripina enfermó y pensó que estaba siendo envenenada. Fue en su litera a palacio para hacer un último ruego de piedad a Tiberio. Estaba tan delgada y pálida, que Tiberio se sintió encantado: quizá muriera pronto.

—Mi pobre Agripina —dijo—, pareces gravemente enferma. ¿Qué te pasa?

—Puede ser que te haya ofendido —dijo ella con voz débil— al pensar que persigues a mis amigos nada más que porque lo son. Puede que sea poco afortunada en mi elección, o que mi juicio sea erróneo. Pero te juro que tú me has ofendido igualmente al pensar que tengo el menor sentimiento de deslealtad hacia ti, o alguna ambición de gobernar, directa o indirectamente. Lo único que pido es que me dejen tranquila, y tu perdón por cualquier daño que inintencionadamente te haya hecho, y…, y… —Terminó sollozando.

—¿Y qué más?

—¡Oh Tiberio, sé bueno con mis hijos! ¡Y sé bueno conmigo! Déjame volver a casarme. Me siento sola. Desde que murió Germánico no he podido olvidar mis penas. De noche no puedo dormir. Si me permites volver a casarme, perderé mi inquietud y me convertiré en una persona distinta, y quizás entonces dejarás de sospechar que conspiro contra ti.

Estoy segura de que crees que tengo malos sentimientos hacia ti sólo porque tengo un aspecto tan desdichado.

—¿Quién es el hombre con el cual quieres casarte?

—Un hombre bueno, generoso, carente de ambiciones, de edad más que mediana, y uno de tus ministros más leales.

—¿Cómo se llama?

—Galo. Dice que está dispuesto a casarse conmigo en el acto.

Tiberio giró sobre sus talones y salió de la habitación sin pronunciar una palabra más.

Unos días después la invitó a un banquete. Solía invitar con frecuencia a cenar a personas de quienes desconfiaba en especial, y las contemplaba durante toda la comida como si quisiera leerles los pensamientos más secretos, cosa que debilitaba la confianza de casi todos. Si se mostraban alarmados, él tomaba la alarma como una prueba de culpabilidad. Si le sostenían la mirada, lo consideraba una prueba de culpabilidad aún más grande y, además, de insolencia. En esa ocasión, Agripina, todavía enferma, no pudo comer, sin sentir náuseas, nada salvo los alimentos más livianos; continuamente observada por Tiberio, pasó un rato espantoso. No era una persona parlanchina, y la conversación, que se refería a los méritos relativos de la música y la filosofía, no le interesaba en lo más mínimo; le resultó imposible intervenir en ella. Fingió comer, pero Tiberio, que la vigilaba con atención, la vio dejar intacto plato tras plato. Pensó que sospechaba que quería envenenarla, y para probarlo eligió con cuidado una manzana de una fuente que tenía ante sí y dijo:

—Mi querida Agripina, no has comido gran cosa. Hace tres años el rey de Partia me regaló unos arbolitos jóvenes, y ésta es la primera vez que dan frutos.

Ahora bien, casi todos tenemos un «enemigo natural», si puedo decirlo así. Para algunas personas la miel es un veneno violento. Otros enferman con sólo tocar un caballo o entrar en un establo, o incluso al acostarse en un diván relleno de crin. Otros son afectados por la presencia de un gato, y al entrar en una habitación dicen a veces: «Perdón, aquí ha estado un gato, tendré que retirarme». Yo mismo siento una terrible repugnancia por el olor del espino blanco en flor. El enemigo natural de Agripina era la manzana. Aceptó el regalo de Tiberio y se lo agradeció, pero con un estremecimiento mal disimulado, y le dijo que se la guardaría, si podía, para comerla en su casa.

—Un solo bocado ahora, para que veas qué buena es.

—Por favor, perdóname, pero, de veras, no podría. —Entregó la manzana a un sirviente y le ordenó que se la envolviera con cuidado en una servilleta.

¿Por qué no la acusó Tiberio en seguida de traición como Seyano le instó a que hiciera? Porque Agripina se encontraba aún bajo la protección de Livia.



XXV



Y así llego a la narración de mi cena con Livia. Me recibió muy graciosamente, en apariencia complacida con mi regalo. Durante la cena, a la que sólo concurrieron la anciana Urgulania y Calígula, que ahora tenía catorce años —era un chico alto, pálido, de tez manchada y ojos hundidos—, me sorprendió con la agudeza de sus pensamientos y la claridad de su memoria. Me preguntó por mi trabajo, y cuando comencé a hablar de la primera guerra púnica y a censurar ciertos datos proporcionados por el poeta Nevio (había servido en esa guerra), convino con mis conclusiones, pero me sorprendió en una cita errónea. Dijo:

—Ahora me estarás agradecido, ¿no es cierto, nieto?, por no dejarte escribir la biografía de tu padre... ¿Piensas que estarías cenando hoy aquí, conmigo, si yo no hubiese intervenido?

Cada vez que el esclavo me llenaba la copa, yo la bebía de un trago, y después de beberme diez o doce, me sentía como un león. Le respondí con audacia:

—Te estoy muy agradecido, abuela, porque me encuentro a salvo entre los cartagineses y los etruscos. ¿Pero quieres decirme por qué ceno hoy aquí?

—Bien, admito que tu presencia a la mesa sigue causándome cierto desazón. Pero no importa. Si he roto una de mis reglas más antiguas, es cosa mía, no tuya. ¿Me odias, Claudio? Sé franco.

—Probablemente tanto como tú me odias a mí, abuela.

¿Era realmente mi voz la que hablaba?

Calígula ahogó una risita, Urgulania y Livia rieron.

—¡Franco, de veras! De paso, ¿has visto a ese monstruo? Ha estado muy callado durante toda la cena.

—¿Quién, abuela?

—Ese sobrino tuyo.

—¿Es un monstruo?

—No finjas que no lo sabes. Eres un monstruo, ¿no es cierto, Calígula?

—Lo que tú digas, abuela —respondió Calígula con la vista baja.

—Bien, Claudio, ese monstruo, tu sobrino…, te lo diré. Será el próximo emperador.

Pensé que era una broma. Respondí, sonriendo:

—Si tú lo dices, abuela, así será. ¿Pero cuáles son sus recomendaciones? Es el más joven de la familia, y si bien ha dado pruebas de un gran talento natural…

—¿Quieres decir que ninguno de ellos tiene probabilidades contra Seyano y tu hermana Livila?

Me asombró la sinceridad de la conversación.

—No quise decir nada de eso. Jamás me ocupo de alta política. Sólo quise decir que todavía es demasiado joven para ser emperador, y que como profecía me parece un tiro a ciegas.

—Nada de tiros a ciegas. Tiberio lo nombrará su sucesor. No cabe duda. ¿Por qué? Porque Tiberio es así. Tiene la misma vanidad que el pobre Augusto: no puede soportar la idea de un sucesor que sea más popular que él. Pero al mismo tiempo hace todo lo posible para que le odien y teman. Entonces, cuando sienta que le ha llegado el momento, buscará a alguien que sea un poco peor que él para reemplazarlo. Y encontrará a Calígula. Calígula ya ha llevado a cabo una acción que lo coloca en un rango mucho más elevado de criminalidad del que jamás pueda alcanzar Tiberio.

—Por favor, abuela… —rogó Calígula.

—Está bien, monstruo, tu secreto está seguro conmigo mientras te portes bien.

—¿Conoce Urgulania el secreto? —pregunté.

—No. Sólo el monstruo y yo.

—¿Te lo confesó voluntariamente?

—Por supuesto que no. No es de los que hacen confesiones. Yo lo descubrí por accidente. Una noche registraba su habitación para ver si intentaba alguna de sus tretas de escolar…, por ejemplo, si practicaba alguna magia negra de aficionado, o si destilaba venenos, o algo por el estilo. Y encontré…

—Por favor, abuela.

—Un objeto verde que me dijo muchas cosas interesantes. Pero se lo devolví.

—Trásilo me ha dicho que moriré este año —dijo Urgulania, sonriendo—, de modo que no tendré el placer de vivir bajo tu reinado, Calígula, ¡a menos que te des prisa y asesines a Tiberio!

Me volví hacia Livia.

—¿Quiere hacer eso, abuela?

—¿No hay peligro en decirle cosas al tío Claudio? —preguntó Calígula—. ¿O piensas envenenarlo?

—Oh, no hay peligro —respondió ella—, y no es necesario el veneno. Quiero que os conozcáis mejor que hasta ahora. Escucha, Calígula. Tu tío Claudio es un fenómeno. Es tan chapado a la antigua, que porque ha jurado amar y proteger a los hijos de su hermano podrás engañarlo siempre…, mientras vivas. Escucha, Claudio. Tu sobrino Calígula es un fenómeno. Es traicionero, cobarde, ambicioso, vano, embustero, y te

hará algunas malas pasadas antes de que haya terminado contigo. Pero acuérdate de una cosa: jamás te matará.

—¿Por qué? —inquirí, volviendo a vaciar mi copa. La conversación era como las que a veces sostiene uno en sueños: loca pero interesante.

—Porque eres el hombre que vengará su muerte.

—¿Yo? ¿Quién dijo eso?

—Trásilo.

—¿Trásilo nunca comete errores?

—No. Nunca. Calígula será asesinado y tú vengarás su muerte.

Se hizo de pronto un torvo silencio, que continuó hasta los postres, momento en que Livia dijo:

—Ven, Claudio, el resto de nuestra conversación será en privado. —Los otros dos se pusieron en pie y nos dejaron solos.

—Me pareció una conversación muy extraña, abuela —dije—. ¿Tuve yo la culpa? ¿He bebido demasiado? Quiero decir, hoy en día hay ciertos chistes que no son convenientes. Fueron unas bromas un tanto peligrosas. Espero que los criados…

—Oh, son sordomudos. No, no eches la culpa al vino. En el vino está la verdad, y la conversación fue perfectamente seria por lo que a mí respecta.

—Pero, pero si de veras piensas que es un monstruo, ¿por qué lo alientas? ¿Por qué no apoyas a Nerón? Es un buen muchacho.

—Porque el próximo emperador será Calígula, y no Nerón.

—Pero será un emperador malísimo, si es como tú dices. Y tú, que dedicaste toda tu vida al servicio de Roma.

—Sí. Pero no se puede luchar contra el Destino. Y ahora que Roma ha sido lo bastante desagradecida y loca como para permitir que el bribón de mi hijo me arrincone y me insulte. A mí, ¿te lo imaginas?, a la reina quizá más grande que haya conocido el mundo. Y por añadidura, su madre.

La voz se le hizo chillona. Yo me sentí ansioso por cambiar de tema. Dije:

—Por favor, cálmate, abuela. Como tú dices, no se puede luchar contra el Destino. ¿Pero no quieres decirme algo especial, abuela, algo relacionado con todo esto?

—Sí, se refiere a Trásilo. Lo consulto con frecuencia. Tiberio no sabe que lo hago, que Trásilo viene aquí a menudo. Hace años me dijo qué sucedería entre Tiberio y yo: que se rebelaría contra mi autoridad y tomaría todo el imperio en sus manos. Entonces no le creí. También me dijo otra cosa: que si bien moriría como una anciana desilusionada, sería reconocida como diosa muchos años después de mi muerte. Y antes me había dicho que la persona que debía morir en el año en que ahora sé que moriré llegaría a ser la deidad más grande que el mundo ha conocido, y que finalmente ningún templo, en Roma o en parte alguna del imperio, será dedicado a nadie más. Ni siquiera a Augusto.

—¿Cuándo tienes que morir?

—Dentro de tres años, en primavera. Hasta sé el día.

—¿Pero tienes tanta ansiedad por llegar a ser una diosa? Mi tío Tiberio no está tan ansioso, según parece.

—Sólo pienso en eso, ahora que ha terminado mi tarea. ¿Y por qué no? Si Augusto es un dios, es absurdo que yo no sea más que su sacerdotisa. Yo hice todo el trabajo, ¿no es así? Él tenía tanta madera de gran gobernante como Tiberio.

—Sí, abuela, ¿pero no te basta con saber todo lo que has hecho, sin necesidad de ser adorada por una chusma ignorante?

—Claudio, déjame que te explique. Estoy de acuerdo en eso de la chusma ignorante. No pienso tanto en mi fama en la tierra como en el lugar que ocuparé en el Cielo. He hecho muchas cosas impías, ningún gran gobernante puede dejar de hacerlas. He puesto el bien del imperio por delante de todas las demás consideraciones. Para mantener al imperio libre de facciones tuve que cometer muchos crímenes. Augusto hizo lo posible por destrozarlo con sus ridículos favoritismos: Marcelo contra Agripa, Cayo contra Tiberio. ¿Quién salvó a Roma de una nueva guerra civil? Yo. La desagradable y dificultosa tarea de eliminar a Marcelo y a Cayo recayó sobre mí. Sí, no finjas que nunca sospechaste que yo los había envenenado. ¿Y cuál es la recompensa adecuada para un gobernante que comete tales crímenes en bien de sus súbditos? Es evidente que la recompensa adecuada es la de ser deificado. ¿Crees que las almas de los criminales son eternamente atormentadas?

—Siempre se me ha enseñado a creer que lo son.

—¿Pero los Dioses Inmortales están libres de todo temor de castigo, por muchos crímenes que hayan cometido?

—Bueno, Júpiter depuso a su padre y mató a uno de sus nietos y se casó incestuosamente con su hermana y, sí, estoy de acuerdo. Ninguno de ellos tiene una buena reputación moral. Y por supuesto los Jueces de los Mortales Muertos no tienen jurisdicción sobre ellos.

—Exactamente. Ya ves lo importante que es para mí llegar a ser una diosa. Y ésa, si quieres saberlo, es la razón de que tolere a Calígula. Ha jurado que, si mantengo su secreto, me convertirá en diosa en cuanto sea emperador. Y quiero que tú jures que harás todo lo posible para que yo llegue a ser diosa lo antes que puedas, porque —oh, ¿no te das cuenta?— hasta que él me haga diosa estaré en el infierno, sufriendo las torturas más espantosas, los tormentos más exquisitos e ineluctables.

El repentino cambio de su voz, de la fría arrogancia imperial a la aterrorizada súplica, me asombró más de lo que hubiese escuchado hasta ese momento. Tenía que decir algo, de modo que dije:

—No entiendo qué influencia podrá llegar a tener alguna vez el pobre tío Claudio sobre el emperador o sobre el Senado.

—¡Lo que entiendas o no entiendas no tiene importancia, idiota! ¿Quieres jurar que harás lo que te pido? ¿Quieres jurar por tu propia cabeza?

—Abuela —respondí—, juraré por mi cabeza (por lo que pueda valer ahora), con una condición.

—¿Te atreves a imponerme condiciones a mí?

—Sí, después de la vigésima copa. Y es una condición muy sencilla. Después de treinta y seis años de mostrarme aversión y de no prestarme atención alguna, no querrás que haga algo por ti sin presentarte condiciones, ¿verdad?

Sonrió.

—¿Y cuál es esa sencilla condición?

—Hay muchas cosas que me gustaría saber. Quiero saber, en primer lugar, quién mató a mi padre, y quién mató a Agripa, y quién mató a mi hermano Germánico, y quién mató a mi hijo Drusilo…

—¿Por qué quieres saber todo eso? ¿Por alguna imbécil esperanza de vengar en mí esas muertes?

—No, ni siquiera aunque la asesina fueses tú. Nunca me tomo venganza, a menos de que me vea obligado a hacerlo por un juramento, o para protegerme. Creo que la maldad lleva su propio castigo. Lo único que deseo es saber la verdad. Soy un historiador profesional y lo único que realmente me interesa es descubrir cómo suceden las cosas y por qué.

Por ejemplo, escribo historias más para informarme a mí mismo que para informar a mis lectores.

—Veo que el viejo Atenodoro ha ejercido una gran influencia sobre ti.

—Fue bondadoso conmigo, y yo se lo agradecí, de modo que me convertí en un estoico. Nunca me metí en discusiones filosóficas (eso jamás me atrajo), pero adopté la forma estoica de ver las cosas. Puedes confiar en que no repetiré una palabra de lo que me digas.

La convencí de que hablaba en serio, y así, durante cuatro horas, o más, le formulé las preguntas más penetrantes. Y contestó a cada una de las preguntas sin evasivas, con tanta serenidad como si hubiese sido un administrador de campo relatando al dueño de visita las bajas habidas entre los animales. Sí, envenenó a mi abuelo; no, no envenenó a mi padre, a pesar de las sospechas de Tiberio: murió de gangrena natural. Sí, envenenó a Augusto untando de veneno los higos cuando estaban aún en el árbol. Y me contó toda la historia de Julia, tal como la he narrado, y toda la historia de Póstumo —pude confirmar los detalles—. Y sí, había envenenado a Agripa y a Lucio, así como a Marcelo y a Cayo, y sí, interceptó mis cartas a Germánico, pero no lo envenenó —lo hizo Plancina por su propia iniciativa—, aunque lo había condenado a muerte lo mismo que condenó a mi padre, y por el mismo motivo.

—¿Qué motivo, abuela?

—Estaba decidido a restablecer la república. No, no me entiendas mal: no en una forma que violara su juramento de fidelidad a Tiberio, aunque ello significara eliminarme a mí. Iba a hacer que Tiberio diese el paso voluntariamente, y le permitiría quedarse con el mérito, manteniéndose él en segundo plano. Casi llegó a convencerlo. Ya sabes cuán cobarde es Tiberio. Tuve que trabajar duro y falsificar algunos documentos y decir un montón de mentiras para impedir que Tiberio pusiese en ridículo a Seyano. Ese republicanismo es una mancha persistente en sí misma. Incluso tuve que llegar a un entendimiento con la familia. Tu abuelo la tenía.

—Yo también la tengo.

—¿Todavía? Es curioso. Nerón también la tiene, según creo. No le traerá mucha suerte. Y es inútil discutir con ustedes, los republicanos. Se niegan a entender que no es posible reintroducir el gobierno republicano en esta etapa, lo mismo que no se puede volver a imponer a esposas y maridos modernos los sentimientos primitivos de castidad. Es como tratar de introducir de nuevo la sombra en el reloj de sol: imposible.

Confesó que había hecho estrangular a Drusilo. Me dijo cuán cerca estuve yo de la muerte, cuando escribí a Germánico la primera carta sobre Póstumo. El único motivo por el que me perdonó la vida fue el de que existía la posibilidad de que le escribiese dándole informaciones

sobre el paradero de Póstumo. Lo más interesante fue el relato que me hizo sobre sus métodos de envenenamiento. Le hice la pregunta de Póstumo —si prefería los venenos lentos a los rápidos— y me contestó, sin la menor turbación, que prefería dosis repetidas de venenos lentos e insulsos, que crean un efecto de consunción. Le pregunté cómo había logrado ocultar las huellas tan bien y cómo se las arreglaba para atacar desde lejos, porque Cayo había sido asesinado en Asia Menor y Lucio en Marsella.

Me recordó que nunca había planeado un asesinato que pudiera ser visto como directa e inmediatamente beneficioso para ella. Por ejemplo, no había asesinado a mi abuelo hasta un tiempo después de divorciarse de él, ni envenenó a ninguna de sus rivales femeninas, Octavia, Julia o Escribonia. Sus víctimas eran en su mayoría personas con cuya eliminación sus hijos o nietos se acercaban más a la sucesión. Urgulania había sido su única confidente, y era tan discreta, hábil y abnegada, que no sólo era improbable que alguna vez se descubrieran los crímenes que habían planeado juntas, sino que, aun en el caso de que fueran descubiertos, nunca le serían achacados a ella. Las confesiones anuales que se hacían a Urgulania, en preparación del festival de la Buena Diosa, habían sido un medio útil para eliminar a varias personas que se interponían en sus planes. Esto me lo explicó con detalle. A veces sucedía que no sólo se confesaba un adulterio, sino también un incesto con un hermano o hijo. Urgulania declaraba entonces que la única penitencia posible consistía en la muerte del hombre. La mujer suplicaba entonces: ¿no existía ninguna otra penitencia? Urgulania contestaba que había quizás una alternativa que la diosa podía permitir. La mujer podía purificarse ayudando a la diosa en su venganza, con la ayuda del hombre que había causado su vergüenza. Porque, le decía Urgulania, un tiempo antes otra mujer había hecho una confesión igualmente detestable, pero no se decidió a matar a su violador, y por lo tanto el infame seguía con vida, aunque la mujer había sufrido. El «infame» había sido sucesivamente Agripa, Lucio y Cayo. Agripa fue acusado de incesto con su hija Marcelina —cuyo suicidio inexplicado proporcionó color a la acusación—; Cayo y Lucio, de incesto con su madre, antes de su destierro, y la reputación de Julia también concedió color a la historia. En cada uno de los casos, la mujer se prestaba gustosamente a planear el asesinato, y el hombre a ejecutarlo. Urgulania ayudaba con consejos y venenos adecuados. La seguridad de Livia residía en lo lejos que de ella se encontraba el agente; aunque se sospechara de él o le atraparan con las manos en la masa, no podría explicar cuáles habían sido los motivos que tuvo para el asesinato sin incriminarse aún más. Le pregunté si no había sentido remordimiento alguno por el asesinato de Augusto y el asesinato o destierro de tantos descendientes suyos.

«No, porque nunca, ni por un momento —respondió—, olvidé de quién era hija».

Y eso explicaba mucho. El padre de Livia, Claudiano, había sido proscrito por Augusto después de la batalla de Filipos, y se suicidó antes de caer en sus manos.

En una palabra, me dijo todo lo que quise saber, salvo lo del encantamiento de la casa de Germánico en Antioquía. Repitió que ella no lo había ordenado y que ni Plancina ni Pisón le habían dicho nada, y que yo estaba en tan buena situación como ella para aclarar el misterio. Vi que era inútil continuar insistiendo, de modo que le agradecí su paciencia conmigo y finalmente juré por mi cabeza hacer todo lo posible para convertirla en diosa.

Cuando me iba me entregó un pequeño volumen y me dijo que lo leyera cuando estuviese en Capua. Era la colección de los versos sibilinos rechazados acerca de los cuales escribí en la primera página, y cuando llegué a la profecía intitulada «La sucesión de los velludos» pensé que sabía por qué Livia me había invitado a cenar y por qué me obligó a hacer el juramento. Si es que en realidad había jurado. Todo aquel asunto me parecía tan irreal como un sueño de borracho.



XXVI



Seyano compuso un memorial dirigido a Tiberio, en el cual le pedía que se acordase de él si buscaba un esposo para Livila. Decía que tenía conciencia de que no era más que un caballero, pero que en una ocasión Augusto había casado a su única hija con un caballero, y por lo menos Tiberio no tenía un subordinado más leal que él. No aspiraba al rango senatorial, sino que se conformaba con seguir en su actual puesto de vigilante centinela de la seguridad de su noble emperador. Agregaba que semejante matrimonio sería un serio golpe para el partido de Agripina, que lo reconocía como su más activo oponente. No se atreverían a utilizar la violencia contra el único hijo sobreviviente de Cástor y Livila: el joven Tiberio Gemelo. La reciente muerte del otro mellizo debía ser atribuida a Agripina.

Tiberio contestó graciosamente que todavía no daría su respuesta favorable a la petición, a pesar de que era consciente de su gran obligación para con Seyano. Creía improbable que Livila —cuyos dos

esposos anteriores habían sido hombres de elevadísima cuna— se conformase con que él siguiera siendo un caballero. Pero si lo ascendía de rango a la vez que lo casaba con un miembro de la familia imperial, ello provocaría grandes celos, con lo que el partido de Agripina quedaría fortalecido. Dijo que precisamente para evitar tales celos había pensado Augusto en casar a su hija con un caballero, un hombre retirado que no participaba en modo alguno en política.

Pero terminaba con una nota esperanzadora: «No quiero decirte aún cuáles son los planes que tengo para acercarte más a mí. Pero te diré lo siguiente: que ninguna recompensa que pudiera ofrecerte por tu fidelidad sería demasiado alta, y que cuando se presente la oportunidad tendré sumo placer en hacer lo que pienso».

Seyano conocía demasiado bien a Tiberio para no darse cuenta de que su petición era prematura —sólo le escribió porque Livila le insistió— y lo había ofendido en grado sumo. Decidió que había que convencer a Tiberio de que abandonase Roma en el acto y lo nombrase Guardián de la Ciudad, magistrado ante cuyas decisiones la única apelación posible fuese la del propio emperador. Como comandante de la guardia, también estaba al frente del Cuerpo de Ordenanzas, los correos imperiales, de modo que manejaría toda la correspondencia de Tiberio. Este también dependería de él en lo referente a decidir qué personas debían ser admitidas en su presencia, y cuantas menos personas tuviese que ver, más complacido se sentiría. Poco a poco el Guardián de la Ciudad tendría todos los poderes verdaderos, y podría actuar como quisiera, sin peligro de que el emperador se entrometiese.

Al fin Tiberio salió de Roma. Su pretexto fue la dedicación de un templo a Júpiter, en Capua, y de uno a Augusto en Nold. Pero no pensaba volver. Se sabía que había tomado esta decisión debido a la advertencia de Trásilo, y lo que Trásilo profetizaba era aceptado como inevitable. Se suponía que Tiberio, que ahora tenía sesenta y siete años de edad —y un aspecto horrible, delgado, encorvado, calvo, con las articulaciones envaradas, con la cara ulcerada, cubierta de emplastos—, moriría dentro de muy poco tiempo. Nadie habría podido adivinar que estaba destinado a vivir once años más. Puede que ello se debiera a que jamás volvió a pisar más allá de los suburbios de la ciudad. Bueno, de todos modos, así resultó.

Tiberio se llevó consigo a Capri algunos eruditos profesores griegos y una fuerza escogida de soldados, incluida su guardia de corps germana, a Trásilo, a cierto número de extrañas criaturas pintarrajeadas, de sexo dudoso, y, la elección más curiosa de todas, a Coccio Nerva. Capri es una isla situada en la bahía de Nápoles, a unos cinco kilómetros de la costa. Su clima es suave en invierno y fresco en verano. Hay un solo lugar posible de desembarco, y el resto de la isla está protegido por empinados riscos y bosques impenetrables. La forma en que Tiberio pasaba allí su tiempo —cuando no discutía de poesía o de filosofía con los griegos—, eso constituye un relato demasiado repugnante, incluso para la historia. Sólo diré que llevó consigo una serie completa de los

famosos libros de Elefantina, la más copiosa enciclopedia de pornografía que jamás se haya reunido. En Capri podía hacer lo que le resultaba imposible llevar a cabo en Roma: practicar obscenidades al aire libre, entre los árboles y flores, o a la orilla del agua, y hacer todo el ruido que quisiera. Como algunas de sus diversiones eran crueles en extremo, ya que los sufrimientos de sus compañeros de juegos constituían una gran parte de su placer, consideraba que la ventaja de la lejanía de Capri con respecto a Roma superaba con mucho todas sus desventajas. No vivía todo el tiempo allí: solía visitar Capua, Baias y Ancio. Pero Capri era su cuartel general.

AÑO 28 d. de C.

Al cabo de un tiempo concedió a Seyano autoridad para eliminar a los dirigentes del partido de Agripina por los medios que le parecieran más convenientes. Estaba en comunicación diaria con Seyano, y aprobaba todos sus actos por medio de cartas al Senado. Uno de los festivales del Año Nuevo lo celebró en Capua pronunciando la acostumbrada oración de bendición, en su calidad de Sumo Pontífice, y luego se volvió de pronto hacia un caballero llamado Sabino, que estaba cerca, y lo acusó de tratar de enajenarle la lealtad de sus libertos. Uno de los hombres de Seyano se levantó en el acto la túnica, le envolvió la cabeza con ella, le echó un lazo al cuello y se lo llevó a rastras. Sabino gritó, con voz ahogada: «¡Socorro, amigos, socorro!», pero nadie se movió. Y Sabino, cuyos únicos delitos eran el de haber sido amigo de Germánico y el de que un hombre de Seyano lo había convencido de que expresase en privado su simpatía por Agripina, fue ejecutado sumariamente. Al día siguiente se leyó una carta de Tiberio en el Senado, informando de la muerte de Sabino y mencionando el descubrimiento de una peligrosa conspiración por Seyano. «Señores, tened piedad de un anciano desdichado, que vive una vida de constante aprensión, con miembros de su familia conspirando perversamente contra su vida». Estaba claro que se refería a Agripina y Nerón. Galo se puso en pie y presentó una moción para que se expresara al emperador el deseo de que explicase sus temores al Senado, a fin de que éste los disipase, como sin duda podría disiparlos. Pero Tiberio no se sintió aún lo bastante fuerte para vengarse de Galo.

En el verano de ese año hubo un encuentro accidental entre Livia, en una litera, y Tiberio, en una jaca, en la calle principal de Nápoles. Tiberio acababa de llegar de Capri y Livia volvía de su visita a Herculano. Tiberio quiso pasar sin saludar, pero la fuerza de la costumbre lo obligó a tirar de las riendas y saludarla con preguntas formales respecto de su salud.

—Me siento mucho mejor gracias a tus bondadosas preguntas, hijo —respondió ella—. Y como madre te aconsejo lo siguiente: ten sumo cuidado con los barbos que comas en tu isla. Algunos de los que se pescan son muy venenosos.

—Gracias, madre —contestó él—. Viniendo la advertencia de ti, me atendré en lo futuro al atún y el mújol.

Livia bufó y, volviéndose a Calígula, que estaba con ella, dijo en voz alta:

—Bien, como te decía, mi esposo —tu abuelo, querido mío— y yo vinimos corriendo por esta calle, una oscura noche, hace sesenta y cinco años, creo, camino de los muelles donde nuestro barco nos esperaba en secreto. Esperábamos ser arrestados y asesinados en cualquier momento por los hombres de Augusto ¡Qué extraño parece todo ahora! Mi hijo mayor —hasta entonces sólo habíamos tenido un hijo— cabalgaba a hombros de su padre. Y de pronto el crío comenzó a gritar a voz en cuello: «¡Oh, padre, quiero volver a Peru-u-usa!». Eso nos delató. Salieron dos soldados de una taberna y nos llamaron. Nos escurrimos en un portal oscuro para dejarlos pasar. Pero Tiberio continuaba aullando: «¡Quiero volver a Peru-u-sa!». Yo dije «¡Mátalo! ¡Mata a ese mocoso! Es nuestra única esperanza». Pero mi esposo era un tonto de corazón tierno y se negó. Escapamos con vida por pura casualidad.

Tiberio, que se había detenido a escuchar el fin del relato, clavó las espuelas y se alejó al galope, furioso. Nunca volvieron a verse.

La advertencia de Livia acerca del pescado sólo estaba destinada a hacerlo sentirse incómodo, a obligarlo a pensar que sus cocineros o sus pescadores estaban pagados por ella. Conocía la preferencia de Tiberio por el barbo, y sabía que ahora se vería en un constante conflicto entre su apetito y su temor de que lo asesinaran. El incidente tuvo una penosa secuela. Un día Tiberio se encontraba sentado bajo un árbol, en una ladera occidental de la isla, gozando de la brisa y planeando un diálogo en verso, en griego, entre la liebre y el faisán, en el cual cada uno de los dos animales, por turno, pretendía preeminencia gastronómica. No era una idea original; recientemente había recompensado a uno de los poetas de la corte con dos mil piezas de oro por un poema similar, en el cual los rivales eran una seta, una alondra, una ostra y un tordo. En la introducción a su obra consideraba insignificantes todas esas pretensiones, diciendo que sólo la liebre y el faisán tenían derecho a competir por la corona de perejil; sólo su carne tenía dignidad sin pesadez, delicadeza sin mezquindad. En ese momento buscaba un adjetivo descortés con el cual calificar a la ostra, cuando oyó un repentino susurro entre los matorrales de más abajo y apareció un hombre de aspecto salvaje y cabellera enmarañada. Tenía las ropas húmedas y hechas jirones, el rostro ensangrentado y en la mano llevaba un cuchillo abierto. Pasó por entre los espinos gritando:

—Aquí lo tienes, César. ¿No es una belleza?

Del saco que llevaba al hombro extrajo un barbo monstruoso y lo dejó caer, todavía vivo, sobre el césped, a los pies de Tiberio. Era un simple pescador que acababa de pescar ese espléndido pez y, al ver a Tiberio en la cima del risco, decidió regalárselo. Amarró su bote a una roca,

nadó hasta el risco, trepó por un empinado sendero con matorrales de espino hasta la cintura y se abrió paso a través de ellos con su cuchillo.

Pero Tiberio casi se había muerto del susto. Hizo sonar un silbato y gritó en germano:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡En seguida! ¡Wolfgang! ¡Siegfried! ¡Adelstan! ¡Un asesino! *Schnell!*

—Ya vamos, altísimo, nobilísimo, magnánimo jefe —contestaron de inmediato los germanos. Se encontraban en sus puestos de centinela a su izquierda y derecha y a su espalda, pero, por supuesto, no había ninguno delante de él. Se acercaron a saltos, blandiendo sus azagayas. El hombre no entendía el germano, y cerrando el cuchillo dijo alegremente:

—Lo he pescado en esa gruta de allá. ¿Cuánto te parece que pesará? Una verdadera ballena, ¿eh? Casi me tiró del bote.

Tiberio, un tanto tranquilizado ya, pero con la imaginación concentrada ahora en el pescado envenenado, gritó a los germanos:

—No, no lo matéis. Cortad ese pescado en dos y frotádselo por la cara.

El robusto Wolfgang abrazó al pescador por detrás, de modo que no pudiese mover los brazos, en tanto que los otros dos le frotaban el pescado por la cara. El desdichado gritó:

—¡Eh, basta! ¡Esto no es una broma! ¡Suerte que no ofrecí al emperador la otra cosa que llevo en el saco!

—A ver qué es.

Adelstan abrió el saco y encontró una enorme langosta.

—¡Frótale la cara con eso también! ¡Con energía!

El infortunado perdió los dos ojos. Luego, Tiberio dijo:

—Suficiente, hombres. ¡Podéis soltarlo!

El pescador se tambaleó de un lado a otro, aullando de dolor, de modo que no hubo más remedio que tirarlo al mar desde el despeñadero más cercano.

Me alegro de poder decir que nunca se me invitó a visitar a Tiberio en su isla y que siempre he evitado ir allí, aunque todas las pruebas de sus sucias prácticas han sido eliminadas hace tiempo y aunque se dice que sus doce casas de campo son hermosísimas.

Pedí a Livia permiso para casarme con Elia, y ella lo concedió con maliciosos buenos deseos. Incluso asistió a la boda. Fue una boda espléndida —Seyano se ocupó de ello— y uno de los efectos que produjo fue el de alejarme de Agripina, Nerón y sus amigos. Se pensó que ya no podría guardar ningún secreto ante Elia, y que ésta le contaría a Seyano todo lo que averiguase. Esto me entristeció mucho, pero vi que era inútil tratar de convencer a Agripina (que estaba ahora de luto por su hermana Julila, que acababa de morir después de veinticinco años de exilio en la miserable islita de Tremero). De modo que gradualmente dejé de visitar su casa, para evitar situaciones embarazosas. Yo y Elia éramos marido y mujer sólo de nombre. Lo primero que me dijo cuando entramos en nuestra cámara nupcial fue:

—Entiende, Claudio, que no quiero que me toques, y que si alguna vez tenemos que dormir juntos en una cama, como esta noche, habrá una colcha entre nosotros, y al menor movimiento que hagas tendrás que irte de la habitación. Y otra cosa: ocúpate de tus asuntos que yo me ocuparé de los míos.

—Gracias —le contesté—. Me has quitado un gran peso de encima.

Era una mujer espantosa. Tenía la elocuencia ruidosa y persistente de un subastador del mercado de esclavos. Pronto dejé de intentar replicarle. Por supuesto, seguía viviendo en Capua, y Elia nunca fue a visitarme, pero Seyano insistió en que cada vez que yo visitase Roma me dejase ver lo más posible en su compañía.

Nerón no tenía posibilidad alguna contra Seyano y Livila. Aunque Agripina le prevenía constantemente de que debía pesar cada una de sus palabras, era de naturaleza demasiado franca para ocultar sus pensamientos. Entre los jóvenes nobles a quienes confiaba su amistad había varios agentes secretos de Seyano, que mantenían un registro de las opiniones que expresaba en todos los acontecimientos públicos. Pero aun su esposa, a quien llamábamos Helena, o Heluo, era hija de Livila e informaba a ésta de todas las confidencias que le hacía Nerón. Pero el peor de todos era su propio hermano Druso, a quien hacía más confidencias aún que a su esposa, y que se sentía celoso porque Nerón era el hijo mayor y el favorito de Agripina. Druso fue a ver a Seyano y le dijo que Nerón le había pedido que viajara en secreto con él a Germania, en una noche oscura, para pedir la protección de los regimientos, como hijos de Germánico, e iniciar una marcha sobre Roma. Que, por supuesto, se había negado con indignación. Seyano le pidió que esperase un poco más y que luego relatara el asunto a Tiberio; el momento oportuno no había llegado aún.

Entretanto Seyano hizo correr el rumor de que Tiberio estaba a punto de acusar a Nerón de traición. Los amigos de éste empezaron a abandonarlo. En cuanto dos o tres se excusaron de concurrir a sus cenas y le devolvieron los saludos con frialdad cuando lo encontraban en público, los demás siguieron su ejemplo. Al cabo de unos meses sólo le quedaron sus amigos más fieles. Entre ellos se contaba Galo, que

ahora que Tiberio no visitaba ya el Senado, se dedicaba a burlarse de Seyano. Su método en este caso consistía en proponer constantemente votos de agradecimiento por sus servicios y la concesión de honores excepcionales: estatuas, arcos, títulos y oraciones en la celebración pública de su cumpleaños. El Senado no se atrevía a oponerse a esas mociones, y como Seyano no era senador no podía decir nada al respecto. Y Tiberio no quería oponerse al Senado, ni vetar las votaciones, por temor a enemistarse con Seyano o dar la impresión de que ya no tenía confianza en él. Ahora, cada vez que el Senado quería hacer algo, enviaba primero sus representantes a Seyano a fin de pedirle permiso para presentar el problema ante Tiberio. Y si Seyano se negaba, el asunto era abandonado. Un día Galo propuso que, así como los descendientes de Torcuato tenían un cinturón de oro y los de Cincinato un rizo de cabello, concedidos por el Senado como emblemas familiares, en conmemoración por los servicios de sus antepasados al Estado, así Seyano y sus descendientes debían tener como emblema una llave de oro, en prueba de sus fieles servicios como portero del emperador. El Senado aprobó por unanimidad esta moción, y Seyano, alarmado, escribió a Tiberio y se quejó de que Galo había propuesto maliciosamente los honores anteriores con la esperanza de que el Senado sintiese celos de él, y aun quizá para hacer que el emperador sospechara de sus insolentes ambiciones. La última moción había sido mucho más maliciosa: era una sugerencia de que el acceso a la presencia imperial se encontraba en manos de alguien que utilizaba ese poder para su enriquecimiento personal. Rogaba al emperador que encontrase algún pretexto técnico para vetar el decreto, y alguna forma de silenciar a Galo. Tiberio contestó que no podía vetar el decreto sin dañar la reputación de Seyano, pero que muy pronto tomaría medidas para acallar a Galo. Seyano no tenía por qué sentirse ansioso al respecto, y su carta demostraba una verdadera lealtad y una magnífica delicadeza de juicio. Pero la insinuación de Galo había dado en el blanco. Tiberio se dio cuenta de pronto de que mientras que Seyano conocía todas sus idas y venidas en Capri, él mismo sabía tan poco como el otro le permitía saber en cuanto a las idas y venidas que se sucedían a las puertas de Seyano.

AÑO 29 d. de C.

Y ahora he llegado a una encrucijada en mi historia: la muerte de mi abuela Livia a la edad de ochenta y seis años. Habría podido vivir varios años más, porque su vista y su oído eran perfectos, y tenía pleno uso de sus miembros, para no hablar de su penetración y su memoria. Pero últimamente sufría repetidos resfriados debido a cierta infección de la nariz, y al cabo uno de ellos se le estableció en los pulmones. Me llamó junto a su lecho, en palacio. Yo estaba en ese momento en Roma y acudí de inmediato. Pude ver que se estaba muriendo. Volvió a recordarme mi juramento.

—No descansaré hasta haberlo cumplido, abuela —le dije. Cuando una mujer muy anciana está moribunda, y cuando esa mujer es la abuela de

uno, se promete cualquier cosa por complacerla—. Pero yo creía que era Calígula quien se ocuparía de eso.

Durante un rato no me contestó. Luego dijo, débilmente colérica:

—¡Ha estado aquí hace diez minutos! Se rio de mí. Dijo que podía irme al infierno y asarme allí por siempre jamás, por lo que a él le importaba. Dijo que ahora que yo me moría, no necesitaba ya seguir soportándome, y que no se consideraba obligado por el juramento, porque le había sido impuesto. Dijo que él sería el Dios Todopoderoso de la profecía, y no yo. Dijo…

—No es nada, abuela. Tú serás la que se ría la última. Cuando seas la Reina del Cielo y él sea lentamente quebrado en un potro eterno, en el infierno, por los hombres de Minos…

—¡Y pensar que alguna vez te consideré tonto! —dijo—. Ya me voy, Claudio. Ciérrame los ojos y ponme en la boca la moneda que encontrarás bajo la almohada. El barquero la reconocerá. Me mostrará los debidos respetos…

Luego murió y yo le cerré los ojos y le puse la moneda en la boca. Era una moneda de oro como nunca había visto hasta entonces, con la cabeza de Augusto y la de ella frente a frente, en el anverso, y una carroza triunfal en el reverso.

Nada se había dicho entre nosotros acerca de Tiberio. Pronto me enteré de que éste había sido prevenido del estado de su madre, con tiempo para cumplir con los últimos deberes filiales. Escribió al Senado excusándose por no haberla visitado; había estado muy atareado y de todos modos iría a Roma para los funerales. Entretanto, el Senado votó varios honores extraordinarios a su memoria, incluyendo el título de Madre de la Patria, e incluso propuso convertirla en semidiosa. Pero Tiberio anuló casi todos los decretos, explicando en una carta que Livia era una mujer singularmente modesta, hostil a todo reconocimiento público de sus servicios y a que se le rindiese culto religioso después de su muerte. La carta terminaba con reflexiones en cuanto a lo inadecuado de la intromisión de las mujeres en política, «para la cual no están dotadas, y que despierta en ellas los peores sentimientos de arrogancia y petulancia a los que el sexo femenino es naturalmente propenso».

Por supuesto, no fue a la ciudad para el funeral, aunque, sólo con el objeto de limitar su magnificencia, se ocupó de todos los detalles del mismo. Y les dedicó tanto tiempo, que el cadáver, viejo y marchito como estaba, había llegado a un avanzado estado de putrefacción antes de ser llevado a la pira. Para sorpresa de todos, Calígula pronunció la oración fúnebre, cosa que habría debido hacer el propio Tiberio, y si no él, entonces Nerón, como heredero suyo. El Senado había decretado que se levantara un arco en memoria de Livia; era la primera vez en la historia de Roma que se honraba a una mujer de esa manera. Tiberio permitió

que el decreto cobrase validez, pero prometió construir el arco a su propia costa, y luego se olvidó de hacerlo. En cuanto al testamento de Livia, él heredó la mayor parte de la fortuna, por ser su heredero natural, pero ella había dejado tanto como la ley le permitía a miembros de su propia casa y a otras personas dignas de confianza. Tiberio no pagó a nadie uno solo de los legados. Yo habría debido beneficiarme con veinte mil piezas de oro.



XXVII



Nunca hubiese creído que podría echar de menos a Livia. De niño rezaba en secreto, noche tras noche, para que los dioses infernales se la llevaran. Y ahora habría ofrecido los más ricos sacrificios que pudiese encontrar —toros completamente blancos y antílopes del desierto e íbices y flamencos por docenas— para que volviera a vivir. Porque era evidente que sólo el temor hacia su madre frenaba desde ha tiempo a Tiberio. Unos pocos días después de la muerte de Livia cayó sobre Agripina y Nerón. Agripina se había recuperado para entonces de su enfermedad. No los acusó de traición. Escribió al Senado quejándose de las groseras depravaciones sexuales de Nerón, de la «altanera conducta de Agripina» y de su lengua pendenciera, y sugirió que se tomaran severas medidas para llamarlos al orden.

Cuando se leyó la carta en el Senado nadie habló durante un buen rato. Todos se preguntaban con cuánto apoyo popular podía contar la familia de Germánico, ahora que Tiberio se disponía a convertirla en su

víctima, y si no sería más prudente oponerse a Tiberio que al populacho. Al cabo un amigo de Seyano se puso de pie para proponer que se respetaran los deseos del emperador y que se promulgase algún decreto contra las dos personas mencionadas. Había un senador que actuaba como registrador oficial de todas las deliberaciones del cuerpo, y lo que él decía tenía gran peso. Hasta entonces había votado sin vacilaciones todo lo que sugerían las cartas de Tiberio, y Seyano había informado de que se podía contar con él para hacer lo que se le ordenase. Y sin embargo fue precisamente ese registrador quien se levantó para oponerse a la moción. Dijo que la cuestión de la moral de Nerón y de la conducta de Agripina no se podía plantear en ese momento. En su opinión el emperador estaba mal informado y había escrito con apresuramiento, y por lo tanto, en interés suyo, como en el de Nerón y Agripina, no se debía promulgar decreto alguno hasta que se le hubiese dejado tiempo para reconsiderar tan graves acusaciones contra sus parientes cercanos. Entretanto el contenido de la carta se había difundido por toda la ciudad, aunque se consideraba que todas las deliberaciones del Senado eran secretas hasta que fuesen oficialmente publicadas por orden del emperador. Entonces las multitudes se reunieron en torno al edificio del Senado, manifestándose en favor de Agripina y Nerón y gritando: «¡Viva Tiberio! ¡La carta es falsa! ¡Esto es obra de Seyano!».

Seyano envió un veloz mensajero a Tiberio, que para el caso se había trasladado a una casa de campo situada en las afueras de la ciudad, por si surgían perturbaciones. El mensajero informó que, por moción del registrador, el Senado se había negado a prestar atención a la carta; que el pueblo estaba a punto de rebelarse y que llamaba a Agripina la verdadera Madre de la Patria y a Nerón su Salvador; y que si Tiberio no actuaba con firmeza y decisión habría derramamiento de sangre antes de que terminase el día.

Tiberio se asustó, pero siguió el consejo de Seyano y escribió al Senado una carta amenazadora, culpando al registrador por el insulto sin precedentes a la dignidad imperial y exigiendo que dejaran todo el asunto en sus manos, ya que ellos eran tan tibios en la defensa de sus intereses. El Senado cedió. Después de haber hecho marchar a los guardias a través de la ciudad, con las espadas desenvainadas y las trompetas resonando, Tiberio amenazó con reducir a la mitad la ración gratuita de trigo si se realizaban nuevas manifestaciones sediciosas. Luego desterró a Agripina a Pandataria, la isla en que estuvo confinada su madre Julia, y a Nerón a Ponza, otro minúsculo islote rocoso situado a mitad de camino entre Capri y Roma, pero muy lejos de la costa. Informó al Senado que los dos prisioneros habían estado a punto de huir de la ciudad, con la esperanza de obtener la lealtad de los regimientos del Rin.

Antes de que Agripina partiera rumbo a la isla la hizo presentarse ante él y le formuló burlonas preguntas acerca de cómo pensaba gobernar el poderoso reino que acababa de heredar de su madre (su virtuosa ex esposa), y si enviaría embajadores a su hijo Nerón, en su nuevo reino,

para firmar una gran alianza militar. Agripina no respondió una palabra. Él se encolerizó y le gritó que le contestara, y cuando ella continuó silenciosa le dijo a su capitán de la guardia que la golpeara en los hombros. Finalmente Agripina habló: «Tu nombre es Fango Sangriento así me dicen que te llamaba Teodoro el Gadareno cuando asistías a sus clases de retórica en Rodas».

Tiberio arrebató el sarmiento de vid de manos del capitán y la azotó en el cuerpo y la cabeza hasta que se desmayó. A consecuencia de esta espantosa flagelación Agripina perdió un ojo.

Pronto Druso fue también acusado de intrigar con los regimientos del Rin. Seyano presentó varias cartas para probarlo. Afirmó que las había interceptado, pero en realidad eran falsificadas. También presentó una declaración escrita de Lépida, la esposa de Druso (con la cual tenía amores secretos), en el sentido de que éste le había pedido que se pusiera en contacto con los marineros de Ostia, quienes —así lo esperaba— recordarían que Nerón y él eran nietos de Augusto. Druso fue entregado por el Senado a Tiberio, y éste lo hizo encerrar en una remota buhardilla de palacio, bajo la vigilancia de Seyano.

La víctima siguiente fue Galo. Tiberio escribió al Senado que Galo tenía envidia de Seyano y había hecho lo posible para enemistarlo con su emperador por medio de irónicos elogios y otros métodos maliciosos. El Senado estaba tan inquieto ante la noticia del suicidio del registrador, que le llegó el mismo día, que de inmediato envió a un magistrado para que arrestase a Galo. Cuando el magistrado fue a su casa, se le dijo que Galo se encontraba fuera de la ciudad, en Baias. En Baias se le indicó la casa de campo de Tiberio, y en efecto, allí lo encontró, cenando con el emperador. Tiberio brindaba con una copa de vino, y Galo respondía lealmente, y parecía haber tal ambiente de buen humor y algazara en el comedor, que el magistrado se sintió turbado y no supo qué decir. Tiberio le preguntó para qué había ido.

—Para arrestar a uno de tus invitados, César, por orden del Senado.

—¿Qué invitado? —preguntó Tiberio.

—Asinio Galo —contestó el magistrado—, pero parece que se trata de un error.

Tiberio fingió ponerse serio.

—Si el Senado tiene algo contra ti, Galo, y ha enviado a este funcionario para arrestarte, me temo que nuestra amable velada debe terminar. No puedo oponerme al Senado, por supuesto. Pero te diré lo que voy a hacer, ahora que tú y yo hemos llegado a un amistoso entendimiento: escribiré al Senado pidiéndole, como favor personal, que no tome medida alguna en tu caso hasta que tenga noticias mías. Eso significará que quedarás bajo arresto domiciliario, a la orden de los cónsules. Nada

de grillos u otra cosa degradante. Trataré de conseguir tu absolución en cuanto pueda.

Galo se sintió obligado a agradecer a Tiberio su magnanimidad, pero estaba seguro de que en alguna parte había una trampa, que Tiberio le devolvía ironía por ironía. Y estaba en lo cierto. Fue llevado a Roma y encerrado en una habitación subterránea del Senado. No se le permitió ver a nadie, ni siquiera a un sirviente, o enviar mensaje alguno a sus amigos o familiares. Le daban todos los días de comer a través de una reja. La habitación se encontraba en penumbra, aparte de la poca luz que pasaba a través del enrejado, y por único mobiliario tenía un colchón. Se le dijo que esa celda era temporal, y que Tiberio pronto vendría a solucionar su caso. Pero los días se convirtieron en meses, y los meses en años, y seguía estando allí. La comida era pésima, cuidadosamente calculada por Tiberio para mantenerlo siempre hambriento sin que se muriera de hambre. No se le permitía usar cuchillo para cortar los alimentos, por temor de que lo usara para suicidarse, ni nada que le sirviera como distracción, como por ejemplo materiales para escribir, libros o dados. Se le daba muy poca agua para beber, y ninguna para lavarse. Si alguna vez se hablaba de él en su presencia Tiberio decía, sonriendo:

—Todavía no he hecho las paces con Galo.

Cuando me enteré del arresto de Galo lamenté haber reñido con él. Se trataba sólo de una pendencia literaria. Él había escrito un libro tonto titulado *Una comparación entre mi padre, Asinio Polión, y su amigo Marco Tulio Cicerón, como oradores* . Si la base de la comparación hubiese sido el carácter moral o la capacidad política, o aun la erudición, Polión habría resultado sin duda el mejor de los dos. Pero Galo trataba de demostrar que su padre era un orador más brillante que Cicerón. Eso era absurdo, y yo escribí un librito para decirlo. Y como apareció poco después de mi crítica a las observaciones de Polión sobre Cicerón, Galo se sintió grandemente ofendido. Yo habría retirado gustosamente mi libro de la circulación, si al hacerlo hubiese aliviado en la menor medida la miserable vida carcelaria de Galo. Supongo que pensar así constituía una tontería por mi parte.

Seyano pudo al fin informar a Tiberio de que el poder del partido Verde Puerro había quedado aniquilado, y que no tenía nada que temer por ese lado. Tiberio lo recompensó diciéndole que había decidido casarlo con su nieta Helena (cuyo matrimonio con Nerón había anulado), y le insinuó más grandes favores por venir. En ese momento intervino mi madre, que, como se recordará, era también la madre de Livila. Desde la muerte de Cástor, Livila había estado viviendo con ella, y se descuidó lo suficiente como para permitirle enterarse de la correspondencia secreta que mantenía con Seyano. Mi madre siempre había sido muy económica, y en su vejez su principal placer consistía en guardar los cabos de velas y fundirlos para convertirlos otra vez en velas completas, y en vender los desperdicios de la cocina a los porqueros, y en mezclar polvo de carbón con algún líquido y amasarlo y darle forma de tortas

que, cuando estaban secas, ardían tan bien como el carbón nuevo. Por otra parte, Livila era extravagante en sus gastos, y mi madre siempre la regañaba por eso. Un día mi madre pasó por la habitación de Livila y vio que salía de ella un esclavo con una cesta de papeles de desecho.

—¿Adónde llevas eso, muchacho? —le preguntó.

—Al horno, ama, por orden de la señora Livila.

—Es un derroche —dijo mi madre— llenar el horno con trozos de papel en perfecto estado. ¿Sabes cuánto cuesta el papel? Pues tres veces más que el pergamino. Algunos de esos trozos parecen no estar escritos.

—La señora Livila ordenó especialmente…

—La señora Livila debe de haber estado distraída cuando te ordenó que destruyeses tan valioso papel. Dame la cesta. Los trozos limpios serán útiles para anotar listas de cosas. El que no derrocha no necesita.

Se llevó los papeles a su habitación y estaba a punto de separar los trozos limpios de los escritos cuando se le ocurrió que era mejor aún tratar de borrar también todo lo escrito. Hasta ese momento se había abstenido honorablemente de leer los papeles, pero cuando empezó a borrar le resultó imposible dejar de pasear la mirada por las palabras. De pronto se dio cuenta de que eran borradores, o comienzos insatisfactorios de una carta a Seyano. Y una vez que empezó a leer ya no pudo interrumpirse, y antes de haber terminado ya estaba enterada de todo el asunto. Era indudable que Livila estaba furiosa y celosa porque Seyano había consentido en casarse con otra, ¡nada menos que su propia hija! Pero trataba de ocultar sus sentimientos, cada borrador de la carta era más sereno que el anterior. Le escribía que tenía que actuar con rapidez antes de que Tiberio sospechase que en realidad no tenía intenciones de casarse con Helena. Y si aún no estaba dispuesto a asesinar a Tiberio y usurpar la monarquía, ¿no sería mejor que ella misma envenenase a Helena?

Mi madre mandó buscar a Palas, que trabajaba para mí en la biblioteca, buscando cierto dato histórico relacionado con los etruscos, y le dijo que fuese a ver a Seyano y, en mi nombre y como enviado por mí, le pidiese permiso para ver a Tiberio en Capri, a fin de entregarle mi *Historia sobre Cartago* . (Yo acababa de terminar esa obra y había enviado una copia en limpio a mi madre, antes de publicarla). En Capri debía rogar al emperador, otra vez en mi nombre, que aceptara la obra con una dedicatoria. Seyano concedió el permiso de inmediato; sabía que Palas era uno de los esclavos de nuestra familia, y no sospechó nada. Pero en el duodécimo volumen de la historia mi madre había pegado las cartas de Livila y una carta de ella misma con una explicación, y le ordenó a Palas que no permitiese que nadie manejara los volúmenes (que estaban todos sellados), sino que debía entregárselos a Tiberio con sus propias manos. Debía agregar a mis supuestos saludos y a mi petición de permiso para dedicarle la obra, el siguiente mensaje:

«También la señora Antonia envía sus cariñosos saludos, pero opina que estos libros de su hijo no interesan en modo alguno al emperador, excepción hecha del duodécimo volumen, que contiene una curiosísima digresión que sin duda le interesará de inmediato».

Palas hizo un alto en Capua para decirme adónde iba. Me informó de que iba en contra de las instrucciones de mi madre al hablarme sobre esa diligencia, pero que a fin de cuentas yo era su verdadero amo, y no mi madre, aunque ella obraba como si lo fuese. Y no haría nada voluntariamente para ponerme en dificultades, y estaba seguro de que no tenía intención alguna de ofrecer la dedicatoria al emperador. Al principio me sentí intrigado, en especial cuando mencionó el duodécimo volumen, de manera que mientras él se lavaba y se cambiaba de ropa, rompí el sello. Cuando vi lo que mi madre había insertado, me sentí tan aterrorizado que pensé en quemar los libros. Pero eso era tan peligroso como regalárselos al emperador, de modo que volví a sellarlos. Mi madre usaba un sello duplicado del mío, con lo que nadie sabría que yo había abierto el libro, ni siquiera Palas. Éste partió luego presurosamente hacia Capri y a su regreso me contó que Tiberio había tomado el duodécimo volumen, llevándoselo al bosque para estudiarlo. Podía dedicarle el libro si quería, había dicho, pero al hacerlo debía abstenerme de frases extravagantes. Esto me tranquilizó un tanto, pero nunca se podía confiar en Tiberio cuando se mostraba amistoso. Como es natural, experimenté la más profunda ansiedad por lo que sucedería, y sentí un gran encono hacia mi madre por haber puesto mi vida en tan terrible peligro al mezclarme en una pendencia entre Tiberio y Seyano. Pensé en huir, pero no tenía adónde.

AÑO 31 d. de C.

Lo primero que sucedió fue que Helena se convirtió en una inválida; ahora sabemos que no tenía nada, pero Livila le dio a elegir entre guardar cama como si estuviese enferma o guardar cama realmente enferma. Se la trasladó de Roma a Nápoles, donde se suponía que el clima era más saludable. Tiberio dio permiso para que el matrimonio se aplazara indefinidamente, pero llamaba yerno a Seyano, como si la boda ya se hubiese producido. Lo elevó al rango senatorial y lo convirtió en colega suyo en el consulado y en pontífice. Pero luego hizo algo que anulaba por completo todos esos favores. Invitó a Calígula a Capri para pasar allí unos días y después lo envió de vuelta, armado con una importantísima carta para el Senado. En la carta decía que había estudiado al joven, que ahora era su heredero, y que encontraba que era de un temperamento y carácter muy distinto al de sus hermanos, y que se negaba a escuchar cualesquiera acusaciones que pudieran lanzarse contra su moral o su lealtad. Confió a Calígula al cuidado de Elio Seyano, su colega de consulado, pidiéndole que protegiese al joven de todo daño. También lo designó pontífice y sacerdote de Augusto.

Cuando la ciudad se enteró de la carta hubo gran alborozo. Al hacer a Seyano responsable de la seguridad de Calígula, se entendía que Tiberio le prevenía de que su pendencia con la familia de Germánico había

llegado muy lejos. El consulado de Seyano era considerado como un mal augurio para él. Ese era el quinto período de Tiberio en el puesto, y cada uno de sus colegas anteriores había muerto en circunstancias infortunadas: Varo, Gneo Pisón, Germánico, Cástor. Así que surgieron nuevas esperanzas de que pronto terminasen las penas de la nación, cuando fuese gobernada por un hijo de Germánico. Tiberio podía matar a Nerón y Druso, pero era evidente que había decidido salvar a Calígula. Seyano no sería el próximo emperador. Todas las personas a quienes Tiberio sondeó al respecto parecieron auténticamente aliviadas ante su elección del sucesor —porque en cierto modo se habían convencido de que Calígula había heredado todas las virtudes de su padre—, y Tiberio, que reconocía la verdadera maldad cuando la veía, y que le había dicho a Calígula con franqueza que sabía que era una víbora venenosa y por ese motivo le había perdonado la vida, se sintió muy divertido y absolutamente encantado. Podía utilizar la creciente popularidad de Calígula como freno contra Seyano y Livila.

Empezó a hacer confidencias a Calígula, y le confió una misión: averiguar, por medio de conversaciones íntimas con los hombres de la guardia, cuál de los capitanes tenía mayor influencia personal en el campamento, aparte de Seyano; y luego debía asegurarse de que fuese igualmente sanguinario e intrépido. Calígula se puso peluca y ropas de mujer y, acompañado de un par de prostitutas jóvenes, comenzó a frecuentar las tabernas suburbanas, donde los soldados bebían por la noche. Con la cara maquillada y rellenos debajo de la ropa, pasó por mujer, una mujer muy alta y poco atractiva, pero a fin de cuentas una mujer. En las tabernas dijo que era mantenida por un rico tendero que le daba mucho dinero, gracias a lo cual podía pagar copas a todo el mundo. Esta generosidad lo hizo muy popular entre los soldados. Pronto llegó a conocer gran parte de las murmuraciones del campamento, y el nombre que constantemente surgía en las conversaciones era el del capitán Macro. Este era hijo de uno de los libertos de Tiberio, y por lo que se decía, el individuo más rudo de Roma. Los soldados hablaban con admiración de sus proezas de bebedor y de sus putañeos, de su dominio sobre los demás capitanes y de su presencia de ánimo en las situaciones difíciles. El propio Seyano trabó relaciones con Macro, una noche, y le reveló en secreto su verdadera identidad. Salieron a pasear juntos y sostuvieron una larga conversación.

Tiberio empezó entonces a escribir una extraña serie de cartas al Senado, ora diciendo que su salud era mala y que estaba casi moribundo, ora afirmando que se había recuperado y que llegaría a Roma en cualquier momento. Escribía también en tono muy extraño acerca de Seyano, mezclando extravagantes elogios con irritadas censuras. Y la impresión general que daban era que se había vuelto senil y estaba perdiendo el juicio. Seyano se sintió tan intrigado con estas cartas, que no pudo decidir si debía intentar una revolución sin más pérdida de tiempo, o si tenía que aferrarse a su puesto, que todavía le confería poder, hasta que Tiberio muriera o pudiese ser echado del trono so pretexto de imbecilidad. Quiso visitar Capri y averiguar por sí mismo cómo iban las cosas con Tiberio. Le escribió pidiéndole permiso para visitarlo en su cumpleaños, pero Tiberio le contestó que como

cónsul tenía que quedarse en Roma; ya era bastante irregular que él estuviese permanentemente ausente. Seyano le escribió luego que Helena estaba gravemente enferma, en Nápoles, y que le pedía que la visitase; ¿no podría obtener permiso para hacerlo, nada más que por un día? Y de Nápoles no había más que una hora de remo hasta Capri. Tiberio contestó que Helena contaba con los mejores médicos y que debía tener paciencia; y que él estaba dispuesto a ir a Roma enseguida y quería que Seyano estuviese allí para recibirlo. Más o menos por la misma época anuló un proceso contra el gobernador de España, a quien Seyano acusaba de extorsión, con el argumento de que las pruebas eran contradictorias. Hasta entonces nunca había dejado de apoyar a Seyano en esos casos. Este comenzó a sentirse alarmado. Terminaba el período de su consulado.

En el día fijado por Tiberio para su llegada a Roma, Seyano esperaba, al frente del batallón de la guardia, frente al templo de Apolo, donde estaban en sesión los senadores debido a las reparaciones que se estaban efectuando en la casa del Senado. De pronto se acercó Macro a caballo y lo saludó. Seyano le preguntó por qué había abandonado el campamento. Macro le contestó que Tiberio le había enviado con una carta que debía entregar al Senado.

—¿Por qué tú? —preguntó Seyano con suspicacia.

—¿Por qué no?

—¿Pero por qué no yo?

—¡Porque la carta se refiere a ti! —Luego Macro le susurró al oído—: Mis más cordiales felicitaciones, general. En la carta hay una sorpresa para ti. Se te nombra Protector del Pueblo. Eso quiere decir que serás nuestro próximo emperador.

En realidad Seyano no había esperado que Tiberio viajase a Roma, pero estaba muy ansioso por su reciente silencio. Corrió, jubiloso, a la casa del Senado.

Macro ordenó a los guardias que le prestaran atención.

—Muchachos —dijo—, el emperador acaba de nombrarme su general, en lugar de Seyano. He aquí mi nombramiento. Debéis volver en el acto al campamento, relevados de todas las obligaciones de guardia. Cuando lleguéis allí, decidles a los demás que Macro es ahora el comandante, y que habrá treinta piezas de oro para todos los hombres que sepan obedecer órdenes. ¿Quién es el capitán más antiguo? ¿Tú? Llévate a los hombres pero no hagas mucho alboroto.

Los guardias se fueron y Macro llamó al comandante de los Custodios, que ya había sido prevenido, y le ordenó que estableciese una guardia. Luego entró detrás de Seyano, entregó la carta a los cónsules y salió enseguida, antes de que hubiesen leído una sola palabra. Una vez

convencido de que los Custodios estaban bien distribuidos, corrió tras los guardias que regresaban al campamento, para tener la seguridad de que no se producirían disturbios.

Entretanto la noticia del nombramiento de Seyano como Protector del Pueblo había circulado por el Senado y todos comenzaron a aplaudirle y a felicitarle. El cónsul de mayor edad pidió orden y empezó a leer la carta. Comenzaba con las habituales excusas de Tiberio por no concurrir a la reunión —exceso de trabajo y mala salud— y continuaba analizando temas generales. Luego se quejaba levemente del apresuramiento de Seyano en la preparación del proceso del ex gobernador sin contar con pruebas adecuadas. Aquí Seyano sonrió, porque estos refunfuños de Tiberio habían sido siempre el preludio de la concesión de algún nuevo honor. Pero la carta continuaba en el mismo tono de reproche, párrafo tras párrafo, con severidad cada vez mayor, y la sonrisa abandonó lentamente el rostro de Seyano. Los senadores que habían estado vitoreándolo guardaron silencio y se sintieron desconcertados, y uno o dos de ellos, que estaban sentados cerca, buscaron alguna excusa y se fueron al otro lado del salón. La carta terminaba diciendo que Seyano se había hecho culpable de graves irregularidades, que dos de sus amigos, su tío Julio Bleso, que había triunfado sobre Tacfarinas, y otro, debían, en su opinión, ser castigados, y que el propio Seyano tenía que ser arrestado. El cónsul, que la noche anterior había sido advertido por Macro acerca de lo que Tiberio quería que hiciera, llamó entonces:

—¡Seyano, ven aquí!

Seyano no podía dar crédito a sus oídos. Había estado esperando el final de la carta y su nombramiento como Protector. El cónsul tuvo que llamarlo dos veces antes de que entendiera.

—¿Yo? ¿Me llamas a mí?

En cuanto sus enemigos se dieron cuenta de que Seyano había caído, empezaron a abuchearlo y a silbarle. Y sus amigos y parientes, cuidando de su propia seguridad, se les unieron. De pronto se encontró sin un solo partidario. El cónsul formuló la pregunta de si se seguiría el consejo del emperador. «¡Sí, sí!», rugió todo el Senado. Se llamó al comandante de los Custodios, y cuando Seyano vio que sus guardias habían desaparecido y que los Custodios ocupaban su lugar, supo que estaba perdido. Lo llevaron a la cárcel, y el populacho, que se había enterado de lo que sucedía, se apiñó en su derredor, le gritó y le arrojó desperdicios. Se cubrió la cara con la túnica, pero lo amenazaron con matarlo si no se la descubría, y cuando obedeció volvieron a lanzarle las basuras con más fuerza. Esa misma tarde el Senado, viendo que no había guardias cerca y que la multitud amenazaba con irrumpir en la cárcel para linchar a Seyano, decidió quedarse con el mérito y lo sentenció a muerte.

Calígula hizo llegar las noticias a Tiberio por medio de señales de faro. Tiberio tenía preparada una flota para llevarlo a Egipto si sus planes fracasaban. Seyano fue ejecutado y su cadáver arrojado por la Escalinata de los Lamentos, donde la plebe lo injurió durante tres días. Cuando llegó el momento de que lo lanzaran al Tíber con un gancho clavado en la garganta, el cráneo había sido llevado a los baños públicos y usado como pelota, y sólo quedaba la mitad del tronco. Las calles de Roma estaban sembradas con los miembros rotos de sus innumerables estatuas.

Los hijos que había tenido con Apicata fueron ejecutados por decreto. Había un joven mayor de edad, otro menor que él y la joven que había estado prometida con mi hijo Drusilo; ahora tenía catorce años de edad. El chico menor de edad no podía ser legalmente ejecutado, por lo que, siguiendo un procedimiento de la guerra civil, le hicieron ponerse para la ocasión su túnica viril. Como la joven era virgen, estaba aún más fuertemente protegida por la ley. No existían precedentes para la ejecución de una virgen cuyo único delito consistía en ser hija de su padre. Cuando la llevaron a la cárcel no entendió lo que sucedía y gritó: «¡No me llevéis a la cárcel! ¡Azotadme si queréis, y no volveré a hacerlo!».

Al parecer tenía alguna travesura infantil sobre la conciencia. Macro dio orden de que, para evitar la mala suerte que caería sobre la ciudad si la ejecutaban cuando todavía era virgen, el verdugo la violara. En cuanto me enteré de esto, me dije: «Roma, estás arruinada. No puede haber expiación para un crimen tan horrible», y puse a los dioses por testigos de que, si bien era un pariente del emperador, no había tomado parte en el gobierno de mi país y que detestaba el crimen tanto como ellos, aunque fuera impotente para vengarlo.

Cuando se le dijo a Apicata lo que había sucedido con sus hijos, y cuando vio a la multitud insultando los cadáveres en la Escalinata, se suicidó. Pero primero escribió una carta a Tiberio diciéndole que Cástor había sido envenenado por Livila, y que ésta y Seyano habían tratado de usurpar la monarquía. Culpaba a Livila de todo. Mi madre no estaba enterada de lo del asesinato de Cástor. Tiberio la llamó a Capri, le agradeció sus grandes servicios y le mostró la carta de Apicata. Le dijo que podía pedir cualquier recompensa razonable. Mi madre respondió que la única recompensa que pediría era que el nombre de la familia no fuese deshonrado: que su hija no fuese ejecutada ni su cadáver arrojado por la Escalinata.

—¿Cómo habrá que castigarla, entonces? —preguntó Tiberio con sequedad.

—Entrégamela a mí —dijo mi madre—. Yo la castigaré.

Por consiguiente no se juzgó a Livila en público. Mi madre la encerró en una habitación próxima a la suya y la condenó a morir de hambre. Escuchó sus gritos y maldiciones día tras día, noche tras noche, cada

vez más débiles. Pero la mantuvo allí, y no en algún sótano donde no se la pudiera escuchar, hasta que murió. No lo hizo así por el placer de la tortura, porque le resultaba indeciblemente doloroso, sino como un castigo contra sí misma por haber engendrado una hija tan abominable.

A la muerte de Seyano siguió toda una serie de ejecuciones de todos sus amigos que no se habían apresurado a pasarse al otro bando, y de muchos que lo habían hecho. Los que no se adelantaron a la ejecución suicidándose fueron lanzados por la roca Tarpeya, en el Capitolio. Se confiscaron sus propiedades. Tiberio pagó muy poco a los acusadores; se estaba volviendo tacaño. Por consejo de Calígula presentó acusaciones contra los delatores que más debían beneficiarse, con lo que también pudo confiscar sus propiedades. En esa época murieron unos sesenta senadores, doscientos caballeros y mil o más hombres del pueblo. Mi alianza por matrimonio con la familia de Seyano habría podido muy bien costarme la vida, si no hubiese sido el hijo de mi madre. Se me permitió divorciarme de Elia y quedarme con la octava parte de su dote. En realidad se la devolví toda. Seguramente, me tomó por tonto. Pero lo hice a modo de compensación por haberle arrebatado a nuestra hijita Antonia en cuanto nació. Porque Elia había aceptado quedar embarazada por mí no bien sintió que la posición de Seyano se volvía incierta. Pensó que eso la protegería si él caía; Tiberio no podía ejecutarla mientras estuviese embarazada con el hijo de su sobrino. A mí me alegró mi divorcio de Elia, pero no la habría despojado de su hija si mi madre no hubiese insistido en ello. Mi madre quería a Antonia para sí, para poder criarla; ansia de abuela, lo llamó.

El único miembro de la familia de Seyano que escapó con vida fue su hermano, y eso por el extraño motivo de que se había burlado en público de la calvicie de Tiberio. En el último festival anual en honor de Flora, que él presidía, empleó sólo a hombres calvos para ejecutar las ceremonias, que se prolongaron hasta la noche, y los espectadores salieron del teatro a la luz de antorchas transportadas por cinco mil niños con la cabeza afeitada. Tiberio fue informado de ello, en presencia de Nerva, por un senador que lo visitaba, y nada más que para producir una buena impresión a Nerva, dijo: «Lo perdono. Si a Julio César no le molestaban las bromas sobre su calvicie, ¿por qué deberían molestarme a mí?».

Supongo que cuando Seyano cayó, Tiberio decidió, por el mismo tipo de capricho, renovar su magnanimidad.

Pero Helena fue castigada por haberse fingido enferma, y para ello se la casó con Blando, un individuo vulgarísimo cuyo abuelo, un caballero de provincias, había llegado a Roma como profesor de retórica. Esta fue considerada una actitud mezquina por parte de Tiberio, porque Helena era su nieta y con esa alianza deshonraba a su propia casa. Se decía que no había que remontarse mucho en el linaje de Blando para encontrar esclavos.

Tiberio se dio cuenta entonces de que los guardias, a quienes pagó cincuenta piezas de oro, y no treinta, como había prometido Macro, constituían su única defensa segura contra el pueblo y el Senado. Le dijo a Calígula: «No hay en Roma un solo hombre que no quisiera hacerme añicos».

Los guardias, para demostrar su lealtad a Tiberio, se quejaron de que se los había ofendido al preferir a los Custodios como escolta de Seyano en la cárcel, y en señal de protesta salieron del campamento para saquear los suburbios. Macro los dejó divertirse toda la noche, pero cuando al alba del día siguiente se tocó a reunión, los hombres que no volvieron en el término de dos horas fueron muertos a azotes.

AÑO 32 d. de C.

Después de un tiempo Tiberio decretó una amnistía. Nadie podía ser ejecutado ahora por haber tenido vinculaciones políticas con Seyano, y si alguien quería guardar luto por él, recordando sus buenas acciones ahora que sus maldades habían sido plenamente castigadas, no habría objeciones a que lo hiciera. Muchos hombres así lo hicieron, suponiendo que eso era lo que Tiberio quería, pero supusieron mal. Pronto fueron procesados, frente a acusaciones perfectamente infundadas, siendo la más común la de incesto. Todos fueron ejecutados. Podrá preguntarse cómo es que después de esa matanza quedaban todavía senadores y caballeros. La respuesta es que Tiberio mantenía las órdenes completas por medio de una constante promoción. El nacimiento en libertad, buenos antecedentes y tantos millares de piezas de oro eran las únicas calificaciones para el ingreso en la Noble Orden de los Caballeros, y siempre había candidatos en abundancia, si bien la cuota de iniciación era crecida. Tiberio se había vuelto más codicioso que nunca; esperaba que los hombres de dinero le dejasen por lo menos la mitad de su fortuna en sus testamentos, y si no lo hacían declaraba los testamentos técnicamente inválidos sobre la base de cualquier defecto legal, con lo que los herederos no recibían nada. No empleaba prácticamente dinero alguno en obras públicas, ni siquiera en el templo de Augusto, y regateaba las distribuciones gratuitas de cereales y las asignaciones para diversiones públicas. Pagaba a los ejércitos con regularidad, y eso era todo. En cuanto a las provincias, ya no intervenía en ellas, mientras los impuestos y tributos llegasen con regularidad. Ni siquiera se molestaba en nombrar nuevos gobernadores cuando morían los antiguos. Una vez llegó una delegación de españoles para quejarse de que hacía cuatro años que no tenían gobernador y el personal del último saqueaba descaradamente toda la provincia. Tiberio dijo: «No estáis pidiendo un nuevo gobernador, ¿verdad? Porque un nuevo gobernador sólo llevaría consigo un nuevo personal, y entonces estarán en peor situación que antes. Les contaré algo. Una vez había un hombre gravemente herido, echado en el campo de batalla, esperando a un cirujano que le vendase las heridas, que estaban cubiertas de moscas. Un camarada con heridas leves vio las moscas y quiso ahuyentarlas. “Oh, no —exclamó el otro—, ¡no hagas eso! Estas moscas están casi ahítas con mi sangre y ya no me molestan tanto como al principio. Si las

echas, su lugar será ocupado por otras más hambrientas, y entonces estaré perdido”».

Permitió que los partos asolaran Armenia, y que las tribus trasdanubianas invadieran los Balcanes, y que los germanos hicieran incursiones, a través del Rin, en Francia. Confiscó las propiedades de algunos jefes aliados y reyezuelos de Francia, España, Siria y Grecia, usando los pretextos más baladíes. Alivió a Vonones de su tesoro —se recordará que Vonones era el ex rey de Armenia por quien mi hermano Germánico riñó con Gneo Pisón—, para lo cual envió agentes para ayudarlo a escapar de la ciudad de Cilicia donde Germánico lo había confinado bajo vigilancia, y luego lo hizo perseguir y asesinar.

Por esa época los delatores empezaron a acusar a los prestamistas de cobrar un interés superior al legal sobre los préstamos; lo único que se les permitía cobrar era el uno y medio por ciento. El reglamento correspondiente había caído en desuso hacía tiempo, y muy pocos senadores eran inocentes de su violación. Pero Tiberio confirmó su validez. Una delegación se entrevistó con él y le rogó que se le concediese a todo el mundo un año y medio para adaptar sus finanzas personales de modo que concordasen con la letra de la ley, y Tiberio, como un gran favor, accedió. El resultado fue que todas las deudas fueron reclamadas en el acto, cosa que provocó una gran escasez de dinero en efectivo. Las grandes acumulaciones de oro y plata hechas por Tiberio, que permanecían ociosas en el Tesoro, habían sido las responsables de la elevación de la tasa de interés, y se produjo un pánico financiero y los bienes inmuebles cayeron a menos que nada. Tiberio se vio obligado a aliviar la situación prestando a los banqueros un millón de piezas de oro del dinero público, sin intereses, para pagar a los que solicitaban préstamos con la garantía de tierras. Ni siquiera habría hecho eso a no ser por el consejo de Coccio Nerva. Todavía consultaba de vez en cuando a Nerva que, como vivía en Capri, donde se le mantenía cuidadosamente alejado del escenario de las orgías de Tiberio, y recibía muy pocas noticias de Roma, era quizás el único hombre del mundo que continuaba creyendo en su bondad. Le explicó a Nerva (Calígula me lo contó unos años después) que sus pintarrajeados favoritos eran pobres huérfanos de los que se había apiadado, la mayoría de ellos un poco chiflados, cosa que explicaba la forma extraña en que se vestían y se comportaban. ¿Pero era posible que Nerva fuese tan ingenuo como para creer en esa explicación, y tan miope?



XXVIII



De los últimos cinco años del reinado de Tiberio, cuanto menos se diga mejor será. No puedo escribir en detalle sobre Nerón, condenado a morir lentamente de hambre; ni de Agripina, que se alegró con la noticia de la caída de Seyano, pero que cuando vio que ello no mejoraba en nada las cosas se negó a comer y durante un tiempo fue alimentada por la fuerza, y al cabo se la dejó morir, como quería; o de Galo, que murió de consunción; o de Druso, que, sacado un tiempo antes de su buhardilla en palacio y trasladado a un oscuro sótano, fue encontrado muerto con la boca llena de borra de lana del colchón, que había estado mascando, acuciado por el hambre. Pero debo decir por lo menos que Tiberio escribió cartas al Senado regocijándose por la muerte de Agripina y Nerón —ahora la acusaba a ella de traición y de adulterio con Galo— y lamentando, en el caso de Galo, que la urgencia de los asuntos públicos le hubiese obligado a postergar constantemente su proceso, de modo que murió antes de que se pudiese demostrar su culpabilidad. En cuanto a Druso, escribía que este joven era el bribón más lascivo y traicionero que jamás había conocido. Ordenó que el capitán de la guardia que

había estado a cargo de su vigilancia leyese en público un acta de las afirmaciones traicioneras que Druso había hecho mientras se encontraba en la cárcel. Nunca se leyó en el Senado un documento tan penoso. Por las observaciones de Druso resultaba claro que había sido castigado, torturado e insultado por el capitán, por los soldados y aun por los esclavos, y que cada día se le daba menos comida y bebida, migaja a migaja y gota a gota. Tiberio llegó a ordenar al capitán que leyera la última maldición que pronunció Druso antes de morir. Era una salvaje pero bien expresada imprecación, en la que acusaba a Tiberio de avaricia, traición, obscenidad y regodeo en la tortura, de haber asesinado a Germánico y a Póstumo, y de toda una serie de otros delitos (gran parte de los cuales había cometido, pero ninguno de los cuales fue mencionado en público hasta entonces). Pedía a los dioses que los inmensos sufrimientos y congojas que Tiberio había causado a los demás cayesen sobre él con fuerza cada vez mayor, mientras durmiera o en la vigilia, noche y día, durante toda su vida, y que lo torturasen eternamente desde el día del Juicio infernal. Los senadores interrumpieron la lectura con exclamaciones de fingido horror ante la traición de Druso, pero esos «oh» y gemidos ocultaban su turbación por el hecho de que Tiberio les proporcionase voluntariamente tales revelaciones de su perversidad. Tiberio se tenía mucha lástima en esos días (según lo supe después por boca de Calígula), estaba atormentado por el insomnio y los temores supersticiosos, y anhelaba la simpatía del Senado. Le dijo a Calígula, con lágrimas en los ojos, que el asesinato de sus parientes le había sido impuesto por sus ambiciones y por la política que había heredado de Augusto (dijo Augusto, no Livia), de anteponer la tranquilidad del imperio a sus sentimientos personales. Calígula, que nunca había mostrado la menor señal de pena o cólera por el trato que imponía Tiberio a su madre o sus hermanos, se condolió con el anciano y luego le habló de un nuevo tipo de vicio que había conocido recientemente por algunos sirios. Esa clase de conversaciones era la única manera de alegrar a Tiberio cuando tenía ataques de remordimiento. Lépida, que había traicionado a Druso, no le sobrevivió mucho tiempo. Fue acusada de adulterio con un esclavo, y como no pudo negar la acusación (porque la encontraron en la cama con él), se suicidó.

Calígula pasaba la mayor parte de su tiempo en Capri, pero de vez en cuando iba a Roma, en nombre de Tiberio, para vigilar a Macro. Este hacía ahora todo el trabajo de Seyano, y con suma eficacia, pero fue lo bastante sensato como para hacerle saber al Senado que no deseaba que se le votaran honores y que cualquier senador que los propusiera sería procesado por alguna acusación de traición, incesto o falsificación. Tiberio había indicado a Calígula como su sucesor por varios motivos. El primero era que la popularidad de Calígula como hijo de Germánico hacía que la gente se portase lo mejor posible, por miedo a que cualquier disturbio fuese castigado con su muerte. El segundo consistía en que Calígula era un excelente servidor y una de las pocas personas lo bastante malvadas para hacer que, en comparación, Tiberio se sintiese un hombre virtuoso. El tercero era que no creía que Calígula llegase a ser emperador. Porque Trásilo, en quien continuaba confiando absolutamente (ya que nunca sucedió nada que contrariase sus

predicciones), le había dicho: «Calígula no puede llegar a ser emperador, lo mismo que no puede galopar a través de la bahía, desde Baias hasta Puteoli». También le había dicho: «Dentro de diez años Tiberio César seguirá siendo emperador».

Esto resultó ser cierto, pero se trataba de otro Tiberio César.

Tiberio sabía muchas cosas, pero Trásilo le ocultaba algunas. Por ejemplo, conocía el destino de su nieto Gemelo, que en realidad no era su nieto porque el padre no era Cástor, sino Seyano. Un día le dijo a Calígula: «Te nombro mi principal heredero. Mi segundo heredero será Gemelo, por si tú mueres, pero esto no es más que una formalidad. Sé que matarás a Gemelo, pero entonces otros te matarán a ti».

Decía esto con la esperanza de sobrevivirlos a ambos. Y luego agregó, repitiendo una cita de una tragedia griega: «Cuando haya muerto, que el Fuego y la Tierra se confundan».

Pero Tiberio no había muerto aún. Los delatores continuaban trabajando y cada año eran ejecutadas más personas. Apenas quedaba un senador que hubiese ocupado su puesto desde los días de Augusto. Macro tenía mucha más sed de sangre y muchos menos escrúpulos en cuanto a derramarla que Seyano. Este por lo menos era hijo de un caballero; el padre de Macro había nacido esclavo. Entre las nuevas víctimas se contaba Plancina, que, ahora que Livia había muerto, no tenía a nadie que la protegiera. Se la acusó una vez más de envenenar a Germánico, porque tenía bastante dinero. Tiberio no permitió que la procesaran hasta que murió Agripina, porque si ésta se hubiese enterado de la noticia se habría alegrado. Yo no me afligí cuando supe que el cadáver de Plancina había sido arrojado por la Escalinata, aunque se anticipó a la ejecución suicidándose.

Un día, mientras cenaba con Tiberio, Nerva le pidió que lo perdonase; le explicó que no sentía apetito y no quería comer. Durante todo ese tiempo había gozado de perfecta salud y ánimo, y parecía contento con la vida recoleta de Capri. Al principio Tiberio pensó que Nerva había tomado una purga la noche anterior y quería hacer descansar el estómago, pero cuando continuó con su ayuno el segundo y tercer día, comenzó a temer que hubiera decidido suicidarse por hambre. Se sentó al lado de Nerva y le rogó que le dijese por qué no comía. Pero Nerva sólo volvió a disculparse y le dijo que no sentía hambre. Tiberio pensó que quizás estuviese disgustado con él por no haber seguido antes su consejo de impedir la crisis económica.

—¿Comerías con mejor apetito —le preguntó— si derogase todas las leyes que limitan el interés sobre los préstamos a una cifra que tú consideras demasiado baja?

—No, no se trata de eso —respondió Nerva—. Es que no tengo hambre.

Al día siguiente Tiberio le dijo:

—Le he escrito al Senado. Alguien me ha dicho que dos o tres hombres se ganan la vida como delatores profesionales de los delincuentes. Jamás se me ocurrió que recompensando la lealtad al Estado estimularía a los hombres a que empujasen a sus amigos al delito para luego traicionarlos pero parece que esto ha sucedido en más de un caso. Le he dicho al Senado que ejecute de inmediato a todas las personas de quienes pueda demostrarse que se ganan la vida por medio de una conducta tan infame. ¿Quizás ahora querrás comer algo?

Cuando Nerva se lo agradeció y alabó su decisión pero manifestó que seguía sin apetito, Tiberio se sintió deprimido.

—Si no comes te morirás, Nerva, ¿y qué haré yo entonces? Ya sabes cuánto valoro tu amistad y tus consejos políticos. Por favor, te lo ruego: come. Si te murieras, el mundo pensaría que la culpa ha sido mía, o por lo menos que te dejaste morir por odio hacia mí. ¡Oh, no te mueras, Nerva! Eres el único verdadero amigo que me queda.

—Es inútil que me pidas que coma, César —respondió Nerva—. Mi estómago rechaza todo lo que le doy. Y es imposible que nadie diga cosas tan perversas como las que sugieres. Todos saben qué gobernante tan sabio y qué hombre tan bondadoso eres, y estoy seguro de que no tienen motivos para considerarme desagradecido ¿verdad? Si tengo que morir, moriré, y eso es todo. La muerte es el destino común de todos los hombres, y por lo menos tendré la satisfacción de no sobrevivirte.

Tiberio no se dejó convencer, pero pronto Nerva estuvo demasiado débil para contestar a sus preguntas: murió al noveno día.

AÑO 36 d. de C.

También murió Trásilo. Su muerte fue anunciada por un lagarto. Era un lagarto pequeñito y atravesó corriendo la mesa de piedra donde Trásilo desayunaba con Tiberio, al sol, y se le subió al índice, Trásilo le preguntó: «¿Has venido a llamarme, hermano? Te esperaba a esta hora». Luego, volviéndose hacia Tiberio le dijo «Mi vida ha terminado, César, ¡adiós! Nunca te dije una mentira, tú me dijiste muchas. Pero ten cuidado cuando tu lagarto te traiga la advertencia».

Cerró los ojos y unos instantes después había muerto.

Ahora bien Tiberio tenía como favorito al animal más exótico que nunca se hubiese visto en Roma. Las jirafas provocaron admiración cuando se las vio por primera vez, lo mismo que los rinocerontes, pero ése, aunque no tan grande, era mucho más fabuloso. Provenía de una isla situada más allá de la India llamada Java, un lagarto escamoso de casi tres metros de largo, de horrible cabeza y larga lengua veloz. Cuando lo vio por primera vez dijo que no volvería a mostrarse escéptico en cuanto a los monstruos que según se decía habían matado Hércules y Teseo. Se lo llamaba Dragón, Tiberio lo alimentaba todos los días con cucarachas, ratones muertos y sabandijas por el estilo. Tenía un olor desagradable,

hábitos asquerosos y un temperamento perverso. El dragón y Tiberio se entendían a la perfección. Éste pensó que Trásilo había querido decir que el animal lo mordería algún día, de modo que lo metió en una jaula con barrotes demasiado estrechos como para que asomara la cabeza entre ellos.

AÑO 37 d. de C.

Tiberio tenía entonces setenta y ocho años, y el constante uso de la mirra y otros afrodisíacos similares lo había debilitado. Pero se vestía con elegancia y trataba de comportarse como un hombre que no hubiese pasado de la mediana edad. Se había cansado de Capri, ahora que Nerva y Trásilo ya no estaban con él, y a principios de marzo del año siguiente decidió desafiar al destino y visitar Roma. Partió hacia allí en cómodas etapas; su última parada fue una casa de campo en la vía Apia, a la vista de las murallas de la ciudad. Pero al día siguiente el dragón le proporcionó la advertencia profetizada. Tiberio fue a alimentarlo al mediodía y lo encontró echado en la jaula, muerto, con una gran cantidad de hormigas negras corriéndole por todo el cuerpo, tratando de arrancarle trocitos de carne blanda. Lo tomó como una señal de que si continuaba avanzando hacia la ciudad moriría como el dragón, y la multitud lo haría pedazos. De modo que regresó de prisa. Pescó un enfriamiento viajando con un ventarrón del este, y empeoró cuando concurrió a unos Juegos organizados por los soldados de la guarnición de un pueblo por el que pasó. Soltaron un jabalí salvaje y le pidieron que le lanzara una jabalina desde su palco. Arrojó una y erró, se sintió disgustado y pidió otra. Siempre se había jactado de su habilidad con la jabalina, y no quería que los soldados pensaran que la vejez lo había vencido. Se acaloró y excitó, al arrojar jabalina tras jabalina, tratando de herir al jabalí desde una distancia imposible, y finalmente tuvo que abandonar la tentativa, agotado. El jabalí estaba intacto, y Tiberio ordenó que lo pusieran en libertad, como recompensa por su habilidad para eludir sus tiros.

El enfriamiento se le asentó en el hígado, pero continuó viajando de vuelta a Capri. Llegó a Miseno, que se encuentra en el extremo más cercano de la bahía de Nápoles. La flota occidental tenía allí su amarradero. Tiberio se disgustó al encontrar el mar tan picado que resultaba imposible cruzarlo. Pero tenía una espléndida casa de campo en el promontorio de Miseno, otrora había pertenecido al famoso epicúreo Lúculo. Se alojó en ella con su séquito. Calígula lo había acompañado, lo mismo que Macro, y para demostrar que no le ocurría nada Tiberio ofreció un gran banquete a los funcionarios locales. El festín estaba avanzado cuando el médico particular de Tiberio le pidió permiso para salir de la sala y atender algunos asuntos personales. Ciertas hierbas, según es sabido, tienen mayores virtudes cuando son recogidas a medianoche, o cuando la luna se encuentra en tal y cual posición, y Tiberio estaba acostumbrado a que su médico se levantara de la mesa durante las comidas para ocuparse de esas cosas. Tomó la mano de Tiberio para besarla, pero la retuvo más tiempo del necesario. Tiberio pensó, correctamente, que el médico le estaba tomando el pulso

para ver cuán débil se encontraba, de modo que le hizo volver a sentarse en castigo y continuó con el banquete durante todo el resto de la noche, para demostrar que no estaba enfermo. Al día siguiente se encontraba en estado de postración, y por Miseno circuló la noticia, difundida luego en Roma, de que estaba a punto de morir.

Ahora bien, Tiberio había dicho a Macro que quería que se encontrasen pruebas de traición contra ciertos destacados senadores a quienes odiaba, y le había ordenado que obtuviese la condena de los mismos por los medios que prefiriera. Macro los incluyó a todos como cómplices en una acusación que preparaba contra una mujer que lo había agraviado, la esposa de un ex agente de Seyano que había rechazado sus proposiciones. Todos fueron acusados de adulterio con ella y de pronunciar el nombre de Tiberio en vano. Amedrentando a libertos y torturando a esclavos, Macro consiguió las pruebas necesarias; para entonces los libertos y los esclavos habían perdido la tradición de fidelidad hacia sus amos. Comenzó el juicio. Pero los amigos de los acusados advirtieron que aunque el propio Macro dirigía el interrogatorio de los testigos y la tortura de los esclavos, no se veía sobre la mesa la habitual carta imperial, aprobatoria de sus acciones. Llegaron entonces a la conclusión de que quizás Macro había agregado a la lista que le dio Tiberio uno o dos enemigos propios. La víctima principal de esas acusaciones evidentemente absurdas era Arruncio, el miembro más antiguo y más digno del Senado. Un año antes de su muerte, Augusto había dicho que en ausencia de Tiberio habría sido la única alternativa posible para la elección de emperador. Tiberio ya había tratado una vez de condenarlo por traición, pero sin éxito. El anciano Arruncio era el único lazo de unión que quedaba con la era de Augusto. Por esa circunstancia se habían desatado sentimientos tan enérgicos contra sus acusadores, aunque se creía que actuaban por instigación de Tiberio, que los condenados fueron ellos mismos. Quedaron convictos de perjurio, y se les condenó a muerte. Se sabía que recientemente Macro había disputado con Arruncio por motivos de dinero, de modo que el juicio fue postergado hasta que Tiberio hubiese confirmado el nombramiento de Macro. Tiberio no contestó la pregunta del Senado, de modo que Arruncio y los demás estaban desde hacía algún tiempo en la cárcel. Al cabo Tiberio envió la confirmación necesaria y se fijó el día para el nuevo juicio. Arruncio estaba decidido a suicidarse antes de que terminase el proceso para que no le confiscasen sus propiedades y sus nietos no quedasen arruinados. Se despedía de unos viejos amigos cuando llegó la noticia de la grave enfermedad de Tiberio. Sus amigos le pidieron que postergase el suicidio hasta el último momento, porque si las noticias eran ciertas tenía muchas posibilidades de sobrevivir a Tiberio y ser perdonado por su sucesor. Arruncio replicó: «No, he vivido demasiado tiempo. Mi vida fue demasiado difícil en la época en que Tiberio compartía su poder con Livia. Resultó casi intolerable cuando lo compartió con Seyano. Pero Macro ha demostrado ser más canalla aún que Seyano, y fijaos en lo que os digo, la educación que ha recibido Calígula en Capri lo convertirá en un emperador aún peor que Tiberio. En mi vejez no puedo convertirme en esclavo de un nuevo amo como él».

Tomó un cortaplumas y se seccionó la arteria de la muñeca. Todos se sintieron muy conmovidos, porque Calígula era un héroe popular, y se esperaba que fuese un segundo Augusto, o mejor todavía que éste. Nadie pensó en censurarlo por su fingida lealtad a Tiberio. Por el contrario, se le admiró por su astucia, que le había hecho sobrevivir a sus hermanos, y por ocultar tan bien lo que se suponía que eran sus verdaderos sentimientos.

Entretanto, Tiberio había caído en coma, con el pulso casi detenido. Su médico le dijo a Macro que dos días más, como mucho, era lo único que le quedaba por vivir. Toda la corte estaba alborotada. Macro y Calígula se entendían a la perfección. Calígula respetaba la popularidad de aquél entre los guardias, y éste respetaba la popularidad de que gozaba Calígula ante los ojos de la nación toda. Cada uno contaba con el respaldo del otro. Además Macro estaba en deuda con Calígula por su ascenso al poder, y Calígula tenía relaciones amorosas con la esposa de Macro, que éste había tenido la gentileza de tolerar. Tiberio ya había hecho unos agrios comentarios sobre la amistad de Macro con Calígula, diciéndole: «Haces bien en abandonar al sol poniente por el naciente».

Macro y Calígula comenzaron a enviar mensajes a los comandantes de los distintos regimientos y ejércitos, para decirles que el emperador se moría y que había designado a Calígula como su sucesor; le había entregado su anillo de sello. Es cierto que, en un intervalo de lucidez, Tiberio hizo llamar a Calígula y se quitó el anillo del dedo. Pero cambió de idea y volvió a ponérselo, y luego entrelazó los dedos de ambas manos, como para impedir que nadie se lo robase. Cuando volvió a caer en la inconsciencia y no dio más señales de vida, Calígula le quitó sigilosamente el anillo, y ahora se pavoneaba con él, enseñándolo a todos los que encontraba y aceptando felicitaciones y reverencias.

Pero Tiberio no había muerto aún. Gimió, se retorció, se incorporó y llamó a su ayuda de cámara. Estaba debilitado debido a su largo ayuno, pero por lo demás seguía siendo el mismo de siempre. Era una broma que ya había hecho antes, esa de parecer muerto y volver a revivir. Llamó una vez más. Nadie lo escuchó. Los ayudantes de cámara estaban todos en la despensa, bebiendo a la salud de Calígula. Pero pronto apareció un esclavo emprendedor para ver si podía robar algo de la habitación mortuoria, en ausencia de los demás. El cuarto estaba a oscuras, y Tiberio le dio el susto de su vida al gritar de pronto: «¿Dónde están los lacayos, por todos los infiernos? ¿No me han oído llamar? ¡Quiero pan y queso, y una tortilla, un par de chuletas y un vaso de vino de Quíos ahora mismo! ¡Y por mil Furias! ¿Quién me ha robado mi anillo?».

El esclavo salió corriendo de la habitación y casi tropezó con Macro, que pasaba en ese momento.

«El emperador está vivo, señor, y pide comida y su anillo», logró articular.

La noticia corrió por palacio, y se produjo una escena ridícula. Los que estaban apiñados en torno a Calígula se dispersaron en todas direcciones. Se escucharon gritos de: «¡Gracias a Dios, la noticia era falsa! ¡Viva Tiberio!».

Calígula se encontraba en un desdichado estado de vergüenza y terror. Se quitó el anillo y buscó algún lugar para ocultarlo.

Sólo Macro conservó la serenidad.

«Es una mentira estúpida —gritó—. El esclavo debe haberse vuelto loco. ¡Hazlo crucificar, César! Hace una hora dejamos muerto al antiguo emperador».

Musitó algo a Calígula, quien asintió con alivio agradecido. Luego se precipitó hacia la habitación de Tiberio. Este se encontraba en pie, maldiciendo, gimiendo y trastabillando débilmente hacia la puerta. Macro lo tomó en sus brazos, lo arrojó sobre la cama y lo ahogó con una almohada. Calígula estaba junto a él.

Los prisioneros que habían sido encarcelados junto con Arruncio fueron puestos en libertad, aunque la mayoría desearon luego haber seguido su ejemplo. Había, además, unos cincuenta hombres y mujeres que habían sido acusados de traición en un grupo separado. No tenían influencia alguna en el Senado, ya que eran en su mayor parte tenderos que no se habían mostrado dispuestos a pagar el «dinero de protección» que los capitanes de Macro cobraban ahora en todos los barrios de la ciudad. Fueron juzgados y condenados, y tenían que ser ejecutados el 16 de marzo. Pero Calígula se encontraba en Miseno y no se podía apelar a él con tiempo, y el gobernador de la cárcel tenía miedo de perder su puesto si cargaba sobre sí la responsabilidad de postergar las ejecuciones. Por lo tanto los mataron y sus cadáveres fueron arrojados por la Escalinata, en la forma acostumbrada.

Esa fue la señal para un estallido de cólera popular contra Tiberio.

«Pica como una avispa a punto de morir», gritó alguien.

Se reunieron multitudes en las esquinas, para efectuar solemnes servicios de conminación —bajo la dirección de los jefes de barrio—, en los que suplicaron a la Madre y a los Jueces de los Muertos que no diesen paz ni descanso al cadáver y espíritu de ese monstruo hasta el día de la disolución universal. El cadáver de Tiberio fue llevado a Roma bajo una fuerte escolta de guardias. Calígula integraba la procesión como uno de los deudos y todo el mundo corrió a recibirlo, no de luto por Tiberio, sino con ropas festivas, llorando de gratitud al cielo que había conservado con vida a un hijo de Germánico para que los gobernara. Las viejas campesinas exclamaban: «¡Oh, mi dulce, querido Calígula! ¡Nuestro pollito! ¡Nuestro niño! ¡Nuestra estrella!».

A unos pocos kilómetros de Roma se adelantó a fin de efectuar preparativos para la solemne entrada del cadáver en la ciudad. Pero cuando pasó se reunió una enorme multitud y tendió barricadas a través de la vía Apia, con tablones y bloques de piedra de construcción. Cuando llegó la avanzada de la escolta, hubo abucheos y gemidos y gritos de «¡Al Tíber con Tiberio! ¡Arrójalo por la Escalinata! ¡Condenación eterna para Tiberio!». El jefe bramó: «¡Soldados, los romanos no permitiremos que ese cuerpo maldito entre en la ciudad! Nos traerá mala suerte. Lleváoslo de vuelta a Atela y quemadlo allí, a medias, en el anfiteatro».

Tengo que explicar que el quemar a medias un cadáver era el destino habitual de los pobres e infortunados, y que Atela era una ciudad célebre por un tipo de tosca mascarada o farsa campesina que se llevaba a cabo allí durante el festival de la cosecha, todos los años, desde los tiempos más antiguos. Tiberio poseía una casa de campo en Atela y solía concurrir al festival casi siempre. Había convertido la inocente algazara rural en una complicada bajeza. Hizo que los hombres de Atela construyeran un anfiteatro para presentar el espectáculo revisado, que era dirigido por él mismo.

Macro ordenó a sus hombres que cargaran sobre la barricada, muchos ciudadanos resultaron muertos o heridos, y tres o cuatro soldados quedaron inconscientes por las pedradas. Calígula impidió nuevos desórdenes, y el cadáver de Tiberio fue debidamente incinerado en el Campo de Marte. Calígula pronunció la oración fúnebre. Fue una oración formal e irónica, muy apreciada porque había en ella muchas referencias a Augusto y Germánico, pero muy pocas a Tiberio.

Esa noche, en un banquete, Calígula narró un cuento que hizo que todos los presentes llorasen y que le conquistó grandes méritos. Dijo que una mañana temprano, en Miseno, insomne como de costumbre con la pena por el destino inicuo de su madre y sus hermanos, había decidido vengarse al cabo del asesino sucediera lo que sucediere. Tomó la daga que había pertenecido a su padre y entró audazmente en la habitación de Tiberio. El emperador gemía y se revolvía en la cama, en medio de una pesadilla. Calígula levantó lentamente la daga para consumar su venganza, pero de pronto resonó en sus oídos una Voz Divina:

—¡Nieto, detén tu mano! Matarlo sería impío.

Calígula le respondió:

—¡Oh, dios Augusto, él mató a mi madre y mis hermanos, tus descendientes! ¿No debo vengarlos, aun al precio de ser tachado de parricida por todos los hombres?

Augusto le replicó:

—Magnánimo hijo, que serás emperador después, no hace falta que hagas eso. Por orden mía, las Furias se vengan todas las noches por el asesinato de tus seres queridos, mientras él sueña.

Y entonces dejó la daga junto a la cama y salió. Calígula no explicó qué sucedió a la mañana siguiente, cuando Tiberio despertó y vio la daga. Dejó que se supusiera que Tiberio no se había atrevido a mencionar el incidente.



XXIX



Calígula tenía veinticinco años cuando ascendió al trono del imperio. La historia del mundo conoció muy pocas veces —si es que conoció alguna vez— un príncipe aclamado con más entusiasmo, ni príncipe alguno se encontró con una tarea más fácil: sólo tenía que satisfacer los modestos deseos de su pueblo, que sólo quería paz y seguridad. Con un abultado tesoro, ejércitos bien adiestrados, un excelente sistema administrativo, que sólo necesitaba un poco de cuidado para volver a funcionar a la perfección —porque a pesar de la negligencia de Tiberio el imperio continuaba funcionando bastante bien gracias al impulso que le había dado Livia—, con todas esas ventajas, sumadas al legado de cariño y confianza de que gozaba por ser el hijo de Germánico, y al inmenso alivio experimentado ante la desaparición de Tiberio, ¡qué espléndida oportunidad para ser recordado por la historia como «Calígula el Bueno» o «Calígula el Sabio» o «Calígula el Salvador»! Pero es inútil decir estas cosas. Porque si hubiese sido el hombre que la gente creía, no habría sobrevivido a sus hermanos, ni Tiberio lo hubiese elegido como su sucesor. Recuerda, Claudio, cuánto desprecio sentía Atenodoro

por tales contingencias imposibles. Solía decir: «Si el Caballo de Troya hubiese tenido potrillos, hoy en día costaría menos alimentar a los caballos».

Al principio Calígula se divirtió estimulando los absurdos equívocos que todos abrigaban en cuanto a su verdadero carácter —aparte de yo mismo, mi madre, Macro y uno o dos más—, y hasta llegó a hacer un par de cosas concordantes con esa concepción equivocada. También quería consolidarse en su posición. Existían dos obstáculos para su total libertad de acción. Uno era Macro, cuyo poder lo tornaba peligroso. El otro era Gemelo. Porque cuando se leyó el testamento de Tiberio (para conservar el secreto sólo hubo como testigos unos pocos libertos y pescadores analfabetos), se descubrió que el anciano, nada más que para crear problemas, no había designado a Calígula su primer heredero, con Gemelo como segundo por si se producía algún accidente. Los hizo a ambos coherederos, y debían gobernar en años alternos. Pero Gemelo no había llegado a la mayoría de edad, y por lo tanto todavía no se le permitía siquiera entrar en el Senado, en tanto que Calígula era ya magistrado de segundo rango, unos años antes de la edad legal, y pontífice. Por consiguiente el Senado se mostró muy dispuesto a aceptar el punto de vista de Calígula, de que Tiberio no estaba en sus cabales cuando redactó el testamento, y a entregarle todo el poder sin obstáculos. Salvo en el caso de Gemelo, cuya parte de la Lista Civil también retuvo, con el argumento de que ésta era una parte constituyente de la soberanía, Calígula observó todas las demás cláusulas del testamento, y pagó todos los legados sin demora.

Los guardias debían recibir cincuenta piezas de oro por hombre. Para asegurarse su lealtad cuando llegase el momento de eliminar a Macro, Calígula duplicó la suma. Pagó al pueblo de Roma las cuarenta y cinco mil piezas de oro que le habían sido legadas, y agregó tres piezas más por cabeza. Dijo que había tenido la intención de entregarlas cuando llegara a la mayoría de edad, pero que el antiguo emperador se lo había prohibido. Los ejércitos recibieron el mismo legado que bajo el testamento de Augusto, pero esta vez lo recibieron en seguida. Lo que es más: pagó todas las sumas que aún se adeudaban del testamento de Livia, y que los legatarios habían considerado desde hacía tiempo como deudas incobrables. Para mí los dos aspectos más interesantes del testamento de Tiberio eran: el legado específico que me hacía de los libros históricos que me había dejado Polión pero que no me fueron entregados, junto con una cantidad de otros valiosos volúmenes, y la suma de veinte mil piezas de oro. Y un legado para la vestal principal, la nieta de Vipsania, de cien mil piezas de oro, que podía emplear como quisiera. La vestal principal, como nieta del asesinado Galo, fundió el dinero y lo convirtió en un gran cofre de oro para las cenizas de su abuelo.

Con estos legados de Livia y Tiberio me encontraba ahora en buena posición. Calígula volvió a asombrarme pagándome las cincuenta mil que reuní para Germánico en la época del motín; se había enterado de la historia por su madre. No me permitió rechazar el dinero, y dijo que

si presentaba más protestas insistiría en pagarme también los intereses acumulados. Era una deuda que tenía con la memoria de su padre. Cuando le hablé a Calpurnia de mi nueva riqueza, pareció más apenada que alegre.

—No te traerá suerte —dijo—. Es mejor vivir modestamente, como hasta ahora, que correr el riesgo de que los delatores te despojen de toda tu fortuna con una acusación de traición.

Recordarán que Calpurnia era la sucesora de Acte. Era muy astuta para su edad: diecisiete años.

—¿Qué quieres decir, Calpurnia? —le pregunté—. ¿Delatores? Ahora no existen tales cosas en Roma, ni juicios por traición.

—No he tenido noticias de que embarcasen a los delatores en el mismo barco que a los mancebos —replicó.

Porque los pintarrajeados «huérfanos» de Tiberio habían sido desterrados por Calígula. Como gesto público de pureza espiritual envió a todo el grupo a Cerdeña, una isla sumamente insalubre, y les ordenó que trabajasen honradamente para ganarse el sustento, construyendo caminos. Algunos de ellos simplemente cayeron muertos cuando les pusieron picos y palas entre las manos, pero a los demás se les obligó a trabajar a azotes, incluso a los más delicados. Pronto tuvieron una racha de buena suerte. Un navío pirata hizo una repentina incursión, los capturó y se los llevó a Tiro, donde fueron vendidos como esclavos a ricos libertinos orientales.

—Pero no se atreverán a utilizar sus antiguas artimañas, Calpurnia. —Ella dejó a un lado su bordado.

—Claudio, no entiendo de política ni soy una erudita, pero por lo menos sé usar mi ingenio de prostituta y hacer sumas sencillas. ¿Cuánto dinero dejó el viejo emperador?

—Unos veintisiete millones en piezas de oro. Eso es mucho dinero.

—¿Y cuánto ha pagado el nuevo, en legados y regalos?

—Unos tres millones y medio. Sí, por lo menos esa suma.

—¿Y desde que es emperador, cuántas panteras y osos y leones y tigres y toros salvajes y demás ha importado para que los cazadores los maten en los anfiteatros y en el circo?

—Unos veinte mil, quizá. Probablemente más.

—¿Y cuántos otros animales han sido sacrificados en los templos?

—No sé. Calculo que entre cien mil y doscientos mil.

—¡Esos flamencos y antílopes del desierto y cebras y castores británicos tienen que haber costado algo! De manera que entre la compra de todos esos animales y el pago a los cazadores de los anfiteatros, y a los espadachines, por supuesto —me dicen que éstos cobran ahora cuatro veces más que bajo Augusto—, y los banquetes del Estado y los espectáculos teatrales —afirman que cuando volvió a llamar a los actores que el viejo emperador había desterrado, les pagó por todos los años que no trabajaron—. ¡Bonito!, ¿eh? ¡Y el dinero que ha gastado en las carreras de caballos! Bueno, entre una cosa y otra no le debe de quedar mucho de los veinte millones, ¿eh?

—Creo que en ese sentido tienes razón, Calpurnia.

—¡Bueno, siete millones en tres meses! ¿Cómo va a durar el dinero, a ese ritmo, aunque todos los ricachos se murieran y le dejasen sus fortunas? La renta imperial es menor ahora que cuando tu abuela dirigía el asunto y revisaba las cuentas.

—Quizá será más cauto después de la primera excitación de contar con dinero para gastar. Tiene una buena excusa para derrocharlo: dice que el estancamiento del dinero en el Tesoro, bajo Tiberio, ha tenido los efectos más desastrosos sobre el comercio. Quiere volver a poner en circulación unos cuantos millones.

—Bueno, tú lo conoces mejor que yo. Quizá sepa cuándo debe detenerse. Pero si sigue a este ritmo, en un par de años no le quedará un centavo, ¿y quién pagará entonces? Por eso hablé de los delatores y los juicios por traición.

—Calpurnia —dije—, te compraré un collar de perlas mientras tengo todavía el dinero. Eres tan inteligente como hermosa. Y espero que seas igualmente discreta.

—Preferiría el dinero en efectivo —me replicó—, si no tienes inconveniente.

Y al día siguiente le di quinientas piezas de oro. Calpurnia, una prostituta e hija de prostituta, era más inteligente y leal y bondadosa y recta que cualquiera de las cuatro nobles con las cuales me he casado. Pronto comencé a hacerle confidencias sobre mis asuntos privados, y puedo decir que nunca lo lamenté.

En cuanto terminó el funeral de Tiberio, Calígula se embarcó, a pesar del pésimo tiempo, hacia las islas donde habían sido enterrados su madre y su hermano Nerón. Recogió sus restos, semiquemados, y los trajo de vuelta. Los incineró correctamente y los enterró en la tumba de Augusto. Instituyó un nuevo festival anual, con combates a espada y carreras de caballos, en memoria de su madre, y sacrificios anuales a su espíritu y al de sus hermanos. Llamó «Germánico» al mes de

septiembre, así como el anterior había sido llamado Augusto. También acumuló sobre mi madre, en un solo decreto, tantos honores como se le habían concedido a Livia en vida, y la nombró Suma Sacerdotisa de Augusto.

Luego decretó una amnistía general, hizo volver a todos los hombres y mujeres desterrados y puso en libertad a todos los prisioneros políticos. Incluso juntó una gran cantidad de expedientes criminales que se referían a los casos de su madre y sus hermanos y los quemó en público, en la plaza del Mercado, después de jurar que no los había leído y que todos los que hubiesen actuado como delatores o contribuido en alguna otra forma a la muerte de sus seres queridos no debían abrigar temor alguno. Todos los antecedentes de aquella época perversa estaban destruidos. En rigor lo que quemó eran sólo copias; los originales los conservó. Siguió el ejemplo de Augusto y examinó con escrupulosidad los registros de las órdenes, para rechazar a todos los miembros indignos, e imitó el ejemplo de Tiberio, rechazando todos los títulos honoríficos, salvo el de emperador y Protector del Pueblo, y prohibiendo que se colocaran estatuas suyas. Me pregunté cuánto tiempo duraría este talante, y durante cuánto tiempo cumpliría la promesa que había hecho al Senado —en la ocasión en que éste le votó el poder imperial—, de compartir sus poderes con él y de ser su fiel servidor.

Después de seis meses de su monarquía, en septiembre, los cónsules terminaron su mandato, y él ocupó un consulado durante un tiempo. ¿Y a quién se supone que eligió como colega? ¡Pues a mí! Y yo, que veintitrés años antes le había rogado a Tiberio que me concediese honores verdaderos, no vacíos, habría renunciado ahora voluntariamente a mi nombramiento en favor de cualquiera. No porque quisiera volver a escribir (porque acababa de completar y revisar mi historia etrusca, y no tenía comenzada ninguna obra nueva), sino porque casi había olvidado todas las reglas de procedimiento, las fórmulas legales y los precedentes que otrora estudié con tanto ahínco, y porque me sentía incómodo en el Senado. Además, como estaba tan poco en Roma, no sabía de qué hilo era conveniente tirar para que las cosas se hicieran con rapidez, o quiénes eran los hombres de verdadera influencia. Inmediatamente me vi envuelto en problemas con Calígula. Me confió la tarea de hacer confeccionar estatuas de Nerón y Druso, que debían ser instaladas y consagradas en la plaza del Mercado, y la empresa griega a la que se las encargué prometió tenerlas listas para el día fijado para la ceremonia, a principios de diciembre. Tres días antes fui a ver cómo andaban los trabajos. Los granujas ni siquiera habían empezado las estatuas. Presentaron algunas excusas diciendo que el mármol del color adecuado acababa de llegar. Me encolericé (como me sucede a menudo en ocasiones de esta clase, aunque mi cólera no dura mucho tiempo) y les dije que si no ponían a los obreros a trabajar en los bloques, noche y día, haría que toda la empresa —dueño, gerentes y obreros— fuese expulsada de la ciudad. Quizá los puse nerviosos, porque si bien Nerón quedó terminado la tarde anterior al día de la ceremonia —y la estatua tenía mucho parecido con él—, un escultor descuidado rompió la mano de Druso por la muñeca. Hay formas de reparar una rotura de esa clase, pero la unión siempre se ve, y yo no

podía presentarle a Calígula un trabajo chapucero en una ocasión tan importante. Lo único que podía hacer era ir a verlo y decirle que Druso no estaría listo. ¡Cielos, cómo se enfureció! Amenazó con degradarme de mi consulado, y no quiso escuchar explicación alguna. Por fortuna había decidido renunciar al día siguiente a su consulado y pedirme que renunciara al mío en favor de los hombres originariamente elegidos. De modo que la amenaza terminó en nada e incluso volví a ser elegido cónsul, junto con él, cuatro años después.

Yo debía ocupar una serie de habitaciones en palacio, y debido a los severísimos discursos de Calígula contra todo tipo de inmoralidad (a la manera de Augusto) no podía tener a Calpurnia allí conmigo, aunque no estaba casado. Tuvo que quedarse en Capua, para mi disgusto, y sólo pude escurrirme de vez en cuando para visitarla. Su propia moral no parecía haber entrado dentro del marco de tan estrictas reglas. Empezaba a cansarse de la esposa de Macro, Ennia, de quien aquél se había divorciado a petición suya, y solía salir de noche en busca de aventuras galantes con un grupo de individuos alegres a quienes llamaba los «Exploradores». El grupo estaba compuesto habitualmente por tres jóvenes oficiales de estado mayor, dos famosos espadachines, el actor Apeles y Eutiquio, el mejor conductor de cuadrigas de Roma, que ganaba casi todas las carreras en que competía. Calígula se había convertido ahora en un acendrado partidario de los Verde Puerro, y hacía buscar por todo el mundo los caballos más veloces. Encontró una excusa religiosa para las carreras públicas de cuadrigas, y hacía disputar casi veinte por día, siempre que hacía un poco de sol. Ganaba algún dinero apostando con hombres de fortuna a quienes obligaba a colocar sus apuestas contra los otros colores, cosa que hacían por cortesía. Pero lo que de este modo ganaba era, según se dice, una simple gota en el océano de sus gastos. Sea como fuere, salía de noche con los jaraneros Exploradores, disfrazado, y visitaba los más bajos lupanares de la ciudad; por lo general se topaba luego con los Custodios, y su comandante se veía luego obligado a acallar el escándalo.

Las tres hermanas de Calígula, Drusila, Agripinila y Lesbia, se habían casado con nobles, pero él insistió en que fuesen a vivir a palacio. A Agripinila y Lesbia se les dijo que llevasen a sus esposos consigo, pero Drusila tuvo que dejar al suyo. Se llamaba Casio Longino, y fue enviado a gobernar Asia Menor. Calígula exigió que las tres fuesen tratadas con el máximo respeto, y les concedió todos los privilegios de que gozaban las vírgenes vestales. Unió sus nombres al suyo en las oraciones públicas por su salud y seguridad, e incluso en el juramento público que los funcionarios y sacerdotes hacían en su nombre, al ser consagrados: «Ni valoraré mi vida o la de mis hijos por encima de la vida de Él y de Sus hermanas». Las trataba de un modo que intrigaba a la gente; más como esposas que como hermanas.

Drusila era su favorita. Si bien se había librado de su esposo, ahora parecía desdichada, y cuanto más acongojada se mostraba más solícito era Calígula en sus atenciones. La casó, sólo para cubrir las

apariencias, con cierto primo Emilio Lépido, a quien ya he mencionado como un perezoso hermano menor de aquella Emilia, hija de Julila, con quien estuve a punto de casarme cuando era un muchacho. Este Emilio Lépido, a quien se conocía por el apodo de Ganimedes por su aspecto afeminado y su obsequiosidad para con Calígula, era un valioso miembro de los Exploradores. Tenía siete años más que Calígula, pero éste lo trataba como a un chico de trece, y a Ganimedes parecía gustarle. Drusila no lo soportaba. Pero Agripinila y Lesbia entraban continuamente en su dormitorio, reían y jugaban con él, y le hacían bromas. A los esposos no parecía importarles. La vida en palacio resultaba sumamente desordenada. No quiero decir que no viviese con comodidad o que los criados no estuvieran bien educados, o que no se observasen con los visitantes las formalidades y cortesías comunes. Pero nunca podía saber qué relaciones de ternura existían entre esta persona y aquella: Agripinila y Lesbia parecían haberse intercambiado los esposos en una ocasión, y, en la siguiente, Apeles parecía tener ciertas vinculaciones íntimas con Lesbia y el conductor de cuadrigas con Agripinila. En cuanto a Calígula y Ganimedes… Pero ya he dicho lo suficiente para aclarar qué quiero significar con «desordenada». Yo era el único de entre todos ellos de edad madura, y no entendía en modo alguno las costumbres de la nueva generación. Gemelo también vivía en palacio; era un chico asustadizo, delicado, que se roía las uñas hasta la raíz y a quien habitualmente se encontraba sentado en un rincón, dibujando ninfas y sátiros y ese tipo de cosas para jarrones. No puedo decir mucho más sobre Gemelo, aparte de que un par de veces conversé con él, ya que le tenía lástima porque se encontraba tan fuera de lugar como yo entre todos los otros. Pero quizá pensó que trataba de obligarlo a decir algo contra Calígula, porque sólo me respondió con monosílabos. El día que se puso su túnica viril, Calígula lo adoptó como hijo y heredero suyo, y lo nombró Jefe de los Cadetes. Pero eso no era lo mismo, en modo alguno, que compartir la monarquía con él.

AÑO 38 d. de C.

Calígula cayó enfermo y durante todo un mes se desesperó de salvarle la vida. Los médicos lo llamaron fiebre cerebral. En Roma la consternación popular fue tan grande, que una multitud de no menos de diez mil personas se mantenía día y noche en torno al palacio, esperando un boletín favorable. Se elevaba de ella un murmullo y susurro sordo; el ruido, al llegar a mi ventana, parecía el de un hilo de agua distante corriendo sobre guijarros. Hubo ciertas manifestaciones de ansiedad de lo más notable. Algunos hombres pegaron incluso carteles en las puertas de sus casas, en los que se decía que si la Muerte detenía su mano y perdonaba al emperador, juraban entregarle su propia vida en compensación. Por consenso universal, todo ruido de tránsito y gritos y músicas callejeras cesó en quinientos metros a la redonda del palacio. Eso nunca había sucedido hasta entonces, ni siquiera durante la enfermedad de Augusto, la que supuestamente le había curado Musa. El boletín siempre decía: «No hay cambios».

Una noche Drusila golpeó a mi puerta y me dijo:

—¡Tío Claudio, el emperador quiere verte con urgencia! Ven en seguida. No te entretengas.

—¿Para qué me necesita?

—No lo sé. Pero por favor, haz lo que te pida. Tiene allí una espada. Te matará si no dices lo que quiere que digas. Esta mañana me puso la punta de la espada en la garganta. Tuve que jurarle una y otra vez que lo amaba. «Mátame, si quieres, querido mío», le dije. Oh, tío Claudio, ¿por qué habré nacido? Está loco. Siempre lo estuvo. Pero ahora está peor que loco. Es un poseso.

Fui al dormitorio de Calígula, que tenía grandes cortinajes y gruesas alfombras. Una débil lámpara de aceite ardía al lado de la cama. El aire estaba viciado. Me saludó con su voz quejumbrosa.

—¿Otra vez tarde? Te dije que te dieras prisa.

No parecía enfermo, sino sólo enfermizo. Dos robustos sordomudos armados con hachas montaban guardia, uno a cada lado de su cama.

—¡Oh, como corrí! —le dije, después de saludarlo—. Si no hubiese tenido una pierna coja, habría estado aquí casi antes de partir. ¡Qué alegría verte vivo y volver a escuchar tu voz, César! ¿Puedo atreverme a esperar que estés mejor?

—En realidad no estaba enfermo. Sólo quería descansar. Y he sufrido una metamorfosis. Es el más importante acontecimiento religioso de la historia. No es extraño que la ciudad haya estado tan silenciosa.

Sentí que esperaba de mí que le mostrase simpatía.

—¿Esa metamorfosis ha sido dolorosa, emperador? Espero que no.

—Tan dolorosa como si yo fuese mi propia madre. Tuve un nacimiento muy difícil. Por suerte, ya me he olvidado de todo eso. O casi de todo. Porque fui un niño muy precoz y recuerdo con claridad las expresiones de admiración de las comadronas, cuando me lavaban al aparecer yo en este mundo, y el sabor del vino que me pusieron entre los labios para fortalecerme después de mi lucha.

—Asombrosa memoria, emperador. ¿Pero puedo preguntar con humildad cuál es exactamente el carácter de ese glorioso cambio que se ha producido en ti?

—¿No resulta evidente? —preguntó a su vez, iracundo.

La palabra «poseso», que había empleado Drusila, y la conversación que sostuve con mi abuela Livia cuando agonizaba me dieron la clave. Caí de cara al suelo y lo adoré como a un dios. Al cabo de uno o dos

minutos pregunté desde el suelo si yo era el primer hombre que había recibido el privilegio de adorarlo. Contestó que sí y estallé en expresiones de gratitud. Mientras, él me pinchaba pensativamente la nuca con la punta de la espada. Creí estar a punto de morir.

—Admito —dijo— que todavía llevo un disfraz de mortal, de modo que no es notable que no hayas advertido en el acto mi divinidad.

—No sé cómo pude haber estado tan ciego. Tu rostro resplandece, a esta débil luz, como una lámpara.

—¿De veras? —preguntó con interés—. Levántate y dame ese espejo.

Le entregué un bruñido espejo de acero y convino en que refulgía con gran luminosidad. En ese rapto de buen humor empezó a hablarme de sí mismo.

—Siempre supe que esto ocurriría —dijo—. Siempre me sentí divino. Imagínate. A los dos años de edad aplasté un motín del ejército de mi padre y salvé a Roma. Eso fue prodigioso, como las historias que se cuentan acerca del dios Mercurio cuando era un niño, o de Hércules, que estranguló a las serpientes en su cuna.

—Y Mercurio sólo robó un par de bueyes —dije— y tañó un par de notas en la lira. Eso no fue comparable.

—Y lo que es más, a la edad de ocho años había matado a mi padre. Ni el propio Júpiter pudo hacer eso. Sólo desterró al suyo.

Creí que Calígula estaba desvariando, pero le pregunté, con voz normal:

—¿Por qué lo hiciste?

—Se interponía en mi camino. Trató de disciplinarme. ¡A mí, a un joven dios, imagínate! De modo que lo maté de miedo. Metí cosas muertas en nuestra casa de Antioquia y las oculté bajo baldosas flojas. Y escribí encantamientos en las paredes. Y llevé un gallo a mi habitación para que le anunciara la muerte. Y le robé su Hécate. ¡Mírala, aquí está! La guardo siempre bajo la almohada.

Me mostró el amuleto de jaspe verde. Cuando lo reconocí se me heló el corazón, dije, con voz horrorizada:

—¿Entonces fuiste tú? ¿Y tú fuiste el que trepó a la habitación cerrada, se introdujo por la ventanilla, y dibujó allí sus sortilegios?

Asintió, orgulloso, y continuó parloteando:

—Y no sólo maté a mi padre natural, sino también a mi padre adoptivo: Tiberio. Y en tanto que Júpiter sólo se acostó con una hermana, Juno, yo

me he acostado con mis tres hermanas. Martina me dijo que era lo correcto, si quería parecerme a Júpiter.

—¿Entonces conociste bien a Martina?

—En efecto. Cuando mis padres estaban en Egipto, yo solía visitarla todas las noches. Era una mujer muy sabia. Y te diré otra cosa. Drusila también es divina. Lo anunciaré cuando anuncie mi divinidad. ¡Cómo amo a Drusila! Casi tanto como ella a mí.

—¿Puedo preguntarte cuáles son tus sagradas intenciones? Es indudable que esta metamorfosis afectará profundamente a Roma.

—Sin duda. En primer lugar haré que todo el mundo tiemble de terror y respeto ante mí. No me dejaré gobernar por un grupo de viejos gruñones, les mostraré. ¿Pero tú te acuerdas de tu vieja abuela Livia? ¡Qué chiste! Quién sabe cómo, se había creído que sería el dios eterno que todo el mundo ha estado profetizando en Oriente durante los últimos mil años. Creo que fue Trásilo quien la convenció de que ese dios era ella. Trásilo nunca decía mentiras, pero le gustaba engañar a la gente. ¿Sabes?, Livia no conocía los términos exactos de la profecía. El dios tiene que ser un hombre, no una mujer, y no ha nacido en Roma, aunque reinará en la capital (yo nací en Anzio), y habrá nacido en un momento de profunda paz (como yo), pero estará destinado a ser la causa de innumerables guerras, después de su muerte. Morirá joven y al principio será amado por su pueblo y luego odiado, y al cabo tendrá una muerte miserable, abandonado por todos. «Sus criados beberán su sangre». Luego, después de su muerte, gobernará sobre todos los otros dioses del mundo, en tierras todavía no conocidas por nosotros. Martina me dijo que últimamente se han conocido muchos prodigios en Oriente, que demostraban de forma concluyente que dios había nacido al fin. Los judíos son los que más excitados se muestran. En cierto modo se sienten especialmente relacionados con todo eso. Supongo que será porque en una ocasión visité su ciudad, Jerusalén, con mi padre, y les ofrecí allí mi primera manifestación divina.

Se interrumpió.

—Me interesaría mucho que me contaras eso —dije.

—Oh, no fue nada de importancia. Nada más que por broma, entré en una casa donde algunos de sus sacerdotes y doctores hablaban de teología y les grité: «Sois un hatajo de viejos farsantes e ignorantes. No sabéis nada de esto». Esto causó una gran sensación, y un anciano de barba blanca me preguntó: «¿Sí? ¿Y quién eres tú, niño? ¿Eres aquel que ha sido profetizado?». «Sí», le contesté con audacia. «¡Pues entonces enséñanos!» respondió, sollozando de arrobamiento. «¡Desde luego que no! Está por debajo de mi dignidad», le repliqué, y salí corriendo otra vez. ¡Tendrías que haberles visto la cara! No, Livia fue una mujer lista y capaz a su manera —una Ulises femenina, como una vez le dije a la cara—, y quizás algún día la deificaré como deidad

importante. Quizá la convertiremos en la diosa de los escribientes y contadores, porque tenía una buena cabeza para los números. Sí, y agregaremos a los envenenadores, así como Mercurio tiene bajo su protección a los ladrones, además de los mercaderes y los viajeros.

—Eso es justo —dije—. Pero estoy ansioso por saber lo siguiente: ¿bajo qué nombre debo adorarte? ¿Es incorrecto, por ejemplo, llamarte Júpiter? ¿Eres más grande aún que Júpiter?

—Oh, mucho más grande que Júpiter —contestó—, por supuesto, pero todavía anónimo. Creo que por el momento me llamaré Júpiter, el Júpiter latino, para distinguirme de ese otro individuo griego. Tendré que arreglar cuentas con él uno de estos días. Se ha salido con la suya durante demasiado tiempo.

—¿Cómo es que tu padre no fue también un dios?, —inquirí—. —Nunca oí hablar de un dios que no tuviese un padre divino.

—Es muy sencillo. Mi padre fue el dios Augusto.

—Pero él no te adoptó, ¿verdad? Sólo adoptó a tus hermanos mayores, y dejó que tú continuaras el linaje de tu padre.

—No quiero decir que fuese mi padre adoptivo. Quiero decir que soy el hijo de su incesto con Julia. Esa es la única solución posible. Por supuesto, no soy hijo de Agripina; su padre no era nadie. Es ridículo.

No fui tan tonto como para señalarle que en ese caso Germánico no era su padre y por lo tanto sus hermanas sólo eran sus sobrinas. Le seguí la corriente, como me había aconsejado Drusila, y dije:

—Esta es la hora más gloriosa de mi vida. Permíteme retirarme y ofrecerte sacrificios en seguida, con las fuerzas que me quedan. El aire divino que exhalas es demasiado poderoso para mi nariz mortal. Estoy a punto de desvanecerme.

El cuarto estaba muy mal ventilado. Calígula no había permitido que abrieran las ventanas desde que comenzó a guardar cama.

—Ve en paz —me respondió—. Había pensado en matarte, pero no lo haré. Diles a los Exploradores que soy un dios, y que el rostro me resplandece, pero no les digas nada más. En todo otro sentido te impongo un sagrado silencio.

Volví a caer de bruces y me retiré caminando hacia atrás. Ganimedes me detuvo en el corredor y me pidió noticias.

—Acaba de convertirse en un dios —le repuse—, y en un dios muy importante, según dice. Su rostro despide luz.

—Malas noticias para nosotros los mortales —dijo Ganimedes—. Pero lo veía venir. Gracias por la información. La transmitiré a los demás. ¿Lo sabe Drusila? ¿No? Pues se lo diré.

—Dile que también ella es una diosa —continué—, por si no se ha dado cuenta.

Volví a mi habitación y pensé: «Esto era lo mejor que podía suceder. Todos verán que está loco, y lo encerrarán. Y ahora no quedan descendientes de Augusto con edad suficiente como para convertirse en emperadores, salvo Ganimedes, y no tiene ni la popularidad ni la fuerza de carácter necesarias. La república será restablecida. El suegro de Calígula es el hombre. Tiene más influencia que ningún otro en el Senado. Yo lo apoyaré. Si pudiéramos librarnos de Macro y poner en su lugar a un comandante de la guardia decente, todo sería más fácil. Los guardias serán el mayor obstáculo. Saben muy bien que nunca recibirán regalos de cincuenta y cien piezas de oro votados por un Senado republicano. Sí, Seyano fue quien tuvo la idea de convertirlos en una especie de ejército privado de mi tío Tiberio, lo que confirió a su monarquía un sello de absolutismo oriental. Tendremos que destruir el campamento y volver a alojar a los hombres en casas particulares, como hacíamos antes».

Pero —¿es posible creerlo?— la divinidad de Calígula fue aceptada por todos sin discusiones. Durante un tiempo se conformó con permitir que la noticia circulase en privado, y con seguir siendo oficialmente un mortal. Si todos hubiesen tenido que echarse al suelo cada vez que aparecía, ello habría estropeado sus libres y fáciles relaciones con los Exploradores y limitado la mayoría de sus placeres. Pero diez días después de su restablecimiento, que fue saludado con inexpresable júbilo, tomó sobre sí todos los honores mortales que Augusto había aceptado en vida, y uno o dos más. Era César el Bueno, César el Padre de los Ejércitos, y el Graciosísimo y Poderoso César, y Padre de la Patria, título que Tiberio había rechazado con firmeza durante toda su vida.

Gemelo fue la primera víctima del terror. Calígula mandó llamar a un coronel de la guardia y le dijo: «Mata al traidor, mi hijo, en seguida».

El coronel fue directamente a las habitaciones de Gemelo y le cortó la cabeza. La víctima siguiente fue su suegro. Era miembro de la familia Silano; Calígula se había casado con su hija Junia, pero ésta murió al dar a luz un año antes de que él llegara a ser emperador. Silano gozaba de la distinción de ser el único senador de quien Tiberio jamás había sospechado. Este siempre se había negado a escuchar apelación alguna de las sentencias judiciales de Silano. Calígula le envió ahora un mensaje: «Para mañana al alba tienes que estar muerto». El desdichado se despidió entonces de su familia y se cortó la garganta con una navaja. Calígula explicó en una carta al Senado que Gemelo había muerto de la muerte del traidor. Durante su peligrosa enfermedad el joven no había ofrecido oración alguna por su recuperación, sino que

trató de congraciarse con los oficiales de la guardia de corps. Lo que es más, había tomado antídotos contra veneno, cada vez que iba a cenar a palacio, de modo que toda su persona apestaba a ellos. «¿Pero hay algún antídoto contra el César?». Su suegro, escribía Calígula, era otro traidor. Se había negado a ir a verlo el día de tormenta en que partió rumbo a Pandataria y Ponza para recoger los restos de su madre y su hermano, y se quedó en Roma con la esperanza de apoderarse de la monarquía si las tempestades hacían zozobrar el barco.

Estas explicaciones fueron aceptadas por el Senado. La verdad del asunto es que Silano era tan mal marinero, que enfermaba de mareo cada vez que viajaba en un barco, y que fue el propio Calígula quien rechazó bondadosamente su ofrecimiento de acompañarlo en ese viaje. En cuanto a Gemelo, tenía una tos obstinada, y olía a la medicina que bebía para aliviarse la garganta, para no molestar a los demás durante la cena.



XXX



Cuando mi madre se enteró del asesinato de Gemelo, se dolió mucho, fue a palacio y pidió ver a Calígula, quien la recibió con hosquedad, porque sentía que estaba a punto de hacerle reproches. Ella le dijo:

—Nieto, ¿puedo hablarte en privado? Se trata de la muerte de Gemelo.

—No, en privado no —respondió él—. Dime lo que quieras decirme en presencia de Macro. Necesito un testigo, por si lo que quieres decirme es importante.

—Entonces prefiero guardar silencio. Es un asunto de familia que no debe ser escuchado por los oídos de los hijos de esclavos. El padre de ese sujeto fue el hijo de uno de mis vendimiadores. Se lo vendí a mi cuñado por cuarenta y cinco piezas de oro.

—Me dirás de inmediato lo que tengas que decirme, sin insultar a mis ministros ¿No sabes que tengo el poder necesario para hacer que todos hagan lo que me plazca?

—No te alegrará escucharlo.

—Dilo.

—Como quieras. He venido a decirte que el hecho de que mataras a mi pobre Gemelo constituye un asesinato inexcusable, y que quiero renunciar a todos los honores que he recibido de tus perversas manos.

Calígula rio y dijo a Macro:

—Creo que lo mejor que puede hacer ahora esta anciana es pedirle a uno de sus vendimiadores una podadera y cortarse con ella las cuerdas vocales.

—Yo siempre le daba el mismo consejo a mi abuela, pero la vieja bruja se negaba a seguirlo —dijo Macro.

Mi madre vino a verme.

—Estoy a punto de suicidarme, Claudio —me dijo—. Encontrarás todos mis asuntos en orden. Quedan algunas pequeñas deudas sin pagar; págalas puntualmente. Sé bueno con el personal de mi casa. Han sido honrados trabajadores, todos y cada uno de ellos. Lamento que tu hijita se quede ahora sin nadie que la cuide. Creo que será mejor que vuelvas a casarte, para que tenga una madre. Es una buena chica.

—¿Cómo, madre? —exclamé—. ¿Suicidarte? ¿Por qué? ¡Oh, no hagas eso!

Ella sonrió agriamente.

—Mi vida es mía, ¿no? ¿Por qué habrías de disuadirme de que me la quite? Sin duda no me echarás de menos, ¿verdad?

—Eres mi madre —respondí—. Un hombre sólo tiene una madre.

—Me sorprende que hables como un hijo obediente. No he sido una madre muy cariñosa para ti. ¿Cómo habría podido esperarse de mí que lo fuera? Siempre fuiste una gran desilusión para mí, una cosa enfermiza, débil, medrosa, tonta. Bien, los dioses me han castigado por no haberte cuidado. Mi espléndido hijo Germánico asesinado, y mis pobres nietos Nerón, Druso y Gemelo asesinados, y mi hija Livila castigada por su maldad, su abominable maldad, por mi propia mano —ése fue el peor castigo que sufrí, ninguna madre sufrió uno peor—, y mis cuatro nietas arruinadas, y este sucio e impío Calígula. Pero tu le sobrevivirás. Creo que serias capaz de sobrevivir a un diluvio.

Su voz, serena al principio, se había elevado a su habitual tono colérico y regañón.

—Madre —dije—, ¿no tienes una palabra de bondad que ofrecerme, ni siquiera en un momento como éste? ¿Es que te herí o te desobedecí intencionalmente alguna vez?

Pero no pareció escucharme.

—He sido castigada —repitió. Y luego—: Quisiera que vayas a mi casa dentro de cinco horas. Para entonces habré terminado todas mis disposiciones. Cuento contigo para que me ofrezcas los últimos ritos. No quiero que recibas mi último aliento. Si no he muerto cuando llegues, espera en la antesala hasta que te avise mi criada Briseis. No te embrolles en el discurso de despedida; eso sería muy tuyo. Encontrarás instrucciones escritas para el funeral. Presidirás el duelo. No quiero oración fúnebre. Acuérdate de cortarme la mano para enterrarla por separado, porque esto será un suicidio. No quiero perfumes en la pira; eso se hace con frecuencia, pero es estrictamente contrario a la ley, y siempre lo he considerado una práctica de despilfarro. Le he concedido a Palas su libertad, de modo que en la procesión llevará puesto el gorro de la libertad, no lo olvides. Y por una vez en tu vida trata de llevar a cabo la ceremonia sin errores.

Eso fue todo, salvo un formal «adiós». Ningún beso, nada de lágrimas, nada de bendiciones. Como hijo obediente, cumplí sus instrucciones al pie de la letra. Resultaba extraño que ella diese la libertad a mi esclavo Palas. Lo mismo hizo con Briseis.

Mientras contemplaba arder la pira, desde la ventana de su comedor, Calígula le dijo a Macro, unos días después: «Me defendiste bien de esa vieja. Te voy a recompensar. Te daré el nombramiento más honorable de todo el imperio. Es un nombramiento que (Augusto lo estableció como un principio de Estado) no debe caer nunca en manos de un aventurero. Te haré gobernador de Egipto».

Macro estuvo encantado. No sabía bien, en esos días, en qué situación se encontraba con Calígula, y si se iba a Egipto estaría a salvo. Como había dicho Calígula, el nombramiento era importante: el gobernador de Egipto tenía el poder de hacer pasar hambre a Roma con sólo interrumpir el abastecimiento de cereales, y la guarnición podía ser fortalecida con levas locales, hasta ser lo bastante grande para defender la provincia contra cualquier ejército invasor que se lanzara contra ella.

Por lo tanto Macro fue relevado de su mando en la guardia. Durante un tiempo Calígula no nombró a nadie en su lugar, sino que dejó que los nueve coroneles de los batallones mandaran cada uno por turno, durante un mes. Hizo saber que al cabo de ese tiempo el más leal y eficiente de ellos recibiría el nombramiento de forma permanente. Pero el hombre a quien se lo prometió en secreto era el coronel del batallón

que fundara la guardia de palacio, nada menos que el mismo valiente Casio Querea, cuyo nombre no se habrá olvidado si se ha leído este relato con atención; el hombre que mató al germano en el anfiteatro; el hombre que llevó a su compañía de vuelta de la matanza del ejército de Varo, y que después salvó la cabecera de puente; el hombre que se abrió paso entre los amotinados del campamento de Bonn y que se llevó a Calígula esa mañana en que Agripina y sus amigos tuvieron que salir del campamento a pie, bajo su protección. Casio peinaba canas ahora, aunque todavía no tenía sesenta años de edad, estaba un poco encorvado, y las manos le temblaban un tanto debido a una fiebre que estuvo a punto de matarlo en Germania, pero seguía siendo un magnífico espadachín y tenía la reputación de ser el hombre más valiente de Roma. Un día un viejo soldado de la guardia se volvió loco y corrió con su lanza por el patio del palacio. Creía estar matando a rebeldes franceses. Todos huyeron ante él, pero Casio, aunque desarmado, se quedó en su lugar hasta que el loco lo atacó, y luego le dio con serenidad la orden de «¡Compañía, alto! ¡Descansen!», y el loco, para quien la obediencia a las órdenes había llegado a ser una segunda naturaleza, se detuvo y dejó la lanza en el suelo.

«Compañía, media vuelta —ordenó entonces Casio—. ¡Paso ligero!».

Y así lo desarmó. Casio, entonces, fue el primer comandante temporal de los guardias, y los mantuvo en orden mientras Macro era juzgado.

Porque el nombramiento de Macro como gobernador de Egipto no era más que una treta de Calígula, el mismo tipo de treta que Tiberio le había hecho a Seyano. Macro fue arrestado cuando subía a su barco en Ostia, y se lo llevaron a Roma encadenado. Se le acusó de haber provocado la muerte de Arruncio y de varios otros hombres y mujeres inocentes. A esta acusación Calígula agregó otra en el sentido de que Macro había hecho de alcahuete, tratando de que él se enamorase de su esposa Ennia, tentación a la que, según admitió, estuvo a punto de sucumbir en su juvenil inexperiencia. Macro y Ennia se vieron obligados a suicidarse. Yo me sorprendí de la facilidad con que se había librado del primero.

Un día Calígula, como Sumo Pontífice, fue a solemnizar una boda entre un miembro de la familia Pisón y una mujer llamada Orestila. Esta le gustó, y cuando la ceremonia terminó y la mayor parte de la nobleza de Roma se reunió para la fiesta de bodas, a divertirse como se hace en tales ocasiones, le gritó de pronto al novio: «¡Eh, deja de besar a esa mujer! Es mi esposa».

Luego se puso de pie y, en el silencio de la sorpresa que siguió, ordenó a los guardias que se apoderasen de Orestila y la llevaran a palacio. Nadie se atrevió a protestar. Al día siguiente se casó con Orestila. El esposo se vio obligado a asistir a la ceremonia. Calígula envió una carta al Senado para informarle de que había celebrado un casamiento al estilo de Rómulo y Augusto. Se refería, supongo, a la violación por Rómulo de las mujeres sabinas, y al casamiento de Augusto con mi

abuela (con mi abuelo presente). Al cabo de dos meses se divorció de Orestila y la desterró, lo mismo que a su ex esposo, con el pretexto de que habían estado cometiendo adulterio en cuanto les volvía la espalda. A ella la envió a España y a él a Rodas. Sólo se le permitió llevar diez esclavos consigo. Cuando pidió, como un favor, que le dejaran llevarse el doble, Calígula le dijo: «Todos los que quieras, pero por cada esclavo de más que te lleves tendrás otro soldado para vigilarte».

Drusila murió. Estoy seguro de que la mató Calígula, pero no tengo pruebas. Ahora, según me decían, cada vez que besaba a una mujer solía decirle:

«¡Un cuello tan blanco y encantador, y sólo tengo que pronunciar una palabra para que te lo corten limpiamente!».

Si el cuello era especialmente blanco y encantador, a veces no resistía la tentación de pronunciar la palabra, para ver cómo se hacía realidad su jactancia. En el caso de Drusila creo que él mismo asestó el golpe. Sea como fuere, no se le permitió a nadie ver el cadáver. Él hizo saber que había muerto de consunción, y le ofreció el funeral más extraordinariamente espléndido. Fue deificada bajo el nombre de Pantea, se le construyeron templos, los nobles nombraron sus sacerdotes y sacerdotisas, y se instituyó un festival anual en su honor, más grande que cualquier otro del calendario. Un hombre se ganó diez mil piezas de oro por haber visto cómo Augusto recibía su espíritu en el cielo. Durante los días de duelo público que Calígula ordenó en su honor, era un delito capital que un ciudadano riera, cantara, se afeitase, fuese a los baños o incluso cenara con su familia. Los tribunales estuvieron cerrados, no se celebró matrimonio alguno, las tropas no realizaron ejercicios militares. Calígula hizo condenar a muerte a un hombre por haber vendido agua caliente en la calle, y a otro por tener en exposición navajas para la venta. La melancolía resultante fue tan profunda y amplia, que ni él mismo pudo soportarla (o quizás fuera el remordimiento), de modo que una noche abandonó la ciudad y se dirigió a Siracusa, acompañado sólo por una guardia de honor. No tenía nada que hacer allí, pero el viaje era una distracción. No llegó más allá de Mesina, donde el Etna estaba en leve erupción. Eso lo asustó tanto, que regresó en el acto. Cuando llegó a Roma otra vez hizo que las cosas volviesen a estar como de costumbre, en especial los combates a espada, las carreras de cuadrigas y las cacerías de animales feroces. De pronto recordó que los hombres que habían jurado entregar sus vidas a cambio de la suya, durante su enfermedad, no se habían suicidado aún, y los obligó a hacerlo, no sólo por un principio general, para salvarlos del pecado de perjurio, sino, más especialmente, para impedir que la Muerte se retractase en el trato que habían cerrado con ella.

Unos días después, durante la cena, yo peroraba, algo ebrio, en cuanto a herencia de la belleza femenina, y citaba ejemplos en apoyo de mi afirmación de que dicha herencia por lo general se saltaba una generación y pasaba de abuela a nieta. Por desgracia terminé diciendo: «La mujer más hermosa de Roma cuando yo era niño ha reaparecido,

rasgo por rasgo y línea por línea, en la persona de su nieta y tocaya Lolia, la esposa del actual gobernador de Grecia. Con la única excepción de una dama a quien no mencionaré porque está presente en esta habitación, Lolia es en mi opinión la más hermosa mujer que vive en la actualidad».

La excepción la establecí por motivos de diplomacia. Lolia era mucho más bella que mis sobrinas Agripinila y Lesbia, o que ninguna otra de las presentes. Tengo que decir que no estaba enamorado de ella. Simplemente, un día había advertido que era perfecta, y recordé haber hecho la misma observación acerca de su abuela, cuando era un niño. Calígula se interesó y me interrogó acerca de Lolia. No me di cuenta de que había dicho demasiado, y dije mucho más. Esa noche Calígula le escribió al esposo de Lolia diciéndole que regresara a Roma para aceptar un señalado honor. El señalado honor resultó ser que tenía que divorciarse de Lolia para que se casara con el emperador.

Otra observación casual que hice durante una cena, más o menos por aquellos días, tuvo un efecto inesperado sobre Calígula. Alguien mencionó la epilepsia y yo dije que los documentos cartagineses demostraban que Aníbal había sido epiléptico, y que Alejandro y Julio César fueron también víctimas de esa misteriosa enfermedad, que parecía ser la compañera casi inevitable de un superlativo genio militar. Calígula aguzó los oídos, y unos días después ofreció una imitación muy buena de un acceso de epilepsia; cayó al suelo, en el Senado, gritó a voz en cuello, con los labios cubiertos de espuma… probablemente de jabón.

El pueblo de Roma todavía se sentía bastante feliz. Calígula continuaba ofreciéndole pasatiempos, espectáculos teatrales, combates a espada, cacerías de fieras, carreras de cuadrigas, dinero que arrojaba desde la plataforma de las Oraciones o desde las ventanas superiores de palacio. A la gente no le importaban gran cosa los matrimonios que contraía o disolvía, o los cortesanos a quienes mandaba asesinar. Nunca se mostraba satisfecho hasta que todos los asientos del teatro o el circo estaban ocupados y todas las galerías atestadas, de forma que cada vez que había un espectáculo postergaba todos los juicios y suspendía todo duelo para que nadie tuviese una excusa para no concurrir. Introdujo otras varias innovaciones. Permitió que la gente llevase cojines para sentarse, y sombreros de paja en los días de calor. Podían hacerlo incluso los propios senadores, que se suponía que debían dar ejemplo de austeridad.

Cuando conseguí visitar Capua por unos días, por primera vez después de casi un año, casi lo primero que me preguntó Calpurnia fue:

—¿Cuánto queda en la Lista Civil, Claudio, de aquellos veinte millones?

—Menos de cinco millones, creo. Pero ha estado construyendo barcazas de placer con madera de cedro, con taracea de oro e incrustaciones de joyas, con baños y jardines incluidos, y ha iniciado las obras de sesenta nuevos templos y habla de trazar un canal a través del istmo de Corinto.

Se baña con espicanardo y esencia de violetas. Hace dos días le hizo a Eutiquio, el conductor de cuadrigas del Verde Puerro, un regalo de veinte mil piezas de oro por haber ganado una carrera reñida.

—¿El Verde Puerro gana siempre?

—Siempre. O casi siempre. El Escarlata entró primero el otro día y la gente lo ovacionó. Todos están cansándose de la monotonía de los triunfos del Verde Puerro. El emperador se enfureció. Al día siguiente el conductor Escarlata y sus caballos estaban muertos. Envenenados. Lo mismo ha sucedido en otras ocasiones.

—El año que viene, para estas fechas, las cosas te irán muy mal, mi pobre Claudio. De paso, ¿no querrías revisar tus cuentas? Ha sido un mal año, como te escribí, con la muerte de ese valioso ganado, los esclavos que roban a diestra y siniestra, y las hacinas de trigo que se incendiaron. Has perdido dos mil piezas de oro, o más. Y la culpa no la tiene tampoco el administrador. Hace todo lo que puede, y por lo menos es honrado. Lo que ocurre es que tú no estás aquí para vigilar.

—No puedo evitarlo —respondí—. Para serte franco, en estos días me preocupa más mi vida que mi dinero.

—¿Te tratan mal?

—Sí. Se burlan de mí continuamente. No me gusta. El emperador es mi principal verdugo.

—¿Qué te hacen?

—Oh, bromas pesadas. Me tienden trampas con cubos de agua colocados sobre las puertas. Me ponen sapos en la cama. O desagradables amuletos que huelen a mirra; ya sabes cómo odio los sapos y los amuletos. Si me quedo dormido después del almuerzo, me tiran huesos de dátil o me atan zapatos a las manos o me hacen sonar la alarma de incendio en los oídos. Y nunca tengo tiempo para trabajar. Si empiezo a escribir me vuelcan el tintero sobre las hojas. Y nada de lo que digo lo oyen jamás con seriedad.

—¿Eres la única víctima que tienen?

—La favorita. La oficial.

—Claudio, tienes más suerte de lo que crees. Cuida tu puesto celosamente. No dejes que nadie lo usurpe.

—¿Qué quieres decir, muchacha?

—Quiero decir que la gente no mata a sus bufones. Son crueles con ellos, los asustan, les roban, pero no los matan.

—Calpurnia —dije—, eres muy lista. Escúchame. Todavía tengo dinero. Te compraré un hermoso vestido de seda y una caja de cosméticos, de oro, y un tití, y un manojo de barritas de canela.

Ella sonrió.

—Preferiría el regalo en metálico. ¿Cuánto pensabas gastar?

—Unas setecientas.

—Bien. Algún día me resultarán útiles. Gracias, bondadoso Claudio.

Cuando regresé a Roma me enteré de que había problemas. Calígula se sintió molesto una noche por el ruido distante de la gente que se apiñaba en el anfiteatro antes del alba, y que se empujaba y luchaba por llegar a las puertas, a fin de que cuando éstas fuesen abiertas pudiesen ocupar los asientos gratuitos de las primeras filas. Calígula envió una compañía de guardias armados con porras para restablecer el orden. Los guardias estaban irritados por haber sido sacados de la cama para esa tarea, y golpearon a diestro y siniestro, matando algunas personas, incluso a algunos ciudadanos destacados. Para demostrar su desagrado por el hecho de haber sido despertado, y por el alboroto aún más grande que hizo la gente cuando se dispersó, gritando, ante la carga de los guardias, Calígula no se presentó en el anfiteatro hasta bien avanzada la tarde, cuando todos estaban cansados de esperarlo, y además hambrientos. Cuando los Verde Puerro ofrecieron una exhibición ecuestre, fueron abucheados y silbados. Calígula se puso de pie de un salto, furioso: «Ojalá tuviesen todos juntos un solo cuello. ¡Lo cortaría de un solo tajo!».

Al día siguiente había un combate a espada y una cacería de animales salvajes. Calígula canceló todas las disposiciones que se habían tomado y envió los animales más lamentables que pudo comprar en el mercado al por mayor: leones y panteras sarnosos, osos enfermos, viejos toros salvajes, del tipo de los que se envían a guarniciones perdidas en las provincias, donde el público no es muy exigente y donde los gladiadores aficionados no quieren animales de calidad demasiado buena. Los gladiadores con que Calígula sustituyó a los que se había anunciado que aparecerían concordaban con los animales: eran veteranos obesos, envarados, asmáticos. Es posible que algunos hubiesen sido buenos en su época, en la edad de oro de Augusto. La muchedumbre se burló de ellos y los insultó. Eso era lo que Calígula había estado esperando. Envió a sus oficiales a arrestar a los hombres que hacían más ruido, y los arrojó a la liza, para ver si se comportaban mejor que los otros. Los sarnosos leones y panteras y los osos enfermos y los fatigados toros salvajes los despedazaron en poco tiempo.

Comenzaba a hacerse impopular. Es voz común que a la multitud siempre le encanta una fiesta, pero cuando todo el año se convierte en una larga festividad, y nadie tiene tiempo para ocuparse de sus asuntos y la diversión se hace obligatoria, el asunto cambia de color. Las

carreras de cuadrigas se hicieron aburridas. Estaban muy bien para Calígula, que tenía un interés personal en los equipos y los conductores, y que a veces solía conducir él mismo una cuadriga. No era incompetente con las riendas y el látigo, y los otros competidores se cuidaban mucho de ganarle. Los espectáculos teatrales también se volvieron aburridos. Todas las obras eran más o menos iguales, salvo para los conocedores; para mí por lo menos lo son. Calígula se consideraba un conocedor, y estaba sentimentalmente unido a Apeles, el actor trágico filisteo, que escribía muchas de las piezas en que actuaba. Una de las piezas que Calígula estimaba especialmente —porque había hecho sugerencias que Apeles incorporó a su papel— fue representada una y otra vez, hasta provocar náuseas en los espectadores. Mucho más aún le gustaba Mnéster, el principal bailarín de los ballets mitológicos entonces en boga. Solía besar a Mnéster a la vista de todos, cada vez que había bailado especialmente bien. Un caballero rompió a toser una vez, durante una de sus actuaciones, no pudo contenerse, y al cabo tuvo que salir. El ruido que hizo al pasar entre las rodillas de la gente, pidiendo disculpas y tosiendo y abriéndose paso por los congestionados pasillos hacia la salida, molestó a Mnéster, quien se detuvo en mitad de una de sus danzas más exquisitas, con el acompañamiento de suave música de flauta, y esperó a que todos volvieran a acomodarse. Calígula se enfureció con el caballero, hizo que lo llevaran ante él y le dio una buena tunda con sus propias manos. Luego lo envió a toda prisa en un viaje a Tánger, con un mensaje sellado para el rey de Marruecos. (El rey, un pariente mío —su madre era mi tía Selene, la hija de Antonio y Cleopatra—, se sintió muy intrigado con el mensaje, que decía: «Por favor, envía al portador de vuelta a Roma»). A los otros caballeros les molestó mucho este incidente. Mnéster no era más que un liberto, y se daba aires de general triunfante. Calígula recibía lecciones privadas de elocución y danza de Apeles y Mnéster, y al cabo de un tiempo comenzó a aparecer con frecuencia en el escenario, en sus papeles. Después de pronunciar un parlamento en alguna tragedia, solía volverse a veces y gritarle a Apeles, que estaba entre bambalinas: «He estado perfecto, ¿verdad? Tú mismo no habrías podido hacerlo mejor».

Y después de un gracioso salto, uno o dos brincos y una cabriola en el ballet, detenía a la orquesta, levantaba la mano para exigir un silencio absoluto y repetía el movimiento sin acompañamiento.

Así como Tiberio tenía un dragón favorito, Calígula tenía un semental. El nombre primitivo de este caballo era Porcelo (que quiere decir «cerdito»), pero Calígula no lo consideró lo bastante majestuoso y lo rebautizó «Incitato», que significa «de carrera veloz». Incitato nunca perdió una carrera, y Calígula lo quería de forma tan extravagante, que lo convirtió primero en ciudadano, luego en senador y al cabo lo incluyó en la lista de sus candidatos al consulado, con cuatro años de anticipación. Incitato recibió una casa y criados. Tenía un dormitorio de mármol, con un gran jergón de paja por cama —uno nuevo todos los días—, y también un pesebre de marfil, un cubo de oro para beber y cuadros de famosos artistas en las paredes. Solía ser invitado a cenar con nosotros cada vez que ganaba una carrera, pero prefería un tazón

de cebada a la carne y el pescado que Calígula le ofrecía siempre. Teníamos que brindar por su salud veinte veces y más.

El dinero se derrochaba cada vez con mayor rapidez, y al cabo Calígula decidió hacer economías. Un día dijo, por ejemplo: «¿De qué sirve encarcelar a los hombres por falsificación y robo y violación del orden? No se divierten en la prisión, y a mí me provocan grandes gastos, porque tengo que alimentarlos y vigilarlos. Pero si los dejara en libertad volverían a emprender su carrera delictiva. Hoy visitaré las cárceles y estudiaré el asunto».

Así lo hizo. Separó a los que consideró como criminales más endurecidos y los hizo ejecutar. Sus cadáveres fueron despedazados y utilizados como carne para los animales salvajes que esperaban ser muertos en el anfiteatro, con lo que la economía resultó doble. Ahora visitaba todos los meses las prisiones. Los delitos disminuyeron un tanto. Un día su tesorero, Calisto, le informó que sólo quedaba un millón de piezas de oro en el tesoro y un millón en la Lista Civil. Calígula se dio cuenta de que las economías no eran suficientes; había que aumentar los ingresos. De modo que primero empezó a vender puestos de sacerdotes, y magistraturas y monopolios, y con eso ganó mucho, pero no lo suficiente. Y después, como había previsto Calpurnia, comenzó a utilizar delatores para acusar a hombres ricos de delitos reales o imaginarios, a fin de quedarse con sus fortunas. Había abolido la pena capital por traición, en cuanto ascendió al trono, pero había muchos otros delitos penados con la muerte.

Celebró su primera tanda de condenas con una cacería de animales salvajes especialmente espléndida. Pero la muchedumbre estaba de muy mal humor. Hubo abucheos y gritos, y la gente se negó a prestar atención al espectáculo. De pronto surgió un grito en el otro extremo del anfiteatro, frente al palco del presidente, donde se encontraba Calígula: «¡Termina con los delatores! ¡Termina con los delatores!». Calígula se puso de pie para ordenar silencio, pero lo hicieron volver a sentarse a gritos. Envió guardias armados con porras a los lugares en que el alboroto era más grande, y los guardias golpearon a unos cuantos hombres en la cabeza, pero el estrépito surgió con más violencia en otra parte. Calígula se alarmó. Salió apresuradamente del anfiteatro, ordenándome que lo reemplazara en la presidencia. Eso no me gustó mucho, y me sentí muy aliviado cuando, al ponerme de pie para hablar, el gentío me escuchó con cortesía y llegó incluso a gritar: «Feliciter», que significa «¡Buena suerte!». Mi voz no es muy fuerte. La de Calígula era enérgica: podía hacerse escuchar de uno a otro extremo del Campo de Marte. Tuve que buscar a alguien que repitiese mi discurso. Mnéster se ofreció voluntariamente, y lo dijo mejor que yo.

Anuncié que por desgracia el emperador se había visto obligado a irse, requerido por importantes asuntos de Estado. Eso hizo que todos se rieran. Mnéster esbozó algunos hermosos gestos ilustrativos de la importancia y urgencia de esos asuntos de Estado. Luego dije que las obligaciones presidenciales habían recaído sobre mi desdichada e

indigna persona. El encogimiento de hombros de Mnéster y el pequeño movimiento con el índice en la sien expresaron de manera excelente el sentido de la frase. Luego dije:

—Continuemos con los Juegos, amigos.

Pero en el acto volvió a escucharse el grito de «¡Termina con los delatores! ¡Termina con los delatores!». Entonces yo pregunté, y Mnéster repitió la pregunta:

—Y si el emperador consiente en entregarlos, ¿qué? ¿Alguien querrá acusarlos?

No hubo respuesta a eso, aparte de un zumbido confuso. Formulé otra pregunta. Les pregunté cuál era el peor criminal: ¿un delator, o un delator de un delator? ¿O un delator de un delator de un delator? Dije que cuanto más lejos se llevaba el delito, más atroz se volvía, y a más gente manchaba. Lo mejor era no hacer nada que diese a los delatores motivos para actuar. Si todos —dije— hacían una vida de la más estricta virtud, la maldita raza perecería por falta de alimento, como un ratón en la cocina de un tacaño. Habría que haber escuchado la tempestad de risas que provocó esta salida. Cuanto más sencillo y tonto es un chiste, más le gusta a la multitud. (El más grande aplauso que jamás conquisté con un chiste fue una vez, en el circo, cuando presidía en ausencia de Calígula. La gente exigió, encolerizada, la presencia de un gladiador llamado Paloma, a quien se había anunciado pero que no aparecía, de manera que yo dije: «¡Paciencia, amigos! Primero tendrán que atrapar la Paloma y luego desplumarla». En tanto que los chistes realmente ingeniosos nunca consiguieron arrancarles una sonrisa).

—Continuemos con los Juegos, amigos —repetí, y esta vez los gritos cesaron. Los Juegos salieron muy bien. Dos espadachines se mataron entre sí, con estocadas simultáneas en el vientre; esto sucede muy raras veces. Ordené que me fuesen llevadas las armas y fabriqué cuchillitos con ellas. Esas pequeñas dagas son los amuletos más eficaces que se conocen para los casos de epilepsia. Calígula apreciaría el regalo, si me perdonaba por haber tranquilizado a los espectadores no habiéndolo logrado él. Porque se había sentido tan asustado, que salió de Roma a toda velocidad, rumbo a Anzio, y no reapareció hasta varios días después.

Todo resultó bien. Se mostró encantado con los cuchillitos, que le proporcionaron una oportunidad para hablar sobre el esplendor de su enfermedad. Y cuando preguntó qué había sucedido en el anfiteatro, le respondí que había prevenido a los espectadores de lo que él podía hacerles si no se arrepentían de su deslealtad e ingratitud. Dije que había convertido sus gritos rebeldes en alaridos de temor culpable y súplicas de perdón.

—Sí —dijo—, fui demasiado suave con ellos. Ahora estoy decidido a no ceder ni un centímetro. De ahora en adelante la consigna será «inconmovible rigor».

Y para recordar esta decisión, todas las mañanas practicaba horribles muecas ante un espejo, en su dormitorio, y espantosos gritos en su cuarto de baño privado, que tenía muy buen eco.

—¿Por qué no anuncias públicamente tu divinidad? —le pregunté—. Eso los amedrentaría más que ninguna otra cosa.

—Todavía me quedan por ejecutar algunos actos con mi disfraz humano —me respondió.

El primero de tales actos consistió en ordenar a los jefes de puerto de toda Italia y Sicilia que detuvieran a todos los barcos por encima de un determinado tonelaje, depositaran sus cargas y los enviaran, vacíos y escoltados, a la bahía de Nápoles. Nadie entendió qué quería con esa orden. Se supuso que pensaba en una invasión de Bretaña, y quería los barcos para usarlos como transportes. Nada de eso. Simplemente estaba a punto de justificar la afirmación de Trásilo, de que resultaba tan imposible que llegase a ser emperador como que pudiera atravesar a caballo la bahía de Baias. Reunió cuatro mil navíos, incluso especialmente construidos para la ocasión, y los ancló a través de la bahía, borda contra borda, en doble hilera desde los muelles de Puteoli hasta su casa de campo de Bauli. Las proas estaban hacia afuera y las popas entrelazadas. Las popas eran demasiado altas para sus fines, de modo que hizo que las redujeran de altura, aserrando el asiento del timonel y el mascarón, cosa que hizo que las tripulaciones se apenaran, porque el mascarón era la deidad guardiana del barco. Luego cubrió con tablones la doble hilera y arrojó tierra sobre los tablones e hizo regar y apisonar la tierra. Y el resultado fue una firme y ancha carretera, de unos seis mil pasos de longitud de extremo a extremo. Cuando llegaron más barcos que regresaban de viajes a Oriente, los amarró juntos, convirtiéndolos en cinco islas que unió a la carretera, una cada mil pasos. Hizo construir una hilera de tiendas a todo lo largo y ordenó que los jefes de barrio de Roma las aprovisionasen y las proveyeran de personal en el término de diez días. Instaló un sistema de agua potable y plantó jardines. Convirtió las islas en aldeas.

Por fortuna, durante todos estos preparativos el tiempo fue bueno y el mar se mantuvo liso como un cristal. Cuando todo estuvo listo se puso el peto de Alejandro (Augusto era indigno de usar el anillo de Alejandro, pero Calígula se puso su peto) y sobre él una capa de seda púrpura, recargada de bordados de oro incrustados de piedras preciosas. Luego tomó la espada de Julio César y la renombrada hacha de combate de Rómulo y el famoso escudo de Eneas, que se guardaban en el Capitolio (ambos falsificados, en mi opinión, aunque eran falsificaciones tan antiguas que resultaban prácticamente auténticas) y se coronó con una guirnalda de hojas de roble. Después de un sacrificio propiciatorio a Neptuno —una foca, porque es un animal ambicioso— y otro, de un

pavo real, a la Envidia, para el caso de que, como dijo, algún dios sintiera envidia de él, montó a Incitato y comenzó a trotar a través del puente, desde el extremo de Bauli. Toda la caballería de la guardia estaba a su espalda, y detrás venía una gran fuerza de caballería traída de Francia, seguida por veinte mil hombres de infantería. Cuando llegó a la última isla, cerca de Puteoli, hizo que sus trompas tocaran la señal de ataque y se precipitó hacia la ciudad con tanta ferocidad como si estuviese persiguiendo a un enemigo derrotado.

Aquella noche permaneció en Puteoli, lo mismo que la mayor parte del día siguiente, como si descansara del combate. Por la noche regresó en una carroza triunfal, con ruedas y costados dorados. Incitato y la yegua Penélope, con quien Calígula lo había casado ritualmente, tiraban de la carroza. Calígula llevaba puesta la misma ropa espléndida. Lo seguía un largo tren de carros, atestados con lo que supuestamente eran los despojos de la batalla: muebles y estatuas y adornos robados de las casas de ricos comerciantes de Puteoli. Como prisioneros usó a los rehenes que los reyezuelos de Oriente tuvieron que enviar como garantía de su buena conducta, y todos los esclavos extranjeros que pudo conseguir, ataviados con sus trajes nacionales y cargados de cadenas. Sus amigos lo seguían en carrozas adornadas, vestidos con túnicas bordadas y entonando sus alabanzas. Luego venía el ejército, y al cabo una procesión de unas doscientas mil personas con atavíos festivos. Innumerables hogueras fueron encendidas en todo el círculo de colinas de la bahía, y cada soldado y ciudadano de la procesión llevaba una antorcha. Fue el espectáculo teatral más impresionante, creo, que el mundo haya visto nunca, y estoy seguro de que también el más inútil. ¡Pero cómo gozaron todos con él! Un pinar se incendió en cabo Miseno, al suroeste, y ardió magníficamente. En cuanto Calígula llegó a Bauli, volvió a desmontar y pidió su tridente de puntas de oro y otra capa de púrpura bordada con peces y delfines de plata. Con esa vestimenta subió a la más grande de sus barcazas de placer, que lo esperaba junto al puente, y lo llevaron en ella a la isla central, que era con mucho la más grande, seguido por la mayor parte de sus tropas en navíos de guerra.

Allí desembarcó, trepó a una plataforma adornada con colgaduras de seda y arengó a las multitudes a medida que pasaban por el puente. Había Custodios para hacerlas circular, de modo que nadie escuchó más de unas pocas frases, aparte de sus amigos, que lo rodeaban en la plataforma —entre ellos yo—, y los soldados de los barcos de guerra más cercanos, a quienes no se había permitido desembarcar. Entre otras cosas, llamó a Neptuno cobarde por dejar que lo encadenaran sin lucha, y prometió que muy pronto le daría al viejo dios una lección más severa aún. (Parecía olvidar el sacrificio propiciatorio que había hecho). En cuanto al emperador Jerjes, que en una ocasión había tendido un puente sobre el Helesponto, en el curso de su infortunada expedición contra Grecia, Calígula se rio de él. Dijo que el famoso puente de Jerjes tenía apenas la mitad de la longitud del suyo; y que no era ni con mucho tan sólido. Luego anunció que daría a cada soldado dos piezas de oro

para que bebieran a su salud, y a todos los integrantes de la multitud cinco piezas de plata.

La ovación duró media hora, cosa que pareció satisfacerlo. La interrumpió e hizo que se distribuyera el dinero allí mismo. Toda la procesión tuvo que volver a desfilar, y se llevó y vació saco tras saco de dinero. Al cabo de un par de horas se terminó la provisión de dinero, y Calígula dijo a los desilusionados que habían llegado tarde, que se vengaran de los codiciosos que se les habían adelantado. Por supuesto, esto provocó una lucha.

Luego siguió una de las noches más notables de borracheras y cantos y bromas pesadas y violencias y jarana que se haya conocido nunca. La bebida tenía siempre sobre Calígula el efecto de volverlo travieso. A la cabeza de los Exploradores y de los guardias de corps germanos, corrió por la isla y a lo largo de la hilera de tiendas, arrojando a la gente al mar. El agua estaba tan serena, que sólo los completamente borrachos, los ancianos, los decrépitos, los enfermos y los niños pequeños no pudieron salvarse. No se ahogaron más de doscientos o trescientos.

A eso de la medianoche lanzó un ataque naval contra una de las islas menores, quebrando el puente a ambos lados y luego embistiéndola con barco tras barco, hasta que los habitantes a quienes había aislado quedaron apiñados en un espacio reducidísimo del centro. El ataque final fue reservado para el barco portainsignia de Calígula. Agitó su tridente en el castillo de proa, cayó sobre los aterrorizados sobrevivientes y los hundió. Entre las víctimas de esa batalla marina figuraba la pieza más notable de la procesión triunfal de Calígula: Eleazar, el rehén parto, que era el hombre más alto del mundo. Tenía más de tres metros treinta de estatura. Pero no poseía una fortaleza proporcionada a su altura: su voz era como el balido de un camello, su espalda era débil, y se le consideraba de menguado intelecto. Era judío de nacimiento. Calígula hizo que embalsamaran el cadáver, lo vistió con una armadura y puso a Eleazar a la puerta de su dormitorio, para asustar a posibles asesinos.



XXXI



Los gastos de esos dos días de diversiones agotaron el Erario y la Lista Civil por completo. Para empeorar aún más las cosas en lugar de devolver los barcos a sus capitanes y tripulación, Calígula ordenó que se reparase la brecha del puente y luego, cabalgando de regreso a Roma, se ocupó de otros asuntos. Neptuno, para demostrarle que no era un cobarde, envió desde el este una fuerte tormenta contra el puente y hundió unos mil barcos. La mayor parte de los demás perdieron el ancla y encallaron en tierra. Unos dos mil capearon la tormenta o fueron llevados a la playa, pero la pérdida de los demás causó una gran escasez de barcos para el transporte de trigo desde Egipto y África, y por lo tanto una gran penuria de alimentos en la ciudad. Calígula juró vengarse de Neptuno. Sus nuevos métodos para obtener dinero eran sumamente ingeniosos y divertían a todos, menos a las víctimas y a sus amigos o parientes. Por ejemplo, a todos los jóvenes a quienes endeudaba por medio de multas o confiscaciones y que luego terminaban como esclavos suyos, para pagarle dichas deudas, los enviaba a las escuelas de gladiadores. Cuando estaban adiestrados los

llevaba al anfiteatro y los hacía combatir por sus vidas. Sus únicos gastos eran la manutención y el alojamiento de los jóvenes; como eran sus esclavos no recibían pago alguno. Si triunfaban los vendía en subasta a los magistrados que tenían la obligación de costear pruebas similares —se echaban suertes para lograr esta distinción— y a cualquiera que quisiese pujar por ellos. Elevaba los precios hasta un tope absurdo fingiendo que había escuchado ofertas cuando la gente no hacía más que rascarse la cabeza o frotarse la nariz. Mi nervioso temblor de la cabeza me puso en grandes aprietos: tuve que cargar con tres gladiadores a un precio promedio de dos mil piezas de oro cada uno. Pero tuve más suerte que un magistrado llamado Apolonio, quien se durmió durante la subasta. Calígula le vendió gladiadores que nadie más parecía querer, y elevó el precio cada vez que la cabeza del hombre le caía sobre el pecho. Cuando despertó descubrió que tenía que pagar no menos de noventa mil piezas de oro por trece espadachines a los que no necesitaba en lo más mínimo. Uno de los gladiadores que yo compré era muy bueno, pero Calígula apostó fuertemente, conmigo, contra él. Cuando llegó el día del combate, mi hombre apenas podía tenerse en pie, y fue fácilmente derrotado. Parece que Calígula le había puesto drogas en la comida. Muchos hombres de dinero concurrían a esas subastas y ofrecían voluntariamente grandes sumas, no porque quisieran comprar gladiadores, sino porque si aflojaban voluntariamente los cordones de la bolsa era menos probable que Calígula los acusara después de cualquier cosa y los despojara de la vida al mismo tiempo que del dinero.

El día que mi espadachín fue derrotado sucedió una cosa divertida. Calígula había apostado fuertemente, junto conmigo, contra cinco reciarios que debían combatir contra un número igual de gladiadores armados de espada y escudo. Yo me había resignado a perder las mil piezas de oro que me hizo apostar contra las cinco mil suyas, porque en cuanto comenzó la lucha pude ver que los reciarios habían sido sobornados para que se dejaran ganar. Yo estaba sentado cerca de Calígula y le dije:

—Bueno, parece que vas a ganar, pero en mi opinión esos reciarios no hacen todo lo que pueden.

Uno por uno, los gladiadores rodearon a los reciarios, quienes se rindieron, y finalmente los cinco quedaron echados en el suelo, con la cara sobre la arena y un gladiador sobre él, la espada en alto. El público volvió los pulgares hacia abajo, en señal de que debían ser muertos. Calígula, como presidente, tenía derecho a seguir ese consejo o no, como le pareciera. Lo siguió.

—¡Matadles! —gritó—. ¡No han tratado de ganar!

Mala suerte para los reciarios, a quienes había prometido, en secreto, perdonarles la vida. Porque yo no era en modo alguno el único que había sido obligado a apostar por ellos. Calígula ganaba ochenta mil piezas de oro con su derrota. Bueno, uno se enojó de tal manera al verse

engañado, que de pronto forcejeó con su gladiador, lo derribó y consiguió apoderarse de un tridente que yacía cerca de allí, y una red, y huir con ellos. ¡Nadie lo creería, pero a fin de cuentas gané mis cinco mil piezas de oro! Primero el colérico reciario mató a dos gladiadores que estaban de espaldas a él, recibiendo los aplausos del público después de despachar a sus víctimas, y luego mató a los otros tres, uno a uno, cuando se precipitaron sobre él, cada uno a varios pasos de distancia del siguiente. Calígula lloró de ira y exclamó:

—¡Oh, el monstruo! ¡Mira, ha matado a cinco prometedores y jóvenes espadachines con esa horrible lanza para pescar truchas!

Cuando digo que gané las cinco mil piezas de oro quiero decir que las habría ganado si no hubiese tenido el tacto de anular la apuesta.

—Que un hombre mate a cinco no es lucha justa —dije.

Hasta ese momento Calígula había hablado siempre de Tiberio como de un granuja redomado, y estimulaba a todos los demás a que hicieran lo mismo. Pero un día entró en el Senado y pronunció un largo elogio suyo, diciendo que había sido un hombre incomprendido y que nadie debía hablar mal de él.

«En mi condición de emperador tengo el derecho de criticarlo, si me place, pero vosotros no. En rigor sois culpables de traición. El otro día un senador dijo en un discurso que mis hermanos Nerón y Druso fueron asesinados por Tiberio, después de ser encarcelados bajo falsas acusaciones. ¡Eso es asombroso!».

Luego presentó los documentos que había fingido quemar, y leyó largos extractos. Demostró que el Senado no había puesto en duda las pruebas reunidas por Tiberio contra sus hermanos, sino que votó unánimemente que le fuesen entregados para su castigo. Algunos incluso declararon en forma voluntaria contra ellos. Calígula dijo: «si sabíais que las pruebas que Tiberio os presentó eran falsas (y las había presentado de buena fe), entonces sois vosotros los que los habéis asesinado, no él. Y sólo después de su muerte os habéis atrevido a cargar sobre las espaldas de Tiberio vuestra crueldad y traición. O si en aquella época pensabais que las pruebas eran ciertas, entonces él no fue un asesino, y lo estáis difamando pérfidamente. O si pensasteis que eran falsas, y que él sabía que eran falsas, entonces fuisteis tan culpables de asesinato como él, y además cobardes».

Frunció el ceño, imitando a Tiberio, e hizo con la mano el movimiento seco y cortante de Tiberio, cosa que trajo aterradores recuerdos de juicios por traición, y dijo, con la áspera voz de Tiberio: «¡Bien dicho, hijo! No puedes confiar en ninguno de estos perros. ¡Mira cómo hicieron de Seyano un pequeño dios antes de despedazarlo! Lo mismo harán contigo, si tienen una oportunidad. Te odian y rezan por tu muerte. Te aconsejo que no consultes ningún interés que no sea el tuyo propio, y que antepongas el placer a todo lo demás. A nadie le gusta que lo

gobiernen, y yo conseguí mantenerme en mi puesto haciendo que esta escoria me temiera. Haz lo mismo. Cuanto peor los trates, más te honrarán».

Calígula volvió entonces a introducir la traición como delito capital, ordenó que su discurso fuese grabado en una tablilla de bronce, que había que colocar en la pared del Senado, sobre los escaños de los cónsules, y se fue. Ese día no se continuó la sesión: estábamos todos demasiado deprimidos. Pero al día siguiente derramamos elogios sobre Calígula, el sincero y piadoso gobernante y votamos sacrificios anuales a su clemencia. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Tenía el ejército consigo, y el poder de vida y muerte sobre nosotros, y hasta que alguien tuviese la suficiente audacia e inteligencia de conspirar con éxito contra su vida, lo único que podíamos hacer era seguirle la corriente y esperar lo mejor. Unas noches después, en un banquete, estalló de pronto en las más extraordinarias risotadas. Nadie sabía cuál era la broma. Los dos cónsules, que estaban sentados junto a él, le preguntaron si les permitiría participar graciosamente en su diversión. Calígula rio con más fuerza aún, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

«No —dijo, casi ahogándose—, se trata precisamente de eso. Es un chiste que a vosotros no os parecería nada gracioso. Me reía al pensar que con un solo movimiento de cabeza podría hacer que os cortasen la garganta a los dos».

Se presentaron acusaciones de traición contra los veinte hombres más adinerados de Roma. No se les ofreció la posibilidad de suicidarse antes del juicio y se los condenó a todos a muerte. Uno de ellos, un magistrado de categoría, resultó ser pobrísimo. Calígula dijo: «¡El idiota! ¿Por qué fingió tener dinero? Me engañó. Si lo hubiese sabido, todavía estaría con vida».

Recuerdo a un solo hombre que escapó con vida de una acusación de traición. Se trataba de Afer, el hombre que había acusado a mi sobrina Pulcra, un abogado famoso por su elocuencia. Su delito consistía en haber puesto una inscripción en una estatua de Calígula instalada en el vestíbulo de su casa, en el sentido de que el emperador, a los veintisiete años de edad, era ya cónsul por segunda vez. Calígula consideró que esto era una traición, una burla contra su juventud y un reproche por haber ocupado el puesto antes de estar en condiciones legales de hacerlo. Compuso un largo y cuidadoso discurso contra Afer, y lo pronunció en el Senado con toda la energía oratoria de que disponía; todos los gestos y tonos habían sido cuidadosamente ensayados de antemano. Calígula solía jactarse de que era el mejor orador y abogado del mundo, y estaba más ansioso de superar a Afer en elocuencia que de conseguir su condena y confiscar su dinero. Afer se dio cuenta de ello y fingió sentirse asombrado y abrumado por el talento de fiscal de Calígula. Repitió las acusaciones presentes contra él, punto por punto, elogiándolas con desapego profesional y mascullando «Sí, eso no se puede discutir» y «Ha extraído hasta el último gramo de peso de ese argumento» y «Un verdadero dilema» y «¡Qué extraordinario dominio

del idioma!». Cuando Calígula terminó y se sentó con una sonrisa triunfal, se le preguntó a Afer si tenía algo que decir. Respondió: «Nada aparte de que me considero sumamente desdichado. Había contado con usar mis dotes oratorias como leve compensación contra la cólera del emperador por mi inexcusable ligereza en el asunto de la maldita inscripción. Pero el Destino ha cargado los dados en mi contra. El emperador tiene poder absoluto, una acusación clarísima contra mí y mil veces más elocuencia de la que jamás podría yo abrigar la esperanza de alcanzar, incluso aunque escapase a la sentencia y me dedicara a estudiar hasta los cien años de edad».

Fue condenado a muerte, pero indultado al día siguiente.

Hablando de dados cargados. Cuando los provincianos ricos llegaban a la ciudad se les invitaba siempre a cenar en palacio y a una partidita amistosa más tarde. Se sentían asombrados y acongojados ante la suerte del emperador. Este sacaba siempre Venus, en todos los tiros, y los despojaba de todo lo que tenían. Sí, Calígula siempre jugaba con dados cargados. Por ejemplo, despojó a los cónsules de sus puestos y los multó fuertemente, con el pretexto de que habían celebrado el acostumbrado festival en honor de la victoria de Augusto sobre Antonio en Accio. Dijo que eso era un insulto para su antepasado Antonio. (De paso, nombró a Afer para ocupar uno de los consulados vacantes). Unos días antes del festival nos dijo, durante la cena, que castigaría a los cónsules hicieran lo que hicieren, porque si no celebraban el festival estarían insultando a Augusto. En esa ocasión Ganimedes cometió un error fatal. Exclamó:

—¡Cuán inteligente eres, querido mío! Los pescas de cualquier manera. Pero los pobres idiotas celebrarán el festival, si tienen un poco de sensatez. Porque Agripa hizo la mayor parte del trabajo en Accio, y también él fue tu antepasado, de modo que honrarán a dos de tus tres antecesores.

—Ganimedes —replicó Calígula—, ya no somos amigos.

—Oh —exclamó Ganimedes—, ¡no me digas eso! No he dicho nada ofensivo, ¿verdad?

—Sal de aquí —le ordenó Calígula.

En el acto me di cuenta de cuál había sido el error de Ganimedes. Era un doble error. Ganimedes, como primo de Calígula por el lado paterno, descendía de Augusto y Agripa, pero no de Antonio. Todos sus antepasados habían pertenecido al partido de Augusto. De manera que habría tenido que eludir el tema. Y a Calígula le molestaba que le recordasen que descendía de Agripa, un hombre de familia poco distinguida. Pero no tomó por el momento medida alguna contra Ganimedes.

Se divorció de Lolia, diciendo que era estéril, y se casó con una mujer llamada Cesonia. No era joven ni bien parecida, y era hija de un capitán de los Custodios; estaba casada con un panadero, o una persona por el estilo, con el cual ya había tenido tres hijos. Pero había en ella algo que atrajo a Calígula en forma que nadie pudo explicar, y él menos que nadie. Con frecuencia solía decir que le arrancaría el secreto, aunque tuviera que hacerlo con la tortura de las cuerdas de violín; quería saber por qué la amaba tanto. Se dice que ella lo conquistó con un bebedizo, y que Calígula enloqueció por ella mucho tiempo antes de conocerla. Sea como fuere, quedó embarazada de él, y Calígula se sintió tan excitado ante la perspectiva de ser padre que, como digo, se casó con ella. Poco después de su casamiento con Cesonia declaró en público su divinidad. Visitó el templo de Júpiter en el monte Capitolino. Apeles estaba con él. Le preguntó a éste: «¿Quién es el dios más grande: Júpiter o yo?».

Apeles vaciló, pensando que Calígula bromeaba; no quería blasfemar contra Júpiter en su mismo templo. Calígula silbó para llamar a dos germanos e hizo desnudar y azotar a Apeles ante la estatua misma de Júpiter.

«No muy rápido —les dijo a los germanos—. Con lentitud, para que lo sienta más».

Lo azotaron hasta que se desmayó, y luego lo reanimaron con agua sagrada y lo volvieron a azotar hasta que murió. Calígula envió después cartas al Senado anunciando su divinidad y ordenó la inmediata construcción de un gran altar al lado del templo de Júpiter, «a fin de que yo pueda morar junto a mi hermano Júpiter». Instaló en él una imagen suya, tres veces más grande que el tamaño normal, hecha de oro macizo y ataviada todos los días con ropajes nuevos.

Pero pronto riñó con Júpiter y se le oyó amenazarlo airadamente: «Si no sabes quién es el amo aquí, te enviare a Grecia».

En apariencia Júpiter se disculpó, y Calígula contestó: «Oh, quédate con tu maldito monte Capitolino. Me iré al Palatino. Está mejor ubicado. Construiré allí un templo digno de mí, sucio y viejo farsante gruñón».

Otra cosa curiosa sucedió cuando visitó el templo de Diana en compañía de un ex gobernador de Siria llamado Vitelio. A éste le había ido muy bien allí. Había sorprendido al rey de Partia, que estaba a punto de invadir la provincia, por medio de una marcha forzada a través del Éufrates. Sorprendido en un terreno desfavorable para la batalla, el rey de los partos se vio obligado a firmar una paz humillante y a entregar sus hijos como rehenes. Habría debido mencionar que Calígula llevaba al hijo mayor como prisionero, en su carroza, cuando atravesó el puente. Bien, Calígula tenía celos de Vitelio y lo habría condenado a muerte si éste no hubiese sido prevenido por mí (era amigo mío) en cuanto a lo que debía hacer. Una carta mía lo esperaba en Brindisi cuando llegó, y en cuanto arribó a Roma y se le llevó ante Calígula, cayó de hinojos y le adoró como a un dios. Vitelio se convirtió en su amigo

íntimo y me demostró su gratitud de muchas maneras. Como decía, Calígula se encontraba en el templo de Diana hablando con la diosa, no con la estatua, sino con una presencia invisible. Le preguntó a Vitelio si él también podía verla, o si sólo veía la luz de la luna. Vitelio se estremeció violentamente, como aterrorizado, y manteniendo la vista fija en el suelo, exclamó: «Sólo vosotros los dioses, señor, tenéis el privilegio de veros los unos a los otros».

Por esa época, más o menos, me vi otra vez en dificultades. Al principio creí que se trataba de una treta de Calígula para librarse de mí. Todavía no estoy seguro de que no lo fuera. Un conocido mío, un hombre con el cual solía jugar a los dados con frecuencia, falsificó un testamento y se tomó la molestia de falsificar también mi sello, como testigo. Por suerte para mí no había advertido una minúscula resquebrajadura en el borde del sello de ágata, que siempre dejaba su marca en la cera. Cuando me arrestaron de pronto por conspiración en el fraude y me llevaron ante el tribunal, soborné a un soldado para que llevase una súplica secreta a mi amigo Vitelio, rogándole que me salvara la vida como yo había salvado la suya. Le pedí que le hablase de la pequeña grieta a Calígula, que juzgaba el caso, y que tuviese preparado un auténtico sello mío para compararlo con el falsificado. Pero había que hacer que el propio Calígula hallase la diferencia y se quedase con todo el mérito del descubrimiento. Vitelio manejó todo el asunto con mucho tacto. Calígula advirtió la melladura, se jactó de su agudeza visual y me absolvió con una severa advertencia de que en el futuro debía tener más cuidado con la gente con la cual me vinculaba. Al falsificador le cortaron las manos y se las colgaron del cuello a modo de prevención. Si a mí me hubiesen considerado culpable, habría perdido la cabeza. Así me lo dijo Calígula durante la cena, esa noche.

—Piadosísimo dios —le contesté—, en realidad no sé por qué te preocupas tanto por mi vida.

Está en la naturaleza de los sobrinos gozar con las adulaciones de los tíos. Se ablandó un poco y me preguntó, lanzando un guiño al resto de los comensales:

—¿Y qué valor exacto asignarías a tu vida esta noche, si puedo preguntártelo?

—Ya lo he calculado: un céntimo.

—¿Y cómo llegaste a una cifra tan modesta?

—Toda vida tiene un valor calculable. El rescate que la familia de Julio César pagó a los piratas que lo capturaron y amenazaron con matarlo —aunque al principio pidieron mucho más— fue de sólo veinte mil piezas de oro. De modo, que en realidad la vida de Julio César no valía más de veinte mil piezas de oro. Mi esposa Elia fue una vez atacada por salteadores de caminos, pero los convenció de que le perdonaran la vida entregándoles un broche de amatista que sólo valía cincuenta. Por lo

tanto la vida de Elia valía cincuenta piezas de oro. Mi vida ha sido salvada por un trocito de ágata que, según calculo, no pesará más de la cuarentava parte de un escrúpulo. Ese tipo de ágata vale más o menos una pieza de plata el escrúpulo. La melladura, si se la pudiese encontrar, y si se pudiese encontrar un comprador, cosa que resultaría más difícil aún, valdría entonces la cuarentava parte de un escrúpulo, o sea exactamente un ardite. De forma que mi vida vale exactamente un ardite…

—Si se pudiese encontrar un comprador —rugió, encantado con su ingenio. ¡Cómo lo aplaudieron todos, yo incluso! Durante mucho tiempo, después de eso, me llamó en palacio «Teruncio» Claudio, en lugar de Tiberio Claudio. Teruncio significa ardite en latín.

Calígula necesitaba sacerdotes para su culto. Era su propio Sumo Pontífice, y sus subordinados éramos yo mismo, Cesonia, Vitelio, Ganimedes, catorce ex cónsules y su noble amigo, el caballo Incitato. Cada uno de estos subordinados tenía que pagar ochenta mil piezas de oro por el honor. Ayudó a Incitato a reunir su cuota imponiendo un tributo anual, en su nombre, sobre todos los caballos de Italia. Si no pagaban serían enviados al matadero. Ayudó a Cesonia a conseguir su contribución imponiendo un tributo, en su nombre, a todos los hombres casados por el privilegio de acostarse con sus esposas. Ganimedes, Vitelio y los demás eran ricos. Aunque en algunos casos tuvieron que vender pertenencias, perdiendo dinero, para reunir los ochenta mil en efectivo de un día para otro, no quedaron en mala situación. No sucedió lo mismo con el pobre Claudio. Las anteriores artimañas de Calígula —cuando me vendía gladiadores y me cobraba grandes sumas por el privilegio de dormir y comer en palacio— me habían dejado apenas unas treinta mil piezas de oro en efectivo, y ninguna propiedad que vender, aparte de mi casita en Capua y la casa que me había legado mi madre. Le pagué a Calígula las treinta mil y le dije esa misma noche, durante la cena, que pondría todas mis propiedades en venta para poder pagarle el resto, cuando encontrase un comprador.

—No tengo otra cosa que vender —dije.

Calígula creyó que ése era un chiste magnífico.

—¿Nada más para vender? ¿Y la ropa que llevas puesta?

Para entonces yo había descubierto que era más prudente fingirme medio tonto.

—¡Cielos! —exclamé—, me había olvidado de ella. ¿Quieres tener la bondad de subastarla a los presentes? Eres el más maravilloso subastador del mundo.

Comencé a despojarme de la ropa, hasta quedarme solo con una servilleta que él me enrolló apresuradamente en torno a la cintura. Vendió mis sandalias a no sé quién por cien piezas de oro cada una, y la

túnica por mil, y así sucesivamente, y en cada ocasión yo expresaba mi ruidoso alboroto. Luego quiso subastar la servilleta. Entonces yo dije:

—Mi natural modestia no me impediría sacrificar mi último trapo, si el dinero que se obtuviese con eso me ayudara a pagar el resto de la contribución. Pero en este caso, ¡ay!, hay algo más poderoso que la modestia que me impide venderlo.

Calígula frunció el entrecejo.

—¿Cómo es eso? ¿Qué es más fuerte que la modestia?

—Mi veneración hacia ti, César. Es tu propia servilleta. Tú me la entregaste graciosamente para que la usara en esta excelente comida.

Este jueguecito sólo redujo mi deuda en tres mil piezas de oro. Pero convenció a Calígula de mi pobreza.

Tuve que abandonar mis habitaciones y mi lugar en la mesa, y durante un tiempo viví con Briseis, la ex criada de mi madre, que era quien cuidaría la casa hasta que se encontrase un comprador. Calpurnia se vino a vivir conmigo, y, créase o no, la encantadora muchacha todavía tenía el dinero que yo le había regalado en lugar de collares y monitos y vestidos de seda, y se ofreció a prestármelo. Y lo que es más, mi ganado no había muerto como me asegurara, ni las hacinas se habían incendiado. Se trataba de una treta para venderlos en secreto, a buen precio, y guardar el dinero para un caso de necesidad. Me lo entregó todo —dos mil piezas de oro—, junto con una cuenta exacta de las transacciones, firmada por mi administrador. De modo que nos las arreglamos bastante bien. Pero para mantener la ficción de una pobreza absoluta yo tenía que salir con una jarra todas las noches, usando una muleta en lugar de una litera, a comprar vino en las tabernas.

La anciana Briseis solía decir:

—Amo Claudio, la gente cree que yo fui la liberta de tu madre. No es así. Me convertí en tu esclava cuando tú fuiste mayor de edad, y tú me concediste la libertad, ¿no es así?

—Por supuesto, Briseis —le respondí yo—. Algún día desmentiré ese embuste en público.

Era una anciana encantadora, que me adoraba. Vivíamos juntos en cuatro habitaciones, con una vieja esclava para hacer las tareas domésticas y, dada nuestra situación, éramos bastante dichosos.

La hija de Cesonia nació un mes después de que Calígula se casara con ella. Calígula dijo que eso era un prodigio. Tomó a la niña, la depositó sobre las rodillas de la estatua de Júpiter —eso fue antes de que riñera con el dios—, como para convertir a Júpiter en su colega honorario en la paternidad, y luego la puso entre los brazos de la estatua de Minerva y

le permitió chupar durante un rato el pecho de mármol de la diosa. La llamó Drusila, el nombre que su hermana muerta había dejado cuando se convirtió en la diosa Pantea. También la chiquilla fue convertida en sacerdotisa. Reunió el dinero para la cuota de iniciación recurriendo patéticamente al público, a quien se quejó de su pobreza y de los cuantiosos gastos de la paternidad; creó un fondo llamado Fondo de Drusila. Puso alcancías en todas las calles con los rótulos de «Alimentos para Drusila», «Bebida para Drusila» y «Dote para Drusila», y nadie se atrevía a pasar ante los guardias apostados junto a las alcancías sin dejar caer una o dos monedas de cobre.

Calígula quería intensamente a su pequeña Drusila, que resultó ser una niña tan precoz como lo había sido él mismo. Se complacía en enseñarle su «inconmovible rigor», y comenzó las lecciones cuando la chiquilla apenas sabía caminar y hablar. La estimuló a torturar gatitos y perritos, y a clavar sus afiladas uñas en los ojos de sus compañeros de juegos.

—No cabe duda alguna en cuanto a tu paternidad, hermosa. —solía decirle riendo cuando la niña mostraba alguna dote natural en ese sentido. Y en una ocasión, en mi presencia, se inclinó y le dijo, taimado —: Y cuando cometas tu primer asesinato importante, preciosa, aunque sólo se trate de tu pobre y viejo tío abuelo Claudio, te convertiré en diosa.

—¿Me harás diosa si mato a mamá? —ceceó la bestezuela—. Odio a mamá.

La estatua de oro para su templo constituyó otro gasto. La pagó publicando un edicto en el sentido de que recibiría regalos de Año Nuevo en la puerta principal de palacio. Cuando llegó el día envió grupos de guardias para arrear a las multitudes de la ciudad hacia el Palatino, a punta de espada, y hacerlas soltar todas las monedas que tuviesen encima, depositándolas en grandes cubos instalados para ese fin. Se les previno que si trataban de eludir a los guardias o quedarse con una sola moneda, serían condenados a muerte en el acto. Por la noche se habían llenado dos mil enormes cubos.

Más o menos por esos días dijo a Ganimedes, Agripinila y Lesbia:

—Tendríais que avergonzaros, zánganos ociosos. ¿Qué hacéis para ganaros la vida? No sois más que parásitos. ¿No os dais cuenta de que todos los hombres y mujeres de Roma trabajan intensamente para mantenerme? Todos los mozos de cuerda me pagan la octava parte de sus jornales, y todas las pobres prostitutas lo mismo.

—Bien, hermano —respondió Agripinila—, nos has despojado prácticamente de todo nuestro dinero, con uno u otro pretexto. ¿No te basta con eso?

—¿Si me basta? ¡Por supuesto que no! El dinero heredado no es lo mismo que el dinero honradamente ganado. Os haré trabajar.

Hizo saber al Senado, distribuyendo hojas volantes, que en tal o cual noche se inauguraría en palacio el más exquisito y exclusivo burdel, con diversiones adecuadas para todos los gustos, proporcionadas por personas de la más ilustre cuna. La entrada sólo costaba mil piezas de oro. Las bebidas eran gratuitas. Agripinila y Lesbia, lamento tener que decirlo, no protestaron con mucha energía contra la deshonrosa proposición de Calígula, y en verdad creyeron que sería muy divertido. Pero insistieron en que se les concediera el derecho de elegir a sus parroquianos, y que Calígula no debía quitarles una comisión demasiado elevada por el dinero que ganaran. Con gran disgusto por mi parte, me metieron a mí también en el asunto. Me vistieron de portero cómico. Calígula, enmascarado y con un disfraz, era el alcahuete, y empleaba todas las artimañas del oficio para despojar a los clientes de sus placeres y su dinero. Cuando protestaban, yo tenía que expulsarlos. Tengo brazos bastante fuertes, más vigorosos que los de la mayoría de los hombres, aunque mis piernas me son muy poco útiles. Por lo tanto divertí a todo el mundo con mi torpe cojera y las inesperadas palizas que propinaba a los invitados, cuando conseguía apoderarme de ellos. Calígula declamaba con voz teatral los versos de Homero:

«Con torpe gracia su oficio ejerce Vulcano

y risas estentóreas resuenan en lo alto».

Se trataba del pasaje del libro primero de la *Ilíada* en que el dios cojo anda por el Olimpo y todos los demás dioses se ríen de él. Yo me encontraba en el suelo, golpeando al esposo de Lesbia con los puños —no era muy frecuente que tuviese una oportunidad tan hermosa de saldar antiguas cuentas—, e incorporándome respondí:

«De su yunque, entonces, el cojo artífice se apartó.

Con tuertas piernas avanza, y su rumbo es oblicuo».

Me encaminé hacia la mesa de las bebidas. Calígula se mostró complacido y citó otro par de versos que vienen después del pasaje de las «risas estentóreas»:

«Si te sometes, el dios del trueno se apacigua

y se muestra en toda su magnificencia».

Así llegó a llamarme Vulcano, título que me alegré de conquistar, porque me confería cierta protección contra sus caprichos.

Calígula salió entonces discretamente, se quitó el disfraz y regresó sin él, entrando por la puerta de palacio en la que me había apostado. Fingió sorprenderse y escandalizarse ante lo que sucedía, y volvió a declamar a Homero: la cólera y la vergüenza de Ulises ante la conducta de las mujeres de palacio:

Y así cubierto en el pórtico permanece.

Escenas de lúbricos amores sus insomnes ojos contemplan

cuando a las nocturnas alegrías se entrega,

con lúbrico alborozo, la bella prostituta.

Su pecho de furor esta nueva deshonra hiere,

y en dudoso equilibrio sus pensamientos vacilan.

Apagar en el acto la culpable llama

con la sangre de los pecadores, y así borrar la vergüenza,

o a su lascivia entregar un último abrazo

y dejar que los otros consumen el deshonor.

En su dolido corazón se agita la furia murmuradora

como gruñe a sus cachorros la hembra del mastín

y ladra al lacayo desconocido. Y así la ira, contenida,

retrocede, desatando la tempestad en su pecho.

«Pobre corazón dolido —exclamó—, soporta el tormento

del honor herido, y tu ira contén.

Angustias más feroces no pudo tu fortaleza apaciguar

cuando a los valientes compañeros de diez años de luchas

el atroz Polifemo devoró. Entonces fui liberado

por paciente prudencia de la muerte decretada».

—Donde dice «Polifemo» léase «Tiberio» —explicó. Luego golpeó las manos para llamar a los guardias, que llegaron corriendo—. ¡Que venga Casio Querea enseguida! —Fueron a buscar a Casio y Calígula le dijo—: Casio, viejo héroe, tú que fuiste mi caballo de guerra cuando yo era un niño, mi más antiguo y fiel amigo, ¿presenciaste alguna vez un espectáculo tan triste y degradante como éste? ¡Mis dos hermanas prostituyendo sus cuerpos a los senadores en mi palacio, mi tío Claudio en la puerta, vendiendo billetes de entrada! ¡Oh, qué habrían dicho mis pobres padres, si hubiesen vivido para ver este día!

—¿Los arresto a todos, César? —preguntó Casio, ansioso.

—«No, deja que su lascivia se entregue a un último abrazo, / y que los otros consumen el deshonor», contestó Calígula, resignado, e imitó el ladrido de un mastín hembra. Ordenó a Casio que se llevase a los guardias.

No fue la última orgía de esta clase que se celebró en palacio, y después Calígula hizo que los senadores que habían concurrido al espectáculo trajesen a sus esposas e hijas para ayudar a Agripinila y Lesbia. Pero el problema de reunir dinero volvía a hacerse más agudo, y Calígula decidió visitar Francia y ver qué podía hacer allí.

Primero reunió una enorme cantidad de tropas, mandó a buscar destacamentos de todos los regimientos regulares y efectuó levas en todos los barrios. Salió de Italia a la cabeza de ciento cincuenta mil hombres, número que aumentó, en Francia, a doscientos cincuenta mil. El gasto de armar y equipar a esta inmensa fuerza cayó sobre las ciudades a través de las cuales pasaba. Y también les arrancó las provisiones necesarias. En ocasiones se adelantaba al galope y hacía que el ejército marchara cuarenta y ocho horas, o más, sin descanso, para alcanzarlo; y otras veces avanzaba sólo tres o cuatro kilómetros por día, admirando el paisaje desde una litera transportada por ocho hombres, y deteniéndose a menudo para recoger flores.

Envió cartas anticipadas, ordenando la presencia en Lyon, donde se proponía concentrar todas sus fuerzas, de todos los oficiales de Francia y las provincias del Rin con rango superior al de capitán. Entre los que acudieron a la llamada se encontraba Getúlico, uno de los más valiosos oficiales de mi querido hermano Germánico, que había estado al frente de los cuatro regimientos de la provincia Superior durante los últimos años. Era muy popular entre sus soldados porque mantenía la tradición de los castigos leves y de la disciplina basada en el cariño antes que en el miedo. También era popular entre los regimientos de la provincia Inferior, mandados por su suegro Apronio, porque Getúlico se había casado con una hermana de aquella Apronia a quien mi cuñado Plaucio había arrojado supuestamente por la ventana. Cuando cayó Seyano habría sido condenado a muerte por Tiberio, porque había prometido su hija al hijo de Seyano en casamiento, pero se libró escribiéndole al emperador una carta audaz. Dijo que mientras se le permitiera conservar el mando de sus tropas, podía contarse con su fidelidad, lo mismo que con la de sus soldados. Tiberio, prudente, le dejó en paz. Pero Calígula le envidiaba por su popularidad, y le hizo arrestar en cuanto llegó.

Calígula no me había invitado a esa expedición, de modo que me perdí todo lo que siguió, y no puedo hablar de ello con detalle. Lo único que sé es que Ganimedes y Getúlico fueron acusados de conspiración, Ganimedes de designios de apoderarse de la monarquía, Getúlico de apoyarlo, y ambos fueron ejecutados sin juicio previo. También Lesbia y Agripinila (últimamente el esposo de esta última había muerto de

hidropesía) estaban supuestamente en la conspiración. Fueron desterradas a una isla de la costa de África, frente a Cártago. Era una isla muy calurosa, árida, donde la pesca de esponjas era la única industria, y Calígula les ordenó que aprendieran el oficio de buceadoras, porque ya no podía seguir manteniéndolas. Pero antes de ser enviadas a la isla tuvieron que realizar una tarea: se vieron obligadas a caminar hasta Roma, desde Lyon, bajo escolta armada, y turnarse para transportar la urna en que se habían guardado las cenizas de Ganimedes. Se trataba de un castigo por su persistente adulterio con éste, como explicó Calígula en una carta de elevado estilo que envió al Senado. Hablaba de su gran clemencia por no haberlas condenado a muerte. ¡Pero si habían demostrado ser peores que prostitutas! ¡Ninguna prostituta honorable habría tenido el descaro de exigir los precios que pedían y recibían ellas por sus licenciosidades!

Yo no tenía motivos para lamentarme por la suerte de mis sobrinas. Eran tan malas como Calígula, a su manera, y siempre me habían tratado con rencor. Tres años antes, cuando nació su hijo, Agripinila le pidió a Calígula que sugiriese un nombre para él.

—Llámalo Claudio —respondió Calígula—, y sin duda resultará una belleza.

Agripinila se enfureció tanto, que estuvo a punto de golpear a Calígula; pero no lo hizo: se volvió y me escupió… Y luego rompió a llorar. El niño fue llamado Lucio Domicio[2] . Lesbia era demasiado orgullosa para prestarme atención o reconocer mi presencia de cualquier manera que fuere. Si la encontraba en un corredor estrecho, solía avanzar, directamente por el centro, sin disminuir la marcha, con lo que me obligaba a aplastarme contra la pared. Me resultaba difícil recordar que eran hijos de mi querido hermano y que había prometido a Agripina que haría lo posible para protegerlos.

Se me encargó del molesto deber de ir a Francia, al frente de una embajada de cuatro ex cónsules, para felicitar a Calígula por haber reprimido la conspiración. Esa era mi primera visita a Francia desde mi niñez, y tenía grandes deseos de no hacerla. Tuve que pedir dinero a Calpurnia para los gastos de viaje, porque mi propiedad y casa no habían encontrado aún comprador, y no podía contar con que Calígula se sintiera encantado al verme. Fui por mar desde Ostia, y desembarqué en Marsella. Parece que después de desterrar a mis sobrinas, Calígula había subastado las joyas, adornos y ropas que ellas no llevaban consigo. Consiguió tan elevados precios por todo eso, que también vendió a los esclavos y libertos, fingiendo creer que estos últimos también eran esclavos. Las ofertas fueron hechas por ricos provinciales que aspiraban a la gloria de poder decir:

«Sí, Fulano pertenecía a la hermana del emperador. ¡Se lo compré a él personalmente!».

Esto le dio a Calígula una nueva idea. El antiguo palacio donde había vivido Livia se hallaba cerrado. Estaba lleno de valiosos muebles y cuadros y reliquias de Augusto. Calígula mandó a buscar todas esas cosas a Roma y me hizo responsable de su seguridad y rápida llegada a Lyon. Me escribió: «Envíalas por carretera, no por mar. He tenido una disputa con Neptuno». La carta llegó el día anterior al de mi partida, de modo que encargue a Palas el trabajo. La dificultad era que todos los caballos y carros sobrantes habían sido requisados para el transporte del ejército de Calígula. Pero éste había dado la orden, y había que encontrarlos como fuera. Palas fue a ver a los cónsules y les mostró la orden de Calígula. Se vieron obligados a requisar los transportes de correspondencia y los carros de panaderos y los caballos de los molinos de cereales, cosa que causó grandes molestias al pueblo.

AÑO 40 d. de C.

Y así fue como una tarde de mayo, antes de la puesta del sol, Calígula, sentado en el puente de Lyon, dedicado a una conversación imaginaria con el dios local del río, me vio llegar por la carretera, a lo lejos. Reconoció mi silla de manos por el tablero de dados que le he colocado: alivio la monotonía de los viajes jugando a los dados conmigo mismo. Me gritó, furioso:

—Eh, señor. ¿Dónde están los carros? ¿Por qué no has traído los carros?

Le respondí, también a gritos:

—¡El cielo bendiga a Su Majestad! Me temo que los carros tardarán todavía unos días. Vienen por tierra, vía Génova. Mis colegas y yo hemos venido por agua.

—Pues por agua volverás, amigo —dijo—. ¡Ven aquí!

Cuando llegué al puente dos soldados germanos me sacaron de la litera y me llevaron al parapeto del arco central, donde me sentaron de espaldas al río. Calígula se precipitó hacia adelante y me empujó. Hice dos cabriolas en el aire y caí a una distancia que me pareció de trescientos metros antes de hundirme en el agua. Recuerdo haber pensado: «¡Nací en Lyon y en Lyon muero!». El Ródano es muy frío, muy profundo y muy rápido.

La pesada túnica se me enredó en las piernas y brazos, pero, quién sabe cómo, conseguí mantenerme a flote y trepar a la orilla detrás de unos botes medio kilómetro río abajo, lejos del puente. Soy mejor nadador que caminante: tengo los brazos fuertes, y como soy más bien obeso porque no puedo hacer ejercicios, y porque me gusta comer, floto como un corcho. Diré, de pasada, que Calígula no sabía nadar ni un metro.

Quedó sorprendido cuando unos minutos después me vio llegar cojeando, y se rio con estrépito ante el estado en que me encontraba, embarrado y maloliente.

—¿Dónde has estado, mi querido Vulcano? —me preguntó.

Yo tenía la respuesta preparada:

Sentí el poderío del dios del Trueno;

lanzado de cabeza desde la altura etérea,

caí todo el día en rápidos círculos,

y sólo al caer el sol llegué al suelo.

Caí sin aliento, en vertiginosos movimientos perdido.

Los escintios me recogieron en la costa de Lemnos.

—En lugar de «Lemnos» pon «Lyon» —dije.

Él estaba sentado en el parapeto, con mis tres colegas de delegación echados en el suelo, ante él, boca abajo. Tenía los pies apoyados sobre el cuello de dos de ellos y la punta de la espada en el tercero, el esposo de Lesbia, que sollozaba pidiendo piedad.

—Claudio —gimió al escuchar mi voz—, ruega al emperador que nos deje en libertad. Sólo vinimos a ofrecerle nuestras cariñosas felicitaciones.

—Quiero carros, no felicitaciones —replicó Calígula.

Parecía como si Homero hubiese escrito el pasaje que acababa de citar, nada más que para esa ocasión. Y le recité al esposo de Lesbia:

—«Sé paciente y obedece. / A pesar de lo que te quiero, si Júpiter su brazo extiende / sólo me resta apenarme, incapaz de defenderte. / ¿Quién osaría acudir en tu ayuda / o levantar la mano contra el poderío de Júpiter?».

Calígula se mostró alborozado. Dijo a los tres suplicantes:

—¿Cuánto vale la vida de cada uno de vosotros? ¿Cincuenta mil piezas de oro?

—Lo que tú digas, César —contestaron con voz débil.

—Entonces pagadle al pobre Claudio esa suma en cuanto volváis a Roma. Os ha salvado la vida con su veloz lengua.

Les permitió ponerse de pie y les hizo firmar, allí mismo, una promesa de que me pagarían ciento cincuenta mil piezas de oro en el plazo de tres meses. Yo le dije:

—Graciosísimo César, tus necesidades son mayores que las mías. ¿Quieres aceptar de mi parte cien mil piezas de oro, cuando ellos me paguen, en gratitud por mi propia salvación? Si condesciendes en aceptar el regalo, todavía me quedarán cincuenta mil, que me permitirán terminar de pagar mi cuota de iniciación. Esa deuda me ha estado preocupando mucho.

—¡Cualquier cosa —respondió—, con tal de contribuir a tu tranquilidad espiritual! —Y me llamó su Ardite de Oro.

Homero me había salvado. Pero unos días después Calígula me previno de que no volviese a citarlo.

—Es un autor valorado en exceso. Haré quemar todos sus poemas. ¿Por qué no habría de poner en práctica las recomendaciones filosóficas de Platón? ¿Conoces La república? Admirable argumentación. Platón era partidario de mantener a todos los poetas fuera de su Estado ideal. Decía que son todos unos embusteros, y lo son.

—¿Su Sagrada Majestad piensa quemar a todos los demás poetas, aparte de Homero?

—Oh, desde luego. A todos los que han sido alabados en demasía. Para empezar, a Virgilio. Es un individuo aburrido. Trata de ser un Homero y no lo consigue.

—¿Y a algún historiador?

—Sí, a Livio. Más aburrido aún. Trata de ser un Virgilio y no lo logra.



XXXII



Pidió los más recientes censos oficiales de propiedades y después de examinarlos llamó a Lyon a los hombres más ricos de Francia, de modo que cuando llegasen de Roma los tesoros de Palacio estuviesen en condiciones de poder fijar buenos precios. Antes de comenzar la subasta, pronunció un discurso. Dijo que era un pobre hombre en bancarrota, con enormes deudas, pero que confiaba en que, en beneficio del imperio, sus afectuosos amigos de provincias y agradecidos aliados no se aprovecharían de su situación financiera. Les rogó que no ofrecieran menos del verdadero valor de los legados familiares que, para su gran pena, se veía obligado a poner en venta.

No existía treta alguna del rematador común que no hubiese aprendido, y además inventó muchas otras nuevas, que estaban más allá del alcance de los parlanchines de la plaza del Mercado cuya cháchara imitaba. Por ejemplo, vendía el mismo artículo a diferentes compradores, cada vez con un diferente análisis de sus cualidades,

utilidad e historia. Por «verdadero valor» esperaba que los compradores entendiesen «valor sentimental», que siempre resultaba ser cien veces mayor que el valor intrínseco. Por ejemplo, solía decir: «Esta fue la butaca favorita de mi bisabuelo Marco Antonio. El dios Augusto bebió en esa copa en la fiesta de su boda. Este traje fue usado por mi hermana, la diosa Pantea, en una recepción ofrecida al rey Herodes Agripa en la celebración de su liberación de la cárcel», etcétera. Y vendía lo que él llamaba «negocios a ciegas»: pequeños artículos envueltos en telas. Cuando convencía a un hombre de que comprara una sandalia vieja o un trozo de queso por dos mil piezas de oro, se sentía tremendamente satisfecho.

Las ofertas siempre comenzaban con el precio de reserva, porque él miraba a algún francés adinerado y decía: «Creo que has ofrecido cuarenta mil piezas de oro por este cofre de alabastro. Gracias. Pero veamos si podemos mejorar el ofrecimiento. ¿Quién dice cuarenta y cinco?».

Es fácil comprender que el miedo hacía que la puja fuese vivaz. Los desplumó de todo lo que tenían y celebró el despojo con un festival que duró diez días.

Continuó su viaje por las provincias del Rin. Juró que estaba a punto de celebrar una guerra contra los germanos que sólo terminaría con su total exterminio. Completaría la tarea iniciada por su abuelo y por su padre. Envió un par de regimientos al río para localizar al enemigo más próximo. Trajeron unos mil prisioneros. Calígula los examinó, y después de elegir a los trescientos jóvenes más bellos para su guardia de corps, formó en fila a todos los demás, en la cima de un risco. En cada extremo de la fila había un calvo. Calígula ordenó a Casio: «Mátalos, de calvo a calvo, en venganza por la muerte de Varo».

La noticia de esta matanza llegó a oídos de los germanos, que se retiraron a sus bosques más densos. Calígula cruzó entonces el río con todo su ejército y encontró toda la región desierta. El primer día de su marcha, sólo para hacer las cosas más emocionantes, ordenó que algunos de sus guardias de corps germanos se internasen en un bosque vecino, y luego, a la hora de la cena hizo que le llevaran noticias de que el enemigo estaba cerca. A la cabeza de sus Exploradores y de una tropa de caballería de la guardia, se lanzó al ataque. Trajo a los hombres como prisioneros, cargados de cadenas, y anunció una aplastante victoria contra fuerzas abrumadoras. Recompensó a sus camaradas de armas con un nuevo tipo de condecoración militar llamada «La Corona de los Exploradores», una coronita de oro adornada con el sol, la luna y las estrellas imitados por piedras preciosas.

Al tercer día el camino estaba cortado por un estrecho paso. El ejército tuvo que avanzar en columna, en lugar de hacerlo en orden de escaramuza. Casio dijo a Calígula:

—Fue en un lugar muy parecido a éste, César, donde Varo cayó en la emboscada. Jamás olvidaré el día, mientras viva. Yo iba a la cabeza de mi compañía, y acababa de llegar a un recodo del camino, como podría ser ese que tenemos ahí delante, cuando de pronto se elevó un tremendo grito de batalla, como quien dice desde ese grupo de abetos de ahí, y trescientas o cuatrocientas azagayas cayeron silbando entre nosotros…

—¡Rápido, mi yegua! —ordenó Calígula, presa de pánico—. ¡Despejad el camino!

Saltó de su litera, montó en Penélope (Incitato estaba en Roma, ganando carreras) y galopó en sentido contrario al de la columna. Cuatro horas más tarde estaba otra vez en el puente, pero lo encontró tan atestado de carros de transporte, y tenía tanta prisa por cruzar, que desmontó e hizo que los soldados lo pasaran, en una silla de mano, de carro en carro, hasta encontrarse a salvo al otro lado. Hizo regresar a su ejército en el acto, anunciando que el enemigo era demasiado cobarde como para salirle al encuentro, y que por lo tanto buscaría nuevas conquistas en otras partes. Cuando todas las fuerzas volvieron a reunirse en Colonia, marchó Rin abajo y luego cruzó Boulogne, el puerto de embarque a Bretaña más cercano. Y sucedió que el heredero de Cimbelino, el rey de Bretaña, había reñido con su padre y, al enterarse de la proximidad de Calígula, cruzó el canal con unos cuantos acompañantes y se puso bajo la protección de Roma. Calígula, que ya había informado al Senado de la total subyugación de los germanos escribió entonces para decir que el rey Cimbelino había enviado a su hijo para reconocer la soberanía romana sobre todo el archipiélago británico, desde las islas Escilas hasta las Orcadas.

Yo acompañé a Calígula en aquella expedición, y pasé momentos muy difíciles tratando de seguirle la corriente. Se quejaba de insomnio y decía que su enemigo Neptuno le acosaba todo el tiempo con ruidos de mar en los oídos, y que solía aparecérsele de noche y amenazarle con un tridente.

—¿Neptuno? —dije yo—. En tu lugar no permitiría que me amedrentara ese insolente individuo. ¿Por qué no lo castigas como castigaste a los germanos? Recuerdo que una vez le amenazaste, y si continúa molestándote sería erróneo llevar tu clemencia mucho más allá.

Me miró, inquieto, con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que estoy loco? —me preguntó al cabo de un rato.

—¿Loco, César?—, dije, soltando una carcajada nerviosa. —¿Me preguntas si yo creo que estás loco? ¡Pero si tú sientas las normas de cordura para todo el mundo habitado!

—Es una cosa muy difícil, ¿sabes, Claudio? —me dijo confidencialmente —, ser un dios con envoltura humana. A menudo he pensado que me

estaba volviendo loco. Dicen que la cura de heléboro que se practica en Anticira es muy buena. ¿Qué te parece?

—Uno de los más grandes filósofos griegos —respondí—, aunque ahora no recuerdo quién, tomó la cura de heléboro para aclararse aún más el cerebro. Pero si me pides que te aconseje te diré: ¡no lo hagas! Tu cerebro está tan claro como las aguas de un estanque entre las rosas.

—Sí —contestó—, pero a veces me gustaría dormir un poco más de tres horas por noche.

—Estas tres horas son las de tu disfraz de mortal —repliqué—. Los dioses sin disfraz no duermen nunca.

Se sintió consolado y al día siguiente reunió a su ejército en orden de batalla frente al mar: arqueros y honderos adelante, luego los auxiliares germanos armados de azagayas, después el grueso de las fuerzas romanas y los franceses en retaguardia. La caballería estaba en las alas, y las catapultas en las dunas de arena. Nadie sabía qué iba a suceder. Se internó en el mar hasta que el agua llegó a las rodillas de Penélope y gritó: «¡Neptuno, viejo enemigo, defiéndete! Te desafío a combate mortal. Hiciste naufragar traidoramente la flota de mi padre, ¿no es cierto? Prueba tus fuerzas conmigo, si te atreves». Y enseguida citó los versos de Homero, de la lucha de Áyax con Ulises: «O déjame que te levante, jefe, o levántame tú. / Probemos nuestra fuerza…».

Una olita pasó rodando ante él. La hendió con la espada y se rio despectivamente. Luego se retiró y ordenó que se tocara a «combate general». Los arqueros lanzaron sus flechas, los honderos sus piedras, los hombres de las jabalinas sus proyectiles. La infantería regular se metió en el agua hasta las axilas y hendió las olas con las espadas, la caballería cargó por ambos flancos, y nadó un trecho, tajeando con los sables; las catapultas lanzaron peñascos, enormes jabalinas y troncos con puntas de hierro. Calígula se hizo luego a la mar en un barco de guerra y ancló fuera del alcance de los proyectiles, pronunciando absurdos desafíos a Neptuno y escupiendo al agua. Neptuno no hizo tentativa alguna de defenderse o contestar, aparte de que un hombre fue mordido por una langosta de mar y otro picado por una medusa.

Finalmente Calígula hizo tocar a reunión y dijo a sus hombres que limpiaran la sangre de sus espadas y recogieran el botín. El botín eran las conchas marinas de la playa. Se esperaba que cada hombre llenara su casco con ellas y las agregara a un montón general. Las conchas fueron luego clasificadas y enviadas a Roma en prueba de su insólita victoria. Las tropas lo consideraron una gran diversión, y cuando él recompensó a los soldados con cuatro piezas de oro por cabeza, lo vitorearon estruendosamente. Como trofeo de victoria, construyó un faro muy alto, según el modelo del famoso faro de Alejandría, que ha resultado ser una gran ayuda para los marinos que navegan por esas peligrosas aguas.

Luego nos llevó otra vez al Rin. Cuando llegamos a Bonn, Calígula me llevó a un lado y me cuchicheó sombríamente:

—Los regimientos nunca fueron castigados por el insulto que en una ocasión me hicieron al amotinarse contra mi padre, durante mi ausencia de este campamento. ¿Recuerdas que yo tuve que volver y restablecer el orden?

—Lo recuerdo perfectamente —respondí—. Pero eso fue hace mucho tiempo, ¿verdad? Después de veintiséis años no habrá sirviendo en las filas muchos hombres de los que había antes. Es probable que tú y Casio Querea seáis los únicos veteranos sobrevivientes de ese espantoso día.

—Quizá sólo los diezmaré, entonces —dijo.

Se ordenó a los soldados de los regimientos Primero y Vigésimo que concurriesen a una asamblea especial, y se les dijo que podían dejar sus armas porque hacía mucho calor. También se ordenó a la caballería de la guardia que concurriese, pero con sus lanzas y sables. Encontré a un sargento que sin duda había combatido en Filipos, viejo y lleno de cicatrices.

—Sargento —le dije—, ¿sabes quién soy?

—No, señor. No puedo decir que te conozca. Pareces ser un ex cónsul, señor.

—Soy el hermano de Germánico.

—¿De veras, señor? No sabía que existiese tal persona, señor.

—No, no soy un soldado ni nadie de importancia. Pero tengo un importante mensaje para vosotros. ¡No dejéis vuestras espadas muy lejos, cuando vayáis a la reunión de esta tarde!

—¿Por qué, señor, si puedo preguntarlo?

—Porque es posible que las necesitéis. Quizá se produzca un ataque de los germanos. Quizá de algún otro.

Me miró con atención y vio que hablaba en serio.

—Muchas gracias, señor. Haré circular la información —dijo.

La infantería se reunió frente a la plataforma del tribunal, y Calígula habló con rostro colérico, ceñudo, golpeando con los pies y tajeando el aire con las manos. Empezó por recordarles cierta noche de principio de otoño, hacía muchos años de ello, cuando, bajo un cielo embrujado, sin estrellas... Algunos de los hombres empezaron a escurrirse por entre una brecha de las dos tropas de caballería. Iban a buscar sus espadas.

Otros las sacaron audazmente de debajo de sus capas militares, donde las tenían ocultas. Calígula debe de haber advertido lo que ocurría, porque de pronto cambió de tono, en mitad de una frase. Trazó un feliz contraste entre aquellos horribles días, felizmente olvidados, y el actual reinado de gloria, riqueza y victoria.

—Vuestro pequeño compañero de juegos creció y se convirtió en un hombre —dijo—, en el más poderoso emperador que este mundo haya conocido. Ningún enemigo, por feroz que sea, se atreve a desafiar a sus inconquistables ejércitos.

El viejo sargento corrió hacia él.

—¡Todo está perdido, César! —gritó—. El enemigo ha cruzado el río en Colonia con trescientos mil hombres. Pretende saquear Lyon. ¡Y luego cruzar los Alpes y saquear Roma!

Aparte de Calígula, nadie creyó en esta disparatada información. Palideció de miedo, se tiró de la plataforma, se apoderó de un caballo, trepó a la silla y estuvo fuera del campamento en un santiamén. Un criado galopó tras él y Calígula le gritó:

—¡Gracias a Dios que todavía tengo Egipto! Por lo menos allí estaré a salvo. Los germanos no son navegantes.

¡Cómo se rieron todos! Pero un coronel fue en su busca con un buen caballo y lo alcanzó al cabo de un rato. Le aseguró que las noticias eran exageradas. Sólo una pequeña fuerza —dijo— había cruzado el río, para ser derrotada de inmediato. La orilla romana estaba ahora despejada de enemigos. Calígula se detuvo en el pueblo más cercano y escribió un despacho al Senado, informándole de que todas sus guerras habían terminado con éxito y que volvía con sus tropas coronadas de laureles. Censuró a los cobardes que se quedaban en sus casas y que sin duda habían vivido en la ciudad su existencia de siempre: teatros, baños, cenas, mientras él pasaba por las duras pruebas de la campaña. No había comido, bebido ni dormido mejor que un soldado cualquiera.

El Senado no supo cómo tranquilizarle, ya que tenía estrictas órdenes suyas de no concederle honores por propia iniciativa. Pero le envió una embajada para felicitarle por sus magníficas victorias y rogarle que se apresurase a volver a Roma, donde su presencia se echaba tanto de menos. Se encolerizó muchísimo porque no se le decretó un triunfo, aun a despecho de sus órdenes, y porque en el mensaje no se le llamara Júpiter, sino simplemente emperador Cayo César. Golpeó con la mano la empuñadura de su espada y gritó: «¿Que vuelva de prisa? Por cierto que lo haré, y con esto en la mano».

Hizo preparativos para un triple triunfo: sobre Germania, sobre Bretaña y sobre Neptuno. Como cautivos británicos tenía al hijo de Cimbelino y sus acompañantes, a los que se sumaron las tripulaciones de algunos mercantes británicos que había detenido en Boulogne. Como cautivos

germanos tenía trescientos, verdaderos, y los hombres más altos que pudo encontrar en Francia; les obligó a ponerse pelucas rubias y ropas germanas, y a hablar en una jerga presuntamente germana. Pero, como digo, el Senado no se había atrevido a votarle un triunfo formal, de modo que tuvo que conformarse con uno informal. Entró en la ciudad en el mismo estilo en que había cruzado el puente de Baias, y sólo por intercesión de Cesonia, que era una mujer sensata, se abstuvo de pasar a todo el Senado por la espada. Recompensó al pueblo por su generosidad con él en el pasado, arrojándole oro y plata desde el techo del palacio. Pero también arrojó discos de hierro al rojo, para recordar a la gente que todavía no la había perdonado por su conducta en el anfiteatro. Dijo a sus soldados que podían hacer todo el alboroto que quisieran y que se emborracharan como les viniese en gana, a costa del público. Los hombres aprovecharon esta licencia y saquearon calles enteras de tiendas e incendiaron el barrio de las prostitutas. No se restableció el orden hasta diez días después.

Eso ocurrió en septiembre. Mientras se encontraba ausente, los obreros habían estado atareados en el nuevo templo del monte Palatino, al otro lado del templo de Cástor y Pólux. Se hizo una ampliación que llegaba hasta la plaza del Mercado. Calígula convirtió entonces el templo de Cástor y Pólux en un vestíbulo del templo nuevo, para lo cual abrió un pasaje entre las estatuas de los dioses.

«Los Gemelos Celestes son ahora mis porteros», se jactó.

Luego envió un mensaje al gobernador de Grecia para que se ocupara de quitar de los templos de allí todas las estatuas más famosas de los dioses y enviárselas a Roma. Tenía la intención de quitarles la cabeza y reemplazarlas por la suya. La estatua que más codiciaba era una colosal de Júpiter Olímpico. Hizo construir un barco especial para transportarla a Roma. Pero el barco fue herido por un rayo antes de ser botado. O por lo menos así se informó. Yo creo, en realidad, que la supersticiosa tripulación lo quemó adrede. Pero Júpiter Capitolino se arrepintió luego de su pendencia con Calígula (así nos lo dijo éste) y le pidió que volviera a vivir otra vez a su lado. Calígula respondió que ya había prácticamente terminado un nuevo templo, pero que como Júpiter Capitolino se había disculpado tan humildemente, haría una transacción: construiría un puente sobre el valle y uniría las dos colinas. Y lo hizo: el puente pasaba por encima del techo del templo de Augusto.

Ahora Calígula era públicamente Júpiter. No sólo era el Júpiter latino, sino el Júpiter Olímpico, y no sólo eso, sino también todos los otros dioses y diosas a quienes había decapitado y colocado su propia cabeza. A veces era Apolo, otras Mercurio y otras Plutón, y en cada caso se ponía las vestimentas apropiadas y exigía los sacrificios correspondientes. Lo he visto disfrazarse de Venus, con una larga vestidura de gasa de seda, el rostro pintado, una peluca roja, el pecho con postizos y zapatos de tacones altos. Estuvo presente, disfrazado de la Buena Diosa, en su festival de diciembre, y eso sí que fue un escándalo. Marte también era un personaje favorito. Pero casi siempre

era Júpiter: se ponía una corona de olivo, una barba de delicados hilos de oro y una capa de seda de color azul intenso, y llevaba en la mano una tiara de plata dentada, para representar el rayo. Un día se encontraba en la Plataforma de las Oraciones, en la plaza del Mercado, disfrazado de Júpiter y pronunciando un discurso.

—Muy pronto —dijo— haré construir una ciudad en la cima de los Alpes, para ser ocupada por mí. Los dioses preferimos las cimas de las montañas a los valles insalubres. Desde los Alpes tendré una amplia visión de mi imperio: Francia, Italia, Suiza, el Tirol y Germania. Si veo alguna traición incubándose a mis pies, daré un retumbante trueno de advertencia —gruñó entre dientes—. Si la advertencia no es atendida, aniquilaré al traidor con mi rayo.

Arrojó su trozo de metal a la multitud. Un desconocido, un zapatero de Marsella que visitaba Roma, estalló en carcajadas. Calígula lo hizo arrestar y llevar a la plataforma, y luego, inclinándose le preguntó:

—¿Quién crees que soy?

—Un gran farsante —respondió el zapatero. Calígula se mostró desconcertado.

—¿Un farsante? —repitió—. ¿Yo un farsante?

—Sí —dijo el francés—. Yo no soy más que un pobre zapatero francés, y ésta es mi primera visita a Roma. Y no quiero conocer más. Si en mi país alguien dijera lo que tú dices, lo consideraríamos un gran farsante.

Calígula también rompió a reír.

—¡Pobre tonto! —dijo—. Y lo sería. Esa es la diferencia.

La gente también rio como enloquecida, pero no se sabía bien si de Calígula o del zapatero. Poco después de eso hizo construir una máquina productora de truenos y rayos. Encendía una mecha y la hacía rugir y centellear y arrojar piedras en la dirección que deseara. He sabido de buena fuente que cada vez que de noche se producía una verdadera tormenta de truenos, se escondía debajo de la cama. Hay una divertida anécdota relacionada con esto. Un día estalló una tormenta cuando se pavoneaba vestido de Venus.

«¡Padre, padre —rompió a gritar—, perdona la vida a tu bella hija!».

El dinero que reunió en Francia fue dilapidado muy pronto, y entonces inventó nuevas maneras de aumentar sus ingresos. Su método favorito consistía en examinar judicialmente los testamentos de los hombres que habían muerto sin dejarle dinero. Entonces presentaba pruebas de los beneficios que los testadores habían recibido de él, y declaraba que, o bien se habían mostrado desagradecidos, o no estaban en sus cabales en el momento de redactar sus testamentos, y que prefería creer lo

segundo. Cancelaba los testamentos y se nombraba a sí mismo principal heredero. Solía llegar al tribunal por la mañana temprano y anotar en un encerado la suma que tenía la intención de redondear ese día, por lo general doscientas mil piezas de oro. Cuando lograba reunirla, cerraba el tribunal. Una mañana dictó un nuevo edicto en cuanto a los horarios de trabajo para los distintos tipos de tiendas. Lo hizo escribir en letras muy pequeñas, en un cartelito colocado en la parte superior de una columna de la plaza del Mercado, donde nadie se molestaría en leerlo, por considerarlo carente de importancia. Esa tarde sus funcionarios anotaron los nombres de varios cientos de comerciantes que, sin querer, habían infringido el edicto. Cuando se les llevó a juicio, permitió que el que así lo quisiera solicitase una disminución de la sentencia nombrándole su heredero junto con sus propios hijos. Muy pocos lo hicieron. Era ya costumbre que los hombres de dinero notificasen al tesorero imperial que Calígula había sido nombrado el principal heredero en sus testamentos. Pero en varios casos eso resultó ser una imprudencia. Porque Calígula utilizaba el cofre de medicinas que había heredado de mi abuela Livia. Un día envió como regalo frutas confitadas a algunos testadores recientes. Todos murieron enseguida. También llamó a mi primo, el rey de Marruecos, a Roma, y le hizo matar, diciendo sencillamente: «Necesito tu fortuna, Ptolomeo».

Durante su permanencia en Francia hubo muy pocas condenas y las cárceles estaban casi vacías. Eso significaba una escasez de víctimas para arrojar a los animales feroces. Solucionó el problema utilizando a miembros del público, cortándoles primero la lengua para que no pudiesen pedir auxilio a sus amigos. Se volvía cada vez más caprichoso. Un día un sacerdote estaba a punto de sacrificar un buey —en esos momentos Calígula era Apolo—; el procedimiento habitual consistía en que un diácono aturdiese al buey con una hacha de piedra, después de lo cual el sacerdote le cortaba el pescuezo. Calígula apareció vestido de diácono y formuló la pregunta habitual:

—¿Lo hago?

El sacerdote le respondió:

—Hazlo. —Y dejó caer el hacha de piedra sobre la cabeza de éste.

Yo seguía viviendo en la pobreza, con Calpurnia y Briseis, porque si bien no había contraído deudas, tampoco tenía dinero, aparte de los pocos ingresos que recibía de la granja. Tuve cuidado de hacerle saber a Calígula lo pobre que estaba, y él me permitió graciosamente permanecer en la orden senatorial, aunque ya no tenía las necesarias calificaciones financieras. Pero sentía que mi posición se hacía más insegura cada día que pasaba. Una noche, a mediados de octubre, me despertaron fuertes golpes propinados en la puerta delantera. Asomé la cabeza por la ventana.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

—Se te necesita en palacio de inmediato.

—¿Eres tú, Casio Querea? ¿No sabes si piensan matarme?

—Tengo órdenes de llevarte enseguida.

Calpurnia lloró y Briseis lloró y las dos se despidieron de mí con gran ternura. Mientras me ayudaban a vestirme precipitadamente, les dije lo que debían hacer con las últimas pertenencias que me quedaban, y con la pequeña Antonia, y en relación con mi funeral y demás. Fue una escena muy afectuosa para todos nosotros, pero no me atreví a prolongarla. Pronto cojeaba al lado de Casio, rumbo a palacio.

—Otros dos ex cónsules han sido citados junto contigo —me dijo con aspereza.

Me dio sus nombres y me sentí más alarmado aún. Eran hombres de fortuna, de aquellos a quienes Calígula gustaba de acusar de conspirar contra él. ¿Pero por qué yo? Fui el primero en llegar. Los otros dos llegaron casi corriendo, detrás de mí, sin aliento por efecto de la carrera y el temor. Nos llevaron al salón de Justicia y nos hicieron sentar en sillas, en una especie de entarimado que daba a la plataforma del tribunal. Una guardia de soldados germanos se encontraba detrás de nosotros, mascullando en su idioma. La sala estaba a oscuras, a no ser por dos minúsculas lámparas de aceite encendidas en el tribunal. Las ventanas de abajo se hallaban cubiertas, advertí, con colgaduras negras bordadas con estrellas de plata. Mis compañeros y yo nos dimos la mano en silencio, a modo de despedida. Eran hombres de quienes yo había recibido muchos insultos en una u otra ocasión, pero a la sombra de la muerte esas insignificancias se olvidan con facilidad. Permanecimos allí, esperando a que sucediese algo, hasta que llegó el alba.

De pronto escuchamos un resonar de címbalos y la alegre música de oboes y violines. Entraron varios esclavos por una puerta situada a un lado del tribunal, cada uno con dos lámparas, que colocaron en mesas auxiliares. Y luego la potente voz de un eunuco comenzó a cantar la conocida canción *Cuando las largas vigilias de la noche* . Los esclavos se retiraron. Se oyó un ruido de pasos y de pronto entró danzando una alta y torpe figura, cubierta con una túnica femenina, de seda rosada, con una corona de rosas de imitación en la cabeza. Era Calígula. «Entonces la diosa de dedos de rosa / se llevará consigo la noche estrellada…».

Apartó los cortinajes de la ventana y reveló las primeras luces del alba, y luego, cuando el eunuco llegó a la parte de la diosa de dedos rosados que apaga las lámparas una a una, incorporó también ese incidente a la danza. «Y donde yacen los amantes clandestinos, / envueltos en los dulces esfuerzos de la pasión…».

De una cama que no había visto, porque se encontraba en una alcoba, la Diosa del Alba arrastró a una muchacha y un hombre, ambos desnudos, y con gestos les indicó que era hora de que se separasen. La joven era hermosísima. El hombre era el eunuco que cantaba. Se alejaron en direcciones opuestas, como profundamente acongojados. Cuando llegó el último verso, «Oh Alba, de las diosas la más bella, / que con lento y amoroso paso / das alivio a toda pena…», tuve la sensatez de caer de bruces al suelo. Mis compañeros no tardaron en imitar mi ejemplo. Calígula hizo unas cabriolas en escena y salió, y poco después se nos llamó para desayunar con él.

—Oh dios de dioses —le dije—, nunca en mi vida presencié una danza que me proporcionase tan profunda alegría espiritual como la que acabo de ver. No tengo palabras para describir sus encantos.

Mis compañeros estuvieron de acuerdo conmigo y dijeron que era una lástima que un espectáculo tan incomparable tuviese un público tan reducido. Calígula contestó con complacencia que sólo se trataba de un ensayo. Pronto lo ofrecería, una noche, en el anfiteatro, para toda la ciudad. No entendí cómo se las arreglaría con el asunto de descorrer los cortinajes, en un anfiteatro al aire libre de cientos de metros de longitud, pero no dije nada en ese sentido. Tuvimos un desayuno delicioso; el ex cónsul de mayor edad tuvo que sentarse en el suelo y alternativamente comer pastel de tordo y besar los pies de Calígula. Yo pensaba cuán satisfechas se sentirían Calpurnia y Briseis al verme otra vez, cuando Calígula, que estaba de un humor muy placentero, me dijo de pronto:

—Una muchacha hermosa, ¿no es cierto, Claudio, viejo libertino?

—Muy bella, por cierto, dios.

—Y todavía es virgen, por lo que sé. ¿Te gustaría casarte con ella? Puedes hacerlo, si quieres. A mí me gustó por un rato, pero es gracioso, ya no me gustan más que las mujeres inmaduras. Ni ninguna mujer madura, de hecho, salvo Cesonia. ¿Reconociste a la joven?

—No, señor. Sólo te miraba a ti, para decir la verdad.

—Es tu prima Mesalina, la hija de Barbato. El viejo alcahuete no musitó ni una palabra de protesta cuando le pedí que me la enviara. ¡Qué cobardes son a fin de cuentas, Claudio!

—Sí, señor dios.

—Está bien, os casaré mañana. Creo que ahora iré a acostarme.

—Mil gracias y respetos, señor.

Me dio a besar su otro pie. Al día siguiente cumplió con su promesa y nos casó. Aceptó la décima parte de la dote de Mesalina como honorario, pero por lo demás se portó con bastante cortesía. Calpurnia se había alegrado mucho al ver que yo seguía con vida, y fingió que no le molestaba mi casamiento. Dijo, con tono práctico: «Muy bien, querido, volveré a la granja, a cuidar de tus intereses. No me echarás de menos, con una esposa tan bonita. Y ahora que tienes dinero volverás a vivir en palacio».

Le dije que el matrimonio me había sido impuesto y que la echaría mucho de menos. Pero ella se burló de eso: Mesalina era dos veces más bonita que ella, tres veces más inteligente, y además tenía rango y dinero. Yo ya estaba enamorado de ella, afirmó.

Me sentí incómodo. Calpurnia había sido mi única amiga durante esos cuatro años de desgracia. ¿Qué no había hecho por mí? Y sin embargo tenía razón: estaba enamorado de Mesalina, y ésta seria ahora mi esposa. Con Mesalina en la casa, no habría lugar para Calpurnia.

Lloraba cuando se fue. Yo también lloré. No estaba enamorado de ella, pero era mi mejor amiga, y sabía que si alguna vez la necesitaba, volvería a ayudarme. No tengo que decir que cuando recibí el dinero de la dote no me olvidé de ella.



XXXIII



Mesalina era una muchacha hermosísima, esbelta y de veloces movimientos, de ojos tan negros como el azabache y masas de rizados cabellos negros. Apenas pronunciaba una palabra, y tenía una sonrisa misteriosa que casi me enloqueció de amor por ella. Se alegró tanto de escapar de las manos de Calígula, y se dio cuenta con tanta rapidez de las ventajas que le reportaría el casamiento conmigo, que se comportó de un modo que me hizo sentirme seguro de que me amaba tanto como yo a ella. Esa era prácticamente la primera vez que me enamoraba de alguien desde la juventud, y cuando un cincuentón no muy inteligente y no muy atrayente se enamora de una muy atrayente y muy inteligente muchacha de quince años, por lo general tiene muy malas perspectivas. Nos casamos en octubre. Para diciembre estaba embarazada. Parecía muy encariñada con mi pequeña Antonia, que tenía diez años, y fue un alivio para mí que la chiquilla tuviese ahora alguien a quien llamar madre, alguien lo bastante próximo a ella en edad como para ser un

amigo y que pudiese explicarle las costumbres de la sociedad y pasearla como Calpurnia no había podido hacer.

Mesalina y yo fuimos invitados a vivir nuevamente en palacio. Llegamos en mal momento. Un mercader llamado Baso había estado haciendo preguntas, a un capitán de los guardias, sobre las costumbres cotidianas de Calígula. ¿Era cierto que de noche se paseaba por los claustros porque no podía dormir? ¿A qué hora lo hacía? ¿Y qué claustros elegía habitualmente? ¿Qué guardias lo acompañaban? El capitán informó del incidente a Casio y éste se lo comunicó a Calígula. Baso fue arrestado e interrogado. Se vio obligado a admitir que tenía la intención de matar a Calígula, pero negó, incluso bajo tortura, que tuviese cómplices. Calígula envió entonces un mensaje al anciano padre de Baso, ordenándole concurrir a la ejecución. El anciano, que no tenía idea de que su hijo pensara asesinar a Calígula, o aun de que hubiera sido arrestado, se sintió muy conmovido al encontrar a su hijo en el suelo, en palacio, gimiendo, con el cuerpo destrozado por la tortura. Pero se dominó y le agradeció a Calígula la bondad que había tenido al llamarlo para que cerrase los ojos de su hijo. Calígula se echó a reír:

—¡Cerrarle los ojos, vaya! ¡No le quedarán ojos que cerrar, a ese asesino! Se los arrancaré dentro de un rato. Y a ti también.

—Perdónanos la vida —dijo el padre de Baso—. Sólo somos instrumentos en manos de hombres poderosos. Te daré todos los nombres.

Esto impresionó a Calígula, y cuando el anciano mencionó al comandante de la guardia, al comandante de los germanos, a Calisto el tesorero, a Cesonia, Mnéster y tres o cuatro más, palideció de miedo.

—¿Y a quién pensaban poner como emperador en mi lugar? —preguntó.

—A tu tío Claudio.

—¿También él está en la conspiración?

—No, pensaban usarlo como hombre de paja.

Calígula salió corriendo y llamó al comandante de la guardia, al comandante de los germanos, al tesorero y a mí mismo, haciéndonos pasar a una habitación privada. Preguntó a los demás señalándome:

—¿Esta criatura está en condiciones de ser emperador?

—No, a menos que tú lo digas así, Júpiter —respondieron con tono sorprendido.

Entonces les ofreció una sonrisa patética y exclamó:

—Yo soy uno y vosotros tres. Dos de vosotros estáis armados, y yo inerme. Si me odiáis y queréis matarme, hacedlo en el acto y poned a ese idiota en mi lugar, como emperador.

Todos caímos de bruces y los dos soldados le entregaron sus espadas desde el suelo, diciendo:

—Somos inocentes de tan traicioneros pensamientos, señor. ¡Si no nos crees, mátanos!

¿Y sabéis que en realidad estuvo a punto de matarnos? Pero mientras vacilaba yo dije:

—Dios Todopoderoso, el coronel que me trajo me habló de la acusación lanzada contra estos leales servidores por el padre de Baso. La falsedad de la misma es evidente. Si Baso hubiese sido realmente empleado para ello, ¿habría tenido acaso que interrogar al capitán acerca de tus movimientos? ¿No habría podido obtener las informaciones necesarias de estos generales? No, el padre de Baso ha tratado de salvar su vida y la de su hijo con una torpe mentira.

Calígula pareció quedar convencido con mi argumento. Me dio la mano a besar, nos hizo poner de pie y devolvió las espadas. Baso y su padre fueron despedazados luego por los germanos. Pero Calígula no pudo librar sus pensamientos del temor al asesinato. Primero la garita del portero de palacio fue destruida por un rayo. Luego Incitato, cuando cenaba con nosotros una noche, corcoveó y se desprendió de una herradura, que quebró una taza de alabastro que había pertenecido a Julio César, derramando el vino en el suelo. El peor presagio de todos fue el que se produjo en el Olimpo cuando, obedeciendo las órdenes de Calígula, los trabajadores del templo comenzaron a desmontar las piezas de la estatua de Júpiter para enviarlas a Roma. La cabeza fue la primera en ser desprendida, porque se la utilizaría como medida para la nueva cabeza de Calígula que reemplazaría la del dios cuando la estatua fuese montada de nuevo. Habían fijado la polea en el techo del templo y tenían una cuerda anudada en torno al cuello de la estatua. Estaban a punto de tirar de ella cuando de pronto resonó en todo el edificio una carcajada atronadora. Los obreros salieron corriendo, presas del pánico. No se pudo encontrar a nadie lo bastante audaz como para reemplazarlos.

Cesonia le aconsejó entonces que, puesto que con un inconmovible rigor había hecho temblar a todo el mundo ante el solo sonido de su voz, gobernara con moderación y conquistara el cariño del pueblo, en lugar de su odio. Porque Cesonia se daba cuenta de la peligrosa situación del emperador y sabía que si algo le sucedía a él, también ella perdería la vida, a menos que se supiera que había hecho todo lo posible por disuadirlo de su crueldad. Calígula se comportaba ahora de la forma más imprudente. Fue a ver por turno al comandante de la guardia, al

tesorero y al comandante de los germanos y fingió hacer confidencias a cada uno de ellos.

«Confío en ti —les dijo—, pero los otros conspiran contra mí y quiero que los consideres como a mis enemigos jurados».

Los tres se enteraron de que las confidencias también habían sido hechas a los otros dos, y por eso cerraron los ojos cuando hubo una verdadera conspiración. Calígula dijo que aprobaba el consejo de Cesonia. Lo seguiría cuando hubiese hecho las paces con sus enemigos. Reunió al Senado y nos habló de esta manera: «Pronto os concederé la amnistía, enemigos míos, y reinaré con amor y paz durante un milenio. Esta es la profecía. Pero antes de que llegue esa época dorada deben rodar cabezas por el piso de esta sala y la sangre salpicar las columnas. Serán cinco minutos de locura».

Hubiéramos preferido que vinieran primero los mil años de paz y luego los cinco minutos de locura.

La conspiración fue encabezada por Casio Querea. Era un soldado chapado a la antigua, acostumbrado a la ciega obediencia a las órdenes de sus superiores. Las cosas tenían que ir extraordinariamente mal para que un hombre como él pensara en conspirar contra la vida de su comandante en jefe, a quien había jurado fidelidad en los más solemnes términos imaginables. Calígula había tratado muy mal a Casio. Le había prometido el mando de los guardias y luego, sin una palabra de explicación o disculpa, se lo había entregado a un capitán con poco tiempo de servicio y carente de distinciones militares, en recompensa por una hazaña de bebedor en palacio. El capitán en cuestión se había comprometido a vaciar una jarra de vino de diez litros de una sola vez, y así lo hizo; yo lo vi. Calígula también lo nombró senador. Y empleaba a Casio en las diligencias y tareas más desagradables: el cobro de impuestos que en realidad no habían vencido, la expropiación de propiedades por delitos no cometidos, la ejecución de inocentes. Recientemente le había hecho torturar a una hermosa muchacha de noble cuna llamada Quintilia. La historia era la siguiente. Varios jóvenes querían casarse con ella, pero Quintilia no aceptaba el que su tutor había propuesto, un miembro de los Exploradores. Le pidió que la dejase elegir a uno de los otros. El tutor consintió, y se fijó el día para el casamiento. El Explorador rechazado fue a ver a Calígula y presentó una acusación contra su rival, diciendo que había blasfemado contra él, que había hablado de su Augusto Soberano llamándolo «esa calva regenta de prostíbulos». Citó a Quintilia como testigo. Quintilia y su prometido fueron llevados ante Calígula. Ambos negaron la acusación. Los dos fueron sentenciados al potro. El rostro de Casio reveló su desagrado, porque sólo los esclavos podían ser torturados legalmente. De modo que Calígula le ordenó que vigilase personalmente la tortura y que ajustase los tornillos con sus propias manos. Quintilia no pronunció una palabra ni lanzó un grito durante el tormento, y después le dijo a Casio, quien se afectó a tal punto que rompió a llorar:

—Pobre coronel, no te guardo rencor. A veces debe ser muy difícil obedecer las órdenes.

Casio respondió con amargura:

—Ojalá hubiese muerto aquel día, con Varo, en el bosque de Teutoburgo.

La llevaron otra vez a presencia de Calígula, y Casio informó que no había hecho confesión alguna ni lanzado un solo grito. Cesonia le dijo a Calígula:

—Eso es porque está enamorada de ese hombre. El amor todo lo puede. Podrías cortarla en pedazos, pero no lo traicionaría.

—¿Y también tú serías tan gloriosamente valiente en mi defensa, Cesonia? —le preguntó Calígula.

—Sabes que sí —respondió ella.

Entonces el novio de Quintilia no fue torturado, sino que se le perdonó, y a Quintilia se le concedió una dote de ocho mil piezas de oro tomadas de los bienes del Explorador, a quien se ejecutó por perjurio. Pero Calígula se enteró de que Casio había llorado durante la tortura de Quintilia, y se burló de él, llamándolo viejo llorón. «Llorón» no fue el peor epíteto que encontró. Fingió creer que Casio era un anciano afeminado, y hacía chistes groseros, acerca de él, con los otros oficiales de la guardia, que se veían obligados a reírse estruendosamente. Casio solía ir a ver a Calígula todos los días, al mediodía, para pedirle el santo y seña. Hasta entonces siempre había sido «Roma» o «Augusto» o «Júpiter» o «Victoria», o algo por el estilo. Pero ahora, para fastidiarlo, Calígula le daba contraseñas tan absurdas como «Cordones de corsé», o «Amor a montones», o «Tenacillas de rizar», o «Bésame, sargento», y Casio tenía que transmitirlas a sus oficiales y soportar sus burlas. Decidió matar a Calígula.

Este estaba más loco que nunca. Un día entró en mi habitación y dijo, sin preámbulos:

—Tendré tres ciudades imperiales, y Roma no será una de ellas. Construiré mi ciudad en los Alpes, y reconstruiré a Roma en Anzio, porque allí nací y porque se merece ese honor, y porque está junto al mar, y luego tendré también Alejandría, por si los germanos capturan las otras dos. Alejandría es un lugar muy culto.

—Sí, dios —contesté con humildad.

De pronto recordó que lo habían llamado «calva regenta de prostíbulos», en verdad el cabello le raleaba bastante en la coronilla, y gritó:

—¿Cómo te atreves a presentarte ante mí con esa enorme y fea cabellera enmarañada? Es una blasfemia. —Se volvió hacia su guardia germano—. ¡Córtale la cabeza!

Una vez más creí que estaba perdido. Pero tuve la presencia de ánimo de decirle con sequedad al guardia que corría hacia mí espada en mano:

—¿Qué haces, idiota? El dios no ha dicho «cabeza»; ¡ha dicho «CABELLO»! ¡Ve a buscar las tijeras ahora mismo!

Calígula quedó desconcertado y quizá pensó que realmente había dicho «cabello». Permitió que el germano fuese a buscar las tijeras. Me cortaron todo el cabello. Yo pedí permiso para dedicar el cabello cortado a su divinidad, y él consintió graciosamente. Luego hizo que le cortaran el cabello a todo el mundo en palacio, menos a los germanos. Cuando le llegó el turno a Casio, Calígula exclamó:

—¡Oh, qué lástima! ¡Esos ricitos tan hermosos que tanto le gustan al sargento!

Esa noche Casio se encontró con el esposo de Lesbia. Había sido el mejor amigo de Ganimedes, y por algo que Calígula le había dicho esa mañana, era evidente que no viviría mucho tiempo más.

—Buenas tardes, Casio Querea, amigo mío —dijo—. ¿Cuál es el santo y seña de hoy?

El esposo de Lesbia nunca había llamado «amigo mío» a Casio, quien lo miró atentamente.

El esposo de Lesbia —se llamaba Marco Vinicio— volvió a decir:

—Casio, tenemos mucho en común, y cuando te llamo «amigo» lo digo en serio. ¿Cuál es el santo y seña?

—Esta noche el santo y seña es «Ricitos» —respondió Casio—. Pero, amigo Marco Vinicio, si en verdad puedo llamarte «amigo», dame el santo y seña «Libertad» y mi espada está a tu servicio.

Vinicio lo abrazó.

—No somos los únicos dispuestos a luchar por la libertad. También El Tigre está conmigo.

El Tigre (su verdadero nombre era Cornelio Sabino) era otro coronel de la guardia que reemplazaba a Casio cuando éste no estaba de servicio.

AÑO 41 d. de C.

El gran Festival Palatino comenzaba al día siguiente. Ese festival en honor de Augusto había sido instituido por Livia a principios de la monarquía de Tiberio, y se celebraba anualmente en el patio meridional del palacio viejo. Comenzaba con sacrificios a Augusto y una procesión simbólica, y continuaba durante tres días con obras teatrales, danzas, canciones, juegos de manos y cosas por el estilo. Se levantaban tribunas de madera, con asientos para sesenta mil personas. Cuando terminaba el festival las tribunas eran desmontadas y se guardaban para el año siguiente. Ese año Calígula prolongó los tres días a ocho, intercalando entre los espectáculos carreras de cuadrigas en el circo y fingidas batallas navales en la dársena. Quería divertirse continuamente hasta el día en que zarpara rumbo a Alejandría, o sea el veinticinco de enero. Porque pensaba ir a Egipto a estudiar el paisaje, reunir dinero por medio de su inconmovible rigor y de las mismas artimañas que había usado en Francia, hacer planes para la reconstrucción de Alejandría y finalmente, así se jactaba, poner una nueva cabeza a la Esfinge.

Comenzó el festival. Calígula hizo los sacrificios a Augusto, pero en forma más bien superficial y desdeñosa, como un amo que en una ocasión cualquiera tiene que hacer un favor insignificante a uno de sus esclavos. Cuando terminó con eso, proclamó que si algún ciudadano presente pedía una merced que estuviera en su poder conceder, la concedería graciosamente. Últimamente estaba enojado con el pueblo por la falta de entusiasmo demostrada en las luchas de animales feroces, y les había castigado cerrando los graneros públicos durante diez días. Pero quizá les había perdonado, porque acababa de arrojar dinero desde el techo de palacio. Entonces se escuchó un alegre grito: «¡Más pan, menos impuestos, César! ¡Más pan, menos impuestos!».

Calígula se enfureció. Envió un pelotón de germanos a que recorrieran las hileras de bancos, y los germanos cortaron más de cien cabezas. Este incidente inquietó a los conspiradores. Era un recordatorio de la barbarie de los germanos y de la increíble devoción que tenían hacia Calígula. Para entonces era difícil que hubiese un solo ciudadano que no ansiara la muerte de Calígula, o que no lo hubiese hecho añicos con ganas, como se dice. Pero para esos germanos era el héroe más glorioso que había existido nunca. Y si se vestía de mujer, o se alejaba de pronto, al galope, de su ejército en marcha, o hacia que Cesonia se presentara desnuda ante ellos y se jactaba de su belleza; o si incendiaba su más hermosa casa de campo de Herculano, so pretexto de que su madre Agripina había estado presa allí durante dos días, cuando se dirigía a la isla en que murió. Estas actitudes inexplicables lo hacían más digno de su adoración, lo convertían en un ser divino. Solían mirar y, asintiendo, se decían: «Sí, los dioses son así. No se sabe qué harán en un momento dado. Tuisco y Mann, en nuestra querida patria, son como él».

Casio era osado y no le importaba lo que pudiera sucederle a él personalmente, siempre que Calígula fuese asesinado, pero los otros conspiradores, que no tenían sentimientos tan enérgicos, comenzaron a preguntarse cuál sería la venganza que se tomarían los germanos en los

asesinos de su maravilloso héroe. Empezaron a presentar excusas, y Casio no logró que aceptaran un plan de acción conveniente. Sugirieron que era mejor dejarlo en manos del azar. Casio empezó a ponerse nervioso. Les llamó cobardes y les acusó de tratar de ganar tiempo. Dijo que en realidad querían que Calígula llegara a Egipto y se pusiera a salvo allí. Llegó el último día del festival y Casio logró, con grandes dificultades, que aceptasen un plan, cuando Calígula hizo saber de pronto que el festival continuaría tres días más. Dijo que quería actuar y cantar en una mascarada que había compuesto hacía tiempo para los alejandrinos, pero que le parecía justo que sus compatriotas la conocieran primero.

Este cambio de planes dio a los más timoratos una nueva oportunidad para exhibir sus vacilaciones.

—Oh, Casio, esto modifica las cosas. Nos lo facilita todo. Podemos matarlo el último día, cuando baje del escenario. Ese es un plan mucho mejor. O cuando suba a él. Como te parezca más conveniente. Elige tú.

—Hemos trazado un plan y jurado cumplirlo —replicó Casio—, y debemos cumplirlo. Y es un plan muy bueno. No tiene un solo defecto.

—Pero ahora tenemos tiempo de sobra. ¿Por qué no esperar otros tres días?

—Si no queréis llevar a cabo el plan, como jurasteis que lo haríais —dijo Casio—, tendré que trabajar solo. No tendré grandes posibilidades con los germanos… pero haré lo posible. Si son demasiado fuertes para mí, llamaré: «¡Vinicio, Asprenas, Bubo, Aquila, Tigre!, ¿por qué no me ayudáis como prometisteis?».

De modo que convinieron en llevar a la práctica el plan primitivo. Calígula tenía que ser convencido por Vinicio y Asprenas de que saliera del teatro al mediodía, para nadar un poco en el estanque y comer algo. Antes de eso Casio, El Tigre y los otros capitanes que estaban en la conspiración tenían que deslizarse sigilosamente por la puerta del escenario. Debían rodear la entrada del pasaje cubierto que era el atajo del teatro al palacio nuevo. Asprenas y Vinicio convencerían a Calígula de que tomase ese atajo.

La obra que se había anunciado ese día era *Ulises y Circe* , y Calígula había prometido distribuir frutas, tortas y dinero al terminar la función. Por supuesto, lo haría en el extremo más cercano a la puerta, donde estaba su asiento, de modo que todos llegaron lo más temprano posible para conseguir asientos de ese lado. Cuando se abrieron las puertas, la multitud se precipitó y corrió hacia los asientos más cercanos. Por lo general todas las mujeres se sentaban juntas en una parte, y había asientos reservados para los caballeros, los senadores y los extranjeros distinguidos, etcétera. Pero ese día todos se mezclaron. Vi que un senador que había llegado tarde se vio obligado a acomodarse entre un

esclavo africano y una mujer con el cuello teñido de azafrán y la túnica oscura que las prostitutas comunes usan como símbolo de su profesión.

«Tanto mejor —le dijo Casio al Tigre—. Cuanta más confusión haya, mejores posibilidades tendremos».

Aparte de los germanos y del propio Calígula, casi la única persona de palacio que no se había enterado de la conspiración era el pobre Claudio. Eso se debía a que el pobre Claudio también tenía que ser asesinado, como tío que era de Calígula. Se mataría a todos los familiares de Calígula. Supongo que los conspirados temían que me hiciesen emperador y que yo vengara la muerte de Calígula. Habían decidido restablecer la república. Si los imbéciles me hubiesen demostrado confianza, esta historia habría tenido un final muy distinto. Porque yo era más republicano que cualquiera de ellos. Pero desconfiaron de mí y me condenaron cruelmente a muerte. Hasta Calígula sabía más de la conjura que yo, en cierto sentido, porque acababa de recibir un oráculo del templo de la Fortuna, de Anzio: «Ten cuidado de Casio». Lo entendió mal, y mandó regresar al primer esposo de Drusila, Casio Longino, del Asia Menor, donde era gobernador. Pensó que Longino estaba enojado con él porque había asesinado a Drusila, y recordó que era descendiente de aquel Casio que ayudó a asesinar a Julio César.

Llegué al teatro esa mañana a las ocho y encontré que los acomodadores me habían reservado un lugar. Me senté entre el comandante de la guardia y el de los germanos. Aquél se inclinó ante mí y preguntó:

—¿Te has enterado de las noticias?

—¿Qué noticias? —inquirió a su vez el comandante de los germanos.

—Hoy representan un nuevo drama.

—¿Cómo se llama?

—*La muerte del tirano* .

El comandante de los germanos le lanzó una mirada rápida y citó, ceñudo: «Valiente comandante, cállate, / no sea que te escuche alguno de los hombres de Grecia».

—Si —dije—, hay un cambio en el programa. Mnéster nos ofrecerá *La muerte del tirano* . Hace años que no se representa. Se refiere al rey Ciniras, que no quiso entrar en guerra contra Troya y fue muerto por su cobardía.

Comenzó la obra y Mnéster estaba en el mejor de sus días. Cuando murió a manos de Apolo, arrojó sangre sobre sus ropas, de una vejiguilla que tenía oculta en la boca. Calígula lo mandó llamar y le besó

en ambas mejillas. Casio y El Tigre le escoltaron a su camarín, como para protegerlo de sus admiradores. Luego salieron por la puerta del escenario. Los capitanes les siguieron durante la confusión que se produjo con la distribución de los regalos.

—Esto es maravilloso —le dijo Asprenas a Calígula—. ¿Y ahora qué te parece un chapuzón en la piscina y un pequeño almuerzo?

—No —respondió Calígula—, quiero ver a esos acróbatas. Me han dicho que son muy buenos. Creo que me quedaré aquí durante todo el espectáculo. Es el último día. —Estaba de un humor sumamente afable.

Entonces Vinicio se puso de pie. Iba a decirles a Casio, El Tigre y a los demás que Calígula se quedaría hasta el final, que no esperaran. Calígula le tiró de la capa.

—Mi querido amigo, no huyas. Tienes que ver a esas muchachas. Una hace un baile llamado danza del pez que le hace creer a uno que se encuentra a diez brazas bajo el agua.

Vinicio se sentó y presenció la danza del pez. Pero primero tuvo que aguantar un breve interludio intitulado *Lauréolo* , o *El jefe de los ladrones* . Había muchos asesinatos en él, y los actores, muy de segunda fila, habían encontrado todos vejigas llenas de sangre para ponerse en la boca, en imitación de Mnéster. ¡Jamás se vio un escenario tan malhadadamente ensangrentado como el que dejaron ellos! Cuando terminó la danza del pez Vinicio volvió a ponerse de pie.

—Para decirte la verdad, señor, querría quedarme, pero me llama Cloacina. Debe de ser algo que he comido. «Blandas pero sólidas deja fluir mis ofrendas / ni toscamente rápidas, ni insolentemente lentas».

Calígula rio.

—No me culpes a mí, querido. Eres uno de mis mejores amigos. Por nada del mundo te pondría cosas raras en la comida.

Vinicio salió por la puerta del escenario y encontró a Casio y El Tigre en el patio.

—Será mejor que regreséis —dijo—. Se quedará hasta el final.

—Muy bien —respondió Casio—. Regresemos. Lo mataré allí donde está. Espero que vosotros me acompañéis.

En esto un soldado de la guardia se acercó a Casio y le dijo:

—Los muchachos han llegado por fin, señor.

Ahora bien, Calígula había enviado últimamente cartas a las ciudades griegas del Asia Menor, ordenándoles que enviasen diez jóvenes de la

sangre más noble, para bailar la danza nacional de las espadas en el festival, después de lo cual debían cantar un himno en su honor. No era más que una excusa para tener a los jóvenes en sus manos; serían útiles rehenes cuando lanzara su furia contra el Asia Menor. Deberían haber llegado varios días antes, pero una tormenta en el Adriático los había retenido en Corfú.

—Informa al emperador enseguida —dijo El Tigre, y el soldado corrió al teatro.

Entretanto yo empezaba a sentir hambre. Le susurré a Vitelio, que estaba sentado detrás de mí:

—Ojalá el emperador diera el ejemplo de salir a comer algo.

Entonces apareció el soldado con el mensaje de la llegada de los jóvenes, y Calígula le dijo a Asprenas:

—¡Espléndido! Podrán actuar esta tarde. Tengo que verlos enseguida y hacer un pequeño ensayo del himno. ¡Vamos, amigos! Primero el ensayo, luego un baño, el almuerzo y volvemos.

Salimos. Calígula se detuvo en la puerta para dar órdenes en relación con los espectáculos de la tarde. Yo me adelanté con Vitelio, un senador llamado Sencio y los dos generales. Salimos por el pasaje cubierto. Vi a Casio y a El Tigre en la entrada. No me saludaron, lo que me pareció extraño, porque saludaron a todos los demás. Llegamos al palacio.

—Estoy hambriento —dije—. Huelo a venado asado. Espero que el ensayo no lleve demasiado tiempo.

Nos encontrábamos en la antesala del salón de banquetes. «Es extraño —pensé—. No hay capitanes, sino sólo sargentos». Me volví extrañado hacia mis compañeros, pero —otra cosa extraña— descubrí que habían desaparecido en silencio. En ese momento oí gritos y vociferaciones distantes, y luego más gritos. Me pregunté qué estaría pasando. Alguien pasó corriendo ante una ventana, gritando: «Todo ha terminado. ¡Está muerto!».

Dos minutos después se escuchó un terrible rugido en el teatro, como si estuviesen matando a todo el público. El rugido siguió y siguió, pero al cabo de un instante hubo una pausa seguida de tremendas aclamaciones. Subí, trastabillando, a mi salita de lectura, donde me derrumbé, tembloroso, en una silla.

Los bustos de Herodoto, Polibio, Tucídides y Asinio Polión me miraban desde sus columnas. Sus impasibles facciones parecían decir: «Un verdadero historiador siempre se impondrá a las perturbaciones políticas de su época». Decidí comportarme como un verdadero historiador.



XXXIV



Lo que había sucedido era lo siguiente. Calígula había salido del teatro. Lo esperaba una silla de mano para llevarlo por el camino más largo hasta el palacio nuevo, entre una doble hilera de guardias. Pero Vinicio dijo:

—Vayamos por el atajo. Creo que los jóvenes griegos te esperan allí, en la entrada.

—Muy bien, venid —dijo Calígula. La gente trató de seguirlo, pero Asprenas se retrasó y los obligó a retroceder.

—El emperador no quiere que lo molesten —dijo—. ¡Atrás! —Ordenó a los cuidadores de las puertas que volviesen a cerrarlas.

Calígula se dirigió hacia el pasaje cubierto. Casio se adelantó y saludó.

—¿El santo y seña, César?

—¿Eh? —dijo Calígula—. Ah, sí, el santo y seña, Casio. Hoy te daré uno bonito: «Las Faldas del Viejo».

El Tigre gritó, a espaldas de Calígula:

—¿Debo hacerlo? —Era la señal convenida.

—¡Hazlo! —rugió Casio desenvainando la espada, y golpeó a Calígula con todas sus fuerzas.

Tenía la intención de abrirle la cabeza hasta la barbilla, pero en su furia erró la puntería y le golpeó entre el cuello y el hombro. La clavícula recibió toda la fuerza del golpe. Calígula se tambaleó de dolor y sorpresa. Miró alocadamente en torno, se volvió y corrió. Al volverse, Casio le golpeó de nuevo, hiriéndole en la mandíbula. El Tigre le derribó con un golpe dirigido contra un lado de la cabeza. Se puso en pie con lentitud.

—¡Otra vez! —gritó Casio.

Calígula levantó la cara al cielo, con expresión de dolor.

—Oh, Júpiter —rezó.

—Concedido —gritó el Tigre, y le cortó una de sus manos.

Un capitán llamado Aquila le dio el golpe de gracia, una profunda estocada en la ingle, pero diez espadas más se hundieron en su pecho y vientre, para más seguridad. Un capitán llamado Bubo se mojó la mano en una herida del costado y luego se lamió los dedos, gritando:

—¡Había jurado beber su sangre!

Se había reunido una multitud; corrió la alarma.

—¡Vienen los germanos!

Los asesinos no podían hacer nada contra todo un batallón de germanos. Corrieron al edificio más cercano, que era mi antigua casa, que últimamente Calígula me había tomado en préstamo para alojar a los embajadores extranjeros a quienes no quería tener en palacio. Entraron por la puerta principal y salieron por la trasera. Todos ellos huyeron a tiempo, menos el Tigre y Asprenas. El primero tuvo que fingir que no era uno de los asesinos y se unió a los germanos en sus gritos de venganza. Asprenas corrió por el pasaje cubierto, donde los germanos lo atraparon y lo mataron. Mataron también a dos senadores a quienes encontraron por casualidad. Ese no era más que un pequeño grupo de germanos. El resto del batallón entró en el teatro y cerró las puertas

tras ellos. Iban a vengar a su héroe asesinado por medio de una matanza en masa. Esos eran los rugidos y gritos que yo escuché. Nadie en el teatro sabía que Calígula estaba muerto, o que se había hecho una tentativa para matarlo. Pero las intenciones de los germanos se veían a las claras, porque se habían dedicado a su curiosa costumbre de palmear y acariciar sus azagayas, y de hablarles como si fuesen seres humanos, cosa que hacen invariablemente antes de derramar sangre con esas terribles armas. No había escapatoria posible. De pronto, desde el escenario, el corneta tocó Atención, y luego seis notas más, que representaban las Órdenes Imperiales. Apareció Mnéster y levantó la mano. En el acto el espantoso estrépito se acalló y sólo se escucharon sollozos y gemidos ahogados, porque cuando Mnéster aparecía en el escenario nadie debía emitir el menor sonido, so pena de muerte. También los germanos interrumpieron sus caricias y encantamientos. Las Órdenes Imperiales los convirtieron en estatuas.

«No está muerto, ciudadanos —gritó Mnéster—. Muy lejos de ello. ¡Los asesinos le atacaron y le hicieron caer de rodillas, así! ¡Pero pronto volvió a levantarse, así! Las espadas no pueden hacer nada a nuestro Divino César. ¡Herido y ensangrentado como estaba, se puso de pie, así! Levantó su augusta cabeza y marchó ¡así!, con divinos pasos, por entre las filas de sus cobardes y desconcertados asesinos. Sus heridas se han curado, ¡milagro! Está ahora en la plaza del Mercado, arengando enérgica y elocuentemente a sus súbditos desde la Plataforma de las Oraciones».

Se escuchó una poderosa ovación y los germanos envainaron sus espadas y salieron. La oportuna mentira de Mnéster (sugerida, en verdad, por un mensaje de Herodes Agripa, rey de los judíos, el único hombre de Roma que mantuvo la calma en esa tarde fatídica) había salvado sesenta mil vidas, o más.

Pero las verdaderas noticias habían llegado para entonces a palacio, donde provocaron la mayor confusión. Unos pocos soldados veteranos pensaron que la oportunidad para el saqueo era demasiado buena como para desaprovecharla. Fingirían buscar a los asesinos. Todas las habitaciones tenían un picaporte de oro, cada uno de los cuales valía seis meses de paga, y era fácil desprenderlos con un buen golpe de espada. Yo oí los gritos de: «¡Mátalos, mátalos! ¡Venga al César!», y me oculté detrás de una cortina. Entraron dos soldados. Vieron mis pies bajo la cortina.

—Sal de ahí, asesino. Es inútil ocultarse de nosotros.

Salí y caí de bruces.

—No me m-m-m-mates, señor —tartamudeé—. Yo no t-t-t-tuve nada que ver con eso.

—¿Quién es este anciano caballero? —preguntó uno de los soldados, que era nuevo en palacio—. No parece peligroso.

—¡Cómo! ¿No lo sabes? Es el hermano inválido de Germánico. Un viejo decente. Es inofensivo. Levántate, señor. No te haremos daño.

El soldado se llamaba Grato.

Me hicieron seguirlos abajo, al salón de banquetes, donde los sargentos y cabos celebraban un consejo de guerra. Un joven sargento saltó a una mesa, agitó los brazos y gritó:

—¡Al cuerno con la república! Un nuevo emperador es nuestra única esperanza. Cualquier emperador, siempre que podamos convencer a los germanos de que lo acepten.

—Incitato —sugirió alguien, lanzando una risotada.

—¡Sí, por dios! Mejor el viejo penco que ningún emperador. Necesitamos a alguien enseguida, para mantener tranquilos a los germanos. De lo contrario se volverán locos.

Mis dos captores se abrieron paso, arrastrándome tras ellos. Grato gritó:

—¡Eh, sargento! ¡Mira a quien tenemos aquí! Creo que es una suerte. El viejo Claudio. ¿Qué tiene el viejo Claudio de malo como emperador? El mejor de Roma para el puesto, aunque cojea y tartamudea un poco.

Grandes ovaciones, risas y gritos de «¡Viva el emperador Claudio!». El sargento se disculpó.

—Vaya, señor, todos creíamos que habías muerto. Pero tú eres nuestro hombre, ya lo creo. ¡Levantadlo, muchachos, para que podamos verlo!

Dos robustos cabos me cogieron por las piernas y me izaron sobre sus hombros.

—¡Viva el emperador Claudio!

—¡Bajadme! —grité furioso—. ¡No quiero ser emperador! Me niego a ser emperador. ¡Viva la república!

Pero no hicieron más que reírse.

—Eso sí que es bueno. No quiere ser emperador, dice. Modesto, ¿eh?

—Dadme una espada —grité—. Prefiero matarme.

Mesalina corrió hacia nosotros.

—Por mí, Claudio, haz lo que te piden. Por nuestro hijo. Nos matarán a todos si te niegas. Ya han matado a Cesonia. Y agarraron a su hijita por los pies y le reventaron el cráneo contra una pared.

—Lo pasarás bien, señor, una vez que te acostumbres —dijo Grato sonriendo—. No es mala vida, la de un emperador.

No hice más protestas. ¿De qué servía luchar contra el destino? Me llevaron al gran patio, cantando el tonto himno de esperanza compuesto durante el acceso al trono de Calígula: *Germánico ha vuelto a librar a la ciudad de sus dolores* . Porque yo también tenía el apodo de Germánico. Me obligaron a ponerme la coronita de Calígula, de hojas de roble, de oro, que le habían quitado a uno de los saqueadores. Para mantenerme firme tuve que agarrarme con fuerza a los hombros de los cabos. La corona se me caía continuamente sobre una oreja. ¡Cuán tonto me sentí! Dicen que parecía un criminal a quien llevasen a su ejecución. Los cornetas tocaron el Saludo Imperial.

Los germanos se lanzaron corriendo sobre nosotros. Acababan de asegurarse de la muerte de Calígula, de labios de un senador que salió a su encuentro, de luto. Estaban furiosos por haber sido engañados y quisieron volver al teatro, pero el teatro estaba desierto y no supieron qué hacer. No había nadie a la vista en quien vengarse, aparte de los guardias, y éstos se hallaban armados. El Saludo Imperial los decidió. Corrieron gritando: «*Hoch! Hoch!* ¡Viva el emperador Claudio!».

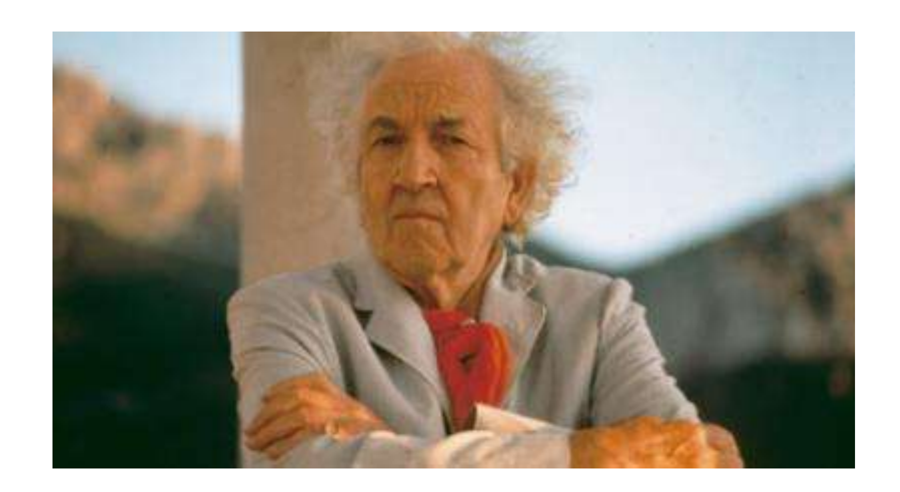
Dedicaron frenéticamente sus azagayas a mi servicio y forcejearon para abrirse paso entre la multitud de guardias para besarme los pies. Les ordené que se quedaran atrás, y obedecieron, postrándose ante mí. Me llevaron por todo el patio.

¿Y qué pensamientos o recuerdos pasaban por mi mente en esa extraordinaria ocasión? ¿Pensaba en la profecía de la sibila, en el augurio del lobezno, en el consejo de Polión, en el sueño de Briseis? ¿En mi abuelo y en mi libertad? ¿En mis tres predecesores imperiales, Augusto, Tiberio, Calígula, en sus vidas y muertes? ¿En el gran peligro que corría en manos de los conspiradores, del Senado y de los batallones de la guardia en el campamento? ¿En Mesalina y en nuestro hijo no nacido? ¿En mi abuela Livia y en la promesa que le había hecho de deificarla si alguna vez llegaba a ser emperador? ¿En Póstumo y Germánico? ¿En Agripina y Nerón? ¿En Camila? No, nunca podrán adivinar lo que me pasaba por la mente. Pero seré franco y lo diré, aunque la confesión resulte vergonzosa. Pensaba: «De modo que soy emperador, ¿eh? ¡Qué tontería! Pero por lo menos ahora podré hacer que la gente lea mis libros. Recitales públicos ante grandes multitudes. Y son buenos libros, he trabajado en ellos treinta y cinco años. No seré injusto. Polión solía conseguir oyentes atentos por medio de lujosas cenas. Fue muy buen historiador, y el último romano. Mi *Historia de Cartago* está llena de divertidas anécdotas. Estoy seguro de que gustaría».

Eso era lo que pensaba. Y pensaba también en las oportunidades que tendría, como emperador, para consultar los archivos secretos y descubrir qué había sucedido en tal ocasión y en tal otra ¡Cuántas historias deformadas quedaban aún por corregir! ¡Qué milagroso destino para un historiador! Y como se habrá visto, aproveché a fondo la oportunidad. Incluso he utilizado lo menos posible el privilegio de los historiadores maduros, de presentar conversaciones de las cuales sólo se conoce la esencia.

FIN





ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deià, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el King's College o St. John's antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius* .

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EE.UU. e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca* , entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Notas

[1] No hay que confundirlo con el Nerón que llegó a ser emperador. *R.G.* <<

[2] Más tarde fue el emperador Nerón. *R.G.* <<